



J. P. Kelly

W. H. Kelly



JOYAS  
DE LA  
LITERATURA ESPAÑOLA



---

CORBEIL. — IMPRENTA DE B. RENAUDET

---

R.65840



# JOYAS

DE LA

# LITERATURA ESPAÑOLA

CON ARTÍCULOS BIOGRÁFICOS Y BIBLIOGRÁFICOS

Respectivamente acerca de los autores y obras que contiene este tomo

POR

FERNANDO SOLDEVILLA

CERVANTES : Coloquio de los perros  
La Señora Cornelia  
LOPE DE VEGA : La Gatomaquia — QUEVEDO  
Los Sueños  
TIRSO DE MOLINA : Los Tres Maridos burlados, etc.  
ANTONIO DE VILLEGAS  
Historia del Abencerraje y la Hermosa Jarifa

PARÍS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1885

1078

# LETTERS TO THE EDITOR

of the

of the

of the

of the

of the

of the

of the

## BREVES PALABRAS

Son tantas las obras maestras, que, para nuestra gloria y regocijo, se encierran en la literatura española, que es empresa rayana en lo imposible elegir algunas de ellas para darlas al público como muestra gallarda de nuestros literarios tesoros.

La multitud de riquezas puestas ante los ojos, dificulta siempre la elección; y tal obra que á contemplarla sola nos parecería maravillosa, queda abandonada y preterida ante la contemplación de la belleza de aquellas otras que brillan á su lado.

Con tal dificultad hemos tropezado nosotros al querer elegir algunas obras de nuestros grandes autores, en condiciones para presentarlas al público en un solo volumen; pues era necesario que á la extensión conveniente, se uniesen la del verdadero mérito, y la no menos importante de no ser extraordinariamente conocidas.

No era difícil de salvar la condición primera; y facilísimo en extremo vencer la segunda, que á cualquier parte que tornemos la vista, tropezaremos con infinitas obras, suficientes, cada cual por sí sola, para labrar una reputación gloriosa; por eso ateniéndonos sólo á la tercera, hemos procurado incluir en este volumen aquellos trabajos de nuestros autores más célebres, que juzgamos menos conocidos del público.

Lo es universalmente Cervantes por su obra maestra; no lo es menos el gran Lope de Vega por su inmenso teatro; las poesías de Quevedo son conocidas de todas las gentes; las obras dramáticas de Tirso de Molina son justamente alabadas por todos cuantos tienen algún conocimiento del habla castellana, á pesar de lo cual, incluimos aquí los trozos más notables de algunas de ellas; y respecto á novelistas anteriores á Cervantes, Antonio de Villegas, con ser de mérito tan sobresaliente, es mucho menos conocido que sus contemporáneos; por eso le hemos preferido; así como hemos escogido entre las obras de los de más autores, las que acaso no aparezcan como más principales.

Si hemos conseguido agradar á nuestros lectores, el mérito será de tan hermosos trabajos; si no hemos acertado, la culpa será de nuestro gusto, poco delicado y fino en materias literarias.

Tenemos, sin embargo, la seguridad de ofrecer al público en este volumen una verdadera diadema de brillantes, engastados en grosero metal. Este, es de-

cir, las líneas que entre obras tan valiosas hemos intercalado, no lo recomendamos al público, arrójelo cuando á sus manos llegue; lo demás, tampoco lo recomendamos por que no lo necesita; el diamante lo es siempre, aun sin necesidad de pulimento.

F. SOLDEVILLA

Paris, Octubre de 1884.



B

## JOYAS

DE LA

# LITERATURA ESPAÑOLA

---

## CERVANTES

Nadie como el insigne autor de El Quijote ha merecido con más verdad, el epíteto de infortunado con que sus contemporáneos le designaban, ni nadie tampoco con más justicia que él, se ha adquirido los títulos de ilustre entre los ilustres y grande entre los grandes con que le ha premiado la posteridad.

Como Homero, como Shakespear, como Cáoens, como tantos otros privilegiados del genio, Cervantes fué durante su azarosa vida, víctima constante de las desgracias y de las desventuras; pero también como aquellos, ha legado á su patria un monumento de imperecedera grandeza y ha dejado su nombre estampado en los más esclarecidos cielos del arte, rodeado de una luminosa aureola de esplendor inmortal.

Desconocido, humillado, perseguido entónces, su nombre ha sido después como sol esplendente al rededor del cual giran luciendo con prestado brillo, astros secundarios; fanal luciente en cuya luminosa órbita apenas se aperciben otros nombres entónces exclarecidos; y que hoy sólo son conocidos de nosotros, más que por sus grandes hechos, por el favor que á Cervantes prestaran; pues sin sus relaciones más ó menos íntimas con el humilde soldado de Lepanto, serían desconocidos para la mayoría de las gentes los nombres de sus capitanes Urbina y Doria, los de sus favorecedores conde de Lemos, y duque de Béjar, cuya gloria sólo consiste hoy en las

dedicatorias que de sus obras les hace Cervantes; el del Cardenal Aquaviva, y aún los de otros que no se distinguieron ciertamente por su benevolencia hácia el infeliz cautivo de Argel.

¡Poder maravilloso del genio, que como el sol, ilumina hasta las nubes que quieren impedir su brillo y esplendor!

No permitiéndonos el espacio de que disponemos, hacer como deseáramos una biografía extensa del que con justicia ha sido llamado príncipe de los ingenios españoles, nos limitaremos, á bosquejar ligeramente su azarosa vida, tan llena de peligros, de desgracias y de grandezas, que bastaría por sí sola á ocupar algunos volúmenes.

Nació Miguel de Cervantes Saavedra el 9 de Octubre de 1547, en Alcalá de Henares; siendo sus padres D. Rodrigo y D<sup>a</sup>. Leonor de Cortinas, que aunque de familia y linaje distinguidos, poseían escasos dones de fortuna.

Después de estudiar en aquella población las primeras letras, pasó á la entonces célebre universidad de Salamanca, donde estuvo matriculado dos años, continuando después sus estudios en Madrid, en la casa de los estudios de la villa, que hasta hace pocos años existía en la calle de este nombre (1) y bajo la dirección del célebre Juan Lopez de Hoyos que le llamaba, *su caro y amado discípulo*.

El año 1568 vino á España con una misión diplomática del Papa, el cardenal Aquaviva; el cual, prendado del ingenio de Miguel de Cervantes, le llevó consigo á Roma en calidad de camarero, cargo que sin desdoro ejercían por entonces muchos nobles, que, antes al contrario, tenían por grande honra ser familiares ó criados de los papas y de los cardenales.

Sin duda Cervantes aceptó este cargo para estar más cerca de lo que era por entonces su sueño dorado; pues al año siguiente, 1569, abandonando al cardenal Aquaviva, de cuya compañía dice que *conservaría siempre gratos recuerdos*, sienta plaza en las tropas españolas de Italia, sirviendo como soldado raso en la compañía del capitán Diego de Urbina, y formando parte de las tropas que llevaba á bordo la escuadra combinada de Colonna y el Marqués de Santa Cruz para combatir á los turcos; pasando después, cuando D. Juan de Austria tomó el mando de la escuadra, á servir en la galera *Marquesa* que mandaba Francisco Sancti Pietro.

En esta condición asistió el 7 de Octubre de 1571 al famoso combate naval de Lepanto, y á pesar de los ruegos de sus

(1) En la casa nuevamente edificada sobre el solar de la antigua, existe una lápida de marmol, recordando que allí estudió Miguel Cervantes Saavedra.



jefes y compañeros para que permaneciese en el lecho, por hallarse atacado de una fuerte calentura, se batió en los sitios de mayor peligro, recibiendo tres arcabuzazos, dos en el pecho, y uno en la mano izquierda que le quedó manca, de lo cual siempre se glorió él.

Hasta el mes de Abril del año siguiente, 1572, no pudo, ya restablecido de sus heridas, incorporarse de nuevo al ejército, recibiendo por toda recompensa, tres escudos de ventaja al mes.

Asistió y tomó parte en el cerco y rendición de La Goleta y Tunez, volviendo después, entre las 14 compañías que mandaba Figueroa, de guarnición á Cerdeña, donde permaneció hasta el 18 de Junio de 1575 en que D. Juan le concedió licencia para volver á España, dándole, á fin de que el soldado lograra sus pretensiones en la corte, eficaces cartas de recomendación para el rey, en las cuales se elogiaban sus notables condiciones de inteligencia y de valor. Otro tanto hizo también D. Carlos de Aragon, á la sazón virey de Sicilia.

Pero estas cartas que para su favor le dieron, no habian de servir al desdichado Cervantes, más que para hacer su situación más penosa, pues apresada la galera en que volvía á España (26 de Setiembre), por una escuadra argelina, y hechos cautivos los españoles, Dalí Mami, á quién correspondió Cervantes en el reparto, se propuso sacar de él un gran rescate creyendo, al ver los documentos que en su poder llevaba, que era una persona de alta influencia y valía.

Referir las desventuras que el infeliz soldado sufrió en los cinco años que duró su cautiverio, fuera cosa imposible; baste decir, que dotado de una imaginación ardiente, de un valor á toda prueba y de un grande amor á la libertad, los planes de fuga se sucedian en su imaginación rápidamente unos á otros; siendo muy de notar que, en su generosidad, no procuraba nunca evadirse solo, lo cual acaso le hubiera sido más fácil, sino que trataba siempre de dar también libertad á sus compañeros. Cuatro fueron las tentativas de evasión llevadas á cabo por Cervantes, todas deshechas; una de ellas por la traición de un ex-fraile dominico llamado Juan Blanco, que los delató al rey recibiendo por premio de su infamia un *escudo de oro y una jarra de manteca*; y cuya tentativa, de no haberse malogrado, hubiera devuelto la libertad á 60 infelices, que cogidos en el acto de intentar su marcha no tuvieron otra solución que la rápidamente indicada por Cervantes, á saber: que callaran todos, á fin de hacer constar que él solo habia fraguado y preparado la evasión. Con una cuerda al cuello, y las manos atados á la espalda para ahorcarle, instaron al

bravo cautivo á que declarase sus cómplices, insistiendo él firmemente en decir, que él solo tenía la culpa de todo, pues había engañado á los demás.

Su firmeza de ánimo, y más bien la esperanza del lucro en el rey Azán, á quién Dali Mami había vendido en 500 ducados el cautivo, hicieron que se le conservase la vida, teniéndole cinco meses con grillos en un calabozo.

Entre tanto su desconsolada familia, sabedora de la desgracia, hacía los mayores sacrificios por obtener su libertad; pero muerto entónces su padre, estas diligencias llegaron á ser más difíciles. Con grandes trabajos, y vendiendo su hermana D<sup>a</sup>. Andrea la dote que le quedaba, pudieron entregar á los trinitarios, encargados del rescate de los cautivos, trescientos ducados. Un hombre benéfico, Francisco Caramanchel, criado de un consejero, dió 50 doblas, y otras 50 se aplicaron de la limosna general de la orden.

El 29 de Mayo de 1580 llegó á Argel la expedición redentora mandada por el P. F. Juan Gil, y fué grande su apuro para poder obtener el rescate de Cervantes, pues el rey Azán le tenía ya embarcado para llevarle á Constantinopla y no quería por él ménos de 1000 escudos. Al fin se pudo obtener su libertad por 500 escudos de oro, parte de los cuales hubo que pedirlos prestados á los mercaderes, completando la suma con limosnas particulares, siendo por fin puesto en libertad el 12 de Setiembre.

Permaneció en Argel hasta fin de año, agasajado de todos cuantos le conocían, por sus buenas prendas, su corazón generoso y su claro ingenio; y cuando volvió á España, viendo que su situación era precaria si no se acogía de nuevo á las armas, determinó ingresar en el ejército, alistándose en las tropas de ocupación de Portugal, entonces recién conquistado, y aún no tranquilo; sirviendo en las galeras de D. Alvaro de Bazán, y en los mismos tercios de Figueron, entre los cuales se cree que asistió al combate naval de las Islas Terceras.

Durante este tiempo sostuvo relaciones amorosas con una dama portuguesa, de la cual tuvo una hija llamada D<sup>a</sup>. Isabel Saavedra, que vivió al lado de su padre, hasta que profesó en las Trinitarias.

En el año 1583, y concluida la guerra, se retiró Cervantes del servicio, no habiendo sido bastante aquella vida azarosa de la campaña, á impedirle dedicarse á trabajos más tranquilos y poéticos; pues fué por entónces cuando escribió su primera obra, la Galatea, impresa el año siguiente de 1584.

En 12 de Diciembre del mismo año, contrajo matrimonio con D<sup>a</sup>. Catalina de Palacios, Salazar y Vozmediano, de una

ilustre familia de Esquivias, en cuya población por entónces, se estableció Cervantes.

Termina aquí como si dijéramos, la primera parte de su accidentada vida; la de soldado de la patria, que tantos peligros, azares y disgustos le había costado; y empieza la segunda etapa, la del empleado humilde y escritor ilustre, que había de ser para él sin embargo, aún mucho más amarga y triste que la primera.

Con motivo de su proximidad á la corte, hacía á esta frecuentes viajes, consiguiendo entónces que se representaran sus comedias « los Tratos de Argel », « Numancia » y alguna otra que no ha llegado hasta nosotros, y que sin embargo no alcanzaron el éxito que hubiera sido de desear. El genio, había errado el camino.

Hallándose por consiguiente en situación precaria, y no alcanzando el premio á que era acreedor por sus merecimientos y trabajos, se vió obligado á aceptar el cargo de factor de comisiones para la armada, por lo cual tuvo que trasladar á Sevilla su domicilio, viviendo allí mientras aquel duró que fué, desde 1588, á 1592. Terminado este, solicitó pasar á América, solicitud que le fué negada, comisionándole para cobrar atrasos de Alcabalas reales en el reino de Granada.

A estos viajes, debió sin duda el conocimiento perfecto de las costumbres de aquellos países, que retrata en sus novelas ejemplares, algunas de las cuales, fueron escritas por entónces, aunque se publicaron más tarde.

En esta situación tranquila, aunque modesta vivía, cuando una nueva desgracia vino á cebarse en él. Habiendo entregado á un comerciante para su giro á Madrid, 7400 rs, el mercader se declaró en quiebra, y huyó de España, siguiéndose de aquí para Cervantes un sinúmero de disgustos y una larga prisión.

Aclarado este asunto, pero sin empleo, aun permaneció en Sevilla, donde á pesar de su posición humilde, tuvo relaciones amistosas con las personas más notables por su saber, y fué grande amigo del divino Herrera, cuya muerte presenció.

Se ignoran los detalles de su vida desde 1598 á 1603, cosa en verdad sensible, pues fué durante este tiempo cuando escribió su inmortal obra, « las Aventuras de D. Quijote de la Mancha. » Se cree que residió en este país, y es tradición (no muy asegurada) que en la casa llamada de Medrano, en Argamasilla, estuvo preso. Indudablemente cierto debe ser lo de la prisión, aunque se ignora la causa; pero seguramente no debió de ser deshonrosa, puesto que el mismo Cervantes no la oculta, diciendo de « El Quijote, » *que fué engendrado en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento.*

Sea de ello lo que quiera, habiéndose justificado plenamente de todas las acusaciones de que fué víctima, fué á Valladolid, donde por entónces se hallaba la corte, á pretender alguna recompensa á sus incontestables méritos y servicios; pretensiones que fueron desatendidas por el entonces favorito duque de Lerma, viéndose precisado á vivir de agencias y trabajos particulares, y ayudado en parte por la protección que le dispensaban el Conde de Lemos, y el Arzobispo de Toledo, Sandoval; protección que no debía ser muy grande y decidida, cuando no le hicieron conseguir, lo que deseaba.

En 1605 vió la luz «El Quijote»; y aquel libro que había de ser la admiración de las futuras gentes, fué recibido con indiferencia; si bien más tarde, en el mismo año, se hicieron ediciones de él, en Francia, Italia, Portugal y Flándes.

Vuelta la corte á Madrid en 1606, la siguió Cervantes, y en 1608 se reimprimió su famoso libro, corrigiéndole él mismo detenidamente, razón por la cual, es esta edición la más apreciada por los literatos y bibliófilos.

En 1609, publicó «sus novelas ejemplares» dedicadas al Conde de Lemos, su protector; no saliendo á luz la segunda parte del Quijote hasta 1615, en vista de que Avellaneda había dado el suyo á la estampa; segunda parte que, á pesar de la declaración del autor de que nunca segundas partes fueron buenas, es indudablemente, aún mejor que la primera.

Pocos alientos quedaban ya á este privilegiado, á la vez, del genio y de la desgracia. Abatido por la pobreza con que siempre había luchado, ya casi anciano, sinó por la edad (aun no tenía 69 años) al ménos por los padecimientos; atacado de una enfermedad entónces incurable, la hidropesía, no se hallaba en disposición de dar al mundo nuevos partos de su ingenio; sin embargo, aun escribió los «Trabajos de Persiles y Sigismunda», que se publicó despues de la muerte de su ilustre autor, acaecida el 23 de Abril de 1616, en la calle de Francos, que hoy lleva su nombre.

Fué enterrado, según su voluntad, en las Trinitarias, por haber profesado en dicho convento su hija D<sup>a</sup>. Isabel; y para que la desgracia le persiguiera aún despues de la muerte, cuando dicha comunidad, se trasladó á la calle de Cantarranas (hoy de Lope de Vega) trasladados también los restos de los difuntos enterrados en su iglesia, la confusión y el hacinaamiento hicieron imposible el encontrar los restos del hombre insigne, por cuyo genio, había de ser España más conocida y estimada en los futuros siglos, que por las conquistas de sus más famosos capitanes.

Nada resta de él, sinó su gløria y sus admirables libros;

pues tampoco se ha hallado ningún retrato que nos mostrara cómo había sido en vida el que tan grande aparece en muerte; siendo solamente hija de la fantasía la manera que hasta ahora han tenido de representarle; ó cuando más, teniendo por guía el retrato que él hace de sí mismo cuando dice: « Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño; frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña; los dientes no crecidos, porque no tiene sinó seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, por que no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de piés; este digo que es el rostro del autor de *la Galatea* y de *D. Quijote de la Mancha*. »

Bien hacen los artistas en acomodarse á este para dar el retrato de Cervantes; pues nosotros siguiendo su ejemplo, y creyendo conveniente darle en este libro, hemos creído agrandar más y cumplir mejor nuestro cometido, trasladando íntegro el mismo, que tan sencilla y gallardamente describió su inmortal autor.

Respecto de sus obras, sería inaudito atrevimiento el intentar nosotros ahora, en un trabajo tan reducido como este, hacer lo que muchos hombres ilustres han hecho en grandes folios. El mejor juicio que de ellos puede hacerse, es poner de manifiesto la admiración con que la posteridad las acoje. Del *Quijote* se han hecho más de 1400 ediciones, en todos los idiomas conocidos. Hasta el hebreo y el sanscrito, han combinado sus caracteres para esparcir por el mundo la gloria de Cervantes, á la cual va unida la honra de España, nación dichosa que tuvo la honra de verle nacer.

Solamente haremos aquí algunos breves apuntes acerca de « *El Coloquio de los perros* » y « *La Señora Cornelia*, » dos de las *Novelas ejemplares* que incluimos en este volumen.

La primera de estas obras, es á nuestro juicio aquella (exceptuando el *Quijote*) en que con más sencillez y belleza, con sátira más fina, fustiga Cervantes las relajadas costumbres de su época.

Tiene, en las demás, un objeto determinado; la fábula le absorbe, trata sólo de aquellos asuntos que, por decirlo así, le salen al paso; pero en el *Coloquio de los perros*, por el sencillo recurso de dar facultad milagrosa de hablar á los que nunca la han tenido, su libertad es mucho mayor; acude á todas partes, fustiga á todos, descubre las faltas de todas las

clases; y si bien en las primeras páginas parece que su obra se reduce á ridiculizar los libros que describen amores pastoriles, á la manera que en el Quijote se burla de las hazañas de la andante caballería, más adelante se ve claramente que nadie se escapa á su fino escalpelo; y poniendo á contribución su maravillosa facultad de observar, nos presenta con mágico estilo una enciclopedia de costumbres, en la cual se deslizan con todos sus defectos y sus picardías, los pastores, los jueces, los esbirros; carniceros, soldados, gitanos, ladrones, moriscos, poetas miserables, arbitristas, alquimistas y matemáticos; todo con claro juicio, con intuición maravillosa, si bien no es extraño que por los prejuicios de la época, ó acaso por la falta de libertad para escribir, encuentre en los infelices moriscos, las causas de la ruina de España.

Pero en cambio, ¡qué conocimiento del corazón humano, cuando condolido de la conducta de los pastores, exclama en estilo maravilloso: « ¡Valame Dios! ¿quién podrá remediar esta maldad? ¿Quién será poderoso á dar á entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba, y que el que os guarda os mata? »

¡Cuántos autores han abusado después de la graciosa observación que él hace de los murmuradores, que después de haber destrozado la honra de sus prójimos exclaman contritos, que esto no es por ofenderlos!

Por que sus obras, según advierte en el prólogo no sean sin fruto alguno, (por lo cual las llama ejemplares) procura destruir las supersticiones, haciendo constar que todas las cosas de los magos y brujos, no son más que mentiras y embelecos, que la gente sensata no debe creer.

¡Con cuánta amargura, y al mismo tiempo con cuánta dignidad hace la reflexión siguiente! « Nunca el consejo del pobre fué admitido, ni el pobre humilde, ha de tener presunción de aconsejar á los grandes y á los que piensan que se lo saben todo: la sabiduría en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la escurecen, y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio. »

Toda la obra en fin, por no hacer demasiado largo este capítulo, así como « La Sra Cornelia, » que es la que la sigue, están llenas de bellezas de pensamiento y forma; razón por la cual hemos creído oportuno darlas el primer lugar en este tomo; y no es maravilla que esto hagamos, que allí donde los prosistas castellanos se estudien, y allá donde se junten los hablistas de todas las lenguas, siempre ocupará preferido sitio, el por siempre inmortal autor de D. Quijote de la Mancha.

## COLOQUIO

### QUE PASÓ ENTRE CIPION Y BERGANZA

#### PERROS DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCIÓN

QUE ESTÁ EN LA CIUDAD DE VALLADOLID, FUERA DE LA PUERTA DEL CAMPO, Á QUIEN COMUNMENTE LLAMAN LOS PERROS DE MAHUDES.

*Cipión.* Berganza amigo, dejemos esta noche el hospital en guarda de la confianza, y retirémonos á esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto á los dos nos ha hecho.

*Berganza.* Cipión hermano, óyote hablar, y sé que te hablo y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

*Cip.* Así es la verdad, Berganza, y viene á ser mayor este milagro, en que no solamente hablamos, sinó en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre, es ser él hombre animal racional, y el bruto irracional.

*Berg.* Todo lo que dices, Cipión, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo, me causa nueva admiración y nueva maravilla; bien es verdad, que en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oido decir grandes prerogativas nuestras, tanto que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de

faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento, capaz de discurso.

*Cip.* Lo que yo he oido alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra, tanto que nos suelen pintar por simbolo de la amistad; y así habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, á los piés, una figura de perro, en señal de que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

*Berg.* Bien sé que ha habido perros tan agradecidos, que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura; otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer hasta que se les acababa la vida: sé también que después del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento: luego el caballo, y el último la jimia.

*Cip.* Así es; pero bien confesarás que ni has visto ni oido decir jamás que haya hablado ningún elefante, perro, caballo ó mona: por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso, cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes.

*Berg.* Desa manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los días pasados á un estudiante, pasando por Alcalá de Henáres.

*Cip.* ¿Qué le oíste decir?

*Berg.* Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la universidad, los dos mil oían medicina.

*Cip.* Pues ¿qué vienes á inferir deso?

*Berg.* Infero, ó que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), ó ellos se han de morir de hambre.

*Cip.* Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento ó nó, que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo



pueda prevenir: y así no hay para qué ponernos á disputar nosotros cómo ó por qué hablamos: mejor será que este buen día ó buena noche la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

*Berg.* Y aun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso, tuve deseo de hablar para decir cosas que depositaba en la memoria, y allí de antiguas y muchas, ó se me enmohecían, ó se me olvidaban; empero ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo más que pudiere, dándome prisa á decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán á pedir este bien, que por prestado tengo.

*Cip.* Sea esta la manera, Berganza amigo, que esta noche me cuentes tu vida, y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas; y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mía, porque mejor será gastar el tiempo eu contar las propias, que en procurar saber las ajenas vidas.

*Berg.* Siempre, Cipión, te he tenido por discreto y por amigo, y ahora más que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los míos, y como discreto has repartido el tiempo, donde podamos manifestallos; pero advierte primero, si nos oye alguno.

*Cip.* Ninguno, á lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazón más estará para dormir que para ponerse á escuchar á nadie.

*Berg.* Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha, y si te cansare lo que te fuere diciendo, ó me reprende, ó manda que calle.

*Cip.* Habla hasta que amanezca, ó hasta que seamos sentidos, que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte. sinó cuando viere ser necesario.

*Berg.* Paréceme que la primera vez que ví el sol, fué en Sevilla, y en su matadero, que está fuera de la puerta

de la Carne; por donde imaginara (si no fuera por lo que después diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crian los ministros de aquella confusión, á quien llaman jiferos: el primero que conocí por amo, fué uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería: este tal Nicolás me enseñaba á mí y á otros cachorros, á que en compañía de alanos viejos arremetiésemos á los toros, y les hiciésemos presa de las orejas: con mucha facilidad salí un águila en esto.

*Cip.* No me maravillo, Berganza, que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

*Berg.* ¿Qué te diría, Cipión hermano, de lo que ví en aquel matadero, y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero has de presuponer, que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al rey ni á su justicia; los más amancebados: son aves de rapiña carniceras: mantiéñense ellos y sus amigas de lo que hurtan: todas las mañanas que son días de carne, antes que amanezca están en el matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medio enteros: no hay rés alguna que se mate, de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo más sabroso y bien parado; y como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata ó es la mejor, ó la de más baja postura; y con este concierto hay siempre mucha abundancia: los dueños se encomiendan á esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten (que esto es imposible), sinó para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan, como si fuesen sauces ó parras: pero ninguna cosa me admiraba ni me parecía peor, que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan á un hombre, que á una vaca; por quitame allá esa paja, á dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen un toro:

por maravilla se pasa día sin pendencias y sin heridas, y á veces sin muertes : todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes : no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca : finalmente, oí decir á un hombre discreto, que tres cosas tenía el rey por ganar en Sevilla : la calle de la Caza la Costanilla y el Matadero.

*Cip.* Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios, te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que al paso que llevas, no llegarás á la mitad de tu historia : y quíérote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida ; y es que los cuentos, unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos : quiero decir, que algunos hay, que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento ; otros hay, que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro de las manos y con mudar la voz se hacen algo de nonada y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos ; y no se te olvide esté advertimiento para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

*Berg.* Yo lo haré así, si pudiere, y si me da lugar la grande tentación que tengo de hablar, aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir á la mano.

*Cip.* Vete á la lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

*Berg.* Digo pues que mi amo me enseñó á llevar una espuerta en la boca, y á defenderla de quien quitármela quisiese : enseñóme también la casa de su amiga, y con esto se excusó la venida de su criada al matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él habia hurtado las noches : y un día, que entre dos luces iba yo diligente á llevarle la porción, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana ; alcé los ojos, y vi una moza hermosa en extremo ; detúveme un poco, y ella bajó á la puerta de la calle, y me tornó á llamar : lleguéme á ella como si fuera á ver lo que me quería, que no fué otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta, y ponerme en su lugar

un chapín viejo : entonces dije entre mí : la carne se ha ido á la carne. Díjome la moza en habiéndome quitado la carne : Andad, Gavilán, ó como os llamáis, y decid á Nicolás el Romo, vuestro amo, que no se fie de animales, y que del lobo un pelo, y ese de la espuerta. Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó, pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

*Cip.* Hiciste muy bien, por ser prerogativa de la hermosura, que siempre se le tenga respeto.

*Berg.* Así lo hice yo, y así me volví á mi amo sin la porción, y con el chapín : parecióle que volví presto, vió el chapín, imaginó la burla, sacó uno de cachas, y tiróme una puñalada, que á no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aún otros muchos que pienso contarte. Puse piés en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los piés por detrás de San Bernardo, me fui por aquellos campos de Dios, adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al cielo abierto, y otro día me deparó la suerte un ható ó rebaño de ovejas y carneros ; así como le ví, creí que había hallado en él el centro del reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apénas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, cuando diciendo, to to, me llamó y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué á él, bajando la cabeza y meneando la cola ; trújome la mano por el lomo, abrióme la boca, escupióme en ella, miróme las presas, conoció mi edad, y dijo á otros pastores, que yo tenía todas las señales de ser perro de casta. Llegó á este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia á la gineta, con lanza y adarga, que más parecía atajador de la costa, que señor de ganado : preguntó al pastor : ¿ Qué perro es este, que tiene señales de ser bueno ? Bien lo puede vuesa merced creer, respondió el pastor, que yo le he cotejado bien y no hay señal en él que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro : agora se llegó

aquí, y no sé cuyo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la redonda. Pues así es, respondió el señor, pónle luego el collar de Leoncillo, el perro que se murió, y dénele la ración que á los demás, y acarícialo todo cuanto pudieres, porque tome cariño al hato, y se quede de hoy adelante en él. En diciendo esto se fué, y el pastor me puso luego al cuello unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndome dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas en leche, y asimismo me puso nombre, y me llamó Barcino. Vime harto y contento con el segundo amo, y con el nuevo oficio; mostréme solícito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas que me iba á pasarlas ó ya á la sombra de algún árbol, ó de algún ribazo, ó peña, ó á la de alguna mata, ó á la margen de algún arroyo de los muchos que por allí corrían; y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que había tenido en el matadero, y en la que tenía mi amo, y todos los que como él están sujetos á cumplir los gustos impertinentes de sus amigos: ¡oh qué de cosas te pudiera decir ahora, de las que aprendí en la escuela de aquella jifera dama de mi amo! pero habrélas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.

*Cip.* Por haber oído decir que dijo un gran poeta de los antiguos, que era difícil cosa el escribir sátiras, consentiré que murmures un poco de luz y no de sangre; quiero decir, que señales, y no hieras ni des mate á ninguno en cosa señalada: que no es buena murmuración, aunque haga reír mucho, si mata á uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto.

*Berg.* Yo tomaré tu consejo y esperaré con gran deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos; que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defectos que tengo en contar los míos, bien se puede esperar que contará los suyos de manera que enseñen y deleiten á un mismo punto. Pero anudando el roto hilo de mi cuento, digo, que en aquel silencio y soledad de mis siestas, entre otras cosas consideraba que no debía de ser verdad lo que había oído contar de la vida de los pastores, á lo mé-

nos de aquellos que la dama de mi amo leía en unos libros cuando yo iba á su casa, que todos trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zamponas, rabeles y churumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios; deteníame á oirla leer, y leía cómo el pastor de Anfriso cantaba extremada y divinamente, y alabando á la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes de Arcadia árbol en cuyo tronco no se hubiese sentado á cantar desde que salía el sol en los brazos del Aurora, hasta que se ponía en los de Tétis; y aun después de haber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus negras y oscuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y mejor lloradas quejas: no se le quedaba entre renglones el pastor Elicio, más enamorado que atrevido, de quien decía que sin atender á sus amores ni á su ganado, se entraba en los cuidados ajenos: decía también que el gran pastor de Filida, único pintor de un retrato, había sido más confiado que dichoso: de los desmayos de Sireno y arrepentimiento de Diana, decía que daba gracias á Dios y á la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos, y aclaró aquel laberinto de dificultades: acordábase de otros muchos libros que de este jaez le había oído leer, pero no eran dignos de traerlos á la memoria.

*Cip.* Aprovechándote vas, Berganza, de mi aviso; murmura, pica, y pasa, y sea tu intención limpia, aunque la lengua no lo parezca.

*Berg.* En estas materias nunca tropieza la lengua si no cae primero la intención; pero si acaso por descuido ó por malicia murmurare, responderé á quien me reprendiere, lo que respondió Mauleón, poeta tonto, y académico de burla de la academia de los Imitadores, á uno que le preguntó qué quería decir *Deum de Deo*, y respondió que: dé donde diere.

*Cip.* Esta fué respuesta de un simple: pero tú, si eres discreto ó lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa: di adelante.

*Berg.* Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demás de aquella marina tenían, de aquellos que había oído leer que tenían los

pastores de los libros; porque si los míos cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sinó un *cata el lobo, do va Juanica*, y otras cosas semejantes; y esto no al son de churumbelas, rabeles ó gaitas, sinó al que hacía el dar un cayado con otro, ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sinó con voces roncadas, que solas ó juntas parecía, no que cantaban, sinó que gritaban ó gruñían: lo más del día se les pasaba espulgándose ó remendándose sus abarcas: ni entre ellas se nombraban Amarilis, Filidas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antonos, Domingos, Pablos ó Llorentes; por donde vine á entender lo que pienso que deben de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de las ociosos, y no verdad alguna; que á serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.

*Cip.* Basta, Berganza, vuelve á tu senda, y camina.

*Berg.* Agradézco te lo, Cipión amigo, porque si no me avisáras, de manera se me iba calentando la boca, que no parara hasta pintarte un libro entero destes que me tenían engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones y con mejor discurso que ahora.

*Cip.* Mírate á los piés, y desharás la rueda, Berganza: quiero decir que mires que eres un animal que carece de razón, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosas obrenatural y jamás vistas.

*Berg.* Eso fuera así, si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora que me ha venido á la memoria lo que te habia de haber dicho al principio de nuestra plática, no sólo no me maravillo de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar.

*Cip.* Pues ahora ¿no puedes decir lo que ahora se te acuerda?

*Berg.* Es una cierta historia que me pasó con una grande hechicera, discípula de la Camacha de Montilla.

*Cip.* Digo que me la cuentes antes que pases más adelante en el cuento de tu vida.

*Berg.* Eso no haré yo por cierto hasta su tiempo; ten paciencia, y escucha por su orden mis sucesos, que así te darán más gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios antes de los principios.

*Cip.* Sé breve, y cuenta lo que quisieres y como quisieres.

*Berg.* Digo pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comía el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raíz y madre de todos los vicios, no tenía que ver conmigo, á causa que si los días holgaba, las noches no dormía, dándonos asaltos á menudo, y tocándonos al arma los lobos; y apenas me habían dicho los pastores, al lobo, Barcino, cuando acudía primero que los otros perros á la parte que me señaban que estaba el lobo: corría los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cruzaba caminos, y á la mañana volvía al hato, sin haber hallado lobo ni rastro dél; anhelando, cansado, hecho pedazos y los piés abiertos de los garranchos; y hallaba en el hato, ó ya una oveja muerta, ó un carnero degollado y medio comido del lobo: desesperábame de ver de cuán poco servía mi mucho cuidado y diligencia; venía el señor del ganado salían los pastores á recibirle con las pieles de la res muerta: culpaba á los pastores por negligentes, y mandaba castigar á los perros por perezos: llovían sobre nosotros palos, y sobre ellos reprensiones; y así viéndome un día castigado sin culpa, y que mi cuidado, lijereza, y braveza no eran de provecho para coger el lobo, determiné de mudar estilo, no desviándome á buscarle, como tenía de costumbre, léjos del rebaño, sinó estarme junto á él, que pues el lobo allí venía, allí sería más cierta la presa: cada semana nos tocaban á rebato, y en una escurísima noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era imposible que el ganado se guardase: agachéme detras de una mata, pasaron los perros mis compañeros adelante, y desde allí oteé y ví que dos pastores asieron de un carnero de los mejores del aprisco, y



le mataron de manera que verdaderamente pareció á la mañana que había sido su verdugo el lobo : pasméme, quedé suspenso cuando ví que los pastores eran los lobos, y que despedazaban el ganado los mismos que le habian de guardar. Al punto hacian saber á su amo la presa del lobo, dábanle el pellejo y parte de la carne, y comíanse ellos lo más y lo mejor : volvía á reñirles el señor, y volvía también el castigo de los perros : no había lobos, menguaba el rebaño : quisiera yo descubriello, hallábame mudo : todo lo cual me traia lleno de admiración y de congoja : Válame Dios ! decía entre mí, ¿ quién podrá remediar esta maldad ? ¿ quién será poderoso á dar á entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba, y que el que os guarda os mata ?

*Cip.* Y decis muy bien, Berganza, porque no hay mayor ni más sutil ladrón que el doméstico, y así mueren muchos más de los confiados que de los recatados ; pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el mundo si no se fía y se confía ; mas quédese aquí esto, que no quiero que parezcamos predicadores : pasa adelante.

*Berg.* Paso adelante, y digo que determiné dejar aquel oficio, aunque parecia tan bueno, y escoger otro donde, por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado : volvíme á Sevilla, y entré á servir á un mercader muy rico.

*Cip.* ¿ Qué modo tenías para entrar con amo ? porque según lo que se usa, con gran dificultad el día de hoy halla un hombre de bien señor á quien servir : muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del cielo : aquellos para recibir un criado primero le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene ; pero para entrar á servir á Dios, el más pobre es más rico, el más humilde de mejor linaje, y con sólo que se disponga con limpieza de corazón á querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gajes, señalándoselos tan aventajados, que de muchos y grandes apenas pueden caber en su deseo.

*Berg.* Todo eso es predicar, Cipión amigo.

*Cip.* Así me lo parece á mí, y así callo.

*Berg.* A lo que me preguntaste del orden que tenia para entrar conamo, digo que ya tú sabes que la humildad es la basa y fundamento de todas las virtudes, y que sin ella no hay ninguna que lo sea: ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que siempre á gloriosos fines nos conduce; de los enemigos hace amigos, templá la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios: es madre de la modestia y hermana de la templanza: en fin, con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho los vicios; porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados: desta pues me aprovechaba yo, cuando quería entrar á servir en alguna casa, habiendo primero considerado y mirado muy bien ser casa que pudiese mantener, y donde pudiese entrar un perro grande: luego arrimábame á la puerta, y cuando á mi parecer entraba algún forastero, le ladraba, y cuando venia el señor, bajaba la cabeza, y moviendo la cola me iba á él y con la lengua le limpiaba los zapatos: si me echaban á palos, sufríalos, y con la misma mansedumbre volvía á hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno segundaba, viendo mi porfia y mi noble término: desta manera á dos porfias me quedaba en casa: servía bien, queríanme luego bien, y nadie me despidió, sinó era que yo me despidiese, ó por mejor decir, me fuese; y tal vez hallé amo, que este fuera el día que yo estuviera en su casa, si la contraria suerte no me hubiera perseguido.

*Cip.* De la misma manera que has contado, entraba yo con los amos que tuve, y parece que nos leimos los pensamientos.

*Berg.* Como en esas cosas nos hemos encontrado, sinó me engaño, y yo te las diré á su tiempo como tengo prometido, y ahora escucha lo que me sucedió después que dejé el ganado en poder de aquellos perdidos. Volvíme á Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes: arriméme á la puerta de una gran casa de un mercader, hice mis acostumbradas diligencias, y á pocos

lances me quedé en ella: recebiéronme para tenerme atado detrás de la puerta de día, y suelto de noche: servía con gran cuidado y diligencia, ladraba á los forasteros y gruñía á los que no eran muy conocidos, no dormía de noche, visitando los corrales, subiendo á los terrados, hecho universal centinela de la mia y de las casas ajenas: agradóse tanto mi amo de mi buen servicio, que mandó que me tratasen bien, y me diesen ración de pan y los huesos que se levantasen ó arrojasen de su mesa, con las sobras de la cocina, á lo que yo me mostraba agradecido, dando infinitos saltos cuando veía á mi amo, especialmente cuando venía de fuera, que eran tantas las muestras de regocijo que daba, y tantos los saltos, que mi amo ordenó que me desatasen y me dejasen andar suelto de día y de noche: como me ví suelto, corri á él, rodeéle todo, sin osar llegarle con las manos, acordándome de la fábula de Esopo, cuando aquel asno tan asno, que quiso hacer á su señor las mismas caricias que le hacía una perrilla regalada suya, que le granjearon ser molido á palos: parecióme que en esta fábula se nos dió á entender que las gracias y donaires de algunos, no están bien en otros: apode el truhán, juegue de manos y voltée el istrión, rebuzne el pícaro, imite el canto de los pájaros, y los diversos gestos y acciones de los animales y los hombres el hombre bajo que se hubiere dado á ello, y no lo quiera hacer el hombre principal, á quien ninguna habilidad destas le puede dar crédito ni nombre honroso.

*Cip.* Basta; adelante Berganza, que ya estás entendido.

*Berg.* ¡Ojalá que como tú me entiendes, me entendiesen aquellos por quien lo digo! que no sé qué tengo de buen natural, que me pesa infinito cuando veo que un caballero se hace chocarrero y se precia que sabe jugar los cubiletes y las agallas, y que no hay quien como él sepa bailar la chacona: un caballero conozco yo que se alababa que á ruegos de un sacristán había cortado de papel treinta y dos flores para poner en un monumento sobre paños negros, y destas cortaduras hizo tanto caudal, que así llevaba á sus amigos á verlas, como si los llevara á ver las banderas y despojos de enemigos que sobre la sepultura de sus padres y abuelos estaban pues-

tas. Este mercader pues, tenía dos hijos, el uno de doce y el otro de hasta catorce años, los cuales estudiaban gramática en el estudio de la Compañía de Jesús: iban con autoridad, con ayo y con pajes que les llevaban los libros, y aquel que llaman *vade mecum*: el verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacía sol, en coche si llovía, me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba á la lonja á negociar sus negocios, porque no llevaba otro criado que un negro, y algunas veces se desmandaba á ir en un machuelo aún no bien aderezado.

*Cip.* Has de saber, Berganza, que es costumbre y condición de los mercaderes de Sevilla, y aun de las otras ciudades, mostrar su autoridad y riqueza, no en sus personas, sinó en las de sus hijos; porque los mercaderes son mayores en su sombra que en sí mismos, y como ellos por maravilla atienden á otra cosa que á sus tratos y contratos, trátanse modestamente; y como la ambición y la riqueza muere por manifestarse, revienta por sus hijos, y así los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algún príncipe; y algunos hay que los procuran títulos, y ponerles en el pecho la marca que tanto distingue la gente principal de la plebeya.

*Berg.* Ambición es; pero ambición generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero.

*Cip.* Pocas ó ninguna vez se cumple con la ambición, que no sea con daño de tercero.

*Berg.* Ya hemos dicho que no hemos de murmurar.

*Cip.* Si, que yo no murmuro de nadie.

*Berg.* Ahora acabo de confirmar por verdad lo que muchas veces he oido decir. Acaba un maldiciente murmurador de echar á perder diez linajes, y de calumniar veinte buenos, y si alguno le reprende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada, y que ha si dicho algo, no lo ha dicho por tanto, y que si pensara que alguno se habia de agraviar, no lo dijera: á la fé, Cipión, mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversación sin tocar los límites de la murmuración; porque yo veo en mí, que con ser un animal como soy, á cuatro razones que digo, me acuden las palabras á la lengua como mosquitos al vino, y todas mali-

ciosas y murmurantes : por lo cual vuelvo á decir lo que otra vez he dicho, que el hacer y el decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres, y lo mamamos en la leche : vese claro en que apenas ha sacado el niño el brazo de las fajas, cuando levanta la mano con muestras de querer vengarse de quien á su parecer le ofende ; y casi la primera palabra articulada que habla, es llamar puta á su ama ó á su madre.

*Cip.* Así es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tantos : echemos pelillos á la mar (como dicen los muchachos), y no murmuremos de aquí adelante, y sigue tu cuento, que le dejaste en la autoridad con que los hijos del mercader tu amo iban al estudio de la Compañía de Jesús.

*Berg.* A él me encomiendo en todo acontecimiento ; y aunque el dejar de murmurar lo tengo por dificultoso, pienso usar de un remedio, que oí decir que usaba un gran jurador, el cual arrepentido de su mala costumbre, cada vez que después de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el brazo ó besaba la tierra en pena de su culpa ; pero con todo esto juraba ; así yo cada vez que fuere contra el precepto que me has dado de que no murmure, y contra la intención que tengo de no murmurar, me morderé el pico de la lengua, de modo que me duela, y me acuerde de mi culpa para no volver á ella.

*Cip.* Tal es ese remedio, que si usas dél, espero que te has le morder tantas veces. que has de quedar sin lengua, y así quedarás imposibilitado de murmurar.

*Berg.* A lo menos, yo haré de mi parte mis diligencias, y supla las faltas el cielo. Y así digo que los hijos de mi amo se dejaron un día un carpatacio en el patio, donde yo á la sazón estaba ; y como estaba enseñado á llevar la esportilla del jifero mi amo, así del *vade mecum* y fuíme tras ellos con intención de no soltalle hasta el estudio : sucedióme todo como lo deseaba, que mis amos que me vieron con el *vade mecum* en la boca, asido sötilmente de las cintas, mandaron á un paje me le quitase ; mas yo no lo consentí, ni le solté hasta que entré en el aula, cosa que causó risa á todos los estudiantes : lleguéme al mavor de mis amos, y á mi parecer

con mucha crianza se repuse en las manos, y quedéme sentado en cuclillas á la puerta del aula, mirando de hito en hito al maestro que en la cátedra leía. No sé qué tiene la virtud, que con alcanzármeme á mí tan poco ó nada della, luego recibí gusto de ver el amor, el término, lo solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban: consideraba cómo los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios, y los sobrellevaban con cordura; y finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados.

*Cip.* Muy bien dices Berganza, porque yo he oído decir desa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guidores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan: son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y finalmente la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.

*Berg.* Todo es así como lo dices. Y siguiendo mi historia, digo que mis amos gustaron de que les llevase siempre el *vade mecum*, lo que hice de muy buena voluntad, con lo cual tenía una vida de rey, y aún mejor, porque era descansada, á causa que los estudiantes dieron en burlarse conmigo, y domesticquéme con ellos de tal manera, que me metían la mano en la boca y los más chiquillos subían sobre mí: arrojaban los bonetes ó sombreros, y yo se los volvía á la mano limpiamente y con muestras de grande recocijo: dieron en darme de comer cuanto ellos podían, y gustaban de ver que cuando me daban nueces ó avellanas, las partía como mona, dejando las cáscaras y comiendo lo tierno: tal hubo, que por hacer prueba de mi habilidad me trujo en un pañuelo gran cantidad de ensalada, la cual comí como si fuera persona. Era tiempo de invierno, cuando campean en Sevilla los molletes y mantequillas, de quien era tan bien servido, que más de dos

Antonios se empeñaron ó vendieron para que yo almorzase. Finalmente, yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habría otra de más gusto y pasatiempo, porque corren parejas en ella la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose: desta gloria y desta quietud me vino á quitar una señora, que á mi parecer llaman por abí razón de estado, que cuando con ella se cumple se ha de descumplir con otras razones muchas. Es el caso, que á aquellos señores maestros les pareció que la media hora que hay de lición á lición, la ocupaban los estudiantes no en reparar las liciones, sino en holgarse conmigo: y así ordenaron á mis amos que no me llevasen más al estudio: obedecieron, volviéronme, á casa y á la antigua guarda de la puerta, y sin acordarse el señor viejo de la merced que me había hecho, de que de día y de noche anduviese suelto, volví á entregar el cuello á la cadena y el cuerpo á una esterilla, que detrás de la puerta me pusieron. ¡Ay, amigo Cipión, si supieses cuán dura cosa es de sufrir el pasar de un estado felice á un desdichado! Mira, cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte, ó la continuación dellas hace un hábito y costumbre en padecellas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas cuando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso se sale á gozar de otra suerte próspera, venturosa y alegre, y de allí á poco se vuelve á padecer la suerte primera, y á los primeros trabajos y desdichas, es un dolor tan riguroso, que si no acaba la vida, es por atormentarla más viviendo. Digo en fin, que volví á mi ración perruna, y á los huesos que una negra de casa me arrojaba, y aun estos me diezaban dos gatos romanos, que como sueltos y lijeros, érales fácil quitarme lo que no caía debajo del distrito que alcanzaba mi cadena. Cipión hermano: así el cielo te conceda el bien que deseas, que sin que te enfades me dejes ahora filosofar un poco, porque si dejase de decir las cosas que en este instante me han venido á la memoria de aquellas que entonces me ocurrieron, me parece

que no sería mi historia cabal ni de fruto alguno.

*Cip.* Advierte, Berganza, no sea tentación del demonio esa gana de filosofar que dices te ha venido; porque no tiene la murmuración mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta, que darse á entender el murmurador, que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprensión, y el descubrir los defectos ajenos buen celo, y no hay vida de ningún murmurante, que si la consideras y escudriñas no la halles llena de vicios y de insolencias; y debajo de saber esto, filosofea ahora cuanto quisieres.

*Berg.* Seguro puedes estar, Cipión, de que más murmure, porque así lo tengo propuesto. Es pues el caso, que como me estaba todo el día ocioso, y la ociosidad sea madre de los pensamientos, di en repasar por la memoria algunos latines que me quedaron en ella de muchos que oí cuando fui con mis amos al estudio, con que á mi parecer me hallé algo más mejorado de entendimiento, y determiné, como si hablar supiera, aprovecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciesen; pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algún latín breve y compendioso, dando á entender á los que no lo entienden, que son grandes latinos, y apenas saben declinar un nombre, ni conjugar un verbo.

*Cip.* Por menor daño tengo ese que el que hacen los que verdaderamente saben latín, de los cuales hay algunos tan imprudentes, que hablando con un zapatero ó con un sastre, arrojan latines como agua.

*Berg.* Deso podremos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.

*Cip.* pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les excusa el ser latinos, de ser asnos.

*Berg.* Pues ¿quién lo duda? La razón está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latin, como lengua materna suya, algún majadero habría entre ellos á quien no excusaría el hablar latín dejar de ser necio.



*Cip.* Para saber callar en romance y hablar en latín, discreción es menester, hermano Berganza.

*Berg.* Así es, porque también se puede decir una necesidad en latín como en romance, y yo he visto letrados tontos y gramáticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latín, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, no una, sino muchas veces.

*Cip.* Dejemos esto, y comienza á decir tus filosofías.

*Berg.* Ya las he dicho : estas son que acabo de decir.

*Cip.* ¿ Cuáles?

*Berg.* Estas de los latines y romances, que yo comencé y tú acabaste.

*Cip.* ¿ Al murmurar llamas filosofar? así va ello : canoniza, canoniza, Berganza, á la maldita plaga de la murmuración, y dale el nombre que quisieres, que ella dará á nosotros el de cínicos, que quiere decir perros murmuradores; y por tu vida que calles ya, y sigas tu historia.

*Berg.* ¿ Cómo la tengo de seguir si callo?

*Cip.* Quiero decir que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo, según la vas añadiendo colas.

*Berg.* Habla con propiedad, que no se llaman colas las del pulpo.

*Cip.* Ese es el error que tuvo el que dijo que no era torpeza ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templan la asquerosidad que causa el oír las por sus mismos nombres : las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe.

*Berg.* Quiero creerte, y digo que no contentá mi fortuna de haberme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos pasaba tan recocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquindad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenía : mira, Cipión, ten por cierto y averiguado, como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra : dígoles porque la negra de casa estaba enamorada de un negro asimismo esclavo de casa, el cual

negro dormía en el zaguán que es entre la puerta de la calle y la de enmedio, detrás de la cual yo estaba, y no se podían juntar sinó de noche, y para esto habían hurtado ó contrahecho las llaves; y así las más de las noches bajaba la negra, y tapándome la boca con algún pedazo de carne ó queso, abría al negro con quien se daba buen tiempo facilitándole mi silencio y á costa de muchas cosas que la negra hurtaba : algunos días me estragaron la conciencia las dádivas de la negra, pareciéndome que sin ellas se me apretarían las ijadas, y daría de mastín en galgo; pero en efecto, llevado de mi buen natural, quise responder á lo que á mi amo debía, pues tiraba sus gajes y comía su pan, como lo deben hacer no sólo los perros honrados, á quienes se les da renombre de agradecidos, sinó todos aquellos que sirven.

*Cip.* Esto sí, Berganza, quiero que pase por filosofía, porque son razones que consisten en buena verdad y en buen entendimiento; y adelante, y no hagas soga, por no decir cola, de tu historia.

*Berg.* Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, qué quiere decir filosofía; que aunque yo la nombro, no sé lo que es; sólo me doy á entender que es cosa buena.

*Cip.* Con brevedad te lo diré. Este nombre se compone de dos nombres griegos, que son : *filos* y *sofia* : *filos* quiere decir amor, y *sofia* la ciencia : así que *filosofía* significa amor de la ciencia, y filósofo, amador de la ciencia.

*Berg.* Mucho sabes, Cipión, ¿quién diablos te enseñó á tí nombres griegos?

*Gip.* Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues desto haces caso; porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela, y también hay quien presume saber la lengua griega sin saberla, como la latina ignorándola.

*Berg.* Eso es lo que yo digo, y quisiera que á estos tales los pusieran en una prensa, y á fuerza de vueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando al mundo con el oropel de sus gregüescos rotos y sus latines falsos, como hacen los portugueses con los negros de Guinea.

*Gip.* Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua,

y trazármela yo, porque todo cuantos decimos es murmurar.

*Berg.* Sí, que no estoy obligado á hacer lo que he oido decir que hizo un llamado Corondas, tirio, el cual puso ley que ninguno entrase en el ayuntamiento de su ciudad con armas, so pena de la vida : descuidóse desto, y otro día entró en el cabildo ceñida la espada : advirtiéronselo, y acordándose de la pena por él puesta, al momento desenvainó su espada, y se pasó con ella el pecho, y fué el primero que puso y quebrantó la ley, y pagó la pena. Lo que yo dije no fué poner ley sino prometer que me mordería la lengua cuando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas : hoy se hace una ley, y mañana se rompe, y quizá conviene que así sea : ahora promete uno de enmendarse de sus vicios, y de allí á un momento cae en otros mayores : una cosa es alabar la disciplina, y otra el darse con ella ; y en efecto, del dicho al hecho hay gran trecho : muérdase el diablo, que yo no quiero morderme, ni hacer finezas detrás de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinación.

*Gip.* Según eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras, fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, sólo por que te alabaran, como todos los hipócritas hacen.

*Berg.* No sé lo que entonces hiciera : esto sé que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir, que no sé cómo ni cuando podré acabarlas, y más estando temeroso, que al salir del sol nos hemos de quedar á oscuras, faltándonos la habla.

*Gip.* Mejor lo hará el cielo, sigue tu historia, y no te desvíes del camino carretero con impertinentes digresiones ; y así por larga que sea, la acabarás presto.

*Berg.* Digo pues que habiendo visto la insolencia, latrocinio y deshonestidad de los negros, determiné, como buen criado, estorbarlo por los mejores medios que pudiese, y pude tan bien, que sali con mi intento. Bajaba la negra, como has oido, á reforcilarse con el negro, fiada en que me enmudecían los pedazos de carne, pan ó queso que me arrojaba : mucho pueden las dádivas, Cipión.

*Cip.* Mucho : no te diviertas, pasa adelante.

*Berg.* Acuérdomé que cuando estudiaba oí decir al preceptor un refrán latino, que ellos llaman adagio, que decía, *habet bovem in lingua.*

*Cip.* ¡ Oh! que en hora mala hayais encajado vuestro latin. ¿ Tan presto se ha olvidó lo que poco ha dijimos contra los que entretemeten latines en las conversaciones de romances ?

*Berg.* Este latin viene aquí de molde : que has de saber que los atenienses usaban entre otras de una moneda sellada con la figura de un buey, y cuando algún juez dejaba de decir ó hacer lo que era razón y justicia por estar cohechado, decian : este tiene el buey en la lengua.

*Cip.* La aplicación falta.

*Berg.* ¿ No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuvieron muchos dias mudo, que ni quería ni osaba ladrar cuando bajaba á verse con su negro enamorado ? por lo que vuelvo á decir que pueden mucho las dádivas.

*Cip.* Ya té he respondido que pueden mucho ; y sinó fuera por no hacer ahora una larga digresión, con mil ejemplos probára lo mucho que las dádivas pueden ; más quizá lo diré, si el cielo me concede tiempo, lugar y habla para contarte mi vida.

*Berg.* Dios te dé lo que desees, y escucha. Finalmente, mi buena intención rompió por las malas dádivas de la negra, á la cual bajando una noche muy oscura á su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice pedazos toda la camisa, y le arranqué un pedazo de muslo : burla que fué bastante á tenerla de véras más de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sé qué enfermedad. Sanó volvió otra noche, y yo volví á la pelea con ella, y sin morderla la arañé todo el cuerpo como si la hubiera cardado como manta : nuestras batallas eran á la sorda, de las cuales salía siempre vencedor, y la negra mal parada, y peor contenta ; pero sus enojos se parecían bien en mi pelo y en mi salud : alzóseme con la ración y los huesos, y los míos poco á poco iban señalando los nudos del espinazo : con todo esto, aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra, por acabarme de una vez, me trujo

una esponja frita con manteca : conocí la maldad, ví que era peor que comer zarazas ; porque á quien la come se le hincha el estómago, y no sale dél sin llevarse tras sí la vida ; y pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos : halléme un día suelto, y sin decir adios á ninguno de casa, me puse en la calle, y a menos de cien pasos me deparó la suerte al alguacil, que dije al principio de mi historia que era grande amigo de mi amo Nicolás el Romo, el cual apenas me hubo visto, cuando me conoció y me llamó por mi nombre : también le conocí yo, y al llamarme, me llegué á él con mis acostumbradas ceremonias y caricias : asíome del cuello, y dijo á los corchetes suyos : Este es famoso perro de ayuda, que fué de un grande amigo mio, llevémosle á casa. Holgáronse los corchetes, y dijeron que si era de ayuda, á todos sería de provecho : quisieron asirme para llevarme, y mi amo dijo que no era menester asirme que, yo me iría, porque le conocía. Háseme olvidado decirte que las carlanças con puntas de acero que saqué cuando me desgarré y ausenté del ganado me las quitó un jitano en una venta, y ya en Sevilla andaba sin ellas ; pero el alguacil me puso un collar tachonado todo de latón de morisco. Considera, Cipión, ahora esta rueda variable de la fortuna mia : ayer me ví estudiante, y hoy me ves corchete.

*Cip.* Así va el mundo, y no hay para qué te pongas ahora á exagerar los vaivenes de fortuna, como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un jifero á serlo de un corchete : no puedo sufrir ni llevar en paciencia oír las quejas que dan de la fortuna algunos hombres, que la mayor que tuvieron, fué tener premisas y esperanzas de llegar á ser escuderos : ¡ con qué maldiciones la maldicen ! ¡ con cuántos improperios la deshonran ! y no por más de que porquepiense el que los oye, que de alta, próspera y buena ventura han venido á la desdichada y baja en que los miran.

*Berg.* Tienes razón ; y has de saber que este alguacil tenía amistad con un escribano con quien se acompañaba : estaban los dos amancebados con dos mujercillas, no de poco más ó menos, sino de menos en todo : verdad es que tenían

algo de buenas caras, pero mucho de desenfadado y de taimería putesca: estas les servían de red y de anzuelo para pescar en seco, en esta forma: vestíanse de suerte que por la pinta descubrían la figura, y á tiro de arcabuz mostraban ser damas de la vida libre: andaban siempre á caza de extranjeros, y cuando llegaba la vendeja á Cádiz y á Sevilla llegaba la huella de su ganancia, no quedando bretón con quien no embistiesen: y en cayendo el grasiendo con alguna destas limpias, avisaban al alguacil y al escribano adónde y á qué posada iban, y en estando juntos les daban asalto y los prendían por amancebados; pero nunca los llevaban á la cárcel, á causa que los extranjeros siempre redimían la vejación con dineros. Sucedió pues que la Colindres, que así se llamaba la amiga del alguacil, pescó un bretón unto y bisunto: concertó con él cena y noche en su posada; dió el cañuto á su amigo, y apenas se habían desnudado, cuando el alguacil, el escribano, dos corchetes y yo dimos con ellos. Alborotáronse, los amantes, exageró el alguacil el delito, mandólos vestir á toda priesa para llevarlos á la cárcel, afligióse el bretón, terció movido de caridad el escribano; y á puros ruegos redujo la pena á sólo cien reales. Pidió el bretón unos follados de camuza, que había puesto en una silla á los piés de la cama donde tenía dineros para pagar su libertad, y no parecieron los follados ni podían parecer; porque así como yo entré en el aposento, llegó á mis narices un olor de tocino que me consoló todo, descubriéndole con el olfato, y halléle en una faldriquera de los follados: digo que hallé en ella un pedazo de jamón famoso, y por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados á la calle; allí me entregué en el jamón á toda mi voluntad y cuando volví al aposento, hallé que el bretón daba voces, diciendo en lenguaje adúltero y bastardo, aunque se entendía, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenía cincuenta *escuti* de oro *in oro*; imaginó el escribano ó que la Colindres ó los corchetes se los habían robado: el alguacil pensó lo mismo: llamóles aparte no confesó ninguno, y diéronse al diablo todos. Viendo yo lo que pasaba, volví á la calle donde había dejado los follados para volverlos, pues á mí no me aprovechaba nada el di-

nero: no los hallé, porque ya algún venturoso que pasó se los había llevado. Como el alguacil vió que el bretón no tenía dinero para el cohecho, se desesperaba, y pensó sacar de la huéspeda de casa lo que el bretón no tenía: llámola, y vino medio desnuda, y como oyó las voces y quejas del bretón y á la Colindres desnuda y llorando, al alguacil en cólera, y al escribano enojado, y á los corchetes despabilando lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho: mandó el alguacil que se cubriese y se viniese con él á la cárcel, porque consentía en su casa hombres y mujeres de mal vivir. Aquí fué ello: aquí sí que fué cuando se aumentaron los voces y creció la confusión, porque dijo la huéspeda: Señor alguacil y señor escribano, no conmigo tretas, que entreveo toda la costura: no conmigo dijés ni poleos, callen la boca, y váyanse con Dios; sinó, por mi santiguada que arroje el bodegón por la ventana, y que saque á plaza toda la chirinola desta historia, que bien conozco á la señora Colindres, y sé que há muchos meses que es su cobertor el señor alguacil, y no hagan que me aclare más, sino vuélvase el dinero á este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy mujer honrada y tengo un marido con su carta de ejecutoria, y con *a perpenan rei de memoria*, con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente y sin daño de barras: el arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea, y no conmigo cuentos, que por Dios que sé despolvorearme: bonita soy yo, para que por mi orden entren mujeres con los huéspedes: ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy quince, que tengo de ver tras siete paredes. Pasmados quedaron mis amos de haber oído la arenga de la huéspeda, y de ver cómo les leía la historia de sus vidas; pero como vieron que no tenían de sacar dinero, si della no, porfiaban en llevarla á la cárcel. Quejábase ella al cielo de la sinrazón y injusticia que la hacían, estando su marido ausente y siendo tan principal hidalgo. El bretón bramaba por sus cincuenta *escuti*. Los corchetes porfiaban que ellos no habían visto los follados, ni Dios permitiese tal. El escribano por lo callado insistía al alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debía de tener los cincuenta

*escuti* por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvían. Ella decía que el bretón estaba borracho, y que debía de mentir en lo del dinero. En efecto, todo era confusión, gritos y juramentos: sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguaran si al instante no entrara en el aposento el teniente de asistente, que viniendo á visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita; preguntó la causa de aquellas voces; la huéspeda se la dió muy por menudo: dijo quién era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida: publicó la pública amistad suya y del alguacil, echó en la calle sus tretas y modo de robar, disculpóse á sí misma de que con su consentimiento jamás había entrado en su casa mujer de mala sospecha: canonizóse por santa y á su marido por un bendito, y dió voces á una moza que fuese corriendo y trujese de ún cofre la carta ejecutoria de su marido, para que la viese el señor teniente, diciéndole que por ella echaría de ver, que mujer de tan honrado marido no podía hacer cosa mala, y que si tenía aquel oficio de casa de camas, era á no poder más, que Dios sabía lo que le pesaba y si quisiera ella más tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida, que tener aquel ejercicio. El teniente enfadado de su mucho hablar y presumir de ejecutoria, le dijo: Hermana camera, yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía, con que vos me confeséis que es hidalgo mesonero. Y con mucha honra, respondió la huéspeda, y ¿qué linaje hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algún dime y direte? Lo que yo os digo, hermana, es que os cubráis, que habéis de venir á la cárcel: la cual nueva dió con ella en el suelo, arañóse el rostro, alzó el grito; pero con todo eso, el teniente demasíadamente severo, los llevó á todos á la cárcel: conviene á saber, al bretón, á la Colindres y á la huéspeda. Después supe que el bretón perdió sus cincuenta *escuti*, y más dicen, que le condenaron en las costas: la huéspeda pagó otro tanto, y la Colindres salió libre por la puerta afuera; y el mismo día que la soltaron, pescó á un marinero que pagó por el bretón con el mismo embuste del soplo; porque veas, Cipión, cuántos y cuán grandes inconvenientes nacieron de mi golosina.



*Cip.* Mejor dijeras de la bellaquería de tu amo.

*Berg.* Pues escucha, que aun más adelante tiraba la barra, puesto que me pesa de decir mal de alguaciles y de escribanos.

*Cip.* Si, que decir mal de uno, no es decirlo de todos : sí, que muchos y muy muchos escribanos hay buenos, fieles y legales, y amigos de hacer placer sin daño de tercero : sí, que no todos entretienen los pleitos, ni avisan á las partes, ni todos llevan más de sus derechos, ni todos van buscando é inquiriendo las vidas ajenas para ponerlas en tela de juicio, ni todos se aunan con el juez para hazme la barba, y hacerte he el copete, ni todos los alguaciles se concertan con los vagamundos y fulleros, ni tienen todos las amigas como la de tu amo para sus embustes : muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas condiciones : muchos no son arrojados, insolentes ni mal criados, ni rateros, como los que andan por los mesones midiendo las espadas á los extranjeros, y hallándolas un pelo más de la marca, destruyen á sus dueños : sí, que no todos como prenden sueltan, y son jueces y abogados cuando quieren.

*Berg.* Mas alto picaba mi amo, otro camino era el suyo : presumía de valiente y de hacer prisiones famosas ; sustentaba la valentía sin peligro de su persona, pero á costa de su bolsa : un día acometió en la puerta de Jerez él solo á seis famosos rufianes, sin que yo le pudiese ayudar en nada, porque llevaba con un freno de cordel impedida la boca (que así me traía de día, y de noche me le quitaba) : quedé maravillado de ver su atrevimiento, su brío y su denuedo : así se entraba y salía por las seis espadas de los rufos, como si fueran varas de mimbre : era cosa maravillosa ver la ligereza con que acometía, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta porque no le tomasen las espaldas. Finalmente, él quedó, en mi opinión y en la de todos cuantos la pendencia miraron y supieron, por un nuevo Radamonte, habiendo llevado á sus enemigos desde la puerta de Jerez hasta los mármoles del colegio de maese Rodrigo, que hay más de cien pasos : dejólos encerrados, y volvió á coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vainas y luego se las fué á

mostrar al asistente, que si mal no me acuerdo, lo era entonces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destrucción de la Saucedá. Miraban á mi amo por las calles do pasaba, señalándole con el dedo, como si dijieran : aquel es el valiente que se atrevió á reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucía. En dar vueltas á la ciudad para dejarse ver, se pasó lo que quedaba del día; y la noche nos halló en Triana en una calle junto al molino de la polvera, y habiendo mi amo avisorado (como en la jácara se dice) si álguien le veía, se entró en una casa, y yo tras él, y hallámos en un patio á todos los jayanes de la pendencia, sin capas ni espadas, y todos desabrochados; y uno que debía de ser el huésped, tenía un gran jarro de vino en la una mano, y en la otra una copa grande de taberna, la cual colmándola de vino generoso y espumante, brindaba á toda la compañía; apenas hubieron visto á mi amo, cuando todos se fueron á él con los brazos abiertos y todos le brindaron, y él hizo la razón á todos, y aun la hiciera á otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condición afable y amigo de no enfadar á nadie por pocas cosas. Quererte yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenaron, las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron, y las que se reprobaron, las alabanzas que los unos á los otros se dieron, los bravos ausentes que se nombraron, la destreza que allí se puso en su punto, levantándose en mitad de la cena á poner en práctica las tretas que se les ofrecían, esgrimiendo con las manos los vocablos tan exquisitos de que usaban, y finalmente el talle de la persona del huésped, á quien todos respetaban como á señor y padre, sería meterme en un laberinto donde no me fuese posible salir cuando quisiese. Finalmente, vine á entender con toda certeza, que el dueño de la casa, á quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes, y que la gran pendencia de mi amo había sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del retirarse y de dejar las vainas, las cuales pagó mi amo allí luego de contado, con todo cuanto Monipodio dijo que había costado la cena que se concluyó casi al amanecer con mucho gusto de todos; y fué su

postre dar soplo á mi amo de un rufián forastero que nuevo y flamante habia llegado á la ciudad : debía de ser más valiente que ellos, y de envidia le soplaron : prendióle mi amo la siguiente noche desnudo en la cama, que si vestido estuviera, yo vi en su talle que no se dejara prender tan á mansalva. Con esta prisión que sobrevino sobre la pendencia, creció la fama de mi cobarde, que lo era mi amo más que una liebre, y á fuerza de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo cuanto con su oficio y con sus inteligencias granjeaba, se le iba y desaguaba por la canal de la valentia. Pero ten paciencia, y escucha ahora un cuento que le sucedió, sin añadir ni quitar de la verdad una tilde. Dos ladrones hurtaron en Antequera un caballo muy bueno : trujéronle á Sevilla, y para venderle sin peligro usaron de un ardid, que á mi parecer tiene del agudo y del discreto : fuéronse á posadas diferentes, y el uno se fué á la justicia, y pidió por una petición que Pedro de Losada le debía cuatrocientos reales prestados, como parecía por una cédula firmada de su nombre, de la cual hacía presentación. Mandó el teniente que el tal Losada reconociese la cédula, y que si la reconociese, le sacasen prendas de la cantidad, ó le pusiesen en la cárcel : tocó hacer esta diligencia á mi amo y al escribano su amigo : llevóles el ladrón á la posada del otro y al punto reconoció su firma, y confesó la deuda, y señaló por prenda de la ejecución el caballo, el cual visto por mi amo, le creció el ojo y le marcó por suyo, si acaso se vendiese. Dió el ladrón por pasados los términos de la ley, y el caballo se puso en venta, y se remató en quinientos reales en un tercero que mi amo echó de manga, para que se le comprase : valia el caballo tanto y medio más de lo que dieron por él; pero como el bien del vendedor estaba en la brevedad de la venta, á la primer postura remató su mercadería. Cobró el un ladrón la deuda que no le debían, y el otro la carta de pago que no habia menester, y mi amo se quedó con el caballo, que para él fué peor que el Seyano lo fué para sus dueños. Mondaron luego la hazá los ladrones, y de allí á dos días después de haber trastejado mi amo las guarniciones y otras faltas del caballo, pareció sobre él en la plaza de San Francisco,

más hueco y pomposo que aldeano vestido de fiesta : diéronle mil parabienes de la buena compra, afirmándole que valia ciento y cincuenta ducados, como un huevo un maravedí, y él volteando y revolviendo el caballo, representaba su tragedia en el teatro de la referida plaza. Y estando en sus caracoles y rodeos llegaron dos hombres de buen talle y de mejor ropaje, y el uno dijo : ¡ Vive Dios, que este es Piedehierro, mi caballo, que ha pocos días que me le hurtaron en Antequera ! Todos los que venían con él, que eran cuatro criados, dijeron que así era la verdad, que aquel era Piedehierro, el caballo que le habían hurtado. Pasmóse mi amo, querellóse el dueño, hubo pruebas y fueron las que hizo el dueño tan buenas, que salió la sentencia en su favor, y mi amo fué desposeído del caballo. Súpose la burla y la industria de los ladrones, que por manos é intervenció de la misma justicia vendieron lo que habían hurtado, y casi todos se holgaban de que la codicia de mi amo le hubiese rompido el saco : y no paró en esto su desgracia, que aquella noche saliendo á rondar el mismo asistente, por haberle dado noticia que hacía los barrios de San Julián andaban ladrones, al pasar de una encrucijada vieron pasar un hombre corriendo, y dijo á este punto el asistente, asiéndome por el collar y zuzándome : Al ladrón, Gavilán, ea, Gavilán hijo, al ladrón. Yo, á quien ya tenían cansado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el señor asistente me mandaba sin discrepar en nada, arremetí con mi propio amo, y sin que pudiese valerse, dí con él en el suelo, y si no me le quitaran, yo hiciera á más de cuatro vengados ; quitáronme con mucha pesadumbre de entrambos. Quisieran los corchetes castigar me, y aun matarme á palos, y lo hicieron si el asistente no les dijera : No le toque nadie, que el perro hizo lo que yo le mandé. Entendióse la malicia, y yo sin despedirme de nadie, por un agujero de la muralla salí al campo, y antes que amaneciese me puse en Mairena, que es un lugar que está cuatro leguas de Sevilla. Quiso mi buena suerte, que hallé allí una compañía de soldados, que según oi decir se iban á embarcar á Cartagena : estaban en ella cuatro rufianes de los amigos de mi amo, y el atambor era uno que había sido corchete y gran cho-

carrero, como lo suelen ser los más atambores; conocieronme todos, y todos me hablaron, y así me preguntaban por mi amo, como si les hubiera de responder; pero el que más afición me mostró fué el atambor, y así determiné de acomodarme con él, si él quisiese, y seguir aquella jornada aunque me llevase á Italia ó á Flándes; porque me parece á mí, y aun á ti te debe parecer lo mismo, que puesto que dice el refrán: Quien necio es en su villa, necio es en Castilla, el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace á los hombres discretos.

*Cip.* Es eso tan verdad, que me acuerdo haber oido decir á un amo que tuve de bonísimo ingenio, que al famoso griego, llamado Ulises, le dieron renombre de prudente, por sólo haber andado muchas tierras, y comunicado con diversas gentes y varias naciones; y así alabo la intencion que tuviste de irte donde te llevasen.

*Berg.* Es pues el caso, que el atambor, por tener con que mostrar más sus chocarrerías, comenzó á enseñarme á bailar al són del atambor, y hacer otras monerías tan ajenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo, como las oirás cuando te las diga: por acabarse el distrito de la comisión se marchaba poco á poco: no había comisario que nos limitase: el capitán era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano: el alférez no había muchos meses que había dejado la corte y el tinelo: el sargento era mohatrero y sagaz, y grande arriero de compañías, desde donde se levantan hasta el embarcadero: iba la compañía llena de rufianes churrulleros, los cuales hacían algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir á quien no lo merecía: ¡infelicidad del buen príncipe! ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, á causa que los unos son verdugos de los otros, sin culpa del señor, pues aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas ó las más cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia. En fin, en menos de quince días, con mi buen ingenio y con la diligencia que puso el que había escogido por patrón, supe saltar por el rey de Francia, y no saltar por la mala tabernera: enseñóme á hacer corvetas como caballo napolitano, y andar

á la redonda como mula de tahona, con otras cosas, que si yo no tuviera cuenta en no adelantarme á mostrarlas, pusiera en duda si era algún demonio en figura de perro el que las hacía: púsome nombre el perro sabio, y no habíamos llegado al alojamiento, cuando tocando su atambor, andaba por todo el lugar, pregonando que todas las personas que quisiesen venir á ver las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio, en tal casa, ó en tal hospital las mostraban á ocho ó á cuatro maravedís, según era el pueblo grande ó chico. Con estos encarecimientos no quedaba persona en todo el lugar, que no me fuese á ver, y ninguno había que no saliese admirado y contento de haberme visto. Triunfaba mi amo con la mucha ganancia, y sustentaba seis camaradas como unos reyes. La codicia y la envidia despertó en los rufianes voluntad de hurtarme, y andaban buscando ocasión para ello; que esto del ganar de comer holgando, tiene muchos aficionados y golosos: por esto hay tantos litereros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque le vendiesen todo, no llega á poderse sustentar un día: y con esto los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año, por do me doy á entender que de otra parte, que de la de sus oficios, sale la corriente de sus borracheras: toda estagente vagamunda, inútil y sin provecho, son esponjas del vino y gorgojos del pan.

*Cip.* No más, Berganza, no volvamos á lo pasado, sigue, que se va la noche, y no querría que al salir del sol quedásemos á la sombra del silencio.

*Berg.* Ténle, y escucha. Como sea cosa fácil añadir á lo ya inventado, viendo mi amo cuán bien sabía imitar el corcel napolitano, hizome unas cubiertas de guadamacil, y una silla pequeña que me acomodó en las espaldas, y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla, de correr sortija y enseñóme á correr derechamente á una sortija que entre dos palos ponía; y el día que había de correrla pregonaba que aquel día corría sortija el perro sabio, y hacía otras nuevas y nunca vistas galanterías, las cuales de mi santiscario, como dicen, las hacía, por no sacar mentiroso á mi amo. Llegamos pues por nuestras jornadas contadas á Montilla, villa del famoso y

gran cristiano marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar y de Montilla. Alojaron á mi amo, porque él lo procuró, en un hospital: echó luego el ordinario bando, y como ya la fama se había adelantado á llevar las nuevas de las habilidades y gracias del perro sabio, en menos de una hora se llenó el patio de gente. Alegróse mi amo viendo que la cosecha iba de guilla, y mostróse aquel día chocarrero en demasía. Lo primero en que comenzaba la fiesta, era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo que parecía de cuba: conjurábame por las ordinarias preguntas, y cuando él bajaba una varilla de mimbre que en la mano tenía, era señal del salto, y cuando la tenía alta, de que me estuviese quedo. El primero conjuro deste día (memorable entre todos los de mi vida) fué decirme: Ea, Gavilán amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces, que se escabecha las barbas, y si no quieres, salta por la pompa y aparato de D.<sup>a</sup> Pimpinela de Pallagonia, que fué compañera de la moza gallega que servía en Valdeastillas. ¿No te cuadra el conjuro, hijo Gavilán? pues salta por el Bachiller Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno. ¡Oh! perezoso estás; ¿por qué no saltas? pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías: ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad-Real, San Martín y Ribadavia. Bajó la varilla, y salté yo, y noté sus malas entrañas. Volvióse luego al pueblo, y en voz alta dijo: No piense vuesa merced, senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe: veinte y cuatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor dellas volaría un gavilán: quiero decir, que por ver la menor se puede caminar treinta leguas: sabe bailar la zarabanda y chacona mejor que su inventora misma: bébese una azumbre de vino sin dejar gota: entona un sol, fa, mi, re, tan bien como un sacristán: todas estas cosas y otras muchas que me quedan por decir, las irán viendo vuestas mercedes en los días que estuviere aquí la compañía, y por ahora dé otro salto nuestro sabio, y luego entraremos en lo grueso. Con esto suspendió al auditorio, que había llamado senado, y les encendió el deseo de no dejar de ver todo lo que yo sabía. Volvióse á mi amo, y dijo: Volved, hijo Gavilán, y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que

habéis hecho, pero ha de ser á devoción de la famosa hechicera, que dicen que hubo en este lugar. Apenas hubo dicho esto, cuando alzó la voz la hospitalera, que era una vieja, al parecer, de más de sesenta años, diciendo : Bellaco, charlatán, embaidor y hijo de puta, aqui no hay hechicera alguna : si lo decís por la Camacha, y a ella pagó su pecado, y está donde Dios se sabe : si lo decís por mi, chocarrero, ni yo soy ni he sido hechicera en mi vida ; y si he tenido fama de haberlo sido, merced á los testigos falsos y á la ley del encaje, y al juez arrojadizo y mal informado, ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia, no de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados, ó otros que como pecadora he cometido : así que, socarrón tamborilero, salid del hospital ; si no, por vida de mi santiguada que os haga salir más que de paso, y con esto comenzó á dar tantos gritos y á decir tantas y tan atropelladas injurias á mi amo, que le puso en confusión y sobresalto : finalmente, no dejó que pasase adelante la fiesta en ningún modo. No le pesó á mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros, y aplazó para otro día y en otro hospital lo que en aquel había faltado. Fuése la gente maldiciendo á la vieja, añadiendo al nombre de hechicera el de bruja, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto, nos quedamos en el hospital aquella noche, y encontrándome la vieja en el corral solo, me dijo : ¿ Eres tú, hijo, Montiel ? ¿ eres tú, por ventura, hijo ? Alcé la cabeza, y miréla muy despacio : lo cual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino á mí, y me echó los brazos al cuello, y si la dejára, me besara en la boca ; pero tuve asco, y no lo consentí.

*Cip.* Bien hiciste, porque no es regalo, sinó tormento el besar ni dejar besarse de una vieja.

*Berg.* Esto que ahora te quiero contar, te lo había de haber dicho al principio de mi cuento, y así excusáramos la admiración que nos causó el vernos con habla ; porque has de saber que la vieja me dijo : Hijo Montiel, vente tras mí, y sabrás mi aposento, y procura que esta noche nos veamos á solas en él, que yo dejaré abierta la puerta, y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida y para tu provecho. Bajé yo la cabeza en señal de obedecerla, por



lo cual ella se acabó de enterar en que yo era el perro Montiel que buscaba, según después me lo dijo. Quedé atónito y confuso, esperando la noche, por ver en lo que paraba aquel misterio ó prodigio de haberme hablado la vieja, y como había oído llamarla de hechicera, esperaba de su vista y habla grandes cosas. Llegóse en fin el punto de verme con ella en su aposento, que era oscuro, estrecho y bajo, y solamente claro con la débil luz de un candil de barro, que en él estaba : atizóle la vieja, y sentóse sobre una arquilla, y llegóme junto á sí, y sin hablar palabra me volvió á abrazar, y yo volví á tener cuenta con que no me besase. Lo primero que me dijo, fué : Bien esperaba yo en el cielo que antes que estos mis ojos se cerrasen con el último sueño te había de ver, hijo mio, y ya que te he visto venga la muerte, y lléveme desta cansada vida : has de saber, hijo que en esta villa vivió la más famosa hechicera que hubo en el mundo, á quien llamaron la Camacha de Montilla : fué tan única en su oficio, que las Eritos, las Circes, las Medeas, de quien he oído decir que están las historias llenas, no la igualaron : ella congelaba las nubes cuando quería, cubriendo con ellas la faz del sol ; y cuando se le antojaba, volvía sereno el más turbado cielo : traía los hombres en un instante de lejas tierras : remediaba maravillosamente las doncellas que habian tenido algún descuido en guardar su entereza : cubría á las viudas de modo que con honestidad fuesen deshonestas : descasaba las casadas, y casaba las que ella quería : por diciembre tenia rosas frescas en su jardín, y por enero segaba trigo : esto de hacer nacer berros en una artesa, era lo menos que ella hacía, ni el hacer ver en un espejo, ó en la uña de una criatura, los vivos ó los muertos que le pedían que mostrase : tuvo fama que convertía los hombres en animales, y que se había servido de un sacristán seis años en forma de asno real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar cómo se haga ; porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertían los hombres en bestias, dicen los que más saben, que no era otra cosa sino que ellas con su mucha hermosura y con sus halagos atraían los hombres de manera á que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte sirviéndose dellos en

todo cuanto querian, que parecian bestias; pero en ti, hijo mio, la experiencia me muestra lo contrario que sé que eres persona racional, y te veo en semejanza de perro, si ya no es que esto se hace con aquella ciencia que llaman tropelia, que hace parecer una cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que me pesa es que yo ni tu madre, que fuimos discipulas de la buena Camacha, nunca llegamos á saber tanto como ella, y no por falta de ingenio, ni de habilidad, ni de ánimo, que antes nos sobraba que faltaba, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, porque las reservaba para ella. Tu madre, hijo, se llamó la Montiel, que después de la Camacha, fué famosa : yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, á lo menos de tan buenos deseos como cualquiera dellas : verdad es, que al ánimo que tu madre tenía de hacer y entrar en un cerco, y encerrarse en él con una legión de demonios, no le hacía ventaja la misma Camacha : yo fui siempre algo medrosilla ; con conjurar media legión me contentaba ; pero con paz sea dicho de entrambas, en esto de conficionar las unturas con que las brujas nos untamos, á ninguna de las dos diera ventaja, ni la daré á cuantas hoy siguen y guardan nuestras reglas : que has de saber, hijo, que como yo he visto y veo que la vida que corre sobre las ligeras alas del tiempo se acaba, he querido dejar todos los vicios de la hechiceria en que estaba engolfada muchos años había, y sólo me he quedado con la curiosidad de ser bruja, que es un vicio dificultosísimo de dejar : tu madre hizo lo mismo : de muchos vicios se apartó, muchas buenas obras hizo en esta vida ; pero al fin murió bruja, y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor de que supo que la Camacha su maestra, de envidia que la tuvo porque se le iba subiendo á las barbas en saber tanto como ella, ó por otra pendenzuela de celos que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada, y llegándose la hora de parto fué su comadre la Camacha, la cual recibió en sus manos lo que tu madre parió, y mostróle que había parido dos perritos ; y así como los vió, dijo : Aquí hay maldad, aquí hay bellaqueria ; pero, hermana Montiel, tu amiga soy, yo encubriré este parto, y atiende tú á estar sana, y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepul-

tada en el mismo silencio : no te dé pena alguna este suceso, que ya sabes tú que puedo yo saber que si no es con Rodriguez el ganapán, tu amigo, dias há que no tratas con otro; así que este perruno parto de otra parte viene, y algún misterio contiene. Admiradas quedámos tu madre y yo, que me hallé presente á todo, del extraño suceso. La Camacha se fué y se llevó los cachorros : yo me quedé con tu madre para asistir á su regalo, la cual no podía creer lo que le habia sucedido. Llegóse el fin de la Camacha, y estando en la última hora de su vida, llamó á tu madre, y le dijo cómo ella habia convertido á sus hijos en perros por cierto enojo que con ella tuvo ; pero que no tuviese pena, que ellos volverian á su sér cuando menos lo pensasen ; mas que no podía ser primero que ellos por sus mismos ojos viesen lo siguiente :

Volverán en su forma verdadera,  
Cuando vieren con presta diligencia  
Derribar los soberbios levantados,  
Y alzar á los humildes abatidos  
Con poderosa mano para hacello :

Esto dijo la Camacha á tu madre al tiempo de su muerte, como ya te he dicho : tomólo tu madre por escrito y de memoria, y yo lo fijé en la mia para si sucediese tiempo de poderlo decir á alguno de vosotros ; y para poder conocer, á todos los perros que veo de tu color los llamo con el nombre de tu madre, no por pensar que los perros han de saber el nombre, sino por ver si respondian á ser llamados tan diferentemente como se llaman los otros perros ; y está tarde como te vi hacer tantas cosas, y qué te llaman el perro sabio, y también como alzaste la cabeza á mirarme cuando te llamé en el corral, he creído que tu eres hijo de la Montiel, á quien con grandísimo gusto doy noticia de tus sucesos y del modo con que has de cobrar tu forma primera ; el cual modo quisiera yo que fuera tan fácil como el que se dice de Apuleyo en el *Asno de oro*, que consistia en sólo comer una rosa ; pero este tuyo va fundado en acciones ajenas, y no en tu diligencia. Lo que has de hacer, hijo, es encomendarte á Dios allá en tu

corazón, y espera á que estas, que no quiero llamar las profecías, sino adivinanzas, han de suceder presto y prósperamente : que pues la buena de la Camacha las dijo, sucederán sin duda alguna, y tú y tu hermano, si es vivo, os veréis como deseáis : de lo que á mi me pesa es, que estoy tan cerca de mi acabamiento, que no tendré lugar de verlo : muchas veces he querido preguntar á mi cabrón qué fin tendrá vuestro suceso : pero no me he atrevido, porque nunca á lo que le preguntamos responde á derechas, sino con razones torcidas y de muchos sentidos : así que, á este nuestro amo y señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras, y á lo que he colegido de sus respuestas, él no sabe nada de lo por venir ciertamente, sino por conjeturas : con todo esto, nos trae tan engañadas á las que somos brujas, que con hacernos mil burlas, no le podemos dejar : vamos á verle muy lejos de aquí, á un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas, y allí nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas, que en verdad, y en Dios y en mi ánima, que no me atrevo á contarlas según son de sucias y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas : hay opinión que no vamos á estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después contamos que nos han sucedido : otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima, y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de una ó de otra manera : porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdaderamente : algunas experiencias desto han hecho los señores inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo : quisiera yo, hijo, apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias : héme acogido á ser hospitalera, curo á los pobres, y algunos se mueren que me dan á mí la vida con lo que me mandan, ó con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos : rezo poco y en público, murmuro mucho y en secreto ; vame mejor, con ser hipócrita, que

con ser pecadora declarada ; las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen las malas obras pasadas. En efeto, la santidad fingida no hace daño á ningún tercero, sino al que la usa. Mira, hijo Montiel, este consejo te doy, que seas bueno en todo cuanto pudieres, y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo cuanto pudieres : bruja soy, no te lo niego, bruja y hechicera fué tu madre, que tampoco te lo puedo negar, pero las buenas apariencias de las dos podían acreditarnos en todo el mundo : tres días antes que muriese habíamos estado las dos en un valle de los montes Pirineos en una gran jira ; y con todo eso, cuando murió fué con tal sosiego y reposo, que si no fueron algunos visajes que hizo un cuarto de hora antes que rindiese el alma, no parecía sino que estaba en aquella cama como en un tálamo de flores, llevaba atravesados en el corazón sus dos hijos, y nunca quiso, aun en el artículo de la muerte, perdonar á la Camacha : tal era ella de entera y firme en sus cosas : yo le cerré los ojos, y fui con ella hasta la sepultura : allí la dejé para no verla más, aunque no tengo perdida la esperanza de verla antes que muera porque, se ha dicho por el lugar que la han visto algunas personas andar por los cimiterios y encrucijadas en diferentes figuras, y quizá alguna vez la toparé yo, y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia. Cada cosa destas que la vieja me decía en alabanza de la que decía ser mi madre, era una lanzada que me atravesaba el corazón, y quisiera arremeter á ella y hacerla pedazos entre los dientes ; y si lo dejé de hacer fué porque no le tomase la muerte en tan mal estado. Finalmente, me dijo que aquella noche pensaba untarse para ir á uno de sus usados convites, y que cuando allá estuviese pensaba preguntar á su dueño algo de lo que estaba por sucederme. Quisiérale yo preguntar qué unturas eran aquellas que decía, y parece que me leyó el deseo, pues respondió á mi intención como si se lo hubiera preguntado, pues dijo : Este unguento con que las brujas nos untamos, es compuesto de jugos de yerbas en todo extremo fríos, y no es como dice el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos. Aquí pudieras también preguntarme qué gusto

ó provecho saca el demonio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que estando bautizadas, como inocentes y sin pecado se van al cielo, y él recibe pena particular con cada alma cristiana que se le escapa : á lo que no te sabré responder otra cosa, sino lo que dice el refran ; que tal hay que se quiebra dos ojos, porque su enemigo se quiebre uno, y por la pesadumbre que da á sus padres, matándoles los hijos, que es la mayor que se puede imaginar ; y lo que más le importa es hacer que nosotras cometamos á cada paso tan cruel y perverso pecado : y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados, que sin su permisión yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo á una hormiga ; y es tan verdad esto, que rogándole yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo, me respondió que ni aun tocar á una hoja della no podía, porque Dios no quería ; por lo cual podrás venir á entender, cuando seas hombre, que todas las desgracias que vienen á las gentes, á los reinos, á las ciudades y á los pueblos, las muertes repentinas, los naufragios, las caidas ; en fin, todos los males que llaman de daño, vienen de la mano del Altísimo y de su voluntad permitente : y los daños y males que llaman de culpa, vienen y se causan por nosotros mismos. Dios es impecable, de do se infiere que nosotros somos autores del pecado, formándole en la intención, en la palabra y en la obra : todo permitiéndolo Dios por nuestros pecados, como ya he dicho. Dirás tú ahora, hijo, si es que acaso me entiendes, que ¿quién me hizo á mí teóloga ? y aun quizá entre ti : ¡ cuerpo de tal con la puta vieja ! ¿ por qué no deja de ser bruja, pues sabe tanto, y se vuelve á Dios, pues sabe que está más pronto á perdonar pecados, que á permitirlos ? A esto te respondo como si me lo preguntaras, que la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza, y este de ser brujas se convierte en sangre y carne, y en medio de su ardor, que es mucho, trae un frío que pone el alma tal, que la resfria y entorpece aún en la fé, de donde nace un olvido de sí misma, y ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza, ni de la gloria con que la convida, y en efeto, como es pecado de carne y de deleites, es fuerza que amortigüe todos los sentidos, y los embelese y absorte, sin dejarlos usar sus oficios como

deben; y así quedando el alma inútil, floja y desmalada, no puede levantar la consideración siquiera á tener algún buen pensamiento: y así dejándose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alzar la mano á la de Dios que se la está dando por sola su misericordia, para que se levante: yo tengo una destas almas que te he pintado, todo lo veo y todo lo entiendo; y como el deleite me tiene echados grillos á la voluntad, siempre he sido y seré mala. Pero dejémos esto, y volvamos á lo de las unturas, y digo, que son tan frias, que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo, y entonces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces acabadas de untar, á nuestro parecer mudamos forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera, y allí cobramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleites, que te dejo de decir por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y así la lengua huye de contarlos; y con todo esto soy bruja, y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas, verdad es que si algunos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen no dos dedos del oído el nombre de las fiestas, que es el que nos imprimió la furia de un juez colérico, que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre, depositando su ira en las manos de un verdugo, que por no estar sobornado usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas; pero esto ya pasó, todas las cosas se pasan, las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados: hospitalera soy, buenas muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis unturas, no soy tan vieja que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco, y ya que no puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerías por la flaqueza de mis piernas, ni dar limosna porque soy pobre, ni pensar en bien porque soy amiga de murmurar, y para haberlo de hacer es forzoso pensarlo primero; así que siempre mis pensamientos han de ser malos: con todo esto, sé que Dios es bueno y misericordioso, y que él sabe lo que ha de ser de

mi, y basta y quédese aquí esta plática, que verdaderamente me entristece : ven, hijo, y verásme untar, que todos los duelos con pan son menos : el buen día meterle en casa, pues mientras se rie, no se llora : quiero decir, que aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos, y el deleite mucho mayor es imaginado, que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario. Levantóse en diciendo ésta larga arenga, y tomando el candil, se entró en otro aposentillo más estrecho : seguila, combatido de mil varios pensamientos, y admirado de lo que había oído y de lo que esperaba ver. Colgó la Cañizares el candil en la pared, y con mucha priesa se desnudó hasta la camisa, y sacando de un rincón una olla vidriada, metió en ella la mano, y murmurando entre dientes, se untó desde los piés á la cabeza, que tenia sin toca : antes que se acabase de untar me dijo, que ora se quedase su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desapareciese dél, que no me espantase, ni dejase de aguardar allí hasta la mañana, porque sabría las nuevas de lo que me quedaba por pasar hasta ser hombre. Díjele bajando la cabeza, que sí haria, y con esto acabó su untura, y se tendió en el suelo como muerta : llegué mi boca á la suya, y vi que no respiraba poco ni mucho. Una verdad te quiero confesar, Cipión amigo, que me dió gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la cual te la pintaré como mejor supiere. Ella era larga de más de siete piés ; toda era notomia de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y cúrtida ; con la barriga, que era de badana, se cubría las partes deshonestas, y aun le colgaba hasta la mitad de los muslos : las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas, denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgredada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos : finalmente, toda era flaca y endemoniada. Púseme despacio á mirarla, y apriesa comenzó á apoderarse de mi el miedo, considerando la mala visión de su cuerpo y la peor ocupación de su alma : quise morderla por ver si volvía en si, y no hallé parte en toda ella, que el asco no me lo estorbase ; pero con todo eso, la así de un carcaño ; y la



saqué arrastrando al patio, mas ni por esto dió muestras de tener sentido. Allí con mirar el cielo y verme en parte ancha se me quitó el temor, á lo menos se templó de manera, que tuve ánimo de esperar á ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra, y lo que me contaba de mis sucesos. En esto me preguntaba yo á mí mismo : ¿ quién hizo á esta mala vieja tan discreta y tan mala ? ¿ De dónde sabe ella cuáles son males de daño y cuáles de culpa ? ¿ Cómo entiende y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo ? ¿ Cómo peca tan de malicia, no excusándose con ignorancia ? En estas consideraciones se pasó la noche y se vino el día, que nos halló á los dos en mitad del patio, ella no vuelta en sí, y á mí junto á ella en cuclillas, atento mirando su espantosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital, y viendo aquel retablo, unos decian : Ya la bendita Cañizares es muerta, mirad cuán desfigurada y flaca la tenía la penitencia : otros más considerados la tomaron el pulso, y vieron que le tenía, y que no era muerta, por do se dieron á entender que estaba en éxtasis y arrobada de puro buena ; otros hubo que dijeron : Esta puta vieja sin duda debe de ser bruja, y debe de estar untada, que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobos, y hasta ahora, entre los que la conocemos, más fama tiene de bruja que de santa : curiosos hubo, que se llegaron á hincarle alfileres por las carnes desde la punta hasta la cabeza : ni por eso recordaba la dormilona, ni volvió en sí hasta las siete del día, y como se sintió acibada de los alfileres y mordida de los carcañares, y magullada del arrastramiento fuera de su aposento, y á vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó, y creyó la verdad, que yo había sido el autor de su deshonra; y así arremetió á mí y echándome ambas manos á la garganta, procuraba ahogarme, diciendo : ¡ Oh bellaco, desagradecido, ignorante y malicioso ! y ¿ es este el pago que merecen las buenas obras que á tu madre hice, y de las que te pensaba hacer á ti ? Yo que me vi en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpía, sacudime, y asiéndome de las luengas faldas de su vientre, la zamarreé y arrastré por todo el patio, y ella daba voces, que la librasen de los dientes de aquel maligno espíritu, Con estas razones de la mala vieja, creyeron los

más que yo debía de ser algún demonio de los que tienen ojeriza continua con los buenos cristianos; y unos acudieron á echarme agua bendita. otros no osaban llegar á quitarme, otros daban voces que me conjurasen, la vieja gruñía, yo apretaba los dientes, crecía la confusión, y mi amo, que ya había llegado al ruido, se desesperaba, oyendo decir que yo era demonio : otros, que no sabían de exorcismos, acudieron á tres ó cuatro garrotes, con los cuales comenzaron á santiguarme los lomos : escocióme la burla, solté la vieja, y en tres saltos me puse en la calle; y en pocos más sali de la villa perseguido de una infinidad de muchachos que iban á grandes voces diciendo : Apártense que rabia el perro sabio. Otros decían : No rabia, sino que es demonio en figura de perro. Con este molimiento á campana herida sali del pueblo, siguiéndome muchos que indubitablemente creyeron que era demonio, así por las cosas que me habían visto hacer, como por las palabras que la vieja dijo cuando despertó de su maldito sueño; dime tanta prisa á huir y á quitarme delante de sus ojos, que creyeron que me había desaperacido como demonio : en seis horas anduve doce leguas, y llegué á un rancho de jitanos, que estaba en un campo junto á Granada : allí me reparé un poco porque algunos de los jitanos me conocieron por el perro sabio, y con no pequeño gozo me acogieron y escondieron en una cueva, porque no me hallasen, si fuese buscado, con intención, á lo que después entendí, de ganar conmigo, como lo hacía el atambor mi amo. Veinte días estuve con ellos, en los cuales supe y noté su vida y costumbres, que por ser notables, es forzoso que te las cuente.

*Cip.* Antes, Berganza, que pases adelante, es bien que reparemos en lo que te dijo la bruja, y averiguemos si puede ser verdad la grande mentira á quien das crédito. Mira, Berganza : grandísimo disparate sería creer que la Camacha mudase los hombres en bestias, y que el sacristán en forma de jumento la sirviese los años que dicen que la sirvió : todas estas cosas y las semejantes son embelecós, mentiras ó apariencias del demonio, y si á nosotros nos parece ahora que tenemos algún entendimiento y razón, pues hablamos siendo verdaderamente perros, ó estando en su figura, ya hemos dicho que este es caso portentoso.

y jamás visto, y que aunque le tocamos con las manos, no le habemos de dar crédito hasta tanto que el suceso del nos muestre lo que conviene que creamos. ¿Quiéreslo ver más claro? Considera en qué vanas cosas y en cuán tontos puntos dijo la Camacha que consistía nuestra restauración, y aquellas que á ti te deben parecer profecías no son sino palabras de consejas ó cuentos de viejas, como aquellos del caballo sin cabeza, y de la varilla de virtudes, con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del invierno, porque á ser otra cosa ya estaban cumplidas; si no es que sus palabras se han de tomar en un sentido, que he oido decir se llama alegórico, el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena, sino otra cosa, que aunque diferente, le haga semejanza, y así, decir :

Volverán en su forma verdadera,  
 Cuando vieren con presta diligencia  
 Derribar los soberbios levantados,  
 Y alzar á los humildes abatidos  
 Con poderosa mano para hacello :

Tomándolo en el sentido que he dicho, pareceme que quiere decir que cobraremos nuestra forma, cuando viéremos que los que ayer estaban en la cumbre de la rueda de fortuna, hoy están hollados y abatidos á los piés de la desgracia y tenidos en poco de aquellos que más los estimaban : y asimismo cuando viéremos que otros que no há dos horas que no tenían deste mundo otra parte que servir en él de número que acrecentase el de las gentes, y ahora están tan encumbrados sobre la buena dicha, que los perdemos de vista ; y si primero no parecían por pequeños y encogidos, ahora no los podemos alcanzar por grandes y levantados ; y si en esto consistiera volver nosotros á la forma que dices, ya lo hemos visto y lo vemos á cada paso, por do me doy á entender que no en el sentido alegórico, sino en el literal se han de tomar los versos de la Camacha ; ni tampoco en este consiste nuestro remedio, pues muchas veces hemos visto lo que dicen, y nos estamos tan perros como ves : así que, la Camacha fué burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiola

tonta, maliciosa y bellaca, con perdón sea dicho, si acaso es nuestra madre de entrambos, ó tuya, que yo no la quiero tener por madre. Digo pues que el verdadero sentido es un juego de bolos, donde con presta diligencia derriban los que están en pié, y vuelven á alzar los caídos, y esto por la mano de quien lo puede hacer. Mira pues si en el discurso de nuestra vida habremos visto jugar á los bolos, y si hemos visto por esto haber vuelto á ser hombres, si es que lo somos.

*Berg.* Digo que tienes razon, Cipión hermano, y que eres más discreto de lo que pensaba, y de lo que has dicho vengo á pensar y creer que todo lo que hasta aquí hemos pasado, y lo que estamos pasando, es sueño, y que somos perros, pero no por esto dejemos de gozar deste bien de la habla que tenemos y de la excelencia tan grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudiéremos; y así no te canse el oirme contar lo que me pasó con los jitanos que me escondieron en la cueva.

*Cip.* De buena gana te escucho por obligarte á que me escuches, cuando te cuente, si el cielo fuere servido, los sucesos de mi vida.

*Ber. J.* La que tuve con los jitanos fué considerar en aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaimientos y embustes, los hurtos en que se ejercitan así jitanas como jitanos desde el punto casi que salen de las mantillas y saben andar: ¿ves la multitud que hay dellos esparcida por España? pues todos se conocen y tienen noticia los unos de los otros, y trasiegan y trasponen los hurtos destos en aquellos, y los de aquellos en estos: dan la obediencia mejor que á su rey, á uno que llaman conde, el cual y todos los que dél suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado; y no porque vengan del apellido deste noble linaje, sino porque un paje de un caballero deste nombre se enamoró de una jitana muy hermosa, la cual no le quiso conceder su amor si no se hacia jitano y la tomaba por mujer: hizolo así el paje, y agradó tanto á los demás jitanos, que le alzaron por señor, y le dieron la obediencia; y como en señal de vasallaje le acuden con parte de los hurtos que hacen, como sean de importancia. Ocúpense por dar color á su ociosidad, en labrar cosas de

hierro, haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y así los verás siempre traer á vender por las calles, tenazas, barrenas, martillos, y ellas trébedes y badiles: todas ellas son parteras, y en esto llevan ventaja á las nuestras, porque sin costa ni adherentes sacan sus partos á luz y lavan las criaturas con agua fria en naciendo; y desde que nacen hasta que mueren se curten y muestran á sufrir las inclemencias y rigores del cielo; y así verás que todos son alentados, volteadores, corredores y bailadores: cásanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres á ser conocidas de otros: ellas guardan el decoro á sus maridos, y pocas hay que les ofendan con otros que no sean de su generación: cuando piden limosna, más la sacan con invenciones y chocarrerías que con devociones, y á título que no hay quien se fie dellas, no sirven, y dan en ser holgazanas, y pocas ó ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna jitana al pié del altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las iglesias: son sus pensamientos imaginar cómo han de engañar y dónde han de hurtar: confieren sus hurtos y el modo que tuvieron en hacellos; y así un día contó un jitano delante de mí á otros un engaño y hurto que un día había hecho á un labrador: y fué que el jitano tenía un asno rabón, y en el pedazo de la cola que tenía sin cerdas le ingirió otra peluda, que parecía ser suya natural: sacóle al mercado, comprósele un labrador por diez ducados; y en habiéndosele vendido y cobrado el dinero, le dijo que si quería comprarle otro asno hermano del mismo, y tan bueno como el que llevaba, que se le vendería por más buen precio. Respondióle el labrador que fuese por él y le trujese, que él se le compraría, y que en tanto que volviese llevaría el comprado á su posada. Fuése el labrador, siguióle el jitano, y sea como sea, el jitano tuvo maña de hurtar al labrador el asno que le había vendido, y al mismo instante le quitó la cola postiza y quedó con la suya pelada: mudóle la albarda y jáquima, y atrevióse á ir á buscar al labrador para que se le comprase: hallóle ántes que hubiese echado de menos el asno primero; y á pocos lances compró el segundo: fuésele á pagar á la

posada, donde halló menos la bestia á la bestia; y aunque lo era mucho, sospechó que el jitano se le había hurtado, y no quería pagarle : acudió el jitano por testigos, y trujo á los que habian cobrado la alcabala del primer jumento, y juraron que el jitano habia vendido al labrador un asno con una cola muy larga y muy diferente del asno segundo que vendía. A todo esto se halló presente un alguacil, que hizo las partes del jitano con tantas veras, que el labrador hubo de pagar el asno dos veces. Otros muchos hurtos contaron, y todos ó los más de bestias, en quien son ellos graduados, y en lo que más se ejercitan. Finalmente, ella es mala gente, y aunque muchos y muy prudentes jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan. Al cabo de veinte dias me quisieron llevar á Murcia : pasé por Granada, donde ya estaba el capitán, cuyo atambor era mi amo : como los jitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del mesón donde vivían : oiles decir la causa, no me pareció bien el viaje que llevaban, y así determiné soltarme como lo hice, y saliéndome de Granada, di en una huerta de un morisco que me acogió de buena voluntad, y yo quedé con mejor, pareciéndome que no me querria para más de para guardarle la huerta, oficio á mi cuenta de menos trabajo que el guardar ganado : y como no habia allí altercar sobre tanto más cuanto al salario, fué cosa fácil hallar el morisco criado á quien mandar, y yo amo á quien servir. Estuve con él más de un mes, no por el gusto de la vida que tenía, sinó por el que me daba saber la de mi amo, y por ella la de todos cuantos moriscos viven en España. ; Oh cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipión amigo, desta morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar no acabara en dos meses ; mas en efeto habré de decir algo, y así oye en general lo que yo vi y noté en particular desta buena gente. Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana : todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen : en entrando el real en su poder, como no sea sencillo le condenan á cárcel perpétua y á escuridad eterna : de modo que ganando siempre, y gastando

nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España : ellos son su hucha, su polilla, sus picazas y sus comadreas : todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan : considérese que ellos son muchos y que cada día ganan y esconden poco ó mucho, y que una calentura lenta acaba la vida como la de un tabardillo, y como van creciendo se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra : entre ellos no hay castidad ni entran en religión ellos ni ellas : todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sóbriamente aumenta las causas de la generación; no los consume la guerra, ni ejercicio que demasadamente los trabaje ; róbannos á pié quedo, y con los frutos de nuestras heredades que nos revenden se hacen ricos ; no tienen criados, porque todos lo son de sí mismos ; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos : de los doce hijos de Jacob que he oido decir que énteraron en Egipto, cuando los sacó Moysen de aquel cautiverio, salieron seiscientos mil varones sin niños y mujeres : de aquí se podrá inferir lo que multiplicarán las destos, que sin comparación son en mayor número.

*Cíp.* Buscado se ha remedio para todos los daños que has apuntado y bosquejado en sombra, que bien sé que son más y mayores los que callas, que los que cuentas, y hasta ahora no se ha dado con el que conviene ; pero celadores prudentísimos tiene nuestra república, que considerando que España cria y tiene en su seno tantas viboras como moriscos, ayudados de Dios hallarán á tanto daño cierta, presta y segura salida : dí adelante.

*Berg.* Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casta, sustentábame con pan de mijo, y con algunas sobras de zahinas, como sustento suyo ; pero esta miseria me ayudó á llevar el cielo por un modo tan extraño, como el que ahora oirás. Cada mañana juntamente con el alba amanecía sentado al pié de un granado, de muchos que en la huerta había, un mancebo al parecer estudiante, vestido de bayeta, no tan negra ni tan peluda, que no pareciese parda y tundida : ocupábase en escribir en un cartapacio, y de cuando en cuando

se daba palmadas en la frente, y se mordía las uñas, estando mirando al cielo : y otras veces se ponía tan imaginativo que no movia pié ni mano, ni aun las pestañas : tal era su embelesamiento. Una vez me llegué junto á él sin que me echase de ver : oíle mumurar entre dientes, y al cabo de un buen espacio dió una gran voz, diciendo : Vive el Señor, que es la mejor octava que he hecho en todos los días de mi vida; y escribiéndolo á prisa en su cartapacio, daba muestras de gran contento : todo lo cual me dió á entender que el desdichado era poeta : hícele mis acostumbradas caricias, por asegurarle de mi mansedumbre : echéme á sus piés, y él con esta seguridad prosiguió en sus pensamientos, y tornó á rascarse la cabeza, y á sus arrobos, y á volver á escribir lo que había pensado. Estando en esto entró en la huerta otro mancebo galán y bien aderezado, con unos papeles en la mano, en los cuales de cuando en cuando leía : llegó donde estaba el primero, y díjole : ¿ Habéis acabado la primera jornada ? Ahora le di fin, respondió el poeta, lo más gallardamente que imaginarse puede. ¿ De qué manera ? preguntó el segundo. Desta, respondió el primero. Sale su Santidad el papa vestido de pontifical, con doce cardenales, todos vestidos de morado, porque cuando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia, era tiempo de *mutacio caparum*, en el cual los cardenales no se visten de rojo, sino de morado; y así en todas maneras conviene para guardar la propiedad, que estos mis cardenales salgan de morado, y este es un punto que hace mucho al caso para la comedia, y á buen seguro dieran en él, y así hacen á cada paso mil impertinencias y disparates ; yo no he podido errar en esto, porque he leído todo el ceremonial romano por sólo acertar en estos vestidos. ¿ Pues de dónde queréis vos, replicó el otro, que tenga mi autor vestidos morados para doce cardenales ? Pues si me quita uno tan solo, respondió el poeta, así le daré yo mi comedia, como volar : ¿ cuerpo de tal ! ¿ esta apariencia tan grandiosa se ha de perder ? Imaginad vos desde aquí lo que parecerá en un teatro un sumo pontífice con doce graves cardenales, y con otros ministros de acompañamiento que forzosamente han de



traer consigo : ¡ vive el cielo que sea uno de los mayores y más altos espectáculos, que se haya visto en comedia, aunque sea la del *Ramillete de Daraja* ! Aquí acabé de entender que el uno era poeta, y el otro comediante. El comediante aconsejó al poeta que cercenase algo de los cardenales, si no quería imposibilitar al autor el hacer la comedia. A lo que dijo el poeta, que le agradeciesen que no había puesto todo el cónclave que se halló junto al acto memorable que pretendía traer á la memoria de las gentes en su felicísima comedia. Riyóse el recitante, y dejóle en su ocupación, por irse á la suya, que era estudiar un papel de una comedia nueva. El poeta, después de haber escrito algunas coplas de su magnífica comedia, con mucho sosiego y espacio sacó de la faldriquera algunos mendrugos de pan, y obra de veinte pasas, que á mi parecer entiendo que se las conté, y aun estoy en duda si eran tantas, porque juntamente con ellas hacían bulto ciertas migajas de pan, que las acompañaban : sopló y apartó las migajas, y una á una se comió las pasas y los palillos, porque no le ví arrojar ninguno, ayudándolas con los mendrugos, que morados con la borra de la faldriquera, parecían mohosos, y eran tan duros de condición, que aunque él procuró enternecerlos, paseándolos por la boca una y muchas veces, no fué posible moverlos de su terquedad : todo lo cual redundó en mi provecho, porque me los arrojó diciendo : To to, toma, que buen provecho te hagan. Mirad, dije entre mí qué néctar ó ambrosía me da este poeta, de los que ellos dicen que se mantienen los dioses y su Apolo allá en el cielo : en fin, por la mayor parte grande es la miseria de los poetas ; pero mayor era mi necesidad, pues me obligó á comer lo que él desechaba. En tanto que duró la composición de su comedia, no dejó de venir á la huerta, ni á mí me faltaron mendrugos, porque los repartía conmigo con mucha liberalidad, y luego nos íbamos á la noria, donde yo de bruces y él con un cangilón satisfacíamos la sed, como unos monarcas. Pero faltó el poeta, y sobró en mí la hambre tanto, que determiné dejar al morisco, y entrar en la ciudad á buscar ventura, que la halla el que se muda. Al entrar en la ciudad ví que salía del famoso

monasterio de San Jerónimo mi poeta, que como me vió, se vino á mí con los brazos abiertos, y no me fuí á él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado: luego al instante comenzó á desembaular pedazos de pan más tiernos de los que salía llevar á la huerta, y á entregarlos á mis dientes, sin repasarlos por los suyos, merced que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos, y el haber visto salir á mi poeta del monasterio dicho, me pusieron en sospecha de que tenía las musas vergonzantes, como otros muchos las tienen. Encaminóse á la ciudad, y yo le seguí con determinación de tenerle por amo, si él quisiese, imaginando que de las sobras de su castillo se podía mantener mi real, porque no hay mayor ni mejor bolsa que la caridad, cuyas liberales manos jamás están pobres; y así no estoy bien con aquel refrán, que dice: Más da el duro que el desnudo, como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que en efeto da el buen deseo, cuando más no tiene. De lance en lance paramos en la casa de un autor de comedias, que á lo que me acuerdo se llamaba Angulo de Malo, por distinguirle de otro Angulo, no autor sino representante, el más gracioso que entonces tuvieron y ahora tienen las comedias. Juntóse toda la compañía á oír la comedia de mi amo, que ya por tal le tenía; y á la mitad de la jornada primera, uno á uno, y dos á dos se fueron saliendo todos, excepto el autor y yo que servíamos de oyentes. La comedia era tal, que con ser yo un asno en esto de la poesía, me pareció que la había compuesto el mismo Satanás para total ruina y perdición del mismo poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la soledad en que el auditorio le había dejado: y no era mucho, si el alma présaga le decía allá dentro la desgracia que le estaba amenazando, que fué volver todos los recitantes, que pasaban de doce, y sin hablar palabra, asieron de mi poeta, y si no fuera porque la autoridad del autor llena de ruegos y voces se puso de por medio, sin duda le mantearan. Quedé yo del caso como pasmado, el autor desabrido, los farsantes alegres, y el poeta mohino, el cual con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomó su comedia, y encerrándosela

en el seno, medio murmurando dijo : No es bien echar las margaritas á los puercos, y sin decir más palabra, se fué con mucho sosiego : yo de corrido ni pude ni quise seguirle, y acertélo, á causa que el autor me hizo tantas caricias, que me obligaron á que con él me quedase, y en menos de un mes salí grande entremesista y gran farsante de figuras mudas : pusiéronme un freno de orillos, y enseñáronme á que arremetiese en el teatro á quien ellos querían, de modo que como los entremeses solían acabar por la mayor parte en palos, en la compañía de mi amo acababan en zuzarme, y yo derribaba y atropellaba á todos, con que daba reír á los ignorantes, y mucha ganancia á mi dueño. ¡ Oh Cipión, quién te pudiera contar lo que vi en esta y en otras dos compañías de comediantes en que anduve ! mas por no ser posible reducirlo á narración sucinta y breve, lo habré de dejar para otro día, si es que ha de haber otro día en que nos comuniquemos. ¿ Ves cuán larga ha sido mi plática ? ¿ ves mis muchos y diversos sucesos ? ¿ consideras mis caminos y mis amos tantos como han sido ? pues todo lo que has oído es nada comparado á lo que te pudiera contar de lo que noté, averigué y vi desta gente : su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza, con otras infinitas cosas, unas para decirse al oído, otras para aclamallas en público, y todas para hacer memoria dellas, y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas, y en bellezas de artificio y de transformación.

*Cip.* Bien se me trasluce, Berganza, el largo campo que se te descubria para dilatar tu plática, y soy de parecer que la dejes para cuento particular, y para sosiego no sobresaltado.

*Berg.* Sea así, y escúchame ahora un poco. Con una compañía llegué á esta ciudad de Valladolid, donde en un entremes me dieron una herida que me llevó casi al fin de la vida : no pude vengarme por estar enfrenado entonces, y después á sangre fría no quise ; que la venganza pensaba arguye crueldad y mal ánimo : cansóme aquel ejercicio, no por ser trabajo, sino porque veía en

él cosas que juntamente pedían enmienda y castigo, y como á mí estaba más el sentillo que el remediallo, acordé de no verlo, y así me acogí á sagrado, como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitallos, aunque más vale tarde que nunca. Digo pues que viéndote una noche llevar la linterna con el buen cristiano Mahudes, te consideré contento y justa y santamente ocupado, y lleno de buena envidia quise seguir tus pasos, y con esta loable intención me puse delante de Mahudes, que luego me eligió para tu compañero, y me trujo á este hospital: lo que en él me ha sucedido no es tan poco, que no haya menester espacio para conlallo, especialmente lo que oí á cuatro enfermos que la suerte y la necesidad trujo á este hospital y á estar todos cuatro juntos en cuatro camas apareadas: perdóname, porque el cuento es breve y no sufre dilación, y viene aquí de molde.

*Cip.* Si perdono: concluye presto, que á lo que creo, no debe estar muy lejos el día.

*Berg.* Digo que en las cuatro camas que están al cabo desta enfermería, en la una estaba un alquimista, en la otra un poeta, en la otra un matemático, y en la otra uno de los que llaman arbitristas.

*Cip.* Ya me acuerdo haber visto á esa buena gente.

*Berg.* Digo pues que una siesta de las del verano pasado, estando cerradas las ventanas, y yo cogiendo el aire debajo de la cama del uno dellos, el poeta se comenzó á quejar lastimosamente de su fortuna; y preguntándole el matemático de qué se quejaba, respondió que de su corta suerte. ¿Cómo, y no será razón que me queje, prosiguió, que habiendo yo guardado lo que Horacio manda en su *Poética*, que no salga á luz la obra que después de compuesta no hayan pasado diez años por ella, y que tenga yo una de veinte años de ocupación y doce de pasante: grande en el sugeto, admirable y nueva en la invención, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la división, porque el principio responde al medio y al fin, de manera que constituyen el poema alto, sonoro, heróico, deleitable y sustancioso, y que con todo esto no hallo un príncipe á quien dirigirle? ¡Príncipe, digo, que sea

inteligente, liberal y magnánimo! ; Misera edad y depravado siglo nuestro! ; De qué trata el libro? preguntó el alquimista. Respondió el poeta: Trata de lo que dejó de escribir el arzobispo Turpín del rey Artus de Inglaterra, con otro suplemento de la historia de la demanda del santo Grial, y todo en verso heróico, parte en octava y parte en verso suelto; pero todo esdrújulamente, digo, en esdrújulos de nombres sustantivos, sin admitir verbo alguno. A mí respondió el alquimista, poco se me entiende de poesía; y así no sabré poner en su punto la desgracia de que vuesa merced se queja, puesto que, aunque fuera mayor, no se igualaba á la mía, que es que por faltarme instrumento ó un príncipe que me apoye, y me dé á la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia pide, no estoy ahora manando en oro, y con más riquezas que los Midas, que los Crasos y Cresos. ; Ha hecho vuesa merced, dijo á esta sazón el matemático, señor alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales? Yo, respondió el alquimista, no la he sacado hasta ahora; pero realmente sé que se saca, y á mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras. Bien han exagerado vuestas mercedes sus desgracias, dijo á esta sazón el matemático; pero al fin, el uno tiene libro que dirigir, y el otro está en potencia propincua de sacar la piedra filosofal, con que quedará tan rico como lo han quedado todos aquellos que han seguido este rumbo; mas ; qué diré yo de la mía, que es tan sola, que no tiene dónde arrimarse? Veinte y dos años ha que ando tras hallar el punto fijo, y aquí lo dejo, y allí lo tomo, y pareciéndome que ya lo he hallado, y que no se me puede escapar en ninguna manera, cuando no me cato me hallo tan lejos del, que me admiro: lo mismo me acaece con la cuadratura del círculo, que he llegado tan al remate de hallarla, que no sé ni puedo pensar cómo no la tengo ya en la faldriquera; y así es mi pena semejante á las de Tántalo, que está cerca del fruto, y muere de hambre; y propincuo al agua, y perece de sed: por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad, y por minutos me hallo tan lejos della, que vuelvo á subir el monte que acabé de bajar con

el canto de mi trabajo á cuestas, como otro nuevo Sísifo. Había hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aquí le rompió diciendo : Cuatro quejosos, tales que lo pueden ser del Gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y ejercicios que ni entretienen ni dan de comer á sus dueños : yo, señores, soy arbitrista, y he dado á su Majestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo y sin daño del reino, y ahora tengo hecho un memorial donde le suplico señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauración de sus empeños ; pero por lo que me ha sucedido con los otros memoriales, entiendo que este también ha de parar en el carnero : mas, porque vuesas mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir, que es es este. Hase de pedir en Córtes que todos los vasallos de su Majestad, desde la edad de catorce á sesenta años, sean obligados á ayunar una vez en el mes á pan y agua, y esto ha de ser el día que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne y pescado, vino, huevos y legumbres, se han de gastar aquel día, se reduzga á dinero, y se dé á su Majestad sin defraudalle un ardite, so cargo de juramento ; y con esto en veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado, porque si se hace la cuenta, como yo la tengo hecha, bien hay en España más de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos, más viejos ó más muchachos, y ninguno destos dejará de gastar, y esto contado al menorete, cada día real y medio, y yo quiero que no sea más de un real, que no puede ser menos, aunque coma alholvas. Pues ¿paréceles á vuesas mercedes que sería barro tener cada mes tres millones de reales como ahechados? Y esto antes sería provecho que daño á los ayunantes, porque con el ayuno agradarían al cielo y servirían á su rey, y tal podría ayunar que le fuese conveniente para su salud. Este es el arbitrio limpio de polvo y de paja, y podriase coger por parroquias sin costa de comisarios, que destruyen la república. Riyéronse todos del arbitrio y del arbitrate, y él también se riyó de sus

disparates, y yo quedé admirado de haberlos oído, y de ver que por la mayor parte de los de semejantes humores venían á morir en los hospitales.

*Cip.* Tienes razón, Berganza : mira si te queda más que decir.

*Berg.* Dos cosas no más, con que daré fin á mi plática, que ya me parece que viene el día. Yendo una noche mi mayor á pedir limosna en casa del corregidor desta ciudad, que es un gran caballero y muy gran cristiano, hallámosle solo, y parecióme á mi tomar ocasión de aquella soledad para decille ciertos advertimientos que había oído decir á un viejo enfermo desde hospital acerca de cómo se podía remediar la perdición tan notoria de las mozas vagamundas, que por no servir dan en malas, y tan malas, que pueblan los hospitales ; de los perdidos que las siguen plaga intolerable y que pedía presto y eficaz remedio : digo que queriendo decírselo, alcé la voz, pensando que tenía habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas, ladré con tanta priesa y con tan levantado tono, que enfadado el corregidor, dió voces á sus criados que me echasen de la sala á palos, y un lacayo que acudió á la voz de su señor, que fuera mejor que por entonces estuviera sordo, asió de una cantimplora de cobre que le vino á la mano, y diómela tal en mis costillas, que hasta ahora guardo las reliquias de aquellos golpes.

*Cip.* ¿Y quéjaste deso, Berganza?

*Berg.* Pues ¿no me tengo de quejar, si hasta ahora me duele, como he dicho, y si me parece que no merecía tal castigo mi buena intención?

*Cip.* Mira, Berganza, nadie se ha de meter donde no lo llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningún caso le toca : y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido, ni el pobre humilde ha de tener presunción de aconsejar á los que piensan que se lo saben todo : la sabiduría en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la oscurecen, y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad, y la trantan con menosprecio.

*Berg.* Tienes razón, y escarmentando en mi cabeza, de aquí adelante seguiré tus consejos. Entré asimismo otra

noche en casa de una señora principal, la cual tenía en los brazos una perrita destas que llaman de falda, tan pequeña que se pudiera esconder en el seno, la cual cuando me vió, saltó de los brazos de su señora, y arremetió á mí ladrando, y con tan gran denuedo, que no paró hasta morderme de una pierna. Volvíla á mirar con respeto y con enojo, y dije entre mí: si yo os cogiera, animalajo ruin, en la calle, ó no hiciera caso de vos, ó os hiciera pedazos entre los dientes. Consideré en ella que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan á ofender á los que valen mas que ellos.

*Cip.* Una muestra y señal desa verdad que dices, nos dan algunos hombrecillos que á la sombra de sus amos se atreven á ser insolentes; y si acaso la muerte ú otro accidente de fortuna derriba el árbol donde se arriman, luego se descubre y manifiesta su poco valor, porque en efecto no son de más quilates sus prendas que los que les dan sus dueños y valedores: la virtud y el buen entendimiento siempre es una y siempre es uno; desnudo ó vestido, solo ó acompañado no ha menester apoyos ni necesita de amparos; por sí solo vale, sin que las grandes dichas le ensoberbezcan, ni las adversidades les desanimen; bien es verdad que puede padecer acerca de la estimación de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y con esto pongamos fin á esta plática, que la luz que entra por estos resquicios muestra que es muy entrado el día, y esta noche que viene, y si no nos ha dejado este grande beneficio de la habla, será la mía para contarte mi vida.

*Berg.* Sea así, y mira que acudas á este mismo puesto, que yo fio en el cielo que nos ha de conservar el habla para decir las muchas verdades que ahora se nos quedan por falta de tiempo. El acabar el coloquio el licenciado, y el despertar el alférez, fué todo á un tiempo, y el licenciado dijo: Aunque este coloquio sea fingido, y nunca haya pasado, pareceme que está tan bien compuesto, que puede el señor alférez pasar adelante con el segundo. Con ese parecer, respondió el alférez, me animaré y dispondré á escribille, sin ponerme



mas en disputas con vuesa merced, si hablaron los perros ó no. A lo que dijo el licenciado : Señor alférez, no volvamos más á esa disputa ; yo alcanzo el artificio del coloquio y la invención, y basta : vámonos al Espolón á recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento. Vamos en buen hora, dijo el alférez, y con esto se fuéron.

## LA SEÑORA CORNELIA

Don Antonio de Isunza y Don Juan de Gamboa, caballeros principales, de una edad, muy discretos y grandes amigos, siendo estudiantes en Salamanca determinaron de dejar sus estudios por irse á Flándes, llevados del hervor de la sangre moza y del deseo, como decirse suele, de ver mundo; y por parecerles que el ejercicio de las armas, aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre. Llegaron pues á Flándes á tiempo que estaban las cosas en paz, ó en conciertos y tratos de tenerla presto. Recibieron en Ambéres cartas de sus padres, donde les escribieron el grande enojo que habían recibido, por haber dejado sus estudios sin avisárselo, para que hubieran venido con la comodidad pue pedia el ser quien eran. Finalmente, conociendo la pesadumbre de sus padres, acordaron de volverse á España, pues no había que hacer en Flándes; pero antes de volverse quisieron ver todas las más famosas ciudades de Italia; y habiéndolas visto todas pararon en Bolonia, y admirados de los estudios de aquella insigne universidad, quisieron en ella proseguir los suyos. Dieron noticia de su intento á sus padres, de que se holgaron infinito, y lo mostraron con proveerles magníficamente, y de

modo, que mostrasen en su tratamiento quiénes eran y qué padres tenían : y desde el primero día que salieron á las escuelas, fueron conocidos de todos por caballeros, galanes, discretos y bien criados. Tendría D. Antonio hasta veinte y cuatro años, y D. Juan no pasaba de veinte y seis; y adornaban esta buena edad con ser muy gentileshombres, músicos, poetas, diestros y valientes : partes que los hacían amables y bien queridos de cuantos los comunicaban. Tuviron luego muchos amigos así estudiantes españoles, de los muchos que en aquella universidad cursaban, como de los mismos de la ciudad y de los extranjeros : mostrábanse con todos liberales y comedidos, y muy ajenos de la arrogancia que dicen que suelen tener los españoles; y como eran mozos y alegres, no se disgustaban de tener noticia de las hermosas de la ciudad; y aunque había muchas señoras doncellas y casadas con gran fama de ser honestas y hermosas, á todas se aventajaba la señora Cornelia Bentibolli, de la antigua y generosa familia de los Bentibollis, que un tiempo fueron señores de Bolonia. Era Cornelia hermosísima en extremo, y estaba debajo de la guarda y amparo de Lorenzo Bentibolli, su hermano, honradísimo y valiente caballero, huérfano de padre y madre : que aunque los dejaron solos, los dejaron ricos, y la riqueza es grande alivio de orfandad. Era el recato de Cornelia tanto, y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dejaba ver, ni su hermano consentía que la viesen. Esta fama traía deseosos á D. Juan y á D. Antonio de verla, aunque fuera en la iglesia; pero el trabajo que en ello pusieron fué en balde, y el deseo, por la imposibilidad cuchillo, de la esperanza, fué menguando; y así con solo el amor de sus estudios y el entretenimiento de algunas honestas mocedades, pasaban una vida tan alegre como honrada; pocas veces salían de noche, y si salían, iban juntos y bien armados.

Sucedió pues que habiendo de salir una noche, dijo D. Antonio á D. Juan, que él se quería quedar á rezar ciertas devociones, que se fuese, que luego le seguiría. No hay para qué, Dijo D. Juan, que yo os aguardaré, y si no saliéremos esta noche, importa poco. No por vida vuestra, replicó D. Antonio, salid á coger el aire, que

yo seré luego con vos, si es que vais por donde solemos ir. Haced vuestro gusto, dijo D. Juan, quedáos en buenhora, y si saliéredes, las mismas estaciones andaré esta noche que las pasadas. Fué D. Juan, y quedóse D. Antonio. Era la noche entre oscura, y la hora las once; y habiendo andado dos ó tres calles, y viéndose solo, y que no tenía con quién hablar, determinó volverse á su casa, y poniéndolo en efeto, al pasar por una calle que tenía portales sustentados en mármoles, oyó que de una puerta le ceceaban. La escuridad de la noche, y la que causaban los portales, no le dejaban atinar al ceceo. Detúvose un poco, estuvo atento, y vió entreabrir una puerta: llegóse á ella y oyó una voz baja, que dijo: ¿ Sois por ventura Fabio? D. Juan, por si ó por no, respondió que sí. Pues tomad, respondieron de dentro, y ponedlo en cobro, y volved luego, que importa. Alargó la mano D. Juan, y topó un bulto, y queriéndolo tomar, vió que eran menester las dos manos, y así le hubo de asir con entrambas; y apenas se le dejaron en ellas, cuando le cerraron la puerta, y él se halló cargado en la calle, y sin saber de qué. Pero casi luego comenzó á llorar una criatura, al parecer recién nacida, á cuyo lloro quedó D. Juan confuso y suspensó, sin saber qué hacerse, ni qué corte dar en aquel caso; porque en volver á llamar á la puerta, le pareció que podía correr algún peligro cuya era la criatura, y en dejarla allí, la criatura misma; pues el llevarla á su casa, no tenía en ella quien la remediase, ni él conocía en toda la ciudad persona adonde poder llevarla, pero viendo que le habian dicho que la pusiese en cobro, y que volviese luego, determinó de traerla á su casa, y dejarla en poder de una ama que los servía, y volver luego á ver si era menester su favor en alguna cosa, puesto que bien habia visto que le habían tenido por otro, y que había sido error darle á él la criatura. Finalmente, sin hacer más discursos se vino á casa con ella, á tiempo que ya D. Antonio no estaba en ella: entróse en un aposento, y llamó al ama, descubrió la criatura, y vió que era la más hermosa que jamás hubiese visto: los paños en que venía envuelta mostraban ser de ricos padres nacida, desenvolvióla el ama, y hallaron que era varón. Menester es, dijo

D. Juan, dar de mamar á este niño, y há de ser desta manera : que vos, ama, le habéis de quitar estas ricas mantillas, y ponerle otras más humildes, y sin decir que yo le he traído, le habéis de llevar en casa de una portera, que las tales siempre suelen dar recado y remedio á semejantes necesidades : llevaréis dineros con que la dejeis satisfecha, y daréisle los padres que quisiéredes, para encubrir la verdad de haberlo yo traído. Respondió el ama que así lo haría y don Juan con la priesa que pudo volvió á ver si le ceceaban otra vez ; pero un poco antes que llegase á la casa adonde le habían llamado, oyó gran ruido de espadas, como de mucha gente que se acuchillaba. Estuvo atento y no sintió palabra alguna : la herrería era á la sorda ; y á la luz de las centellas que las piedras heridas de las espadas levantaban, casi pudo ver que eran muchos los que á uno solo acometían ; confirmóse en esta verdad oyendo decir : ¡ Ah traidores, que sois muchos, y yo solo ! pero con todo eso, no os ha de valer vuestra superchería. Oyendo y viendo lo cual D. Juan, llevado de su valeroso corazón, en dos brincos se puso á su lado, metiendo mano á la espada, y á un broquel que llevaba, dijo al que se defendía, en lengua italiana por no ser conocido por español : No temáis: que socorro os ha venido, que no os faltará hasta perder la vida ; menead los puños, que traidores pueden poco aunque sean muchos. A estas razones respondió uno de los contrarios : Mientes, que aquí no hay ningún traidor, que el querer cobrar la honra perdida, á toda demasia da licencia. No le habló mas palabras, porque no les daba lugar á ello la priesa que se daban á herirse los enemigos, que al parecer de D. Juan debían de ser seis. Apretaron tanto á su compañero, que de dos estocadas que le dieron á un tiempo en los pechos, dieron con él en tierra. D. Juan creyó que le habían muerto, y con lijereza y valor extraño se puso delante de todos, y los hizo arredrar á fuerza de una lluvia de cuchilladas y estocadas ; pero no fuera bastante su diligencia para ofender y defender, sino le ayudara la buena suerte con hacer que los vecinos de la calle sacasen lumbres á las ventanas y á grandes voces llamasen á la justicia ; lo cual visto por los contrarios, dejaron la calle y á espaldas

vueltas se ausentaron. Ya en esto se había levantado el caído, orque las estocadas hallaron un peto como de diamante en que toparon. Habíasele caído á D. Juán el sombrero en la refriega, y buscándole, halló otro, que se puso acaso, sin mirar si era el suyo ó no. El caído se llegó á él, y le dijo: Señor caballero, quien quiera que seais, yo confieso que os debo la vida que tengo, la cual con lo que valgo y puedo gastaré á vuestro servicio: hacedme merced de decirme quién sois y vuestro nombre, para que yo sepa á quién tengo de mostrarme agradecido. A lo cual respondió D. Juán: No quiero ser descortés, ya que soy desinteresado: por hacer, señor, lo que me pedís y por daros gusto, solamente os digo que soy un caballero español, y estudiante en esta ciudad: si el nombre os importara saberlo, os lo dijera; mas por si acaso os quisiéredes servir de mí en otra cosa, sabed que me llamo D. Juán de Gamboa. Mucha merced me habéis hecho, respondió el caído; pero yo, señor D. Juán de Gamboa, no quiero deciros quién soy ni mi nombre, porque he de gustar mucho de que lo sepáis de otro que de mí, y yo tendré cuidado de que os hagan sabidor dello. Habíale preguntado primero D. Juán si estaba herido, porque le había visto dar dos grandes estocadas; y habíale respondido, que un famoso peto que traía puesto, después de Dios, le había defendido; pero que con todo esto sus enemigos le acabaran, si él no se hallara á sulado. En esto vieron venir hacia ellos un bulto de gente, y D. Juán dijo: Si estos son los enemigos que vuelven, apercebidos, señor, y haced como quien sois. A lo que yo creo no son enemigos sinó amigos los que aquí; vienen y así fué la verdad, porque los que llegaron, que fueron ocho hombres, rodearon al caído, y hablaron con él pocas palabras, pero tan calladas y secretas, que D. Juán no las pudo oír. Volvió luego el defendido á D. Juán, y dijole: A no haber venido estos amigos, en ninguna manera, señor D. Juán, os dejara hasta que acabárades de ponerme en salvo; pero ahora os suplico con todo encarecimiento, que os vais, y me dejéis, que me importa. Hablando esto, se tentó la cabeza, y vió que estaba sin sombrero, y volviéndose á los que habían venido, pidió que le diesen un sombrero, que se le había

caído el suyo. Apenas lo hubo dicho, cuando D. Juan le puso el que había hallado en la calle. Tentóle el caído, y volviéndose á D. Juan, dijo: Este sombrero no es mio: por vida del señor D. Juan, que se le lleve por trofeo desta refriega, y guárdele, que creo que es conocido. Diéronle otro sombrero al defendido, y Don Juan, por cumplir lo que le había pedido, pasando algunos aunque breves comedimentos, le dejó sin saber quién era, y se vino á su casa, sin querer llegar á la puerta donde le habían dado la criatura, por parecerle que todo el barrio estaba desierto, y alborotado con la pendencia.

Sucedió pues que volviéndose á su posada, en la mitad del camino encontró con D. Antonio de Isunza, su camarada, y conociéndose, dijo D. Antonio: Volved conmigo, D. Juan, hasta aquí arriba, y en el camino os contaré un extraño cuento que me ha sucedido, que no le habréis oído tal vez en toda vuestra vida. Como esos cuentos os podré contar yo, respondió D. Juan; pero vamos donde queráis, y contadme el vuestro. Guió D. Antonio, y dijo: Habéis de saber; que poco más de una hora después que salisteis de casa, salí á buscaros, y no treinta pasos de aquí vi venir casi á encontrarme un bulto negro de persona, que venía muy agujiando, y llegándose cerca, conocí ser mujer en el hábito largo, la cual con voz interrumpida de sollozos y de suspiros me dijo: Por ventura, señor, ¿sois extranjero, ó de la ciudad? Extranjero soy, y español, respondí yo. Y ella: Gracias al cielo, que no quiere que muera sin sacramentos. ¿Venís herida, señora, repliqué yo, ó traéis algún mal de muerte? Podría ser que el que traigo lo fuese, si presto no se me da remedio: por la cortesía que siempre suele reinar en los de vuestra nación, os suplico, señor español, que me saquéis destas calles, y me llevéis á vuestra posada con la mayor priesa que pudiéredes, que allá si gustáredes dello, sabréis el mal que llevo, y quién soy, aunque sea á costa de mi crédito. Oyendo lo cual, pareciéndome que tenía necesidad de lo que pedía, sin replicarla más, la así de la mano, y por calles desusadas la llevé á la posada. Abrióme Santisteban el paje, hícele que se retirase, y sin que él la viese, la llevé á mi estancia, y ella en entrando, se arrojó encima de mi lecho desmayada.

Llegueme á ella, y descubríla el rostro que con el manto traía cubierto, y descubrí en él la mayor belleza que humanos ojos han visto : será á mi parecer de edad de diez y ocho años, ántes menos que más : quedé suspenso de ver tal extremo de belleza : acudí á echarle un poco de agua en el rostro, con que volvió en sí, suspirando tiernamente ; y lo primero que me dijo, fué : ¿ Conocéisme, señor ? No, respondí yo, ni es bien que yo haya tenido ventura de haber conocido tanta hermosura. ¡ Desdichada de aquella, respondió ella, á quien se la da el cielo para mayor desgracia suya ; pero, señor, no es tiempo este de alabar hermosuras, sino de remediar desdichas : por quien sois que me dejéis aquí encerrada, y no permitáis que ninguno me vea, y volved luego al mismo lugar que me topastes, y mirad si riñe alguna gente, y no favorezcáis á ninguno de los que riñeren, sino poned paz, que cualquier daño de las partes ha de resultar en acrecentar el mio ! Déjola encerrada, y vengo á poner en paz esta pendencia. ¿ Tenéis más que decir D. Antonio ? preguntó D. Juan. Pues ¿ no os parece que he dicho harto, respondió D. Antonio, pues he dicho que tengo debajo de llave y en mi aposento la mayor belleza que humanos ojos han visto ? El caso es extraño sin duda, dijo D. Juán ; pero oid el mio : y luego le contó todo lo que le había sucedido, y cómo la criatura que le habían dado estaba en casa en poder de su ama, y la orden que le había dejado de mudarle las ricas mantillas en pobres, y de llevarla adonde la criasen, ó á lo menos socorriesen la presente necesidad ; y dijo más, que la pendencia que él venía á buscar ya era acabada y puesta en paz, que él se había hallado en ella, y que á la que él imaginaba, todos los de la riña debían de ser gentes de prendas y de gran valor. Quedaron entrambos admirados del suceso de cada uno, y con priesa se volvieron á la posada, por ver lo que había menester la encerrada. En el camino dijo D. Antonio á D. Juán que él había prometido á aquella señora que no la dejaría ver de nadie, ni entraría en aquel aposento, sino él solo, en tanto que ella no gustase de otra cosa. No importa nada, respondió D. Juán, que no faltará orden para verla, que ya lo deseo en extremo, según me la habéis alabado de hermosa. Llegaron en esto,



y á la luz que sacó uno de tres pajes que tenían, alzó los ojos D. Antonio al sombrero que D. Juan traía, y vióle resplandeciente de diamantes; quitósele, y vió que las luces salían de muchos que en un cintillo riquísimo traía. Miráronle entrambos; y concluyeron que si todos eran finos como parecían, valía más de doce mil ducados. Aquí acabaron de ser gente principal la de la pendencia, especialmente el socorrido de D. Juan, de quien se acordó haberle dicho que trujese el sombrero y le guardase, que era conocido. Mandaron retirar los pajes, y D. Antonio abrió su aposento, y halló á la señora sentada en la cama, con la mano en la mejilla derramando tiernas lágrimas. D. Juan, con el deseo que tenía de verla, se asomó á la puerta tanto, cuanto pudo entrar la cabeza, y al punto la lumbre de los diamantes dió en los ojos de la que lloraba, y alzándolos dijo: Entrad, señor duque, entrad; ¿para qué me queréis dar con tanta escaseza el bien de vuestra visita? A esto dijo D. Antonio: Aquí, señora, no hay ningún duque que se excuse de veros. ¿Cómo no? replicó ella: el que allí se asomó ahora es el duque de Ferrara, que mal le puede encubrir la riqueza de su sombrero. En verdad, señora, que el sombrero que vistes no le trae ningún duque; y si quereis desengañaros con ver quién le trae, dadle licencia que entre. Entre enhorabuena, dijo ella, aunque si no fuese el duque, mis desdichas serían mayores. Todas estas razones había oído D. Juan, y viendo que tenía licencia para entrar, con el sombrero en la mano entró en el posento, y así como se le puso delante, y ella conoció no ser quién decía el del rico sombrero, con voz turbada y lengua presurosa dijo: ¡Ay desdichada de mí! Señor mio, decidme luego sin tenerme más suspensa: ¿conocéis el dueño dese sombrero? ¿Dónde le dejastes, ó cómo vino á vuestro poder? ¿Es vivo por ventura, ó son esas las nuevas que me envía de su muerte? ¡Ay bien mio, qué sucesos son estos! ¡Aquí veo tus prendas, aquí me veo sin tí encerrada, y en poder que, á no saber que es de gentiles hombres españoles, el temor de perder mi honestidad me hubiera quitado la vida! Sosegáos, señora, dijo D. Juan, que ni el dueño deste sombrero es muerto, ni estáis en parte donde se os ha de hacer agravio alguno, sino serviros con cuanto

las fuerzas nuestras alcanzaren, hasta poner las vidas por defenderos y ampararos; que no es bien que os salga vana la fé que tenéis de la bondad de los españoles; y pues nosotros lo somos, y principales (que aquí bien está que parece arrogancia), estad segura que se os guardará el decoro que vuestra presencia merece. Así lo creo yo, respondió ella; pero con todo eso, decidme, señor, ¿cómo vino á vuestro poder ese rico sombrero, ó adónde está su dueño, que por lo menos es Alfonso de Este, duque de Ferrara? Entonces D. Juan, por no tenerla más suspenso, le contó cómo le habia hallado en una pendencia, y en ella habia favorecido y ayudado á un caballero por lo que ella decia, sin duda debia de ser el duque de Ferrara, y que en la pendencia habia perdido el sombrero y hallado aquel, y que aquel caballero le habia dicho que le guardase, que era conocido, y que la refriega se habia concluido sin quedar herido el caballero, ni él tampoco, y que después de acabada habia llegado gente, que al parecer debian de ser criados ó amigos del que él pensaba ser el duque, el cual le habia pedido le dejase y se viniese, mostrándose muy agradecido al favor que yo le habia dado : de manera, señor mia, que este rico sombrero vino á mi poder por la manera que os he dicho, y su dueño, si es el duque, como vos decís, no ha una hora que le dejé bueno, sano y salvo : sea esta verdad parte para vuestro consuelo, si es que le tendréis con saber del buen estado del duque. Para que sepáis, señores, si tengo razón y causa para preguntar por él, estadme atentos, y escuchad la no sé si diga mi desdichada historia.

Todo el tiempo en que esto pasó le entretuvo el ama en paladear al niño con miel, y en mudarle las mantillas de ricas en pobres; y ya que lo tuvo todo aderezado, quiso llevarle en casa de una partera, como D. Juan se lo dejó ordenado, y al pasar con él por junto á la estancia donde estaba la que queria comenzar su historia, lloró la criatura de modo que lo sintió la señora, y levantándose en pié, púsose atentamente á escuchar, y oyó más distintamente el llanto de la criatura, y dijo : Señores mios, ¿qué criatura es aquella que parece recién nacida? D. Juan respondió : Es un niño que esta noche nos han echado á la

puerta de casa, y va el ama á buscar quien le dé de mamar. Traiganmele aquí, por amor de Dios, dijo la señora, que yo haré esa caridad á los hijos ajenos, pues no quiere el cielo que la haga con los propios. Llamó D. Juan al ama, y tomóle el niño, y entrósele á la que le pedía, y púsosele en los brazos, diciendo: Véis aquí, señora, el presente que nos han hecho esta noche, y no ha sido este el primero, que pocos meses se pasan que no hallemos á los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos. Tomóle ella en los brazos, y miróle atentamente así el rostro como los pobres aunque limpios paños en que venía envuelto, y luego sin poder tener las lágrimas, se echó la toca de la cabeza encima de los pechos, para poder dar con honestidad de mamar á la criatura, y aplicándosela á ellos, juntó su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaba, y con las lágrimas le bañaba el rostro; y desta manera estuvo sin levantar el suyo tanto espacio, cuanto el niño no quiso dejar el pecho. En este espacio guardaban todos cuatro silencio: el niño mataba; pero no era así, porque las recién paridas no pueden dar el pecho, y así cayendo en la cuenta la que se lo daba, se volvió á D. Juan diciendo: En balde me he mostrado caritativa; bien parezco nueva en estos casos: haced, señor, que á este niño, le paladeen con un poco de miel, y no consintáis que á estas horas le lleven por las calles: dejad llegar el día, y ántes que le lleven, vuélvánmele á traer, que me consuelo en verle. Volvió el niño D. Juan á la ama, y ordenóle le entretuviese hasta el día, y que le pusiese las ricas mantillas con que le había traído: y que no le llevase sin primero decirselo. Y volviendo á entrar, y estando los tres solos, la hermosa Cornelia dijo: Si quereis que hable, dadme primero algo que coma, que me desmayo, y tengo bastante ocasión para ello. Acudió prestamente D. Antonio á un escritorio y sacó del muchas conservas, y de algunas comió la desmayada, y bebió un vidrio de agua fría, con que volvió en sí, y algo sosegada, dijo: Sentáos, señores, y escuchadme. Hiciéronlo así, y ella recogiéndose encima del lecho, y abrigándose bien con las faldas del vestido, dejó descolgar por las espaldas un velo que en la cabeza traía, dejando el rostro exento y descubierto, mostrando en

él el mismo de la luna, ó por mejor decir, del mismo sol, cuando más hermoso y más claro se muestra : llovíanle líquidas perlas de los ojos, y limpiábaseles con un lienzo blanquísimo, y con unas manos tales, que entre ellas y el lienzo fuera de buen juicio el que supiera diferenciar la blancura. Finalmente, después de haber dado muchos suspiros, y después de haber procurado sosegar algún tanto el pecho, con voz algo doliente y turbada dijo :

Yo, señores, soy aquella que muchas veces habréis sin duda alguna oído nombrar por ahí, porque la fama de mi belleza, tan cual ella es, pocas lenguas hay que no la publiquen: soy en efeto Cornelia Bentibolli, hermana de Lorenzo Betibolli, que con deciros esto, quizá habré dicho dos verdades : la una de mi nobleza, la otra de mi hermosura. De pequeña edad quedé huérfana de padre y madre, en poder de mi hermano, el cual desde niña puso en mi guarda el recato mismo, puesto que más confiaba de mi honrada condición, que de la solicitud que ponía en guardarme. Finalmente, entre paredes y entre soledades, acompañada no más que de mis criadas, fuí creciendo, y juntamente conmigo crecía la fama de mi gentileza, sacada en público de los criados y de aquellos que en secreto me trataban, y de un retrato que mi hermano mandó hacer á un famoso pintor, para que, como él decia, no quedase sin mí el mundo, ya que el cielo á mejor vida me llevase ; pero todo esto fuera poca parte para apresurar mi perdición, si no sucediera venir el duque de Ferrara á ser padrino de unas bodas de una prima mía, donde me llevó mi hermano con sana intención y por honra de mi parienta : allí miré y fuí vista ; allí, según creo, rendí corazones, avasallé voluntades ; allí sentí que daban gusto las alabanzas, aunque fuesen dadas por lisonjeras lenguas ; allí finalmente, ví al duque y él me vió á mí, de cuya vista ha resultado verme ahora como me veo. No os quiero decir, señores, porque sería proceder en infinito, los términos, las trazas y los modos por donde el duque y yo vinimos á conseguir al cabo de dos años los deseos que en aquellas bodas nacieron ; porque ni guardas, ni recatos, ni honrosas amonestaciones. ni otra humana diligencia fué bastante para estorbar el juntarnos,

que en fin hubo de ser debajo de la palabra, que él me dió, de ser mi esposo, porque sin ella fuera imposible rendir la roca de la valerosa presunción mía : mil veces le dije que públicamente me pidiese á mi hermano, pues no era posible que me negase, y que no había que dar disculpas al vulgo de la culpa que le pondrían de la desigualdad de nuestro casamiento, pues no desmentía en nada la nobleza del linaje Bentibolli á la suya Estense. A esto me respondió con excusas que yo las tuve por bastantes y necesarias, y confiada como rendida, creí como enamorada, y entreguéme de toda mi voluntad á la suya por intercesión de una criada mia, más blanda á las dádivas y promesas del duque, que lo que debía á la confianza que de su fidelidad mi hermano hacía. En resolución, al cabo de pocos días me sentí preñada, y antes que mis vestidos manifestasen mis libertades (por no darles otro nombre), me fingí enferma y melancólica, y hice que mi hermano me trujese en casa de aquella mi prima, de quien había sido padrino el duque : allí le hice saber en el término en que estaba y el peligro que me amenazaba, y la poca seguridad que tenía de mi vida, por tener barruntos de que mi hermano sospechaba mi desenvoltura : quedó de acuerdo entre los dos que en entrando en el mes mayor se lo avisase, que él vendría por mí con otros amigos suyos, y me llevaría á Ferrara, donde en la sazón que esperaba se casaría públicamente conmigo : esta noche en que estamos fué la del concierto de su venida, y esta misma noche, estándole esperando, sentí pasar á mi hermano con otros muchos hombres al parecer armados, según las crujían las armas, de cuyo sobresalto de improviso me sobrevino el parto, y en un instante parí un hermoso niño. Aquella criada mia, sabidora y medianera de mis hechos, que estaba ya prevenida para el caso, envolvió la criatura en otros paños, que no los que tiene la que á vuestra puerta echaron ; y saliendo á la puerta de la calle, la dió, á lo que ella dijo, á un criado del duque. Yo desde allí á un poco, acomodándome lo mejor que pude (según la presente necesidad), salí de la casa, creyendo que estaba en la calle el duque, y no lo debiera hacer hasta que él llegara á la puerta : mas e miedo que me había puesto la cuadrilla

armada de mi hermano, creyendo que ya esgrimía su espada sobre mi cuello, no me dejó hacer otro mejor discurso; así desatentada y loca salí donde me sucedió lo que habéis visto: y aunque me veo sin hijo y sin esposo, y con temor de peores sucesos, doy gracias al cielo, que me ha traído á vuestro poder, de quien me prometo todo aquello que de la cortesía española puedo prometerme, y más de la vuestra, que la sabréis realzar por ser tan nobles como parecéis. Diciendo esto, se dejó caer del todo encima del lecho, y acudiendo los dos á ver si se desmayaba, vieron que nó, sino que amargamente lloraba, y dijole D. Juan: Si hasta aquí, hermosa señora, yo y D. Antonio, mi camarada, os teníamos compasión y lástima por ser mujer, ahora que sabemos vuestra calidad, lástima y compasión pasa á ser obligación precisa de serviros: cobrad ánimo y no desmayéis, y aunque no acostumbrada á semejantes casos, tanto más mostraréis quién sois, cuanto más con paciencia supiéredes llevarlos, creed, señora, que imagino que estos tan extraños sucesos han de tener un feliz fin, que no han de permitir los cielos que tan belleza se goce mal, y tan honestos pensamientos se malogren: acostaos, señora, y curad de vuestra persona, que lo habéis menester, que aquí entrará una criada nuestra que os sirva, de quien podéis hacer la misma confianza que de nuestras personas: tan bien sabrá tener en silencio vuestras desgracias, como acudir á vuestras necesidades. Tal es la que tengo, que á cosas más dificultosas me obliga, respondió ella; éntre, señor, quien vos quisiéredes, que encaminada por vuestra parte, no puedo dejar de tenerla muy buena en lo que menester hubiere; pero con todo eso yo suplico que no me vean más que vuestra criada. Así será, respondió D. Antonio, y dejándola sola se salieron, y D. Juan dijo al ama que entrase dentro, y llevase la criatura con los ricos paños, si se los había puesto. El ama dijo que sí, y que ya estaba de la misma manera que él la había traído. Entró el ama advertida de lo que había de responder á lo que acerca de aquella criatura la señora que hallaría allí dentro le preguntase. En viéndola Cornelia, le dijo: Ven-gáis en buen hora, amiga mia, dadme esa criatura, y llegadme aquí esa vela. Hízolo así el ama, y tomando el

niño Cornelia en sus brazos, se turbó toda, y le miró ahincadamente, y dijo al ama : Decidme, señora, ¿ este niño y el que me trujisteis, ó me trujeron poco há, es todo uno ? Sí, señora, respondió el ama. Pues ¿ cómo trae tan trocadas las mantillas ? replicó Cornelia : en verdad, amiga, que me parece ó que estas son otras mantillas, ó que esta no es la misma criatura ; Todo podía ser, respondió el ama. Pecadora de mí, dijo Cornelia, ¿ cómo todo podía ser ? ¿ cómo es esto, ama mia ? que el corazón me revienta en el pecho hasta saber este truco : decídmelo, amiga, por todo aquello que bien queréis ; digo que me digáis ¿ de dónde habéis habido estas tan ricas mantillas ? porque os hago saber que son mias, si la vista no me miente ó la memoria no se acuerda ; con estas mismas ó otras semejantes entregué á mi doncella la prenda querida de mi alma : ¿ quién se las quitó ? ¡ ay desdichada ! y ¿ quién las trujo aquí ? ¡ ay sin ventura ! D. Juan y D. Antonio, que todas estas quejas escuchaban, no quisieron que más adelante pasase en ellas, ni permitieron que el engaño de las trocadas mantillas más la tuviesen en pena, y así entraron, y D. Juan le dijo : Esas mantillas y ese niño son cosa vuestra, señora Cornelia ; y luego le contó punto por punto cómo él había sido la persona á quien su doncella había dado el niño, y de cómo le había traído á casa, con el orden que había dado al ama del truco de las mantillas, y la ocasión por qué lo había hecho, aunque después que le contó su parto, siempre tuvo por cierto que aquel era su hijo, y que si no se lo había dicho, había sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerle, sobreviniese la alegría de haberle conocido. Allí fueron infinitas las lágrimas de alegría de Cornelia, infinitos los besos que dió á su hijo, infinitas las gracias que rindió á sus favorecedores, llamándolos ángeles humanos de su guarda, y otros títulos que de su agradecimiento daban notoria muestra. Dejáronla con el ama, encomendándole mirase por ella, y la sirviese cuanto fuese posible, advirtiéndola en el término en que estaba, para que acudiese á su remedio, pues ella por ser mujer sabía más de aquel menester que no ellos. Con esto se fuéron á reposar lo que faltaba de la noche con intención de no entrar en el

apósito de Cornelia, si no fuese ó que ella los llamase, ó la necesidad precisa. Vino el día, y el ama trujo á quien santamente y á escuras diese de mamar al niño, y ellos preguntaron por Cornelia. Dijo el ama que reposaba un poco. Fuéronse á las escuelas, y pasaron por la calle de la pendencia y por la casa de donde había salido Cornelia, por ver si era ya pública su falta, ó si hacían corrillos della; pero en ningún modo sintieron ni oyeron cosa ni de la riña, ni de la ausencia de Cornelia. Con esto, oidas sus lecciones, se volvieron á su posada. Llamólos Cornelia con el ama, á quien respondieron que tenían determinado de no poner los piés en su aposento, para que con más decoro se guardase el que á su honestidad se debía; pero ella replicó con lágrimas y con ruegos que entrasen á verla, que aquel era el decoro más conveniente, si no para su remedio, á lo ménos para su consuelo. Hiciéronlo así, y ella los recibió con rostro alegre, y con mucha cortesía: pidióles le hiciesen merced de salir por la ciudad, y ver si oían algunas nuevas de su atrevimiento: respondieronle que ya estaba hecha aquella diligencia con toda curiosidad, pero que no se decía nada.

En esto llegó un paje, de tres que tenían, á la puerta del aposento, y desde fuera dijo: A la puerta está un caballero con dos criados, que dice se llama Lorenzo Benti-bolli, y busca á mi señor D. Juan de Gamboa. A este recado cerró Cornelia ambos puños, y se los puso en la boca, y por entre ellos salió la voz baja y temerosa, y dijo: Mi hermano, señores, mi hermano es ese: sin duda debe de haber sabido que estoy aquí, y viene á quitarme la vida: socorro, señores, y amparo. Sosegaos, señora, le dijo D. Antonio, que en parte estáis y en poder de quien no os dejará hacer el menor agravio del mundo. Acudid vos, señor D. Juan, y mirad lo que quiere ese caballero, y yo me quedaré aquí á defender, si menester fuere, á Cornelia. D. Juan sin mudar semblante bajó abajo, y luego D. Antonio hizo traer dos pistoletes armados, y mandó á los pajes que tomasen sus espadas, y estuviesen apercebidos. El ama viendo aquellas preven-ciones, temblaba. Cornelia, temerosa de algún mal suceso, temía: solos D. Antonio y D. Juan estaban en sí,



y muy bien puestos en lo que habían de hacer. En la puerta de la calle halló D. Juan á D. Lorenzo, el cual en viendo á D. Juan, le dijo : Suplico á V. S. (que esta es la manera de Italia) me haga merced de venirse conmigo á aquella iglesia que está allí frontero, que tengo un negocio que comunicar con V. S. en que me va la vida y la honra. De muy buena gana, respondió D. Juan : vamos, señor, donde quisiéredes. Dicho esto, mano á mano se fueron á la iglesia, sentándose en un escaño, y en parte donde no pudiesen ser oídos. Lorenzo habló primero, y dijo : Yo, señor español, soy Lorenzo Bentibolli, sinó de los más ricos, de los más principales desta ciudad : ser esta verdad tan notoria servirá de disculpa de alabarme yo propio : quedé huérfano algunos años há, y quedó en mi poder una mi hermana, tan hermosa, que á no tocarme tanto, quizá os la alabara de manera, que me faltaran encarecimientos por no poder ningunos corresponder del todo á su belleza : ser yo honrado, y ella muchacha y hermosa, me hacían andar solícito en guardarla ; pero todas mis prevenciones y diligencias las ha defraudado la voluntad arrojada de mi hermana Cornelia, que este es su nombre : finalmente por acortar, por no cansaros este que pudiera ser cuento largo, digo que el duque de Ferrara, Alfonso de Este, con ojos de lince venció á los de Argos, derribó y triunfó de mi industria, venciendo á mi hermana, y anoche me la llevó y sacó de casa de una parienta nuestra, y aun dicen recién parida : anoche lo supe, y anoche le salí á buscar, y creo que le hallé y acuchillé ; pero fué socorrido de algún ángel, que no consintió que con su sangre sacase la mancha de mi agravio : háme dicho mi parienta, qué es la que todo esto me ha dicho, que el duque engañó á mi hermana debajo de palabra de recibirla por mujer : esto yo no lo creo, por ser desigual el matrimonio en cuanto á los bienes de fortuna, que en los de naturaleza el mundo sabe la calidad de los Bentibollis de Bolonia : lo que creo es que él se atuvo á lo que se atienen los poderosos, que quieren atropellar una doncella temerosa y recatada, poniéndole á la vista el dulce nombre de esposo, haciéndola creer que por ciertos respetos no se desposaba luego : mentiras aparentes de verdades, pero

falsas y mal intencionadas. Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana y sin honra, puesto que todo esto hasta agora, por mi parte lo tengo puesto debajo de la llave del silencio, y no he querido contar á nadie este agravio, hasta ver si le puedo remediar y satisfacer en alguna manera ; que las infamias mejor es que se presuman y sospechen, que no que se sepan de cierto y distintamente, que entre el sí y el no de la duda, cada uno puede inclinarse á la parte que más quisiere, y cada una tendrá sus valedores. Finalmente, yo tengo determinado de ir á Ferrara, y pedir al mismo duque la satisfacción de mi ofensa, y si la negare, desafiarme sobre el caso ; y esto no ha de ser con escuadrones de gente, pues no los puedo ni formar ni sustentar, sino de persona á persona ; para lo cual quería el ayuda de la vuestra, y que me acompañáredes en este camino, confiado en que lo haréis por ser español y caballero, como ya estoy informado ; y por no dar cuenta á ningún pariente ni amigo mio, de quien no espero sino consejos y disuaciones, y de vos puedo esperar los que sean buenos y honrosos, aunque rompan por cualquier pèligro : vos, señor, me habéis de hacer merced de venir conmigo, que llevando un español á mi lado, y tal como vos me parecéis, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jerjes : mucho os pido, pero á más me obliga la deuda de responder á lo que la fama de vuestra nación pregona. No más, señor Lorenzo, dijo á esta sazón D. Juan (que hasta allí sin interrumpirle palabra le había estado escuchando), no más, que desde aquí me constituyo por vuestro defensor y consejero, y tomo á mi cargo la satisfacción ó venganza de vuestro agravio ; y esto no sólo por ser español, sino por ser caballero, y serlo vos tan principal como habéis dicho, y como yo sé, y como todo el mundo sabe : mirad cuándo quereis que sea nuestra partida, y sería mejor que fuese luego, porque el hierro se ha de labrar mientras estuviere encendido, y el ardor de la cólera acrecienta el ánimo, y la injuria reciente despierta la venganza. Levantóse Lorenzo y abrazó apretadamente á D. Juan, y dijo : A tan generoso pecho como el vuestro, señor D. Juan, no es menester moverle con ponerle otro interés delante que el de la

honra que ha de ganar en este hecho, la cual desde aquí os la doy, si salimos felizmente deste caso, y por añadidura os ofrezco cuanto tengo, puedo y valgo; la ida quiero que sea mañana, porque hoy pueda prevenir lo necesario para ello. Bien me parece, dijo D. Juan, y dadme licencia, señor Lorenzo, que yo pueda dar cuenta deste hecho á un caballero, camarada mio, de cuyo valor y silencio os podeis prometer harto más que del mio. Pues vos, señor D. Juan, según decís, habeis tomado mi honra á vuestro cargo, disponed della como quisiéredes, y decid della lo que quisiéredes y á quien quisiéredes; cuanto más, que camarada vuestro ¿quién puede ser que muy bueno no sea? Con esto se abrazaron y despidieron, quedando que otro día por la mañana le enviaria á llamar, para que fuera de la ciudad se pusiesen á caballo, y siguiesen disfrazados su jornada.

Volvió D. Juan, y dió cuenta á D. Antonio y á Cornelia de lo que con Lorenzo había pasado, y el concierto que quedaba hecho. ¡Válame Dios! dijo Cornelia, grande es, señor, vuestra cortesía, y grande vuestra confianza: ¿cómo? y ¿tan presto habéis arrojado á emprender una hazaña llena de inconvenientes? y ¿qué sabéis vos, señor si os lleva mi hermano á Ferrara, ó á otra parte? pero donde quiera que os llevare, bien podéis hacer cuenta que va con vos la fidelidad misma, aunque yo como desdichada en los átomos del sol tropiezo de cualquier sombra temo; y ¿no queréis que tema, si está puesta en la respuesta del duque mi vida ó mi muerte, y qué sé yo, si responderá tan atentamente, que la cólera de mi hermano se contenga en los límites de su discreción? y cuando así no salga, ¿paréceos que tiene flaco enemigo? y ¿no os parece que los días que tardáredes he de que dar colgada, temerosa y suspensa, esperando las dulces ó amargas nuevas del suceso? ¿Quiero yo tan poco al duque, ó á mi hermano, que de cualquiera de los dos no tema las desgracias y las sienta en el alma? Mucho discurrís, y mucho teméis, señora Cornelia, dijo don Juan; pero dad lugar entre tantos miedos á la esperanza, y fiad en Dios, en mi industria y buen deseo, que habéis de ver con toda felicidad cumplido el vuestro: la ida de Ferrara.

no se excusa, ni el dejar de ayudar yo á vuestro hermano, tampoco : hasta agora no sabemos la intención del duque, ni tampoco si él sabe vuestra falta, y todo esto se ha de saber de su boca, y nadie se lo podrá preguntar como yo : entended, señora Cornelia, que la salud y contento de vuestro hermano y el del duque llevo puestos en las niñas de mis ojos : yo miraré por ellos como por ellas. Si así os da el cielo, señor D. Juan, respondió Cornelia, poder para remediar, como gracia para consolar, en medio destes mis trabajos me cuento por bien afortunada ; ya querría veros ir y volver, por más que el temor me aflija en vuestra ausencia, ó la esperanza me suspenda. D. Antonio aprobó la determinación de D. Juan, y le alabó la buena correspondencia que en él había hallado la confianza de Lorenzo Bentibolli : díjole más, que él querría ir á acompañarlos, por lo que podía suceder. Eso no, dijo D. Juan, así porque no será bien que la señora Cornelia quede sola como porque no piense el señor Lorenzo, que me quiero valer de esfuerzos ajenos. El mio es el vuestro mismo, replicó D. Antonio, y así, aunque sea desconocido y desde lejos, os tengo de seguir, que la señora Cornelia sé que gustará dello, y no queda tan sola que le falte quien la sirva, la guarde y acompañe. A lo cual Cornelia dijo : Gran consuelo será para mí, señores, si sé que váis juntos ó á lo ménos de modo que os favorezcáis el uno á otro, si el caso lo pidiere ; y pues al que váis á mí se me semeja ser de peligro, hacedme merced, señores, de llevar estas reliquias con vosotros ; y diciendo esto, sacó del seno una cruz de diamantes de inestimable valor, y un *agnus* de oro tan rico como la cruz. Miraron los dos las ricas joyas, y apreciáronlas aún más que lo que habian apreciado el cintillo ; pero volviéronselas, no queriendo tomarlas en ninguna manera, diciendo que ellos llevarían reliquias consigo, si no tan bien adornadas, á lo menos en su calidad tan buenas. Pesóle á Cornelia el no aceptarlas, pero al fin hubo de estar á lo que ellos querian. El ama tenía gran cuidado de regalar á Cornelia, y sabiendo la partida de sus amos, de que le dieron cuenta, pero no á lo que iban ; ni adónde iban, se encargó de mirar por la señora (cuyo nombre aun no sabía), de manera que sus

mercedes no hiciesen falta. Otro día bien de ¡mañana ya estaba Lorenzo á la puerta, y D. Juan de camino con el sombrero del cintillo, á quien adornó de plumas negras y amarillas, y cubrió el cintillo con una toquilla negra. Despidiéronse de Cornelia, lo cual imaginando que tenía á su hermano tan cerca, estaba tan temerosa, que no acertó á decir palabra á los dos que della se despidieron. Salió primero Don Juan, y con Lorenzo se fué fuera de la ciudad y en una huerta algo desviada hallaron dos muy buenos caballos, con dos mozos que del diestro los tenían. Subieron en ellos, y los mozos delante, por sendas y caminos desusados caminaron á Ferrara: D. Antonio sobre un cuartago suyo, y otro vestido y disimulado los seguía; pero parecióle que se recataban dél, especialmente Lorenzo, y y así acordó de seguir el camino derecho de Ferrara, con seguridad que allí los encontraría.

Apenas hubieron salido de la ciudad, cuando Cornelia dió cuenta al alma de todos sus sucesos, y de cómo aquel niño era suyo y del duque de Ferrara, con todos los puntos que hasta aquí se han contado, tocantes á su historia, no encubriéndole como el viaje que llevaban sus señores era á Ferrara, acompañando á su hermano, que iba á desafiar al duque Alfonso. Oyendo lo cual el ama (como si el demonio se lo mandara, para intricar, estorbar ó dilatar el remedio de Cornelia), dijo: ¡ Ay, señora de mi alma! ¿ y todas esas cosas han pasado por vos, y estáis aquí descuidada y á pierna tendida? O no tenéis alma, ó tenéisla tan desmzalada que no siente, ¿ Cómo, y pensáis vos por ventura, que vuestro hermano va á Ferrara? No lo penséis, sino pensad y creed que ha querido llevar á mis amos de aquí, y ausentarlos desta casa, para volver á ella y quitaros la vida, que lo podrá hacer, como quien bebe un jarro de agua: mirad debajo de qué guarda y amparo quedamos, sino en la de tres pajes, que harto tienen ellos que hacer, *en rascarse la sarna de que están llenos*, que en meterse en dibujos: á lo menos de mí sé decir, que no tendré ánimo para esperar el suceso y ruina que á esta casa amenaza: ¡ el señor Lorenzo, italiano, y que se fie de españoles, y les pida favor y ayuda! para mi ojo, si tal crea (y dióse ella misma una higa); si vos, hija mia,

quisiéredes tomar mi consejo, yo os le daría tal que os luciese. Pasmada, atónita y confusa estaba Cornelia, oyendo las razones del ama, que las decía con tanto ahinco, y con tantas muestras de temor, que le pareció ser todo verdad lo que le decía, y quizá estaban muertos D. Juan y D. Antonio, y que su hermano entraba por aquellas puertas, y la cosía á puñaladas; y así le dijo: Y qué consejo me daríades vos, amiga, que fuese saludable, y que previniese la sobrestante desventura? Y como que le daré tal y tan bueno que no pueda mejorarse, dijo el ama: yo, señora, he servido á un piovano, á un cura, digo, de una aldea, que está dos millas de Ferrara: es una persona santa y buena y que hará por mí todo lo que yo le pidiera, porque me tiene obligación más que de amo: vámonos allá, que yo buscaré quien nos lleve luego, y la que viene, á dar de mamar al niño es mujer pobre, y se irá con nosotras al cabo del mundo; y ya señora, que presupongamos que has de ser hallada, mejor será que te hallen en casa de un sacerdote de misa, viejo y honrado, que en poder de dos estudiantes, mozos y españoles, que los tales, como soy yo buen testigo, no desechan ripio y agora, como estás mala, te han guardado respeto; pero si sanas y convaleces en su poder, Dios lo podrá remediar, porque en verdad, que si á mí no me hubieran guardado mis repulsas, desdenes y enterezas, ya hubieran dado conmigo y con mi honra al traste; porque no es todo oro lo que en ellos reluce: uno dicen, y otro piensan; pero hanlo habido conmigo, que soy taimada, y sé do me aprieta el zapato, y sobre todo soy, bien nacida, que soy de los Cribelos de Milán, y tengo el punto de la honra diez millas más allá de las nubes, y en esto se podrá echar de ver, señora mia, las calamidades que por mí han pasado, pues con ser quien soy, he venido á ser masara de españoles, á quien ellos llaman ama; aunque á la verdad no tengo de qué quejarme de mis amos, porque son unos benditos, como no estén enojados, y en esto parecen vizcainos, como ellos dicen que lo so son; pero quizá para contigo serán gallegos, que es otra nación, según es fama, algo menos puntual y bien mirada que la vizcaina. En efeto, tantas y tales razones le dijo, que la pobre Cornelia se dis-

puso á seguir su parecer ; y así en menos de cuatro horas, disponiéndolo el ama, y consintiéndolo ella, se vieron dentro de una carroza las dos y la ama del niño, y sin ser sentidas de los pajes, se pusieron en camino para la aldea del cura ; y todo esto se hizo á persuasión del ama, y con sus dineros, porque la habían pagado sus señores un año de su sueldo, y así no fué menester empeñar una joya que Cornelia le daba ; y como habían oído decir á D. Juan que él y su hermano no habían de seguir el camino derecho de Ferrara, sinó por sendas apartadas, quisieron ellas seguir el derecho, y poco á poco por no encontrarse con ellos, y el dueño de la carroza se acomodó al paso de la voluntad dellas, porque le pagaron al gusto de la suya.

Dejémoslas ir, que ellas van tan atrevidas como bien encaminadas, y sepamos qué les sucedió á D. Juan de Gamboa y al señor Lorenzo Bentibolli : de los cuales se dice que en el camino supieron que el duque no estaba en Ferrara, sinó en Bolonia ; y así dejando el rodeo que llevaban, se vinieron al camino real, ó á la estrada maestra, como allá se dice, considerando que aquella había de traer el duque, cuando de Bolonia volviese. Y á poco espacio que en ella habían entrado, habiendo tendido la vista hácia Bolonia por ver si por él alguno venía, vieron un tropel de gente de á caballo, y entonces dijo D. Juan á Lorenzo que se desviase del camino, porque si acaso entre aquella gente viniese el duque, le quería hablar allí antes que se encerrase en Ferrara, que estaba poco distante. Hizolo así Lorenzo, y aprobó el parecer de D. Juan. Así como se apartó Lorenzo quitó D. Juan la toquilla que encubría el rico cintillo, y esto no con falta de discreto discurso, como él después lo dijo. En esto llegó la tropa de los caminantes, y entre ellos venía una mujer sobre una pia, vestida de camino, y el rostro cubierto con una mascarilla, ó por mejor encubrirse, ó por guardarse del sol y del aire. Paró el caballo D. Juan en medio del camino, y estuvo con el rostro descubierto á que llegasen los caminantes, y en llegando cerca, el talle, el brío, el poderoso caballo, la bizarría del vestido y las luces de los diamantes, levaron tras sí los ojos de cuantos allí venían, especial-

mente los del duque de Ferrara, que ¡era uno dellos, el cual como puso los ojos en el cintillo, luego se dió á entender que el que le traía era D. Juan de Gamboa, el que le había librado en la pendencia; y tan de véras aprendió esta verdad, que sin hacer otro discurso, arremetió su caballo hácia D. Juan, diciendo : No creo que me engañaré en nada, señor caballero, si os llamo D. Juan de Gamboa, que vuestra gallarda disposición y el adorno dese capelo me lo están diciendo. Así es la verdad, respondió D. Juan, porque jamás supe ni quise encubrir mi nombre : pero decidme, señor, quién sois, porque yo no caiga en alguna descortesía. Eso será imposible, respondió el duque, que para mí tengo que no podéis ser descortés en ningún caso : con todo eso os digo, señor D. Juan, que yo soy el duque de Ferrara, y el que está obligado á serviros todos los días de su vida, pues no ha cuatro noches que vos se la disteis. No acabó de decir esto el duque, cuando D. Juan, con extraña ligereza, saltó del caballo, y acudió á besar los pies del duque; pero por presto que llegó, ya el duque estaba fuera de la silla, de modo que se acabó de apearse en brazos de D. Juan. El señor Lorenzo, que desde algo lejos miraba estas ceremonias, no pensando que lo eran de cortesía, sino de cólera, arremetió su caballo; pero en la mitad del repelón le detuvo, porque vió abrazados muy estrechamente al duque y á D. Juan, que ya había conocido al duque. El duque, por cima de los hombros de D. Juan, miró á Lorenzo, y conocióle, de cuyo conocimiento algún tanto se sobresaltó, y así como estaba abrazado preguntó á D. Juan si Lorenzo Bentibolli, que allí estaba, venía con él ó nó. A lo cual D. Juan respondió : Apartémonos algo de aquí, y contaréle á vuestra Excelencia grandes cosas. Hizolo así el duque, y D. Juan le dijo : Señor; Lorenzo Bentibolli, que allí veis, tiene una queja de vos, no pequeña: dice que habrá cuatro noches que sacastes á su hermana, la señora Cornelia, de casa de una prima suya, y que la habéis engañado y deshonrado, y quiere saber de vos qué satisfacción le pensáis hacer, para que él vea lo que le conviene : pidióme que fuese su velador y medianero : yo se lo ofrecí, porque por los barruntos que él me dió de la pendencia, conocí que vos, señor, érades el dueño deste cintillo,



que por liberalidad y cortesía vuestra quisistes que fuese mio, y viendo que ninguno podía hacer vuestras partes mejor que yo, como ya he dicho, le ofrecí mi ayuda : querría yo agora, señor, me dijédes lo que sabéis acerca deste caso, y si es verdad lo que Lorenzo dice. ¡ Ay, amigo ! respondió el duque ; es tan verdad, que no me atrevería á negarla aunque quisiese : yo no he engañado ni sacado á Cornelia, aunque sé que falta de la casa que dice : no la he engañado, porque la tengo por mi esposa : no la he sacado, porque no sé della : si públicamente no celebré mis desposorios, fué porque aguardaba que mi madre (que está ya en lo último) pasase desta á mejor vida, que tiene'deseo que sea mi esposa la señora Livia, hija del duque de Mantua, y por otros inconvenientes quizá más eficaces que los dichos, y no conviene que ahora se digan : lo que pasa es que la noche que me socorristes, la había de traer á Ferrara, porque estaba ya en el mes de dar á luz la prenda que ordenó el cielo que en ella depositase ; ó ya fuese por la riña, ó ya por mi descuido, cuando llegué á su casa hallé que salía la secretaria de nuestros conciertos ; preguntéle por Cornelia, dijome que ya había salido, y aquella noche había parido un niño, el más bello del mundo, y que se le había dado á un Fabio mi criado : la doncella es aquella que allí viene : el Fabio está aquí, y el niño ni Cornelia no parecen : y yo he estado estos dos días en Bolonia, esperando y escudriñando oír algunas nuevas de Cornelia, pero no he sentido nada. De modo, señor, dijo D. Juan, que cuando Cornelia y vuestro hijo pareciesen ¿ no negaréis ser vuestra esposa y él vuestro hijo ? No por cierto ; porque aunque me precio de caballero, más me precio de cristiano ; y más que Cornelia es tal, que merece ser señora de un reino : pareciese ella, y viva ó muera mi madre, que el mundo sabrá, que si supe ser amante, supe la fé que di en secreto guardarla en público. Luego ¿ bien diréis, dijo don Juan, lo que á mí me habéis dicho, á vuestro hermano el señor Lorenzo ? Antes me pesa, respondió el duque, de que tarde tanto en saberlo. Al instante hizo D. Juan señas á Lorenzo que se apease y viniese donde ellos estaban, como lo hizo, bien ajeno de pensar la buena nueva que le esperaba. Adelan-

tóse el duque á recibirle con los brazos abiertos, y la primera palabra que le dijo fué llamarle hermano. Apenas supo Lorenzo responder á salutación tan amorosa, ni á tan cortés recebimiento; y estando así suspenso, ántes que hablase palabra, D. Juan le dijo: El duque, señor Lorenzo, confiesa la conversación secreta que ha tenido con vuestra hermana la señora Cornelia: confiesa asimismo que es su legítima esposa, y que como lo dice aquí lo dirá públicamente cuando se ofreciere: concede asimismo que fué há cuatro noches á sacarla de casa de su prima para traerla á Ferrara, y aguardar coyuntura de celebrar sus bodas, que las ha dilatado por justísimas causas que me ha dicho: dice asimismo la pendencia que con vos tuvo, y que cuando fué por Cornelia encontró con Sulpicia, su doncella, que es aquella mujer que allí viene, de quien supo que Cornelia no había una hora que había parido, y que ella dió la criatura á un criado del duque, y que luego Cornelia, creyendo que estaba allí el duque, había salido de casa medrosa, porque imaginaba que ya vos, señor Lorenzo, sabíades sus tratos. Sulpicia no dió el niño al criado del duque, sino á otro en su cambio: Cornelia no parece, él se culpa de todo, y dice que cada y cuando que la señora Cornelia parezca, la recibirá como á su verdadera esposa: mirad, señor Lorenzo, si hay más que decir, ni más que desear, sino es el hallazgo de las dos tan ricas como desgraciadas prendas. A esto respondió el señor Lorenzo, arrojándose á los piés del duque, que porfiaba por levantarlo: De vuestra cristiandad y grandeza, serenísimo señor y hermano mio, no podíamos mi hermana y yo esperar menor bien del que á entrambos nos hacéis: á ella en igualarla con vos, y á mi en ponerme en el número de vuestros criados. Ya en esto se le arrasaban los ojos de lágrimas, y al duque lo mismo, enternecidos, el uno con la pérdida de su esposa, y el otro con el hallazgo de tan buen cuñado; pero considerando que parecería flaqueza dar muestras con lágrimas de tanto sentimiento, las reprimieron y volvieron á encerrar en los ojos; y los de D. Juan alegres casi le pedían las albricias de haber parecido Cornelia y su hijo, pues los dejaba en su misma casa.

En esto estaban, cuando se descubrió D. Antonio de Isonza, que fué conocido de D. Juan en el cuartago desde algo lejos, pero cuando llegó cerca se paró, y vió los caballos de D. Juan y de Lorenzo, que los mozos tenían del diestro y acullá desviados: conoció á D. Juan y á Lorenzo, pero nó al duque, y no sabía qué hacerse, si llegaría ó no adonde D. Juan estaba: y llegándose á los criados del duque, les preguntó si conocían á aquel caballero que con los otros dos estaba, señalando al duque. Fuéle respondido, ser el duque de Ferrara: con que quedó más confuso y menos sin saber qué hacerse; pero sacóle de su perplejidad D. Juan llamándole por su nombre. Apeóse D. Antonio, viendo que todos estaban á pié, y llegóse á ellos: recebióle el duque con mucha cortesía, porque D. Juan le dijo que era su camarada. Finalmente, D. Juan contó á D. Antonio todo lo que con el duque le había sucedido hasta que él llegó. Alegróse en extremo D. Antonio, y dijo á Juan: ¿Por qué, señor D. Juan, no acabais de poner la alegría y el contento destes señores en su punto, pidiendo las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo? Si vos no llegáredes, señor D. Antonio, yo las pidiera, però pedidlas vos, que yo aseguro que os las dén de muy buena gana. Como el duque y Lorenzo oyeron tratar del hallazgo de Cornelia y de albricias, preguntaron qué era aquello. ¿Qué ha de ser, respondió D. Antonio, sinó que yo quiero hacer un personaje en esta trágica comedia, y ha de ser el que pide las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo, que quedan en mi casa? y luego les contó punto por punto todo que hasta aquí se ha dicho; de lo cual el duque y el señor Lorenzo recibieron tanto placer y gusto, que D. Lorenzo se abrazó con D. Juan, y el duque con D. Antonio: el duque prometiendo todo su Estado en albricias, y el señor Lorenzo su hacienda, su vida y su alma. Llamaron á la doncella, que entregó á D. Juan la criatura, la cual habiendo conocido á Lorenzo, estaba temblando: preguntáronle si conocería al hombre á quien había dado el niño. Dijo que nó, sinó que ella le había preguntado si era Fabio, y él había respondido que sí, y con esta buena fé se le había entregado. Así es la verdad, respondió D. Juan; y vos señora, cerrastes la puerta luego,

y me dijistes que la pusiese en cobro y diese luego la vuelta. Así es, señor, respondió la doncella llorando. Y el duque dijo : Ya no son menester lágrimas aquí, sino júbilos y fiestas : el caso es, que yo no tengo de entrar en Ferrara, sino dar la vuelta luego á Bolonia, porque todos estos contentos son en sombra hasta que los haga verdaderos la vista de Cornelia. Y sin más decir, de común consentimiento dieron la vuelta á Bolonia.

Adelantóse D. Antonio para apercebir á Cornelia, por no sobresaltarla con la improvisa llegada del duque y de su hermano ; pero como no la halló, ni los pajes le supieron decir nuevas della, quedó el más triste y confuso hombre del mundo ; y como vió que faltaba el ama, imaginó que por su industria faltaba Cornelia. Los pajes le dijeron que faltó el ama el mismo día que ellos habían faltado, y que la Cornelia por quien preguntaba, nunca ellos la vieron. Fuera de sí quedó D. Antonio con el no pensado caso, temiendo que quizá el duque los tendría por mentirosos ó embusteros, ó quizá imaginaría otras peores cosas, que redundasen en perjuicio de su honra y del buen crédito de Cornelia. En esta imaginación estaba, cuando entraron el duque, y D. Juan y Lorenzo, que por calles desusadas y encubiertas, dejando la demás gente fuera de la ciudad, llegaron á la casa de D. Juan, y hallaron á D. Antonio sentado en una silla, con la mano en la mejilla, y con una color de muerto. Preguntóle D. Juan qué mal tenía y dónde estaba Cornelia. Respondió D. Antonio : ¿ Qué mal queréis que no tenga ? pues Cornelia no parece, que con el ama que la dejamos para su compañía, el mismo día que de aquí faltamos, faltó ella. Poco le faltó al duque para espirar, y á Lorenzo para desesperarse, oyendo tales nuevas. Finalmente, todos quedaron turbados, suspensos é imaginativos. En esto se llegó un paje á D. Antonio, y al oído le dijo : Señor, Santisteban, el paje del señor D. Juan, desde el día que vuestas mercedes se fueron, tiene una mujer muy bonita encerrada en su aposento, y yo creo que se llama Cornelia, que así la he oído llamar. Alborotóse de nuevo D. Antonio, y más quisiera que no hubiera parecido Cornelia, que sin duda pensó que era la que el paje tenía escondida, que no que

la hallaren en tal lugar. Con todo eso no dijo nada, sinó callando se fué al aposento del paje, y halló cerrada la puerta, y que el paje no estaba en casa : llegóse á la puerta, y dijo con voz baja : Abrid, señora Cornelia, y salid á recibir á vuestro hermano y al duque vuestro esposo, que vienen á buscaros. Respondiéronle de dentro : ¿Hacen burla de mí? pues en verdad que no soy tan fea ni tan desdichada que no podían buscarme duques y condes, y eso se merece la persona que trata con pajes. Por las cuales palabras entendió D. Antonio que no era Cornelia la que respondía. Estando en esto vino Santisteban el paje, y acudió luego á su aposento, y hallando allí á D. Antonio, que pedía que le trujesen las llaves que había en casa, por ver si alguna hacía á la puerta, el paje hincado de rodillas, y con la llave en la mano le dijo : El ausencia de vuestas mercedes, y mi bellaquería, por mejor decir, me hizo traer una mujer estas tres noches á estar conmigo : suplico á vuesa merced, señor D. Antonio de Isunza, así oiga buenas nuevas de España, que si no lo sabe mi señor D. Juan de Gamboa, que no se lo diga, que yo la echaré al momento. Y ¿cómo se llama la tal mujer? preguntó D. Antonio. Llámase Cornelia, respondió el paje. El paje que había descubierto la celada, que no era muy amigo de Santisteban, ni se sabe si simplemente ó con malicia bajó donde estaban el duque, D. Juan y Lorenzo, diciendo : Tómame el paje por Dios, que le han hecho gormar á la señora Cornelia ; escondidita la tenía : á buen seguro que no quisiera él que hubieran venido los señores para alargar el *gaudeamus* tres ó cuatro días más. Oyó esto Lorenzo, y preguntóle : Qué es lo que decís, gentilhombre? ¿Dónde esta Cornelia? Arriba, respondió el paje. Apenas oyó esto el duque, cuando como un rayo subió la escalera arriba á ver á Cornelia, que imaginó que había parecido, y dió luego en el aposento donde estaba D. Antonio, y entrando dijo : ¿Dónde está Cornelia, dónde está la vida de la vida mía? Aquí está Cornelia, respondió una mujer que estaba envuelta en una sábana de la cama, y cubierto el rostro, y prosiguió diciendo : ¡Válanos Dios! ¿es este algún buey de hurto? ¿Es cosa nueva dormir una mujer con un paje, para hacer tantos mila-

grones? Lorenzo que estaba presente, con despecho y cólera tiró de un cabo de la sábana, y descubrió una mujer moza y no de mal parecer, la cual de vergüenza se puso las manos delante del rostro y acudió á tomar sus vestidos, que le servían de almohada, porque la cama no la tenía, y en ellos vieron que debía [de ser alguna pícara de las perdidas del mundo. Preguntóle el duque que si era verdad que se llamaba Cornelia : respondió que sí, y que tenía muy honrados parientes en la ciudad, y nadie dijese desta agua no beberé. Quedó tan corrido el duque, que casi estuvo por pensar si hacían los españoles burla dél : pero por no dar lugar á tan mala sospecha, volvió las espaldas, y sin hablar palabra, siguiéndole Lorenzo, subieron en sus caballos y se fueron dejando á D. Juan y á D. Antonio harto más corridos que ellos iban, y determinaron de hacer las diligencias posibles y aun imposibles en buscar á Cornelia y satisfacer al duque de su verdad y buen deseo. Despidieron á Santisteban por atrevido, y echaron á la pícara Cornelia, y en aquel punto se les vino á la memoria que se les había olvidado de decir [al duque las joyas del *agnus* y la cruz de diamantes que Cornelia les había ofrecido, pues con estas señas creería que Cornelia había estado en su poder, y que si faltaba no había estado en su mano. Salieron á decirle esto, pero no le hallaron en casa de Lorenzo, donde creyeron que estaría : á Lorenzo sí, el cual les dijo que sin detenerse un punto se había vuelto á Ferrara, dejándole orden de buscar á su hermana. Dijéronle lo que iban á decirle, pero Lorenzo les dijo que el duque iba muy satisfecho de su buen proceder, y que entrambos habían echado la falta de Cornelia á su mucho miedo, y que Dios sería servido de que pareciese, pues no había de haber tragado la tierra al niño, y al ama, y á ella. Con esto se consolaron todos, y no quisieron hacer la inquisición de buscalla por bandos públicos, sino por diligencias secretas, pues de nadie sinó de su prima se sabía su falta, y entre los que no sabían la intención del duque, correría riesgo el crédito de su hermana, si la pregonasen, y ser gran trabajo andar satisfaciendo á cada uno de las sospechas que una vehemente presunción les infunde.

Siguió su viaje el duque, y la buena suerte, que iba disponiendo su ventura, hizo que llegase á la aldea del cura, donde ya estaban Cornelia, y el niño, y su ama y la consejera; y ellas le habian dado cuenta de su vida, y pedí-dole consejo de lo que harían. Era el cura grande amigo del duque, en cuya casa, acomodada á lo de clérigo rico y curioso, solía el duque venirse desde Ferrara muchas veces, y desde allí salía á caza, porque gustaba mucho así de la curiosidad del cura, como de su donaire, que le tenía en cuanto decia y hacía. No se alborotó por ver al duque en su casa, porque como se ha dicho no era la vez primera; pero descontentóle verle venir triste, porque luego echó de ver que con alguna pasión traía ocupado el ánimo. Entreoyó Cornelia que el duque de Ferrara estaba allí, y turbóse en extremo, por no saber con qué intención venía: torcíase las manos, y andaba de una parte á otra, como persona fuera de sentido: quisiera hablar Cornelia al cura, pero estaba entreteniendo al duque, y no tenía lugar de hablarle. El duque le dijo: Yo vengo, padre mio, tristísimo, y no quiero hoy entrar en Ferrara, sino ser vuestro huésped; decid á los que vienen conmigo que pasen á Ferrara, y que sólo se quede Fabio. Hizolo así el buen cura, y luego fué á dar orden como regalar y servir al duque, y con esta ocasión le pudo hablar Cornelia, la cual tomándole de las manos le dijo: ¡Ay, padre y señor mio! y qué es lo que quiere el duque? por amor de Dios, señor, que le dé algún toque en mi negocio, y procure descubrir y tomar algún indicio de su intención; en éfeto, guíelo como mejor le pareciere y su mucha discreción le aconsejare. A esto le respondió el cura: El duque viene triste, hasta ahora no me ha dicho la causa: lo que se ha de hacer es, que luego se aderece ese niño muy bien, y ponedle, señora, las joyas todas que tuviéredes, principalmente las que os hubiere dado el duque, y dejadme hacer, que yo espero en el cielo, que hemos de tener hoy un buen día. Abrazóle Cornelia, y besóle la mano, y retiróse á aderezar y componer el niño. El cura salió á entretener al duque en tanto que se hacía hora de comer, y en el discurso de su plática, preguntó el cura al duque, si era posible saberse la causa de su melancolía, porque sin

duda de una legua se echaba de ver que estaba triste. Padre, respondió el duque, claro está que las tristezas del corazón salen al rostro; en los ojos se lee la relación de lo que está en el alma; y lo peor es, que por ahora no puedo comunicar mi tristeza con nadie. Pues en verdad, señor, respondió el cura, que si estuviérades para ver cosas de gusto, que os enseñara yo una, que tengo para mí que os le causara y grande. Simple sería, respondió el duque, aquel que ofreciéndole el alivio de su mal, no quisiese recibirle: por vida mia, padre, que me mostreis eso que decis, que debe ser alguna de vuestras curiosidades, que para mí son todas de grandísimo gusto. Levantóse el cura, y fué donde estaba Cornelia, que ya tenia adornado á su hijo, y puéstole las ricas joyas de la cruz y del *agnus*, con otras tres piezas preciosísimas, todas dadas del duque á Cornelia, y tomando al niño entre sus brazos, salió adonde el duque estaba y diciéndole que se levantase, y se llegase á la claridad de una ventana, quitó al niño de sus brazos, y le puso en los del duque, el cual cuando miró y reconoció las joyas, y vió que eran las mismas que él habia dado á Cornelia, quedó atónito; mirando ahincadamente al niño, le pareció que miraba su mismo retrato; y lleno de admiración preguntó al cura cúa era aquella criatura, que en su adorno y aderezo parecia hijo de algun príncipe. No sé, respondió el cura, solo sé que habrá no sé cuántas noches, que aquí me le trujo un caballero de Bolonia, y me encargó mirase por él, y le criase, que era hijo de un valeroso padre, y de una principal y hermosísima madre: también vino con el caballero una mujer para dar leche al niño, á quien yo he preguntado si sabe algo de los padres desta criatura y responde que no sabe palabra; y en verdad que si la madre es tan hermosa como el ama, que debe ser la más hermosa mujer de Italia. ¿No la veríamos? preguntó el duque. Sí por cierto, respondió el cura; veníos, señor, conmigo, que si os suspende el adorno y la belleza desa criatura, como creo que os ha suspendido, el mismo efeto entiendo que ha de hacer la vista de su ama. Quísole tomar la criatura el cura al duque, pero él no la quiso dejar, antes la apretó



en sus brazos, y le dió muchos besos. Adelantóse el cura un poco, y dijo á Cornelia quesaliese sin turbación alguna á recibir al duque. Hízolo así Cornelia, y con el sobresalto le salieron tales colores al rostro, que sobre el modo mortal la hermostearon. Pasmóse el duque cuando la vió, y ella arrojándose á sus piés, se los quiso besar. El duque sin hablar palabra dió el niño al cura, y volviendo las espaldas se salió con gran priesa del aposento. Lo cual visto por Cornelia, volviéndose al cura, dijo : ¡Ay, señor mio! ¿ si se ha espantado el duque de verme? ¿ si me tiene aborrecida? ¿ si le he parecido fea? ¿ si se le han olvidado las obligaciones que me tiene? ¿ no me hablará siquiera una palabra? ¿ tanto le cansaba ya su hijo, que así le arrojó de sus brazos? A todo lo cual no respondía palabra el cura, admirado de la huida del duque, que así le pareció que fuese huida, antes que otra cosa, y no fué sino que salió á llamar á Fabio, y decirle : Corre, Fabio amigo, y á toda diligencia vuelve á Bolonia, y di que al momento Lorenzo Bentibolli, y los dos caballeros españoles, D. Juan de Gamboa y D. Antonio de Isunza, sin poner excusa alguna, vengan luego á esta aldea : mira, amigo, que vuelvas, y no te vengas sin ellos, que me importa la vida el verlos. No fué perezoso Fabio, que luego puso en efeto el mandamiento de su señor. El duque volvió luego adonde Cornelia estaba derramando hermosas y cristalinas lágrimas, cogiéndola el duque en sus brazos, y añadiendo lágrimas, mil veces le bebió el aliento de la boca, teniéndoles el contento atadas las lenguas; y así en silencio honesto y amoroso se gozaban los dos felices amantes y esposos verdaderos. El ama del niño y la Crivela por lo menos, como ella decía, que por entre las puertas de otro aposento habían estado mirando lo que entre el duque y Cornelia pasaba, de gozo se daban de calabazadas por las paredes, que no parecía sino que habían perdido el juicio. El cura daba mil besos al niño, que tenía en sus brazos, y con la mano derecha, que desocupó, no se hartaba de echar bendiciones á los dos abrazados señores. El ama del cura, que no se había hallado presente al grave caso, por estar ocupada aderezando la comida, cuando la tuvo en su punto, entró á

llamarlos que se sentasen á la mesa. Esto apartó los estrechos abrazos, y el duque desembarazó al cura del niño, y le tomó en sus brazos, y en ellos le tuvo todo el tiempo que duró la limpia y bien sazónada, más que suntuosa comida : y en tanto que comían, dió cuenta Cornelia de todo lo que le había sucedido hasta venir á aquella casa por consejo de la ama de los dos caballeros españoles, que la habían servido, amparado y guardado con el más honesto y puntual decoro que pudiera imaginarse. El duque le contó asimismo á ella todo lo que por él había pasado hasta aquel punto. Halláronse presentes las dos amas, y hallaron en el duque grandes ofrecimientos y promesas. En todos se renovó el gusto con el felice fin de su suceso, y sólo esperaban á colmarle y á ponerle en el estado mejor que acertara á desearse con la venida de Lorenzo, de don Juan y D. Antonio, los cuales de allí á tres días vinieron desalados y deseosos por saber si alguna nueva sabía el duque de Cornelia, que Fabio, que los fué á llamar, ne les pudo decir ninguna cosa de su hallazgo, pues no la sabía.

Saliólos á recibir el duque á una sala antes de donde estaba Cornelia, y esto sin muestras de contento alguno, de que los recién venidos se entristecieron. Hízolos sentar el duque, y él se sentó con ellos, y encaminando su plática á Lorenzo, le dijo : Bien sabéis, señor Lorenzo Bentibolli, que yo jamás engañé á vuestra hermana, de lo que es buen testigo el cielo y mi conciencia : sabéis asimismo la diligencia con que la he buscado, y el deseo que he tenido de hallarla para casarme con ella, como se lo tengo prometido : ella no parece, y mi palabra no ha de ser eterna : yo soy mozo, y no tan experto en las cosas del mundo, que no me deje llevar de las que me ofrece el deleite á cada paso : la misma afición que me hizo prometer ser esposo de Cornelia, me llevó tambien á dar ántes que á ella palabra de matrimonio á una labradora desta aldea, á quien pensaba dejar burlada por acudir al valor de Cornelia, aunque no acudiera á lo que la conciencia me pedía, que no fuera pequeña muestra de amor : pero pues nadie se casa con mujer que no parece, ni es cosa puesta en razón, que nadie busque la mujer que le deja por no ha-

llar la prenda que le aborrece : digo que veáis, señor Lorenzo, qué satisfacción puedo daros del agravio que no os hice, pues jamás tuve intención de hacérosle, y luego quiero que me déis licencia para cumplir mi primera palabra, y desposarme con la labradora, que ya está dentro desta casa. En tanto que el duque esto decía, el rostro de Lorenzo se iba mudando de mil colores, y no acertaba á estar sentado de una manera en la silla, señales claras que la cólera le iba tomando posesión de todos sus sentidos. Lo mismo pasaba por D. Juan y por D. Antonio, que luego propusieron de no dejar salir al duque con su intención, aunque le quitasen la vida. Leyendo pues el duque en sus rostros sus intenciones, dijo : Sosegáos, señor Lorenzo, que antes que me respondáis palabra, quiero que la hermosura que veréis en la que quiero recibir por mi esposa, os obligue á darme la licencia que os pedí; porque es tal y tan extremada, que de mayores yerros será disculpa. Esto dicho, se levantó donde Cornelia estaba riquísimamente adornada, con todas las joyas que el niño tenía, y muchas más. Cuando el duque volvió las espaldas, se levantó D. Juán, y puestas ambas manos en los dos brazos de la silla donde estaba sentado Lorenzo, al oído le dijo : Por Santiago de Galicia, señor Lorenzo, y por la fé de cristiano y de caballero que tengo, que así deje yo salir con su intención al duque como volverme moro : aquí, aquí y en mis manos ha de dejar la vida, ó ha de cumplir la palabra que á la señora Cornelia vuestra hermana tiene dada ó lo ménos nos ha de dar tiempo de buscarla, y hasta que de cierto se sepa que es muerta, él no ha de casarse. Yo estoy dese parecer mismo, respondió Lorenzo. Pues del mismo estará mi camarada D. Antonio, replicó D. Juán. En esto entró por la sala adelante Cornelia en medio del cura y del duque, que la traía de la mano, detras de los cuales venían Sulpicia la doncella de Cornelia, que el duque habia enviado por ella á Ferrara, y las dos amas, la del niño y la de los caballeros. Cuando Lorenzo vió á su hermana, y la acabó de refigurar y conocer, que al principio la imposibilidad á su parecer de tal suceso no le dejaba enterar en la verdad, tropezando en sus mismos piés, fué á arrojarle á los del duque, que le levantó, y le puso en los brazos de

su hermana : quiero decir, que su hermana le abrazó con las muestras de alegría posibles. D. Juan y D. Antonio dijeron al duque, que había sido la más discreta y más sabrosa burla del mundo. El duque tomó al niño, que Sulpicia traía, y dándosele á Lorenzo, le dijo : Recibid, señor hermano, á vuestro sobrino y mi hijo, y ved si queréis darme licencia que me case con esta labradora, que es la primera á quien he dado palabra de casamiento. Sería nunca acabar contar lo que respondió Lorenzo, lo que preguntó D. Juan. lo que sintió D. Antonio, el regocijo del cura, la alegría de Sulpicia, el contento de la consejera, el júbilo del ama, la admiración de Fabio, y finalmente el general contento de todos. Luego el cura los desposó, siendo su padrino, D. Juan de Gamboa : y entre todos se dió traza que aquellos desposorios estuviesen secretos hasta ver en qué paraba la enfermedad, que tenía muy al cabo á la duquesa su madre y que en tanto la señora Cornelia se volviese á Bolonia con su hermano. Todo se hizo así : la duquesa murió, Cornelia entró en Ferrara alegrando al mundo con su vista, los lutos se volvieron en galas, las amas quedaron ricas, Sulpicia por mujer de Fabio, D. Antonio y D. Juan contentísimos de haber servido en algo al duque, el cual les ofreció dos primas suyas por mujeres con riquísima dote. Ellos dijeron que los caballeros de la nación vizcaína por la mayor parte se casaban en su patria ; y que no por menosprecio, pues no era posible, sinó por cumplir su loable costumbre y la voluntad de sus padres, que ya los debían de tener casados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento. El duque admitió su disculpa, y por modos honestos, y honrosos y buscando ocasiones lícitas, les envió muchos presentes á Bolonia, y algunos tan ricos y enviados á tan buena sazón y coyuntura, que aunque pudieran no admitirse por no parecer que recibían paga, el tiempo en que llegaban lo facilitaba todo : especialmente los que les envió al tiempo de su partida para España, y los que les dió cuando fueron á Ferrara á despedirse dél, y hallaron á Cornelia con otras dos criaturas hembras, y al duque más enamorado que nunca. La duquesa dió la cruz de diamantes á D. Juan, y el *agnus* á D. Antonio, que sin ser poderosos á hacer otra

cosa, las recibieron. Llegaron á España y á su tierra, adonde se casaron con ricas, principales y hermosas mujeres, y siempre tuvieron correspondencia con el duque y la duquesa, y con el señor Lorenzo Bentibolli con grandísimo gusto de todos.

## LOPE DE VEGA

Es adagio común entre las gentes, y aunque vulgar parezca, hemos de empezar con él estos apuntes, el explicar el desigual reparto de bienes y males en la tierra, diciendo : que, dormido el eterno dispensador de venturas y desgracias, sólo contesta á los que le ruegan, estas palabras : *más, más* : y de este modo, aquel que es venturoso, tiene más ventura, y aquel que es víctima de la desgracia, se ve cada día más agobiado por ella.

Esta explicación, ó más bien este desahogo popular, que es completa y vulgarmente fatalista, parece como que tuvo aplicación exacta, en su primera parte, respecto de Lope de Vega.

Si la felicidad de los hombres consiste en las riquezas, en los honores, en los goces de todos géneros, en la consideración personal, nadie, según veremos más adelante, pudo llamarse feliz con más razón que Lope de Vega; verdad es, que si estas venturas hubieran de ir siempre unidas y siendo recompensa del verdadero mérito, nadie las mereció más que él.

Estudiante, cortesano, soldado, sacerdote (que eran las etapas marcadas de los hombres de algún valer en aquella época de soldados y clérigos) por todas partes y en todos sus estados vivió Lope de Vega rodeado del respeto y de la consideración de sus semejantes.

Nació Frey Felix Lope de Vega Carpio en Madrid el 23 de Noviembre de 1562, y como si el germen del génio que en su mente latía y que más tarde con sus poderosos destellos había de deslumbrar á sus contemporáneos, é iluminar á las generaciones posteriores, quisiese mostrar su poder desde apenas nacido, no vió nadie hasta entonces, ni se ha visto despues un ejemplo de precocidad, tan extraordinario.

Cuentan sus biógrafos, que á la edad en que otros niños empiezan á articular palabras, Lope de Vega componía versos,

y á los cinco años leía y traducía correctamente romance y latin.

Su imaginación era tan ardiente, su amor á la poesía tan extraordinario, y el caudal de ideas que en su cerebro encerraba tan grande, que cuando aun por su corta edad no podía escribir, repartía sus juguetes y hasta su almuerzo entre sus compañeros de colegio á fin de que estos le escribieran las tiradas de versos que él dictaba, y que salían de sus labios infantiles como brota el agua de copioso manantial.

A la edad de 12 años, edad en que los jóvenes de aquella época aun no empezaban los estudios de filosofía, había él terminado las humanidades; y no contento con haber aprendido lo que por obligación tenía, habíase también dedicado á aprender algunas cosas, que, por lo menos á su edad, eran todavía de adorno, sabiendo con rara perfección, cantar, danzar, y sobre todo manejar la espada, en lo cual fué siempre consumado maestro.

Su afán de ver tierras y conocer gentes, según él decía, le hicieron, llevado de su exaltada fantasía, escaparse un día de la casa paterna, y dirigirse á Astorga, en unión de otros jóvenes de su edad (entonces tenía 14 años), siendo detenidos en Segovia en el momento de ir á vender unas joyas á un platero, el cual, conociendo que se trataba de una calaverada de niños, los remitió á Madrid.

Algunos años después, antes de cumplir 20, manifestó vocación de ser eclesiástico, pero hizole desistir de tal empeño la belleza de la Sra D.<sup>a</sup> Isabel de Urbina, con la cual se casó, si bien no gozó mucho tiempo de la paz del hogar, pues sin que se sepa la causa tuvo un desafío con un caballero de la corte al cual hirió gravemente, motivo por el cual, anduvo desterrado largo tiempo.

Después, ya fuese por seguir la costumbre de los tiempos, que exigía, que todo caballero sirviese en los ejércitos de mar ó tierra, ó acaso para reconciliarse con la corte á la cual no había vuelto desde su desafío, que fué muy comentado, se alistó como soldado en la armada que Felipe II en su orgullo, llamó invencible, enviada contra Inglaterra.

Deshecha por las tempestades esta poderosa escuadra, á pesar de ser enviada por los católicos contra los protestantes, y licenciadas por el momento las tropas, volvió Lope de Vega á la corte donde olvidados de una falta que entonces realmente no lo era, volvió á disfrutar por todo el resto de su vida, de la consideración, del aprecio y del respeto de todas las clases.

Habiendo muerto su esposa, durante el destierro de él, Lope

de Vega casó en segundas nupcias con D.<sup>a</sup> Juana de Guardia, dama virtuosa, que también falleció antes que el celebre dramaturgo, el cual, creyendo que era bastante para casado el haberloj sido dos veces, y no queriendo sin embargo renunciar del todo á los encantos del amor, sostuvo íntimas relaciones con D.<sup>a</sup> Juana de Lujan, de quien tuvo dos hijos.

Entonces, ya en el último tercio de su vida, hastiado acaso de los placeres de la vida cortesana, realizó el pensamiento que en los primeros años de su juventud había tenido, y se hizo sacerdote; teniendo la honra, de pocos alcanzada, de que el papa Urbano 8.<sup>o</sup> le remitiese, escrito de su puño y letra, el título de Doctor en teología.

Pocos años después, el 23 de Agosto de 1635, falleció en la calle de Cantarranas (hoy de Lope de Vega) en su casa propia, en la cual, y sobre la puerta de entrada había mandado poner una lápida que aun existe, con la inscripción siguiente :

D. O. M.

PARVA, PROPIA, MAGNA.

MAGNA, ALLIENA, PARVA.

La consideración y la popularidad que este hombre, á quién sus contemporáneos llamaron *el mónstruo de la naturaleza*, gozó durante de su vida, excede á toda ponderación. Halagábanle, los grandes, los príncipes, los reyes, hasta el mismo papá; dispensábanle toda clase de honores, tenían con él toda suerte de deferencias; y entre el pueblo fué tanta su celebridad, que á imitación de lo que acontecía al Dante, las mujeres se asomaban á las ventanas para verle cuando pasaba por la calle; y muy al contrario de lo que ocurrió al desdichado Cervantes, del cual no nos ha quedado ni un retrato, no había familia por pobre que fuese, que no tuviera en su casa el de Lope de Vega.

Sin embargo, este hombre tan grande, este colosal ingenio, este ser privilegiado y por tantos conceptos portentoso, era de un carácter suspicaz y nada franco; susceptible en extremo; y hasta llegó á tener celos de la gloria del infeliz autor del Quijote. Verdad es que ambos invadieron sus respectivos campos, y los dos salieron mal parados. Viviendo Cervantes, nadie podía lanzarse á escribir novelas; viviendo Lope, nadie podía ser osado á componer comedias. Quiso Cervantes escribirlas y apenas alcanzó la medianía; intentó Lope escribir novelas y no rebasó la nulidad.

Era su campo predilecto el teatro, del cual, nadie puede disputarle la gloria de ser el creador. Desde su primera co-



media, escrita cuando apenas contaba once años, hasta el fin de su vida, fué su fecundidad tan extraordinaria, que escribió 1800 comedias, 400 autos sacramentales, y una infinidad de loas y poesías sueltas, que llegaron á contar en junto 21 millones de versos.

Sin meditar el plan, sin proponérsele acaso, empezaba una obra, y al correr vertiginoso de su pluma inventaba enredos y situaciones cómicas y dramáticas, pasando las cuartillas conforme iba escribiendo, de su mano al que había de ensayarlas y representarlas, haciendo una verdad, aquello que dice en su Arte de hacer comedias, que :

« Más de ciento, en horas veinticuatro,  
Pasaron de las musas, al teatro. »

Por este motivo, no es extraño que la mayor parte de ellas se resientan de incorrecciones, de falta de unidad y verosimilitud en la acción, y hasta de verdad en los caracteres ; pero ; que podían significar estas débiles vallas, para aquel genio vigoroso, que no reconocía límites á su fantasía, y que allí enviaba argumentos, personajes, imágenes y versos, donde su imaginación quería!

En cambio ! qué agudeza de ingenio, qué situaciones tan interesantes y qué pensamientos tan hermosos en todas sus obras !

Sería tarea inacabable, el indicar siquiera un corto número de las más principales ; y hemos de limitarnos solamente á señalar algunas de las bellezas que encierra, « la Gatomaquia, » poema festivo, que con el pseudónimo de Tomé de Burguillos, escribió poco tiempo después de su vuelta á la corte, terminada la expedición desastrosa de la armada invencible ; obra, que creemos será del agrado del público, por lo cual la incluimos en el presente tomo.

Adviértese en ella desde luego, que es una fina sátira contra la invasión de los poemas amorosos, y aun más que contra esto, contra el culteranismo, ó gongorismo, que infectaba entonces el idioma patrio, con tal fuerza que ni el mismo Lope se libra más adelante de la influencia de este mal.

Solamente así se comprende, que él, que con tanta claridad expresaba sus pensamientos, escribiese, para ridiculizar las forzadas trasposiciones que los poetas de entonces daban á sus versos, que Marramarquiz, venía :

« Con un penacho rojo, verde y bayo,  
De un muerto, por sus uñas, parapayó. »

Y más adelante haciéndolo notar él mismo, aquello de,

« En una de fregar cayó, caldera,  
(Trasposición se llama esta figura). »

Así, para describir el amor, dice :

Aquel de cielo y tierra, mostro alado,  
Que vestido de lenguas y de ojos,  
Ya decrepito viejo con antojos,  
Ya lince penetrante,  
Por los tres elementos se pasea  
Sin que nadie le vea, etc.

Y para hacer notar que amanece, escribe :

Estaba el sol apenas matizando  
Las plumas de las alas de los vientos,  
Dando a los dos primeros elementos  
Esmeraldas al uno, al otro plata...

En cambio, cuando quiere hacer una figura valiente, sin ampulosidad, trasposiciones ni retruécanos, dice sencillamente :

« Que al sol salía, Zapaquilda hermosa,  
Cual suele amanecer purpúrea rosa  
Entre los hojas de la verde cama,  
Rubí tan vivo que parece llama. »

!Con que graciosa y ligera burla, habla de la inconstancia, cuando dice ! :

; Oh cuanto puede un gato forastero,  
Y más siendo galán, y bien hablado ;  
De pelo rizo, y garbo ensortijado !  
Siempre las novedades son gustosas ;  
No hay que fiar de gatas melindrosas.

Y poco más adelante, como para contraste de esta ligera burla, dice hablando de los celos :

No suele desmayarse al sol ardiente  
La flor del mismo nombre, y la arrogante  
Cerviz bajar humilde, que la gente  
Por la loca altitud, llamó gigante,  
Ni queda el tierno infante,  
Más rendido después de haber llorado,  
De su madre, en el pecho regalado,  
Que el amante quedó sin alma. ; Oh celos!  
Qué dulce cosa amor ! Que amarga celos !

Quéjase también, para que á todos alcance un poco de su sátira, de que ya entonces el público, prefería los entremeses y jácaras divertidas, á las comedias serias, y de mérito. Ataca la inconstancia de los grandes, y la variabilidad de la fortuna; y describe la muerte de original manera, diciendo :

. . . . Que es yerro pintarle calavera,  
Por que aquella es el muerto, y no la muerte.  
La muerte, ha de pintarse una figura  
Robusta, de cruel semblante airado,  
Los fuertes pies, en una piedra dura,  
Si no sepulcro en pórvido labrado,  
Con reyes y monarcas,  
Hasta el que calza rústicas abarcas ; etc.

Llena está de bellezas esta pequeña obra; pero donde se descubre inmediatamente la soberbia fantasía de Lope de Vega, y su fuerza descriptiva, es cuando refiere las hazañas de Marramarquiz, ó euando describe la suntuosidad y esplendor de las bodas de Micifuz.

Sólo su genio puede hacer de un asunto tan insignificante y baladí, objeto de atención tan profunda, y conseguir, como lo consigue, que el lector se interese en las desgracias de un gato y llegue á sentir el instante de la muerte del pobre Marramarquiz.

Pero es Lope de Vega el que lo hace, y basta sólo un rayo, para conocer que el sol, es sol.

# LA GATOMAQUIA

DEL LICENCIADO TOMÉ DE BURGUILLOS.

DE DOÑA TERESA VERICUNDIA AL LICENCIADO TOMÉ DE BURGUILLOS, SOBRE LA GATOMAQUIA.

## Soneto.

Con dulce voz y pluma diligente  
Y no vestida de confusos caos  
Cantáis, Tomé, las bodas, los saraos  
De Zapaquilda y Micifuf valiente.

Si á Homero coronó la ilustre frente  
Cantar las armas de las griegas naos,  
A vos de los insignes marramaos,  
Guerras de amor por súbito accidente.

Bien mereceis un gato de doblones,  
Aunque ni Lope celebréis ó el Taso,  
Ricardos ó Gofredos de Bullones;

Pues que por vos, segundo Gatilaso,  
Quedarán para siempre de ratones  
Libres las bibliotecas del Parnaso.

A DON LOPE FÉLIX DEL CARPIO, SOLDADO DE  
LA ARMADA DE SU MAJESTAD.

## SILVA PRIMERA.

Yo, aquel que en los pasados  
Tiempos canté las selvas y los prados,

Estos vestidos de árboles mayores,  
Y aquellas de ganados y de flores;  
Las armas y las leyes,  
Que conservan los reinos y los reyes:  
Agora en instrumento menos grave  
Canto de amor suave  
Las iras y desdenes,  
Los males y los bienes,  
No del todo olvidado  
El fiero Taratántara templado  
Con el silbo del pífano sonoro.  
Vosotras, musas del castalio coro  
Dadme favor en tanto  
Que con el genio que me disteis, canto  
La guerra, los amores y accidentes  
De dos gatos valientes;  
Que, como otros están dados á perros  
Ó por ajenos ó por propios yerros,  
También hay hombres que se dan á gatos  
Por olvidos de príncipes ingratos,  
O porque le persigue la fortuna  
Desde el columpio de la tierna cuna.  
Tú, don Lope, si acaso  
Te deja divertir por el Parnaso  
El holandés pirata,  
Gato de nuestra plata,  
Que infesta las marinas,  
Por donde con la armada peregrinas,  
Suspende un rato aquel valiente acero  
Con que al asalto llegas el primero,  
Y escucha mi famosa *Gatomaquia* :  
Así desde las Indias á Valaquia  
Corre tu nombre y fama,  
Que ya por nuestra patria se derrama  
Desde que viste la morisca puerta  
De Túnez y Biserta,  
Armado y niño en forma de Cupido,  
Con el marqués famoso  
De mejor apellido,  
Como su padre, por la mar dichoso.

No siempre has de atender á Marte airado,  
Desde tu tierna edad ejercitado,  
Vestido de diamante,  
Coronado de plumas arrogante;  
Que alguna vez el ocio  
Es de las armas cordial socrocio,  
Y Venus en la paz, como Santelmo,  
Con manos de marfil le quita el yelmo.

Estaba sobre un alto caballete  
De un tejado, sentada  
La bella Zapaquilda al fresco viento,  
Lamiéndose la cola y el copete,  
Tan fruncida y mirfada  
Como si fuera gata de convento.  
Su mismo pensamiento  
De espejo le servía,  
Puesto que un roto casco le traía  
Cierta urraca burlona,  
Que no dejaba toca ni valona  
Que no escondía por aquel tejado,  
Confin del corredor de un licenciado.  
Ya que lavada estuvo,  
Y con las manos que lamidas tuvo,  
De su ropa de martas aliñada,  
Cantó un soneto en voz medio formada  
En la arteria bocal, con tanta gracia  
Como pudiera el músico de Tracia,  
De suerte que cualquiera que la oyera,  
Que era solfa gatuna conociera  
Con algunos cromáticos disones,  
Que se daban al diablo los ratones.  
Asomábase ya la primavera  
Por un balcón de rosas y alelies,  
Y Flora con dorados borceguies  
Alegraba risueña la ribera;  
Tiestos de Talavera  
Prevenía el verano,  
Cuando Marramarquiz, gato romano,  
Aviso tuvo cierto de Maulero,  
Un gato de la Mancha, su escudero,

Que al sol salía Zapaquilda hermosa,  
Cual suele amanecer purpúrea rosa  
Entre las hojas de la verde cama,  
Rubí tan vivo, que parece llama;  
Y que con una dulce cantilena  
En el arte mayor de Juan de Mena,  
Enamoraba el viento.  
Marramaquiz, atento  
A las nuevas del paje,  
Que la fama enamora desde lejos,  
Que fuera de las naguas de pellejos  
Del campanudo traje,  
Introducción de sastres y roperos,  
Doctos maestros de sacar dineros,  
Alababa su gracia y hermosura  
Con tanta melindrífera medida;  
Pidió caballo, y luego fué traída  
Una mona vestida  
Al uso de su tierra,  
Cautiva en una guerra  
Que tuvieron las monas y los gatos.  
Púsose borceguíes y zapatos  
De dos dediles de segar abiertos,  
Que con pena calzó, por estar tuertos;  
Una cuchar de plata por espada,  
La capa colorada  
A la francesa, de una calza vieja,  
Tan igual, tan lucida y tan pareja,  
Que no será lisonja  
Decir que Adonis en limpieza y gala,  
Aunque perdone Venus no le iguala;  
Por gorra de Milán, media toronja,  
Con un penacho rojo, verde y bayo,  
De un muerto, por sus uñas, papagayo,  
Que diciendo : « Quien pasa » cierto día,  
Pensó que el Rey venía,  
Y era Maramaquiz, que andaba á caza,  
Y halló para romper la jaula traza.  
Por cuera dos mitades, que de un guante  
Le ataron por detrás y por delante,

Y un puño de una niña por valona.  
Era el gatazo de gentil persona,  
Y no menos galán que enamorado,  
Bigote blanco y rostro despejado,  
Ojos alegres, niñas mesuradas  
De color de esmeraldas diamantadas,  
Y á caballo en la mona parecía  
El paladín Orlando, que venia  
A visitar á Angélica la bella.  
La recalada ninfa, la doncella,  
En viendo el gato, se mirló de forma,  
Que en una grave dama se transforma,  
Lamiéndose á manera de manteca,  
La superficie de los labios seca,  
Y con temor de alguna carambola,  
Tapó las indecencias con la cola;  
Y bajando los ojos hasta el suelo,  
Su mirlo propio le sirvió de velo;  
Que ha de ser la doncella virtuosa  
Más recatada mientras más hermosa.  
Marramaquiz entonces con ligeras  
Plantas batiendo el tetúan caballo,  
Que no era pie de hierro ó pie de gallo,  
Le dió cuatro carreras,  
Con otras gentilezas y escarceos,  
Alta demostración de sus deseos;  
Y la gorra en la mano,  
Acercóse galán y cortesano  
Donde le dijo amores.  
Ella, con los colores  
Que imprime la vergüenza,  
Le dió de sus guedejas una trenza;  
Y al tiempo que los dos marramizaban,  
Y con tiernos singultos relamidos  
Alternaban sentidos,  
Desde unas claraboyas, que adornaban  
La azotea de un clérigo vecino,  
Un bodocazo vino,  
Disparado de súbita ballesta,  
Más que la vista de los ojos presta,



Que dándole á la mona en la almohada,  
Por de dentro morada,  
Por defuera pelosa,  
Dejó caer la carga, y presurosa  
Corrió por los tejados,  
Sin poder los lacayos y criados  
Detener el furor con que corría.  
No de otra suerte que en sereno día  
Balas de nieve escupe, y de los senos  
De las nubes relámpagos y truenos  
Súbita tempestad en monte ó prado,  
Obligando que el tímido ganado  
Atónito se esparza,  
Ya dejando en la zarza,  
De sus pungentes laberintos vana,  
La blanca ó negra lana,  
Que alguna vez la lana ha de ser negra;  
Y hasta que el sol en arco verde alegra  
Los campos, que reduce á sus colores,  
No vuelven á los prados ni á las flores;  
Así los gatos iban alterados  
Por corredores, puertas y terrados  
Con trágicos maúllos,  
Y la mona, la mano en la almohada,  
La parte occidental descalabrada,  
Y los húmidos polos circunstantes  
Bañados de medio ámbar, como guantes.  
En tanto que pasaban estas cosas,  
Y el gato en sus amores discurría  
Con ansias amorosas  
(Porque no hay alma tan helada y fría,  
Que amor no agarre, prenda y engarrafe),  
Y el más alto tejado enternecía,  
Aunque fuesen las tejas de Jetafe,  
Y ella con ñifi ñafe  
Se defendía con semblante airado,  
Aquel de cielo y tierra monstruo alado,  
Que vestido de lenguas y de ojos,  
Ya decrépito viejo con antojos,  
Ya lince penetrante,

Por los tres elementós se pasea,  
Sin que nadie le vea,  
Con la forma elegante  
De Zapaquilda discurrió ligero  
Uno y otro hemisfero,  
Aunque con las verdades lisonjera,  
Y en cuanto baña en la terrestre esfera,  
Sin excepción de promontorio alguno,  
El cerúle o Neptuno,  
Plasmante universal de toda fuente,  
Desde Bootes á la austral corona  
Y de la zona frígida á la ardiente.  
Estó dijo la fama, que pregona  
El bien y el mal, y en viendo su retrato,  
Se erizó todo gato,  
Y dispuso venir, con esperanza  
Del galardón que un firme amor alcanza.  
Los que vinieron por la tierra en postas  
Trujeron, por llegar á la ligera,  
Sólo plumas y banda, calza y cuera;  
Los que habitaban de la mar las costas  
(Tanto pueden de amor dulces empresas)  
Vinieron en artesas,  
Mas no por eso menos  
Hasta la cola de riquezas llenos;  
Y otros, por bizarría,  
Para mostrar después la gallardía,  
En cofres y baules,  
Sulcando las azules  
Montañas de Anfitrite,  
Y alguno que á disfraces se remite,  
Por no ser conocido,  
En una caja de orinal metido.  
Con esto en muchos siglos no fué vista,  
Cómo en esta conquista,  
Tanta de gatos multitud famosa  
Por Zapaquilda hermosa.  
Apenas hubo teja ó chimenea  
Sin gato enamorado,  
De bodoque tal vez precipitado,

Como Calisto fué por Melibea,  
Ni ratón parecía,  
Ni el balbuciente hocico permitía  
Que del nido saliese,  
Ni queso ni papel se agujeraba,  
Por costumbre ó por hambre que tuviese :  
Ni poeta por todo el universo  
Se lamentó que le royese verso ;  
Ni gorrion saltaba,  
Ni verde lagartija  
Salía de la cóncava rendija.  
Por otra parte el daño compensaba  
Que de tanto gatazo resultaba,  
Pues no estaba segura  
En sábado morcilla ni asadura,  
Ni panza ni cuajar, ni aun en lo sumo  
De la alta chimenea  
La longaniza al humo,  
Por imposible que alcanzarla sea,  
Exento á la porfía en la esperanza,  
Que tanto cuanto mira, tanto alcanza.  
Entre esta generosa ilustre gente  
Vino un gato valiente,  
De hocico agudo y de narices romo,  
Blanco de pecho y pies, negro de lomo,  
Que Micifuf tenia  
Por nombre, en gala, cola y gallardía,  
Célebre en toda parte  
Por un zapinarciso y gatimarte.  
Este, luego que vió la bella gata  
Más reluciente que fregada plata,  
Tan perdido quedó, que noche y día  
Paseaba el tejado en que vivía,  
Con pajes y lacayos de librea ;  
Que nunca sirve mal quien bien desea.  
Y sucedióle bien, pues luego quiso  
; Oh gata ingrata ! á Micifuf Narciso,  
Dando á Marramaquiz celos y enojos.  
No sé por cuál razón puso los ojos  
En Micifuf, quitándole al primero

Con súbita mudanza,  
El antiguo favor y la esperanza.  
¡ Oh cuánto puede un gato forastero,  
Y más siendo galán y bien hablado,  
De pelo rizo y garbo ensortijado!  
Siempre las novedades son gustosas;  
No hay que fiar de gatas melindrosas.  
¿ Quién pensara que fuera tan mudable  
Zapaquilda cruel y inexorable,  
Y que al galán Marramaquiz dejara  
Por un gato que vió de buena cara,  
Después de haberle dado  
Un pie de puerco hurtado,  
Pedazos de tocino y de salchichas?  
¡ Oh cuán poco en las dichas  
Está firme el amor y la fortuna!  
¿ En qué mujer habrá firmeza alguna?  
¿ Quién tendrá confianza,  
Si quien dijo mujer dijo mudanza?  
Marramaquiz con ansias y desvelos  
Vino á enfermar de celos,  
Porque ninguna cosa le alegraba.  
Finalmente, Merlín, que le curaba,  
Gato de cuyas canas, nombre y ciencia  
Era notoria á todos la experiencia,  
Mandó que se sangrase,  
Y como no bastase,  
Vino á verle su dama,  
Aunque tenía en un desván la cama,  
Adonde la carroza no podía  
Subir por alta y por la estrecha vía;  
Pero, en fin, apeada  
Entró, de su escudero acompañada.  
Mirándose los dos severamente,  
Después de sosegado el accidente,  
El con maúllo habló y ella con mirlo,  
Que fuera harto mejor pegarla un chirlo.  
Pero, por alegralle la sangría,  
Le trujo su criada Bufalía  
Una pata de ganso y dos ostiones.

Él se quejó con tímidas razones  
 En su lenguaje mizo,  
 A que ella con vergüenza satisfizo;  
 Quejas, que traducidas dél y della,  
 Así decían : « Zapaquilda bella,  
 ¿Por qué me dejas tan injustamente?  
 ¿Es Micifuf más sabio, es más valiente?  
 ¿Tiene más ligereza, mejor cola?  
 ¿No sabes que te quise elegir sola  
 Entre cuantas se precian de mirladas,  
 De bien vestidas y de bien tocadas?  
 ¿Esto merece que un invierno helado,  
 De tejado en tejado  
 Me hallaba el alba al madrugar el día,  
 Con espada, broquel y bizarría,  
 Más cubierto de escarcha  
 Que soldado español que en Flandes marcha  
 Con arcabuz y frascos?  
 Si no te ha dado telas y damascos,  
 Es porque tú no quieres vestir galas  
 Sobre las naturales martingalas.  
 Por no ofender, ingrata, á tu belleza,  
 Las naguas que te dió naturaleza.  
 Pero en lo que es regalos, ¿quién ha sido  
 Más cuidadoso, como tú lo sabes,  
 En cuanto en las cocinas atrevido  
 Pude garrafiñar de peces y aves?  
 ¿Qué pastel no te truje, qué salchicha?  
 ¡Oh terrible desdicha!  
 Pues no soy yo tan feo;  
 Que ayer me ví, mas no como me veo,  
 En un caldero de agua que de un pozo  
 Sacó para regar mi casa un mozo,  
 Y dije : ¿Esto desprecia Zapaquilda?  
 ¡Oh celos! ¡oh piedad! ¡oh amor! reñilda. »  
 No suele desmayarse al sol ardiente  
 La flor del mismo nombre, y la arrogante  
 Cerviz bajar humilde, que la gente  
 Por la loca altitud llamó gigante;  
 Ni queda el tierno infante

Más cansado después de haber llorado  
De su madre en el pecho regalado,  
Que el amante quedó sin alma. ¡Oh cielos,  
Qué dulce cosa amor, qué amarga celos!  
Ella, como le vió que ya exhalaba  
Blandamente el espíritu en suspiros,  
Y que piramizaba  
Entre dulces de amor fingidos tiros,  
Porque no se le rompa vena ó fibra,  
El mosqueador de las ausencias vibra,  
Pasándole dos veces por su cara.  
Volvióle en sí, que aquel favor bastara  
Para libralle de la muerte dura,  
Y luego con melifera blandura  
Le dijo en lengua culta :  
« Si tu amor dificulta  
El que me debes, en tu agravio piensas  
Tan injustas ofensas;  
Que aunque es verdad que Micifuf me quiere,  
Y dice á todos que por mí se muere,  
Yo te guardo la fé como tu esposa. »  
Cesó con esto Zapaquilda hermosa,  
Sellando honesta las dos rosas bellas;  
Que siempre hablaron poco las doncellas,  
Que como las viudas y casadas,  
Nó están en el amor ejercitadas.  
Bajaba ya la noche,  
Y las ruedas del coche,  
Tachonadas de estrellas,  
Brilladores diamantes y centellas,  
Detrás de las montañas resonaban.  
Los pájaros callaban,  
Dejando el campo yermo,  
Cuando los pajes del galán enfermo  
En el alto desván hachas metían,  
Que alumbrar la carroza prevenían.  
Entonces los amantes  
(Que son los cumplimientos importantes),  
Ella por irse y él quedarse á solas,  
Se hicieron reverencia con las colas.

## SILVA II.

Convaleciente ya de las heridas  
De los crüeles celos  
De Micifuf, Marramaquiz valiente  
(Aquellos que han costado tantas vidas  
Y que en los mismos cielos  
A Júpiter, señor del rayo ardiente,  
Con disfraz indecente  
Fugitivo de Juno,  
Su rigor importuno  
Tantas veces mostraron,  
Que en fuego, en cisne, en buey le transformaron  
Por Europa, por Leda y por Egina),  
Con pálida color y banda verde,  
Para que la sangría se le acuerde,  
Que amor enfermo á condóler se inclina,  
Paseaba el tejado y la buharda  
De aquella ingrata cuanto hermosa fiera.  
Quien ama fieras ¿qué firmeza espera?  
¿Qué fin, qué premio aguarda?  
Zapaquilda gallarda  
Estaba en su balcón, que no atendía  
Más de á saber si Micifuf venía,  
Cuando Garraf, su paje,  
Si bien de su linaje,  
Llegó con un papel y una bandeja.  
Ella la cola y el confin despeja  
Y la bandeja toma,  
Sobre negro color labrada de oro  
Por el indio oriental, y con decoro  
Mira si hay algo que primero coma,  
Ofensa del cristal de la belleza;  
Propia naturateza  
De gatas, ser golosas,  
Aunque al tomar se finjan melindrosas;  
Y antes de oír al paje,  
Ve las alhajas que el galán envía,  
Qué joya, qué invención, qué nuevo traje.  
En fin, vió que traía

Un pedazo de queso  
De razonable peso,  
Y un relleno de huevos y tocino  
Atis en fruta que produce el pino  
Entre menuda rama  
En la falda del alto Guadarrama,  
Por donde van al bosque de Segovia ;  
Y luego, en fe de que ha de ser su novia,  
Dos cintas que le sirvan de arracadas,  
Gala que sólo á gatas regaladas,  
Cuando pequeñas, las mujeres ponen,  
Que de rosas de nácar las componen.  
Tomó luego el papel, y con sereno  
Rostro, apartando el queso y el relleno,  
Vió que el papel decía :  
« Dulce señora, dulce prenda mía,  
Sabrosa, aunque perdone Garcilaso  
Si el consonante mismo sale al paso,  
Más que la fruta del cercado ajeno ;  
Ese queso, mi bien, ese relleno,  
Y esas cintas de nácar os envío,  
Señas de la verdad del amor mío. »  
Aquí llegaba Zapaquilda, cuando  
Marramaquiz celoso, que mirando  
Estaba desde un alto caballete  
Tan gran traición, colérico arremete,  
Y echa veloz, de ardiente furia lleno,  
Una mano al papel y otra al relleno.  
Garraf se pasma y queda sin sentido,  
Como el que oyó del arcabuz el trueno  
Estando divertido,  
A quien el ofendido  
Tiró una manotada con las fieras  
Uñas, de suerte que formando esferas  
Por la región del aire vagaroso,  
Le arrojó tan furioso,  
Que en el claro cristal de sus espejos  
Pudo cazar vencejos,  
Menos apasionado y más ocioso.  
No de otra suerte el jugador ligero



Le vuelve la pelota al que la saca,  
Herida de la pala resonante;  
Quéjase el aire, que del golpe fiero  
Tiembra, hasta tanto que el furor se aplaca,  
Y chaza el que interviene el pié delante;  
El gatazo arrogante,  
Sin soltar el relleno, despedaza  
El papel, que en los dientes  
Con la espuma celosa vuelve estraza,  
Y á Zapaquilda atónita amenaza.  
Como se suele ver en las corrientes  
De los undosos ríos quien se ahoga,  
Que asiéndose de rama, yerba ó sogá,  
La tiene firme, de sentido ajeno;  
Así Marramaquiz tiene el relleno,  
Que ahógándose en congojas y desvelos,  
No soltaba la causa de los celos.  
; Oh cuánto amor un alma desespera,  
Pues cuando ya se ve sin esperanza  
En un relleno tomará venganza!  
Mas ; quién imaginara que pudiera  
Dar celos el amor en ocasiones  
Con rellenos de huevos y piñones?  
Mas ; ay de quien le había  
Hecho para la cena de aquel día!  
Huyóse al fin la gata, y con el miedo  
Tocó las tejas con el pie tan quedo,  
Que la amazona bella parecía  
Que por los trigos pálidos corría,  
Sin doblar las espigas de las cañas ;  
Que de tierras extrañas  
Tales gazapas las historias cuentan.  
Los miedos que á la gata desalientan,  
La hicieron prometer, si la libraba,  
Al niño Amor un arco y una aljaba,  
De aquel celoso Rodamonte fiero  
Hasta pasar las furias del Enero ;  
El cual juró olvidarla, y en su vida,  
Desnuda ni vestida,  
Volver á verla, ni tener memoria

De la pasada historia,  
Y buscar algún sabio  
Para satisfacción de tanto agravio.  
Pero fueron en vano sus desvelos,  
Que amor no cumple lo que juran celos;  
Y tanto puede una mujer que llora,  
Que vienen á reñirla y enamora,  
Creyendo el que ama, en sus celosas iras,  
Por una lagrimilla mil mentiras;  
Y como Ovidio escribe en su *Epistolio*,  
Que no me acuerdo el folio,  
Estas heridas del amor protervas  
No se curan con yerbas;  
Que no hay para olvidar á amor remedio  
Como otro nuevo amor ó tierra en medio.  
Garraf, en tanto que esto se trataba,  
Estropeado á Micifuf llegaba,  
Mayando tristemente  
En acento hipocóndrico y doliente,  
Como suelen andar los galloferos  
Para sacar dineros.  
Manqueando de un brazo,  
Golgado de un retazo,  
Y débiles las piernas,  
Una cerrando de las dós linternas,  
Por mirar á lo bizco.  
Luego en el corazón le dió un pellizco  
La mala nueva, que adelanta el daño,  
Haciendo al aposento el desengaño,  
Y díjole: « ¿Qué tienes,  
Garraf amigo, que tan triste vienes? »  
Entonces él, moviendo tremolante  
Blanda cola detrás, lengua delante,  
Le refirió el suceso,  
Y que Marramaquiz papel y queso  
Y relleno también le había tomado,  
Como celoso airado,  
Como agraviado necio,  
Con infame desprecio,  
Con descortés porfía,

Y que de tan extraña gatería  
Zapaquilda admirada,  
Huyó por el desván, la saya alzada;  
Que en lo que las mujeres son las naguas  
De raso, tela ó chamelote de aguas,  
Es en las gatas la flexible cola,  
Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola.  
Contóle que de aquella manotada,  
Con su cuerpo afligido,  
De miedo helado y de licor teñido,  
Descalabró los aires,  
Y con otros agravios y desaires,  
Que prometió vengarse por la espada  
De haberle enamorado á Zapaquilda  
Y hablarla en el tejado de Casilda,  
Una tendera que en la esquina estaba;  
Y dijo que pensaba,  
En desprecio y afrenta de sus dones,  
Hacer de los listones  
Cintas á sus zapatos.  
¡Oh celos! si entre gatos,  
De burlas y de veras,  
Formáis tales quimeras,  
¿Qué haréis entre los hombres  
De hidalgo proceder y honrados nombres?  
No estuvo más airado  
Agamenón en Troya,  
Al tiempo que metiendo la tramoya  
Del gran Paladión, de armas preñado,  
Echaron fuego á la ciudad de Eneas,  
De ardientes hachas y encendidas teas,  
Causa fatal del miserable estrago  
De Dido y de Cartago,  
Por quien dijo Virgilio,  
Destituída de mortal auxilio,  
Que llorando decía:  
« ¡ Ay dulces prendas cuando Dios quería! »  
Ni Barbaroja en Túnez,  
Ni el fuerte Pirro ni Simón Antúnez,  
Este bravo español y griego el otro;

Que Micifuf, como si fuera potro,  
Relinchando de cólera, en oyendo  
El fiero y estupendo  
Furor de su enemigo;  
Mas prometiendo darle igual castigo,  
Se fué á trazar el modo  
De vengarse de todo;  
Que á un pecho noble, á un inclito sujeto,  
Mayor obligación, más celo alcanza  
De poner en efeto  
Desempeñar su honor con la venganza.  
Marramaquiz en tanto  
Desesperado por las selvas iba  
Para buscar el sabio Garfiñanto,  
Al tiempo que el aurora, fugitiva  
De su cansado esposo,  
Arrojaba la luz á los mortales,  
Y el sol infante en líquidos pañales  
De celajes azules  
Mandaba recoger en sus baules,  
Para poder abrir los de oro y rosa,  
El manto de la noche temerosa,  
Aunque era todo el manto de diamantes,  
En el zafiro nítido brillantes,  
Ojos del sueño el hurto y el espanto.  
Este gatazo y sabio Garfiñanto,  
Cano de barba y de mostachos yerto,  
De un ojo resmellado y de otro tuerto,  
Bien que de ilustre cola venerable,  
Y que sabía con rigor notable  
Natural y moral filosofía,  
Por los montes vivía  
En una cueva oculta,  
Cuya entrada á las fieras dificulta,  
Como el de Polifemo, un alto risco.  
No se le daba un prisco  
De riquezas del mundo, que estimaba  
Sólo el sol que Alejandro le quitaba,  
A aquel que, de los hombres puesto en fuga,  
Metido en un tonel, era tortuga.

¡ Bien haya quien desprecia  
Esta fábula necia  
De honores, pretensiones y lugares,  
Por estudios ó acciones militares!  
Sabía Garfiñanto astrología,  
Mas no pronosticaba;  
Que decía que el cielo gobernaba  
Una sola virtud que le movía,  
A cuya voluntad está sujeto  
Cuanto crió, que todo fué perfeto;  
No sacaba almanaques,  
Ni decía que en Troya y los Alfaques  
Verían abundancia  
De pepinos y brevas,  
Muchas lentejas en París y en Tebas,  
Y que cierta cabeza de importancia,  
Sin decirnos adónde, faltaría;  
Que por mujeres Venus prometía  
Pendientes y disgustos,  
Como si por sus celos ó sus gustos,  
Fuese en el mundo nuevo.  
Pero, volviendo á nuestro sabio Febo,  
Después de consultado,  
Dijo á Marramaquiz que su cuidado  
En vano á Zapaquilla pretendía,  
Y que sólo sería  
Remedio que pusiese en otra parte,  
Vengándose con arte,  
Los ojos, divirtiendo el pensamiento:  
Que amar era cruel desabrimiento,  
Más que traer un áspid en las palmas,  
En no reciprocándose las almas;  
Que amor se corresponde con anteros,  
Y más si lo negocian los dineros.  
Destituído el gato  
Ya de mortal socorro,  
Se fué calando el morro,  
Y dióle una salchicha,  
Por no mostrarse á Garfiñanto ingrato;  
Que no pagar la ciencia

Es cargo de conciencia,  
Mas dicen que de sabios es desdicha.  
Pensando en quién pusiese, finalmente,  
De toda la gatesca bizzarria  
La dulce enamorada fantasía,  
Para verse de amor convaleciente,  
Se le acordó que enfrente  
De su casa vivía un boticario,  
De cuyo cocinante vestuario,  
Una gata salía,  
Que la bella Micilda se decía,  
Y sentada tal vez en su tejado  
Miraba como dama en el estrado  
Los nidos de los sabios gorriones,  
Dejando pulular los embriones,  
Y en viendo abiertos los maternos huevos,  
Comerse algunos de los ya mancebos.  
Admitiendo este nuevo pensamiento,  
Más que su voluntad, su entendimiento,  
Que amor en las venganzas se resfría,  
Emprende mucho y ejecuta poco,  
Por entonces templó la fantasía ;  
Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.  
Estaba el sol ardiente  
Una siesta de Mayo calurosa,  
Aunque amorosamente  
Plegando el nácar de la fresca rosa,  
Que producen los niños abrazados  
Huevos del cisne y huevos estrellados,  
Pues que los hizo estrellas,  
Cuando Micilda con las manos bellas  
La cara se lavaba y componía  
No lejos del tejado en que vivía.  
Marramaquiz, que ya con más cuidado  
La miraba y servía,  
En fé del Garfiñanto consultado,  
Cuando al mismo tejado  
Zapaquilda llegó por accidente.  
El gato, viendo la ocasión presente,  
Para que su deseo

La diese celos con el nuevo empleo,  
Llegándose más tierno y relamido,  
A Micilda, que ya, de vergonzosa,  
Estaba más hermosa,  
Y equívoco fingiendo  
Falso desprecio, descuidado olvido,  
En su venganza misma padeciendo  
Amorosos deseos  
(Tales son del amor los devaneos),  
Requebrando á Micilda, á quien pensaba  
Ofrecer los despojos  
De aquella guerra, paz de sus enojos,  
Y á Zapaquilda á lo traidor miraba  
En las intercadencias de los ojos,  
Tan extraño sentido,  
Que es menos entendido  
Mientras que más parece que se entiende,  
Pues siempre con engaños se defiende,  
Que si las luces de los ojos miras,  
Basta ser niñas para ser mentiras.  
Micilda, á quien tocaba en lo más vivo  
El amor primitivo,  
Porque, como doncella, fácilmente  
A lo que entonces siente  
La tierna edad, se rinden y avasallan,  
Hablando con los ojos cuando callan.  
De buena gana dió fácil oído  
A los requiebros del galán fingido,  
Con que ya andaban de los dos las colas  
Más turbulentas que del mar las olas.  
Zapaquilda sentada,  
De aquella libertad (que es propio efeto  
De la que fué querida  
Sentir desprecio donde vió respeto,  
Murmurando entre dientes,  
Amenazaba casos indecentes  
Entre personas tales,  
En calidad y en nacimiento iguales.  
Como se ve gruñir perro de casa,  
Mirando al que se entró de fuera enfrente,

Estando en medio de los dos el hueso,  
Que ninguno por él, de miedo, pasa,  
Parando finalmente  
Las iras del canículo suceso  
En que ninguno de los dos le come,  
Obligando á que tome  
Un palo algún criado,  
Que los desparte airado  
Y deja divididos,  
Quedando el hueso en paz y ellos mordidos:  
Así feroz gruñía  
Zapaquilda envidiosa,  
Afectos de celosa,  
Aunque al gallardo Micifuf quería ;  
Que hay mujeres de modo,  
Que, aunque no han de querer, lo quieren todo  
Porque otras no lo quieran ;  
Y luego que rindieron lo que esperan,  
Vuelven á estar más tibias y olvidadas.  
Finalmente, las gatas encontradas,  
Siendo Marramaquiz el hueso en medio  
(Tal suele ser de celos el remedio),  
A pocos lances, de mirarse airadas,  
Vinieron á las manos, dando al viento  
Los cabellos y faldas ;  
Y en tanto arañamiento,  
Turbadas de color las esmeraldas,  
Maullando en tiple y el gatazo en bajo,  
Cayeron juntas del tejado abajo,  
Con ligereza tanta,  
Aunque decirlo espanta,  
Por ser, como era, el salto  
Cinco suelos en alto,  
Hasta el alero del tejado fines,  
Que no perdió ninguna los chapines ;  
Quedando el negro amante,  
Después de tan extraños desconsuelos,  
Muerto de risa en acto semejante :  
Tan dulce es la venganza de los celos.



## SILVA III

Distaba de los polos igualmente  
La máscara del sol, y Cinosura,  
Primera cuadrilátera figura,  
Con la estrella luciente,  
Que mira el navegante,  
Bordaba la celeste arquitectura,  
Velaba todo amante  
Por el silencio de la noche oscura,  
Y en el indiano clima el sol ardía,  
En dos mitades dividido el día,  
Cuando gallardo Micifuf valiente  
Paseaba el tejado de su dama,  
Que sangrada en la cama  
La tuvo el accidente  
Dos días, que faltó sol al tejado  
Y estuvo la cocina sin cuidado,  
No por la altura de los siete suelos,  
Mas por el sobresalto de los celos.  
Iba galán y bravo,  
Un cucharón sin cabo,  
Destos de hierro, de sacar buñuelos,  
Por casco en la cabeza,  
Que en ella tienen la mayor flaqueza,  
Pues no suelen morir de siete heridas,  
Por quien dicen que tienen siete vidas,  
Y un golpe en la cabeza los atonta;  
Así la tienen á desmayos pronta.  
Broquel de cobertera,  
Espada de á caballo, que antes era  
Cuchillo viejo de limpiar zapatos,  
Que él solía llamar *timebunt* galos;  
Y por las manchas de los pies y el anca  
Natural media blanca,  
Y capa de un bonete colorado,  
Abierto por un lado,  
Plumas de un pardo gorrión cogido  
Por ligereza, pero no por arte.  
Así rondaba el nuevo Durandarte,

Galán favorecido,  
Porque son los favores de la dama  
Guarnición de las galas de quien ama.  
Dos músicos traían instrumentos,  
A cuyo són y acentos  
Cantaban dulcemente ;  
Y así, llegando del balcón enfrente  
De Zapaquilda bella  
Cantaron un romance que por ella  
Compuso Micifuf, poeta al uso,  
Que él tampoco entendió lo que compuso.  
Mas puesta á la ventana  
Con serenero de su propia lana,  
Hasta que Bufalía  
Le trujo un rocadero,  
Que por más gravedad y fantasía  
Sirvió de capirote y serenero,  
Y en medio de lo grave  
Del romance süave  
Les dijo con despejo,  
Pareciéndole versos á lo viejo,  
Que jácara cantasen picaresca ;  
Y así, cantaron la más nueva y fresca,  
Que, para que lo heróico y grave olviden,  
Hasta las gatas jácaras les piden :  
Tanto el mundo decrépito delira.  
Aquí se resolvió la dulce lira,  
Y en dos lascivos ayes,  
Andolas, guirigayes  
Y otras tales bajezas,  
Cantaron pues, las bárbaras proezas  
Y hazañas de rufianes,  
Que estos son los valientes capitanes  
Que celebran poetas  
De aquellos que, en extremas  
Necesidades, viven arrojados  
Al vulgo, como perros á leones ;  
Que la virtud y estudios mal premiados  
Mueren por hospitales y mesones :  
Verdes laureles de Virgilio y Enios,

Perecer la virtud y los ingenios.  
Mas ¿quién le mete á un hombre licenciado  
Más que en hablar de sólo su tejado?  
Que no le dió la escuela más licencia ;  
Que es todo lo demás impertinencia.  
Cuando aquesto pasaba,  
Marramaquiz estaba  
Inquieto y acostado,  
Treguas pidiendo á su mortal cuidado ;  
Pero, como el amor le desvelaba,  
Dió, de sentido falto,  
Desde la cama un salto,  
Compuesta de pellejos,  
Otro tiempo conejos  
Que en el Pardo vivían,  
Y en la cola sus cédulas traían  
Para seguridad de sus personas :  
Mas ; ay muerte cruel ! ¿ á quién perdonas ?  
Saltó en efecto como el conde Claros,  
Y armándose de ofensas y reparos,  
Vino de ronda al puesto por la posta,  
Por ver si había moros en la costa,  
Y no siendo ilusión el pensamiento  
(Que del alma el primero movimiento  
Pocas veces engaña),  
No suele débil caña  
En las espadas verdes esparcidas,  
Del aire sacudidas,  
Hacer manso rüido  
Con más veloz sonido,  
Como rugió los dientes ;  
Ni entre los accidentes  
Del erizado frío  
Al enfermo sucede  
Aquel ardor contrario,  
Como de ver tan loco desvario,  
Que apenas le concede,  
Entre uno y otro pensamiento vario,  
Respiración y aliento,  
De la vida instrumento,

Helado y abrasado  
Entre ardores y hielos,  
Que al frío de los celos  
Frígido fuego sucedió mezclado,  
Que con distinto efeto  
En un mismo sujeto  
Viven, siendo contrarios ;  
La causa es una y los efectos varios.  
Miraba á Zapaquilda en la ventana  
Hablando con su amante,  
Sin miedo de la luz de la mañana,  
Que coronaba el último diamante  
Del manto de la noche, que iba huyendo,  
Y cantando y tañendo  
Los músicos con tanto desenfado  
Como si fuera su tejado el prado ;  
Que nunca los amantes,  
Previnieron peligros semejantes ;  
Así los embeleca  
Amor de ceca en meca,  
Como olvidado Antonio con Cleopatra,  
La gitana de Menfis, que idolatra,  
Que ciego de su gusto no temía  
El Cesar que siguiéndola venía ;  
Porque si fué romano Octaviano,  
También Marramaquiz era romano ;  
Y si valiente Cesar y prudente,  
No menos fué él prudente que valiente ;  
Que en su tanto, los méritos mirados,  
Cesar pudiera ser de los tejados.  
Como detrás del árbol escondido  
Mira y advierte con atento oído  
El cazador de pájaros el ramo,  
Donde tiene la liga y el reclamo,  
Para en viendo caer el inocente  
Jilguero, que los dulces silbos siente  
Del amigo traidor, que le convida  
A dura cárcel con la voz fingida,  
Y apenas ve las plumas revolando  
Entre la liga, cuando

Arremete y le quita, no piadoso,  
Sino fiero y cruel; así el celoso  
Marramaquiz atento

Esperaba el primero movimiento  
Del venturoso amante, que decía  
Con dulce mirlamiento :

« Dulce señora mía,  
¿ Cuándo será de nuestra boda el día?  
¿ Cuándo querrá mi suerte que yo pueda  
Llamaros dulce esposa,

Que entonces para mí será dichosa?  
— ¡ Ay! tanto bien el cielo me conceda.

Mas fué nuestra fortuna  
Que Júpiter jamás por ninfa alguna,  
Aunque se transformaba  
En buey, que el mar pasaba,  
En sátiro y en águila y en pato,  
Nunca le vieron transformarse en gato;  
Porque si alguna vez gatiquisiera,  
De los amantes gatos se doliera. »

Con voz enamorada  
Doliente y desmayada,  
La gata respondía :

« Mañana fuera el día  
De nuestra alegre boda;  
Pero todo mi bien desacomoda  
Aquel infame gato fementido,  
Marramaquiz, celoso de mi olvido,  
Que en llegando á saber mi casamiento,  
Hubiera temerario arañamiento,  
Y estimar vuestra vida

Me tiene temerosa y encogida;  
Que es robusto y valiente,  
Y en materia de celos impaciente.

Mejor será matalle con veneno. »

Aquí, de furia lleno,  
Respondió Micifuf : « ¿ Por un villano  
Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?

¿ Él, señora, lo estorba?

¿ Es por ventura más que yo valiente?

¿Tiene la uña corva  
Más dura que la mía,  
O más agudo y penetrante el diente  
Entre la mostachosa artillería?  
¿Qué hueso de la pierna ó espinazo  
Se me resiste á mí? ¿Qué fuerte brazo?  
¿Yo no soy Micifuf? ¿Yo no desciendo  
Por línea recta, que probar pretendo,  
De Zapirón, el gato blanco y rubio  
Que después de las aguas del diluvio  
Fué padre universal de todo gato?  
Pues ¿cómo ahora, con desdén ingrato,  
Tenéis temor de un maullador gallina,  
Valiente en la cocina,  
Cobarde en la campaña,  
Y referir por invencible hazaña  
Dar á Garraf, un gato mi escudero,  
Que, fuera de ser gato forastero,  
Es agora tan mozo,  
Que apenas tiene bozo,  
Una guantada con las uñas cinco,  
Si de repente dió sobre él un brinco?  
¿Qué Scipión del Africano estrago?  
¿Qué Anibal de Cartago?  
¿Qué fuerte Pero Vazquez Escamilla,  
El bravo de Sevilla,  
Por esos ojos, que á la verde falda  
De las selvas hurtaron la esmeralda?  
Que si entonces me hallara en el tejado,  
Que no llevara, como se ha llevado,  
El queso y el relleno;  
Y ¿queréis que le mate con veneno?  
Esa es muerte de príncipes y reyes,  
Con quien no valen las humanas leyes,  
No para un gato bárbaro cobarde,  
Cuyas orejas os traeré esta tarde,  
Y de cuyo pellejo,  
Si no me huye con mejor consejo,  
Haré, para comer con más gobierno,

Una ropa de martas este invierno. »  
Aquí Marramaquiz, desatinado,  
Cual suele arremeter el jarameño  
Toro feroz, de media luna armado,  
Al caballero con airado ceño  
(Andaluz ó extremeño ;  
Que la patria jamás pregunta el toro),  
Y por la franja del bordado de oro  
Caparazón meterle en la barriga  
Dos palmos de madera de tinteros,  
Acudiendo al socorro caballeros,  
A quien la sangre ó la razón obliga  
Al caballo inocente, que pensaba,  
Cuando le vió venir, que se burlaba :  
« Gallina Micifuf (dijo furioso,  
El hocico limpiándose espumoso),  
Blasonar en ausencia,  
No tiene de mujeres diferencia.  
Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble  
De todo gato de ascendiente noble ;  
Si tú de Zapirón, yo de Malandro,  
Gato del Macedón Magno Alejandro,  
Desciendo, como tengo en pergamino,  
Pintado de colores y oro fino,  
Por armas un morcón y un pie de puerco,  
De Zamora ganados en el cerco,  
Todo en campo de golas,  
Sangriento más que rojas amapolas,  
Con un cuartel de quesos asaderos,  
Roeles en Castilla los primeros,  
No fueron en cocinas mis hazañas,  
Sino en galeras, naves y campanas ;  
No con Garraf, tu paje,  
Con gatos moros, las mejores lanzas ;  
Que yo maté en Granada á Tragapanzas,  
Gatazo Abencerraje,  
Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á Murcifo,  
Gato que fué del regidor Rengifo,  
Y de dos urañadas  
Deshice á Golosillo las quijadas,

Por gusto de una Miza, mi respeto,  
Y le quité una oreja á Boquifloto,  
Gato de un albañil de Salobreña ;  
La cola en Fuentidueña  
Quité de un estirón á Lameplatos,  
Mesonero de gatos ;  
Sin otras cuchilladas que he tenido,  
Y la que di á Garrido,  
Que del corral de los naranjos era  
Por la espada primera  
Unico gaticida.  
Pero es hablar en cosa tan sabida  
Decir que el tiempo vuela y no se para,  
Que no hay cara más fea que la cara  
De la necesidad, y la más bella  
Aquella del nacer con buena estrella  
Que alumbra el sol y que la nieve enfría,  
Que es oscura la noche y claro el día.  
Esa gata cruel, que me ha dejado  
Por tu poco valor, verá muy presto,  
Siendo aqúeste tejado  
El teatro funesto,  
Cómo te doy la muerte que mereces  
Porque mi vida á Zapaquilda ofreces,  
Llevando tu cabeza presentada  
A Micilda, que es ya mi prenda amada ;  
Micilda, que es más bella  
Que al vespertino sol cándida estrella ;  
Venus, que rutilante  
Es de su anillo espléndido diamante.  
Esta sí que merece la fé mía,  
Mi constancia, mi amor, mi bizzarria ;  
Que no gatas mudables,  
Que, si por su hermosura son amables,  
Son por su condición aborrecibles,  
Amigas de mudanzas ya imposibles. »  
Aquí sacó la espada ruginosa  
De la vaina mohosa,  
Y á los golpes primeros  
Se llamaron fulleros,



Si bien no hay deshonra desvainada;  
Y Zapaquilda huyendo,  
Del súbito temor la sangre helada,  
Dejóse el serenero en el tejado.  
Los músicos, en viendo  
El belicoso duelo comenzado,  
Huyeron, como suelen;  
Que no hay garzas que vuelen  
Tan altas por los vientos;  
Dicen que por guardar los instrumentos,  
Y mil razones tienen,  
Pues que sólo á cantar en ellos vienen;  
Que mal cantara un hombre si supiera  
Que había luego de sacar la espada,  
Que tanto el pecho altera;  
Ni pudiera formar la voz turbada:  
Que hay mucha diferencia, si se mira,  
De dar en los broqueles ó en las cuerdas,  
Pasar la espada el pecho, ó por la lira,  
El arco hiriendo las pegadas cerdas.  
Andaba entonces Guruguz de ronda,  
Con una escuadra vil de sus esbirros,  
Cuyo abuelo, nacido en Trapisonda,  
Curaba hipocondríacos y cirros;  
Y viéndolos andar á la redonda,  
Como si fueran Césares ó Pirros,  
Los dos valientes gatos,  
Con fuerte anhelo descansando á ratos  
Llegaron á ponerse de por medio,  
Que fué difícil, pero fué remedio.  
Mas, como respetar á la justicia,  
De gente principal respeto sea,  
Y lo contrario bárbara malicia,  
Luego Marramaquiz rindió la espada:  
¿Quién habrá que lo crea?  
Mas viendo Guruguz que no quería  
Que el amistad quedase confirmada,  
Sino permanecer en su porfía,  
Llevólos á la cárcel, enojado,  
Cuando Febo dorado

Asomaba la frente  
 Por las ventanas del rosado oriente,  
 Como si azúcar fuera, y de colores  
 En campo verde iluminó las flores.

## SILVA I V.

Quien dice que el amor no puede tanto,  
 Que nuestro entendimiento  
 No puede sujetarle, es imposible  
 Que sepa qué es amor, que reina en cuanto  
 Compone alguna parte de elemento  
 En el mundo visible.  
 ¡ Oh fuerza natural incomprendible !  
 Que en todo cuanto tiene  
 Una de las tres almas,  
 A ser el alma de sus almas viene.  
 ¿ Quién no se admira de mirar las palmas  
 En la región del Africa desnuda,  
 Cuando su fruto en oro el color muda,  
 Con sólo aquel ardor vegetativo  
 Amarse dulcemente ?  
 Que en lo demás que siente,  
 No es mucho que de amor el fuego vivo  
 Imprima sentimiento  
 Y natural deseo  
 Con lazos de pacífico himeneo.  
 La fiera, el ave, el pez en su elemento,  
 Todos aman, y quieren  
 Por la razón de bien lo que es amable,  
 Pues ama lo que es sólo vegetable.  
 Si de ningún sentido el bien inferen  
 Entre las cosas que por él adquieren  
 Algún conocimiento,  
 Perdonen cuantas aves y animales  
 De su distinto gozan elemento ;  
 Ningunas son iguales  
 En amor á los gatos,  
 Exceptuando las monas,  
 Que hasta en esto se precian de personas,

Y ya que no en esencia, en ser retratos  
Porque acontece con el hijo al pecho  
Abrazalle con lazo tan estrecho,  
Que le hacen exhalar la sensitiva  
Alma vital. Así el amor les priva,  
Que fué en la estimativa conocido  
Del natural sentido ;  
Y si por opinión crítico alguno  
Tiene que amor tan loco  
No puedo haber en animal ninguno,  
Váyase poco á poco  
Al africano Tetüan, adonde  
Verá cómo, á los árboles trepando  
Esta del hombre semejanza propia,  
De que hay allí gran copia,  
Ya sale con el hijo, ya se esconde,  
Y á los que van ó vienen caminando,  
Con risa de monesco regocijo,  
Muestra el peloso hijo.  
Mas fuera disparate,  
Si no es que en ellas trate,  
Ir por ver una mona  
Hasta el Africa un hombre ;  
Que si de Tito Livio llevó el nombre  
Muchos hombres á Roma, fué corona  
De los historiadores ;  
Que sólo aquellas cosas superiores,  
Dignas por fama de admirable espanto,  
Es bien que cuesten tanto,  
Como ver á Venecia,  
*Perche chi non la vede non la precia* ;  
Que al cielo desde el agua se avecina,  
Y en góndolas por coches se camina.  
Los gatos en efeto  
Son del amor un índice perfeto,  
Que á los demás prefiere,  
Y quien no lo creyere,  
Asómese á un tejado  
Con frías noches de un invierno helado,  
Cuando miren las hélices nocturnas

Las estrelladas urnas  
Del frígido Acuario  
Verá de gatos el concurso vario,  
Por los melindres de la amada gata,  
Que sobre tejas de escarchada plata  
Su estrado tiene puesto,  
Y con mirlado gesto  
Responde á los maúllos amorosos  
De los competidores,  
No de otra suerte, oyendo sus amores,  
Que Angélica la bella  
De Ferragut y Orlando,  
Amantes belicosos,  
Cuando andaban por ella  
Sin comer y dormir, acuchillando  
Franceses y españoles,  
De que no se le dió dos caracoles.  
¿Que cosa puede haber con que se iguale  
La paciencia de un gato enamorado,  
En la canal metido de un tejado  
Hasta que el alba sale,  
Que en vez de rayos coronó el oriente  
De carámbanos frígidos la frente ?  
Pues sin gabán, abrigo ni sombrero,  
Febo oriental le mirará primero  
Que él deje de obligar con tristes quejas  
Las de sus gatarígidias orejas,  
Por más que el cielo llueva  
Mariposas de plata cuando nieva.  
Mas dejando car sadas digresiones,  
Que el retórico tiene por viciosas,  
Aunque en breves paréntesis gustosas,  
Presos los dos gatíferos campeones,  
Por no querer hacer las amistades  
Y responder soberbias libertades,  
Dicen que Zapaquilda  
Y la bella Micilda,  
Tapadas de medio ojo,  
Con sus mantos de humo,  
Que es llegar á lo sumo

De un amoroso antojo,  
Fueron á ver sus presos ;  
Que en tanta autoridad tales excesos  
Parecen desatino.  
En fin, Micilda enamorada vino,  
Con que á toda objeción amor responde ;  
Así la infanta doña Sancha al conde  
Garci Fernandez, preso, visitaba  
En la oscura prisión del Rey su padre,  
Dicen que con deseos de ser madre,  
Que había días que sin él estaba.  
Cada cual de las dos imaginaba  
Que la otra venía  
Por el que ella quería,  
Y con este engañado pensamiento,  
Que nunca tienen mucho fundamento  
Los celos, comenzaron á mirarse  
En manifestación de sus enojos,  
Tirándose relámpagos los ojos  
; Oh quién las viera entonces levantarse  
Sobre los pies, derechas,  
A ver si eran verdades las sospechas,  
Y de ser descubiertas recatarse ;  
Condición de los celos esconderse,  
Quererse declarar y no atreverse !  
Que, como son desprecio del paciente,  
Huye de que se entienda lo que siente,  
Que amar siempre se tuvo por nobleza,  
Y los celos por acto de bajeza,  
Como si amor pudiese estar sin celos,  
Que más pueden estar sin sol los cielos ;  
Testigo Juno y Procris, á quien llora  
Céfalo por los celos de la Aurora.  
En fin, después de sufrimiento tanto,  
Quitó Micilda de la cara el manto  
A la siempre celosa Zapaquilda,  
Y ella, echando las uñas á Micilda,  
Con el rebozo el moño.  
No suele por los fines del otoño  
Quedar la vid ñudosa en los sarmientos

De los marchitos pámpanos robada,  
Sin resistencia á los primeros vientos,  
Que con nevado soplo y boca helada  
Cierzo dejó cadáver con la fiera  
Mano que floreció la primavera,  
Como las dos quedaron en la rifa ;  
Ni Fátima y Jarifa  
Por el abencerraje Abindarráez,  
Ni por Martín Pelaez,  
Que del Cid heredó la valentía,  
Doña Urraca y María de Meneses,  
Aquella á quien pedía  
Con palabras corteses  
Las nueces su galán, si no bailaba,  
Así celoso amor las provocaba.  
En fin, á puros tajos y reveses  
De las rapantes uñas aguileñas,  
Desmoñadas las greñas  
Y el solimán raído,  
Quedaron desmayadas sin sentido,  
Haciendo cada cual la gata-morta.  
No fué con esto la prisión más corta,  
Pero salieron della finalmente ;  
Que el tiempo, con los bienes ó los males,  
Dejando siempre atrás todo accidente,  
Que fué final acción de los mortales,  
Vuela sin detenerse,  
Dejándose llegar para perderse.  
Así pasó la gloria de Numancia  
Y la brava arrogancia  
De la fuerte Sagunto,  
Porque la tierra toda es sólo un punto  
De la circunferencia de los cielos.  
Pero ¿qué desatino de las musas  
Me lleva á tan extrañas garatusas ?  
Las iras del amor y de los celos  
Pasaron adelante  
En uno y otro amante.  
Pero Marramaquiz, aconsejado  
De sus amigos, remitió el cuidado

Al amor de Micilda ;  
Mas, como el que tenía á Zapaquilda  
Era del alma verdadero efeto,  
Aunque disimulaba á lo discreto,  
Andaba triste y de congojas lleno ;  
Misero del que vive en cuerpo ajeno,  
Y por un amoroso desvarío  
Pierde la libertad del albedrío,  
Que no la compra el oro,  
Porque es de todos el mayor tesoro !  
Tenía las mandíbulas de suerte,  
Que era un retrato de la muerte fiera,  
Aunque es yerro pintarle calavera,  
Porque aquella es el muerto, y no la muerte.  
La muerte ha de pintarse una figura  
Robusta, de cruel semblante airado,  
Los fuertes pies en una piedra dura,  
Si no sepulcro en pórfido labrado,  
Con reyes y monarcas,  
Hasta el que calza rústicas abarcas ;  
Damas que sujetaron capitanes,  
Y en ásperas naciones,  
Por bárbaras regiones  
De fieros mamelucos y soldanes,  
Y pintadas al uno y otro lado  
La enfermedad, la guerra y la desgracia ;  
Parcas que tantas muertes hau causado  
Por tantos desconciertos,  
Que huesos ya no es muerte, sino muertos.  
No aprovechaba la hermosura y gracia  
De Micilda á quitar al pobre amante  
La memoria tenaz ; que Amor escribe  
Con la flecha cruel en el diamante  
Del alma donde vive,  
Y compitiendo con el tiempo, quiere  
Que viva en ella cuando el cuerpo muere.  
En estos medios Micifuf intenta,  
A su competidor viendo remoto,  
Por medio de Garrullo, su compadre,  
Que había sido gato en una venta,

Pedirla por mujer á Ferramoto,  
De Zapaquilda padre,  
Propúsole Garrullo  
Con prudente maúllo  
Las partes de su amigo,  
Como dellas testigo,  
Sin otras consecuencias  
Que atajaban celosas diferencias.  
Ferramoto era un gato  
De buen entendimiento y de buen trato,  
Cano de barba y negro de pellejo ;  
Persona que en la verde primavera  
De sus años, jamás en la ribera  
De Manzanares se le fué conejo,  
Porque sirvió de galgo  
A cierto pobre y miserable hidalgo,  
Que con él se alumbraba,  
Y de suerte de noche relumbraba,  
Que pensando una moza que eran lumbre  
Las niñas de los ojos, que brillantes  
En la ceniza estaban relumbrantes,  
Yendo al hogar, como era su costumbre,  
Sin pensar darle enojos,  
Le metió la pajueta por los ojos.  
Nunca sin esto, gato marquesote  
Oispción le hizo ;  
Oyó de buena gana lo propuesto,  
Y del novio galán se satisfizo,  
Aunque llegando á concertar el dote,  
De seca mimbre un cesto  
Dijo que le daría,  
Que de cama de campo le servía ;  
Seis sábanas de lienzo de narices,  
Con algunos fragmentos por tapices  
De viejos reposteros ;  
Cuatro quesos añejos casi enteros  
Y una mona cautiva que tenía,  
Que hablaba en lengua culta y la entendía,  
Sin otras menudencias.  
Con estas conveniencias



Las capitulaciones se firmaron  
Y el día de la boda concertaron;  
Marramaquiz estaba  
En ocasión tan triste  
Como por burla y chiste  
Jugando á la pelota  
Con un ratón á quien pescó de paso,  
Que de un baul de versos del Parnaso  
A una maleta rota,  
Aunque llena de pleitos y escrituras,  
Pasaba haciendo gestos y figuras.  
Tal suele acontecer un triste caso  
En medio de la vida :  
Que no hay seguridad en cosa humana.  
Ya con veloz corrida  
Daba esperanza vana  
Al mísero animal, ya le volvía,  
Ya le arrojaba en alto,  
Mojado de temor, de aliento falto,  
Y en medio del camino le cogía,  
Como quien tira al vuelo  
Diciendo : « Tente », como al hagua el hielo ;  
Ya con las manos mizas  
Le daba por los lados  
Algunos bofetones regalados,  
Cuando llegó Tomizas ;  
Tomizas, su escudero, y sin aliento  
Le dijo el casamiento concertado  
De Micifuf y Zapaquilda ingrata ;  
Y sintiendo perder su dulce gata,  
Dejó el pobre animal, que, desmayado,  
Apenas acertaba con la vida ;  
Mas puesto en fuga, la libró perdida :  
Que quien no ha de morir, si la fortuna  
Revoca la sentencia,  
Nunca le falta diversión alguna.  
En aquella dichosa intercadencia  
A Tomizas en fin, la diligencia  
Valió una manotada con la zurda,  
Que cuando no le aturda,

No es poco para zurda manotada,  
Que le dejó la cara desgatada.  
Esto gana traer del mal albricias.  
¡Oh cuánto, amor, de la razón desquicias!  
Un noble caballero!  
Por eso ningún paje ni escudero  
Se fie en la privanza;  
Que es fácil en señores la mudanza,  
Y el sol es gran señor, y nunca pára  
En rueda más mudable; á la fortuna  
Se parece la dama doña Luna,  
Que nunca vemos de una misma cara.  
Dejando la pelota el triste amante,  
De celos y de amor perdido y loco,  
Que la vida y la honra tiene en poco,  
Volvió á su casa con tristeza tanta,  
Que se metió debajo de una manta;  
Y luego provocado á muyor furia,  
De una carrera se subió al tejado:  
Así desnudo Orlando, provocado  
De no menor injuria,  
Cuando leyó los rótulos del moro  
Que decían: « Amor, que sin decoro  
En la buena fortuna te gobiernas,  
Aquí goza de Angélica Medoro,  
En el papel de las cortezas tiernas  
De aquellos olmos, de su bien testigos,  
Para el francés Orlando, cabrahigos, »  
Bajó Marramaquiz desesperado,  
Y entrando en la cocina,  
Sin respeto de Paula y de Marina,  
Esclavas del ausente licenciado,  
Como laureles y álamos los mira,  
Donde Climene por Faetón suspira.  
Los pucheros y cántaros quebraba,  
Vertió la olla en la sazón que hervía,  
Y llamando á Borbón, borbor decía,  
Y á tanto mal llegó su desatino,  
Que sacó media libra de tocino,  
Que andaba como nave en las espumas,

Y si no se le quitan, se le mama :  
Tanto pueden lo celos de quien ama.  
Una perdiz con plumas  
Quiso tragarse, y no dejaba cosa  
Que no la deshiciese,  
Por alta que estuviese ;  
Trepaba la lustrosa  
Reluciente espetera,  
Derribando sartenes y asadores ;  
Y con estas demencias y furoros,  
En una de fregar, cayó, caldera,  
(Transposición se llama esta figura)  
De agua acabada de quitar del fuego  
De que salió pelado.

Pero viniendo luego  
El señor licenciado,  
Dijo que era veneno que tendría  
Algún vecino que matar quería  
Ratones de su casa,  
Hecha de rejalgar traidora masa,  
Y á su servicio ingrato,  
Por matar los ratones, mató el galo.

Y dijo bien, según los aforismos  
De Nicandro ; que son los celos mismos  
Un veneno tan súbito, que apenas  
Toca la lengua, cuando ya las venas  
Y el corazón abrasan ;  
Tan presto al centro de la vida pasan,  
Que no hay frías cicutas ni anapelos  
Como solo un escrúpulo de celos.  
En fin, de ver el gato lastimado,  
Que le había criado,  
Envío por triaca,  
Que todo venenoso ardor aplaca,  
De la magna que hacen en Valencia,  
De que tenía una redoma sola  
Cierta farmacopola.  
El gato con paciencia,  
Respeto de su dueño,  
Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

## SILVA V.

¡ Oh tú, don Lope ! si por dicha ahora  
 Por los mares antárticos navegas,  
 O surto en tierra, cuando al puerto llegas,  
 Preguntas á la aurora  
 Qué nuevas trae de la bella España,  
 Donde tus prendas amorosas dejas,  
 Y por regiones bárbaras te alejas ;  
 O miras en los golfos  
 De la naval campaña  
 Por donde vino Júpiter á Europa,  
 Encima de la popa  
 Sin velas de Mauricio ni Rodolfos,  
 Más traidores que fué Vellido de Olfos,  
 Sereno el rostro en la dormida Tetis  
 De la airada Anfitrite,  
 Más que en Sevilla corre humilde el Betis,  
 Cuando á la mar permite  
 La luna barquerola,  
 No por las nubes de color de Angola,  
 Una punta á la tierra y otra al cielo  
 De pocas luces salpicando el velo,  
 Escucha en voz más clara que confusa  
 Mi gatífera musa,  
 Y no permitas, Lope, que te espante  
 Que tal sujeto un licenciado cante  
 De mi opinión y nombre,  
 Pudiendo celebrar mi lira un hombre  
 De los que honraron el valor hispano,  
 Para que al resonar la trompa asombre,  
*Arma virumque cano ;*  
 Que, como no se usa  
 El premio, se acobarda toda musa ;  
 Porque si premio, hubiera,  
 Del Tajo la ribera  
 Oyera en trompa bélica sonora  
 Divinos versos hijos del aurora.

Por esto quiere más que ver ingratos,  
Cantar batallas de amorosos galos;  
Fuera de que escribieron muchos sabios  
De los que dice Persio que los labios  
Pusieron en la fuente cabalina,  
En materias humildes grandes versos.  
Mira si de Virgilio fueron tersos,  
Cuya princesa pluma fué divina  
Cuando escribió el *Moreto*, que en la lengua  
De Castilla decimos *almodrote*,  
Sin que por él le resultase mengua,  
Ni por pintar el picador *mosquito*.  
Y ¿quién habrá que note,  
Aunque fuese satírico Aristarco,  
De Ulises el diálogo á Plutarco?  
La calva en versos alabó Sinesio;  
Gran defecto Tartesio,  
Quiere decir que hay calvos en España  
En grande cantidad, que es cosa extraña,  
O porque nacen de cerebro ardiente.  
Y también escribió del transparente  
*Camaleón* Demócrito,  
Y las cabañas rústicas Teócrito,  
Y tanta filosófica fatiga  
Diocles puso en alabar el *nabo*,  
Materia apenas para un vil esclavo;  
El *rábano* Marción, Fancias la *ortiga*,  
Y la *pulga* don Diego de Mendoza,  
Que tanta fama justamente goza.  
Y si el divino Homero  
Cantó con plectro á nadie lisonjero  
La *Batracomiomaquia*,  
¿Por qué no cantaré la *Gatomaquia*?  
Fuera de que Virgilio conocía  
Que á cada cual su genio le movía.  
Ya todo prevenido  
Para el tálamo estaba,  
Y el día estatuido,  
La posesión llamaba  
A la esperanza de los dos amantes;

Mas muchas veces con peligro toca  
El vidrio lleno de licor la boca ;  
Alegres los vecinos circunstantes,  
Convidados los deudos y parientes,  
Y escrito á los ausentes ;  
Que en tales ocasiones más atentos  
Están que á la verdad los cumplimientos.  
Sólo Marramaquiz, gato furioso,  
Lamentaba celoso  
Sus penas y cuidados  
Por altos caballetes de tejados,  
En que su voz resuena,  
Cual suele por las selvas Filomena  
Que ha perdido su dulce compañía,  
Con triste melodía  
Esparcir los acentos de su pena,  
Trinando la dulcísima garganta,  
Que á un tiempo llora y canta ;  
O como perro braco  
Que ha perdido su dueño,  
O flamenco ó polaco,  
Que ni se rinde al sueño,  
Ni el natural sustento solícita,  
Aunque en cantar no imita  
El ruseñor suave,  
Que una cosa es el perro y otra el ave,  
Y á cada cual su propio oficio cuadra,  
Porque si canta el ave, el perro ladra.  
Tenía ya Ferrato  
En un zaquizamí curiosamente  
La sala aderezada  
De uno y otro retrato  
De belicosa cuanto ilustre gente ;  
Que las efigies son de los mayores  
El más heróico ejemplo,  
De la perpetuidad glorioso templo,  
Como se ven del Tarbolán y Eneas,  
Y en Calvo el de las fuerzas gigantes,  
En Juan de Espera en Dios, y el Transilvano,  
En Pirro griego y Scévola romano.

Allí estaba Gafurio,  
Que ganó la batalla de las monas,  
De grave gesto y de nación ligurio;  
Y otros gatos con cívicas coronas,  
Navales y murales,  
Y al laurel de los césares iguales.  
No faltaban el Túmire y el Moco,  
Ni con el descolado Ociquimoco,  
Que asistía en las casas del cabildo,  
Y el armado Mufildo,  
Más de valor que acero,  
Ni Garavillos, gato perulero.  
Estaba el rico estrado,  
De dos pedazos de una vieja estera  
Hecha la barandilla,  
De ricas almohadas adornado  
En tarimas de corcho, y por defuera  
El grave adorno de una y otra silla,  
Con tanta maravilla,  
Que si un culto le viera,  
Es cierto que dijera,  
Por únicos retóricos pleonasmos:  
*Pestañeando asombros, guiño pasmos.*  
Ya las sombras, cayendo  
De los mayores montes  
A los humildes valles,  
Enlutaban los claros horizontes,  
Y el mecánico estruendo  
En las vulgares calles  
Cesaba á los oficios,  
Tráfangos y bullicios,  
Encerraba al silencio en mudos pasos,  
Y á diferentes casos  
La ronda y los amantes prevenían  
Las armas que tenían,  
Cuando á la luz huyendo la tiniebla,  
De alegres deudos el salón se puebla.  
Vino Calvillo, de fustán vestido,  
De patas de conejos guarnecido,  
Grigüesco y saltambarca,

Más amante de Laura que el Petrarca  
Por una gata deste nombre propio,  
Aunque parezca en gatos nombre impropio ;  
Pero si llaman á una perra Linda,  
Diana, Rosa, Fátima y Celinda,  
Bien se pudo llamar Laura una gata,  
De pie bruñida, como tersa plata.  
Maús. de bocací trujo grigüesco,  
Cuera de cordobán, gorrón tudesco,  
Y de negro con mucha bizarría,  
Zurrón, gato mirlado  
De medias y de estómago colchado ;  
Ranillos, que bajó de Andalucía,  
De conejo en conejo,  
Por la Sierra-Morena  
A ver del Tajo la ribera amena,  
Con el cano Alcubil, su padre viejo ;  
Gruñillos y Cacharro,  
La nata y flor del escuadrón bizarro ,  
Marrullos y Malvillo,  
Uno de raso azul y otro amarillo ;  
Garrón, Cerote y Burro,  
Gatos de un zapatero.  
Mas ¿ para qué discurro  
Con verso torpe y proceder grosero,  
Cuando lo menos de lo más refiero,  
Si me aguardan las damas que aquel día  
Mostraron cuidadosa bizarría ?  
Vino Miturria bella,  
Motrilla y Palomilla,  
La flor de la canela y de la villa,  
Y cada cual en la opinión doncella ;  
Cosa dificultosa,  
Por eso es bien que la mujer hermosa,  
Cuando honesta se llama,  
Tenga por obras el perder la fama.  
Y entre todas fué rara la hermosura  
De la bella y discreta Gatifura ;  
Y vestida de nácar, Zarandilla,  
La gata más golosa de Castilla.



Ocupadas las sillas y el estrado,  
Salió Trebejos, gato remendado,  
Y sacando á la bella Gatiparda,  
Comenzaron los dos una gallarda,  
Como en París pudiera Melisendra ;  
Y luego con dos cáscaras de almendra  
Atadas en los dedos, resonando  
El eco dulce y blando,  
Bailaron la chacona  
Trapillos y Maimona,  
Cogiendo el delantal con las dos manos,  
Si bien murmuración de gatos canos.  
Mas ya, musas, es justo  
Que me déis vuestro aliento y vuestro gusto,  
Canoro sí, mas claro,  
Que parezca de un nuevo Sanazaro ;  
Denme vuestros cristales en los labios,  
Que de ignorantes me los vuelvan sabios ;  
Que Zapaquilda de la mano sale  
De doña Golosilla, su madrina,  
Saya entera de tela columbina,  
De perlas arracadas,  
En listones de nácar enlazadas ;  
La cabeza de rosas primavera,  
Más estrellada que se ve la esfera ;  
El blanco pelo, rubio á pura gualda,  
Y un alma en cada niña de esmeralda,  
De cuyos garabatos  
Colgar pudieran las de muchos gatos ;  
Chapines de tabí con sus virillas,  
Entre una y otra descubriendo espacios,  
De la roja color de los topacios,  
De nuestra edad y siglo maravillas ;  
Que lo que ser solía  
Un medio celemín con ataujía,  
Un pirámide es hoy de tela de oro,  
Y cuesten sus adornos un tesoro,  
Que ponen miedo de casarse á un hombre,  
Subiendo el dote á un número sin nombre  
Si piensa sustentar traje tan rico.

Sentóse al fin mirlándose de hocico,  
 Y prosiguió la fiesta de la danza  
 Contra la posesión de la esperanza.  
 Mas ¡quién dijera que saliera incierta!  
 Marramaquiz, entrando por la puerta,  
 Vencido de un frenético erotismo,  
 Enfermedad de amor, ó el amor mismo.  
 Suspenso y como alónito el senado  
 De ver de acero y de furor armado  
 Un gato en una boda,  
 Donde es propia la gala, y no el acero,  
 Alborotóse todo;  
 Y Zapaquilda, viéndole tan fiero,  
 Humedeció el estrado, y con mesura  
 Comunicó su miedo á Catafura,  
 Si bien consideraba  
 Que entonces Micifuf ausente estaba,  
 Porque sólo esperaban que viniese,  
 Y que la mano práctica le diese,  
 De que ya la teórica sabía  
 Que confirmasé tan alegre día.  
 En esta suspensión todos turbados,  
 Marramaquiz abrió los encendidos  
 Ojos, vertiendo de furor centellas;  
 Los dejó temerosos y admirados,  
 Y imprimiendo esta voz en sus oídos  
 Al aliento feroz de sus querellas:  
 « Villanos, descortesés,  
 Más falsos y traidores  
 Que moros y holandeses,  
 Porque siendo fautores,  
 No sois en las maldades inferiores;  
 Escuadrón de gallinas,  
 Junta de gatos viles,  
 Que no de bien nacidos;  
 Bajos habitadores de cocinas,  
 Entre asadores, ollas y candiles,  
 Donde, como á cobardes y abatidos,  
 La más humilde esclava os apalea,  
 No trocando jamás la chimenea

Por la guerra marcial y sus rebatos ,  
Lamiendo lo que sobra de los platos,  
Y durmiendo el invierno, cuando eriza  
Los cabellos el hielo,  
Revueltos en la cálida ceniza.  
Hasta que ardiente el sol corona el cielo ;  
Yo soy Marramaquiz ; yo soy, villanos,  
El asombro del orbe,  
Que come vidas y amenazas sorbe ;  
Aquel de cuyos garfios inhumanos,  
León en el valor, tigre en las manos,  
Hoy tiemblan justamente  
Las repúblicas todas ;  
Que desde el Norte al Sur por varios mares  
Mira de Febo la dorada frente,  
Y el que ha de hacer que tan infames bodas  
Y con tantos azares,  
Sean las de Hipodamia,  
Está en vosotros resultando infamia. »  
¡ Oh musas ! este gato había leído  
A Ovidio, y por ventura  
De la fábula de Hércules quería  
El ejemplo tomar, pues atrevido  
Hércules se figura,  
Y los gatos centauros que aquel día  
Murieron á sus manos ;  
Porque no fueron pensamientos vanos  
Los de sus celos locos,  
Pues de sus manos se escaparon pocos,  
Llamándolos traidores Mauregatos,  
Que levantando una cuchar de hierro,  
A eterno condenándoles destierro,  
Fué Taborlán de gatos,  
Haciendo más estragos su arrogancia  
Que en Cartago y Numancia  
El romano famoso.  
A un gato que llamaban el Raposo,  
Más que por el color, por el oficio,  
La cara, que no tuvo reparada,  
Quitó de una valiente cuchillada,

Imposible quedando al beneficio;  
 Y de un revés que sacudió á Garrullo,  
 Dió el último maúllo;  
 Cortó una pierna al misero Trebejos,  
 Gran cazador de gansos y conejos;  
 Desbarató el estrado,  
 Que pensaron guardar gatos bisoños,  
 Con cucharas de palo por espadas,  
 Que de galas quedó todo sembrado,  
 Naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños,  
 Rosetas, gargantillas y arracadas,  
 Chapines, orejeras y zarcillos;  
 Y porque defendió llegar Malvillos  
 A robar á la novia, dió dos caves,  
 Como Hércules á Licas;  
 Y quebrando con él á dos boticas,  
 Desde una claraboya,  
 Quanto componen purgas y jarabes.  
 Ni á vista de sus naves  
 Fué más furioso Aquiles cuando en Troya  
 Le dijeron la muerte de Patroclo,  
 Ni con mazo y escoplo  
 Tantas astillas quita el carpintero  
 Como vidas quitó celoso y fiero,  
 Ni más sangriento Nero  
 La mísera plebeya  
 Gente, miró quemar desde Tarpeya.  
 Enfin, llegando donde ya tenía  
 Zapaquilda la vida por segura,  
 Le dijo: «Tente, ¿dónde vas, perjura?»  
 Ella, temblando, respondió turbada:  
 «Huyendo el filo de tu injusta espada,  
 Que se quiere vengar de mi inocencia  
 Con tan fiera insolencia,  
 Quitándome mi esposo;  
 Pero yo me sabré quitar la vida,  
 Polifemo de gatos. »  
 — Ojos hermosos siempre y siempre ingratos;  
 (Le respondió furioso),  
 ¿Desa manera habláis en mi presencia?

¡ Oh gata la más loca y atrevida !  
Yo solo soy tu esposo, fementida ;  
Y al villano que piensa que á sacarte,  
Con este casamiento, será parte  
Destas enamoradas uñas mías,  
Que vencen las arpías,  
Verás, si no me huye,  
Y el bien que me quitó me restituye,  
Cómo le mato, y desollando el cuero  
Le vendo para gato de dinero.  
— Si tú (le respondió) mi dulce esposo  
Me matares tirano,  
Yo, con mi propia mano,  
Me quitaré la vida. »  
Furioso entonces, sobre estar celoso,  
De donde estaba ; ay misera ! escondida  
Trasladóla á sus brazos inhumano,  
Cual suele hiedra, á los del olmo asida,  
Tregar lasciva á la pomposa copa,  
Vistiendo el tronco de su verde ropa,  
De tiernos lazos y corimbos llena.  
Así Paris robó la bella Elena,  
Las naves aguardando en la marina,  
Y así fiero Plutón á Proserpina.  
Ella entonces llamaba  
A Micifuf á voces,  
Que no la oía, porque ausente estaba ;  
Al fin, tirando coces  
Se le cayó un zapato ;  
Mas ni por eso se dolió el ingrato,  
Viendo correr las lágrimas por ella ;  
Y él, corriendo con ella,  
Que ni deudo ni amigo la socorre,  
La puso de su casa en una torre,  
Como tuvo Galván á Moriana.  
Tal es del mundo la esperanza vana,  
Porque quien más en los principios fía,  
No sabe dónde ha de acabar el día.

## SILVA VI.

Cuando el soberbio bárbaro gallardo,  
Llamado Rodamonte,  
Porque rodó de un monte,  
Supo que le llevaba Mandricardo  
La bella Doralice,  
Como Ariosto dice,  
A diez y seis de Agosto,  
Que fué muy puntual el Ariosto,  
Cuenta que dijo cosas tan extrañas,  
Que movieran de un bronce las entrañas;  
Prometiendo arrogante  
No ver toros jamás ni jugar cañas,  
Aunque se lo mandasen Agramante,  
Rugero y Sacripante;  
Ni comer á manteles,  
Ni correr sin pretal de cascabeles,  
Ni pagar ni escuchar á quien debiese,  
Porque más el enojo encareciese;  
Ni dar á censo ni tomar mohatra,  
Ni pintar con el áspid á Cleopatra.  
Y lo mismo decía, cuando el rapto  
De Elena fementida,  
El griego rey Atrida  
Contra el pastor para traiciones apto,  
Que dió en el monte Ida  
En favor de Acidalia la sentencia;  
Que hay muchas de la vera de Plasencia,  
Que vienen más tempranas  
Si las hacen los ojos  
De juveniles bárbaros antojos;  
Que aun no repara en canas  
Esto que todos llaman apetito,  
Y más donde no tienen por delito  
Que la santa verdad corrompa el premio.  
Mas todo ese proemio  
Quiere decir en suma,  
Aunque era campo de extender la pluma,  
Lo que el valiente Micifuf, oyendo

El suceso estupendo  
Del robo de su esposa,  
Elena de las gatas,  
Dijo con voz furiosa,  
Cuando galán venía á desposarse,  
Tan imposible ya de remediarse.  
De las tremantes ratas,  
Fugitivo escuadrón con pies ligeros,  
Temeroso ocupó los agujeros,  
Y arrojando la gorra,  
Que fué de un ministril de Calahorra,  
Hizo temblar la tierra,  
A fuego y sangre prometiendo guerra.  
Ferrato, ya perdida la esperanza,  
Mesándose las barbas y cabellos  
Blancos, que nunca blancos fueron bellos,  
Culpaba su tardanza,  
Porque las dilaciones  
Pierden las ocasiones,  
Porque en la calva tienen un copete,  
Que sólo se le coge el que acomete,  
Porque aguardar á que la espalda vuelva,  
Es seguir un venado por la selva,  
Que alcanzarle no fuera maravilla  
Quien le fuera siguiendo por la villa.  
Micifuf la tardanza disculpaba  
Con que lejos vivía  
El zapatero, que esperando estaba  
(¡Oh cuántos males causa un zapatero!),  
Y que después calzarle no podía,  
Aunque los dientes remitiese al cuero,  
Las botas justas; que con calza larga  
Era la gala entonces, que por fresco  
Dicen autores que mató el griguesco,  
Por quitar la opresión de tanta carga.  
¡Oh quién para olvidar melancolías  
De los que no se acaban con los días,  
Un gato entonces viera  
Con bota y calza entera!  
Pero ¿dónde me llevan niñerías,

Que en Italia se llamen bagatelas,  
Ingiriendo novelas  
En tan funestos casos,  
Más dignos de Marinós y de Tasos,  
Que de Helicon son solos y soles  
Que de mis versos rudos españoles?  
Lloraba Micifuf, lloraba fuego,  
Que fuego lloran siempre los amantes,  
Arrojando los guantes,  
A quien los cultos llaman *chirotecas*  
(¡ Oh bien hayan Illescas y Vallecas !),  
Sin admitir un punto de sosiego,  
Como en París el moro, en Troya el griego.  
No suele de otra suerte pasearse  
Quien tiene algún extraño desconcierto,  
Sin que pueda apartarse  
Del negocio que trata,  
Pálido el rostro, de sudor cubierto,  
Como ya por su honor, ya por su gata,  
Inquieto Micifuf se condolía  
Por dilatar de la venganza el día.  
En tanto, pues, que amigos y parientes  
Consultaban el modo  
Como acabar del todo  
Agravios tan infames e insolentes,  
Marramaquiz estaba  
Solicitando el pecho  
De Zapaquilda, de diamantes hecho,  
Que en la dura prisión perlas lloraba,  
A guisa de la aurora,  
Que parece más bella cuando llora ;  
Que la mujer hermosa,  
Cuando baña la rosa  
De las mejillas con el tierno llanto,  
Aumenta la hermosura,  
Si no da voces y en el llanto dura.  
Marramaquiz en tanto  
Produciendo concetos,  
De su locura efetos,  
Ya en prosa, ya en poesía,



Desvelado la noche y triste el día,  
Se alambicaba el misero cerebro.  
No dejaba requiebro,  
Que no imitase tierno á los orates,  
Que el mundo amantes llama,  
Y de la tierna dama  
Amores y cariños,  
Hasta los disparates  
Que les dicen les amas á los niños  
Cuando les dan el pecho las mañanas,  
Con intrínseco amor diciendo ufanas :  
*Mi rey, mi amor, mi duque, mi regalo*  
*Mi Gonzalo*; mas esto sólomente  
Si se llama Gonzalo,  
Porque fuera requiebro impertinente  
Si se llamára Pedro, Juan ó Hernando ;  
Que convienen las flores con los frutos,  
Y á las cosas también sus atributos.  
Estaba el sol apenas malizando  
Las plumas de las alas de los vientos,  
Dando á los dos primeros elementos  
Esmeraldas al uno, al otro plata,  
Cuando salía por su amada gata  
Al soto de Luzón el triste amante,  
Sin respetar el arcabuz tronante,  
A buscar el gazapo entre las venas  
De la tierra, que apenas  
Salir al campo osaba,  
Y de una manotada le pescaba.  
No había pez ni pieza  
De vaca en la cocina,  
Que en volviendo Marina  
A buscar otra cosa la cabeza,  
No caminase ya por los tejados  
Para el dueño cruel de sus cuidados ;  
Tan ligero y velóz, tan atrevido,  
Que no paraba, sin hacer rüido,  
Hasta sacar la carne de la olla,  
Del asador la polla  
Aunque sacase, por estar ardiendo,

O pelada la mano ó con ampolla,  
 Fufú, fufú, diciendo.  
 ¡ Oh amor! ¡ Oh cuántas veces  
 De la misma sartén sacó los peces,  
 Sin cucharas de hierro ni de plata!  
 Y la cruel, á más amor, más gata.  
 « ¿ Es posible (decía  
 Con lastimosas quejas),  
 Oh más dura que mármol á mis quejas,  
 ¡ (Porque el gato las églogas sabía),  
 Y al amoroso fuego que me enciende  
 Más helada que nieve, Galatea,  
 Que de mi fuego el hielo te defiende  
 Dese pecho cruel, que me desea  
 La muerte: que antes sea  
 La de tu Adonis, Micifuf cobarde,  
 Que gozarás, cruel, ó nunca ó tarde,  
 Que no te duelen tantas penas mías,  
 Ni el verte tantos días  
 Cautiva en esta torre,  
 Que ni te viene á ver ni te socorre ;  
 ¿ Qué para aborrecerle te bastaba ?  
 Micilda me buscaba,  
 Micilda me quería ;  
 Por ti la aborrecía,  
 Siendo gata de bien, siendo estimada  
 Por honesta doncella, y retirada  
 De amigas, de papeles y paseos,  
 Que clandestinos trazan himeneos.  
 ¿ Qué no dejé por tí, que te has casado  
 Con un gato afrentado ? Que si fuera  
 Afrenta entre los hombres el ser gato,  
 Que la costumbre toda ley altera,  
 Sólo éste fuera gato por ingrato.  
 — No te canses (la gata respondía  
 Con ojos zurdos de Nerón romano),  
 Marramaquíiz tirano,  
 Que siendo, como es, justa mi porfía,  
 Ni he de temer tus daños,  
 Ni me podrás vencer con tus engaños.

— ¿Qué obstinación, qué furia  
Te obliga, Zapaquilla, á tanta injuria ?

Mira que la nobleza

De tu celoso amante,

Siendo tan arrogante,

A su misma cruel naturaleza

Se rebela, teniéndote respeto,

Añadiendo al ser noble el ser discreto. »

Este apóstrofe ha sido

Justamente advertido

A la gata cruel desamorada,

Por lo que á los retóricos agrada,

Que adornan la oración con voces puras,

Y sacan un retablo de figuras ;

Que cuanto á mí, jamás me atravesara

Con gente de uñas y de mala cara.

Ya Micifuf en casa de Ferrato

Juntaba deudos, procuraba amigos,

De su dolor testigos,

Acusando el cruel bárbaro trato

Del común enemigo, que este nombre

Como al turco le daba,

Y porque más de su maldad se asombre,

El robo de su esposa exageraba ;

Que cada cual en su dolor y pena

Hasta una gata puede hacer Elena.

Estando, pues, sentados en secreto

En el zaquizamí de su posada,

Dijo á la noble junta lastimada

Con triste voz, de su desdicha efetc :

« Aquel justo conceto

Que de vuestro valor tengo formado

Me excusa de retóricos ambajes,

Amigos y parientes,

Si estuvistes presentes

A la dura ocasión de mi cuidado,

De que tan tarde me avisaron pajes ;

Que siempre llegan tarde los avisos

A los que son para su bien remisos.

¿ Con qué podré moveros ?

¿ Con qué podré obligaros ?  
O ¿ qué podré deciros,  
Que pueda enterneceros,  
Que pueda provocaros,  
Si no son los suspiros,  
Medias voces del alma,  
Cuando con el dolor la lengua calma ?  
Éste, que aquí no explico,  
Está diciendo el pálido semblante  
Lo que con muda lengua significo,  
Pues cuando más la encubre y adelante,  
Más corto he de quedar ; que los enojos  
Remiten la retórica á los ojos ;  
Que la muda tristeza muchas veces  
El Demóstenes fué de la elocuencia,  
Y más donde son sabios los jüeces,  
Que excusan de captar benevolencia,  
Pues no pudiera en Grecia en su Liceo  
Ver más doctrina que en vosotros veo.  
Todos Platones sois, todos Catones ;  
Más podrá la razón que las razones.  
Yo vine, provocado de la fama,  
A ver de Zapaquilda la hermosura,  
Por alta mar, del hado conducido,  
Donde mis ojos encendió su llama,  
Fuego de fénix, que á los siglos dura,  
Opuestos á la muerte y al olvido.  
Si fuí favorecido,  
Si agradeció mi amor y pensamiento,  
Bien lo dice el tratado casamiento,  
Pues que nos veis con la ocasión perdida  
Ella sin libertad y yo sin vida.  
Cortés la quise sin violencia alguna,  
Que nunca fué violenta la fortuna.  
Cuando pagó mi amor, yo no sabía,  
Como quien era gato forastero,  
Que este tirano á Zapaquilda amaba ;  
Con esto la primera luz del día,  
Y con ella su cándido lucero,  
En mis ojos brillaba

Primero que en las flores,  
A su ventana repitiendo amores ;  
Allí también en su primera estrella  
La noche me buscaba divertido,  
Adorando las tejas,  
De sus balcones rejas,  
Y dulce elevación de mi sentido,  
Hasta que hablar con ella,  
Envidioso, traidor y fementido,  
Me vió en su celosía,  
Donde probó mi amor su valentía.  
Resultó la prisión, y es tan villano,  
Que ha engañado á Micilda,  
Y dándola su fe, palabra y mano  
De que será su esposo,  
Siendo cumplirla el acto más honroso,  
Cuando me vió casar con Zapaquilda,  
En afrenta de todos sus parientes  
Y amigos, que presentes  
Estuvieron atónitos al caso,  
Echando los más graves por la tierra,  
Como estaban de boda, y no de guerra,  
Padeciendo mi sol tan triste ocaso,  
Se la llevó con atrevido paso,  
Celoso el corazón, la vista airada,  
Hiriendo á quien delante se le puso ;  
Tanto, que con Garraf de una gatada  
Los botes y redomas descompuso  
De un boticario que vivía enfrente ;  
Y como de repente  
En un perol cayese desde un banco,  
Todo le revistió de unguento blanco ;  
Vertió una melecina,  
Y paró medio muerto en la cocina  
En ocasión tan dura,  
En ocasión tan triste,  
Que es mármol quien las lágrimas resiste.  
Mas quiero epitomar mi desventura :  
Mi esposa me han robado ;  
Sin honra estoy. » Aquí, si no fué mengua,

Fué el silencio la voz, los ojos lengua ;  
 Porque la grave pena,  
 Cortando la razón, dejóle mudo.  
 Enterneciése el ínclito senado,  
 Haciendo propia la desdicha ajena,  
 Luego que vió que proseguir no pudo ;  
 Y respondió Panzudo ,  
 Un gato venerable de persona ,  
 Aunque pelado de cabeza estaba,  
 Cosa que á muchos buenos acontece ;  
 Si bien esto no fué lo que parece  
 Cuando á un amante viene la pelona ,  
 Mas golpe que le dió cierta fregona ,  
 Que de un menudo que lavar pensaba ,  
 Cuando menos atenta le miraba ,  
 Asido del principio de una tripa ,  
 Que á la vista las manos anticipa ,  
 La fué desenvolviendo hasta el tejado ,  
 Como cordel de un cabo y otro atado ,  
 Del ovillo de sebo el laberinto ;  
 Y cada cual de todos participa  
 Deste dolor, como si propio fuera ;  
 Dijo con el semblante mesurado ,  
 En prudentes palabras desatado ;  
 « Con justa causa Micifuf espera  
 Verse favorecido ,  
 Y vengado también del atrevido  
 Que le robó su esposa ;  
 Fatal desdicha de mujer hermosa. »  
 Y respondió Tomillo ,  
 Propia razón de gato mozalvillo :  
 « Por mí ya lo estuviera ,  
 Porque con estas uñas se le diera. »  
 Pero Zurrón que le miraba enfrente ,  
 Le dijo : « Con un gato el más valiente  
 Que han visto los tejados desta villa ,  
 Mejor es, á la usanza de Castilla ,  
 Escribirle un papel de desafío .  
 — No es ese el voto mío  
 (Garrullo replió),ni que se intente

Venganza, de victoria contingente ;  
Que siempre ha estado en varias opiniones  
Si ha de haber desafío en las traiciones.  
Soy de voto que tome el agraviado  
Un arcabuz, y aguarde  
Al gato más valiente ó más cobarde,  
Castigo de que vive descuidado  
Sin miedo del que agravia,  
Y propio efecto de la noche oscura.  
— Si se pudiera ejecutar segura,  
Fuera venganza sabia  
(dijo Chapuz valiente,  
Gato de buenas partes) ;  
Mas son tantas las artes  
Dese Marramaquiz, gato insolente,  
Que no dará ocasión que se ejecute,  
Por mucho que la noche el rostro enlute ;  
Y de mi parecer, mejor sería  
Querellarse del robo y castigalle  
Por términos jurídicos y dalle  
Muerte que corresponda á la osadía.  
— Dirán que es cobardía  
(Trebejos replicó) ni esa querella  
Está bien al honor de una doncella,  
Que es poner su defensa en opiniones ;  
Que se averigua mal con las razones  
Aquello que la causa pone en duda ;  
Que no hay para mujeres lengua muda ;  
Que ha dado el mundo en bárbaras querellas,  
No pudiendo excusar el nacer dellas.  
Pleitos aun no son buenos para gatos,  
Porque es gastar la vida y la paciencia ;  
No hay que tratar de tratos ni contratos,  
Ni andar en pruebas ni esperar sentencia.  
Si aquesta injuria há de quedar vengada,  
Remítase á la pólvora ó la espada,  
— Bien dice (respondió Raposo, haciendo  
Debido acatamiento al gran senado)  
Trebejos, y no es justo,  
Aunque se pruebe lo que estáis diciendo

Y quede á vuestro gusto sentenciado,  
Que déis al pueblo gusto,  
Al teatro sacando neciamente  
Un gato con capúz y caperuza;  
Y no menor locura que se intente,  
No siendo Micifuf el moro Muza,  
Tratar de desafíos  
Con quien sabéis que tiene tantos bríos.  
Perdóneme Zurrón, Chapuz perdone,  
Y aunque la edad le abone,  
Me perdone Panzudo,  
Si de su parecer mi intento mudo ;  
Que el mío es juntar gente  
Para tan grave empresa conveniente,  
Y formando escuadrones  
De caballos y armada infantería  
De toda la parienta gatería,  
Hacer guerra al traidor, cercar la tierra,  
Y asestándole tiros y cañones,  
Batirle la muralla noche y día,  
Hasta saber qué gente le socorre ;  
Porque si el campo Micifuf le corre,  
Y el sustento le quita,  
O que deje la plaza necesita,  
O en forma de batalla,  
Asalta la muralla,  
El se dará á partido,  
O le castigaréis siendo vencido.  
Sacad banderas pues, tóquense cajas,  
Haciendo las baquetas  
Los pergaminos rajas ;  
Terciad las picas, disparad cometas,  
Que así cobró su esposa en Troya el griego,  
Publicando la guerra á sangre y fuego. »  
Calló Raposo, y luego del senado  
El voto conferido  
En la guerra quedó determinado,  
Por ser de todos el mejor partido,  
Más justo y más honroso.  
Y dando Micifuf, como era justo,



Los brazos y las gracias á Raposo,  
Brotando humor adusto,  
A hacer la leva de la gente parte.  
Perdona, Amor; que aquí comienza Marte,  
Y sale Tisifonte  
A salpicar de fuego el horizonte;  
Suspende entre las armas los concetos:  
Pues das la causa, escucha los efetos.

## SILVA VII.

Al arma toca el campo micigriego  
Contra Marramaquíz, gato troyano;  
Violento sube, aunque oprimido en vano,  
A la región elementar el fuego;  
Inquietan de los aires el sosiego,  
Con firme agarro de la uñosa mano,  
Banderas, que con una y otra lista  
Trémulas se defienden á la vista,  
No permitiendo, pues no dejan verse,  
Que las colores puedan conocerse,  
Respondiéndose á coros  
Las cajas y los pífanos sonoros,  
Y al paso que se alternan,  
Siguiendo el son marcial los que gobiernan.  
Y luego los soldados,  
De acero y de ante y de valor armados,  
Agujas del cabello por espadas,  
Y sólo descubriendo las celadas,  
Por delante mostachos,  
Y por detrás plumíferos penachos,  
Marchando con tal orden, que la planta  
Donde el que va delante la levanta,  
Estampa el que le sigue,  
Sin que el bastón del capitán le obligue,  
Y al son de las trompetas resonantes,  
Las picas á los hombros los infantiles,  
En quien la variedad y los colores  
Formaban un jardín de varias flores,  
A la manera que el Abril le pinta

En cultivada quinta,  
Las picas de los bravos marquesotes  
De varas de medir y de virotos,  
Y ya de los plebeyos,  
Baquetas de Babiecas y Apuleyos,  
Sin escuadras gallardas,  
Que llevaban en forma de alabardas  
Aquellos cucharones  
Con que suelen sacar alcaparrones,  
Y con las palas, como medias lunas,  
Las sabrosas de Córdoba aceitunas;  
Córdoba, donde nacen andaluces  
Góngoras y Lucanos;  
Y encendidas las cuerdas en las manos,  
No de Milán dorados arcabuces  
Llevaba la lucida infantería,  
Mas de huesos de piernas de carnero,  
Que gatos de uno y otro pastelero  
Trujeron á porfía,  
Que no fueron de gato de ventero,  
Sospechosos en tales ocasiones;  
Y de huesos de vaca los cañones  
Para batir la torre.  
Con esto Micifuf el campo corre  
Y pone cerco al muro  
Armado de un arnés cóncavo y duro  
De un galápago fuerte,  
Que sin salir de sí le halló la muerte;  
La cabeza adornada  
De un sombrero, la falta levantada  
De un trencellín ceñido,  
El pasador y hebilla guarnecido,  
Con pluma verde oscura,  
Señales de esperanza con tristeza,  
Aunque la justa causa la asegura;  
Con tanta gentileza  
Al caballo arrimaba  
La estrella de la espuela,  
Y con la negra rienda le animaba  
A la obediencia del dorado freno,

De espuma y sangre lleno,  
Que sin tocar los céspedes volaba ;  
Ni es nuevo el ver que vuela,  
Pues que pintan con alas al Pegaso,  
Volando por las cumbres del Parnaso,  
Que vemos en Orlando el hipogrifo,  
Monstruo compuesto de caballo y grifo.  
Mas si dudare alguno de que hubiese  
Caballos tan pequeños,  
Pareciéndole sueños,  
Y á la naturaleza le quisiese  
Quitar de milagrosa el atributo,  
Aunque sea sin fruto  
La tácita objeción quedará llana  
Con irse de aquí á Tracia una mañana  
Que esté desocupado  
De los negocios de mayor cuidado,  
Y verá los pigmeos,  
Que en la región de trogloditas feos  
También los pone Plinio,  
Que hizo destos monstruos escrutinio,  
Y en las lagunas del egipcio Nilo,  
Otros autores por el mismo estilo,  
Que escriben que trayendo de Etiopia,  
Donde hay bastante copia,  
Dos pigmeos á Roma (gente grave),  
Se murieron de cólera en la nave.  
Homero les da patria al mediodía,  
Con su intérprete Eustacio ;  
Mela, de Arabia en el ardiente espacio,  
Que el sol fénix mayores monstruos cría ,  
Puesto que, aunque confiesa tales nombres,  
Aristóteles niega que son hombres.  
Ni en su *Ciudad de Dios* pasó en olvido  
El divino africano los pigmeos.  
Y Juvenal *umbrípidés* los llama,  
Sin otros que han negado y defendido  
Esta opinión, que divulgó la fama.  
Pero, pues, pintan monstruos semideos  
Que por los montes van de rama en rama,

Las poéticas trullas,  
Diciendo que batallan con las grullas,  
No será mucho que haya semihombres;  
Éstos con cierta patria y ciertos nombres  
En la misma región caballos tienen,  
De donde nuestros gatos se previenen;  
Que á hacer de sólo un codo  
Hombres naturaleza,  
Como pintor que muestra la destreza,  
A un naípe todo un cuerpo reducido,  
Y los caballos no del propio modo,  
Mayor monstruosidad hubiera sido  
De su instrumento ilustre y poderoso;  
Que mal pudiera andar hombre muñeca  
En el lomo espacioso  
De un gigante Babiaca;  
Así que la objeción no es de provecho,  
Pues queda el argumento satisfecho;  
Demás de que el lector puede, si quiere,  
Crear lo que mejor le pareciere;  
Porque si se perdiese la mentira,  
Se hallaría en poéticos papeles,  
Como se ve en Homero, describiendo  
A la casta Penélope, que admira  
Por los amantes necios y crüeles,  
Tejiendo y destejiendo,  
Sin dejarla dormir, de puro casta,  
Y lo contrario para ejemplo basta,  
Haciendo deshonesta  
Virgilio á Dido, Elisa por Eneas,  
Como le riñe Ausonio,  
Aunque logró tan falso testimonio,  
Menos las aguas que pasó leteas,  
Donde escribió Merlín, con cuales iras  
Castigan al poeta sus mentiras.  
Mas vuelve, oh musa, tú, para que pueda  
Ayudarme el favor de tu gimnasio,  
Que para lo que queda,  
Aunque parece poco,  
Al señor Anastasio

Pantaleón de la Parrilla invoco,  
Porque de su tabaco  
Me dé siquiera cuanto cubra un taco.  
Marramaquiz, aunque lo supo tarde,  
Había hecho alarde,  
De sus gatos amigos,  
Y halló que para tantos enemigos  
Era su gente poca ;  
Mas, como la defensa le provoca,  
Las armas al asalto prevenía,  
Supuesto que tenía  
Poco sustento para cerco largo ;  
Y cuidadoso de su nuevo cargo,  
Más triste y desabrido  
Que poeta alligido,  
Que ha parecido mal comedia suya,  
O bien la de su cómico enemigo,  
Andaba por la torre,  
Y viendo que su esposo la socorre,  
Zapaquilda más llena de aleluya,  
Más alegre, contenta y más quieta  
Que aquel mismo poeta,  
Si ha parecido mal, siendo él testigo,  
La del mayor amigo.  
Prevenido en efeto  
De toda defensión y parapeto,  
Sacó sus gatos animoso al muro  
Por todas las almenas y troneras,  
Vestido de banderas,  
Que en alto y de diversos tornasoles,  
Eran entre las nubes arreboles :  
Y coronado de diversos tiros,  
Soldados de valor y archimargiros,  
Opuestos á la furia del contrario,  
Como se mira altivo campanario  
De aldea, donde hay viñas,  
Para bajar después á las campiñas,  
Cubierto por el tiempo de las uvas  
Del escuadrón de tordos,  
Que en aquella sazón están más gordos,

Cuando los labradores  
Limpian lagares y aperciben cubas ;  
Así la negra cúpula tenía  
De soldados, de tiros y atambores,  
No menos valerosa gatería.  
Quien viera el pie que el escuadrón ceñía  
De Micifuf, y el chapitel armado  
De uno y otro gatífero soldado,  
Dijera que tal vista no fué vista  
De Darío ni de Jerjes,  
Ni tanto perdigón haciendo asperges  
En ninguna conquista,  
Ni la vió Escipión ni el rey Ordoño,  
Como en Cartago aquel, éste en Logroño ;  
Y aunque entre la de Ostende,  
Pero sin *nobis domine* se entiende.  
Ver tanto gato, negro, blanco y pardo,  
En concurso gallardo  
De dos colores y de mil remiendos,  
Dando juntos maúlllos estupendos,  
¿ A quién no diera gusto,  
Por triste que estuviera,  
Aunque perdido injustamente hubiera  
Un pleito, que es disgusto  
Después de muchos pasos y dineros,  
Para leones fieros ?  
Prevenidos, en fin, para el asalto,  
Mueven á sobresalto  
Los ánimos valientes  
Las retumbantes cajas,  
Previenen uñas y acicalan dientes,  
Calando juntas las celadas bajas,  
Que en las frentes bisoñas  
Más eran de sartén que de Borgoñas ;  
Pero en silencio los clarines roncos,  
Que sonaban á modo de zampoñas,  
Puesto á la margen de unos verdes troncos,  
Que no importa saber de lo que fueron,  
De pies en uno Micifuf bizarro,  
Cuando del sol el carro,

Que Etontes y Flegón amanecieron,  
 Atrás iban dejando el mediodía,  
 Dijo á su belicosa infantería  
 Que atenta le escuchaba,  
 Que aunque era gato, Cicerón hablaba :  
 « Generosos amigos,  
 De mis afrentas y dolor testigos :  
 La honra, que los ánimos produce,  
 A tan ilustre empresa me conduce ;  
 Esta sola me anima ;  
 Quien no sabe qué es honra no la estima.  
 Miente el que dijo, y miente el que lo estampa,  
 Que *un bel fugir tutta la vita escampa* ;  
 Pues mejor viene agora,  
 Que *un bel morir tutta la vita honora*.  
 Es la virtud del hombre  
 La que le inclina á los ilustres hechos ;  
 Digna es la fama de valientes pechos.  
 Hoy habéis de ganar glorioso nombre ;  
 Ninguna fuerza ni amenaza asombre  
 El que tenéis de gatos bien nacidos ;  
 Que estos viles alardes  
 (Porque en siendo traidores son cobardes)  
 Ya están medio vencidos  
 Con sólo haber llegado á sus oídos  
 Que yo soy quien os guía.  
 A Anibal preguntó Scipión un día  
 Que cuál era del mundo el más valiente ;  
 Y él respondió feroz con torva frente :  
 —Alejandro el primero,  
 El segundo fué Pirro, y yo el tercero. —  
 Si entonces yo viviera,  
 Cuarto lugar me diera.  
 Al arma acometed, yo voy delante ;  
 Y el no tener escalas no os espante,  
 Que no son necesarias las escalas  
 Si en vuestra ligereza tenéis alas. »  
 Dijo ; y vibrando un fresno en la ñudosa  
 Mano, al muro arremete,  
 Y con él mata siete,

Maúz, Zurrón, Maufrido, Garrafosa,  
Ociquimocho, Zambo y Colituerto,  
Galazo que, de roja piel cubierto,  
Crió la mondonguifera Garrida,  
Aunque toda su vida  
Más enseñado á manos y cuajares  
Que á nobles ejercicios militares ;  
Mas son tan eficaces las razones  
Formadas de los ínclitos varones,  
Como Alciato escribe, cuando asidos  
Llevaba de una cuerda de los labios  
El Anfitrióniades Alcides,  
Cuantos hombres prestaban los oídos  
A la elocuencia de los hombres sabios.  
Pero ya los agravios  
De Micifuf la guerra comenzaban,  
Ya los gatos trepaban  
La torre por escalas de sus uñas,  
Más fuertes garabatos  
Que los de tundidores y garduñas ;  
Ya por la piedra entre la cal metidas,  
Sin estimar las vidas,  
Subían gatos y bajaban gatos,  
Los unos como bueyes agarrados,  
Que clavan en las cuestras las pezuñas,  
Los otros como bajan despeñados  
Fragmentos de edificio que derriban,  
Que de su mismo asiento se derrumba.  
A cuál sirven de tumba,  
Después que del vital aliento privan,  
Las losas que le arrojan ;  
A cuál de vida y alma le despojan  
En medio del camino.  
No despide en oscuro remolino  
Más balas tempestad de puro hielo,  
Que bajan plomos de la torre al suelo,  
Allí murió Galván, allí Trebejos,  
Que le acertó la muerte desde lejos,  
Dándole con un cántaro en los cascós,  
Y otros con ollas, búcaros y frascos.



Así suelen correr por varias partes  
En casa que se quema los vecinos  
Confusos, sin saber adonde acudan.  
No valen los remedios ni las artes;  
Arden las tablas, y los fuertes pinos  
De la tea interior el humor sudan ;  
Los bienes muebles mudan  
En medio de las llamas ;  
Estos llevan las arcas y las camas,  
Y aquellos con el agua los encuentran ;  
Estos salen del fuego, aquellos entran ;  
Crece la confusión, y más si el viento  
Favorece al flamígero elemento.  
Mas como el alto Júpiter mirase  
Desde su Olimpo y estrellado asiento  
La batalla cruel, de sangre llena,  
Temiendo que quedase  
En competencia tan feroz y airada  
La máquina terrestre desgastada,  
Justo remedio á tanto mal ordena.  
« Dioses, no es justo (dijo) que la espada  
Sangrienta de la guerra  
Se muestre aquí tan fiera y rigurosa,  
Aunque es la misma de la griega hermosa,  
Y que muertos los gatos, esta tierra  
Se coma de ratones.  
Porque se volverán tan arrogantes,  
Que ya considerándose gigantes,  
No teniendo enemigos de quien huyan  
Y el número infinito desminuyan,  
Serán nuevos Titanes,  
Y querrán habitar nuestros desvanes. »  
Con esto luego envía  
De oscuras nieblas una selva espesa,  
Y la batalla cesa,  
Revuelto en sombras de la noche el día ;  
Y desde aquel con inmortal porfía  
Los unos y los otros prosiguieron,  
Aquellos en la ofensa,  
Y estos en la defensa ;

Pero durando el cerco, no tuvieron  
 Remedio ni sustento los cercados ;  
 Tanto, que á Zapaquilda desfigura  
 La hambre la hermosura,  
 Vueltas las rosas nieve ;  
 Por onzas come, por adarmes bebe.  
 Marramaquiz, que ya morir la vía,  
 Con amante osadía,  
 Pero, sin que le viesen los soldados,  
 Salió por un resquicio á los tejados  
 De una tronera que en la torre había,  
 Para coger algunos pajarillos.  
 Iba con él Malvillos,  
 Que á este sólo fió su atrevimiento,  
 Y por partir la caza del sustento ;  
 Y estando ; oh dura suerte !  
 Acechando á la punta de un alero  
 Un tordo que cantaba,  
 La inexorable muerte,  
 Flechando el arco fiero,  
 Traidora le acechaba.  
 ¿Qué prevenciones, qué armas, qué soldados  
 Resistirán la fuerza de los hados ?  
 Un príncipe que andaba  
 Tirando á los vencejos  
 (Nunca hubieran nacido,  
 Ni el aire tales aves sostenido)  
 Le dió un arcabuzazo desde lejos.  
 Cayó para las guerras y consejos ;  
 Cayó súbitamente  
 El gato más discreto y más valiente,  
 Quedando aquel feroz aspecto y bulto  
 Entre las duras tejas insepulto ;  
 Pero muerto también, como era justo,  
 A las manos de un Cesar siempre agosto.  
 Llevó Malvillos pálido la nueva,  
 Que de su fe y amor llorando en prueba,  
 Se mesaban las barbas á porfía,  
 Como tudescos, muerto el que los guia ;  
 Mas deseando verse satisfechos

Del sustento forzoso,  
Rindieron las almenas y los pechos  
Al héroe, sin victoria victorioso ;  
Y Micifuf, con todos amoroso  
Porque le prometieron vasallaje,  
Hizo luego traer de su bagaje,  
Con mano liberal, peces y queso.  
Alegre Zapaquilda del suceso,  
Mudó el pálido luto en rico traje ;  
Dióle sus brazos, y á su padre amado,  
Y el viejo á ella, en lágrimas bañado ;  
Y para celebrar el casamiento  
Llamaron un autor de los famosos,  
Que estando todos en debido asiento,  
En versos numerosos  
Con esta acción dispuso el argumento,  
Dejando alegre en el postrero acento  
Los ministriles, y de cuatro en cuatro  
Adornado de luces el teatro.

## QUEVEDO

El tiempo, que es las más de las veces gran aclarador de misterios, descubridor de secretos y ocultos pensamientos; que fija y señala el verdadero punto de vista de los hombres y de las cosas, da motivo en algunas ocasiones, para que, á través de sus siglos y sus etapas, se desfigure y tuerza el verdadero concepto de los hechos, y la genuina representación de los hombres.

Esto acontece con respecto á Quevedo. De todos los grandes hombres de nuestro siglo de oro (entre los cuales figura Quevedo en primera línea y por propio derecho), ninguno es tan desconocido y al mismo tiempo tan popular, como él.

Esta afirmación, que parece, á primera vista una paradoja, se explica perfectamente teniendo en cuenta la infinidad de epigramas, cuentos y chistes, la mayor parte de subido color, que el vulgo le atribuye; y considerando después cuan reducido es el número de los que conocen las obras políticas, filosóficas y literarias, todas de extraordinario mérito, que Quevedo escribió.

No hay almanaque, periódico, ó revista, que no acuda para su venta al tentador reclamo de los « chistes y epigramas » de Quevedo y Espronceda; y si bien es cierto que con esta manía ponen de manifiesto la inmensa popularidad de aquellos dos célebres ingenios, no es menos verdad también que atribuyéndoles obscenas é insignificantes producciones, que nunca escribieron, se amengua de este modo su fama, se extravía la opinión del verdadero conocimiento de las obras que produjeron, y se hace ofensa manifiesta al espíritu recto y á la nobleza de sentimientos de aquellos dos hombres extraordinarios; que si cada cual en su época, tuvieron el aliento suficiente para salirse fuera del estrecho molde de lo vulgar y trillado, y protestar en contra de los abusos y de las tiranías de todos géneros, no tuvieron nunca la baja de emplear

su genio en corromper las costumbres, ni mucho menos en pervertir el gusto social.

Hecha esta justificación del nombre de Quevedo, siquiera sea humilde é insignificante por ser nuestra, daremos en breves líneas, sus principales apuntes biográficos.

Nació D. Francisco de Quevedo y Villegas, en Madrid, el 26 de Setiembre del año 1580; es decir cuando ya Lope empezaba á dar precoces muestras de su claro ingenio, y Cervantes emprendía como soldado su segunda campaña en la conquista del reino Lusitano.

Hijo, Quevedo, de D. Pedro Gómez, secretario de la reina D.<sup>a</sup> Ana de Austria, y de D.<sup>a</sup> María Santibáñez, camarista de dicha reina, fué introducido en la corte desde sus primeros años donde llegó á comprender bien pronto y con claridad envidiable, todas las marañas, todas las intrigas que son necesarias para sostenerse al lado de las personas reales; marañas é intrigas que censuró con su franco lenguaje y ridiculizó con su sangrienta sátira; pues con su carácter altivo y su genio franco no pudo nunca avenirse á las bajezas y al servilismo, condición que, como veremos más adelante, le había de producir amargos y profundos sinsabores.

Estudió en Alcalá, y uniendo á su claro espíritu de observación, un estudio constante y aprovechado (aun en la litera en que salía iba estudiando) llegó á reunir una suma de conocimientos extraordinaria; dominando con perfección el griego, el latín, el italiano y el francés, y siendo uno de los más hábiles y experimentados políticos y diplomáticos de su siglo.

Conociendo y queriendo aprovecharse de estas extraordinarias aptitudes, llevóle consigo el duque de Osuna como secretario á la embajada de España en Venecia, que aquel magnate fué á desempeñar, y que por ser entonces uno de los cargos más graves y difíciles de la diplomacia, dió á Quevedo ancho campo para ejercitar los poderosos recursos de su ingenio y de su habilidad política, obteniendo en recompensa una pensión de 400 ducados, y el hábito de Santiago.

Sin embargo, á la caída de Osuna estuvo preso tres años y medio en su torre de Juan Abad.

Vuelto á la corte ocurrió á Quevedo una aventura muy propia de aquella época; pero más propia aún del carácter generoso y del corazón noble de aquel hombre extraordinario.

Saliendo un día á primera hora de oír misa en el convento de Capuchinos, situado en el emplazamiento que hoy ocupa la plaza de Bilbao, entraba en la iglesia una dama que por su porte parecía de alta alcurnia, y cuyo rostro iba cuidadosa-

mente cubierto con un espeso velo; un hombre, entre caballero y matón de la época, que á la puerta del templo se hallaba, se dirigió á la encubierta en no muy buenas formas, mostrando su deseo de conocerla. Resistióse la tapada y pasando el atrevido de las palabras á los hechos intentó quitarla el velo con que encubría el rostro.

Interpúsose entonces Quevedo, saliendo en defensa de la desconocida, y el matón echando mano á su espada obligó al poeta á requerir la suya (en lo cual nunca anduvo tardo) y trabándose entre ambos encarnizada lucha, dejó al cabo de pocos golpes tendido á sus pies, al atrevido; por lo cual, y para evitar pesquisas y sospechas huyó de Madrid á donde no volvió hasta pasado algún tiempo y olvidado el suceso.

Tornó entonces Quevedo á ser el hombre de moda de la corte, y á ser agasajado por Felipe IV., que como sabemos era muy aficionado á la poesía; hasta que los enemigos del gran escritor, que no eran pocos, por creerse todos aludidos (tanto lo merecian) en sus sátiras, consiguieron hacerle sospechoso á los ojos del favorito Olivares, el cual era siempre materia dispuesta para tales cosas, mucho más tratándose de un hombre como Quevedo, cuyo talento y extraordinarias dotes envidiaba sobremanera.

Habiéndose por entonces empezado á dar á Felipe IV., el sobrenombre de « Grande », cosa que en extremo lisonjeaba su orgullo, hizose muy común entre los descontentos un refrán que comparaba al rey con un barranco « por que era más grande cuanto más tierra le quitaban. »

Así mismo, adquirió popularidad inmensa una copla que decía :

No nos queda otra señal  
De nuestro rey soberano,  
Que en nada pone la mano  
Que no le suceda mal,

refrán y copla, que la malicia, sin prueba de ninguna especie atribuyó á Quevedo, el cual, también sin prueba fué puesto á ella sufriendo una larga prisión.

Cuando al cabo de mucho tiempo volvió á la corte, su generoso espíritu no trató de inquirir noticia alguna acerca de quien era el verdadero culpable de su prisión, dedicándose por algún tiempo á criticar las corrompidas costumbres de su época, en ingeniosos artículos y bellísimas poesías, que serán unos y otras el encanto y la admiración de todas las generaciones.

Por entonces fué cuando recogió y dió á la imprenta sus

célebres sueños « El sueño de las calaveras », « El Alguacil alguacilado », « Las Zahurdas de Plutón », « El mundo por de dentro », — « Visita de los chistes », « Casa de locos de amor », etc., artículos todos matizados de sabrosísimos pensamientos, conocimientos profundos y nutridos de sana moral, puesto que tienden á poner de manifiesto los vicios de todas las clases; los cuales artículos se habían publicado en distintos puntos de Europa, según dice D. Antonio M.<sup>a</sup> de Léiva, adulterados y llenos de inexactitudes y obscenidades, hasta el punto que el mismo Quevedo hubo de pedir á la Inquisición que los recogiese.

Pero aun la desgracia había de cebarse de nuevo en aquel hombre ilustre; si con fundamento ó sin él no se sabe; verdad es que el hecho de que le acusaron era tan noble, que si él no le cometió (lo cual dado su carácter era muy posible) daba lugar á que se le pudiera atribuir.

Apareció por aquellos días en la mesa del rey un memorial, escrito en verso, en el cual con enérgico y claro lenguaje se ponían de manifiesto todas cuantas desdichas agobiaban á España, añadiendo que la causa de todos estos males era la imprudente y ciega confianza que el rey tenía en su favorito el Conde-Duque de Olivares.

Ofendióse el rey al ver tal irreverencia, rugió de ira el Conde-Duque al considerar tal atrevimiento, jurando tomar de él tremenda venganza, y como en palacio corriérase la voz de que solo Quevedo podía ser el autor del tan atrevido memorial, sin averiguaciones de más especie, se metió á Quevedo en una prisión de su torre, donde estuvo preso hasta que se reconoció su inocencia; muriendo en Villanueva de los Infantes el 8 de setiembre del año de 1645.

Ya lo hemos dicho antes; Quevedo, completamente desconocido de la generalidad de las gentes, no es sólo el poeta y crítico que á lo Juvenal satiriza los vicios de sus contemporáneos, por más que esto lo hace con extraordinario ingenio, y en una prosa, verdadera maravilla del habla castellana; es además filósofo profundo, hábil diplomático, y político experimentado. Otra condición inapreciable, su firmeza de carácter y la energía de sus convicciones, le impidieron en aquella época de venalidad y favoritismo, aplicar sus especiales aptitudes al gobierno de su patria; pues D. Francisco de Quevedo no era hombre que había de buscar el medro, con humillaciones y bajezas, camino, el solo entonces propio para llegar á las alturas. Había nacido águila, y no quiso arrastrarse como los reptiles; é hizo bien, pues como águila ha subido tan alto, que nadie ha podido sobrepujarle después.

Sus principales obras, además de las poéticas que son muchas y valiosísimas, son : « La vida de S. Pablo », « Vida de Marco Bruto », « Política de Dios y gobierno de Cristo », y otras, entre ellas los sueños arriba citados, de los cuales ponemos tres en este tomo, que si por las anteriores obras en él incluídas, no fuera ya una joya de la literatura, lo sería con sólo contener en sí algunas líneas de tan ilustre autor.

Como ya hemos dicho, censura en éstos los vicios sociales de todas clases ; pero lo hace con tan gran sentido, que no puede menos de causar admiración el alto concepto con que siente y expresa la virtud cuando dice :

« Reprended la hambre del premio, que de buen varón es seguir la virtud sola, y de codiciosos los premios no más ; y quien no sosiega en la virtud, y la sigue por el interés y mercedes que se siguen, más es mercader que virtuoso, pues la hace á precio de perecedores bienes. »

Igual concepto le merece la nobleza, y así exclama : « Acauos de desengañar, que el que descende del Cid, de Bernardo y de Godofredo y no es como ellos, sino vicioso como vos, ese tal, más destruye el linaje que lo hereda. »

¡ Cuán hermosa exclamación es aquella en que, después de hacer profundas y verdaderas observaciones acerca de la honra dice :

« ¡ Desvaneceos, pues bien mortales ! ¡ Y cómo se echa de ver que esto es el infierno, donde para atormentar á los hombres con amarguras les dicen las verdades ! »

¡ Cómo conoce y fustiga la hipocresía

« ¡ Qué ceguedad de hombres ! — exclama, — prometer dádivas al que pedís, con ser la suma riqueza ! Pedís á Dios por merced, lo que él suele dar por castigo ; y si os lo da, os pesa de haberlo tenido cuando morís ; y si no os lo da, cuando vivís ; y así de puro necios, siempre tenéis quejas. »

¡ Con qué sobriedad y energía describe ! cuando dice : « A la puerta estaba la Justicia espantosa, y en la segunda entrada, el Vicio desvergonzado y soberbio ; la Malicia ingrata é ignorante, la Incredulidad, resoluta y ciega, y la Inobediencia bestial y desbocada. Estaba la blasfemia insolente y tirana llena de sangre, ladrando por cien bocas, y vertiendo veneno por todas, con los ojos armados de llamas ardientes, etc.

Pasa luego del estilo elevado al gracioso y ligero, y retrata el mentecato de entonces y de todos los tiempos, en cuatro pinceladas diciendo :

« ¿ Ves aquel aciago de cara ? Pues siendo un mentecato, por parecer discreto y ser tenido por tal, se alaba de que tiene poca memoria ; quéjase de melancolias, vive descontento y



préciase de mal regido ; y es hipócrita que parece entendido y es mentecato. »

¡ Con qué donaire y facilidad juega con el lenguaje dando sus verdaderos nombres á las cosas ! cuando dice :

« Amistad llaman al amancebamiento, trato á la usura, burla á la estafa, gracia la mentira, donaire la malicia, descuido la bellaquería ; valiente al desvergonzado, cortesano al bagabundo, al negro moreno, señor maestro al albardero, y señor doctor al platicante, etc. »

Sería alargar infinitamente estos sencillos apuntes si hubiéramos de hacer algunas consideraciones, siquiera fuesen breves acerca de las innumerables bellezas que contienen los artículos de que tratamos ; ellas son tantas que no encontramos medio más propio de alabarlas como se merecen, que remitir á ellas al lector para que por sus propios ojos vea, y con su entendimiento juzgue ; mas no dejaremos la pluma sin señalar primero, la dulzura, la gracia, la poesía y el ingenio, con que describe Quevedo una mujer ; dice así :

« Venía una mujer hermosa, trayéndose de paso los ojos que la miraban, y dejando los corazones llenos de deseos ; iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro á los que ya la habían visto, y descubriéndole á los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo, tal vez por tejadillo ; ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacía brújula mostrando un ojo solo, y tapada de medio lado, descubría un tarazón de mejilla. Los cabellos martirizados, hacían sortijas á las sienes ; el rostro era nieve, grana y rosas, que se conservaban en amistad esparcidas por labios, cuello y mejillas ; los dientes trasparentes ; y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones. »

De esta manera, mostraba Quevedo, que en todos los géneros de literatura, era superior ; que su mente era arsenal inagotable de pensamientos profundos, de sátiras graciosas y de madrigales dulcísimos ; haciendo ver en fin, no sólo á sus contemporáneos sino á las generaciones posteriores, cuan injustamente fué tratado, y que mal comprendidos fueron los verdaderos destellos de su genio.

# LOS SUEÑOS

DE

## DON FRANCISCO DE QUEVEDO

---

### DEDICATORIA

A NINGUNA PERSONA DE TODAS CUANTAS DIOS CRIÓ  
EN EL MUNDO.

Habiendo considerado que todos dedican sus libros con dos fines, que pocas veces se apartan : el uno, de que la tal persona ayude para la impresión con su bendita limosna; el otro, de que ampare la obra de los murmuradores; y considerando (por haber sido yo murmurador muchos años) que esto no sirve sino de tener dos de quien murmurar : del necio, que se persuade que hay autoridad de que los maldicientes hagan caso, y del presumido que paga con su dinero esta lisonja; me he determinado á escribirle á trochimoche, y á dedicarle á tontas y á locas, y suceda lo que sucediere. Quien le compra y murmura, primero hace burla de sí, que gastó mal el dinero, que del autor, que se le hizo gastar mal. Y digan y hagan lo que quisieren los mecenas, que como nunca los he visto andar á cachetes con los murmuradores sobre si dijo ó no dijo, y los veo muy pacíficos de amparo, desmentidos de todas las calumnias que hacen á sus encomendados, sin acordarse del libro del duelo, más he querido atreverme que engañarme. Hagan todos lo que quisieren

de mi libro, pues yo he dicho lo que he querido de todos. Adios, Mecenas, que me despido de dedicatoria.

Yo.

### A LOS QUE HAN LEÍDO Y LEYEREN.

Yo escribí con ingenio facinoroso en los hervores de la niñez, más ha de veinte y cuatro años, los que llamaron sueños míos; y precipitado, les puse nombres más escandalosos que propios. Admitaseme por disculpa que la sazón de mi vida era por entonces más propia del ímpetu que de la consideración. Tuve facilidad en dar traslado á los amigos; mas no me faltó cordura para conocer que en la forma que estaban no eran sufribles á la imprenta; y así, los dejé con desprecio. Cuando por la ganancia que se prometieron de lo sabroso de aquellas agudezas, sin enmienda ni mejora, algunos mercaderes extranjeros las pusieron en la publicidad de la imprenta, sacándome en las canas lo que atropellé antes del primer bozo; y no sólo publicaron aquellos escritos sin lima ni censura, de que necesitaban, antes añadieron á mi nombre tratados ajenos, añadiendo en unos y dejando en otros muchas cosas considerables; — yo, que me vi padecer no sólo mis descuidos, sino las malicias ajenas, doctrinado del escándalo que se recibía de ver mezcladas veras y burlas, he desagraviado mi opinión, y sacado estas manchas á mis escritos, para darlos bien corregidos, no con menos gracia, sino con gracia más decente; pues quitar lo que ofende no es disminuir, sino desembarazar lo que agrada. Y porque no padezcan las demasias del hurto que han padecido los demás papeles, saco de nuevo el de la *Culta latiniparla* y el *Cuento de cuentos*, en que se agotan las imaginaciones que han embarazado mi tiempo. Tanto ha podido el miedo de los impresores, que me ha quitado el gusto que yo tenía de divulgar estas cosas, que me dejan ocupado en su disculpa, y con obligación á la penitencia de haberlas escrito. Si vuesa merced, señor

lector, que me compró facinoroso, no me compra modesto, confesará que solamente le agradan los delitos, y que sólo le son gustosos discursos malhechores.

### ADVERTENCIA DE LAS CAUSAS DESTA IMPRESIÓN.

DON ALONSO MESSA DE LEIVA

Habiendo visto impresos en Aragón, y en otras partes fuera del reino, con nombre de DON FRANCISCO QUEVEDO VILLEGAS estos discursos, con tanto descuido y malicia, que entre lo añadido y olvidado, y errores de traslados é imprenta, se desconocían de su autor; y más teniéndolos yo trasladados de su original, determiné, dándole cuenta, de restituirlos, limpiándolos del contagio de tantos descuidos, porque se vea cuan de otra suerte en su primera edad juzgaba con la pluma, sin apartarse de la enseñanza. Y es cierto no consintiera hoy esta impresión, á no hallarse obligado por las muchas que destos propios tratados se han hecho en toda la Europa, tan adulteradas, que le obligaron á pedir al tribunal supremo de la Inquisición las recogiese, imitando en esta modestia (aunque tan diferente) á Eneas Silvio, que después de pontífice mandó recoger algunas obras de este estilo que había divulgado en la mocedad. Salen enteras (como se verá en ellas) con cosas que no habían salido, y en todas se ha excusado la mezcla de lugares de la Sagrada Escritura, y alguna licencia que no era apacible; que aunque hoy se lee uno y otro en el Dante, DON FRANCISCO me ha permitido esta lima; y aseguro en su nombre que procurará agradar á todos, sin ofender á alguno: cosa que en la generalidad con que trata de solo los malos, forzosamente será bienquisto; sujetándose á la censura de los ministros de la santa Iglesia romana en todo, con intento cristiano y obediencia rendida.

# EL SUEÑO DE LAS CALAVERAS

---

AL CONDE DE LEMOS.

PRESIDENTE DE INDIAS.

A manos de vuecelencia van estas desnudas verdades, que buscan, no quien las vista, sino quien las consienta; que á tal tiempo hemos venido, que con ser tan sumo bien, hemos de rogar con él. Prométese seguridad en ellas solas. Viva vuecelencia para honra de nuestra edad.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

## DISCURSO.

Los sueños, dice Homero, que son de Júpiter y que él los envía; y en otro lugar, que se han de creer. Es así, cuando tocan en cosas importantes y piadosas, ó las sueñan reyes y grandes señores, como se colige del doctísimo y admirable Propercio en estos versos :

Nec tu sperne piis venientia somnia portis..  
Quum pia venerunt somnia, pondus habent.

Dígolo á propósito que tengo por caído del cielo uno que yo tuve estas noches pasadas, habiendo cerrado los ojos con el libro del Dante; lo cual fué causa de soñar que veía un tropel de visiones. Y aunque en casa de un poeta es cosa dificultosa creer que haya cosa de juicio (aun por sueños), le hubo en mí por la razón que da Claudiano en la prefación al libro segundo del *Rapto*, diciendo que

que todos los animales sueñan de noche como sombras de lo que trataron de día. Y Petronio Arbitro dice :

*Et canis in somnis leporis vestigia latrat.*

Y hablando de los jueces :

*Et pavidó cernit inclusum corde tribunal.*

Parecióme, pues, que veía un mancebo que, discurriendo por el aire, daba voz de su aliento á una trompeta, afeando con su fuerza en parte su hermosura. Halló el son obediencia en los mármoles, y oídos en los muertos ; y así, al punto comenzó á moverse toda la tierra, y á dar licencia á los huesos que anduviesen unos en busca de otros. Y pasando tiempo (aunque fué breve), vi á los que habían sido soldados y capitanes levantarse de los sepulcros con ira, juzgándola por seña de guerra ; á los avarientos, con ánsias y congojas, recelando algún rebato ; y los dados á vanidad y gula, con ser áspero el son, lo tuvieron por cosa de sarao ó caza. Esto conocía yo en los semblantes de cada uno, y no vi que llegase el ruido de la trompeta á oreja que se persuadiese á lo que era. Después noté de la manera que algunas almas huían, unas con asco y otras con miedo, de sus antiguos cuerpos : á cual faltaba un brazo, á cual un ojo ; y dióme risa ver la diversidad de figuras, y admiróme la providencia en que, estando barajados unos con otros, nadie por yerro de cuenta se ponía las piernas ni los miembros de los vecinos. Sólo en un cementerio me pareció que andaban destrocando cabezas, y que vi á un escribano que no le venía bien el alma, y quiso decir que no era suya por descartarse della. Después, ya que á noticia de todos llegó que era el día del juicio, fué de ver como los lujuriosos no querían que los hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí ; los maldicientes las lenguas ; los ladrones y matadores gastaban los pies en huir de sus mismas manos. Y volviéndome á un lado, vi á un avariento que estaba preguntando á uno (que por haber sido embalsamado y estar lejos sus tripas no hablaba, porque no habían llegado) si habían de resucitar aquel día todos los

enterrados, si resucitarían unos bolsones suyos. Ríerame si no me lastimara á otra parte el afán con que una gran chusma de escribanos andaban huyendo de sus orejas, deseando no las llevar, por no oír lo que esperaban; mas solos fueron sin ellas los que acá las habían perdido por ladrones; que por descuido no fueron los más. Pero lo que más me espantó fué ver los cuerpos de dos ó tres mercaderes que se habían vestido las almas del revés, y tenían todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha. Yo veía todo ésto de una cuesta muy alta, cuando oí dar voces á mis pies que me apartase; y no bien lo hice, cuando comenzaron á sacar las cabezas muchas mujeres hermosas, llamándome descortés y grosero porque no había tenido más respeto á los damas (que aun en el infierno están las tales y no pierden esta locura). Salieron fuera muy alegres de verse gallardas y desnudas entre tanta gente que las mirase; aunque luego, conociendo que era el día de la ira, y que la hermosura las estaba acusando de secreto, comenzaron á caminar al valle con pasos más entretenidos. Una que había sido casada siete veces iba trazando disculpas para todos los maridos. Otra dellas, que había sido pública ramera, por no llegar al valle no hacía sino decir que se le habían olvidado las muelas y una ceja, y volvía y deteníase; pero al fin llegó á vista del teatro, y fué tanta la gente de los que había ayudado á perder y que señalándola daban gritos contra ella, que se quiso esconder entre una caterva de corchetes, pareciéndole que aquella no era gente de cuenta aun en aquel día. Divirtióme desto un gran ruido que por la orilla de un río venía de gente en cantidad tras un médico, que después supe que lo era en la sentencia. Eran hombres que había despachado sin razón antes de tiempo, y venían por hacerle que pareciese, y al fin por fuerza le pusieron delante del trono. A mi lado izquierdo oí como ruido de alguno que nadaba, y vi un juez, que lo había sido, que estaba en medio de un arroyo lavándose las manos, y esto hacía muchas veces. Lleguéme á preguntarle por qué se lavaba tanto; y díjome que en vida, sobre ciertos negocios se las habían untado, y que estaba porfiando allí por no parecer con ellas de aquella suerte

delante de la universal residencia. Era de ver una legión de verdugos con azotes, palos y otros instrumentos, como traían á la audiencia una muchedumbre de taberneros, sastres y zapateros, que de miedo se hacían sordos ; y aunque habían resucitado, no querían salir de la sepultura. En el camino por donde pasaban, al ruido, sacó un abogado la cabeza y preguntóles que adonde iban ; y respondiéronle : « Al tribunal de Radamanto », á lo cual, metiéndose más adentro, dijo : « Esto me ahorraré de andar después, si he de ir más abajo. » Iba sudando un tabernero de congoja, tanto, que cansado se dejaba caer á cada paso, y á mí me pareció que le dijo un verdugo : « Harto es que sudéis el agua, y no nos la vendáis por vino. » Uno de los sastres, pequeño de cuerpo, redondo de cara, malas barbas y peores hechos, no hacía sino decir : « ¿ Qué pude hurtar yo, si andaba siempre muriéndome de hambre ? » Y los otros le decían (viendo que negaba haber sido ladrón) que cosa era despreciarse de su oficio. Toparon con unos salteadores y capeadores públicos que andaban huyendo unos de otros, y luego los verdugos cerraron con ellos, diciendo que los salteadores bien podían entrar en el número, porque eran á su modo sastres silvestres y monteses, como gatos del campo. Hubo pendencia entre ellos sobre afrentarse los unos de ir con los otros ; y al fin, juntos llegaron al valle. Tras ellos venía la locura en una tropa, con sus cuatro costados, poetas, músicos, enamorados y valientes, gente en todo ajena deste día : pusiéronse á un lado. Andaban contándose dos ó tres procuradores las caras que tenían, y espantábanse que les sobrasen tantas, habiendo vivido descaradamente. Al fin vi hacer silencio á todos.

El trono era obra donde trabajaron la omnipotencia y el milagro. Júpiter estaba vestido de sí mismo, hermoso para los unos y enojado para los otros ; el sol y las estrellas colgando de su boca, el viento tullido y mudo, el agua recostada en sus orillas, suspensa la tierra, temerosa en sus hijos, de los hombres. Algunos amenazaban al que les enseñó con su mal ejemplo peores costumbres. Todos en general pensativos : los piadosos, en que gracias le darían, como rogarían por sí, y los malos, en dar disculpas.



Andaban los procuradores mostrando en sus pasos y colores las cuentas que tenían que dar de sus encomendados, y los verdugos repasando sus copias, tarjas y procesos. Al fin, todos los defensores estaban de la parte de adentro, y los acusadores de la de afuera. Estaban guardas á una puerta tan angosta, que los que estaban á puros ayunos flacos, aun tenían algo que dejar en la estrechura.

A un lado estaban juntas las desgracias, peste y pesadumbres, dando voces contra los médicos. Decía la peste que ella los había herido; pero que ellos los habían despachado; las pesadumbres, que no habían muerto ninguno sin ayuda de los doctores; y las desgracias, que todos los que habían enterrado habían ido por entrambos. Con eso los médicos quedaron con cargo de dar cuenta de los difuntos; y así, aunque los necios decían que ellos habían muerto más, se pusieron los médicos con papel y tinta en un alto con su arancel, y en nombrando la gente, luego salía uno dellos y en alta voz decía: « Ante mí pasó á tantos de tal mes », etc.

Pilatós se andaba lavando las manos muy apriesa, para irse con sus manos lavadas al brasero. Era de ver como se entraban algunos pobres entre media docena de reyes que tropezaban con las coronas, viendo entrar las de los sacerdotes tan sin detenerse. Llegó en esto un hombre desaforado lleno de ceño; y alargando la mano, dijo: « Esta es la carta de examen. » Admiráronse todos: dijeron los porteros que quién era; y él en altas voces respondió: « Maestro de esgrima examinado y de los más diestros del mundo; » y sacando unos papeles del pecho, dijo que aquellos eran los testimonios de sus hazañas. Cayéronse en el suelo por descuido los testimonios, y fueron á un tiempo á levantarlos dos furias y un alguacil, y él los levantó primero que las furias. Llegó un abogado, y alargó el brazo para asille y metelle dentro; y él, retirándose, alargó el suyo, y dando un salto, dijo: « Esta de puño es irreparable, y pues enseño á matar, bien puedo pretender que me llamen Galeno; que si mis heridas anduvieran en mula, pasaran por médicos malos: si me queréis probar, yo daré buena cuenta. » Riéronse

todos, y un oficial algo moreno le preguntó que nuevas tenía de su alma. Pidiéronle no sé que cosas, y respondió que no sabía tretas contra los enemigos della. Mandáronle que se fuese, y diciendo: «Éntre otro», se arrojó. Y llegaron unos dispenseros á cuentas (y no rezándolas), y en el ruido con que venía la trulla, dijo un ministro. «Dispenseros son»; y otros dijeron: «No son»; y otros: «Sisón»; y dióles tanta pesadumbre la palabra sisón, que se turbaron mucho. Con todo, pidieron que se les buscase su abogado, y dijo un verdugo. «Ahí está Judas, que es apóstol descartado.» Cuando ellos oyeron ésto, volviéndose á otra furia, que no se daba manos á señalar hojas para leer, dijeron: «Nadie mire, y vamos á partido, y tomamos infinitos siglos de fuego.» El verdugo, como buen jugador, dijo: «Partido pedís? No tenéis buen juego.» Comenzó á descubrir, y ellos, viendo que miraba, se echaron en baraja de su bella gracia. Pero tales voces como venían tras de un malaventurado pastelero no se oyeron jamás de hombres hechos cuartos; y pidiéndole que declarase en que les había acomodado sus carnes, confesó que en los pasteles; y mandaron que les fuesen restituídos sus miembros de cualquier estómago en que se hallasen. Dijéronle si quería ser juzgado, y respondió que sí, á Dios y á la ventura. La primera acusación decía no sé que de gato por liebre; tanto de huesos, y no de la misma carne, sino advenedizos; tanto de oveja y cabra, caballo y perro; y cuando él vió que se les probaba á sus pasteles haberse hallado en ellos más animales que en el arca de Noé (porque en ella no hubo ratones ni moscas, y en ellos sí), volvió las espaldas y dejólos con la palabra en la boca. Fueron juzgados los filósofos, y fué de ver cómo ocupaban sus entendimientos en hacer silogismos contra su salvación. Mas lo de los poetas fué de notar que de puro locos querian hacer á Júpiter malilla de todas las cosas. Virgilio andaba con su *Sicelides musae*, diciendo que era el nacimiento; mas saltó un verdugo, y dijo no sé que de Mecenas y Octavia, y que había mil veces adorado unos cuernecillos suyos, que los traía por ser día de más fiesta: contó no sé que cosas. Y al fin, llegando Orfeo (como más antiguo) á hablar por todos, le

mandaron que se volviese otra vez á hacer el experimento de entrar en el infierno para salir; y á los demás, por hacérseles camino, que le acompañasen. Llegó tras ellos un avariento á la puerta, y fué preguntado que quería, diciéndole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los había guardado; y él dijo que en cosas de guardar era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: Amar á Dios sobre todas las cosas; y dijo que él sólo aguardaba á tenerlas todas para amar á Dios sobre ellas. No jurar: dijo que aun jurando falsamente, siempre había sido por muy grande interés; y que así no había sido en vano. Guardar las fiestas: estas, y aun los días de trabajo, guardaba y escondía. Honrar padre y madre: siempre les quitó el sombrero. No matar; por guardar esto no comía, por ser matar la hambre comer. De mujeres: en cosas que cuestan dineros ya está dicho. No levantar falso testimonio: «Aquí, dijo un verdugo, es el negocio, avariento; que si confiesas haberle levantado te condenas, y si no, delante del juez te le levantarás á tí mismo.» Enfadóse el avariento, y dijo: «Si no he de entrar no gastemos tiempo» (que hasta aquello rehusó de gastar). Convencióse con su vida, y fué llevado adonde merecía. Entraron en esto muchos ladrones, y salváronse dellos algunos ahorcados. Y fué de manera el ánimo que tomaron los escribanos que estaban delante de Mahoma, Lutero y Judas (viendo salvar ladrones), que entraron de golpe á ser sentenciados, de que les tomó á los verdugos muy gran risa. Los procuradores comenzaron á esforzarse y á llamar abogados.

Dieron principio á la acusación los verdugos, y no la hacían en los procesos que tenían hechos de sus culpas, sino con los que ellos habían hecho en esta vida. Dijeron lo primero. «Estos, señor, la mayor culpa suya es ser escribanos.» Y ellos respondieron á voces (pensando que disimularían algo) que no eran sino secretarios. Los abogados comenzaron á dar descargos, que se acabó en: «Es hombre, y no lo hará otra vez, y alcen el dedo.» Al fin se salvaron dos ó tres, y á los demás dijeron los verdugos: «Ya entienden.» Hiciéronles del ojo, diciendo que importaban allí para jurar contra cierta gente. Uno azuzaba

testigos, y repartía orejas de lo que no se había dicho y ojos de lo que no había sucedido, salpicando de culpas postizas la inocencia. Estaba engordando la mentira á puros enredos; y ví á Judas, y á Mahoma y á Lutero recatar desta vecindad el uno la bolsa y el otro el zancarrón. Lutero decía: « Lo mismo hago yo escribiendo. » Solo se lo estorbó aquel médico que dije, que forzado de los que le habían traído, parecieron él, un boticario y un barbero, á los cuales dijo un verdugo que tenía las copias: « Ante este doctor han pasado los más difuntos, con ayuda de este boticario y barbero, y á ellos se les debe gran parte deste día. » Alegó un procurador por el boticario que daba de balde á los pobres; pero dijo un verdugo que hallaba por su cuenta que habían sido más dañosos dos botes de su tienda que diez mil de pica en la guerra, porque todas sus medicinas eran espurias, y que con ésto había hecho liga con una peste y había destruído dos lugares. El médico se disculpaba con él, y al fin el boticario se desapareció, y el médico y el barbero andaban á daga mis muertes y toma las tuyas. Fué condenado un abogado porque tenía todos los derechos con corcovas; cuando descubierto un hombre que estaba detrás deste á gatas porque no le viesen, y preguntado quien era, dijo que cómico; pero un verdugo muy enfadado replicó: « Farandulero es, señor, y pudiera haber ahorrado aquesta venida sabiendo lo que hay. » Juró de irse, y fuése sobre su palabra. En esto dieron con muchos taberneros en el puesto, y fueron acusados de que habían muerto mucha cantidad de sed á traición, vendiendo agua por vino. Estos venían confiados en que habían dado á un hospital siempre vino puro para los sacrificios; pero no les valió, ni á los sastres decir que habían vestido niños; y así, todos fueron despachados como siempre se esperaba. Llegaron tres ó cuatro extranjeros ricos pidiendo asientos, y dijo un ministro: « ¿ Piensan ganar en ellos? Pues esto es lo que les mata. Esta vez han dado mala cuenta, y no hay donde se asienten, porque han quebrado el banco de su crédito. » Y volviéndose á Júpiter, dijo un ministro: « Todos los demás hombres, señor, dan cuenta de lo que es suyo; mas estos de lo ajeno y todo. » Pronuncióse la sentencia contra ellos: yo no la oí bien, pero ellos desaparecieron. Vino un

caballero tan derecho, que al parecer quería competir con la misma justicia que le aguardaba : hizo muchas reverencias á todos, y con la mano una ceremonia usada de los que beben en charco. Traía un cuello tan grande, que no se le echaba de ver si tenía cabeza. Preguntóle un portero, de parte de Júpiter, si era hombre; y él respondió con grandes cortesías que sí, y que por más se llamaba don Fulano á fe de caballero. Rióse un ministro, y dijo : « De codicia es el mancebo para el infierno. » Preguntáronle qué pretendía, y respondió : « Ser salvado »; y fué remitido á los verdugos para que le moliesen ; y él sólo reparó en que le ajarían el cuello. Entró tras él un hombre dando voces, diciendo : « Aunque las doy, no tengo mal pleito ; que á cuantos simulacros hay, ó á los más, he sacudido el polvo. » Todos esperaban ver un Diocleciano ó Nerón, por lo de sacudir el polvo, y vino á ser un sacristán que azotaba los retablos; y se había ya con esto puesto en salvo ; sino que dijo un ministro que se bebía el aceite de las lámparas y echaba la culpa á una lechuza, por lo cual habían muerto sin ella ; que pellizcaba de los ornamentos para vestirse ; que heredaba en vida las vina-geras, y que tomaba alzorzas á los oficios. No sé que descargo se dió, que le enseñaron el camino de la mano izquierda. Dando lugar unas damas alcorzadas que comenzaron á hacer melindres de las malas figuras de los verdugos, dijo un procurador á Vesta que habían sido devotas de su nombre aquéllas ; que las amparase. Y replicó un ministro que también fueron enemigas de su castidad. Si por cierto, dijo una que había sido adúltera ; y el demonio la acusó que había tenido un marido en ocho cuerpos ; que se había casado de por junto en uno para mil. Condenóse ésta sola, y iba diciendo : « ¡ Ojalá supiera que me había de condenar, que no hubiera cansádome en hacer buenas obras ! En ésto que era todo acabado, quedaron descubiertos Judas, Mahoma y Martín Lutero ; y preguntando un ministro cual de los tres era Judas, Lutero y Mahoma dijeron cada uno que él ; y corrióse Judas tanto, que dijo en altas voces : « Señor, yo soy Judas y bien conocéis vos que soy mucho mejor que éstos, porque si os vendí remedié al mundo, y éstos, vendiéndose á sí y á vos, lo han des-

truído todo. » Fueron mandados quitar delante ; y un abogado que tenía la copia, halló que faltaban por juzgar los malos alguaciles y corchetes. Llamáronlos, y fué de ver que asomaron al puesto muy tristes, y dijeron : « Aquí lo damos por condenado : no es menester nada. » No bien lo dijeron cuando cargado de astrolabios y globos entró un astrólogo dando voces, y diciendo que se habían engañado, que no había de ser aquel día el del juicio, porque Saturno no había acabado sus movimientos, ni el de trepidación el suyo. Volvióse un verdugo, y viéndole tan cargado de madera y papel, le dijo : « Ya os traéis la leña con vos, como si supiérades que de cuantos cielos habéis tratado en vida, estáis de manera, que por la falta de uno solo, en muerte, os iréis al infierno. » « Eso no iré yo, » dijo él : « Pues llevaros han ; » y así se hizo.

Con esto se acabó la residencia y tribunal : huyeron las sombras á su lugar, quedó el aire con nuevo aliento, floreció la tierra, rióse el cielo, Júpiter subió consigo á descansar en sí los dichosos, y yo me quedé en el valle ; y discurriendo por él, oí mucho ruido y quejas en la tierra. Llegúeme por ver lo que había, y vi en una cueva honda (garganta del averno) penar muchos, y entre otros un letrado, revolviendo no tanto leyes como caldos : un escribano, comiendo sólo letras, que no había solo querido leer en esta vida, todos ajuares del infierno. Las ropas y tocados de los condenados estaban prendidos, en vez de clavos y alfileres, con alguaciles ; un avariento, contando más duelos que dineros ; un médico pensando en un orinal, y un boticario en una medecina. Dióme tanta risa ver ésto, que me despertaron las carcajadas ; y fué mucho quedar de tan triste sueño más alegre que espantado.

Sueños son éstos, que si se duerme vucelencia sobre ellos, verá que por ver las cosas como las veo, las esperará como las digo.

# EL ALGUACIL ALGUACILADO

---

AL CONDE DE LEMOS

PRESIDENTE DE INDIAS

Bien sé que á los ojos de vuecelencia es más endemoniado el autor que el sujeto ; si lo fuere también el discurso, habré dado lo que se esperaba de mis pocas letras, que amparadas como de dueño, de vuecelencia y su grandeza, despreciarán cualquier temor. Ofrézcole este discurso del *Alguacil Alguacilado*; recíbele vuecelencia con la humanidad que me hace merced, así yo vea en su casa la sucesión que tanta nobleza y méritos piden.

Esté advertido vuecelencia que los seis géneros de demonios que cuentan los supersticiosos y los hechiceros (los cuales por esta orden divide Psello en el capítulo II del *Libro de los demonios*) son los mismos que las órdenes en que se distribuyen los alguaciles malos. Los primeros llaman leliureones, que quiere decir ígneos; los segundos, aéreos; los terceros, terrenos; los cuartos, acuátiles; los quintos, subterráneos, los sextos, lucífugos, que huyen de la luz. Los ígneos son los criminales que á sangre y á fuego persiguen los hombres, los aéreos son los soplonés, que dan viento; ácuos son los porteros que prenden por si vació ó no vació sin decir *agua va*, fuera de tiempo; y son ácuos, con ser casi todos borrachos y vinosos. Terrenos son los civiles, que á puras comisiones y ejecuciones destruyen la tierra. Lucífugos, los rondadores que huyen de la luz, debiendo la luz huir dellos. Los subterráneos, que están debajo de tierra, son los escudriñadores de vidas, y fiscales de honras y levan-

tadores de falsos testimonios, que debajo de tierra sacan que acusar, y andan siempre desenterrando los muertos y enterrando los vivos.

### AL PÍO LECTOR.

Y si fueres cruel, y no pío, perdona; que este epíteto natural del pollo has heredado de Eneas, de quien descienes. Y en agradecimiento de que te hago cortesía en no llamarte benigno lector, advierte que hay tres géneros de hombres en el mundo: los unos, que por hallarse ignorantes no escriben, y estos merecen disculpa por haber callado y alabanza por haberse conocido. Otros, que no comunican lo que saben: á estos se les ha de tener lástima de la condición y envidia del ingenio, pidiendo á Dios que les perdone lo pasado y les enmiende lo porvenir. Los últimos no escriben de miedo de las malas lenguas: estos merecen reprehensión, pues si la obra llega á manos de hombres sabios, no saben decir mal de nadie; si de ignorantes, ¿cómo pueden decir mal sabiendo que si lo dicen de lo malo lo dicen de sí mismos? Y si del bueno, no importa, que ya saben todos que no lo entienden. Esta razón me animó á escribir el *Sueño de las calaveras*, y me permitió osadía para publicar este discurso: si le quieres leer, léele; y si no, déjale; que no hay pena para quien no le leyere. Si le empezares á leer y te enfadare, en tu mano está con que tenga fin donde te fuere enfadoso. Sólo he querido advertirte en la primera hoja, que este papel es sólo una reprehensión de malos ministros de justicia, guardando el decoro que se debe á muchos que hay loables por virtud y nobleza; poniendo todo lo que en él hay debajo la corrección de la Iglesia romana y ministros de buenas costumbres.

### DISCURSO.

Fué el caso que entré en San Pedro á buscar al licenciado Calabrés, hombre de bonete de tres altos hecho á



modo de medio celemin; ojos de espulgo, vivos y bulliciosos; puños de Corinto, asomo de camisa por cuello, mangas en escaramuza y calados de rasgones, los brazos en jarra, y las manos en garfio; habla entre penitente y disciplinante, los ojos bajos y los pensamientos triples, la color á partes hendida y á partes quebrada, muy tardón en las respuestas y abreviador en la mesa, gran lanzador de espíritus, tanto, que sustentaba el cuerpo con ellos. Entendíasele de ensalmar, haciendo al bendecir unas cruces mayores que las de los mal casados. Hacía del desaliño humildad; contaba visiones, y si se descuidaban á creerle, hacía milagros que me cansó.

Este señor, era uno de los sepulcros hermosos, por defuera blanqueados y llenos de molduras, y por dentro pudrición y gusanos; fingiendo en lo exterior honestidad, siendo en lo interior del alma disoluto y de muy ancha y rasgada conciencia. Era en buen romance hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma y fábula con voz. Halléle solo con un hombre que, atadas las manos y suelta la lengua, descompuestamente daba voces con frenéticos movimientos. « ¿ Qué es ésto? » le pregunté espantado. Respondióme: « Un hombre endemoniado. » Y al punto el espíritu respondió: « No es hombre, sino alguacil. Mirad como habláis, que en la pregunta del uno y en la respuesta del otro se ve que sabéis poco. Y se ha de advertir que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y de mala gana, por lo cual, si queréis acertarme, debéis llamarme á mí demonio enalguacilado, y no á éste alguacil endemoniado; y avenísos mejor los hombres con nosotros que con ellos, si bien nuestra cárcel es peor, nuestro agarro perdurable. Verdugos y alguaciles malos parece que tenemos un mismo oficio, pues bien mirado, nosotros procuramos condenar, y los alguaciles también; nosotros, que haya vicios y pecados en el mundo, y los alguaciles lo desean y procuran al parecer con más ahinco, porque ellos lo han menester para su sustento, y nosotros para nuestra compañía. Y es mucho más de culpar este oficio en los alguaciles que en nosotros, pues ellos hacen mal á hombres como ellos y á los de su género, y nosotros no. Fuera desto, los demonios lo fuimos por querer ser

como Dios, y los alguaciles son alguaciles por querer ser menos que todos. Persuádete que alguaciles y nosotros somos de una profesión; sino que ellos son diablos con varilla, como cohetes, y nosotros alguaciles sin vara, que hacemos áspera vida en el infierno. » Admiráronme las sutilezas del diablo; enojóse Calabrés, revolvió sus conjuros, quísole enmudecer y no pudo, y al echarle agua bendita comenzó á huir y á dar voces diciendo: « Clérigo, cata que no hace estos sentimientos el alguacil por la parte de bendita, sino por ser agua; no hay cosa que tanto aborrezca, pues si en su nombre se llama *alguacil*, es encajada una *l* en medio. Yo no traigo corchetes ni soplones ni escribanito; quítenme la tara como al carbón, y hágase la cuenta entre mí y el agarrador. Y porque acabéis de conocer quien son y cuan poco tienen de cristianos, advertid que de pocos nombres que del tiempo de los moros quedaron en España, llamándose ellos merinos, le han dejado por llamarse alguaciles, que alguacil es palabra morisca; y hacen bien, que conviene el nombre con la vida y ella con sus hechos. » « Eso es muy insolente cosa oírlo, dijo furioso mi licenciado, y si le damos licencia á este enredador, dirá otras mil bellaquerías y mucho mal de la justicia, porque corrige el mundo y le quita con su temor y diligencia las almas que tiene negociadas. » « No lo hago por eso, replicó el diablo, sino porque ese es tu enemigo que es de tu oficio; y ten lástima de mí y sácame del cuerpo deste, que soy demonio de prendas y calidad, y perderé después mucho en el infierno por haber estado acá con malas compañías. » « Yo te echaré hoy fuera, dijo Calabrés, de lástima de ese hombre que aporreas por momentos y maltratas; que tus culpas no merecen piedad ni tu obstinación es capaz della. » « Pídeme albricias, respondió el diablo, si me sacas hoy; y advierte que estos golpes que le doy y lo que le aporreo, no es sino que yo y él reñimos acá sobre quien ha de estar en mejor lugar, y andamos á más diablo es él. » Acabó esto con una gran risada: corrióse mi buen licenciado, y determinóse á enmudecerle. Yo, que había comenzado á gustar de las sutilezas del diablo, le pedí que, pues estábamos solos, y él, como mi confidente, sabía mis cosas

secretas, y yo, como amigo, las suyas, que le dejase hablar, apremiándole sólo á que no maltratase el cuerpo del alguacil. Hizose así, y al punto dijo: « Donde hay poetas, parientes tenemos en corte los diablos, y todo nos lo debéis por lo que en el infierno os sufrimos; que habéis hallado tan fácil modo de condenaros, que hierve todo él en poetas. Y hemos hecho una ensancha á su cuartel, y son tantos, que compiten en los votos y elecciones con los escribanos; y no hay cosa tan graciosa como el primer año de noviciado de un poeta en penas, porque hay quien le lleva de acá cartas de favor para ministros, y créese que ha de topar con Radamanto, y pregunta, por el Cervero y Aqueronte, y no puede creer sino que se los esconden. » « ¿Qué géneros de penas les dan á los poetas? » repliqué yo. « Muchas, dijo, y propias. Unos se atormentan oyendo alabar las obras de otros, y á los más es la pena el limpiarlos. Hay poeta que tiene mil años de infierno y aun no acaba de leer unas endechillas á los celos; otros verás en otra parte aporrearse y darse de tizonazos sobre si dirá faz ó cara. Cuál para hallar un consonante no hay cerco en el infierno que no haya rodado mordiéndose las uñas. Mas los que peor lo pasan y más mal lugar tienen son algunos poetas de comedias, por las muchas reinas que han hecho, las infantas de Bretaña que han deshonorado, los casamientos desiguales que han efectuado en los fines de las comedias, y los palos que han dado á muchos hombres honrados por acabar los entremeses. Mas es de advertir que los poetas de comedias no están entre los demás, sino que por cuanto tratan de hacer enredos y marañas, se ponen entre los procuradores y solicitadores, gente que sólo trata deso. Y en el infierno están todos aposentados así; que un artillero que bajó allá el otro día, queriendo que le pusiesen entre la gente de guerra, como al preguntarle del oficio que había tenido dijese que hacer tiros en el mundo, fué remitido al cuartel de los escribanos, pues son los que hacen tiros en el mundo. Un sastre, porque dijo que había vivido de cortar de vestir, fué aposentado con los maldicientes. Un ciego que quiso encajarse con los poetas, fué llevado á los enamorados por serlo todos. Los que venían por el camino

de los locos ponemos con los astrólogos, y á los por mentecatos con los alquimistas. Uno vino por unas muertes, y está con los médicos. Los mercaderes que se condenan por vender están con Judas. Los malos ministros, por lo que han tomado alojan con el mal ladrón. Los necios están con los verdugos. Y un aguador que dijo había vendido agua fría fué llevado con los taberneros. Llegó un mohatrero tres días ha, y dijo que él se condenaba por haber vendido gato por liebre, y pusimoslo de pies con los venteros que dan lo mismo. Al fin, el infierno está repartido en estas partes. » « Oíte decir antes de los enamorados, y por ser cosa que á mí me toca, gustaría saber si hay muchos. » « Mancha es la de los enamorados, respondió, que lo toma todo, porque todos lo son de sí mismos ; algunos de sus dineros, otros de sus palabras, otros de sus obras, algunos de las mujeres ; y destos postreros hay menos que de todos en el infierno, porque las mujeres son tales, que con ruindades, con malos tratos y peores correspondencias les dan ocasiones de arrepentimiento cada día á los hombres. Como digo, hay pocos destos, pero buenos y de entretenimiento, si allá cupiera. Algunos hay que en celos y esperanzas amortajados y en deseos, se van por la posta al infierno, sin saber como ni cuando ni de que manera. Hay amantes alacayuelos que arden llenos de cintas ; otros crinitos como cometas, llenos de cabellos ; y otros que en los billetes solos que llevan de sus damas ahorran veinte años de leña á la fábrica de la casa, abrasándose lardeados en ellos. Son de ver los que han querido doncellas, enamorados de doncellas, con las bocas abiertas y las manos extendidas. Destos unos se condenaban por tocar sin tocar pieza, hechos bufones de los otros, siempre en vísperas del contento, sin tener jamás el día, y con sólo el título de pretendientes. Otros se condenan por el beso, brujuleando siempre los gustos sin poderlos descubrir. Detrás de éstos en una mazmorra están los aduladores ; éstos son los que mejor viven y peor lo pasan, pues otros les sustentan la cabalgadura y ellos la gozan. » « Gente es ésta, dije yo, cuyos agravios y favores todos son de una manera. » « Abajo en un apartado muy sucio, lleno de mondaduras de rastro (quiero

decir, cuernos) están los que acá llamamos cornudos, gente que aun en el infierno no pierde la paciencia; que como la llevan hecha á prueba de la mala mujer que han tenido, ninguna cosa los espanta. Tras ellos están los que se enamoran de viejas, con cadenas; que los diablos, de hombres de tan mal gusto aun no pensamos que estamos seguros; y si no estuviesen con prisiones, Barrabás aun no tendría bien guardadas las asentaderas, dellos; y tales como somos les parecemos blancos y rubios. Lo primero que con estos se hace es condenarles la lujuria y su herramienta á perpetua cárcel. Mas dejando estos, os quiero decir que estamos muy sentidos de los potajes que hacéis de nosotros, pintádoños con garras sin ser aguiluchos; con colas, no habiendo diablos rabones; con cuernos, no siendo casados; y mal barbados siempre, habiendo diablos de nosotros que podemos ser ermitaños y corregidores. Remediad ésto, que poco ha que fué Jerónimo Bosco allá, y preguntándole por ¡que había hecho tantos guisados de nosotros en sus sueños, dijo: « Porque no había creído nunca que había demonios de veras. » Lo otro y lo que más sentimos es que hablando comunmente soléis decir: « Miren el diablo del sastre, ó diablo es el sastrecillo. » A sastres nos comparáis, que damos leña con ellos al infierno, y aun nos hacemos de rogar para recibirlos; que si no es la póliza de quinientos, nunca hacemos recibo, por no malvezarlos y que ellos no aleguen posesión: *Quoniam consuetudo est altera lex*, y como tienen posesión en el hurtar y quebrantar las fiestas, fundan agravio si no les abrimos las puertas grandes como si fuesen de casa. También nos quejamos de que no hay cosa, por mala que sea, que no la deis al diablo; y en enfadándoos algo, luego decís: « Pues el diablo te lleve. » Pues advertid que son más los que se van allá que los que traemos; que no de todo hacemos caso. Dais al diablo un mal trapillo, y no le toma el diablo, porque hay algún mal trapillo que no le tomará el diablo. Dais al diablo un italiano, y no le toma el diablo, porque hay italiano que tomará el diablo; y advertid que las más veces dais al diablo lo que él ya se tiene, digo nos tenemos. » « ¿ Hay reyes en el infierno? » le pregunté yo; y satisfizo á mi

duda diciendo : « Todo el infierno es figuras, y hay muchos de los gentiles, porque el poder, libertad y mando les hace sacar á las virtudes de su medio, y llegan los vicios á su extremo : y viéndose en la suma reverencia de sus vasallos y con la grandeza puestos á dioses, quieren valer punto menos y parecerlo ; y tienen muchos caminos para condenarse y muchos que los ayudan. Porque uno se condena por la crueldad, y matando y destruyendo es una guadaña coronada de vicios y una peste real de sus reinos ; otros se pierden por la codicia, haciendo almacenes de sus villas y ciudades á fuerza de grandes pechos, que en vez de criar desustancian ; y otros se van al infierno por terceras personas y se condenan por poderes, fiándose de infames ministros ; y es dolor verlos penar, porque como bozales en trabajo se les dobla el dolor con cualquier cosa. Sólo tienen bueno los reyes que, como es gente honrada, nunca vienen solos, sino con punta de dos ó tres privados, y á veces el encaje, y se traen todo el reino tras sí, pues todos se gobiernan por ellos, aunque privado y rey es más penitencia que oficio, y más carga que gozo ; ni hay cosa tan atormentada como la oreja del príncipe y del privado, pues de ella nunca escapan pretendientes quejosos y aduladores, y estos tormentos los califican para el descanso. Los malos reyes se van al infierno por el camino real, y los mercaderes por el de la plata. » « ¿ Quién te mete ahora con los mercaderes ? » dijo Calabrés. « Manjar es que nos tiene ya empalagados á los diablos y ahitos, y aun los vomitamos : vienen allá á millares, condenándose en castellano y en guarismo ; y habéis de saber que en España los misterios de las cuentas de los extranjeros son dolorosos para los millones que vienen de las Indias, y que los cañones de sus plumas son de batería contra las bolsas ; y no hay renta que si la cogen en medio el Tajo de sus plumas y el Jarama de su tinta no la ahoguen. Y en fin, han hecho entre nosotros sospechoso este nombre de asientos, que como significan otra cosa que me corro de nombrarla, no sabemos cuando hablan á lo negociante ó cuando á lo deshonesto. Hombre destos ha ido al infierno, que viendo la leña y fuego que se gasta ha que-

rido hacer estanco de la lumbre; y otro quiso arrendar los tormentos, pareciéndoles que ganará con ellos mucho. Éstos tenemos allá junto á los jueces que acá los permitieron. »

« ¿ Luego algunos jueces hay allá ? » « ¡ Pues no ! dijo el espíritu : los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados, y la simiente que más provecho y fruto nos da á los diablos ; porque de cada juez que sembramos, cogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes, y esto cada día. De cada escribano cogemos veinte oficiales, de cada oficial treinta alguaciles, de cada alguacil diez corchetes ; y si el año es fértil de trampas, no hay trojes en el infierno donde recoger el fruto de un mal ministro. » « ¿ También querrás decir que no hay justicia en la tierra, rebelde á los dioses ? » « Y ¡ cómo que no hay justicia ! Pues ¿ no has sabido lo de Astrea, que es la justicia, cuando huyendo de la tierra se subió al cielo ? Pues por si no lo sabes, te lo quiero contar.

« Vinieron la verdad y la justicia á la tierra : la una no halló comodidad por desnuda, ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo así, hasta que la verdad, de puro necesitada, asentó con un mudo.

« La justicia, desacomodada, anduvo por la tierra rogando á todos, y viendo que no hacían caso della y que le usurpaban su nombre para honrar tiranías, determinó volverse huyendo al cielo. Salióse de las grandes ciudades y cortes, y fuese á las aldeas de villanos, donde por algunos días, escondida en su pobreza, fué hospedada de la simplicidad hasta que envió contra ella requisitorias la malicia. Huyó entonces de todo punto, y fué de casa en casa pidiendo que la recogiesen. Preguntaban todos quién era ; y ella, que no sabe mentir, decía que la justicia. Respondíanle todos : « Justicia, y no por mi casa ; vaya por otra ; » y así no entraba en ninguna : subióse al cielo, y apenas dejó acá pisadas. Los hombres, que ésto vieron, bautizaron con su nombre algunas varas que arden muy bien allá, y acá sólo tienen nombre de justicia ellas y los que las traen ; porque hay muchos destos en quien la vara hurta más que el ladrón con ganzúa y llave falsa y

escala. Y habéis de advertir que la codicia de los hombres ha hecho instrumento para hurtar todas sus partes, sentidos y potencias que Dios les dió, las unas para vivir y las otras para vivir bien. ¿No hurta la honra de la doncella con la voluntad el enamorado? ¿No hurta con el entendimiento el letrado que le da malo y torcido á la ley? ¿No hurta con la memoria el representante que nos lleva el tiempo? ¿No hurta el amor con los ojos, el discreto con la boca, el poderoso con los brazos, pues no medra quien no tiene los suyos; el valiente con las manos, el músico con los dedos, el gitano y cicatero con las uñas, el médico con la muerte, el boticario con la salud, el astrólogo con el cielo? Y al fin, cada uno hurta con una parte ó con otra. Sólo el alguacil hurta con todo el cuerpo, pues acecha con los ojos, sigue con los pies, ase con las manos y atestigua con la boca; y al fin, son tales los alguaciles, que dellos y de nosotros defienden á los hombres pocas cosas.»

«Espántome, dije yo, de ver que entre los ladrones no has metido á las mujeres, pues son de casa.» «No me las nombres, respondió, que nos tienen enfadados; y á no haber tantas allá, no era muy mala habitación el infierno; y diéramos por que enviudáramos en el infierno mucho; que como se urden enredos y ellas desde que murió Medusa la hechicera, no platican otro, temo no haya alguna tan atrevida que quiera probar su habilidad con alguno de nosotros, por ver si sabrá dos puntos más. Aunque sola una cosa tienen buena las condenadas por la cual se puede tratar con ellas, que como están desesperadas, no piden nada.» «¿De cuáles se condenan más, feas ó hermosas?» «Feas, dijo al instante, seis veces más, porque los pecados para aborrecerlos no es menester más que cometerlos; y las hermosas, que hallan tantos que las satisfagan el apetito carnal, hártanse y arrepiéntense; pero las feas, como no hallan nadie, allá se nos van en ayunas, y con la misma hambre rogando á los hombres; y después que se usan, ojinegras y cariaguileñas, hierve el infierno en blancas y rubias, y en viejas más que en todo, que de envidia de las mozas, obstinadas espiran gruñendo. El otro día llevé yo una de setenta años que comía barro y hacía ejercicio para remediar las opilaciones, y se quejaba del



dolor de muelas porque pensasen que las tenía; y con tenerya amortajadas las sienes con la sábana blanca de sus canas, y arada la frente, huía de los ratones y traía galas, pensando agradarnos á nosotros; pusimosla allá por tormento al lado de un lindo destos que se van allá con zapatos blancos y de puntilla, informados de que es tierra seca y sin lodos. » « En todo esto estoy bien, le dije; sólo querría saber si hay en el infierno muchos pobres. » « ¿Qué es pobres? » replicó. « El hombre, dije yo, que no tiene nada de cuanto tiene el mundo. » « ¡Hablará yo para mañana! dijo el diablo: si lo que condena á los hombres es lo que tienen del mundo, y esos no tienen nada, ¿cómo se condenan? Por acá los libros nos tienen en blanco. Y no os espantéis, porque aun diablos les faltan á los pobres; y á veces más diablos sois unos para otros que nosotros mismos. ¿Hay diablo como un adulador, como un envidioso, como un amigo falso, y como una mala compañía? Pues todos estos le faltan al pobre, que no le adulan, ni le envidian, ni tiene amigo malo ni bueno, ni le acompaña nadie. Estos son los que verdaderamente viven bien y mueren mejor. ¿Cuál de vosotros sabe estimar el tiempo y poner precio al día, sabiendo que todo lo que pasó lo tiene la muerte en su poder, y gobierna lo presente y aguarda todo lo porvenir como todos ellos? » « Cuando el diablo predica el mundo se acaba. Pues ¿cómo siendo tú padre de la mentira, dijo Calabrés, dices cosas que bastan á convertir una piedra? » « ¿Cómo? respondió; por haceros mal y que no podáis decir que faltó quien os lo dijese. Y adviértase que en vuestros ojos veo muchas lágrimas de tristeza y pocas de arrepentimiento; y de las más se deben las gracias al pecado, que os harta ó cansa, y no á la voluntad que por malo le aborrezca. » « Mientes, dijo Calabrés; que muchos buenos hay hoy. Y ahora veo que en todo cuanto has dicho has mentido; y en pena saldrás hoy de este hombre. » Apremióle á que callase, y si un diablo por sí es malo, mudo es peor que diablo.

Vuecelencia con curiosa atención mire esto y no mire á quien lo dijo, que por la boca de una sierpe de piedra sale un caño de agua.

# LAS ZAHURDAS DE PLUTÓN

---

## CARTA Á UN AMIGO SUYO.

Envío á vuesamerced este discurso tercero al *Sueño* y al *Alguacil*, donde puedo decir que he rematado las pocas fuerzas de mi ingenio (no sé si con alguna dicha). Quiera Dios halle algún agradecimiento mi deseo, cuando no merezca alabanza mi trabajo; que con esto tendré algún premio de los que da el vulgo con mano escasa; que no soy tan soberbio que me precie de tener envidiosos, pues de tenerlos, tuviera por gloriosa recompensa el merecerlos tener. Vuesamerced en Zaragoza comunique este papel, haciéndole la acogida que á todas mis cosas, mientras yo acá esfuerzo la paciencia á maliciosas calumnias, que al parto de mis obras (sea aborto) suelen anticipar mis enemigos. Dé Dios á vuesamerced paz y salud. Del Fresno y Mayo 3 de 1608.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

## PRÓLOGO

AL INGRATO Y DESCONOCIDO LECTOR.

Eres tan perverso, que ni te obligué llamándote pío, benévolo, ni benigno en los más discursos porque no me persiguieses; y ya desengañado, quiero hablar contigo claramente. Este discurso es del infieruo: no me arguyas de maldiciente porque digo mal de los que hay en él, pues no es posible que haya dentro nadie que bueno sea. Si te parece largo, en tu mano está: toma el infierno que

te bastare y calla. Y si algo no te parece bien, ó lo disimula piadoso, ó lo enmienda docto ; que errar es de hombres, y ser herrado de bestias ó esclavos. Si fuere oscuro, nunca el infierno fué claro ; si triste y melancólico, yo no he prometido risa : sólo te pido, lector, y aun te conjuro por todos los prólogos, que no tuerzas las razones ni ofendas con malicia mi buen celo ; pues lo primero, guardo el decoro á las personas y sólo reprendo los vicios ; murmuro los descuidos y demasías de algunos oficiales, sin tocar en la pureza de los oficios ; y al fin, si te agradare el discurso, tú te holgarás, y sino poco importa ; que á mí, de ti ni de él se me da nada. *Vale.*

### DISCURSO.

Yo que en el *Sueño* vi tantas cosas y en el *Alguacil alguacilado* oí parte de las que no había visto, como sé que los sueños las más veces son burla de la fantasía y ocio del alma, y que el malo nunca dijo verdad, por no tener cierta noticia de las cosas que justamente se nos esconden ; vi, guiado de mi ingenio, lo que se sigue, por particular providencia, que fué para traerme en el miedo la verdadera paz. Halléme en un lugar favorecido de naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenía la vista (muda recreación y sin respuesta humana), platicaban las fuentes entre las guijas y los árboles por las hojas ; tal vez cantaba el pájaro, ni sé determinadamente si en competencia suya, ó agradeciéndoles su armonía. Ved cual es de peregrino nuestro deseo, que no hallo paz en nada desto. Tendí los ojos, codicioso de ver algún camino, por buscar compañía, y veo (cosa digna de admiración) dos sendas que nacían de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra, como que huyesen de acompañarse. Era la de mano derecha tan angosta, que no admite encarecimiento, y estaba (de poca gente que por ella iba) llena de abrojos y asperezas y malos pasos. Con todo, ví algunos que trabajaban en pasarla ; pero por ir descalzos y desnudos, se iban dejando en el camino unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los pies, y todos iban amarillos y flacos.

Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atrás, sino todos adelante. Decir que puede ir alguno á caballo es cosa derisa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podría yo caminar aquel desierto á caballo, me dijo : « Déjese de caballerías, y caiga de su asno. » Y miré con todo eso, y no vi huella de bestia ninguna. Y es cosa de admirar que no había señal de rueda de coche ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamás. Pregunté, espantado desto, á un mendigo que estaba descansando y tomando aliento, si acaso había ventas en aquel camino ó mesones en los paraderos. Respondióme : « Venta aquí, señor, ni mesón, ¿ cómo queréis que le haya en este camino, si es el de la virtud? En el camino de la vida, dijo, el partir es nacer, el vivir es caminar, la venta es el mundo, y en saliendo della es una jornada sola y breve desde él á la pena ó á la gloria. » Diciendo esto se levantó, y dijo : « Quedaos con Dios, que en el camino de la virtud es perder tiempo el pararse uno, y peligroso responder á quien pregunta por curiosidad, y no por provecho. » Comenzó á andar dando tropezones y zancadillas, y suspirando. Parecía que los ojos con lágrimas osaban ablandar los peñascos á los pies y hacer tratables los abrojos. « ¡Pesia tal! dije yo entre mí, pues tras ser el camino tan trabajoso, ¿ es la gente que en él anda tan seca y poco entretenida? ¡ Para mi humor es bueno ! » Di un paso atrás y salíme del camino del bien ; que jamás quise retirarme de la virtud que tuviese mucho que desandar ni que descansar. Volvíme á la mano izquierda, y vi un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol, en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra y muchos caballeros. Yo, que siempre oí decir : « Díme con quien andas y diréte quien eres », por ir con buena compañía puse el pie en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que había menester ; porque aquí todos eran bailes y fiestas, juegos y saraos ; y no en el otro camino, que por falta de sastres iban en él desnudos y rotos, y aquí nos sobraban mercaderes, joyeros y todos oficios ; pues ventas,

á cada paso; y bodegones, sin número. No podré encarecer qué contento me hallé en ir en compañía de gente tan honrada, aunque el camino estaba algo embarazado, no tanto con las mulas de los médicos, como con las barbas de los letrados, que era terrible la escuadra dellos que iba delante de unos jueces. No digo esto porque fuese menor el batallón de los doctores, á quien nueva elocuencia llama ponzoñas graduadas, pues se sabe que en las universidades estudian para tósigos. Animóme, para proseguir mi camino, el ver, no sólo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y qué del otro se pasaban algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Otros caían que no se podían tener, y entre ellos fué de ver el cruel resbalón que una lechigada de taberneros dió en las lágrimas que otros habían derramado en el camino, que por ser agua se les fueron los pies, y dieron en nuestra senda unos sobre otros. Ibamos dando vaya á los que veíamos por el camino de la virtud, más trabajados. Hacíamos burla dellos, llamábamoles heces del mundo y desechos de la tierra. Algunos se tapaban los oídos y pasaban adelante; otros que se paraban á escucharnos, dellos desvanecidos de las muchas voces, y dellos persuadidos de las razones, y corridos de las vayas, caían y se bajaban. Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde lejos parecía que iban con ellos mismos; y llegado que hube, vi que iban entre nosotros. Estos me dijeron que eran los hipócritas, gente en quien la penitencia, el ayuno, que en otros son mercancía del cielo, es noviciado del infierno. Iban muchas mujeres tras estos, los cuales, siendo enredo con barba, y maraña con ojos, y embeleco, andaban salpicando de mentira á todos, siendo estanques donde pescan adrollas los embustidores. Otros se encomiendan á ellos, que es como encomendarse al diablo por tercera persona. Estos hacen oficio la humildad, y pretenden honra yendo de estrado en estrado y de mesa en mesa. Al fin conocí que iban arrebozados para nosotros; mas para los ojos eternos, que abiertos sobre todos juzgan el secreto más oscuro de los retiramientos

del alma, no tienen máscara; bien que hay muchos buenos: mas son diferentes destes, á quien antes se les ve la disimulación que la cara, y alimentan su ambiciosa felicidad de aplauso de los pueblos; y diciendo que son unos indignos y grandísimos pecadores y los más malos de la tierra, llamándose jumentos, engañan con la verdad, pues siendo hipócritas, lo son al fin. Iban éstos aparte, y reputados por más necios que los moros, más zafios que los bárbaros y sin ley, pues aquéllos, ya que no conocieron la vida eterna ni la van á gozar, conocieron la presente y holgáronse en ella; pero los hipócritas ni la una ni la otra conocen, pues en esta se atormentan y en la otra son atormentados; y en conclusión, destes se dice con toda verdad que ganan el infierno con trabajos. Todos íbamos diciendo mal unos de otros; los ricos tras la riqueza, los pobres pidiendo á los ricos lo que Dios les quitó. Van por un camino los discretos, por no dejarse gobernar de otros; y los necios, por no entender á quien los gobierna, aguijan á todo andar. Las justicias llevan tras sí los negociantes, la pasión á las mal gobernadas justicias, y los reyes desvanecidos y ambiciosos todas las repúblicas. Vi algunos soldados, pero pocos; que por la otra senda infinitos iban en hileras ordenados honradamente triunfando: pero los pocos que nos cupieron acá era gente que si, como habían extendido el nombre de Dios jurando, lo hubieran hecho peleando, fueran famosos. Dos corrilleros solos iban muy desnudos, que por la mayor parte los tales que viven por su culpa traen los golpes en los vestidos, y sanos los cuerpos. Andaban contando entre sí las ocasiones en que se habían visto, los malos pasos que habían andado (que nunca éstos andan en buenos pasos). Nada los oíamos; sólo cuando por encarecer sus servicios dijo uno á los otros: ¿Qué digo camarada?; Qué trances hemos pasado y que tragos! Lo de los tragos se les creyó. Miraban á estos pocos los muchos capitanes, maestros de campo, generales de ejércitos que iban por el camino de la mano derecha enternecidos. Y oí decir á uno dellos que no lo pudo sufrir, mirando las hojas de latas llenas de papeles inútiles que llevaban estos ciegos: «¿Qué digo, soldados

por acá? ¿Esto es de valientes, dejar este camino de miedo de sus dificultades? Venid, que por aquí de cierto sabemos que sólo coronan al que vence. ¿Qué vana esperanza os arrastra con anticipadas promesas de los reyes? No siempre con almas vendidas es bien que temerosamente suene en vuestros oídos: « Mata ó muere » Reprended la hambre del premio, que de buen varón es seguir la virtud sola, y de codiciosos los premios no más; y quien no sosiega en la virtud y la sigue por el interés y mercedes que se siguen, más es mercader que virtuoso, pues la hace á precio de perecedores bienes. Ella es dón de sí misma; quetaos en ella. » Y aquí alzó la voz y dijo: « Advertid que la vida del hombre es guerra consigo mismo, y que toda la vida nos tienen en arma los enemigos del alma, que nos amenazan más dañoso vencimiento; y advertid que ya las príncipes tienen por deuda nuestra sangre y vida, pues perdiéndolas por ellos, los más dicen que los pagamos, y no que los servimos: volved, volved. » Oyéronlo ellos muy atentamente, y enternecidos y enseñados, se encaminaron bien con los demás soldados. Iban las mujeres al infierno tras el dinero de los hombres, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros. Noté cómo al fin del camino de los buenos algunos se engañaban y pasaban al de la perdición; porque como ellos saben que el camino es angosto, y el del infierno ancho, y al acabar veían al suyo ancho y el nuestro angosto, pensando que habían errado ó trocado los caminos, se pasaban acá, y de acá allá los que se desengañaban del remate del nuestro. Vi una mujer que iba á pie, y espantado de que mujer se fuese al infierno sin silla ó coche, busqué un escribano que me diera fe dello, y en todo el camino del infierno pude hallar ningún escribano ni alguacil; y como no los vi en él, luego colegí que era aquel el camino, y este otro al revés. Quedé algo consolado, y sólo me quedaba duda que, como yo había oído decir que iban con grandes asperezas y penitencias por el camino dél, y veía que todos se iban holgando, cuando me sacó desta duda una gran parva de casados que venían con sus mujeres de las manos, y que la mujer era ayuno del marido, pues por darle la perdiz y el capón no comía;

y que era su desnudez, pues por darle galas demasiadas y joyas impertinentes iba en cueros; y al fin conocí que un mal casado tiene en su mujer toda la herramienta necesaria para la muerte, y ellos y ellas á veces el infierno portátil. Ver esta asperísima penitencia me confirmó de nuevo en que íbamos bien. Mas duróme poco, porque oí decir á mis espaldas: « Dejen pasar los boticarios. » ¿ Boticarios pasan? dije yo entre mi, al infierno vamos. Y fué así, porque al punto nos hallamos dentro por una puerta como de ratonera, fácil de entrar é imposible de salir por ella.

Y fué de ver que nadie en todo el camino dijo: « Al infierno vamos; » y todos, estando en él, dijeron muy espantados: « En el infierno estamos. » « ¿ En el infierno? dije yo muy afligido: no puede ser. » Quisélo poner á pleito: comencéme á lamentar de las cosas que dejaba en el mundo; los parientes, los amigos, los conocidos, las damas. Y estando, llorando ésto, volví la cara hacia el mundo, y vi venir por el mismo camino, despeñándose á todo correr, cuanto había conocido allá, poco ménos. Consoléme algo en ver ésto, y que según se daban priesa á llegar al infierno, estarían conmigo presto. Comenzóseme á hacer áspera la morada y desapacibles los zaguanes.

Fuí entrando poco á poco entre unos sastres que se me llegaron, que iban medrosos de los diablos. En la primera entrada hallamos siete demonios escribiendo los que íbamos entrando. Preguntáronme mi nombre: dijele, y pasó. Llegaron á mis compañeros, y dijeron que eran remendones, y dijo uno de los diablos: « Deben entender los remendones en el mundo que no se hizo el infierno sino para ellos, según se vienen por acá. » Preguntó otro diablo cuántos eran. Respondieron que ciento, y replicó un verdugo mal barbado entrecano « ¿ Ciento y sastres? » no pueden ser tan pocos; la menor partida que hemos recibido ha sido de mil y ochocientos. En verdad que estamos por no recibirles. » Afligiéronse ellos, mas al fin entraron. Ved cuáles son los malos, que es para ellos amenaza el no dejarlos entrar en el infierno. Entró el primero un negro, chiquito, rubio, de mal pelo; dió un



salto en viéndose allá, y dijo : « Ahora acá estamos todos. » Salió de un lugar donde estaba aposentado un diablo de marca mayor, corcovado y cojo; y arrojándolos en una hondura muy grande, dijo : « Allá va leña. » Por curiosidad me llegué á él y le pregunté de qué estaba corcovado y cojo, y me dijo (que era diablo de pocas palabras) : « Yo era recuero de remendones, iba por ellos al mundo, y de traerlos á cuestras me hice corcovado y cojo; he dado en la cuenta, y hallo que se vienen ellos mucho más apriesa que yo los puedo traer. « En esto hizo otro vómito dellos el mundo, y hube de entrarme porque no había donde estar ya allí, y el monstruo infernal empezó á traspalar, y diz que es la mejor leña que se quema en el infierno, remendones de todo oficio, gente que sólo tiene bueno ser enemiga de novedades.

Pasé adelante por un pasadizo muy oscuro, cuando por mi nombre me llamaron. Volví á la voz los ojos, casi tan medrosa como ellos, y hablóme un hombre, que por las tinieblas no pude divisar más de lo que la llama que le atormentaba me permitía. « ¿ No me conoce? me dijo, á... » (ya lo iba á decir) y prosiguió tras su nombre, el librero. « Pues yo soy. ¡ Quién tal pensara! » Y es verdad, Dios, que yo siempre lo sospeché, porque era su tienda el burdel de los libros, pues todos los cuerpos que tenía eran de la gente de la vida, escandalosos y burlones. Un rótulo que decía : « Aquí se vende tinta fina, papel batido y dorado », pudiera condenar á otro que hubiera menester más apetitos por ello. « ¿ Qué quiere? me dijo viéndome suspenso tratar conmigo estas cosas; pues es tanta mi desgracia que todos se condenan por las malas obras que han hecho, y yo y algunos libreros nos condenamos por las obras malas que hacen los otros, y por lo que hicimos barato de los libros en romance y traducidos de latín, sabiendo ya con ellos los tontos lo que encarecían en otros tiempos los sabios; que ya hasta el lacayo latiniza, y hallarán á Horacio en castellano en la caballeriza ». Más iba á decir, sino que un demonio le comenzó á atormentar con humazos de hojas de sus libros, y otro á leerle algunos dellos. Yo, que ví que ya no hablaba, fuíme adelante, diciendo entre mí : « Si hay quien se condena

por obras malas ajenas, ¿qué harán los que las hicieron propias? »

En esto iba, cuando en una gran zahurda andaban mucho número de ánimas gimiendo, y muchos diablos con látigos y zurriagas azotándolos. Pregunté qué gente eran, y dijeron que no eran sino cocheros; y dijo un diablo lleno de cazcarrias, romo y calvo, que quisiera más (á manera de decir) lidiar con lacayos; porque había cochero de aquellos que pedía aún dineros por ser atormentado, y que la tema de todos era que habian de poner pleito á los diablos por el oficio, pues no sabían chasquear los azotes tan bien como ellos. « ¿ Qué causa hay para que estos penen aquí? » dije. Y tan presto se levantó un cochero viejo de aquellos, barbinegro y mal carado, y dijo: « Señor, porque siendo pícaros nos venimos al infierno á caballo y mandando. » Aquí le replicó el diablo: « ¿ Y por qué calláis lo que encubristeis en el mundo, los pecados que facilitastes, y lo que mentistes en un oficio tan vil? » Dijo un cochero (que lo había sido de un caballero, y aun esperaba que lo había de sacar de allí). « No ha habido tan honrado oficio en el mundo de diez años á esta parte, pues nos llegaron á poner cotas y sayos vaqueros, hábitos largos y valona, en forma de cuellos bajos. ¿ Cómo supieran condenarse las mujeres de los pícaros en su rincón si no fuera por el desvanecimiento de verse en coche? Que hay mujer destos de honra postiza que se fué por su pie al dón, y por tirar una cortina, ó ir á una testera hartará de ánimas á Perogotero. » « Así, dijo un diablo, soltóse el cocherillo y no callará en diez años. » « ¿ Qué he callar, dijo, si nos tratáis de esta manera debiendo regalarnos? » Pues no os traemos al infierno la hacienda maltratada, arrastrada y á pie, llena de lodos como los siempre rotos escuderos, zanqueando y despeados, sino sahumada, descansada, limpia, y en coche. Por otros lo hiciéramos que lo supieran agradecer. Pues ¡ decir que merezco yo eso por barato y bien hablado y aguanoso, ó porque llevé tullidos á misa, enfermos á comulgar, ó monjas á sus conventos! No se probará que en mi coche entrase nadie con buen pensamiento. Llegó á tanto, que por casarse y saber si una era doncella se hacía información si había entrado

en él, porque era señal de corrupción; y tras desto me das este pago? » « Via, » dijo un demonio mulato y zurdo : redobló los palos, y callaron; y forzóme ir adelante el mal olor de los cocheros que andaban por allí.

Y lleguéme á unas bóvedas donde comencé á tiritar de frío y dar diente con diente, que me helaba. Pregunté, movido de la novedad de ver frío en el infierno, qué era aquello; y salió á responder un diablo zambo, con espolones y grietas; lleno de sabañones, y dijo : « Señor, este frío es de que en esta parte están recogidos los bufones, truhanes y juglares chocarreros, hombres por demás y que sobran en el mundo, y que están aqui retirados, porque si anduvieran por el infierno sueltos, su frialdad es tanta, que templaría el dolor del fuego. » Pedile licencia para llegar á verlos : diómela, y calofriado llegué y vi la más infame casilla del mundo, y una cosa que no habrá quien lo crea, que se atormentaban unos á otros con las gracias que habían dicho acá. Y entre los bufones vi muchos hombres honrados que yo había tenido por tales : pregunté la causa, y respondiome un diablo que eran aduladores, y que por esto eran bufones de entre cuero y carne. Y repliqué yo, cómo se condenaban; y me respondieron : « Gente es que se viene acá sin avisar, á mesa puesta y á cama hecha como en su casa. Y en parte los queremos bien, porque ellos son diablos para sí y para otros, y nos ahorran de trabajos, y se condenan á sí mismos; y por la mayor parte en vida los más ya andan con marca del infierno, porque el que no se deja arrancar los dientes por dinero, se deja matar hachas en las nalgas ó pelar las cejas; y así, cuando acá los atormentamos, muchos dellos después de las penas sólo echan menos las pagas. ¿Veis aquél? me dijo; pues mal juez fué y está entre los bufones, pues por dar gusto no hizo justicia, y á los derechos que no hizo tuertos, los hizo bizcos. Aquel fué marido descuidado, y está también entre los bufones, porque por dar gusto á todos vendió el que tenía con su esposa, y tomaba á su mujer en dineros como ración, y se iba á sufrir. Aquella mujer, aunque principal, fué juglar, y está entre los truhanes, porque por dar gusto hizo plato de sí misma á todo apetito. Al fin, de todos estados

entran en el número de los bufones, y por eso hay tantos, que, bien mirado, en el mundo todos sois bufones, pues los unos os andáis riendo de los otros, y en todos, como digo, es naturaleza, y en unos pocos oficio. Fuera destos, hay bufones desgranados y bufones en racimos. Los desgranados son los que de uno en uno y de dos en dos andan á casa de los señores. Los en racimo son los farandurelos miserables de buluhú; y destos os certifico que si ellos no se nos viniesen por acá, que nosotros no iríamos por ellos.

Trabóse una pendencia adentro, y el diablo acudió á ver lo que era. Yo, que me vi suelto, entréme por un corral adelante, y hedia á chinches, que no se podía sufrir. « A chinches hiede, dije yo : apostaré que alojan por aquí los zapateros, » y fué así, porque luego sentí el ruido de los bojes y vi los tranchetes. Tapéme las narices, y asoméme á la zahurda donde estaban, y había infinitos. Dijome el guardián : « Estos son los que vinieron consigo mismos, digo, en cueros ; y como otros se van al infierno por su pie, estos se van por los ajenos y por los suyos, y así vienen tan ligeros. » Y doy fe de que en todo el infierno no hay árbol ninguno chico ni grande, y que mintió Virgilio en decir que había mirtos en el lugar de los amantes, porque yo no vi selva ninguna, sino en el cuartel que dije de los zapateros, que estaba todo lleno de bojes, que no se gasta otra madera en los edificios.

Estaban todos los zapateros vomitando de asco de unos pasteleros que se les arrimaban á las puertas, que no cabían en un silo, donde estaban tantos que andaban mil diablos con pisones atestando almas de pasteleros, y aun no bastaban. « ¡ Ay de nosotros, dijo uno, que nos condenamos por el pecado de la carne, sin conocer mujer, tratando más en huesos ! » Lamentábase bravamente, cuando dijo un diablo : « Ladrones, ¿ quién merece el infierno mejor que vosotros, pues habéis hecho comer á los hombres caspa, y os han servido de pañizuelos los de á real, sonándose en ellos, donde muchas veces pasó por caña el tuétano de las narices ? ¿ Qué de estómagos pudieran ladrar, si resucitaran los perros que les hicistes comer ? ¿ Cuántas veces pasó por pasa la mosca golosa, y muchas fué el mayor bocado de carne que comió el dueño del pastel ?

¿Qué de dientes habéis hecho jinetes, y qué de estómagos habéis traído á caballo, dándoles á comer rocines enteros? ¿Y os quejáis siendo gente antes condenada que nacida, los que hacéis así vuestro oficio? ¿Pues qué pudiera decir de vuestros caldos? Mas no soy amigo de revolver caldos. Padeced y callad enhoramala; que más hacemos nosotros en atormentaros que vosotros en sufrirlo. Y vos andad adelante, me dijo á mí, que tenemos que hacer estos y yo. »

Partíme de allí, y subíme por una cuesta donde en la cumbre y al rededor se estaban abrasando unos hombres en fuego inmortal, el cual encendían los diablos, en lugar de fuelles, con corchetes, que soplaban mucho más; que aun allá tienen este oficio, y son abanicos de culpas y resuello de la provincia, y varahada del verdugo.

Vi un mercader que poco antes había muerto. « ¿Acá estáis? dije yo. ¿Qué os parece? ¿No valiera más haber tenido poca hacienda y no estar aquí? » Dijo en esto uno de los atormentadores: « Pensaron que no había más, y quisieron con la vara de medir sacar agua de las piedras. Estos son, dijo, los que han ganado como buenos caballeros el infierno por sus pulgares, pues á puras pulgaradas se nos vienen acá. Mas ¿quién duda que la oscuridad de sus tiendas les prometía estas tinieblas? Gente es esta (dijo al cabo muy enojado) que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida; mas él, que todo lo vé, los trajo de sus rasos á estos nublados, que los atormenten con rayos. Y si quieres acabar de saber cómo éstos son los que sirven allá á la locura de los hombres juntamente con los plateros y buhoneros, has de advertir que si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un día, todos éstos quedarán pobres, pues entonces se conociera que en el diamante, perlas, oro y sedas diferentes, pagamos más lo inútil y demasiado y raro, que lo necesario y honesto. Y advertid ahora que la cosa que más cara se os vende en el mundo es lo que menos vale, que es la vanidad que tenéis; y estos mercaderes son los que alimentan todos vuestros desórdenes y apetitos. » Tenía talle de no acabar sus propiedades, si yo no me pasara adelante, movido de admiración de unas grandes carcajadas que oí. Fuíme allá por ver risa en el infierno, cosa tan

nueva. « ¿Qué es ésto? » dije ; cuando veo dos hombres dando voces en un alto, muy bien vestidos, con calzas atacadas : el uno con capa y gorra, puños como cuellos, y cuellos como calzas; el otro traía valones y un pergamino en las manos, y á cada palabra que hablaban se hundían siete ú ocho mil diablos de risa, y ellos se enojaban más. Lleguéme más cerca por oírlos, y oí al del pergamino, que á la cuenta era hidalgo, que decía : « Pues si mi padre se decía tal cual, y soy nieto de Esteban tales y cuales, y ha habido en mi linaje trece capitanes valerosísimos, y de parte de mi madre doña Rodriga desciendo de cinco catedráticos los más doctos del mundo, ¿cómo me puedo haber condenado? Y tengo mi ejecutoria y soy libre de todo, y no debo pagar pecho. » « Pues pagad espalda », dijo un diablo, y dióle luego cuatro palos en ellas, que le derribó de la cuesta ; y luego le dijo : « Acabaos de desengañar que el que descende del Cid, de Bernardo y de Godofredo, y no es como ellos, sinó vicioso como vos, ese tal más destruye el linaje que lo hereda. Toda la sangre, hidalguillo, es colorada, parecedlo en las costumbres, y entonces creeré que descendéis del docto cuando lo fuéredes ó procuráredes serlo ; y si no, vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida ; que en la chancillería del infierno arrúgase el pergamino y consúmense las letras ; y el que en el mundo es virtuoso, ese es el hidalgo, y la virtud es la ejecutoria que acá respetamos, pues aunque descienda de hombres viles y bajos, como él con divinas costumbres se haga digno de imitación, se hace noble á sí y hace linaje para otros. Reímonos acá de ver lo que ultrajáis á los villanos, moros y judíos, como si en éstos no cupieran las virtudes que vosotros despreciáis. Tres cosas son las que hacen ridículos á los hombres : la primera la nobleza, la segunda la honra, la tercera la valentía, pues es cierto que os contentáis con que hayan tenido vuestros padres virtud y nobleza para decir que la tenéis vosotros, siendo inútil parto del mundo. Acierta á tener muchas letras el hijo del labrador ; es arzobispo el villano que se aplica á honestos estudios ; y los caballeros que descenden de buenos padres, como si hubieran ellos de gobernar el cargo que

les dan, quieren (¡ved qué ciegos!) que les valga á ellos, viciados, la virtud ajena de trescientos mil años, ya casi olvidada, y no quieren que el pobre se honre con la propia. » Carcomióse el hidalgo de oír estas cosas, y el caballero que estaba á su lado se afligía, plegando los abanillos del cuello y volviendo las cuchilladas de las calzas.

« ¿Pues qué diré de la honra mundana? Que más tiranías hace en el mundo y más daños, y la que más gustos estorba. Muere de hambre un caballero pobre, no tiene con qué vestirse, ándase roto y remendado, ó da en ladrón, y no lo pide porque dice que tiene honra, ni quiere servir porque dice que es deshonra. Todo cuanto se busca y afana dicen los hombres que es por sustentar honra. ¡Oh lo que gasta la honra! Y llegado á ver lo que es la honra mundana, no es nada. Por la honra no come el que tiene gana donde le sabría bien. Por la honra se muere la viuda entre dos paredes. Por la honra, sin saber qué es hombre ni qué es gusto, se pasa la doncella treinta años casada consigo misma. Por la honra la casada se quita su deseo cuanto pide. Por la honra pasan los hombres el mar. Por la honra mata un hombre á otro. Por la honra gastan todos más de lo que tienen. Y es la honra mundana, según ésto, una necedad del cuerpo y alma, pues al uno quita los gustos y al otro el descanso. Y porque veáis cuáles sois los hombres desgraciados y cuán á peligro tenéis lo que más estimáis, hase de advertir que las cosas de más valor en vosotros son la honra, la vida y la hacienda. La honra está en arbitrio de las mujeres, la vida en manos de los doctores, y la hacienda en las plumas de los escribanos. » « Desvanecemos pues bien, mortales, dije yo entre mí, ¡y cómo se echa de ver que ésto es el infierno, donde por atormentar á los hombres con amarguras les dicen las verdades! »

Tornó en esto á proseguir, y dijo : « La valentía. ¿Hay cosa tan digna de burla? Pues no habiendo ninguna en el mundo sino la caridad, con que se vence la fiereza de otros, y la de sí mismo y la de los mártires, todo el mundo es de valientes ; siendo verdad que todo cuanto hacen los hombres, cuanto han hecho tantos capitanes valerosos como ha habido en la guerra, no lo han hecho de valentía,

sino de miedo, pues el que pelea en la tierra por defendella pelea de miedo de mayor mal, que es ser cautivo y verse muerto; y el que sale á conquistar los que están en sus casas, á veces lo hace de miedo de que el otro no le acometa; y los que no llevan este intento van vencidos de la cudicia. Ved qué valientes : á robar oro y á inquietar los pueblos apartados, á quien Dios puso como defensa á nuestra ambición, mares en medio y montañas ásperas. Mata uno á otro primero vencido de la ira, pasión ciega, y otras veces de miedo de que le mate á él. Así, hombres que todo lo entendéis al revés, bobo llamáis al que no es sedicioso, alborotador y maldiciente; sabio llamáis al mal acondicionado, perturbador y escandaloso; valiente al que perturba el sosiego; y cobarde al que con bien compuestas costumbres, escondido de las ocasiones no da lugar á que le pierdan el respeto. Estos tales son en quien ningún vicio tiene licencia. » « ; Oh, pesia tal! dije yo, más estimo haber oído este diablo que cuanto tengo. » Dijo en esto el de las calzas atacadas muy mohino : « Todo eso se entiende con ese escudero, pero no conmigo, á fe de caballero (y torno á decir caballero tres cuartos de hora), que es ruin término y descortesía : ; deben de pensar que todos somos unos ! » Esto les dió á los diablos grandísima risa. Y luego llegándose uno á él le dijo que se desenojase y mirase qué había menester y qué era la cosa que más pena le daba, porque le querían tratar como quien era. Y al punto dijo : « Bésoos las manos; un molde para repasar el cuello. » Tornaron á reir y él á atormentarse de nuevo.

Yo, que tenía gana de ver todo lo que hubiese, pareciendo que me había detenido mucho, me partí; y á poco que anduve topé una laguna muy grande como el mar, y más sucia, adondé era tanto el ruido, que se me desvaneció la cabeza. Pregunté lo que era aquello, y dijéronme que allí penaban las mujeres que en el mundo se volvieron dueñas. Así supe como las dueñas de acá son ranas del infierno, que eternamente como ranas están hablando, sin tono y sin son, húmedas y en cieno, y son propiamente ranas infernales; porque las dueñas ni son carne ni pescado, como ellas. Dióme grande risa el verlas convertidas en sabandijas tan pierniabiertas, y que no se comen sino



de medio abajo, como la dueña, cuya cara siempre es trabajosa y arrugada.

Salí, dejando el charco á mano izquierda, á una dehesa donde estaban muchos hombres arañándose y dando voces, y eran infinitísimos, y tenía seis porteros. Pregunté á uno qué gente era aquella tan vieja y tan en cantidad. « Este es, dijo, el cuarto de los padres que se condenan por dejar ricos á sus hijos, que por otro nombre se llama el cuarto de los necios. » « ¡Ay de mí! dijo en esto uno, que no tuve día sosegado en la otra vida, ni comí, ni vestí, por hacer un maryorazgo, y después de hecho, por aumentarle; y en haciéndole, me morí sin médicos por no gastar dineros amontonados; y apenas espiré cuando mi hijo se enjugó las lágrimas con ellos; y cierto de que estaba en el infierno por lo que vió que había ahorrado, viendo que no había menester misas, no me las dijo, ni cumplió manda mia; y permite Dios que aquí para más pena le vea desperdiciar lo que yo afané, y le oigo decir: Ya se condenó mi padre: ¿por qué no tomó más sobre su ánima, y se condenó por cosas de más importancia? » « ¿Queréis saber, dijo un demonio, que tanta verdad es esa, que tienen ya por refrán en el mundo contra estos miserables decir: Dichoso el hijo que tiene á su padre en el infierno? » Apenas oyeron esto cuando se pusieron todos á aullar y darse de bofetones. Hiciéronme lástima; no lo pude sufrir, y pasé adelante.

Y llegando á una cárcel oscurísima, oí grande ruido de cadenas y grillos, fuego, azotes y gritos. Pregunté á uno de los que allí estaban qué estancia era aquella, y dijéronme que era el cuarto de los de: ¡Oh, quién hubiera! « No lo entiendo, dije. ¿Quién son los de, ¡oh quién hubiera? » Dijo al punto: « Son gente necia que en el mundo vivía mal, y se condenó sin entenderlo, y ahora acá se les va todo en decir: ¡Oh, quién hubiera oído misa! ¡Oh, quién hubiera callado! ¡Oh, quién hubiera favorecido al pobre! ¡Oh, quién no hubiera hurtado! » Huí medroso de tan mala gente y tan ciega, y dí en unos corrales con otra peor. Pero admiróme más el título con que estaban aquí, porque preguntádoselo á un demonio, me dijo: « Estos son los de: Dios es piadoso. » « Dios sea conmigo, dije al punto. ¿Pues cómo puede ser que la mi-

sericordia condene, siendo eso de la justicia? Vos habláis como diablo. » « Y vos, dijo el maldito, como ignorante, pues no sabéis que la mitad de los que están aquí se condenan por la misericordia de Dios; y si no, mirad cuántos son los que cuando hacen algo mal hecho y se lo reprenden, pasan adelante, y dicen: Dios es piadoso, y no mira en niñerías; para eso es la misericordia de Dios tanta; y con esto, mientras ellos haciendo mal esperan en Dios, nosotros los esperamos acá. » « ¿ Luego no se ha de esperar en Dios y en su misericordia? dije yo. » « No lo entiendes, me respondieron; que de la piedad de Dios se ha de fiar, porque ayuda á buenos deseos y premia buenas obras, pero no todas veces con consentimiento de obstinaciones; que se burlan á sí las almas que consideran la misericordia de Dios encubridora de maldades, y la aguardan como ellas la han menester, y no como ella es, purísima y infinita en los santos y capaces della; pues los mismos que más en ellas están confiados, son los que menos la dan para su remedio. No merece la piedad de Dios quien, sabiendo que es tanta, la convierte en licencia, y no en provecho espiritual. Y de muchos tiene Dios misericordia que no la merecen ellos; y en los más es así, pues nada de su mano pueden sino por favor, y el hombre que más hace es procurar merecerla. » Porque no os desvanecáis, y sepáis que aguardáis siempre al postrero día lo que quisiéades haber hecho al primero, y que las más veces está pasado por vosotros lo que teméis que ha de venir; esto se ve y se oye en el infierno. ¡ Ah, lo que aprovechara allí uno de estos escarmentados!

Diciendo ésto, llegué á una caballeriza donde estaban los tintoreros, que no averiguara un pesquisidor quiénes eran, porque los diablos parecían tintoreros, y los tintoreros diablos. Pregunté á un mulato, que á puros cuernos tenía hecha espetera la frente, ¿ que dónde estaban las viejas y los cornudos? Dijo: « En todo el infierno están; que esa es gente que en vida son diablos, pues es su oficio traer corona de hueso. De las viejas, no queríamos saber porque aun acá nos enfadan y atormentan, y no hartas de vida, hay algunas que nos enamoran; muchas han venido acá muy arrugadas y canas, y sin diente ni muela, y nin-

guna ha venido cansada de vivir. Y otra cosa más graciosa, que si os informáis dellas, ninguna vieja hay en el infierno, porque la que está calva y sin muelas, arrugada y lagañosa de pura edad y de puro vieja, dice que el cabello se le cayó de una enfermedad; que los dientes y muelas se le cayeron de comer dulce, que está gibada de un golpe; y no confesará que son años, si pensara remozar por confesarlo.

Junto á éstos estaban unos pocos dando voces, y quejándose de su desdicha. « ¿Qué gente es ésta? » pregunté; y respondiome uno dellos: « Los sin ventura, muertos de repente. » « Mentís, dijo un diablo; que ningún hombre muere de repente; de descuidado y divertido sí. ¿Cómo puede morir de repente quien desde que nace ve que va corriendo por la vida, y lleva consigo la muerte? ¿Qué otra cosa veis en el mundo, sino entierros, muertos y sepulturas? ¿Qué otra cosa oís en los púlpitos, y leéis en los libros? ¿A qué volvéis los ojos, que no os acuerde de la muerte? Vuestro vestido que se gasta, la casa que se cae, el muro que se envejece, y hasta el sueño cada día os acuerda de la muerte, retratándola en sí. ¿Pues cómo puede haber hombre que se muera de repente en el mundo, si siempre lo andan avisando tantas cosas? No os habéis de llamar, no, gente que murió de repente, sino gente que murió incrédula de que podía morir así, sabiendo con cuán secretos pies entra la muerte en la mayor mocedad, y que en una misma hora, en dar bien y mal, suele ser madre y madrastra. »

Volví la cabeza á un lado, vi en un seno muy grande apretura de almas, y dióme un mal olor. « ¿Qué es ésto? » dije; y respondiome un juez amarillo que estaba castigándolos: « Estos son los boticarios, que tienen el infierno lleno de bote en bote; gente que, como otros buscan ayuda para salvarse, éstos la tienen para condenarse. Estos son los verdaderos alquimistas; que no Demócrito Abderita en la *Arte sacra*, Avicena, Geber, ni Raimundo Lull; porque ellos escribieron cómo de los metales se podía hacer oro, y no lo hicieron ellos; y si lo hicieron, nadie lo ha sabido hacer después acá; pero estos tales boticarios de la agua turbia (que no clara) hacen

oro; y de los palos, oro hacen de las moscas, del estiércol; oro hacen de las arañas, de los alacranes y sapos; y oro hacen del papel, pues venden hasta el papel en que dan el unguento. Así que sólo para éstos puso Dios virtud en las hierbas y piedras y palabras, pues no hay hierba, por dañosa que sea y mala, que no les valga dineros, hasta la ortiga y cicuta; ni hay piedra que no les dé ganancia, hasta el guijarro crudo, sirviendo de moleta. En las palabras también, pues jamás á éstos les falta cosas que les pidan, aunque no la tengan, como vean dinero, pues dan por aceite de matiolo aceite de ballena, y no compra sino las palabras el que compra. Y su nombre no había de ser boticario, sino armeros; ni sus tiendas no se habían de llamar, sino armerías de los doctores, donde el médico toma la daga de los lame-dores, el montante de los jarabes, y el mosquete de la purga maldita, demasiada, recetada á mala sazón y sin tiempo. Allí se ve todo esmeril de unguentos, la asquerosa arcabucería de melecinas con munición de calas. Muchos destos se salvan; pero no hay que pensar que cuando mueren tienen con qué enterrarse.

» Y si queréis reir, ved tras ellos los barberillos cómo penan, que en subiendo esos dos escalones, están en ese cerro. » Pasé allá, y vi (¡ qué cosa tan admirable y qué justa pena ! ) los barberos atados y las manos sueltas, y sobre la cabeza una guitarra, y entre las piernas un ajedrez con las piezas de juego de damas; y cuando iba con aquella ansia natural de pasacalles á tañer, la guitarra le huía, y cuando volvía abajo á dar de comer una pieza, se le sepultaba el ajedrez, y esta era su pena. No entendí salir de allí de risa.

Estaban tras de una puerta unos hombres, muchos en cantidad, quejándose de que no hiciesen caso dellos aun para atormentarlos; y estábales diciendo un diablo, que eran todos tan diablos como ellos, que atormentasen á otros. « ¿ Quién son ? » le pregunté. Y dijo el diablo: Hablando con perdón, los zurdos, gente que no puede hacer cosa á derechas, quejándose de que no están con los otros condenados; y acá dudamos si son hombres ó otra cosa; que en el mundo ellos no sirven sino de enfados y de

mal agüero ; pues si uno va en negocios y topa zurdos, se vuelve como si topara un cuervo ó oyera una lechuza. Y habéis de saber que cuando Scévola se quemó el brazo derecho porque erró á Porsena (que fué, no por quemarle y quedar manco, sino queriendo hacer en sí un gran castigo), dijo : « ¿ Así, que erré el golpe? Pues en pena he de quedar zurdo. » Y cuando la justicia manda cortar á uno la mano derecha por una resistencia, es la pena hacerle zurdo, no el golpe. Y no queráis más, que queriendo el otro echar una maldición muy grande, fea y afrentosa, dijo :

Lanzada de moro izquierdo  
Te atraviere el corazón.

Y en el día del juicio todos los condenados, en señal de serlo, estarán á la mano izquierda. Al fin es gente hecha al revés, y que se duda si son gente. »

En ésto me llamó un diablo por señas, y me advirtió con las manos que no hiciese ruido. Lleguéme á él, y asoméme á una ventana, y dijo : « Mira lo que hacen las feas. » Y veo una muchedumbre de mujeres, unas tomándose puntos en las caras, otras haciéndose de nuevo, porque ni la estatura en los chapines, ni la ceja con el cohó, ni el cabello en la tinta, ni el cuerpo en la ropa, ni las manos con la muda, ni la cara con el afeite, ni los labios con la color, eran los con que nacieron ellas. Y vi algunas poblando sus calvas con cabellos que eran suyos sólo porque los habían comprado. Otra ví que tenía su media cara en las manos, en los botes de unto y en la color. « Y no queráis más de las invenciones de las mujeres, dijo un diablo, que hasta resplandor tienen sin ser soles ni estrellas. Las más duermen con una cara, y se levantan con otra al estrado ; y duermen con unos cabellos, y amanecen con otros. Muchas veces pensáis que gozáis las mujeres de otro, y no pasáis el adulterio de la carne. Mirad cómo consultan con el espejo sus caras. Éstas son las que se condenan solamente por buenas, siendo malas. » Espantóme la novedad de la causa con que se habían condenado aquellas mujeres ; y volviendo

vi un hombre asentado en una silla á solas, sin fuego, ni hielo, ni demonio, ni pena alguna; dando las más desesperadas voces que oí en el infierno, llorando el propio corazón, haciéndose pedazos á golpes y á vuelcos. ¡Válgame Dios! dije en mi alma, ¿de qué se queja este no atormentándole nadie? Y él cada punto doblaba sus alaridos y voces. Dime, dije yo: ¿qué eres y de qué te quejas, si ninguno te molesta, si el fuego no te arde ni el hielo te cerca? «¡ Ay! dijo dando voces, que la mayor pena del infierno es la mía: ¿verdugos te parecen que me faltan? ¡Triste de mí, que los más crueles están entregados á mi alma! ¿No los ves? dijo; y empezó á morder la silla y á dar vueltas alrededor y gemir. Velos, que sin piedad van midiendo á descompasadas culpas eternas penas.»

«¡ Ay qué terrible demonio eres, memoria del bien que pude hacer, y de los consejos que desprecié y de los males que hice! ¡Qué representación tan continúa! Déjame tú, y sale el entendimiento con imaginaciones de que hay gloria que pude gozar, y que otros gozan á menos costa que yo mis penas! ¡Oh qué hermoso que pintas el cielo, entendimiento, para acabarme! Déjame un poco siquiera. ¿Es posible que mi voluntad no ha de tener paz conmigo un punto? ¡Ay, huésped, y qué tres llamas invisibles, y qué sayones incorpóreos me atormentan en las tres potencias del alma! Y cuando éstos se cansan, entra el gusano de la conciencia, cuya hambre en comer del alma nunca se acaba: vesme aquí miserable y perpetuo alimento de sus dientes.» Y diciendo ésto, salió la voz: «¿Hay en todo este desesperado palacio quien trueque sus almas y sus verdugos á mis penas? Así, mortal, pagan los que supieron en el mundo, tuvieron letras y discurso, y fueron discretos: ellos se son infierno y martirio de sí mismos. Tornó amortecido á su ejercicio con más muestras de dolor. Apartéme de él medroso, diciendo: ¡Ved de lo que sirve caudal de razón y doctrina y buen entendimiento mal aprovechado! ¡Quién se lo vió llorar solo, y tenía dentro de su alma aposentado el infierno!

Lleguéme, diciendo ésto, á una gran compañía, donde penaban en diversos puestos muchos, y vi unos carros en que traían atenaceando muchas almas con pregones delante.

Lleguéme á oír el pregón, y decía : « Estos manda Dios castigar por escandalosos y porque dieron mal ejemplo. » Y vi á todos los que penaban que cada uno los metía en sus penas, y así pasaban las de todos como causadores de su perdición. Pues éstos son los que enseñan en el mundo malas costumbres, de quien dijo Dios que valiera más no haber nacido.

Pero dióme risa ver unos taberneros que se andaban sueltos por todo el infierno penando sobre su palabra, sin prisión ninguna, teniéndola cuantos estaban en él. Y preguntando por qué á ellos solos los dejan andar sueltos, dijo un diablo : « Y les abrimos las puertas, que no hay para qué temer que se irán del infierno gente que hace en el mundo tantas diligencias para venir. Fuera de que los taberneros trasplantados acá, en tres meses son tan diablos como nosotros. Tenemos sólo cuenta de que no lleguen al fuego de los otros, porque no lo agüen. »

« Pero si queréis saber notables cosas llegaos aquel cerco : veréis en la parte del infierno más hondo á Judas con su familia descomulgada de malditos dispensereros. » Hicelo así, y vi á Judas, que me holgué mucho, cercado de sucesores suyos y sin cara. No sabré decir sino que me sacó de la duda de ser barbirrojo como le pintan los extranjeros por hacerle español.

Estaba, pues, Judas muy contento de ver cuán bien lo hacían algunos dispensereros en venirle á cortejar y á entretenerle (que muy pocos me dijeron que le dejaban de imitar.) Miré más atentamente, y fuíme llegando donde estaba Judas, y vi que la pena de los dispensereros era que, como á Titio le como un buitre las entrañas, á ellos se las descarnaban dos aves que llaman sisones. Y un diablo decía á voces de rato en rato : « Sisones son dispensereros, y los dispensereros sisones. » A este pregón se estremecían todos, y Judas estaba con sus treinta dineros atormentándose. Yo le dije : « Una cosa querría saber de ti : ¿ por qué te pintan con botas y dicen por refrán las botas de Judas? » No porque yo las truje, respondió ; mas quisieron significar, poniéndome botas, que anduve siempre de camino para el infierno, y por ser dispenserero ; y así se han de pintar todos los que lo son. Esta fué la causa, y no lo que algunos han

colegido de verme con botas, diciendo que era portugués, que es mentira, que yo fui... » (Y no me acuerdo bien de donde me dijo que era, si de Calabria, si de otra parte.) « Y has de advertir que yo solo soy el dispensero que se ha condenado por vender, que todos los demás (fuera de alguno) se condenan por comprar. Y en lo que dices que fui traidor y maldito en dar á mi Maestro por tan poco precio, tienes razón; y no podía hacer yo otra cosa, fiándome de gente como los judíos, que era tan ruin que pienso que si pidiera un dinero más por él no me lo tomaran. Y porque estás muy espantado y fiado en que yo soy el peor hombre que ha habido, ve ahí debajo y verás muchísimos tan malos. Vete, dijo, que ya basta de conversación, que no los escurezco. »

Dices la verdad, le respondí, y acogíme donde me señaló, y topé muchos demonios en el camino con palos y lanzas echando del infierno muchas mujeres hermosas y muchos malos letrados. Pregunté que por qué los querían echar del infierno á aquellos solos, y dijo un demonio : « Porque eran de grandísimo provecho para la población del infierno en el mundo : las damas con sus caras y con sus mentirosas hermosuras y buenos pareceres, y los letrados con buenas caras y malos pareceres; y que así los echaban porque trujesen gente.

Pero el pleito más intrincado y el caso más difícil que yo vi en el infierno fué el que propuso una mujer condenada con otras muchas por malas, enfrente de unos ladrones, la cual decía : « Decidnos, señor, ¿ cómo ha de ser esto de dar y recibir, si los ladrones se condenan por tomar lo ajeno, y la mujer por dar lo suyo? Aquí de Dios, que si el ser puta es ser justicia; si es justicia dar á cada uno lo suyo, — pues lo hacemos así, ¿ de qué nos culpan? » Dejé de escucharla, y pregunté (como nombraron ladrones) dónde estaban los escribanos.

« ¡ Es posible que no hay en el infierno ninguno, ni le pude topar en todo el camino! » Respondióme un verdugo. « Bien creo yo que no topariades ninguno por él. » Pues ¿ qué hacen? ¿ Sálvanse todos? « No, dijo; pero dejan de andar, y vuelan con plumas. Y el no haber escribanos por el camino de la perdición no es porque infinitísimos que



son malos no vienen acá por él, sinó porque es tanta la prisa con que vienen, que volar y llegar y entrar es todo uno (tales plumas se tienen ellos); y así no se ven en el camino. » Y acá, dije yo, ¿cómo no hay ninguno? » Sí hay, me respondió; mas no usan ellos de nombre de escribano, que acá por gatos los conocemos. Y para que echéis de ver qué tantos hay, no habéis de mirar sino que con ser el infierno tan gran casa, tan antigua, tan mal tratada y sucia, no hay un ratón en toda ella, que ellos los cazan. »

¿Y los alguaciles malos no están en el infierno? « Ninguno está en el infierno, dijo el demonio. » ¿Cómo puede ser, si se condenan algunos malos entre muchos buenos que hay? « Dígoos que no están en el infierno, porque en cada alguacil malo, aun en vida, está todo el infierno en él. » Santiguéme y dije: Brava cosa es lo mal que los queréis los diablos á los alguaciles. « ¿No los habemos de querer mal, pues según son endiablados los malos alguaciles, tememos que han de venir á hacer que sobremos nosotros para lo que es materia de condenar almas, y que se nos han de levantar con el oficio de demonios, y que ha de venir Lucifer á ahorrarse de diablos y despedirnos á nosotros por recibirlos á ellos? »

No quise en esta materia escuchar más, y así me fui adelante, y por una red vi un amenísimo cercado todo lleno de almas que, unas con silencio y otras con llanto, se estaban lamentando. Dijéronme que era el retiramiento de los enamorados. Gemí tristemente viendo que aun en la muerte no dejan los suspiros. Unos se respondían en sus amores, y penaban con dudosas desconfianzas. ¡Oh qué número dellos echaban la culpa de su perdición á sus deseos, cuya fuerza ó cuyo pincel los mintió las hermosuras! Los más estaban descuidados por *penséque*, según me dijo un diablo. ¿Quién es *penséque*, dije yo, ó qué género de delito? Rióse y replicó: « No es sino que se destruyen, fiándose de fabulosos semblantes, y luego dicen pensé que no me obligara, pensé que no me amartelara, pensé que ella me diera á mí, y no me quitara, pensé que no tuviera otro con quien yo riñera, pensé que se contentara conmigo solo, pensé que me adoraba; y así todos

los amantes en el infierno están por *pensé que*. Estos son la gente en quien más ejecuciones hace el arrepentimiento, y los que menos sabían de sí. » Estaba en medio dellos el amor lleno de sarna, con un rótulo que decía :

No hay quién este amor no dome  
Sin justicia ó con razón,  
Porque es sarna y no afición  
Amor que se pega y come.

¿Cóplica hay? dije yo : no andan lejos de aquí los poetas ; cuando volviéndome á un lado veo una bandada de hasta cien mil dellos en una jaula, que llaman los Orates en el infierno. Volví á mirarlos, y díjome uno señalando á las mujeres : « ¿ Qué, digo ? esas señoras hermosas todas se han vuelto medio camareras de los hombres, pues los desnudan y no los visten ! » ¿ Conceptos gastáis aun estando aquí ? Buenos cascos tenéis, dije yo ; cuando uno entre todos, que estaba aherrojado y con más penas que todos, dijo : « ¡ Plegue á Dios, hermano, que así se vea el que inventó los consonantes ! pñes porque en un soneto

Dije que una señora era absoluta,  
Y siendo más honesta que Lucrecia,  
Por dar fin al cuarteto la hice puta.  
Forzóme el consonante á llamar necia  
A la de más talento y mayor brio :  
¡ Oh ley de consonantes dura y recia !  
Habiendo en un terceto dicho lío,  
Un hidalgo afrenté tan solamente  
Porque el verso acabó bien en judío.  
A Herodes otra vez llamé inocente ;  
Mil veces á lo dulce dije amargo,  
Y llamé al apacible impertinente.  
Y por el consonante tengo á cargo  
Otros delitos torpes, feos, rudos ;  
Y llega mi proceso á ser tan largo,  
Que porque en una octava dije escudos,  
Hice sin más ni más siete maridos,  
Con honradas mujeres, ser cornudos.  
Aquí nos tienen, como ves, metidos  
Y por el consonante condenados.  
¡ Oh miseros poetas desdichados !  
Á puros versos, como ves, perdidos ! »

¡ Hay tan graciosa locura, dije yo, que aun aquí estáis

sin dejarla ni cansaros della ! ¡Oh qué vi dellos ! Y decia un diablo : « Esta es gente que canta sus pecados como otros los lloran, pues en amancebándose, con hacerla pastora ó mora, la sacan á la vergüenza en un romancico por todo el mundo. Si las quieren á sus damas, lo más que les dan es un soneto ó unas octavas ; y si las aborrecen ó las dejan, lo menos que les dejan es una sátira. ¡Pues qué es verlas cargadas de pradicos de esmeraldas, de cabellos de oro, de perlas de la mañana, de fuentes de cristal, sin hallar sobre todo esto dinero para una camisa, ni sobre su ingenio ! Y es gente que apenas se conoce de qué ley son, porque el nombre es de cristianos, las almas de herejes, los pensamientos de alarbes, y las palabras de gentiles. » Si mucho me aguardo, dije entre mí, yo oiré algo que me pese.

Fuime adelante, y dejélos con deseo de llegar adonde estaban los que no supieron pedir á Dios. ¡Oh qué muestras de dolor tan grandes hacían ! ¡Oh qué sollozos tan lastimosos ! Todos tenían las lenguas condenadas á perpetua cárcel, y poseídos del silencio. Tal martirio, en voces ásperas de un demonio, recibían por los oídos : « ¡Oh corvas almas inclinadas al suelo, que con oración logrera y ruego mercader y comprador os atrevistes á Dios y le pedistes cosas que de vergüenza de que otro hombre las oyese aguardábades á coger solos los retablos ! ¿Pues cómo ? ¿Más respeto tuvisteis á los mortales que al Señor de todos ? Quien os ve en un rincón, medrosos de ser oídos, pedir mormurando sin dar licencia á las palabras que se saliesen de los dientes cerrados de ofensas : Señor, muera mi padre, y acabe yo de suceder en su hacienda ; llevaos á vuestro reino á mi mayor hermano, y asegúradme á mí el mayorazgo : halle yo una mina debajo de mis pies ; el rey se incline á favorecerme, y véame yo cargado de sus favores ; y ved (dijo) á lo que llegó una desvergüenza que osastes decir : Y haced ésto, que si lo hacéis, yo os prometo de casar dos huérfanas, de vestir seis pobres y de daros frontales. » ¡Qué ceguedad de hombres, prometer dádivas al que pedís, con ser la suma riqueza ! Pedistes á Dios por merced lo que él suele dar por castigo ; y si os lo da, os pesa de haberlo tenido

cuando morís; y si no os lo da, cuando vivís; y así de puro necios siempre teneis quejas. Y si llegéis á ser ricos por votos, decidme ¿cuáles cumplís? ¿Qué tempestad no llena de promesas los santos? Y qué bonanza tras ella no los torna á desnudar, con olvido, de toques de campanas? Qué de preseas ha ofrecido á los altares la espantosa cara del golfo? Y qué dellas ha muerto y quitado de los mismos templos el puerto? Nacen vuestros ofrecimientos de necesidad, y no de devoción. ¿Pedísteis alguna vez á Dios paz en el alma, aumento de gracia, favores suyos ó inspiraciones? No por cierto; ni aun sabéis para que son menester estas cosas ni lo que son. Ignoráis que el holocausto, sacrificio y oblación que Dios recibe de vosotros, es de la pura conciencia, humilde espíritu, caridad ardiente; y esto acompañado con lágrimas es moneda, que aun Dios (si puede) es codicioso en nosotros. Dios, hombres, por vuestro bien gusta que os acordéis dél; y como (sino es en los trabajos) no os acordáis, por eso os da trabajos, porque tengáis dél memoria. Considerad vosotros, necios demandadores, cuán brevemente se os acabaron las cosas que importunos pedísteis á Dios. ¡Qué presto os dejaron; y cómo ingratos no os fueron compañía en el postrer paso! ¿Veis cómo vuestros hijos aun no gastan de vuestras haciendas un real en obras pías, diciendo que no es posible que vosotros gustéis dellas, porque si gustáredes, en vida hiciéredes algunas? Y pedís tales cosas á Dios, que muchas veces por castigo de la desvergüenza con que las pedís ós las concede. Y bien, como suma sabiduría, conoció el peligro que tenéis en saber pedir, pues lo primero que os enseñó en el *Pater noster* fué pedirle; pero pocos entendéis aquellas palabras donde Dios enseñó el lenguaje con que habéis de tratar con él. Quisieron responderme, mas no les daban lugar las mordazas.

Yo que vi que no habían de hablar palabra, pasé adelante, donde estaban juntos los ensalmadores ardiéndose vivos, y los saludadores también condenados por embustidores. Dijo un diablo: «Veislos aquí á estos tratantes en santiguaduras, mercaderes de cruces, que embelesaron el mundo y quisieron hacer creer que podía tener cosa

buena un hablador. Gente es esta ensalmadora que jamás hubo nadie que se quejase dellos! porque si les sanan antes, se lo agradecen; y si los matan, no se pueden quejar, y siempre les agradecen lo que hacen, y dan contento: porque si sanan, el enfermo los regala, y si matan, el heredero les agradece el trabajo. Si curan con agua y trapos la herida que sanara por virtud de naturaleza, dicen que es por ciertas palabras virtuosas que les enseñó un judío. ¡Mirad qué buen origen de palabras virtuosas! Y si se enfistola, empeora y muere, dicen que llegó su hora, y el badajo que se la dió y todo. ¿Pues qué es de oír á estos las mentiras que cuentan de uno que tenía las tripas fuera en la mano en tal parte, y otro que estaba pasado por las ijadas? Y lo que más me espanta es que siempre he medido las distancias de sus curas, y siempre las hicieron cuarenta ó cincuenta leguas de allí, estando en servicio de un señor que ha ya trece años que murió, porque no se averigüe tan presto la mentira, y por la mayor parte estos tales que curan con agua, enferman ellos por vino. Al fin, estos son por los que se dijo: Hurtan que es bendición, porque con la bendición hurtan, tras ser siempre gente ignorante. Y he notado que casi todos los ensalmos están llenos de solecismos; y no sé qué virtud se tenga el solecismo por lo cual se pueda hacer nada. Al fin, vaya do fuere, ellos están acá algunos; que otros hay buenos hombres que como amigos de Dios alcanzan dél la salud para los que curan; que la sombra de sus amigos suele dar vida. »

« Pero para ver buena gente mirad los saludadores, que también dicen que tienen virtud. » Ellos se agraviaron y dijeron que era verdad que la tienen. Y á esto respondió un diablo: « ¿Cómo es posible que por ningún camino se halle virtud en gente que anda siempre soplando? » « Alto, dijo un demonio, que me he enojado; vayan al cuartel de los porquerones que viven de lo mismo. » Fueron, aunque á su pesar; y yo abajé otra grada por ver los que Judas me dijo que eran peores que él, y topé en una alcoba muy grande una gente desatinada, que los diablos confesaban que ni los entendían ni se podían averiguar con ellos. Eran astrólogos y alquimistas. Estos andaban

llenos de hornos y crisoles, de lodos, de minerales, de escorias, de cuernos, de estiércol, de sangre humana, de polvos y de alambiques. Aquí calcinaban, allí lavaban, allí apartaban, y acullá purificaban. Cuál estaba fijando el mercurio al martillo, y habiendo resuelto la materia viscosa, y ahuyentado la parte sutil, lo corruptivo del fuego, en llegándose á la copela, se le iba en humo. Otros disputaban si se había de dar fuego de mecha ó si el fuego ó no fuego de Raimundo había de entenderse de la cal ó si de luz efectiva del calor, y no de calor efectivo de fuego. Cuáles con el signode Hermete daban principio á la obra magna, y en otra parte miraban ya el negro blanco, y le aguardaban colorado; y juntando á esto *la proporcion de naturaleza, con naturaleza se contenta la naturaleza y con ella misma se ayuda*, y los demás oráculos ciegos suyos, — esperaban la reducción de la primera materia, y al cabo reducían su sangre á la postrera podre; y en lugar de hacer del estiércol, cabellos, sangre humana, cuernos y escoria oro, hacían del oro estiércol, gastándolo neciamente. ¡ Oh qué de voces que oí sobre el padre muerto ha resucitado y tornarlo á matar! ¡ Y qué bravas las daban sobre entender aquellas palabras tan referidas de todos los autores químicos: « ¡ Oh Gracias sean dadas á Dios, que de la cosa más vil del mundo permite hacer una cosa tan rica. » Sobre cuál era la cosa más vil se ardían. Uno decía que ya la había hallado; y si la piedra filosofal se había de hacer de la cosa más vil, era fuerza hacerse de corchetes. Y los cocieran y distilaran si no dijera otro que tenían mucha parte de aire para poder hacer la piedra, que no había de tener materiales tan vaporosos. Y así se resolvieron que la cosa más vil del mundo eran los sastres, pues cada punto se condenaban y que era gente más enjuta.

Cerraran con ellos si no dijera un diablo: « ¿ Queréis saber cuál es la cosa más vil? Los alquimistas; y así porque se haga la piedra es menester quemaros á todos. » Diéronles fuego y ardían casi de buena gana sólo por ver la piedra filosofal.

Al otro lado no era menos la trulla de astrólogos y supersticiosos. Un quiromántico iba tomando las manos á todos los otros que se habían condenado, diciendo: « ¡ Qué

claro que se ve que se habían de condenar éstos por el monte de Saturno ! » Otro que estaba á gatas con un compás midiendo alturas y notando estrellas, cercado de efemérides y tablas, se levantó y dijo en altas voces : « Vive Dios que si me pariera mi madre medio minuto antes, que me salvo ; porque Saturno en aquel punto mudaba el aspecto, y Marte se pasaba á la casa de la vida, el escorpión perdía su malicia, y yo como di en procurador fui pobre mendigo. » Otro tras él andaba diciendo á los diablos que le mortificaban que mirasen bien si era verdad que él había muerto ; que no podía ser, á causa que tenía Jupiter por ascendente, y á Venus en la casa de la vida, sin aspecto ninguno malo, y que era fuerza que viviese noventa años. « Miren, decía, que les notifico que miren bien si soy difunto, porque por mi cuenta es imposible que pueda ser esto. » En esto iba y venía sin poderlo nadie sacar de aquí.

Y para enmendar la locura destes salió otro geométrico poniéndose en puntos con las ciencias, haciendo sus doce casas gobernadas por el impulso de la mano y rayas á imitación de los dedos, con supersticiosas palabras y oración ; y luego, después de sumados sus pares y nones, sacando juez y testigos, comenzaba á querer probar cuál era el astrólogo más cierto ; y si dijera puntual acertara, pues es su ciencia de punto como calza sin ningún fundamento, aunque pese á Pedro de Albano, que era uno de los que allí estaban, acompañando á Cornelio Agripa (que con una alma ardía en cuatro cuerpos de sus obras malditas y descomulgadas), famoso hechicero. Tras este vi con su poligrafía y esteganografía á Trithemio, que así llaman al autor de aquellas obras escandalosas, muy enojado con Cardano, que estaba enfrente, porque dijo mal dél sólo y supo ser mayor mentiroso en sus libros de *Subtilitate*, por hechizos de viejas que en ellos juntó. Julio César Scaligero se estaba atormentando en otro lado en sus *Ejercitaciones*, mientras pensaba las desvergonzadas mentiras que escribió de Homero y los testimonios que le levantó por levantar á Virgilio aras, hecho idólatra de Marón. Estaba riéndose de sí mismo Artefio con su mágica, haciendo las tablillas para entender el

lenguaje de las aves; y Checol de Áscoli muy triste y pelándose las barbas, porque tras tanto experimento disparatado no podía hallar nuevas necedades que escribir. Teofrasto Paracelso estaba quejándose del tiempo que había gastado en la alquimia, pero contento en haber escrito medicina y mágica, que nadie la entendía, y haber llenado las imprentas de pullas á vuelta de muy agudas cosas. Y detrás de todos estaba Hubequer el por-diosero, vestido de los andrajos de cuantos escribieron mentiras y desvergüenzas, hechizos y supersticiones, hecho su libro un Ginebra, de moros, gentiles y cristianos. Allí estaba el secreto autor de la *Clavicula Salomonis*, y el que le imputó los sueños. ¡ Oh cómo se abrasaba burlado de vanas y necias oraciones el hereje que hizo el libro *Adversus omnia pericula mundi*. ¡ Qué bien ardía el Catán y las obras de Races. Estaba Taysnerio con su libro de fisonomías y manos, penando por los hombres que había vuelto locos con sus disparates; y reía sabiendo el bellaco que las fisonomías no se pueden sacar ciertas de particulares rostros de hombres que, ó por miedo ó por no poder, no muestran sus inclinaciones, y las reprimen; sino sólo de rostros y caras de príncipes y señores sin superior, en quien las inclinaciones no respetan nada para mostrarse. Estaba luego un triste autor con sus rostros y manos, y los brutos concertando por las caras la similitud de las costumbres. A Escoto el italiano vi allá, no por hechicero y mágico, sino por mentiroso y embustero. Había otra gran copia, y aguardaban sin duda mucha gente, porque había grandes campos vacíos. Y nadie estaba con justicia entre todos estos autores presos por hechiceros sino fueron unas mujeres hermosas, porque sus caras lo fueron solas en el mundo. ¡ Oh verdaderos hechizos! Que las damas sólo son veneno de la vida, que perturbando las potencias y ofendiendo los órganos á la vista, son causa de que la voluntad quiera por bueno lo que ofendidas las especies representan. Viendo esto dije entre mí : Ya me parece que vamos llegándonos al cuartel de esta gente.

Dime priesa á llegar allá, y al fin asoméme á parte donde sin favor particular del cielo no se podía decir lo



que había. A la puerta estaba la Justicia espantosa, y en la segunda entrada el Vicio desvergonzado y soberbio, la Malicia ingrata é ignorante, la Incredulidad resoluta y ciega, y la Inobediencia bestial y desbocada. Estaba la Blasfemia insolente y tirana llena de sangre, ladrando por cien bocas y vertiendo veneno por todas, con los ojos armados de llamas ardientes. Grande horror me dió el umbral. Entré y vi á la puerta la gran suma de herejes antes de nacer Cristo. Estaban los ofíteos, que se llaman así en griego de la serpiente que engañó á Eva, la cual veneraron á causa de que supiésemos del bien y del mal. Los cainanos, que alabaron á Caín porque, como decían, siendo hijo de mal, prevaleció su mayor fuerza contra Abel. Los sethianos, de Seth. Estaba Dositheo ardiendo como un horno, el cual creyó que se había de vivir sólo según la carne; y no creía la resurrección, privándose á sí mismo (ignorante más que todas las bestias) de un bien tan grande; pues cuando fuera así que fuéramos solos animales como los otros, para morir consolados habíamos de fingirnos eternidad á nosotros mismos. Y así llama Lucano en boca ajena á los que no creen la inmortalidad del alma : *Felices errore suo*, dichosos con su error, si eso fuera así que murieran las almas con los cuerpos; malditos; dije yo : siguiérase que el animal del mundo á quien Dios dió menos discurso es el hombre, pues entiende al revés lo que más importa, esperando inmortalidad; y seguirse hia, que á la más noble criatura dió menos conocimiento y crió para mayor miseria la naturaleza, que Dios no; pues quien sigue esa opinión no lo fie. Estaba luego Saddoc, autor de los Sadduceos, Los fariseos estaban aguardando al Mesías, no como Dios, sino como hombre. Estaban los heliognósticos devictiacos, adoradores del sol; pero los más graciosos son los que veneran las ranas, que fueron plaga á Faraón por ser azote de Dios. Estaban los musoritos haciendo ratonera al arca á puro ratón de oro. Estaban los que adoraron la Mosca accaronita; Ozias, el que quiso pedir á una mosca antes salud que á Dios, por lo cual Elías le castigó. Estaban los troglodytas, los de la fortuna del cielo, los de Baal, los de Asthar, los del ídolo Mcloch, y Renfan de la ara de Tofet,

los puteoritas, herejes veraniscos de pozos, los de la serpiente de metal, y entre todos sonaba la barahunda y el llanto de las judías, que debajo de tierra en las cuevas lloraban á Thamur en su simulacro. Seguían los bahalitas, luego la Pitonisa arremangada, y detras los de Asthar y Astharot, y al fin los que aguardaban á Herodes, y destos se llaman herodianos. Y hube á todos éstos por locos y mentecatos. Mas llegué luego á los herejes que había después de Cristo : allí vi á muchos, como Menandro y Simón Mago, su maestro. Estaba Saturnino inventando disparates. Estaba el maldito Basilides heresiarca. Estaba Nicolás antioqueno, Carpócrates y Cerintho, y el infame Ebión. Vino luego Valentino, el que dió por principio de todo el mar y el silencio. Menandro el mozo de Samaria decía que él era el Salvador, y que había caída del cielo ; y por imitarlo decía detrás del Montano frigio que él era el Paraclete. Siguenle las desdichadas Priscilla y Maximilla heresiarcas. Llamáronse sus secuaces catafriges, y llegaron á tanta locura, que decían que en ellos y no en los apóstoles vino el Espíritu Santo. Estaba Nepos, obispo, en quien fué corozca la mitra, afirmando que los santos habían de reinar con Cristo en la tierra mil años en lascivias y regalos. Venía luego Sabino, prelado hereje arriano, el que en el concilio Niceno llamó idiotas á los que no seguían á Arrio. Después en miserable lugar estaban ardiendo por sentencia de Clemente, pontífice máximo que sucedió á Benedicto, los templarios, primero santos en Jerusalén, y luego de puro ricos idólatras y deshonestos.

Fuí pasando por éstos, y llegué á una parte donde estaba uno solo arrinconado y muy sucio, con un zancajo menos y un chirlo por la cara, lleno de cencerros, y ardiendo y blasfemando. « ¿ Quién eres tú, le pregunté, que entre tantos malos eres el peor ? » « Yo, dijo él, soy Mahoma, », y decíasele el tallecillo, la cuchillada y los dijes de arriero. « Tú eres, dije yo, el más mal hombre que ha habido en el mundo y el que más almas ha traído acá. » « Todo lo estoy pasando, dijo, mientras los malaventurados de africanos adoran el zancarrón ó zancajo que aquí me falta. » Picarón, dije, ¿ por qué vedaste el vino á los tuyos ? » Y me respondió : « Porque si tras las borrache-

ras que les dejé en mi Alcorán les permitiera las del vino, todos fueran borrachos. — Y el tocino ¿por qué se lo vedaste, perro esclavo, descendiente de Agar? — Eso hice por no hacer agravio al vino, que lo fuera comer torreznos y beber agua, aunque yo vino y tocino gastaba. Y quise tan mal á los que creyeron en mí, que acá los quité la gloria, y allá los perniles y las botas. Y últimamente, mandé que no defendiesen mi ley por razón, porque ninguna hay ni para obedecella ni sustentalla; remítisela á las armas y metilos en ruido para toda la vida. Y el seguirme tanta gente no es en virtud de milagros, sino sólo en virtud de darles la ley á medida de sus apetitos, dándoles mujeres para mudar, y por extraordinario deshonestidades tan feas como las quisiesen, y con ésto me seguían todos. Pero no se remató en mí todo el daño: tiende por ahí los ojos, y verás qué honrada gente topas... »

Volvíme á un lado, y vi todos los herejes de ahora, y topé con Maniqueo. ¡Oh qué vi de calvinistas arañando á Calvino! Y entre estos estaba el principal, Josefo Scaligero, por tener su punta de ateista y ser tan blasfemo, deslenguado y vano y sin juicio. Al cabo estaba el maldito Lutero con su capilla y sus mujeres, hinchado como un sapo y blasfemando, y Melanchthon comiéndose las manos tras sus herejías. Estaba el renegado Beza, maestro de Ginebra, leyendo, sentado en cátedra de pestilencia; y allí lloré viendo el Enrico Estéfano. Preguntéle no sé qué de la lengua griega, y estaba tal la suya, que no pudo responderme sino con bramidos. Espántome, Enrico, de que supieses nada. ¿De qué te aprovecharon tus letras y agudezas? Más le dijera si no me enterneciera la desventurada figura en que estaba el miserable penando. Estaba ahorcado de un pie Helio Eobano Hesso, célebre poeta, competidor de Melanchthon. ¡Oh, cómo lloré mirando su gesto torpe con heridas y golpes, afeados con llamas sus ojos!

Dime prisa á salir deste cercado, y pasé á una galería, donde estaba Lucifer cercado de diablas, que también hay hembras como machos. No entré dentro, porque no me atreví á sufrir su aspecto disforme: sólo diré que tal galería tan bien ordenada no se ha visto en el mundo, porque toda estaba colgada de emperadores y reyes vivos

como acá muertos. Allá vi toda la casa otomana, los de Roma por su orden. Vi graciosísimas figuras : hilando á Sardanápalo; glotoneando á Eliogábalo, á Sapor emparentando con el sol y las estrellas. Viriato andaba á palos tras los romanos, Atila revolvía el mundo, Belisario ciego acusaba á los atenienses.

Llegó á mí el portero y me dijo : « Lucifer manda que porque tengáis qué contar en el otro mundo que veáis su camarín. » Entré allá ; era un aposento curioso y lleno de buenas joyas : tenía cosa de seis ó siete mil cornudos y otros tantos alguaciles manidos. « ¿ Aquí estáis? dije yo : ¿ cómo diablos os había de hallar en el infierno si estábades aquí? » Había pipotes de médicos y muchísimos coronistas, lindas piezas, aduladores de molde y con licencia. Y en las cuatro esquinas estaban ardiendo por hachas cuatro malos pesquisidores. Y todas las poyatas (que son los estantes) llenas de vírgenes rociadas, doncellas penadas como tazas, y dijo el demonio : « Doncellas son que se vinieron al infierno con las doncelleces fiambres, y por cosa rara se guardan. » Seguianse luego demandadores haciendo labor con diferentes sayos; y de las ánimas había muchos, porque piden para sí mismos y consumen ellos con vino cuanto les dan. Había madres postizas, y trastenderas de sus sobrinas, y suegras de sus nueras, por mascarones al rededor. Estaba en una peaña Sebastián Gertel, general en lo de Alemaña contra el Emperador, tras haber sido alabardero suyo.

No acabara yo de contar lo que vi en el camino si lo hubiera de decir todo. Salíme fuera, y quedé como espantado repitiendo conmigo estas cosas. Sólo pido á quien las leyere, las lea de suerte que el crédito que les diere le sea provechoso para no experimentar ni ver estos lugares ; certificando al lector que no pretendo en ello ningún escándalo ni reprensión sino de los vicios, pues decir de los que están en el infierno no puede tocar á los buenos. Acabé este discurso en el Fresno á postrero de Abril de 1608, en 28 de mi edad.

## EL MUNDO POR DE DENTRO

A DON PEDRO GIRÓN,

DUQUE DE OSUNA, MARQUÉS DE PEÑAFIEL, CONDE DE UREÑA.

Estas burlas, que llevan en la risa disimulado algún miedo provechoso, envío para que vuecelencia se divierta de grandes ocupaciones algún rato. Pequeña es la demostración, mas yo no puedo dar más; y sólo me consuela ver que la grandeza de vuecelencia á mucho menos hace honra y merced. En la Aldea, Abril 26 de 1612.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

AL LECTOR.

COMO DIOS ME LO DEPARARE, CÁNDIDO Ó PURPÚREO, PÍO Ó CRUEL,  
BENIGNO Ó SIN SARNA.

Es cosa averiguada (así lo siente Metrodoro Chio y otros muchos) que no se sabe nada, y que todos son ignorantes; y aun ésto no se sabe de cierto, que á saberse, ya se supiera algo : sospéchase. Dícelo así el doctísimo Francisco Sánchez, médico y filósofo, en su libro cuyo título es : *Nihil scitur* : No se sabe nada. En el mundo, fuera de los teólogos, filósofos y juristas, que atienden á la verdad y al verdadero estudio, hay algunos que no saben nada y

estudian para saber, y estos tienen buenos deseos y vano ejercicio; porque al cabo sólo les sirve el estudio de conocer cómo toda la verdad la quedan ignorando. Otros hay que no saben nada, y no estudian porque piensan que lo saben todo. Son destes muchos irremediables: á éstos se les ha de envidiar el ocio y la satisfacción, y llorarles el seso. Otros hay que no saben nada, y dicen que no saben nada, porque piensan que saben algo de verdad, pues lo es que no saben nada; y á éstos se les había de castigar la hipocresía con creerles la confesión. Otros hay (y en éstos, que son los peores, entro yo) que no saben nada, ni quieren saber nada, ni creen que se sepa nada, y dicen de todos que no saben nada, y todos dicen dellos lo mismo, y nadie miente. Y como gente que en cosas de letras y ciencia tiene que perder tan poco, se atreven á imprimir y sacar á luz todo cuanto sueñan. Estos dan que hacer á las imprentas, sustentan á los libreros, gastan á los curiosos, y al cabo sirven á las especierías. Yo, pues, como uno destes, y no de los peores ignorantes, no contento con haber soñado el Juicio, ni haber endemoniado un Alguacil, y últimamente escrito el Infierno, ahora salgo (sin ton y sin són, pero no importa, que ésto no es bailar) con el *Mundo por de dentro*. Si te agradere y pareciere bien, agrádéclo á lo poco que sabes, pues de tan mala cosa te contentas. Y si te pareciere malo, culpa mi ignorancia, en escribirlo, y la tuya en esperar otra cosa de mí. Dios te libre, lector, de prólogos largos y de malos epítetos.

#### DISCURSO.

Es nuestro deseo siempre peregrino en las cosas desta vida, y así con vana solicitud anda de unas en otras, sin saber hallar patria ni descanso. Aliméntase de la variedad, y diviértese con ella; tiene por ejercicio el apetito, y éste nace de la ignorancia de las cosas, pues si las conociera cuando cudicioso y desalentado las busca, así las aborreciera como cuando arrepentido las desprecia. Y es de considerar la fuerza grande que tiene, pues promete y persuade tanta hermosura en los deleites y gustos, lo cual dura sólo en la pretensión dellos; porque en llegando

cualquiera á ser poseedor, es juntamente descontento. El mundo, que á nuestro deseo sabe la condición para lisonjearla, pónese delante mudable y vario, porque la novedad y diferencia es el afeite con que más nos atrae; con ésto acaricia nuestros deseos, llévalos tras sí, y ellos á nosotros. Sea por todas las experiencias mi suceso, pues cuando más apurado me había de tener el conocimiento destas cosas, me hallé todo en poder de la confusión, poseído de la vanidad de tal manera, que en la gran población del mundo, perdido ya, corría donde tras la hermosura me llevaban los ojos, y adonde tras la conversación los amigos, de una calle en otra, hecho fábula de todos; y en lugar de desear salida al laberinto, procuraba que se me alargase el engaño. Ya por la calle de la ira, descompuesto, seguía las pendencias pisando sangre y heridas; ya por la de la gula veía responder á los brindis turbados. Al fin, de una calle en otra andaba (siendo infinitas) de tal manera confuso, que la admiración aun no dejaba sentido para el cansancio, cuando llamado de voces descompuestas y tirado porfiadamente del manteo, volví la cabeza. Era un viejo venerable en sus canas, mal tratado, roto por mil partes el vestido y pisado; no por eso ridículo, antes severo y digno de respeto. ¿Quién eres (dije), que así te confiesas envidioso de mis gustos? Déjame, que siempre los ancianos aborrecéis en los mozos los placeres y deleites; no que dejáis de vuestra voluntad, sino que por fuerza os quita el tiempo. Tú vas, yo vengo. Déjame gozar y ver el mundo. Desmintiendo sus sentimientos, riéndose dijo: « Ni te estorbo ni te envidio lo que deseas; antes te tengo lástima. ¿ Tú por ventura sabes lo que vale un día? ¿ Entiendes de cuánto precio es una hora? ¿ Has examinado el valor del tiempo? Cierto es que no, pues así alegre le dejas pasar hurtado de la hora que fugitiva y secreta te lleva preciosísimo robo. ¿ Quién te ha dicho que lo que ya fué volverá cuando lo hayas menester si lo llamas? Dime, ¿ has visto algunas pisadas de los días? No por cierto; que ellos sólo vuelven la cabeza á reirse y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sábetes que la muerte y ellos están eslabonados y en una cadena; y que cuando más caminan los días que van delante de ti,

tiran hácia ti y te acercan á la muerte, que quizá la aguardas y es ya llegada; y según vives, antes será pa-ada que creída. Por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir; y por malo al que vive tan sin miedo della como si no la hubiese; que éste la viene á temer cuando la padece; y embarazado con el temor, ni halla remedio á la vida ni consuelo á su fin. Cuerdo es sólo el que vive cada día como quien cada día y cada hora puede morir. » « Eficaces palabras tienes, buen viejo : traído me has el alma á mí, que me la llevaban embelesada vanos deseos. ¿ Quién eres, de dónde y qué haces por aquí? » « Mi hábito y traje dice que soy hombre de bien y amigo de decir verdades en lo roto y poco medrado; y lo peor que tu vida tiene es no haberme visto la cara hasta ahora. Yo soy el Desengaño : estos rasgones de la ropa son de los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren; y estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan en el llegando porque vine y porque me vaya; que en el mundo todos decís que queréis desengaño, y en teniéndole, unos os desesperáis, otros maldécis á quien os le dió, y los más corteses no le creéis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo, vén conmigo; que yo te llevaré á la calle mayor, que es adonde salen todas las figuras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos, sin cansarte. Yo te enseñaré el mundo como es: que tú no alcanzas á ver sinó lo que parece. » « Y ¿ cómo se llama, dije yo, la calle mayor del mundo donde hemos de ir? Llámase, respondió, Hipocresía; calle que empieza con el mundo, y se acabará con él, y no hay nadie casi que no tenga sino una casa, un cuarto ó un aposento en ella. Unos son vecinos, y otros paseantes; que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son. ¿ Y ves aquel que gana de comer como sastre, y se viste como hidalgo? Es hipócrita; y el día de fiesta con el raso y el terciopelo y el cintillo y la cadena de oro, se desfigura de suerte, que no le conocerán las tijeras y agujas y jabón; y parecerá tan poco oficial, que aun parece que dice verdad. ¿ Ves aquel hidalgo con aquel que es como caballero? pues debiendo medirse con su hacienda, ir solo, por ser hipócrita y parecer lo que no



es, se va metiendo á caballero; y por sustentar un lacayo, ni sustenta lo que dice ni lo que hace, pues ni lo cumple ni lo paga, y la hidalguía y la ejecutoria le sirve sólo de pontífice en dispensarle los casamientos que hace con sus deudas; que está más casado con ellas que con su mujer. Aquel caballero por ser señoría no hay diligencia que no gapa, y ha procurado hacerse Venecia por ser señoría; sino que como se fundó en el viento para serlo, se había de fundar en el agua. Sustenta, por parecer señor, caza de halcones que lo primero que matan es á su amo de hambre con la costa, y luego el rocín en que los llevan, y después cuando mucho una graja ó un milano, y ninguno es lo que parece. El señor, por tener acciones de grande, se empeña, y el grande remeda ceremonia de rey. Pues ¿qué diré de los discretos? ¿Ves aquél aciago de cara? Pues siendo un mentecato, por parecer discreto y ser tenido por tal, se alaba de que tiene poca memoria, quéjase de melancolías, vive descontento y préciase de mal regido, y es hipócrita que parece entendido, y es mentecato. ¿No ves los viejos hipócritas de barbas, con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos? No ves á los niños preciarse de dar consejos y presumir de cuerdos? Pues todo es hipocresía. Pues en los nombres de las cosas ¿no la hay la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado; el botero, sastre del vino, porque le hace de vestir; el mozo de mulas, gentilhombre de camino; el bodegón, estado; el bodegonero, contador; el verdugo se llama miembro de la justicia; y el corchete, criado; el fullero, diestro; el ventero, huésped; la taberna, ermita; la putería, casa; las putas, damas; las alcahuetas, dueñas; los cornudos, honrados. Amistad llaman al amancebamiento, trato á la usura, burla á la estafa, gracia la mentira, donaire la malicia, descuido la bellaquería, valiente al desvergonzado, cortesano al vagamundo, al negro moreno, señor maestro al albardero, y señor doctor al platicante. Así que, ni son lo que parecen ni lo que se llaman: hipócritas en el nombre y en el hecho. ¡Pues unos nombres que hay generales! A toda pícara, señora hermosa; á todo habito largo, señor licenciado; á todo gallofero, señor soldado; á todo bien vestido, señor hidal-

go; á todo capigorrón ó lo que fuere, canónigo ó arcediano; á todo escribano, secretario. De suerte que todo el hombre es mentira por cualquier parte que le examines, si no es que ignorante como tú, crea las experiencias. ¿ Ves los pecados ? Pues todos son hipocresía, y en ella empiezan y acaban, y della nacen y se alimentan la ira, la gula, la soberbia, la avaricia, la lujuria, la pereza, el homicidio y otros mil. » « ¿ Cómo me puedes tú decir ni probarlo, si vemos que son diferentes y distintos ? » « No me espanto que eso ignores; que lo saben pocos. Oye, y entenderás con facilidad eso que así te parece contrario, que bien se conviene. Todos los pecados son malos: eso bien lo confiesas; y tambien confiesas con los filósofos y teólogos que la voluntad apetece lo malo debajo de razón de bien, y que para pecar no basta la representación de la ira ni el conocimiento de la lujuria sin el consentimiento de la voluntad; y que eso para que sea pecado, no aguarda la ejecución, que sólo le agrava más, aunque en ésto hay muchas diferencias. Esto así visto y entendido, claro está que cada vez que un pecado destes se hace, que la voluntad lo consiente y lo quiere; y según su natural, no pudo apetecelle sino debajo de razón de algún bien. Pues ¿ hay más clara y más confirmada hipocresía que vestirse del bien en lo aparente para matar con el engaño? ¿ Qué esperanza es la del hipócrita? dice Job. Ninguna, pues, ni la tiene por lo que es, pues es malo; ni por lo que parece; pues lo parece y no lo es. Todos los pecadores tienen menos atrevimiento que el hipócrita, pues ellos pecan contra Dios, pero no con Dios ni en Dios; mas el hipócrita peca contra Dios y con Dios, pues le toma por instrumento para pecar. »

En ésto llegamos á la calle mayor; vi todo el concurso que el viejo me había prometido. Tomamos puesto conveniente para registrar lo que pasaba: fué un entierro en esta forma. Venían envainados en unos sayos grandes de diferentes colores, unos pícaros haciendo una taracea de munidores. Pasó esta recua incensando con las campanillas; seguían los muchachos de la doctrina, meninos de la muerte y lacayuelos del ataúd, chirriando la calavera; seguíanse luego doce galloferos, hipócritas de la pobreza,

con doce hachas acompañando el cuerpo y abrigando á los de la Capacha, que hombreando, testificaban el peso de la difunta. Detrás seguía larga procesión de amigos que acompañaban en la tristeza y luto al viudo, que anegado en capuz de bayeta y devanado en una chia, perdido el rostro en la falda de un sombrero, de suerte que no se le podían hallar los ojos; corvos é impedidos los pasos con el peso de diez arrobas de cola que arrastraba, iba tardo y perezoso. Lastimado deste espectáculo, ¡ dichosa mujer, dije, si lo puede ser alguna en la muerte, pues hallaste marido que pasó con la fe y el amor más allá de la vida y sepultura! ¡ Y dichoso viudo que ha hallado tales amigos, que no sólo acompañan su sentimiento, pero que parece que le vencen en él! ¿ No ves qué tristes van y suspensos? El viejo, moviendo la cabeza y sonriéndose, dijo: « Desventurado, eso todo es por de fuera, y parece así; pero ahora lo verás por de dentro, y verás con cuánta verdad el ser desmiente á las apariencias. ¿ Ves aquellas luces, campanillas y mullidores y todo este acompañamiento piadoso, que es sufragio cristiano y limosnero? Esto es saludable; mas las bravatas que en los túmulos sobrescriben podrición y gusanos, se podrían excusar; empero también los muertos tienen su vanidad, y los difuntos y las difuntas su soberbia. Allí no va sino tierra de menos fruto y más espantosa de la que pisas, por sí no merecedora de alguna honra ni aun de ser cultivada con arado ni azadón. ¿ Ves aquellos viejos que llevan las hachas? Pues algunos no las atizan para que atizadas alumbren más, sino porque atizadas á menudo se derritan más y ellos hurten más cera para vender. Éstos son los que á la sepultura hacen la salva en el difunto y difunta, pues antes que ella lo coma ni lo pruebe, cada uno le ha dado un bocado, arrancándole un real ó dos; mas con todo esto tiene el valor de la limosna. ¿ Ves la tristeza de los amigos? Pues todo es de ir en el entierro; y los convidados van dados al diablo con los que los convidaron; que quisieran más pasearse ó asistir á sus negocios. Aquél que habla de mano con el otro, le va diciendo que convidar á entierro y á misacantanos, donde se ofrece, que no se puede hacer con un amigo; y que el entierro sólo es convite para la tierra, pues á ella sola-

mente llevan que coma. El viudo no va triste del caso y viudez, sino de ver que pudiendo él haber enterrado á su mujer en un muladar y sin costa y fiesta ninguna, le hayan metido en semejante baraunda y gasto de cofradías y cera; y entre sí dice que le debe poco; que ya que se había de morir, pudiera haberse muerto de repente, sin gastarle en médicos, barberos ni boticas, y no dejarle empañado en jarabes y pócimas. Dos ha enterrado con ésta; y es tanto el gusto que recibe de enviudar, que ya va trazando el casamiento con una amiga que ha tenido; y fiado con su mala condición y endemoniada vida, piensa doblar el capuz por poco tiempo. Quedé espantado de ver todo ésto ser así, diciendo: « ¡Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos! Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos, y nada creeré menos de lo que viere. » Pasó por nosotros el entierro como si no hubiera de pasar por nosotros tan brevemente, y como si aquella difunta no nos fuera enseñando el camino, y muda no nos dijera á todos: « Delante voy, donde aguardo á los que quedáis, acompañando á otros que yo vi pasar con ese propio descuido. »

Apartónos de esta consideración el ruido que andaba en una casa á nuestras espaldas: entramos dentro á ver lo que fuese; y al tiempo que sintieron gente comenzó un plañido, á seis voces, de mujeres que acompañaban á una viuda. Era el llanto muy autorizado, pero poco provechoso al difunto. Sonaban palmadas de rato en rato, que parecía palmeado de disciplinantes. Oíanse unos sollozos estirados, embutidos de suspiros, pujados por falta de gana. La casa estaba despojada, las paredes desnudas, la cuitada estaba en un aposento oscuro sin luz ninguna, lleno de bayetas, donde lloraban á tiento. Unas decían: « Amiga, nada se remedia con llorar. » Otras: « Sin duda goza de Dios. » Cuál la animaba á que se conformase con la voluntad del Señor. Y ella luego comenzaba á soltar el trapo, y llorando á cántaros decía: « ¿Para qué quiero yo vivir sin Fulano? ¡Desdichada nací, pues no me queda á quien volver los ojos! ¡Quién ha de amparar á una pobre mujer sola! » Y aquí plañían todas con ella, y andaban una sonadera de uarices que se hundía la cuadra; y entonces advertí que

las mujeres se purgan en un pésame destos, pues por los ojos y las narices echan cuanto mal tienen. Enternécime y dije : « ¡ Qué lástima tan bien empleada es la que se tiene á una viuda ! pues por sí una mujer es sola, y viuda mucho más ; y así su nombre es de *mudas sin lengua*, que eso significa la voz que dice *viuda* en hebreo, pues ni tiene quien hable por ella, ni atrevimiento ; y como se ve sola para hablar, y aunque hable, como no la oyen, lo mismo es que ser mudas, y peor. Ésto remedian con meterse á dueñas, pues en siéndolo, hablan de manera, que de lo que las sobra pueden hablar todos los mudos y sobrar palabras para los tartajosos y pausados. Al marido muerto llaman el que pudre. Mirad cuáles son estas ; y si muerto, que ni las asiste ni las guarda ni las acecha, dicen que pudre, ¿ qué dirían cuando vivo hacía todo ésto ? » « Eso, respondí, es malicia que se verifica en algunas ; mas todas son un género femenino desamparado y tal como aquí se representa en esta desventurada mujer. Dejádme, dije al viejo, llorar semejante desventura y juntar mis lágrimas á las destas mujeres. » El viejo algo enojado dijo : « ¿ Ahora lloras después de haber hecho ostentación vana de tus estudios y mostrádote docto y teólogo cuando era menester mostrarte prudente ? ¿ No aguardaras á que yo te hubiera declarado estas cosas para ver cómo merecían que se hablase dellas ? Mas ¿ quién habrá que detenga la sentencia ya imaginada en la boca ? No es mucho, que no sabes otra cosa, y que á no ofrecerse la viuda te quedabas con toda tu ciencia en el estómago. No es filósofo el que sabe donde está el tesoro, sino el que trabaja y le saca. Ni aun ese lo es del todo, sino el que después de poseído usa bien dél. ¿ Qué importa que sepas dos chistes y dos lugares, si no tienes prudencia para acomodarlos ? Oye, verás esta viuda, que por de fuera tiene un cuerpo de responsos, cómo por de dentro tiene un ánima de aleluyas, las tocas negras y los pensamientos verdes. ¿ Ves la escuridad del aposento y el estar cubiertos los rostros con el manto ? Pues es porque así, como no las pueden ver, con hablar un poco gangoso, escupir y remedar sollozos, hace un llanto casero y hechizo, teniendo los ojos hechos una yesca. ¿ Quiéreslas consolar ? Pues déjalas solas, y bailarán

en no habiendo con quien cumplir, y luego las amigas harán su oficio : Quedáis moza, y es malograros; hombres habrá que os estimen; ya sabéis quién es Fulano, que cuando no supla la falta del que está en la gloria, etc. Otra : Mucho debéis á don Pedro, que acudió en este trabajo; no sé qué me sospeche; y en verdad que si hubiera de ser algo... que por quedar tan niña os será forzoso... Y entonces la viuda, muy recoleta de ojos y muy estreñida de boca, dice : No es ahora tiempo deso; á cargo de Dios está; él lo hará si viere que conviene. Y advertid que el día de la viudez es el día que más comen estas viudas, porque para animarla no entra ninguna que no le dé un trago, y le hace comer un bocado, y ella lo come diciendo : Todo se vuelve ponzoña; y medio mascándolo dice : ;Qué provecho puede hacer esto á la amarga viuda que estaba hecha á comer á medias todas las cosas y con compañía, y ahora se las habrá de comer todas enteras sin dar parte á nadie de puro desdichada? Mira, pues, siendo esto así, qué á propósito vienen tus exclamaciones. »

Apenas ésto dijo el viejo, cuando arrebatados de unos gritos, ahogados en vino, de gran ruido de gente, salimos á ver qué fuese, y era un alguacil, el cual con sólo un pedazo de vara en la mano, y las narices ajadas, deshecho el cuello, sin sombrero y en cuerpo, iba pidiendo favor al Rey, favor á la justicia, tras un ladrón que en seguimiento de una iglesia (y no de puro buen cristiano) iba tan ligero como pedía la necesidad y le mandaba el miedo. Atrás, cercado de gente, quedaba el escribano lleno de lodo, con las cajas en el brazo izquierdo, escribiendo sobre la rodilla. Y noté que no hay cosa que crezca tanto en tan poco tiempo como culpa en poder de escribano, pues en un instante tenía una resma al cabo. Pregunté la causa del alboroto : dijeron que aquel hombre que huía era amigo del alguacil, y que le fió no sé qué secreto tocante en delito; y por no dejarlo á otro que lo hiciese quiso él asirle. Huyósele después de haberse dado muchas puñadas; y viendo que venía gente, encomendóse á sus pies, y fué á dar cuenta de sus negocios á un retablo. El escribano hacía la causa mientras el alguacil con los corchetes (que son podencos

del verdugo que siguen ladrando) iban tras él, y no le le podían alcanzar. Y debía de ser el ladrón muy ligero, pues no le podían alcanzar soplones, que por fuerza corrían como el viento.» ¿Con qué podrá premiar una república el celo deste alguacil, pues porque yo y el otro tengamos nuestras vidas, honras y haciendas ha aventurado su persona? Este merece mucho con Dios y con el mundo: mirale cual va roto y herido, llena de sangre la cara, por alcanzar á aquel delincuente y quitar un tropezón á la paz del pueblo.» «Basta, dijo el viejo, que si no te van á la mano, dirás un día entero. Sábeta que ese alguacil no sigue á este ladrón ni procura alcanzarle por el particular y universal provecho de nadie, sino que como ve que aquí le mira todo el mundo, córrese de que haya quien en materia de hurtar le eche el pie delante, y por eso aguija por alcanzarle. Y no es culpable el alguacil porque le prendió siendo su amigo si era delincuente; que no hace mal el que come de su hacienda, antes hace bien y justamente, y todo delincuente y malo, sea quien fuere, es hacienda del alguacil, y le es lícito comer della. Éstos tienen sus censos sobre azotes y galeras, y sus juros sobre la horca. Y créeme que el año de virtudes para éstos y para el infierno es estéril; y no sé cómo aborreciéndolos el mundo tanto, por venganza dellos no da en ser bueno adrede por uno ó por dos años, que de hambre y de pena se morirían; y renegad de oficio que tiene situados sus gajes donde los tiene situados Bercebú.» «Ya que en eso pongas también dolo, ¿cómo lo podrás poner en el escribano que le hace la causa calificada con testigos?» «Riete deso, dijo: ¿Has visto tú alguacil sin escribano algún día? No por cierto; que como ellos salen á buscar de comer, porque (aunque topen un inocente) no vaya á la cárcel sin causa, llevan escribano que se la haga; y así, aunque ellos no den causa para que les prendan, hácesela el escribano, y están presos con causa; y en los testigos no repares, que para cualquier cosa tendrán tantos como tuviere gotas de tinta el tintero; que los más en los malos oficiales los presenta la pluma y los examina la cudicia. Y si dicen algunos lo que es verdad, escriben lo que han menester y repiten lo que dijeron. Y para andar como había de andar el mundo, mejor fuera y más impor-

tara que el juramento que ellos toman al testigo que jure á Dios y á la cruz decir verdad en lo que le fuere preguntado, que el testigo se lo tomara á ellos de que la escribieran como ellos la dijeren. Muchos hay buenos escribanos, y alguaciles muchos; pero de sí el oficio es con los buenos como la mar con los muertos, que no los consiente, y dentro de tres días los echa á la orilla. Bien me parece á mí un escribano á caballo y un alguacil con capa y gorra honrando unos azotes, como pudiera un bautismo, detrás de una sarta de ladrones que azotan; pero siento que cuando el pregonero dice: A estos hombres por ladrones, — que suene el eco en la vara del alguacil y en la pluma del escribano. »

Más dijera si no le tuviera la grandeza con que un hombre rico iba en una carroza tan hinchado, que parecía porfiaba á sacarla de husillo, pretendiendo parecer tan grave, que á las cuatro bestias aun se lo parecía, según el espacio con que andaban. Iba muy derecho, preciándose de espetado, escaso de ojos, y avariento de miraduras, ahorrando cortesías con todos, sumida la cara en un cuello abierto hacia arriba, que parecía vela en papel, y tan olvidado de sus conjunturas, que no sabía por donde volverse á hacer una cortesía ni levantar el brazo á quitarse el sombrero. Cercaban el coche cantidad de criados traídos con artificio, entretenidos con promesas y sustentados con esperanzas. Otra parte iba de acompañamiento de acreedores, cuyo crédito sustentaba toda aquella máquina. Iba un bufón en el coche entreteniéndole. « Para tí se hizo el mundo, dije yo luego que le vi, que tan descuidado vives y con tanto descanso y grandeza. ¡Qué bien empleada hacienda! Qué lucida! ¡Y cómo representa bien quién es este caballero! » « Todo cuanto piensas (dijo el viejo) es disparate y mentira y cuanto dices, y sólo aciertas en decir que el mundo sólo se hizo para éste; y es verdad, porque el mundo es sólo trabajo y vanidad, y éste es todo vanidad y locura. ¿ Ves los caballos? Pues comiendo se van, á vueltas de la cebada y paja, al que la fia á éste, y por cortesía de las ejecuciones trae ropilla. Más trabajo le cuesta la fábrica de sus embustes para comer que si lo ganara cavando. ¿ Ves aquel



bufón? Pues has de advertir que tiene por bufón al que le sustenta y le da lo que tiene. ¿Qué más miseria quieres destes ricos que todo el año andan comprando mentiras y adulaciones, y gastan sus haciendas en falsos testimonios? Va aquel tan contento porque el truhán le ha dicho que no hay tal príncipe como él, y que todos los demás son unos escuderos, como si ello fuera así. Y se diferencian muy poco, porque el uno es juglar del otro : desta suerte el rico se ríe con el bufón, y el bufón se ríe del rico, porque hace caso de lo que lisonjea. »

Venía una mujer hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban, y dejando los corazones llenos de deseos; iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro á los que ya la habían visto, y descubriéndole á los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por verlo, tal vez por tejadillo; ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacía brújula mostrando un ojo solo, y tapada de medio lado, descubría un tarazón de mejilla. Los cabellos martirizados hacían sortijas á las sienes; el rostro era nieve y grana y rosas, que se conservaban en amistad, esparcidas por labios, cuello y mejillas; los dientes transparentes; y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones; el talle y paso ocasionando pensamientos lascivos; tan rica y galana como cargada de joyas recibidas y no compradas. Vila, y arrebatado de la naturaleza, quise seguirla entre los demás, y á no tropezar en las canas del viejo, lo hiciera. Volvíme atrás diciendo : « Quien no ama con todos sus cinco sentidos una mujer hermosa, no estima á la naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra. Dichoso es el que halla tal ocasión, y sabio el que la goza. ¡Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer que nació para ser amada del hombre! De todas las cosas del mundo aparta y olvida su amor correspondido, teniéndolo todo en poco y tratándolo con desprecio. ¡Qué ojos tan honestamente hermosos! ¡Qué mirar tan cauteloso y prevenido en los descuidos de un alma libre! ¡Qué cejas tan negras esforzando recíprocamente la blancura de la frente! ¡Qué mejillas, donde la sangre mezclada con la leche engendra lo rosado que admira! ¡Qué labios encarnados guar-

dando perlas que la risa muestra con recato! ; Qué cuello! ; Qué manos! ; Qué talle! Todos son causa de perdición, y juntamente disculpa del que se pierde por ella. » « ¿ Qué más le queda á la edad que decir y al apetito que desear? dijo el viejo. Trabajo tienes si con cada cosa que ves haces ésto. Triste fué tu vida; no naciste sino para admirado. Hasta ahora te juzgaba por ciego, y ahora veo que también eres loco; y echo de ver que hasta ahora no sabes para lo que Dios te dió los ojos ni cual es su oficio: ellos han de ver, y la razón ha de juzgar y elegir; al revés lo haces, ó nada haces, que es peor. Si te andas á creerlos, padecerás mil confusiones, tendrás las sierras por azules, y lo grande por pequeño; que la longitud y la proximidad engañan la vista. ; Qué río caudaloso no se burla della, pues para saber hacia donde corre es menester una paja ó ramo que se lo muestre! ; Viste esa visión, que acostándose fea se hizo esta mañana hermosa ella misma y hace extremos grandes? Pues sábete que las mujeres lo primero que se visten en despertando es una cara, una garganta y unas manos, y luego las sayas. Todo cuanto ves en ellas es tienda, y no natural. ¿ Ves el cabello? Pues comprado es y no criado; las cejas tienen más de ahumadas que de negras; y si como se hacen cejas se hicieran las narices, no las tuvieran; los dientes que ves y la boca era de puro negra, un tintero, y á puros polvos se ha hecho salvadera; la cera de los oídos se ha pasado á los labios, y cada uno es una candelilla; ¿ las manos? pues lo que parece blanco es untado. ¿ Qué cosa es ver una mujer que ha de salir otro día á que la vean, echarse la noche antes en adobo, y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas, y á la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren? ¿ Qué es ver una fea ó una vieja querer, como el otro tan celebrado nigromántico, salir de nuevo de una redoma? ¿ Estásla mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras, no las conocerías; y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa, donde se enjugan y secan y derriten más jalbegues que sus faldas desconfiadas de sus personas. Cuando quieren halagar algunas narices, luego se encomiendan á la pastilla y al sahumero ó aguas de olor; y á veces los pies disimu-

lan el sudor con las zapatillas de ámbar. Dígame que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer, y ahitos de lo que lo parece. Si la besas, te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas cartones; si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo de la cama en los chapines; si la pretendes, te cansas; si la alcanzas, te embarazas; si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue; si la quieres, te deja. Dame á entender de qué modo es buena, y considera ahora este animal soberbio con nuestra flaqueza, á quien hacen poderoso nuestras necesidades (más provechosas sufridas ó castigadas, que satisfechas), y verás tus disparates claros. Considérala padeciendo los meses, y te dará asco; y cuando está sin ellos, acuérdate que los ha tenido y que los ha de padecer, y te dará horror lo que te enamora; y avergüénzate de andar perdido por cosas que en cualquier estatua de palo tiene menos asqueroso fundamento. »

Mirando estaba yo confusión de gente tan grande, cuando dos figurones, entre fantasmas y colosos, con caras abominables y facciones traídas tiraron una cuerda. Delgada me pareció y de mil diferentes colores, y dando gritos por unas simas que abrieron por bocas, dijeron: « Ea, gente cuerda, alto á la obra. » No lo hubieron dicho cuando de todo el mundo que estaba al otro lado se vinieron á la sombra de la cuerda muchos, y en entrando eran todos tan diferentes, que parecía trasmutación ó encanto. Yo no conocí á ninguno. « ¡ Válgate Dios por cuerda, decía yo, que tales tropelías haces! » El viejo se limpiaba las lagañas, y daba unas carcajadas sin dientes con tantos dobleces de mejillas, que se arremetían á sollozos mirando mi confusión. « Aquella mujer allí fuera estaba más compuesta que copla, más serena que la de la mar, con una honestidad en los huesos, anublada de manto; y en entrando aquí ha desatado las coyunturas (mira de par en par); y por los ojos está disparando las entrañas á aquellos mancebos, y no deja descansar la lengua en ceceos, los ojos en guiñaduras, las manos en teclados de moño. » « ¿ Qué te ha dado, mujer? Eres tú la que yo vi allí? » « Si es (decía el vejete con una voz trompicada en toses y con juanetes de gar-

gajos), ella es : mas por debajo de la cuerda hace estas habilidades. » « Y aquel que estaba allí tan ajustado de ferreruelo, tan atusado de traje, tan recoleto de rostro, tan angustiado de ojos, tan mortificado de habla, que daba respeto y veneración, dije yo, ¿ cómo no hubo pasado cuando se descerrajó de mohatras y de usuras? Montero de necesidades que las arma trampas, y perpetuo vocinglero del tanto más cuanto, anda acechando logros. » « Ya te he dicho que eso es por debajo de la cuerda » « ¿ Válate el diablo por la cuerda, que tales cosas urdes! Aquel que anda escribiendo billetes, sonsacando virgindades, solicitando deshonoras, y facilitando maldades, yo lo conocí á la orilla de la cuerda, dignidad gravísima. » « Pues por debajo de la cuerda tiene esas ocupaciones; respondió mi ayo. » « Aquel que anda allí juntando bregas, aguzando pependencias; revolviendo caldos, aumentando cizañas y calificando porfías, y dando pistos á temas desmayadas, yo lo ví fuera de la cuerda revolviendo libros, ajustando leyes, examinando la justicia, ordenando peticiones, dando pareceres : ¿ cómo he de entender estas cosas? » « Ya te lo he dicho, dijo el buen caduco : ese propio por debajo de la cuerda hace lo que ves, tan al contrario de lo que profesa. Mira aquel que fuera de la cuerda viste á la brida en mula tartamuda de paso, con ropilla y ferreruelo y guantes y receta, dando jarabes, cual anda aquí á la brida en un basilisco, con peto y espaldar y con manoplas, repartiendo puñaladas de tabardillos, y conquistando las vidas que allí parecía que curaba. — aquí por debajo de la cuerda está estirando las enfermedades para que den de sí y se alarguen, y allí parecía que rehusaba las pagas de las visitas. Mira, mira aquel maldito cortesano, acompañante perdurable de los dichosos, cuál andaba allí fuera á la vista de aquel ministro mirando las zalemas de los otros para excederlas, rematando las reverencias en desaparecimientos; tan bajas las hacia por pujar á otros la ceremonia, que tocaban en debuces. ¿ No le viste siempre inclinada la cabeza como si recibiera bendiciones, y negociar de puro humilde á lo Guadiana por debajo de tierra, y aquel amén sonoro y anticipado á todos los otros bergantes á cuanto el patrón dice y contradice? Pues mírale allí por debajo de la cuerda

royéndole los zancajos, que ya se le ve el hueso, abrasándole en chismes, maldiciéndole engañándole, y volviendo en gestos y en muecas los esclavitudes de la lisonja, lo cariacontecido del semblante, y las adulaciones menudas del coleo de la barba y de los entretenimientos de la geta. ¿ Viste allá fuera aquel maridillo dar voces que hundía el barrio : « cierrén esa puerta, qué cosa es ventanas, no quiero coche, en mi casa me como, calle y pase, que así hago yo », y todo el séquito de la negra honra? Pues mirale por debajo de la cuerda encarecer con sus desabrimientos los encierros de su mujer. Mirale amodorrado con una promesa, y los negocios que se le ofrecen cuando le ofrecen, cómo vuelve á su casa con un esquilón por tos tan sonora que se oye á seis calles. ¡ Qué calidad tan inmensa y qué honra halla en lo que come y en lo que le sobra, y qué nota en lo que pide y le falta, qué sospechoso es de los pobres, y qué buen concepto tiene de los dádivosos y ricos, qué á raíz tiene el ceño de los que no pueden más, y qué á propósito las jornadas para los precipitados de dádiva! ¿ Ves aquél bellaconazo que allí está vendiéndose por amigo de aquel hombre casado y arremetiéndose á hermano, que acude á sus enfermedades y á sus pleitos, y que le prestaba y le acompañaba? Pues mirale por debajo de la cuerda añadiéndole hijos y embarazos en la cabeza y trompicones en el pelo. Oye cómo reprendiéndoselo aquel vecino, que parece mal que éntre á cosas semejantes á casa de su amigo, donde le admiten y se fian dél y le abren la puerta á todas horas, él responde : ¿ Pues qué, queréis que vaya donde me aguarden con una escopeta, no se fíen de mí y me nieguen la entrada? Eso sería ser necio, si estotro es ser bellaco. » Quedé muy admirado de oír al buen viejo y de ver lo que pasaba por debajo de la cuerda en el mundo, y entonces dije entre mí : « Si á tan delgada sombra, fiando su cubierta del bulto de una cuerda, son tales los hombres, ¿ qué serán debajo de tinieblas de mayor bulto y latitud? »

Extraña cosa era de ver cómo casi todos se venían de la otra parte del mundo á declararse de costumbres en estando debajo de la cuerda. Y luego á la postre vi otra maravilla, que siendo esta cuerda de una línea invisible,

casi debajo della cabian infinitas multitudes; y que hay debajo de cuerdas en todos los sentidos y potencias, y en todas partes y en todos officios; y yo lo veo por mí que ahora escribo este discurso diciendo que es para entretener, y por debajo de la cuerda doy un jabón muy bueno á los que prometí halagos muy sazonados. Con ésto el viejo me dijo : « Forzoso es que descanses ; que el choque de tantas admiraciones y de tantos desengaños fatigan el seso, y temo se te desconcierte la imaginación. Reposa un poco para que lo que resta te enseñe y no te atormente. » Yo tal estaba, que dí conmigo en el sueño y en el suelo obediente y cansado.

## VISITA DE LOS CHISTES

---

### Á DOÑA MIRENA RIQUEZA.

Harto es que me haya quedado algún discurso después que vi á vuesa merced, y creo que me dejó éste por ser de la muerte. No se lo dedico porque me lo ampare : llévoselo yo, porque le mejore : designio interesado es el mío para la enmienda de lo que puede estar escrito con algún desaliño, ó imaginado con poca felicidad. No me atrevo yo á encarecer la invención, por no acreditarme de invencionero. Procurado he pulir el estilo y sazonar la pluma con curiosidad. Ni entre la risa me he olvidado de la doctrina. Si me han aprovechado el estilo y la diligencia, le remito á la censura que vuesa merced hiciera dél si llega á merecer que le mire; y podré yo decir entonces que soy dichoso por sueños. Guarde Dios á vuesa merced, que lo mismo hiciera yo. En la prisión, y en la Torre, á 6 de Abril de 1622.

### Á QUIEN LEYERE.

He querido que la muerte acabe mis discursos como las demás cosas; quiera Dios que tenga buena suerte. Éste es el quinto sueño; no me queda ya que soñar. Y si en la *Visita de los Chistes* no despierto, no hay que aguardarme. Si te pareciere que ya es mucho sueño, perdona algo la modorra que padezco; y si no, guárdame el sueño, que yo seré siete-durmiente de las tales figuras. *Vale.*

## DISCURSO.

Están siempre cautelosos y prevenidos los ruines pensamientos, la desesperación cobarde y la tristeza, esperando coger á solas á un desdichado para mostrarse alentados con él (propia condición de cobardes, en que juntamente hacen ostentación de su malicia y de su vileza). Por bien que lo tengo considerado en otros, me sucedió en mi prisión ; pues habiendo (ó por acariciar mi sentimiento ó por hacer lisonja á mi melancolía) leído aquellos versos que Lucrecio escribió con tan animosas palabras, me vencí de la imaginación, y debajo del peso de tan ponderadas palabras y razones me dejé caer tan postrado con el dolor del desengaño que leí, que ni sé si me desmayé advertido ó escandalizado. Para que la confesión de mi flaqueza se pueda disculpar, escribo por introducción á mi discurso la voz del poeta divino, que suena así, rigurosa con amenazas tan elegantes :

Denique si vocem rerum natura repente  
Mittat, et hoc alicui nostrum sic increpet ipsa :  
Quid tibi tantopere est, mortalis, quod nimis aegris  
Luctibus indulges ? Quid mortem congemis, ac fles ?  
Nam si grata fuit tibi vita anteacta, priorque,  
Et non omnia pertusum congesta quasi in vas  
Commoda perfluxere, atque ingrata interiere :  
Cur non, ut plenus vitae, conviva, recedis ?  
Aequo animoque capis securam, stulte quietem ?

Entróseme luego por la memoria de rondón Job dando voces y diciendo :

Al fin hombre nacido  
De mujer flaca, de miserias lleno,  
A breve vida como flor traído,†  
De todo bien y de descanso ajeno,  
Que, como sombra vana,  
Huye á la tarde y nace á la mañana.

Con este conocimiento propio acompañaba luego el de la vida que hicimos diciendo :

Guerra es la vida del hombre  
Mientras vive en este suelo;



Y sus horas y sus días  
Como las del jornalero.

Yo, que arrebatado de la consideración, me vi á los pies de los desengaños, rendido, con lastimoso sentimiento y con celo enojado, repetí á éstos en la fantasía :

¡ Qué perezosos pies, qué entrenidos  
Pasos lleva la muerte por mis daños !  
El camino me alargan los engaños,  
Y en mí se escandalizan los perdidos ;  
Mis ojos no se dan por entendidos ;  
Y por descaminar mis desangaños,  
Me disimulan la verdad los años,  
Y les guardan el sueño á los sentidos,  
Del vientre á la prisión vine en naciendo ;  
De la prisión iré al sepulcro amando,  
Y siempre en el sepulcro estaré ardiendo :  
Cuantos plazos la muerte me va dando,  
Prolijidades son, que van creciendo  
Porque no acabe de morir penando.

Entre estas demandas y respuestas fatigado y combatido (sospecho que fué cortesía del sueño piadoso más que de natural), me quedé dormido. Luego que desembarazada el alma se vió ociosa sin la tarea de los sentidos exteriores, me embistió desta manera la comedia siguiente ; y así la recitaron mis petencias á escuras, siendo yo para mis fantasías auditorio y teatro.

Fueron entrando unos médicos á caballo en unas mulas, que con gualdrapas negras parecían tumbas con orejas. El paso era divertido, torpe y desigual : de manera que los dueños iban encima en mareta y algunos vaivenes de serradores , la vista asquerosa de puro pasear los ojos por orinales y servicios ; las bocas emboscadas en barbas, que apenas se las hallara un brazo ; sayos con resabios de vaqueros, guantes en infusión, doblados como los que curan ; sortijón en el pulgar con piedra tan grande, que cuando toma el pulso pronostica al enfermo la losa. Eran éstos en gran número, y todos rodeados de platicantes, que cursan en lacayos, y tratando más con las mulas que con los doctores, se gradúan de médicos. Yo viéndolos dije : « Si destos se hacen estos otros, no es mucho que estos otros nos deshagan á nosotros. »

Alrededor venía gran chusma y caterva de boticarios con espátulas desenvainadas y jeringas en ristre, armados de cala en parche, como de punta en blanco. Los medicamentos que estos venden, aunque estén caducando en las redomas de puro añejos, y los socrocios tengan telarañas, los dan; y así son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, paséase por el tableteado de los guantes del doctor, y acábase en las campanas de la iglesia. No hay gente más fiera que estos boticarios: son armeros de los doctores; ellos les dan armas. No hay cosa suya que no tenga achaques de guerra y que no aluda á armas ofensivas: jarabes que antes les sobran letra para jara, que les faltan; botes se dicen los de pica, espátulas son espadas en su lengua, píldoras son balas; clisteres y melecinas, cañones; y así se llaman [cañón de melecina. Y bien mirado, si así se toca la tecla de las purgas, sus tiendas son purgatorios, y ellos los infiernos, los enfermos los condenados, y los médicos los diablos. Y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamás.

Venían todos vestidos de recetas y coronados de erres asaetadas, con que empiezan las recetas. Y consideré que los doctores hablan á los boticarios diciendo: *Récipe*, que quiere decir *recibe*: de la misma suerte habla la mala madre á la hija, y la codicia al mal ministro. ¡Pues decir que en la receta hay otra cosa que errés asaetadas por delincuentes, y luego *Ana, Ana*, que juntas hacen un Annás para condenar á un justo! Sigúense uncias y más onzas: ¡qué alivio para desollar un cordero enfermo! Y luego ensartan nombres de simples, que parecen invocaciones de demonios: *Bupthálmus*, *opopánax*, *leontopétalon*, *tragoriganum*, *potamogéton*, *senospugillos*, *diacathalicon*, *petroselinum*, *scilla* y *rapa*. Y sabido qué quiere decir tan espantosa baraunda de voces tan rellenas de letrones, son zanahorias, rábanos y perejil y otras suciedades. Y como han oído decir que quien no te conoce te compre, disfrazan las legumbres porque no sean conocidas y las comprenden los enfermos. *Elingatis* dicen lo que es lamer, *catapotia* las

píldoras, *clyster* la melecina, *glans* ó *balanus* la cala, y *errhinae* el moquear. Y son tales los nombres de sus recetas y tales sus medicinas, que las más veces, de asco de sus porquerías y hediondeces con que persiguen á los enfermos, se huyen las enfermedades.

¿Qué dolor habrá de tan mal gusto que no se huya de los tuétanos por no aguardar el emplasto de Guillen Serven y verse convertir en un baúl una pierna ó muslo donde él está? Cuando vi á éstos y á los doctores entendí cuán mal se dice para notar diferencia aquel asqueroso refrán: «Mucho va del c... al pulso»; que antes no va nada, y sólo van los médicos, pues inmediatamente desde él van al servicio y al orinal á preguntar á los meados lo que no saben, porque Galeno los remitió á la cámara y á la orina. Y como si el orinal les hablase al oído, se le llegan á la oreja, avahándose los barbones con su niebla. ¿Pues verles hacer que se entienden con la cámara por señas, y tomar su parecer al bacín, y su dicho á la hedentina? No les esperara un diablo. ¡Oh malditos pesquisidores contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrías, azotan con ventosas, destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos sin alma y sin conciencia!

Luego se seguían los cirujanos cargados de pinzas, tientas, cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetones. Entre ellos se oía una voz muy dolorosa á mis oídos, que decía: «Corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, agigota, rebana, descarna y abrasa.» Dióme gran temor, y más verlos el paloteado que hacían con los cauterios y tientas: unos huesos se me querían entrar de miedo dentro de otros; híceme un ovillo.

En tanto vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes haciendo bragueros, y en ésto conocí que eran sacamuelas, el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Éstos, con las muelas ajenas y no ver diente que no quieran ver antes en su collar que en las quijadas, desconfían á las gentes de santa Polonia, levantan testimonios á las encías y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato que tuve en ver sus gatillos andar tras los dientes

ajenos como si fueran ratones, y pedir dineros por sacar una muela, como si la pusieran.

¿ Quién vendrá acompañado desta maldita canalla? decía yo; y me parecía que aun el diablo era poca cosa para tan maldita gente, cuando veo venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco; tocaban todos pasacalles y bacas; que me maten si no son barberos: ellos que entran. No fué mucha habilidad el acertar; que esta gente tiene pasacalles infusos y guitarra gratis data: era de ver puntear á unos y rasgar á otros. Yo decía entre mí: « ¡ Dolor de la barba que, ensayada en saltarenes, se ha de ver raspar; y del brazo que ha de recibir una sangría pasada por chaconas y folias! » Consideré que todos los demás ministros del martirio inducidos de la muerte estaban en mala moneda y eran oficiales de vellón y hierro viejo, y que solos los barberos se habían trocado en plata. Y entretúveme en verlos manosear una cara, sobajar otra, y lo que se huélgan con un testuz en el lavatorio.

Luego comenzó á entrar una gran cantidad de gente: los primeros eran habladores. Parecían azudas en conversaci3n, cuya música era peor que la de 3rganos destemplados. Unos hablaban de hilván, otros á borbotones, otros á chorretadas, otros habladorisímc hablaban á cántaros: gentes que parece que lleva pujo de decir neçedades, como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de Calepino de ocho lenguas. Estos me dijeron que eran habladores de diluvios, sin escampar de día ni de noche; gente que habla entre sueños, y que madruga á hablar. Había habladores secos, y habladores que llaman del río ó del rocío y de la espuma; gente que graniza de perdigones. Otros que llaman tarabilla, gente que se va de palabras como de cámaras, que hablan á toda furia. Había otros habladores nadadores, que hablan nadando con los brazos hacia todas partes y tirando manotadas y coces; otros gimios haciendo gesto y visajes. Venían los unos consumiendo á los otros.

Síguense los chismosos, muy solícitos de orejas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia, y andaban hechos uñas de las vidas ajenas espulgándolos á todos. Venían tras ellos los mentirosos, contentos, muy gordos,

risueños y bien vestidos y medrados, que no teniendo otro oficio, son milagro del mundo, con un gran auditorio de mentecatos y ruines.

Delrás venían los entremetidos, muy soberbios y satisfechos y presumidos, que son las lepras de la honra del mundo. Venían ingiriéndose en los otros y penetrándose en todo, tejidos y enmarañados en cualquier negocio: son lapas de la ambición y pulpos de la prosperidad. Estos venían los postreros según pareció, porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que cómo venían apartados; y dijéronme unos habladores (sin preguntarlo yo á ellos): « Estos entremetidos son la quinta esencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos. » En ésto estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento, y no sabía imaginar quién pudiese venir.

En ésto entró una que parecía mujer, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo abierto y otro cerrado, y vestida y desnuda de todas colores; por el un lado era moza, y por el otro era vieja; unas veces venía despacio, y otras apriesa: parecía que estaba lejos, y estaba cerca; y cuando pensé que empezaba á entrar, estaba ya á mi cabecera. Yo me quedé como hombre que le preguntan qué es cosa y cosa, viendo tan extraño ajuar y tan desbaratada compostura. No me espantó; suspendióme, y no sin risa, porque bien mirado era figura donosa. Preguntéle quién era, y dijome: « La muerte. » ¿La muerte? Quedé pasmado. Y apenas abrigué al corazón algún aliento para respirar, y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije: « Pues ¿ á qué vienes? » « Por tí, » dijo. « ¡ Jesús mil veces! Muérome según eso. » « No te mueres, » dijo ella; vivo has de venir conmigo á hacer una visita á los difuntos; que pues han venido tantos muertos á los vivos, razón será que vaya un vivo á los muertos, y que los muertos sean oídos. ¿Has oído decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, ven conmigo. » Perdido de miedo le dije: « No me dejarás vestir? » « No es menester, » respondió; que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa;

yo traigo los trastos de todos porque vayan más ligeros. » Fuí con ella donde me guiaba; que no sabré decir por dónde, según iba poseído del espanto. En el camino la dije: « Yo no veo señas de la muerte, porque allá nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña. » Paróse y respondió: « Eso no es la muerte, sino los muertos ó lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conocéis, y sois, vosotros mismos vuestra muerte: tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertes de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y la cara es la muerte, y lo que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar á morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo, y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra á la sepultura. Si ésto entendiérades así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada día y la ajena en el otro; y viérades que todas vuestras casas están llenas della, y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas: y no la estudiérades aguardando, sino acompañándola y disponiéndola. Pensáis que es huesos la muerte, y que hasta que veáis venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros; y primero sois calavera y huesos que creáis que lo podéis ser. » « Dime, dije yo, ¿qué significan éstos que te acompañan, y por qué van, siendo tú la muerte, más cerca de tu persona los enfadosos y habladores que los médicos? » Respondióme: « Mucha más gente enferma de los enfadosos que de los tabardillos y calenturas, y mucha más gente matan los habladores y entremetidos que los médicos. Y has de saber que todos enferman del exceso ó destemplanza de humores; pero lo que es morir, todos mueren de los médicos que los curan; y así no habéis de decir, cuando preguntan ¿de qué murió Fulano? de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas; sinó murió de un dotor Tal, que le dió de un dotor Cual. Y es de advertir que en todos los oficios, artes y estados se ha introducido el don en hildagos, y en villanos: yo he visto sastres y albañiles con don, y ladrones y galeotes en galeras. Pues si se mira en las ciencias, en todas hay millares; sólo de los médicos ninguno ha

habido con don, pudiéndolos tener muchos; mas todos tienen don de matar, y quieren más din al despedirse que don al llamarlos. »

En ésto llegamos á una sima grandísima, la muerte predicadora y yo desengañado. Zabullóse sin llamar, como de casa, y yo tras ella. animado con el esfuerzo que me daba mi conocimiento tan valiente. Estaban á la entrada tres bultos armados á un lado, y otro monstruo terrible enfrente; siempre combatiendo entre sí todos, y los tres con el uno, y el uno con los tres. Paróse la Muerte, y dijome: « ¿ Conoces á esta gente ? » « Ni Dios me la deje conocer », dije yo. « Pues con ellos andas á las vueltas (dijo ella) desde que naciste; mira cómo vives, replicó. Éstos son los enemigos del hombre: el Mundo es aquel, este es el Diablo, y aquella la Carne. » Y es cosa notable que eran todos parecidos unos á otros, que no se diferenciaban. Díjome la Muerte: « Son tan parecidos que en el mundo tenéis á los unos por los otros. Piensa un soberbio que tiene todo el mundo, y tiene al diablo. Piensa un lujurioso que tiene la carne, y tiene al demonio; y así anda todo. » « ¿ Quién es, dije yo, aquél que está allí apartado haciéndose pedazos con estos tres con tantas caras y figuras ? » « Ese es (dijo la Muerte) el Dinero, que tiene puesto pleito á los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrar de émulos, y que adonde él está no son menester, porque él sólo es todos tres enemigos. Y fúndase para decir que el dinero es el diablo en que todos decís: Diablo es el dinero; y que lo que no hiciere el dinero, no lo hará el diablo; endiablada cosa es el dinero. Para ser el Mundo, dice que vosotros decís que no hay más mundo que el dinero; quien no tiene dinero váyase del mundo; al que le quitan el dinero decís que le echan del mundo, y que todo se da por el dinero. Para decir que es la carne el dinero, dice el Dinero: Dígalo la Carne; y remítase á las putas y mujeres malas, que es lo mismo que interesadas. » « No tiene mal pleito el Dinero (dije yo), según se platica por allá. » Con esto nos fuimos más abajo, y antes de entrar por una puerta muy chica y lóbrega, me dijo: « Estos dos que saldrán aquí conmigo son las postrimerías. » Abrióse la puerta, y estaban á un lado el

infierno y el que llaman juicio de Minos (así me dijo la Muerte que se llamaban). Estuve mirando al Infierno con atención, y me pareció notable cosa. Díjome la Muerte: « ¿ Qué miras ? » « Miro (respondí) al Infierno, y me parece que le he visto otras veces. » « ¿ Dónde ? » preguntó. « ¿ Dónde ? (dije) : en la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en el apetito de los lujuriosos, en la vanidad de los príncipes ; y donde cabe el infierno todo, sin que se pierda gota, es en la hipocresía de los mohatrerros de las virtudes, que hacen logro del ayuno y del oír misas. Y lo que más he estimado es haber visto el juicio de Minos, porque hasta ahora he vivido engañado, y ahora veo el Juicio como es. Echo de ver que el que hay en el mundo no es juicio, ni hay hombre de juicio, y que hay muy poco juicio en el mundo. ¡ Pesía tal ! (decía yo) si deste juicio hubiera allá, no digo parte, sinó nuevas creídas, sombra ó señas, otra cosa fuera. Si los que han de ser jueces, han de tener deste juicio, buena anda la cosa en el mundo. Miedo me da de tornar arriba viendo que siendo este el juicio se está aquí casi entero, y que poca parte está repartida entre los vivos. Más quiero muerte con juicio que vida sin él.

Con ésto bajamos á un grandísimo llano donde parecía estaba depositada la oscuridad para las noches. Díjome la Muerte : « Aquí has de parar ; que hemos llegado á mi tribunal y audiencia. » Aquí estaban las paredes colgadas de pésames ; á un lado estaban las malas nuevas, ciertas y creídas y no esperadas ; el llanto en las mujeres engañoso, engañado en los amantes, perdido de los necios y desacreditado en los pobres. El dolor se había desconsolado y creído, y solos los cuidados estaban solícitos y vigilantes, hechos carcomas de reyes y príncipes, alimentándose de los soberbios y ambiciosos. Estaba la envidia con hábito de viuda, tan parecida á dueña, que la quise llamar Álvarez ó González ; en ayunas de todas las cosas, cebada en sí misma, magra y exprimida ; los dientes (con andar siempre mordiendo de lo mejor y de lo bueno) los tenía amarillos y gastados : y es la causa que lo bueno y



santo, para morderlo lo llega á los dientes ; mas nada bueno le puede entrar de los dientes adentro. La discordia estaba debajo della, como que nacía de su vientre (y creo que es su hija legítima). Ésta, huyendo de los casados, que siempre andan á voces, se había ido á las comunidades y colegios ; y viendo que sobraba en ambas partes, se fué á los palacios y cortes, donde es lugarteniente de los diablos. La ingratitud estaba en un gran horno, haciendo de una masa de soberbia y odio, demonios nuevos cada momento. Holguéme de verla, porque siempre había sospechado que los ingratos eran diablos, y caí entonces en que los ángeles para ser diablos fueron primero ingratos. Andaba todo hirviendo de maldiciones. « ¿ Quién diablos (dije yo) está lloviendo maldiciones aquí ? » Díjome un muerto que estaba á mi lado : « ? Maldiciones queréis que falten donde hay casamenteros y sastres, que son la gente más maldita del mundo, pues todos decís: Mal haya quien me casó, mal haya quien con vos me juntó ; y los más, mal haya quien me vistió ? » « ¿ Qué tiene que ver (dije yo) sastres y casamenteros en la audiencia de la muerte ? » « ; Pesia tal ! dijo el muerto (que era impaciente), ¿ estáis loco ? que si no hubiera casamenteros, ¿ hubiera la mitad de los muertos y desesperados ? A mí me lo decid, que soy marido cinco (como bolo), y se me quedó allá la mujer y piensa acompañarme otros diez. Pues sastres ; ¿ á quién no matarán las mentiras y largas de los sastres y hurtos ? Y son tales que para llamar á la desdicha peor nombre, la llaman desastre, del sastre ; y es el principal miembro de este tribunal que aquí veis. »

Alcé los ojos y vi la Muerte en su trono, y á los lados muchas muertes. Estaba la muerte de amores, la muerte de frío, le muerte de hambre, la muerte de miedo y la muerte de risa, todas con diferentes insignias. La muerte de amores estaba con muy poquito seso. Tenía, por estar acompañada, porque no se le corrompiese por la antigüedad, á Piramo y Tisbe embalsamados, y á Leandro y Hero y á Macías en cecina, y algunos portugueses derretidos. Mucha gente vi que estaba ya para acabar debajo de su guadaña, y á puros milagros del interés resucitaban.

En la muerte de frío vi á todos los ricos, que como no tienen mujer ni hijos ni sobrinos que los quieran, sino á sus haciendas, estando malos, cada uno carga en lo que puede, y mueren de frío. La muerte de miedo estaba la más rica y pomposa y con acompañamiento más magnífico, porque estaba toda cercada de gran número de tiranos y poderosos. Éstos mueren á sus mismas manos, y sus sayones son sus conciencias, y ellos son verdugos de sí mismos, y solo un bien hacen en el mundo, que matándose á sí de miedo, recelo y desconfianza, vengan de sí propios á los inocentes. Estaban con ellos los avarientos cerrando cofres, arcones y ventanas, enlodando resquicios, hechos sepulturas de sus talegos, y pendientes de cualquier ruido del viento, los ojos hambrientos de sueño, las bocas quejosas de las manos, las almas trocadas en plata y oro. La muerte de risa era la postrera, y tenía un grandísimo cerco de confiados y tarde arrepentidos; gente que vive como si no hubiese justicia, y muere como si no hubiese misericordia. Éstos son los que diciéndoles : « Restituid lo mal llevado »; dicen : « Es cosa de risa. » Mirad que estáis viejo, y que ya no tiene el pecado que roer en vos ; dejad la mujercilla que embarazáis inútil, que cansáis enfermo ; mirad que el mismo diablo os desprecia ya por trasto embarazoso, y la misma culpa tiene asco de vos. Responden : « Es cosa de risa, y que nunca se sintieron mejores. » Otros hay que están enfermos, y exhortándolos á que hagan testamento, que se confiesen, dicen que se sienten buenos y que han estado de aquella manera mil veces. Estos son gente que están en el otro mundo, y aun no se persuaden á que son difuntos. Maravillóme esta visión, y dije, herido del dolor y conocimiento : « ¡ Diónos Dios una vida sola, y tantas muertes ! ¡ De una manera se nace, y de tantas se muere ! Si yo vuelvo al mundo, yo procuraré empezar á vivir. »

En ésto estaba cuando se oyó una voz que dijo tres veces : « Muertos, muertos, muertos. » Con esto se rebulló el suelo y todas las paredes, y empezaron á salir cabezas, brazos y bultos extraordinarios. Pusiéronse en orden con silencio. « Hablen por su orden », dijo la Muerte. Luego salió uno con grandísima cólera y priesa, y se vino para

mí, que entendí que me quería maltratar, y dijo! « Vivos de Satanás, ¿ qué me queréis, que no me dejáis muerto y consumido? ¿ Qué os he hecho que sin tener parte en nada me disfamáis en todo y me echáis la culpa de lo que no sé? » « ¿ Quién eres, le dije con una cortesía temerosa, que no te entiendo? » « Soy yo (dijo) el malaventurado *Juan de la Encina*, el que habiendo muchos años que estoy aquí, toda la vida andáis, en haciéndose un disparate ó en diciéndole vosotros, diciendo : No hiciera más *Juan de la Encina*; daca los disparates de *Juan de la Encina*. Habéis de saber que para hacer y decir disparates, todos los hombres sois *Juan de la Encina*; y que este apellido de Encina es muy largo en cuanto á disparates. Pero pregunto ¿ si yo hice los testamentos en que dejáis que otros hagan por vuestra alma lo que no habéis querido hacer? ¿ He porfiado con los poderosos? ¿ Teñíme la barba por no parecer viejo? ¿ Fuí viejo, sucio y mentiroso? ¿ Llamé favor el pedirme lo que tenía? ¿ Enamoréme con mi dinero y el quitarme lo que tenía? ¿ Entendí yo que sería bueno para mí el que á mi intercesión fué ruin con otro que se fió dél? ¿ Gasté yo la vida en pretender con qué vivir, y cuando tuve con qué, no tuve vida que vivir? ¿ Creí las sumisiones del que me hubo menester? ¿ Caséme por vengarme de mi amiga? ¿ Fuí yo tan miserable, que gastase un real segoviano en buscar un cuarto incierto? ¿ Pudríme de que otro fuese rico ó medrase? ¿ He creído las apariencias de la fortuna? ¿ Tuve yo por dichosos á los que al lado de los príncipes dan toda la vida por una hora? ¿ Hemepreciado de hereje y de mal reglado en todo y peor contento, porque me tengan por entendido? ¿ Fuí desvergonzado por campear de valiente? Pues si *Juan de la Encina* no ha hecho nada desto, ¿ qué necedades hizo este pobre *Juan de la Encina*? Pues en cuanto á decir necedades, sacadme un ojo con una. Ladrones, que llamáis disparates los míos y parates los vuestros, pregunto yo : ¿ *Juan de la Encina* fué acaso el que dijo : Haz bien y no cates á quien, habiendo de ser al contrario : Si hicieres bien mira á quién? ¿ Fué Juan de la Encina quien para decir que uno era malo dijo : Es hombre que ni teme ni debe, habiendo de decir que ni teme ni paga? Pues

es cierto que la mejor señal de ser bueno es ni temer ni deber, y la mayor de la maldad ni temer ni pagar. ¿ Dijo *Juan de la Encina* : De los pescados el mero, de las carnes el carnero, de las aves la perdiz, de las damas la Beatriz? No lo dijo, porque él no dijera sino : de las carnes la mujer, de los pescados el carnero, de las aves el Ave María y después la presentada, de las damas la más barata. Mirad si es desbaratado *Juan de la Encina* : no prestó sino paciencia, no dió sino pesadumbres, él no gastaba con los hombres que piden dinero ni con las mujeres que piden matrimonio. ¿ Qué necedades pudo hacer *Juan de la Encina*, desnudo por no tratar con sastres; que se dejó quitar la hacienda por no haber menester letrados; que se murió antes de enfermo que de curado, para ahorrarse el médico? Sólo un disparate hizo, que fué siendo calvo quitar á nadie el sombrero, pues fuera menos mal ser descortés que calvo; y fuera mejor que le mataran á palos porque no se quitaba el sombrero, que no á apodos porque era calvario. Y si por hacer una necedad anda *Juan de la Encina* por todos esos púlpitos y cátedras, con votos, gobiernos y estados, enhoramala para ellos; que todo el mundo es monte, y todos son Encinas. »

En esto estábamos cuando muy estirado y con gran ceño emparejó otro muerto conmigo, y dijo : « Volved acá la cara; no penséis que habláis con *Juan de la Encina*. » « ¿ Quién es vuesa merced (dije yo), que con tanto imperio habla, y donde todos son iguales presume diferencia? » « Yo soy, dijo, el *Rey que rabió*. Y si no me conocéis, por lo menos no podéis dejar de acordaros de mí, porque sois los vivos tan endiablados, que á todo decís que se acuerda del *Rey que rabió*; y en habiendo un paredón viejo, un muro caído, una gorra calva, un ferreruelo lampiño, un trabajazo rancio, un vestido caduco, una mujer manida de años y rellena de siglos, luego decís que se acuerda del *Rey que rabió*. No ha habido tan desdichado rey en el mundo, pues no se acuerdan dél sino vejeces y harapos, antigüedades y visiones; y ni ha habido rey de tan mala memoria, ni tan asquerosa, ni tan carroña, ni tan caduca, carcomida y apolillada. Han dado en decir que rabié, y juro á Dios que mienten; sino que han dado

todos en decir que rabié, y no tiene ya remedio; y no soy yo el primero rey que rabió, ni el solo; que no hay rey, ni le ha habido, ni le habrá, á quien no levanten que rabia. Ni sé yo cómo pueden dejar de rabiar todos los reyes porque andan siempre mordidos por las orejas, de envidiosos y aduladores que rabian.

Otro que estaba al lado del *Rey que rabió*, dijo: « Vuesa merced se consuele conmigo, que soy el *Rey Perico*, y no me dejan descansar de día ni de noche. No hay cosa sucia, ni desaliñada ni pobre, ni antigua, ni mala, que no digan que fué en tiempo del *Rey Perico*. Mi tiempo fué mejor que ellos pueden pensar. Y para ver quién fuí yo y mi tiempo y quién son ellos, no es menester mas que oillos, porque en diciendo á una doncella agora la madre: Hija, las mujeres bajar los ojos y mirar á la tierra, y no á los hombres, — responden: Eso fué en tiempo del *Rey Perico*; los hombres han de mirar á la tierra, pues fueron hechos della, y las mujeres al hombre, pues fueron hechas dél. Si un padre dice á un hijo: No jures, no juegues, reza las oraciones cada mañana, persígnate en levantándote, echa la bendición á la mesa, — dice que eso se usaba en tiempo del *Rey Perico*. Ahora le tendrán por un maricón si sabe persignarse, y se reirán dél si no jura y blasfema, porque en nuestros tiempos más tienen por hombre al que jura que al que tiene barbas. »

Al que acabó de decir ésto se llegó un muertecillo muy agudo y sin hacer cortesía dijo: « Basta lo que han hablado; que somos muchos, y este hombre vivo está fuera de sí y aturdido. » « No dijera más *Mateo Pico*, y vengo á eso sólo. » « Pues, bellaco vivo, ¿qué dijo *Mateo Pico*, que luego andáis si dijera más, no dijera más? ¿Cómo sabéis que no dijera más *Mateo Pico*? Dejadme tornar á vivir sin tornar á nacer; que no me hallo bien en barrigas de mujeres que me han costado mucho, y veréis si digo más, ladrones viejos. Pues si yo viera vuestras maldades, vuestras tiranías, vuestras insolencias, vuestros robos. ¿no dijera más? Dijera más y más, y dijera tanto que enmendárades el refrán, diciendo: Más dijera *Mateo Pico*. Aquí estoy y digo más; y avisad desto á los habladores de allá; que yo apelo deste refrán con las mil y quinientas. » Quedé

confuso de mi inadvertencia y desdicha en topar con el mismo *Mateo Pico*. Era un hombrecillo menudo, todo chillido, que parecía que rezumaba de palabras por todas sus conjunturas, zambo de ojos y bizco de piernas, y me parece que le he visto mil veces en diferentes partes.

Quitóse de delante, y descubrióse una grandísima redoma de vidrio. Dijéronme que llegase, y vi jigote, que se bullía en un ardor terrible, y andaba danzando por todo el garrafón, y poco á poco se fueron juntando unos pedazos de carne y unas tajadas, y destas se fué componiendo un brazo, un muslo y una pierna, y al fin se coció y enderezó un hombre entero. De todo lo que había visto y pasado me olvidé, y esta visión me dejó tan fuera de mí, que no diferenciaba de los muertos. ¡Jesús mil veces! dije, ¿qué hombre es éste, nacido en guisado, hijo de una redoma? En esto oí una voz que salía de la vasija, y dijo: « ¿Qué año es éste? De seiscientos y veinte y dos, respondí. « Este año esperaba yo. » « ¿Quién eres, dije, que, parido de una redoma, hablas y vives? » « ¿No me conoces, dijo. La redoma y las tajadas ¿no te advierten que soy aquel famoso nigromántico de Europa? ¿No has oído decir que me hice tajadas dentro de una redoma para ser inmortal? » « Toda mi vida lo he oído decir, le respondí; mas túvelo por conversación de la cuna y cuento de entre dijes y babador. ¿Qué tú eres? Yo confieso que lo más que llegué á sospechar fué que eras algún alquimista que penabas en esa redoma ó algún boticario; todos mis temores doy por bien empleados por haberte visto. » « Sábeta, dijo, que mi nombre no fué del título que me da la ignorancia, aunque tuve muchos; sólo te digo que estudié y escribí muchos libros, y los míos quemaron, no sin dolor de los doctos. » « Si me acuerdo, dije yo: oído he decir que estás enterrado en un convento de religiosos; mas hoy me he desengañado. » « Ya que has venido aquí, dijo, desatapa esa redoma ». Yo empecé á hacer fuerza y á desmoronar tierra con que estaba enlodado el vidrio de que era hecha, y díjome: « Espera, dime primero: ¿Hay mucho dinero en España? ¿En qué opinión está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor? » Respondíle: « No han descaecido las flotas de las Indias,

aunque los extranjeros han echado unas sanguijelas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas, y á chupones se empezaron á secar las minas. » « ¿ Ginoveses andan á la zacapela con el dinero? (dijo él). Vuélvome jigote, hijo mío, los ginoveses son lamparones del dinero, enfermedades que proceden de tratar con gatos. Y vese que son lamparones, porque sólo el dinero que va á Francia no admite ginoveses en su comercio. ¿ Salir tenía yo andando esos usagres de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar antes que verlos hechos dueños de todo. » « Señor nigromántico, repliqué yo, aunque ésto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores, y enferman de príncipes; y con ésto y los gastos y empréstitos se apollilla la mercancía y se viene todo á repartir en deudas y locuras; y ordena el demonio que las putas vendan las rentas reales dellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y después lo hereda el consejo de Hacienda. La verdad adelgaza y no quiebra: en ésto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran. » « Animádome has, dijo, con eso.

» Dispondréme á salir desta vasija, como primero me digas en qué estado está la honra en el mundo. » « Mucho hay que decir en ésto (le respondí yo); tocado has una tecla del diablo: todos tienen honra, y todos son honrados, y todos lo hacen todo caso de honra.

» Hay honra en todos estados, y la honra se está cayendo de su estado y parece que está ya siete estados debajo de tierra. Si hurtan, dicen que por conservar esta negra de honra, y que quieren más hurtar que pedir. Si piden, dicen que por conservar esta negra honra, y que es mejor pedir que no hurtar. Si levantan un testimonio, si matan á uno, lo mismo dicen; que un hombre honrado antes se ha de dejar morir entre dos paredes que sujetarse á nadie y todo lo hacen al revés. Y al fin, en el mundo todos han dado en la cuenta, y llaman honra á la comodidad; y con presumir de honrados y no serlo se ríen del mundo. » « El diablo puede salir á vivir en ese mundecillo, dijo él. Considérome yo á los hombres con unas honras títeres que

chillan, bullen y saltan; que parecen honras, y mirado bien son andrajos y palillos. ¿El no decir verdad será mérito? ¿El embuste y la trapaza caballería? ¿Y la insolencia donaire? Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos á los extranjeros; mas andan diciendo aquí malas lenguas que ya en España ni el vino se queja de mal bebido, ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo no sabía el vino por donde subía á las cabezas, y ahora parece que se sube hacia arriba. Pues los maridos, porque tratamos de honras, considero yo que andarán hechos buhoneros de sus mujeres, alabando cada uno á sus agujas. » « Hay maridos calzadores que los meten para calzarse la mujer con más descanso y sacarlos fuera ellos. Hay maridos linternas, muy compuestos, muy lucidos, muy bravos, que vistos de noche á oscuras parecen estrellas, y llegados cerca son candelilla, cuerno y hierro, rata por cantidad. Otros maridos hay jeringas, que apartados atraen, y llegando se apartan. Pues la cosa más digna de risa es la honra de las mujeres cuando piden su honra, que es pedir lo que dan. Y si creemos á la gente y á los refranes que dicen : « Lo que arrastra honra », la honra del marido son las culebras y las faldas. » « No estoy dos dedos de volverme jigote (dijo el nigromántico) para siempre jamás : no sé qué me sospecho.

» Dime, ¿ Hay letrados ? » « Hay plaga de letrados, dije yo : no hay otra cosa sino letrados ; porque unos lo son por oficio, otros lo son por presunción, otros por estudio, y destes pocos ; y otros (estos son los más) son letrados porque tratan con otros más ignorantes que ellos (en esta materia hablaré como apasionado), y todos se gradúan de doctores y bachilleres, licenciados y maestros, más por los mentecatos con quien tratan que por las universidades ; y valiera más á España langosta perpetua que licenciados al quitar. » « Por ninguna cosa saldré de aquí (dijo el nigromántico). ¿ Eso pasa ? Ya yo los temía, y por las estrellas alcancé esa desventura ; y por no ver les tiempos que han pasado embutidos de letrados me avecindé en esta redoma, y por no los ver me quedaré hecho pastel en bote. » Repliqué : « En los tiempos pasados, que la justicia estaba más sana, tenía menos dolores, y hala sucedido lo



que á los enfermos, que cuantas más juntas de doctores se hacen sobre él, más peligro muestra y peor le va, sana menos y gasta más. La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda, ahora anda empapelada, como especias. Un Fuero Juzgo cou su *maguer* y su *cuemo*, y *conusco* y *faciamus* era todas las librerías; y aunque son voces antiguas, suenan con mayor propiedad, pues llaman sayón al alguacil, y otras cosas semejantes. Ahora ha entrado una cáfila de Menoquios, Surdos y Fabros, Farinacios y Cujacios, consejos y decisiones y respensiones y lecciones y meditaciones; y cada día salen autores, y cada uno con tres volúmenes: *Doctoris Putei*, 1. 6, vol. 1, 2, 3, 4, 5, 6 hasta 15. *Licenciati Abbatis de Usuris*, *Petri Cusqui in Codicem, Ruppis*, *Brutiparcin*, *Castani*, *Montocanense de Adulterio et Parricidio*, *Cornazano*, *Rocabruno*, etc. Los letrados todos tienen un cimiterio por librería, y por ostentación andan diciendo: Tengo tantos cuerpos; y es cosa brava que las librerías de los letrados todas son cuerpos sin alma, quizá por imitar á sus amos. No hay cosa en que no nos dejen tener razón; sólo lo que no dejan tener á las partes es el dinero, que le quieren ellos para sí. Y los pleitos no son sobre si lo que deben á uno se lo han de pagar á él; que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas: los pleitos son sobre que el dinero sea de letrados y del procurador sin justicia, y la justicia sin dinero de las partes. ¿Queréis ver qué tan malos son los letrados? Que si no hubiera letrados, no hubiera porfias; y si no hubiera porfias, no hubiera pleitos; y si no hubiera pleitos, no hubiera procuradores; y si no hubiera procuradores, no hubiera enredos; y si no hubiera enredos, no hubiera delitos; y si no hubiera delitos, no hubiera alguaciles; y si no hubiera alguaciles, no hubiera cárcel; y si no hubiera cárcel, no hubiera jueces; y si no hubiera jueces, no hubiera pasión; y si no hubiera pasión, no hubiera cohecho. Mirad la retahila de infernales sabandijas que se produce de un licenciadito, lo que disimula una barbaza y lo que autoriza una gorra. Llegaréis á pedir un parecer, y os dirán: — Negocio es de estudio; diga vuesa merced, que ya estoy al cabo; habla la ley en propios términos. — Toman un quintal de libros, dánle dos bofetadas hacia arriba y hacia abajo, y leen de priesa, arremedando

un abejón, luego dan un gran golpe con el libro patas arriba sobre una mesa, muy esparrancado de capítulos, y dicen: — En el propio caso habla el jurisconsulto. Vuesa-merced me deje los papeles; que me quiero poner bien en el hecho del negocio, y téngalo por más que bueno, y vuélvase por acá mañana en la noche porque estoy escribiendo sobre la tenua de Trasbarras, mas por servir á vuesa-merced lo dejaré todo. — Y cuando al despediros le quereis pagar (que es para ellos la verdadera luz y entendimiento del negocio que han de resolver), dice, haciendo grandes cortesías y acompañamientos: — ¡Jesús, señor! — Y entre Jesús y señor, alarga la mano, y para gastos de pareceres se emboca un doblón. » « No he de salir de aquí (dijo el nigromántico) hasta que los pleitos se determinen á garrotazos; que en el tiempo que por falta de letrados se determinaban las causas á cuchilladas, decían que el palo era alcalde, y de ahí vino: Júzguelo el alcalde de palo. Y si he de salir, ha de ser sólo á dar arbitrio á los reyes del mundo que quien quisiere estar en paz y rico, que pague los letrados á su enemigo para que lo embelequen y roben y consuman.

» Dime, ¿ hay todavía Venecia en el mundo? » « Sí la hay, dije yo; no hay otra cosa sino Venecia y venecianos. » « ¡ Oh! doila al diablo (dijo el nigromántico) por vengarme del mismo diablo, que no sé que pueda darla á nadie sino por hacerle mal. Es república esa que mientras que no tuviere conciencia durará, porque si restituye lo ajeno no le queda nada. ¡ Linda gente! la ciudad fundada en el agua, el tesoro y la libertad en el aire, la deshonestidad en el fuego; y al fin es gente de quien huyó la tierra, y son narices de las naciones, y el albañal de las monarquías, por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra; el turco los permite por hacer mal á los cristianos, los cristianos por hacer mal á los turcos, y ellos, por poder hacer mal á unos y otros, no son moros ni cristianos; y así dijo uno dellos mismos en una ocasión de guerra, para animar á los suyos contra los cristianos: Ea, que antes fuisteis venecianos que cristianos. »

« Dejemos eso, y dime, ¿ hay muchos golosos de valimientos de los hombres del mundo? » « Enfermedad es (dije yo) esa de que todos los reinos son hospitales. » Y él

replicó : « Antes casas de orates entendí yo ; mas según la relación que me haces, no me he de mover de aquí. Mas quiero que tú les digas á esas bestias, que en albarda tienen la vanidad y ambición, que los reyes y príncipes son azogue en todo. Lo primero, el azogue, si le quieren apretar, se va : así sucede á los que quieren tomarse con los reyes más mano de lo que es razón. El azogue no tiene quietud ; así son los ánimos por la continua mareta de negocios. Los que tratan y andan con el azogue, todos andan temblando ; así han de hacer los que tratan con los reyes, temblar delante dellos de respeto y temor, porque si no, es fuerza que tiemblen después hasta que caigan. »

¿ Quién reina ahora en España, que es la postrera curiosidad que he de saber ; que me quiero volver á jigote, que me hallo mejor ? » « Murió Filipo III », dije yo. « Fué santo rey y de virtud incomparable (dijo el nigromántico), según leí yo en las estrellas pronosticado. Reina Filipo IV días ha », dije yo. « ¿ Eso pasa ? (dijo) ¿ Que ya ha dado el tercero cuarto para la hora que yo esperaba ? » Y diciendo y haciendo subió por la redoma, y la trastornó y salió fuera. Iba diciendo y corriendo : « Más justicia se ha de hacer ahora por un cuarto que en otros tiempos por doce millones. »

Yo quise partir tras él, cuando me asió del brazo un muerto, y dijo : « Déjale ir ; que nos tenía con cuidado á todos ; y cuando vayas al otro mundo di que *Agrages* estuvo contigo, y que se queja que le levantéis : *agora lo veredes*. Yo soy *Agrages* : mira bien que no he dicho tal ; que á mi no se me da nada que ahora ni nunca lo veáis, y siempre andáis diciendo : *Ahora lo veredes*, dijo *Agrages*. Sólo ahora que á ti y al de la redoma os oí decir que reinaba Filipo IV, digo que ahora lo veredes. Y pues soy *Agrages*, ahora lo veredes, dijo *Agrages*. » Fuése y púsoseme delante enfrente de mí un hombrecillo, que parecía remate de cuchar con pelo de limpiadera, erizado, bermejizo y pecoso. Dígote sastre, dije yo. Y él tan presto dijo : « Oír que no pica, pues no soy sinó solicitador, y no ponga nombres á nadie. Yo me llamo *Arbalias*, y os lo he querido decir para que no andéis allá en la vida : es un *Arbalias* á unos y á otros, sin saber á quien lo decís. »

Muy enojado, á mí se llegó un hombre viejo, muy ponderado de testuz, de los que traen canas por vanidad, un gran haz de barbas, ojos á la sombra muy metidos, frentaza llena de surcos, ceño descontento, y vestido que, juntando lo extraordinario con el desaliño, hacía misteriosa la pobreza. « Más despacio te he de menester que *Arbalias*, me dijo; siéntate. » Sentóse y sentéme: y como si le dispararan de un arcabuz, en figura de trago se apareció entre los dos otro hombrecillo, que parecía astilla de *Arbalias*, y no hacía sino chillar y bullir. Dijole el viejo con una voz muy honrada: « Idos á enfadar á otra parte, que luego vendréis. » « Yo también he de hablar, decía; y no paraba. » « ¿ Quién es éste? » pregunté. Dijo el viejo: « ¿ No has caído en quién puede ser? Este es *Chisgaravis*. » « Doscientos mil destos andan por Madrid (dije yo); y no hay otra cosa sino Chisgaravises. » Replicó el viejo: « Éste anda aquí cansando los muertos y á los diablos; pero déjate deso, y vamos á lo que importa. Yo soy *Pedro*, y no *Pero Grullo*, que quitándome una *d* en el nombre, me hacéis el santo, fruta. » Es Dios verdad que, cuando dijo *Pero Grullo*, me pareció que le vía las alas. « Huélgome de conocerte, repliqué. ¿ Qué, tú eres el de las profecías que dicen de *Pero Grullo*? » « A eso vengo, dijo el profeta estantigua; deso habemos de tratar. Vosotros decís que mis profecías son disparates, y hacéis mucha burla dellas. Estemos á cuentas: las profecías de *Pero Grullo*, que soy yo, dicen así:

Muchas cosas nos dejaron  
Las antiguas profecías:  
Dijeron que en nuestros días  
Será lo que Dios quisiere.

Pues, bribones, adormecidos en maldad, infames; si esta profecía se cumpliera, ¿ había más que desear? Si fuera siempre lo que Dios quisiere, fuera lo justo, lo bueno, lo santo; no fuera lo que quiere el diablo, el dinero y la codicia; pues hoy lo menos es lo que Dios quiere, y lo más lo que queremos nosotros contra su ley; y ahora el dinero es todos los querereres, porque él es querido y el que quiere, y no se hace sino lo que él quiere; y el dinero

es el Narciso, que se quiere á sí mismo, y no tiene amor sino á sí. Prosigo

Si lloviere hará lodos ;  
Y sera cosa de ver  
Que nadie podrá correr  
Sin echar atras los codos.

Hacedme merced de correr los codos adelante, y negadme que ésto no es verdad. Diréis que de puro verdad es necesidad : ¡ buen achaquito, hermanos vivos ! La verdad así decís que amarga, poca verdad decís que es mentira ; muchas verdades, que es necedad. ¿ De qué manera ha de ser la verdad para que os agrade ? Y sois tan necios, que no habéis echado de ver que no es tan profecía de *Pero Grullo* como decís, pues hay quien corra echando los codos adelante, que son los médicos cuando vuelven la mano atrás á recibir el dinero de la visita al despedirse, que toman el dinero corriendo, y corren como una mona al que se lo da porque le maten.

El que tuviere tendrá,  
Será el casado marido,  
Y el perdido más perdido  
Quien menos guarda y más da,

Ya estás diciendo entre tí : ¿ Qué perogrullada es ésta ? *El que tuviere, tendrá* (replicó luego) : pues así es ; que no tiene el que gana mucho, ni el que hereda mucho, ni el que recibe mucho ; sólo tiene el que tiene y no gasta ; y quien tiene poco, tiene ; y si tiene dos pocos, tiene algo ; y si tiene dos algos, más es ; y si tiene dos mases, tiene mucho ; y si tiene dos muchos, es rico ; que el dinero, (y lleváos esta doctrina de *Pero Grullo*) es como las mujeres, amigo de andar y que le manoseen y le obedezcan ; enemigo de que le guarden ; que se anda tras los que no le merecen, y al cabo deja á todos con dolor de sus almas, amigo de andar de casa en casa. Y para ver cuán ruin es el dinero (que no parece sino que ha sido cotorrera), habéis de ver á cuán ruin gente le da el Señor ; y en ésto conoceréis lo que son los bienes deste mundo, en los dueños dellos. Echad los ojos por esos mercaderes (si no

es que estén ya allá, pues roban los ojos), mirad esos joyeros, que á persuasión de la locura venden enredos resplandecientes y embustes de colores, donde se anegan los dotes de los recién casados. ¡ Pues qué si vais á la platería! No volveréis enteros. Allí cuesta la honra, y hay quien hace creer á un malaventurado se ciña su patrimonio al dedo; y no sintiendo los artejos el peso, está aullando en su casa. No trato de los pasteleros y sastres, ni de los roperos, que son sastres á Dios y á la ventura, y ladrones á diablos y desgracia. Tras éstos se anda el dinero; ¿ y no tendrá asco cualquier bien aliñado de costumbres y pulido de conciencia de comunicarle ningún deseo? Dejemos ésto, y vamos á la segunda profecía, que dice : *Será el casado marido*. Vive el cielo de la cama (dijo muy colérico porque hice no sé qué gesto oyendo la Grullada), que si no oís con mesura, y si os rezumáis de carcajadas, que os pele las barbas. Oid noramala; que á oír habéis venido y á aprender. ¿ Pensáis que todos los casados son maridos? Pues mentís, que hay muchos casados solteros, y muchos solteros maridos. Y hay hombre que se casa para morir doncel, y doncella que se casa para morir virgen de su marido. Y habéisme engañado y sois maldito hombre, y aquí han venido mil muertos á puras bellasquerías. Y certificoos que si no mirara... que os arrancara las narices y los ojos, bellaconazo, enemigo de todas las cosas. Reíos también de esta profecía :

Las mujeres parirán  
Si se empreñan y parieren ;  
Y los hijos que nacieren  
De cuyos fueren serán.

¿ Veis que parece bobada de Pero Grullo? Pues yo os prometo que si se averiguara ésto de los padres, había de haber una confusión de daca mi mayorazgo y toma tu herencia. Hay en ésto de las barrigas mucho que decir; y como los hijos es una cosa que se hace á oscuras y sin luz, no hay quien averigüe quién fué concebido á escote ni quién á medias; y es menester creer el parto, y todos heredamos por el dicho del nacer, sin más acá ni más allá. Ésto se entiende de las mujeres que meten oficiales; que

mi profecía no habla con la gente honrada, si algún maldito como vos no lo tuerce. ¿ Cuántos pensáis que el día del juicio conocerán por padre á su paje, á su escudero, á su esclavo y á su vecino? Y cuántos padres se hallarán sin descendencia? Allá lo veréis. » « Esta profecía y las demás (dije yo) no las consideramos allá desta manera; y te prometo que tienen más veras de las que parecen, y que oídas en tu boca son de otra suerte. Y confieso que te hacen agravio. » Pues oye, dijo, otra :

Volaráse con las plumas,  
Andarase con los pies,  
Seran seis dos veces tres.

*Volaráse con las plumas.* Pensáis que lo digo por los pájaros, y os engañáis; que eso fuera necedad; digolo por los escribanos y ginoveses, que éstos nos vuelan con las plumas el dinerode delante. Y porque vean el en otro mundo que profeticé de los tiempos de ahora y que hay *Pero Grullo* para los que vivis, llévate este mendrugo de profecías; que á fe que hay que hacer en entenderlo. Fuése, y dejóme un papel en que estaban escritos estos ringlones por esta orden:

Nació viernes de Pasión  
Para que zahorí fuera,  
Porque en su día muriera  
El bueno y el mal ladrón :  
Habrá mil revoluciones  
Entre linajes honrados,  
Restituirá los hurtados,  
Castigará los ladrones .  
Y si quisiere primero  
Las pérdidas remediar,  
Lo hará solo con echar  
La sogá tras el caldero.  
Y en estos tiempos que ensarto  
Veréis (maravilla extraña)  
Que se desempeña España  
Solamente con un Cuarto.  
Mis profecías mayores  
Verán cumplida la ley  
Cuando fuere Cuarto el rey  
Y cuartos los malhechores. »

Leí con admiración las cinco profecias de *Pero Grullo*, y estaba meditando en ellas cuando por detrás me llamaron. Volvíme, y era un muerto muy lacio y afligido, muy blanco y vestido de blanco, y dijo: « Duélete de mí, y si eres buen cristiano sácame de poder de los cuentos de los habladores y de los ignorantes, que no me dejan descansar, y méteme donde quisieres. » Hincóse de rodillas, y despedazándose á bofetadas, lloraba como niño. » « ¿ Quién eres, dije, que á tanta desventura estás condenado? » « Yo soy, dijo, un hombre muy viejo, á quien levantan mil testimonios y achacan mil mentiras. Yo soy el *Otro*, y me conocerás; pues no hay cosa que no la diga el *Otro*. Y luego, en no sabiendo cómo dar razón de sí, dicen: Como dijo el *Otro*. Yo no he dicho nada, ni despego la boca. En latín me llaman *Quidam*, y por esos libros me hallarás abultando ringlones y llenando cláusulas. Y quiero por amor de Dios que vayas al otro mundo y digas cómo has visto al *Otro* en blanco, y que no tiene nada escrito y que no dice nada, ni lo ha de decir ni lo ha dicho, y que desmiente desde aquí á cuantos le citan y achacan lo que no saben, pues soy el autor de los idiotas y el texto de los ignorantes. Y has de advertir que en los chismes me llaman *Cierta persona*, en los enredos *No sé quién*, en las cátedras *Cierto autor*, y todo lo soy el desdichado *Otro*. Haz ésto, y sácame de tanta desventura y miseria. » « Aun aquí estáis, ¿ y no queréis dejar hablar á nadie? » dijo un muerto hablando, armado de punta en blanco, muy colérico; y asiéndome de un brazo dijo: « Oid acá, y pues habéis venido por estafeta de los muertos á los vivos, cuando vais allá decidles que me tienen muy enfadado todos juntos. » « ¿ Quién eres? » le pregunté. « Soy, dijo, *Calainos*. » « ¿ *Calainos* eres, dije: no sé cómo no estás desainado, porque eternamente dicen: Cabalgaba *Calainos*. » « ¿ Saben ellos mis cuentos? Mis cuentos fueron muy buenos y muy verdaderos, y no se metan en cuentos conmigo. » Mucha razón tiene el señor *Calainos* (dijo otro que se allegó), y él y yo estamos muy agraviados. Yo soy *Cantimpalos*; y no hacen sino decir: El ánsar de *Cantimpalos*, que salía allobo al camino. Y es menester que les digáis que me han hecho de asno ánsar, y que



era asno el que yo tenía, y no ánsar; y los ánsares no tienen que ver con los lobos; y que me restituyan á mi asno en el refrán; y que me le restituyan luego y tomen su ánsar: justicia con costas, y para ello, etc. »

Con su báculo venia una vieja ó espantajo, diciendo: « ¿ Quién está allá á las sepulturas? » Con una cara hecha de un orejón, los ojos en dos cuévanos de vendimiar, la frente con tantas rayas y de tal color y hechuras que parecía planta de pie; la nariz en conversación con la barbilla, que casi juntándose hacían garra; y una cara de la impresión del grifo; la boca á la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente ni muela, con sus pliegues de bolsa á lo jimio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un mostacho erizado; la cabeza con temblor de sonajas, y la habla danzante; unas tocas muy largas sobre el monjil negro; esmallada de mortaja la tumba, con un rosario muy grande colgando, y ella corva, que parecía, con las muertecillas que colgaban dél, que venía pescando calaverillas chicas. Yo, que vi semejante abreviación del otro mundo, dije á grandes voces, pensando que sería sorda: « ¡ Ah señora! Ah madre! Ah tía! ¿ Quién sois? » ¿ Queréis algo? » Ella entonces, levantando el *ab initio et ante saecula* de la cara, y parándose, dijo: « No soy sorda, ni madre, ni tía; nombre tengo y trabajos, vuestras sinrazones me tienen acabada. » ¡ Quién creyera que en el otro mundo hubiera presunción de mocedad, y en una cecina como ésta! Llegóse más cerca, y tenía los ojos haciendo aguas, y en el pico de la nariz columpiándose una moquita, por donde echaba un tufo de cimiterio. Dijela que perdonase, y preguntéle su nombre. Dijome: « Yo soy *Dueña Quintañoa*. » « ¿ Qué, dueñas hay entre los muertos? dije maravillado. Bien hacen de pedir cada día á Dios misericordia más que *requiescant in pace*, descansan en paz; porque si hay dueñas meterán en ruido á todos. Yo creí que las mujeres se morían cuando se volvían dueñas, y que las dueñas no tenían de morir, y que el mundo está condenado á dueña perdurable, que nunca se acaba; mas ahora que te veo acá me desengaño; y me he holgado de verte, porque por allá luego decimos Miren la *Dueña Quintañoa* », daca la

*Dueña Quintañoña.* » « Dios os lo pague y el diablo os lleve, dijo; que tanta memoria tenéis de mí y sin habello yo de menester. Decid, ¿ no hay allá dueñas de mayor número que yo? Yo soy *Quintañoña*; ¿ no hay deciochenas y setentonas? Pues ¿ por qué no dais tras dellas y me dejáis á mí, que ha más de ochocientos años que vine á fundar dueñas al infierno, y hasta ahora no se han atrevido los diablos á recibirlas, diciendo que andamos ahorrando penas á los condenados, y guardando cabos de tizonas como de velas, y que no habrá cosa cierta en el infierno? Y estoy rogando con mi persona al purgatorio, y todas las almas dicen en viéndome: « ¿ Dueña? no por mi casa. » Con el cielo no quiero nada, que las dueñas, en no habiendo á quien atormentar y un poco de chisme, perecemos. Los muertos también se quejan de que no les dejo ser muertos como lo habían de ser, y todos me han dejado en mi albedrío si quiero ser dueña en el mundo; mas quiero estarme aquí, por servir de fantasma en mi estado toda la vida, y sentada á la orilla de una tarima guardando doncellas que son más de trabajo que de guardar. Pues, en viniendo una visita, ¿ aquel *llamen á la dueña*? Y á la pobre dueña todo el día le están dando su recaudo todos. En faltando un cabo de vela, *llamen á Álvarez, la dueña le tiene*; si falta un retacillo de algo, *la dueña estaba allí*; que nos tienen por cigüeñas, tortugas y erizos de las casas, que nos comemos las sabandijas. Si algún chisme hay, *allo á la dueña*. Y somos la gente más bien aposentada en el mundo, porque en el invierno nos ponen en los sótanos, y los veranos en los zaquizamies. Y lo mejor es que nadie nos puede ver: las criadas, porque dicen que las guardamos; los señores, porque los gastamos; los criados, porque nos guardamos; los de fuera, por el *coram vobis* de responso, y tienen razón, porque ver una de nosotras encaramada sobre unos chapines, muy alta y muy derecha, parecemos túmulo vivo. Pues cuando en una visita de señoras hay conjunción de dueñas! Allí se engendran las angustias y sollozos; de allí proceden las calamidades y plagas, los enredos y embustes, marañas y parlerías, porque las dueñas influyen acelgas y lanterjas, y pronostican candiles y veladores y tijeras de des-

pabilar. Pues ¡ qué cosa es levantarse ocho viejas como ocho cabos de años, ó ocho, sin cabo, ensabanadas, y despedirse con unas bocas de tejadillo, con unas hablas sin hueso, dando tabletadas con las encías, y poniéndose cada una á las espaldas de su ama á entristecerlas; las asentaderas bajas, trompicando y dando de ojos, adonde en una silla, entre andas y ataúd la llevan los pícaros arrastrando! Antes quiero estarme entre muertos y vivos pereciendo, que volver á ser dueña: pues hubo caminante que preguntando donde había de parar una noche de invierno, yendo á Valladolid, y diciéndole que en un lugar que se llama Dueñas, dijo: que si había donde parar antes ó después. Dijéronle que no, y él á ésto dijo: Más quiero parar en la horca que en Dueñas; y se quedó fuera, en la picota. Sólo os pido, así os libre Dios de dueñas (y no es pequeña bendición, que para decir que destruirán á uno dicen que le pondrán cual digan dueñas, ¡ mirad lo que es decir dueñas!); ruégote encarecidamente que hagas que metan otra dueña en el refrán, y me dejen descansar á mí, que estoy muy vieja para andar en refranes, y querría andar en zancos, porque no deja de cansar á una persona andar de boca en boca.

Muy angosto, muy á teja vana, las carnes de venado, en un cendal, con unas mangas por gregüescos, y una esclavina por capa, y un soportal por sombrero, amarrado á una espada, se llegó á mí un rebozado y llamóme en la seña de los sombrereros. « Ce, ce », me dijo. Yo le respondí luego. Lleguéme á él, y entendí que era algún muerto envergonzante. Preguntéle quién era. « Yo soy el mal cosido y peor sustentado *don Diego de Noche*. » « Más precio haberte visto, dije yo, que á cuanto tengo. ¡ Oh estómago aventurero! ¡ Oh! gznate de rapiña! ¡ Oh panza al trote! ¡ Oh susto de los banquetes! ¡ Oh mosca de los platos! ¡ Oh sacabocados de los señores! ¡ Oh tarasca de los convites y cáncer de las ollas! ¡ Oh sabañón de las cenas! ¡ Oh sarna de los almuerzos! ¡ Oh sarpullido del mediodía! No hay otra cosa en el mundo sinó cofrades, discípulos y hijos tuyos. » « Sea por amor de Dios (dijo *don Diego de Noche*); que ésto me faltaba por oír; mas en pago de mi paciencia os ruego que os lastiméis de mí, pues en vida siempre andaba

cerniendo las carnes el invierno por las picaduras del verano, sin poder hartar estas asentaderas de gregüescos; el jubón en pelo sobre las carnes, el más tiempo en ayunas de camisa, siempre dándome por entendido de las mesas ajenas; esforzando, con pisto de cerotes y ramplones, desmayos de calzado; animando á las medias á puras sustancias de hilo y aguja, y llegué á estado en que, viéndome calzado de geomancia, porque todas las calzas eran puntos, cansado de andar restañando el ventanaje, me entinté la pierna y dejé correr. No se vió jamás socorrido de pañizuelos mi catarro, que afilando el brazo por las narices, me pavonaba de romadizo; y si acaso alcanzaba algún pañizuelo, porque no le viesen al sonarme, me rebozaba, y haciendo el coco con la capa, tapando el rostro, me sonaba á oscuras. En el vestir he parecido árbol, que en el verano me he abrigado y vestido, y en el invierno he andado desnudo. No me han prestado cosa que haya vuelto : hasta espadas (que dicen que no hay ninguna sin vuelta), si todos me las prestasen, todas serían sin vuelta. Y con no haber dicho verdad en toda mi vida, y aborrecídola, decían todos que mi persona era buena para verdad desnuda y amarga. En abriendo yo la boca, lo mejor que se podía esperar era un bostezo ó un parasismo, porque todos esperaban el : déme vuesa merced, présteme, hágame merced; y así estaban armados de respuestas. Y en despegando los labios, de tropel se oía : No hay que dar, Dios le provea, cierto que no tengo, yo me holgara, no hay un cuarto. Y fuí tan desdichado que á tres cosas siempre llegué tarde : á pedir prestado llegué siempre dos horas después; y siempre me pagaban con decir : Si llegara vuesa merced dos horas antes, se le prestara ese dinero. A ver los lugares llegué dos años después; y en alabando cualquier lugar, me decían : Ahora no vale nada; ¡ si vuesa merced lo viera dos años ha! A conocer y alabar las mujeres hermosas llegué siempre tres años después, y me decían : Tres años atrás me había vuesa merced de ver, que vertía sangre por las mejillas. Según ésto, fuera harto mejor que me llamaran *don Diego Después*, que no *don Diego de Noche*. Decir que después de muerto descanso, aquí estoy y no me hartó de muerte : los gusa-

nos se mueren de hambre conmigo, y yo me como á los gusanos de hambre, y los muertos andan siempre huyendo de mí, porque no les pegue el *don*, ó les hurte los huesos, ó les pida prestado. Y los diablos se recatan de mí, porque no me meta de gorra á calentarme, y ando por estos rincones introducido en telaraña. Hartos don Diegos hay allá de quien puedan echar mano : déjenme con mi trabajo ; que no viene muerto que luego no pregunte por *don Diego de Noche*. Y diles á todos los *dones* á teja vana, caballeros chirles, hacia-hidalgos y casi-dones, que hagan bien por mí, que estoy penando en una bigotera de fuego, porque siendo gentilhombre mendicante, caminaba con horma y bigotera á un lado, y molde para el cuello y la bula en el otro ; y ésto y sacar mi sombra llamaba yo mudar mi casa. » Desapareció aquel caballero visión, y dió gana de comer á los muertos ; cuando llegó á mí con la mayor prisa que se ha visto un hombre alto y flaco, menudo de facciones, de hechura de cerbatana ; y sin dejarme descansar, me dijo : « Hermano, dejaldo todo presto, luego ; que os aguardan los muertos que no pueden venir acá, y habéis de ir al instante á oírlos, y hacer lo que os mandaren sin replicar y sin dilación luego. » Enfadóme la prisa del diablo del muerto, que no vi hombre más súpito ; y dije : « Señor mío, esto no es cochite hervite. » « Sí es (dijo muy demudado) dígoos que yo soy *Cochitehervite*, y el que viene á mi lado (aunque yo no le había visto) es *Trochimochi*, que somos más parecidos que el freir y el llover. » Yo que me vi entre *Cochitehervite* y *Trochimochi*, fuí como un rayo donde me llamaban.

Estaban sentadas unas muertas á un lado, y dijo *Cochitehervite* : « Aquí está *doña Fáfula*, *Mari-Zápalos* y *Mari-Rabadilla*. » Dijo *Trochimochi* : « Despachen, señoras, que está detenida mucha gente. » *Doña Fáfula* dijo : « Yo soy una mujer muy principal. » « Nosotras somos (dijeron las otras) las desdichadas que vosotros los vivos traéis en las conversaciones disfamadas. » « Por mí no se me da nada (dijo *doña Fáfula*) ; pero quiero que sepan que soy mujer de un mal poeta de comedias, que escribió infinitas, y que me dijo un día : El papel, señora, tanto mejor me hallara en andrajos en los muladares, que en coplas en

las comedias cuanto no lo sabré encarecer. Fui mujer de mucho valor, y tuve con mi marido el poeta mil pesadumbres sobre las comedias, autos y entremeses. Decíale yo que por qué cuando en las comedias un vasallo arrodillado dice al rey : *Dame esos pies*, responde siempre : *Los brazos será mejor*. Que la razón era en diciendo : *Dame esos pies*, responder : *¿Con qué andaré yo después?* Sobre la hambre de los lacayos y el miedo, tuve grandes peloterías con él. Y tuve buenos respetos, que le hice mirar al fin de las comedias por la honra de las infantas, porque las llevaba de voleo, y era compasión. No me pagarán esto sus padres dellas en su vida. Fuíle á la mano en los dotes de los casamientos para acabar la maraña en la tercera jornada, porque no hubiera rentas en el mundo. Y en una comedia porque no se casasen todos, le pedí que el lacayo, queriéndole casar su señor con la criada, no quisiese casarse ni hubiese remedio, siquiera porque saliera un lacayo soltero. Donde mayores voces tuvimos, que casi me quise descasar, fué sobre los autos del Corpus. Decíale yo : Hombre del diablo, ¿ es posible que siempre en los autos del Corpus ha de entrar el diablo con grande brío, hablando á voces, gritos y patadas, y con un brío que parece que todo el teatro es suyo, y poco para hacer su papel, como quien dice : ¡Huela la casa al diablo! Por vida vuestra que hagáis un auto donde el diablo no diga esta boca es mía ; y pues tiene por qué callar, no hable ; y que hable quien puede y tiene razón, y enójese en un auto ; que aunque es la misma paciencia, tal vez se indignó, y tomó el azote y trastornó mesas y tiendas y cátedras, y hizo ruido. Hícele que pues podía decir Padre eterno, no dijese Padre eternal, ni Satán, sino Satanás ; que aquellas palabras eran buenas cuando el diablo entra diciendo bú, bú, bú, y se sale como cohete. Desagravié los entremeses, que á todos les daban de palos, y con todos sus palos hacían los entremeses. Cuando se dolían dellos, duélanse (decía yo) de las comedias que acaban en casamientos, y son peores, porque son palos y mujer. Las comedias, que oyeron esto, por vengarse pegaron los casamientos á los entremeses, y ellos, por escaparse y ser solteros, algunos se acaban en barbería, guitarricas y

cántico. » « ¿ Tan malas son las mujeres (dijo *Mari-Zápalos*), señora *doña Fáfula*? » *Doña Fáfula*, enfadada y con mucho toldo, dijo : « ¡ Miren con qué nos viene ahora *Mari-Zápalos*! » Si vengo, no vengo, se quisieron arañar, y así se asieron, porque *Mari-Rabadilla*, que estaba allí, no pudo llegar á meterlas en paz; que sus hijos, por comer cada uno en su escudilla, se estaban dando de puñadas. « Mirad, decía *doña Fáfula*, que digáis en el mundo quién soy. » Decía *Mari-Zápalos* : « Mira que digáis cómo la he puesto. » *Mari-Rabadilla* dijo : « Decidles á los vivos que si mis hijos comen cada uno en su escudilla, qué mal les hacen á ellos. ¡ Cuánto peores son ellos, que comen en la escudilla de los otros, como *don Diego de Noche* y otros cofrades de su talle ! »

Apartéme de allí, que me hendía la cabeza, y vi venir un ruido de piullidos y chillidos grandisimos, y una mujer corriendo como una loca, diciendo : « Pio, pío. » Yo entendí que era la reina Dido, que andaba tras el pío Eneas por el perro muerto á la zacapela, cuando oigo decir : allá va *Marta* con sus pollos. » « Válate el diablo : ¿ y acá estás? ¿ Para quién crias esos pollos? » dije yo. « Yo me lo sé, dijo ella; criolos para comérmelos, pues siempre decís : Muera *Marta* y muera harta. Y decildes á los del mundo que quién canta bien después de hambriento, y que no digan necedades; que es cosa sabida que no hay tono como el del ahito. Decildes que me dejen con mis pollos á mí, y que repartan esos refranes entre otras *Martas* que cantan después de hartas; que harto embarazada estoy yo acá con mis pollos, sin que ande inquieta en vuestro refrán. »

¡ Oh qué voces y gritos se oían por toda aquella sima! Unos corrían á una parte y otros á otra, y todo se turbó en un instante. Yo no sabía donde me esconder. Oíanse grandisimas voces que decían : « Yo no te quiero, nadie te quiere »; y todos decían ésto. Cuando yo oí aquellos gritos dije : « Sin duda es éste algún pobre, pues no le quiere nadie: las señas de pobre son por lo menos. » Todos me decían : « Hacia ti; mira que va á ti. » Y yo no sabía qué me hacer, y andaba como un loco mirando donde huir, cuando me asió una cosa (que apenas divisaba lo que era)

como sombra. Atemoricéme, púsoseme en pie el cabello, sacudióme el temor los huesos. « ¿ Quién eres, ó qué eres, ó qué quieres (le dije); que no te veo y te siento? » « Yo soy (dijo) el alma de *Garibay*, que ando buscando quien me quiera, y todos huyen de mí; y tenéis la culpa vosotros los vivos, que habéis introducido decir que el alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el diablo; y en ésto decís una mentira y una herejía : la herejía es decir que no la quiso Dios; que Dios todas almas quiere y por todas murió : ellas son las que no quieren á Dios; así que Dios quiso el alma de *Garibay* como las demás. La mentira consiste en decir que no la quiso el diablo. ¿ Hay alma que no la quiera el diablo? No por cierto; que pues él no hace asco de la de los pasteleros, roperos, sastres ni sombrereros, no lo hará de mí. Cuando yo viví en el mundo me quiso una mujer calva y chica, gorda y fea, melindrosa y sucia, con otra docena de faltas. Si ésto no es querer el diablo, no sé qué es el diablo; pues veo, según ésto, que me quiso por poderes, y esta mujer en virtud dellos me endiabló, y ahora ando en pena por todos estos sótanos y sepuleros. Y he tomado por arbitrio volverme al mundo y andar entre los desalmados corchetes y mohatrereros, que por tener alma todos me reciben; y así todos éstos y los demás oficios deste jaez tienen el ánima de *Garibay*. Y decidles que muchos dellos, que allá dicen que el alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el diablo, la quieren ellos por alma y la tienen por alma, y que dejen á *Garibay* y miren por sí. »

En ésto desapareció con otro tanto ruido. Iba tras ellas gran chusma de traperos, mesoneros venteros, pintores, chicarreros y joyeros, diciéndola : « Aguarda, mi alma. » No vi cosa tan requebrada. Y espantóme que nadie la quería al entrar, y casi todos la requebraban al salir.

Yo quedé confuso cuando se llegaron á mí *Perico de los Palotes*, y *Pateta*, *Juan de las calzas blancas*, *Pedro por demás*, *el Bobo de Coria*. *Pedro de Urdemalas* (así me dijeron que se llamaban), y dijeron : « No queremos tratar del agravio que se nos hace á nosotros en los cuentos y en conversaciones, que no se ha de hacer todo en un día. » Yo les dije que hacían bien, porque estaba tal con la variedad de cosas que había visto, que no me acordaba de



nada. « Sólo queremos, dijo *Pateta*, que veas el retablo que tenemos de los muertos á puro refrán. » Alcé los ojos, y estaban á un lado el *santo Macarro* jugando al abejón, y á su lado el de *santo Leprisco*; luego en medio estaba *san Ciruelo*, y muchas mandas y promesas de señores y príncipes aguardando su día, porque entonces las harían buenas que sería el día de san Ciruelo. Por encima dél estaba el *santo de Pajares* y *fray Jarro* hecho una bota, por sacristán junto á *san Porro*, que se quejaba de los carreteros. Dijo *fray Jarro* (con una vendimia por ojos, escupiendo racimos, y oliendo á lagares, hechas las manos dos piezgos, y la nariz espita, la habla remostada con un tonillo del carro) : « Estos son santos que ha canonizado la picardía con poco temor de Dios. » Yo me quería ir, y oigo que decía el *santo de Pajares* : « Ah, compañero, decíldes á los del siglo que muchos picarones que allá tenéis por santos, tienen acá guardados los pajares; y lo demás que tenemos que decir se dirá otro día. »

Volví las espaldas, y topé cosido conmigo á *don Diego de Noche*, rascándose en una esquina; y conocíle y díjele : « ¿ Es posible que aun hay que comer en vuesa merced, señor don Diego? » Y dijome : « Por mis pecados soy refitorio y bodegón de piojos. Quería suplicaros, pues os vais, y allá habrá muchos y acá no se hallan por el bien parecer, que ando muy desabrigado, que me enviéis algún mondadientes; que como yo le traiga en la boca, todo me sobra, que soy amigo de traer las quijadas hechas jugador de manos, y al fin se masca y se chupa, y hay algo entre los dientes, y poco á poco se roe; y si es de lentisco es bueno para las opilaciones. » Dióme grande risa y apartéme dél huyendo, por no lo ver aserrar con las costillas un paredón á puros corcovos.

Dando gritos y alaridos venía un muerto, diciendo : « A mí me toca; yo lo sabré; ello dirá; entenderémonos; ¿ qué es ésto? » y otras razones tales. « ¿ Quién es éste tan entremetido en todas las cosas? » Y respondiíme un difunto : « Este es *Vargas*, que, como dicen *Averigüeto Vargas*, viene averigüándolo todo. » Topó en el camino á *Villadiego*; el pobre estaba afligidísimo, hablando entre sí; llamóle y dijole : « Señor *Vargas*, pues vuesa merced lo

averigua todo, hágame merced de averiguar quién fueron las de *Villadiego*, que todos las toman; porque yo soy *Villadiego*, y en tantos años no lo he podido saber ni las echo menos; y querría salir si es posible deste encanto. » *Vargas* le dijo : « Tiempo hay : que ahora ando averiguando cuál fué primero, la mentira ó el sastre; porque si la mentira fué primero, ¿ quién la pudo decir si no había sastres? Y si fueron primero los sastres, ¿ cómo pudo haber sastres sin mentira? En averiguando ésto volveré; » y con ésto se desapareció. Venía tras él *Miguel de Vergas*, diciendo : « Yo soy el *Miguel* de las negaciones, sin qué ni para qué, y siempre ando con un no á las ancas. Eso no, *Miguel de Vergas*, y nadie me conceda nada; y no sé por qué ni qué he hecho. » Mas dijera, según mostraba pasión, si no llegára una pobre mujer cargada de bodigos y llena de males y plañiendo. « ¿ Quién eres (la dije), mujer desdichada? » « La *Manceba del Abad*, respondió ella, que anda en los cuentos de niños, partiendo el mal con el que le va á buscar; y así dicen las empuñadoras de las consejas : Y el mal para quien lo fuere á buscar y para la *manceba del Abad*. Yo no des caso á nadie, antes hago que se casen todos. ¿ Qué me quieren, que no hay mal, venga por donde viniere, que no sea para mí? » Fuése, y quedó á su lado un hombre triste, entre calavera y mala nueva. « ¿ Quién eres, le dije tan aciago, que (como dicen) para martes sobras? » « Yo soy dijo, *Mátalascallando*, y nadie sabe por qué me llaman así, y es bellaquería, que quien mata es á puro hablar, y esos son *Mátalashablando*; que las mujeres no quieren en un hombre sino que otorgue, supuesto que ellas piden siempre. Y si quien calla otorga, yo me he de llamar *Resucitalascallando*. Y no que andan por ahí unos mozuelos con unas lenguas de portante, matando á cuantos los oyen, y así hay infinitos oídos con mataduras. » « Así es verdad, dijo *Lanzarote*; que á mí me tienen esos consumido á puro lanzarotar con si viene ó no viene de Bretaña; y son tan grandes habladores, que viendo que mi romance dice :

Doncellas curaban dél,  
Y dueñas de su rocino,

han dicho que de aquí se saca que en mi tiempo las dueñas eran mozos de caballos, pues curaban del rocino. ¡ Bueno estuviera el rocín en poder de dueñas ! ¡ El diablo se lo daba ! Es verdad, y yo no lo puedo negar. que las dueñas por ser mozas, aunque fuese de caballos, se entremetieron en eso, como en otras cosas ; mas yo hice lo que convenia. » « Crean al señor *Lanzarote* (dijo un pobre mozo, sencillo, humilde y caribobo) ; que yo lo certifico. » « ¿ Quién eres tú, que pretendes crédito entre los podridos ? » « Yo soy el pobre *Juan de buena alma*, que ni me ha aprovechado tener buen alma, ni nada, para que me dejen ser muerto. ¡ Extraña cosa, que sirva yo en el mundo de apodo ! Es *Juan de buen alma*, dicen al marido que sufre, y al galán que engañan, y al hombre que estafan, y al señor que roban y á la mujer que embelecán. Yo estoy aquí sin meterme con nadie. » « Eso no es nada, dijo *Juan Ramos*, que voto á Cristo, que los diablos me hicieron tener una gata. Más me valiera comerme de ratones, que no me dejan descansar : daca la gata de *Juan Ramos*, toma la gata de *Juan Ramos*. Y ahora no hay doncellita ni contadorcito, que ayer no tenía que contar sino duelos y quebrantos : ni secretario, ni ministro, ni hipócrita, ni pretendiente, ni juez, ni pleiteante, ni viuda, que no se haga la gata de *Juan Ramos*, y todo soy gatas, que parezco á febrero ; y quisiera ser antes *sastre del Campillo* que *Juan Ramos*. » Tan presto saltó el *sastre del Campillo*, y dijo que quién metía á *Juan Ramos* con el sastre. Y él dijo que no mejoraba de apellido aunque mudaba de sexo. — Pues dijeran el gato de *Juan Ramos*, y no la gata. — Si dijeran, no dijeran, el sastre desconfió de las tijeras y fió de las uñas (con razón), y empezóse una brega del diablo. Viendo tal escarapela, ibame poco á poco, y buscando quién me guiase, cuando sin hablar palabra ni chistar (como dicen los niños), un muerto de buena disposición, bien vestido y de buena cara, cerró conmigo. Yo temí que era loco y cerré con él ; metiéronnos en paz. Decía el muerto : « Déjenme á ese bellaco, deshonorables : voto al cielo de la cama, que le he de hacer que se quede acá. » Yo estaba colérico, y díjele : « Llega y te tornaré á matar, infame, que no puedes ser hombre de bien : llega, cabrón. » ¡ Quién tal dijo ! No le hube llamado

la mala palabra, cuando otra vez se quiso abalanzar á mí, y yo á él. Llegáronse otros muertos, y dijeron : « ¿ Qué habéis hecho? Sabéis con quién habláis? A *Diego Moreno* llamáis cabrón? ¿ No hallastes sabandijas de mejor frente? » « ¿ Qué, éste es *Diego Moreno*? » dije yo. Enojéme más y alcé la voz diciendo : « Infame, ¿ pues tú hablas? Tú dices á los otros deshonra-buenos? La muerte no tiene honra, pues consiente que este ande aquí, ¿ Qué le he hecho yo? » « Entremés (dijo tan presto *Diego Moreno*). ¿ Yo soy cabrón, y otras bellaquerías que compusiste á él semejantes? ¿ No hay otros Morenos de quien echar mano? No sabías que todos los Morenos, aunque se llamen Juanes, en casándose se vuelven Diegos, y que el color de los más maridos es moreno? ¿ Qué he hecho yo, que no hayan hecho otros muchos más? ¿ Acabóse en mí el cuerno? ¿ Levantéme yo á mayores con la cornamenta? ¿ Encareciéronse por mi muerte los cabos de cuchillos y los tinteros? Pues ¿ qué los ha movido á traerme por tablados? Yo fuí marido de tomo y lomo, porque tomaba y engordaba : sietedurmiente era con los ricos, y grulla con los pobres, poco malicioso. Lo que podía echar á la bolsa no lo echaba á mala parte. Mi mujer era una picaronaza, y ella me disfamaba, porque dió en decir : Dios me le guarde al mi *Diego Moreno*, que nunca me dijo malo ni bueno. Y miente la bellaca, que yo dije malo y bueno ducientas veces. Y si está el remedio en eso, á los cabronazos que ahora hay en el mundo decildes que se anden diciendo malo y bueno á sus mujeres, á ver si les desmocharán las sienes y si podrán restañar el flujo del hueso. Lo otro : yo dicen que no dije malo ni bueno, y es tan al revés, que en viendo entrar en mi casa poetas, decía malo ; y en viendo salir ginoveses, decía bueno ; si vía con mi mujer galancetes, decía malo ; si vía mercaderes, decía bueno ; si topaba en mi escalera valientes, decía remalo ; si encontraba obligados y tratantes, decía rebueno. Pues ¿ qué más bueno y malo había de decir? En mi tiempo hacía tanto ruido un marido postizo, que se vendía el mundo por uno y no se hallaba. Ahora se casan por suficiencia, y se ponen á maridos como á sastres y escribientes. Y hay platicantes de cornudo y aprendices de maridería.

Y anda el negocio de suerte, que si volviera al mundo (con ser el propio *Diego Moreno*) á ser cornudo, me pusiera á platicante y aprendiz delante del acatamiento de los que peinan medellín y barban de cabrío. » « ¿ Para qué son esas humildades (dije yo), si fuiste el primer hombre que endureció de cabeza los matrimonios; el primero que crió desde el sombrero vidrieras de linternas; el primero que ingirió los casamientos sin montera? Al mundo voy sólo á escribir de día y de noche entremeses de tu vida. » « No irás esta vez (dijo), y asímonos á bocados, y á la grita y ruido que traíamos, después de un vuelco que dí en la cama, diciendo: « Válgate el diablo; ahora te enojas (propia condición de cornudos enojarse después de muertos)? » Con ésto me hallé en mi aposento tan cansado y tan colérico como si la pendencia hubiera sido verdad, y la peregrinación no hubiera sido sueño. Con todo eso, me pareció no despreciar del todo esta visión y darle algún crédito, pareciéndome que los muertos pocas veces se burlan, y que gente sin pretensión y desengañada, más atienden á enseñar que á entretener.

## CASA DE LOCOS DE AMOR

---

Á DON LORENZO VÁNDER HAMMEN Y LEÓN; VICARIO  
DE JUBILES.

### DISCURSO

Una mañana de las de Enero, señor don Lozenzo, que el frío y la pereza me embargaron el cuerpo en la cama más de lo acostumbrado, consultando un pensamiento amoroso con la almohada (gran maestra de fábricas de viento), me hallé tan lejos de mí como cerca de un desengaño, que se me representó en la idea, de la locura de amor. Parecióme oír aquel verso que Virgilio tomó de Teócrito :

Ah, Corydon, Corydon, quae te dementia cepit ?

Y sin ver por dónde fui llevado, me hallé en un prado más deleitoso y ameno que lo suelen mentir poetas de primera tonsura, que cursando los primeros años en las flores de los jardines, pasan luego á las Indias por tesoros, con que, según piensan, enriquecen sus pobres papeles. Allí vi dos claros arroyos, uno de amargas, otro de dulces aguas, juntarse con tan sonoro murmurio, que lisonjeaban los oídos de los que por su ribera pasaban; y vi que con esta agua templaba amor el oro de sus flechas, según colegí de los oficiales ministros suyos que en ésto se ocupaban. Por estas señas pensé que estaba en los celebrados jardines de Chipre; y ya quería buscar aquella memorable

colmena de donde salió la abeja que se atrevió á picar al señor Cupido, y dió ocasión á Anacreonte á hacer aquella dulcísima oda. Y no pensaba mal, pues las mismas señas da el Poliziano en su Historia :

Sentesi un grato mormorio del l'onde,  
 Che fan duo freschi e tucidi ruscelli,  
 Versando dolce con amar' liquore,  
 Ove arma l'oro de'suoi strati Amore.

Mas á esta sazón vi en medio del prado un maravilloso edificio, con una gran portada de fábrica dórica y de excelente artífice labrada. En los pedestales, en las basas, columnas, cornisas, capiteles, arquitraves, frisos y demás partes de que se componía la fachada, estaban mil triunfos de amor imaginados, de medio relieve, que juntamente con muy graciosos brutescos hacían historia y ornato, y representaban misterio. Debajo del chapitel, en una bizarra tarjeta, se veían con letras de oro tallados estos versos :

Casa de locos de amor,  
 Do al que más sabe de amar  
 Se le da mejor lugar.

La variedad de piedras y diversidad de colores de que se componía la hacían vistosa mucho; era bien capaz, y estaban sus puertas abiertas siempre á todos los que por ella querían entrar, que eran infinitos. Hacía oficio de portero una mujer de rara hermosura : su rostro era celestial y hechizo de los hombres ; su talle airoso y su cuerpo bien proporcionado, adornado de ricas y costosísimas telas y joyas. Tal al fin era toda, que convidaba á amar y decía su nombre que era Belleza. Á ninguno negaba el paso, ni la pedia ninguno más licencia que mirarla. Yo, que no era ciego, aficionado de tan peregrino palacio, con esta licencia me entré también al primer patio, donde hallé infinidad de gente, y á todos tan trocados de lo que antes fueron (y á mí con ellos), que apenas unos á otros se conocían : los trajes mudados, los rostros melancólicos, penados pensativos y amarillos (color de

que amor viste sus criados). Díjolo Ovidio en su *Arte amandi* :

Palleat omnis amans : hic est color aptus amanti.

Y Horacio, oda 10, lib. 3 :

Nec tinctus violâ pallor amantium.

De donde el Camoens en el canto 9 de sus *Lusiadas* :

As violas da cordes amadores.

Allí no se guardaba fe á los amigos, lealtad á los señores ni respeto á los parientes. Las primas se hacían terceras, y estas primas; las criadas señoras, y los señores criados. Casadas vi amigas del más amigo de su marido, y aun maridos muy amigos del más amigo de sus mujeres. Ésto estaba yo contemplando cuando por medio de todos atravesó un hombre de extraña forma, lleno de ojos y oídos, y al parecer astuto. Porque no me ganara por la mano, le quise preguntar primero yo quién era y qué hacía allí. A ambas cosas me respondió así : « Mi nombre es Zelos ; y muy bien me conocéis vos, porque á no ser así, no estuviérades en este patio. Yo, aunque soy grande parte de acrecentar el número de los enfermos y furiosos que aquí hay, soy loquero, y sirvo de castigarlos, no de curarlos; que antes suelo acrecentarles el mal. Si queréis saber más de las cosas desta casa, no me lo preguntéis á mí, que por milagro digo verdad, porque dejo de ser quien soy en diciéndola. Soy gran invencionero, y contaros he mil mentiras. Aquel venerable anciano que allí se pasea muy aprieta es el administrador; él os informará (bien que á la carga) largamente de todo lo que quisiéredes. » Con ésto me dejó, y sin más detenerme llegué al viejo y conocí ser el Tiempo. Pedíle me mostrase los cuartos de aquel palacio, que quería, como forastero, ver algunos locos mis compañeros. Mas porque, según me dijo, andaba curando los enfermos, desde adonde estaba me los mostró, me dió licencia y me dejó ir solo.

Y apenas salí de aquel primer patio (donde los locos



andaban barajados, y sin que se pudiese distinguir del manjar que era cada uno), cuando el primer cuarto que encontré era el de las doncellas; porque en lo más fuerte de la casa estaban las mujeres, como locos más furiosos, aprisionadas. Estaba en él una llorando de celos de una soltera, otra queriendo á un galán sin osárselo decir; otra escribiendo un papel con mil reveses, y con tantos tuertos como renglones; otra pidiendo una música á su amante, que es lo mismo que pedir dijese en la vecindad la pretendía; otra le estaba diciendo al suyo que era suya, pero que ni pretendiese más della ni quisiese á otra : él decía que lo haría así, y ella lo creía. Unas querían casarse por amar, y otras á hombres casados (esas estaban apartadas con los incurables). Otras tenían requiebros, que llaman por las ventanas y quicios de puertas. Éstas no eran locas, sino inocentes. Aquí no me atreví á detenerme mucho, porque corre un hombre riesgo entre esta gente; y el que más bien libra suele salir condenado á casamiento, que es tomar un arrepentimiento de por vida; y cuando esto no, á sufrir una misma mujer todo el año, sin redención deste cautiverio. Tampoco osé hablar con ninguna, porque temí que luego había de pensar estaba enamorado della; y así pasé al siguiente cuarto, que era el de las casadas.

Á muchas destas tenían atadas sus maridos, y así no podían ejecutar las temas de sus locuras todas veces; si bien otras quebraban las prisiones, y eran más furiosas que las libres. Muchas andaban sueltas por el cuarto, no porque estaban libres, sino porque ellas lo eran. Unas quitaban á sus maridos para dar á otros que diesen, y éstas no caían en la cuenta hasta que se acababa el gasto; y otras fingían romerías (que en buen romance eran ramerías) por ganar la gracia de sus galanes. Una vi que sufría de su marido unas sospechas averiguadas, porque fuesen horros, y á ella no le fuese nadie á la mano (digo á nada á la mano); y otra que hacía sus mangas con dar labor fuera. Unas iban al baño y se manchaban, y otras al confesor, por encontrar al mártir. Algunas vengaban los pensamientos del marido con obras propias, que como dice un apasionado (Juvenal, sátira 13):

vindicta  
Nemo magis gaudet, quàm foemina.

Y el pagarse adelantado es para ellas la mayor venganza. Cuál estaba melancólica por la dilación de cierto efecto. Á una muy amiga de su coche pregunté que por qué le quería tanto, que nunca salía dél, y me respondió que porque tenía cortinas que se corrían. Pudieran muy bien (dije yo) de que no se corre vuestro marido, y ella corriendo me dejó. Entre toda esta máquina no estaban las que tenían los maridos en Indias, ó andaban en comisiones, porque todas vivían al fuero de solteras, y como conjuradas, no eran tenidas por miembros desta república.

El siguiente cuarto era el de las reverendas viudas, locas de ciencia y experiencia. Éstas estaban todas muy graves, esto es, pesadísimas, y cada una daba en su tema, mas á lo disimulado, pero no tanto que encubriesen el frenesí; porque á una dellas vi que juntamente lloraba por el marido y reía con el amigo; otra muy tocada de sus tocas, y más de la vanidad, hacer grandes presentes, sin acordarse de los pasados. Muchas sin tocas ni monjil, discurrir por el cuarto tan compuestas, que disimularan fácilmente el ser simples con quien no las conociese; mas no faltó quien dijo eran viudas apóstatas, y que las tenía allí (á nuestro modo de hablar) la Inquisición. Otras, de bien diferente humor, estaban apostando á quién más larga traía la toca; y en algunas destas advertí que pudieran ahorrar de saya entera. Vi que todas las viudas pasantes eran las primeras que se enamoraban, por más puntos que tuviesen, y que las más mozas no esperaban á ser visitadas. Andaban por allí muchas devotas de muchos con las cuentas en las manos, cuenta con los bienes ajenos. Éstas eran herejes de amor, y las más estaban penitenciadas con perpetuos ayunos (que también tienen cuaresma los carnales). Otras traían tocas de gasa y nevadas con repulgos gordos, y su poco de moño ó copete, como antiguamente se decía. Estas ya se ve cuán ocasionadas estaban. Otras se ponían color, como si tuviesen vergüesna, y algunas se querían casar mil veces; y al fin, cada loca estaba con su tema. Eran éstas,

entre todas, las más insufribles; porque como había pocas mozas, y todas habían sido señoras de su casa y lo eran, cada una quería mandar, y así tenía harto que hacer con ellas el enfermero.

Cansado de tan insufribles sabandijas, pasé adelante y llegué al cuarto de las monjas, que no son las que hacen menos locuras; y aunque de razón habían de ser fáciles de curar, había hartas muy peligrosas. Estaban todas detrás de fuertes rejas, que para ésto no les vale la locura, aunque tal vez amor ha dado dispensación; y ellas, que no conocen otro superior en cuanto les dura este mal, le obedecen sin reparar en que les ha de hacer la pena cuerdas. La mayor parte destas estaban escribiendo billetes (que su ordinario es muy ordinario), y todas jugando en ellos del vocablo, desde de la cruz hasta el *Dios os guarde y sea de esos papeles por quien él es*. Todas las locas de este cuarto estaban hablando de noche y de día sin cesar, y algunas pensando siempre que eran muy discretas. Unas andaban enamoradas de otras muy en forma, y las paseaban, festejaban y pedían celos. Éstas eran tontas, y así andaban sueltas, por no las tener por locas de perjuicio; pero lo cierto es lo eran, aunque no se les conociese bien por entonces la enfermedad. Las que tenían más devociones eran las más pecadoras, y no eran pocas, porque ninguna se contentaba con dos. Todo ésto nacía de la mucha ociosidad; donde la hay, por fuerza ha de haber grande amor, como lo sintió el Petrarca en el *Triunfo del amor*:

Ei nacque d'otio, e di lascivia humana.

Y antes que él, Séneca en su *Octavia* :

Amor est; juventà gignitur; luxu, otio  
Nutritur, inter læta fortunæ bona.

Pero no se entiende mucho amor con muchos, como ordinariamente tienen estas locas, sin que tenga reparo esta treta. Había aquí quien aceptaba más libranzas que un banco ginovés, ó Fúcar, con sólo el caudal de su sazonado dulce. Unas hacían tercera de las de los bordones, y otras

tenían por bordón hacerse primas de todos, si bien toda esta música era de falsas. Otras hacían lo que ellas llaman *trabajos* (yo colación) para sus galanes; y me pareció que era bien pensado dar colación á galanes ayunos. Unas deseaban que el que era visitador no las visitase, y otras que las visitase el que no era visitador. Las menos locas se enamoraban del médico de casa. Éstas andaban tras la andadera, y la hacían andar (como dicen) más que de paso. Aquellas buscaban siempre locutorios prestados, que pagaban los pobres devotos, y algunas había tan rematadas, que les pedían á los suyos doseles y cera: cosa con que se suele quitar el amor mejor que con una ingratitud. Al fin tantas enfermas había en este cuarto, que casi me dió compasión; y aun el enfermero desesperaba de su salud, porque como todas éstas eran amantes de anillo, que sólo se mantenían de la esperanza (cosa que con el efeto muere al punto, el cual nunca las llegaba), era su mal incurable y insufrible.

Desde este cuarto pasé al de las solteras, y vi que todas andaban más sueltas que las demás. Eran pocas las furiosas, y esas fáciles de sanar, y me dijeron había cada día en este cuarto locas nuevas, y muchas convalecientes; y que en la *casa de los locos del interés* había muchas más destas que en la *de los de amor*. Algunas vi allí que se hallaran muy mejor con el cuarto, si fuera real, otras que desnudaban al hombre más honrado (bandoleras de poblado) por vestir al más pícaro, como el tal hubiese ganado nombre de bravo y caudal para colete de ante y daga mayor de marca; y aunque es obra de misericordia vestir al desnudo es obra de crueldad desnudar al vestido. Había locas de extremado humor, perdidas por un poeta, y si este era cómico, rematadas, porque por lo menos las sacaba cada día al tablado en estatua, y las hacía los cabellos de oro, los dientes de perlas, y todo el cuerpo de piedras preciosas; y que tenían por gustos verse en un romance en hábitos de pastoras, y acompañar así á los muchachos que iban al mercado. Las perdidas por los que el mundo neciamente llama señores, me cansaron grandemente, por ver no escarmentaban en tantas como infamaban cada día por preciarse mucho de publicar sus

empleos, y cuán arrastradas andaban de ordinario, ya en poder de la justicia, ya desterradas, ya emparedadas en las galeras, ya perseguidas de las propias mujeres; y que cuando más bien medraban, paraban en un convento contra toda su voluntad. Unas daban en comer barro por adelgazar, y adelgazaban tanto que se quebraban. Andaban estas más amarillas que las otras; pero ninguna como un oro. Muchas se quitaban años, y se daban buenos días y aun, mejores noches si sólo pueden ser las tales. Una vi que iba á un astrólogo á que la levantase una figura, y él la levantaba más de dos testimonios, otra se levantaba á ella la figura, pero con crecer los chapines. Cuál por parecer bien daba en afeitarse: esta era notable locura, pues desengañaba con lo que pensaba engañar. Cuál se enrubiaba algunos días, y tal vez tanto que se la podía decir muy bien el epigrama de nuestro Baltasar de Alcázar:

Tus cabellos, estimados  
Por oro contra razón,  
Bien se sabe, Ines, que son  
De plata sobredorados.

¡ Qué dellas se ponían caballeras ó moños, como ellas las llaman! ¡ Cuántas dientes, sebillos y mudas, aunque no tan mudas, que no decían á todos lo que eran! Y en efeto, algunas habia tan vestidas de plumas ajenas (que se precian de pelar), que si las despojaran dellas, quedaran tan ridiculas como la corneja de Horacio. Muchas tenian una madre vieja, aunque nunca lo hubieran sido, que mandaba hasta en la voluntad de la hija. La madre llamaba, y la hija escogia, y muy pocas destas guardaban la ley de amor, que ó las corrompía el interés ó el vicio. Dijolo galanamente un lucido poeta desta edad, y no poco conocido de todos:

Ella dice que es virgen, y no miente,  
Que el deleite de amor aun no ha probado,  
Y si remeda el gusto, no le siente;  
Que el interés, de una alma apoderado,  
Adormece del cuerpo las acciones  
Y tiene al apetito encarcelado.

Por esta causa, pues, eran de todas las otras tenidas

por herejes, y que se hacían locas por librarse. Sali de aquí, y hallé á los hombres muy cerca de las mujeres (pared en medio como dicen); y ésta era su mayor locura, no querer apartarse dellas, aunque con particular cuidado lo procuraba el administrador, por parecerle ser este el primer remedio que se les había de aplicar; mas ellos despreciaban médico y medecina, y querían más su enfermedad que su salud, que como siente cierto acuchillado (Propercio, lib. 1):

Solus amor morbi non amat artificem.

Y así obstinados en este error, acababan en semejante mal, y pensaban que hacían bien; y otros que (aunque es peor) vían lo que hacían, y lo hacían. Así lo confiesa de sí un lisiado desta dolencia, Petrarca, en una canción:

Quel, ch'i fo veggio, e non m' inganna il vero  
Mal conosciuto, anzi mi sforza Amore.

Y pegósele de otro que dijo de sí lo mesmo, Ovidio, 7, *Métamorph*:

Quid faciam video: nec me ignorantia veri  
Decipiet, sed amor

No estaban los locos en cuartos diferentes, porque las acciones de cada uno decían, á quien atentamente los mirase, su inclinación, su tema y su locura. ¡Cuántos vi muy galanes y sin camisa! ¡Cuántos con caballos para pasear y sin un cuarto para comer! ¡Cuántos que no tenían pan y los tentaba la carne! Uno iba á un discreto á que le notase los papeles, y otro le notaba que era un gran majadero. Otro queria enamorar por lindo, muy preciado de tufos y guedejas, manos blancas y pies chicos, siendo un Lucifer en la cara y con esfuerzo en el talle, sin saber que siempre quieren ellas ser las lindas de casa. Otro por lo valiente (gran personaje del trago y la tabaquera), no considerando que las más son medrosas. Unos vi que salian de noche á no más que á salir de noche: y otros que

se enamoraban porque vian á otros enamorados. Éste iba á todas las fiestas á enamorarse, haciéndolas días de trabajo, y aquel andaba de casa en casa, como pieza de ajedrez, sin poder nunca coger la dama. Unos decían más que sentían, y otros sentían y no decían palabra. Á éstos locos mudos tuve gran lástima, y les aconsejara yo que se enamoraran de unos adivinos, mas como los locos nunca oyen, no les dije nada. Los desvanecidos se enamoraban de personas tan altas, que nunca las alcanzaban. Destos hay muchos en palacio, galanes obligados á enamorar las mejores damas, sin más caudal que sus cuerpos gentiles, y cual ó cual faltilla personal que se les ve á tiro de arcabuz. Los desconfiados (gente de juicio y seso, y por la mayor parte necesitados) se pagaban de mujeres tan bajas, que los dejaban alcanzados. Vi á los liberales que hacían todos los días larguezas, que no las daban ni aun gusto; y á los lacerados, que hacían todos los días de guardar, sin dejar holgar ninguno.

Los casados andaban todos con esposas; pero pocos por eso menos furiosos. Unos destos, huyendo de sus mujeres daban en las ajenas, y otros se hacían bravos porque los sufriesen; si bien algunas veces se hallaban engañados, y en lugar de leones fieros quedaban hechos mansos corderos; otros tenían por amigas las amigas de sus mujeres, y algunos por comadres á las madres de sus hijos.

Los viudos, escarmentados de la tempestad pasada, buscaban puerto á la puerta de quien los quería acoger, y muchos se casaban por el tiempo de su voluntad.

Los solteros acudían á todas partes. Aquí se enamoraban, allí pedían celos, aquí se los daban, allí se los quitaban. Mil pelones vi con pluma y mil desdichados con venturones. Unos concertaban mil desconciertos, y otros iban á la casa de la gula y á la de la lujuria. Entre tantos, lo que me admiró fué que ninguno negaba que estaba loco, y no por eso lo dejaba de estar.

Los más músicos gastaban sus cuerdas con muchas locas. Los más poetas hacían sus coplas á quien les hacía la copla. Los más gentilhombres hacían sus diosas á quien eran odiosos, y los más discretos decían sus dichos á quien publicaba sus desdichas.

Andaban los aficionados por doncellas rondando calles de día, contemplando ventanas de noche; unos hablando criadas porque los admitiesen por criados; otros cohechando dueñas porque los hiciesen dueños; llenas las faltriqueras de papeles, y los sombreros con más cordones de cabellos, cintas y anillos de azabache que tiene un buhonero. Loco había destos que no había hablado á su señora palabra, ni la podía ver sino tal y tal fiesta del año, conviene á saber, noche de Navidad, de Jueves Santo, de San Juan y la Porciúncula. Á unos los entretenía una criada seis años con papeles de su letra, sin que ellos entendiesen la letra, valiendo con ellos como si fuera de cambio.

Los locos de casadas se preciaban de recatados, mas no por eso hacían menos locuras. Los más eran amigos de los maridos, y los menos se guardaban mucho dellos, ó porque ellos no vían, ó no querían ver: y así, raros eran los que morían deste mal. Éstos, ó daban meriendas en huertas, ó prestaban coches ó aposentos de comedia, que para el señor marido no faltaba una amiga que las llevase; y siempre ellos eran unos buenos hombres y lo creían todo.

De locos de viudas había dos géneros: ó que eran queridos, ó que no lo eran. Éstos libremente pretendían cautivarse, y aquellos tenían amor sin temor, si no era cuando mucho, de cualquier pariente ó hermano. Pasaban su carrera á rienda suelta, y eran locos desenfrenados.

Los de monjas tenían mucho de necios ó algún poco de virtuosos, pero á unos y á otros los llamaban los demás, zánganos de amor. Unos estaban muy de veras enamorados, y otros iban siempre á misa á la iglesia de tal monasterio, que es lo que hay que desear en género de locura. Todos pasaban grandes desdichas, ya agradando á las viejas de casa, y á las freilas sargentas ó donadas que las servían, ya sufriendo una cruel tornera, y en el torno la espuerta de las lechugas, las alcuzas del aceite y la cesta de los jarabes y purgas. Á uno vi señalados los hierros del locutorio, y otro aquitan perdido, que se pudiera decir dél lo de Abenhamar:



Á los hierros de una reja  
La turbada mano asida.

Todos los locos de solteras eran muy apasionados desta enfermedad, aunque algunos de otras que suelen doler más, y aun hacer astrólogos á sus dueños. Los más destos eran mocitos, hijos de vecino, cascabelillos, y luego se metían á pendencieros. Otros conquistaban con amor y dinero, y éstos raras veces dejaban de vencer, porque peleaban con armas dobles, y para estas señoras las armas más fuertes y poderosas son las de Felipe, rey de España. Los extranjeros gastaban sus haciendas, por no temer quedarse en cueros; los naturales se reían dellos, y ellas de unos y otros.

Con este último género de locos rematé las diferencias que pude ver por entonces y cuando más descuidado caminaba para otro cuarto, me hallé sin pensar en el primer patio, donde vi nuevas maravillas. Vi que por horas se aumentaba el número de los locos. Vi al Tiempo ponerse en medio de algunos amantes, y que ellos se iban mejorando. Vi á los Zelos castigar á los más confiados. Vi á la Memoria renovando llagas viejas, al Entendimiento encerrado en un aposento oscuro, y á la Razón con una venda en los ojos. Divertíme algún tanto en ésto; mas cansada la vista de tanta atención, volví á un lado, y vi un postigo muy pequeño, que apenas se podía salir por él, y que la Ingratitud y Sinrazón daban por allí libertad á algunos. Yo, por gozar de la ocasión, apresuré el paso, pretendiendo ser de los primeros, á tiempo que mi criado estaba á grandes voces llamándome, porque era ya muy entrado el día. Con ésto volví á mí y me hallé en mi cama, pero con algún pesar de haberme quedado en la casa de los locos, si bien con gran conocimiento de que amor y sus vasallos es todo locura; y confieso á vuesa merced que por lo que ahora veo más despierto, doy crédito á lo que entonces vi. Toda esta locura conocieron maravillosamente los antiguos, y muy bien Plauto cuando dijo *in prolog.*  
*Merc. :*

Sed amori accedunt etiam haec, quae dixi minús,  
Insomnia, aerumna, error, terror, el fuga,

Ineptia, stultitiaque adeo, et temeritas,  
Incogitantia, excors immodestia,  
Petulantia, cupiditas et malevolentia ;

y Séneca :

Amor formae rationis oblivio est, et insaniae proximus ;

y muchos más, que vuesa merced habrá leído y sabrá mejor; con que se puede confirmar por cierta la imaginación de mi fantasía.

De vuesa merced servidor y amigo. — *El doctor Cebrían de Amocete.*

## TIRSO DE MOLINA

Pocas son las noticias que nos han quedado de este célebre dramaturgo; el más fecundo de nuestro siglo de oro, después de Lope y Calderón: de este hombre, que habiendo pasado la mayor parte de su vida en el claustro, conocía tan perfectamente la sociedad.

Lamentable olvido es éste en que tuvieron al maestro Tirso sus contemporáneos y sucesores, pues además de que han desaparecido la mayor parte de sus comedias, ni siquiera ha llegado á nosotros, retrato alguno de tan ilustre escritor.

El inteligente y erudito D. Ramón de Mesonero Romanos, á quien seguimos en estos apuntes se lamentaba de esto mismo hace algunos años; y entre las investigaciones infinitas que él hizo, y las que otros no más afortunados han hecho después, sola se han podido reunir los siguientes datos.

El R. P. maestro Fray Gabriel Téllez, que escribió todas sus obras con el pseudónimo de *Tirso de Molina*, nació en Madrid el año 1585.

Hizo sus estudios en la ya célebre universidad de Alcalá de Henares, donde aprovechando maravillosamente su tiempo, llegó á adquirir grandes conocimientos en muchas ciencias; siendo notable filósofo y teólogo, historiador erudito y poeta verdaderamente excepcional.

En el año 1620, tomó el hábito de los frailes mercenarios calzados, cuyo convento estaba situado en el sitio que hoy ocupa la plaza del Progreso; alcanzando tal fama en dicha congregación que ocupó el cargo de maestro de Teología; definidor de Castilla la Vieja, y últimamente Comendador del convento de Soria, donde murió en el mes de Febrero de 1648.

Además de predicador notabilísimo, dice Fr. Manuel Mariano Ribera, que fué *escritor insigne, muy fidedigno en su historia, de vasta literatura, y de una continua é infatigable aplicación á las letras, á la indagación de la verdad, y al trabajo de buscarla.*

Como cronista general, que fué, de la orden, escribió una *Historia general de Nuestra Señora de la Merced*, siendo además numerosos los trabajos, en prosa y verso que salieron de su docta y fecunda pluma.

Son los más notables un tomo titulado *Los Cigarrales*, obra cuyo título es debido á estar escrita en aquel hermoso sitio de recreo de la ciudad de Toledo; y contiene además, de las tres comedias, *El vergonzoso en Palacio*, *Cómo han de ser los amigos* y *El celoso prudente*, una colección de novelas, cuentos, y poesías líricas de todas clases en las cuales se demuestra que si era el verso el terreno favorito de Tirso, y donde podía mejor desplegar las alas de su genio, no le era extraño tampoco el arte difícilísima del prosista.

Esta obra fué objeto de unánimes aplausos al autor, y el mismo Lope de Vega hizo de él la siguiente alabanza :

Con menos difícil paso  
Y remotos horizontes,  
Hoy tiene el Tajo en sus montes  
Las Deidades del Parnaso;  
La lira de Garcilaso  
Junto á su cristal luciente  
Halló, de un laurel pendiente  
Tirso, y esta letra escrita :  
« Fenix en ti resucita;  
Canta y corona tu frente. »

Á este tomo, siguió otro, titulado *Deleitar aprovechando*, que como el primero es una miscelánea que contiene tres novelas, tres autos sacramentales, discursos, canciones, fábulas y otras poesías.

Pero donde Tirso mostró su verdadero genio, y su fecundidad verdaderamente excepcional, fué en el arte de escribir comedias.

Trescientas produjo, según confesión propia, y de ellas, sólo han llegado á nosotros ochenta y tres, entre las cuales son las más notables las siguientes :

Palabras y plumas — La Villana de Vallecas — Marí-Hernandez la Gallega — Amar por razón de estado — Por el sótano y el torno — La prudencia en la mujer — La Villana de la Sagra — Marta la piadosa — El burlador de Sevilla — Desde Toledo á Madrid, etc. Cada una de las cuales, es suficiente á dar á Tirso uno de los más eminentes puestos entre nuestros dramaturgos del siglo de oro.

Hablando de él, dice el Sr. Mesonero Romanos, anteriormente citado :

« Si hubiera aparecido aisladamente, y sin tener que sufrir la peligrosa concurrencia del asombro de su siglo, del gran Lope de Vega, él solo sin duda hubiera bastado para imprimir á nuestro teatro el carácter magnífico que le distingue de los demás de Europa.

« Una imaginación traviesa y lozana, una filosofía profunda á par que halagüeña; estudio feliz del corazón humano, rica vena poética, gracejo peculiar en el decir, y admirable conocimiento de la lengua patria; tales son entre otras cualidades las que distinguen notablemente á Tirso de la inmensa multitud de autores, que, con algunas de ellas, conseguían por su tiempo alcanzar una parte del aplauso popular.

Todas sus fábulas las embellese con la magnífica pintura de las costumbres de los palacios, las academias, los juegos y los torneos; á par que las sencillas danzas y romerías de la aldea; cuadros todos ellos admirables en verdad, constituyendo el principal halago de su mágico pincel.

« Preciso es confesar, sin embargo, que en medio de tantas prendas relevantes, los dramas de Tirso se distinguen por un grave defecto capital, cual es, el de la liviandad en la acción y en la expresión; y en este punto, no puede negarse que sus cuadros son sin disputa los más atrevidos que ha consentido nuestra escena; la rígida moral no puede menos de resentirse al contemplar aquellas damas, modelos de impudencia y de desenvoltura; aquellos graciosos, personificación de la malicia y del libertinaje; siempre lamentando las primeras su *perdido honor*, siempre ideando y protegiendo los segundos las intrigas más torpes y livianas. »

Pero todos estos defectos pueden perdonársele en gracia de las muchas bellezas de que están sembradas sus obras; bellezas que nuestros lectores pueden admirar en este volumen, en algunas de las cuales, supo hacerse superior al torrente de su siglo y atreverse á la pintura de caracteres cómicos, dejando en trever un objeto moral, como fin de sus composiciones. Tales son entre otras, *Marta la piadosa*, y *Por el sótano y el torno*.

Finalmente, el haberse atrevido á luchar hasta en fecundidad con Calderón, pues según el mismo Tirso asegura, escribió *trescientas comedias* en catorce años, le hacen digno de que la posteridad le haya reservado un lugar distinguido entre los inmortales.

La obra en prosa que en este tomo incluimos, y que pertenece á las publicadas por Tirso en su volumen, *Los cigarrales*, dará á nuestros lectores una idea aproximada, de la flexibili-

dad del genio del autor, de su conocimiento del lenguaje, de la sencillez en la narración y de lo ingenioso de sus recursos, dotes extraordinarias que aún con más alto vuelo se manifiestan como puede verse en sus obras dramáticas, verdaderas joyas de la literatura castellana.

## LOS TRES MARIDOS BURLADOS

En Madrid vivían pocos tiempos ha, tres mujeres hermosas, discretas y casadas; la primera con el cajero de un caudaloso ginovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenía lugar de asistir en su casa solamente los mediodías á comer y las noches á dormir; la segunda tenía por marido á un pintor de nombre, que en fe del crédito de sus pinceles, trabajaba más había de un mes en el retablo de un monasterio de los más insignes de aquella corte, sin permitirle sus tareas más tiempo que al primero, pues las fiestas que daban treguas á sus estudios eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa de este ejercicio comunica á sus profesores; y la tercera padecía los celos y años de su marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupación que la de martirizar á la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios les rentaban lo suficiente para pasar, y con la labor de la afligida mujer con mediana comodidad la vida.

Eran todas tres muy amigas, por haber antes vivido en una misma casa, aunque ahora habitaban barrios no poco distantes; y por el consiguiente, los maridos profesaban la amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban á visitar á la mujer del celoso; porque á la pobre, si su marido no la llevaba consigo era imposible poderles pagar las visitas y ellos los días de fiesta, ó en la comedia, ó en la esgrima ó en el juego de argolla, andaban de ordinario juntos.

Un día, pues, que estaban las tres amigas en casa del celoso, contándoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencias que le costaba el día que salía á misa, que con ser al amanecer y en su compañía, aun de la puntas del manto, porque le llegaba á la cara, tenía celos: y ellas, compadeciéndose de sus persecuciones, la consolaban; habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el día de San Blas, que se acercaba, salir al sol y á ver al Rey, que se decía iba á Nuestra Señora de Atocha aquella tarde; y por ser en día de jueves de compadres, llevar con qué celebrar en una huerta allí cercana la solemnidad de la fiesta; que, aunque no está en el Calendario, se solemniza mejor que las de Pascua, habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del celoso necio se hallase en ella.

Cumplióse el plazo y la merienda; después de la cual, asentadas ellas al sol, que le hacía apacible, oyendo muchas quejas de la mal maridada, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma huerta, sucedió que, reparando en una cosa que relucía en un montoncillo de basura á un rincón della, dijese la mujer del celoso: «¡Válgame Dios! ¿Qué será aquello que brilla tanto?» Miráronla las dos, y dijo la del cajero: «Ya podría ser joya que se le hubiese perdido aquí á alguna de las muchas damas que se entretienen en aquesta huerta semejantes días.» Acudió solícita á examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso, y tan fino, que á los reflejos del sol parece que se transformaban en él.

Acodiciáronse las tres amigas al interés que prometía tan rico hallazgo y alegando cada cual en su derecho, afirmaban que le pertenecía de justicia el anillo. La primera decía que, habiéndolo sido en verle, tenía más acción que las demás á poseerle; la segunda afirmaba que, adivinando ella lo que fué, no había razón de usurpársele; y la tercera replicaba á todas que, siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecía ser solamente señora de lo que le costó más trabajo que á las demás.

Pasaron tan adelante esta porfia, que viniendo á noticia de sus maridos, pudiera ser ocasionara en ellos alguna



pendencia sobre la acción que pretendía cada una dellas, si la del pintor, que era más cuerda, no las dijera : « Señoras, la piedra, por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse : el venderla es lo más seguro, y dividir el precio entre todas antes que venga á noticia de nuestros dueños y nos priven de su interés ó sobre su posesión riñan, y sea esta sortija la manzana de la discordia. Pero ¿ quién de nosotras será su fiel depositaria, sin que las demás se agravien, ó haya segura confianza de quien se tiene por legítima poseedora desta pieza? Allí está paseándose con otros caballeros el Conde mi vecino ; comprometamos en él, llamándole aparte, nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciaré. — Soy contenta, dijo la cajera ; que ya le conozco, y fio de su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito. — Y yo y todo, respondió la mal casada ; pero ¿ cómo me atreveré á informarle de mi injusticia, estando á vista de mi escrupuloso viejo, siendo el Conde mozo y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos? »

En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando, diciendo que pasaba el Rey por la puerta, salieron corriendo los maridos entre la demás gente á verle ; y aprovechándose ellas de la ocasión, llamaron al Conde y le propusieron el caso, pidiéndole la resolución dél antes que sus maridos volviessen y el más celoso llevase qué reñir á casa ; y pusieronle la sortija en la mano, para que él la diese á quien juzgase merecerla.

Era el Conde de sutil entendimiento, y con la cortedad del término que le daban, respondió : « Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva á quitársela á las demás ; pero pues habéis comprometido en mí, digo que sentencio y fallo que cada cual de vosotras dentro del término de mes y medio haga una burla á su marido (como no toque en su honra) ; y á la que en ella se mostrare más ingeniosa se le ofrecerá el diamante, y más cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario dél. Y porque vuelven vuestros dueños, manos á la labor, y adiós.

Fuése el Conde, cuya satisfacción abonó la seguridad de la joya y su codicia les persuadió á cumplir lo sentenciado.

Vinieron sus maridos; y porque ya la cortedad del día daba muestras de recogerse, lo hicieron todos á sus casas, revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecos para estudiar por ellos uno que la sacase victoriosa en la agudeza y posesión del ocasionador diamante.

El deseo del interés, tan poderoso en las mujeres, que la primera por el de una manzana dió en tierra con lo más precioso de nuestra naturaleza, pudo tanto en la del codicioso cajero, que habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo á su marido la que sigue :

Vivía en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figura los sucesos de las casas ajenas, cuando quizá en la propia mientras él consultaba efemérides, su mujer formaba otras, que, criándose á su costa, le llamaban padre. Éste, pues, tenía conocimiento en la de su vecino contador, y deseos no tan lícitos cuanto disimulados de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio. Había la astuta cajera caládole los pensamientos; y aunque por ser ella tan estimadora de su honra cuanto el amante entrado en días, se los rechazaba, quiso en la necesidad presente valerse de la ocasión y aprovecharse de sus estudios; para lo cual, mostrándosele menos intratable que otras veces, le dijo que para cierto fin ridículo con que quería regocijar aquellas Carnestolendas, le importaba hiciese creer á su marido que dentro de veinte y cuatro horas pasaría desta vida á dar cuenta á Dios de la que hasta entonces había él tan mal empleado.

Prometióselo, contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretensión; y mientras ella, llamando al pintor amigo, y celoso necio, concertó con ellos lo que habían de hacer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en días tan ocasionados para ellas, haciéndose el astrólogo enconradizo con el ignorante cajero, que, cansado de pagar letras, se venía á acostar, le dijo: « Mal color traéis, vecino: ¿ sentís alguna mala disposición en vos? — Gracias al cielo, le respondió, si no es el enfado de haber contado hoy más de seis mil reales en vellón, no me he sentido más bueno

en mi vida. — La color, á lo menos, replicó el astrólogo, no conforma con vuestra satisfacción: dadme acá ese pulso. » Diósele turbado el ignorante cajero; y arqueando las cejas con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador le dijo: « Vecino mio, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestiales sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasiones son los amigos; no lo fuera vuestro, si no os avisara de lo que os conviene y menos cuidados os da: disponed de vuestra hacienda y casa, ó lo que importa más, de vuestra alma; porque yo os digo por cosa infalible que mañana á estas horas habréis experimentado en la otra vida cuánto mejor os hubiera estado el haber tenido más estrechas cuentas con vuestra conciencia que con los libros de caja de vuestro dueño. » Entre turbado y burlón le respondió el moscatel: « Si ese juicio que hacéis sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicisteis, todo al revés de como sucedieron sus tempeamentos, más larga vida me prometo de lo que yo imaginaba. » « Ahora bien, replicó el astrólogo, yo he cumplido en ésto con las leyes de cristiano y amigo: haced vos lo que mejor os estuviere, que yo sé que no llevaréis queja de mí al otro mundo de que no os lo avisé pudiendo; » y dejándole con la palabra en la boca, echó á grande prisa por la calle arriba.

Turbado y confuso guió á su casa el amenazado cajero, tentándose por el camino los pulsos y más partes de donde podía temer algún asalto repentino y mortal; pero hallándolo todo en su debida disposición, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose dél y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada á su esposa, por no darle pena, pidió de cenar, que le trujo ella muy diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se había dado principio á aquel estratagemata.

Comió poco y mal; y diciendo le hiciesen la cama, se comenzó á desnudar, suspirando de cuando en cuando. Preguntóle lo que tenía, fingiendo sentimientos amorosos, la codiciosa burladora, á que satisfizo fingiendo disgustos

con el ginovés, que le habían desazonado. Consolóle ella lo mejor que supo; acostáronse, y fué aún menos el sueño que la cena, notando ella, aunque fingía dormir, cuán buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Madrugó más de lo ordinario, algo descolorido; y acudiendo á su ejercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel día, que no pudo ir á comer á su casa, dándosele en la del ginovés su amo.

Al anochecer, cuando se tornaba á su posada, estaban á la esquina de una calle por donde forzosamente había de pasar, el teniente de su parroquia y otro clérigo, con dos ó tres hombres prevenidos por el pintor á instancia de la cajera, diciendo cuando llegaba cerca dellos, fingiendo no verle y de modo que pudiese oírlos: « Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno » (que así se llamaba el escuchante). « Lastimosa, respondió el otro clérigo, pues sin sacramentos ni otra prevención cristiana le hallaron muerto en su cama esta mañana, estando su mujer, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañía. » « Lo peor es, dijo otro del corrillo, que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer, y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia. » « Dios tenga misericordia de su alma, replicó el cuarto, que es de quien podemos tener compasión; que la viuda con dote queda de lo que quizá él ganó mal, con que asegurar el matrimonio. » « Y vámonos á acostar, que hace mucho frío. »

Iba el pobre Lucas Moreno á satisfacerse dellos y saber si había otro de su nombre que se hubiese muerto aquel día; pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se fueron todos, dejándole con la turbación que bien claramente se puede imaginar.

Caminó confuso adelante, y en una calle antes de la suya halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir dijo (como que proseguían la plática de su muerte): « No quiso creerme á mí cuando ayer le dije que se había de morir dentro de veinte y cuatro horas: hacen burla los ignorantes mentecatos de la evidencia de

la astrología: tómese lo que le vino; que yo sé que esta es la hora en que está bien arrepentido de no haberme dado crédito. » Respondió el pintor: « Era notablemente cabezudo el malogrado de Lucas Moreno, y no poco glotón: debió de comer alguna fiambre ginovesa y daríale alguna apoplejía; Dios le tenga en su gloria y consuele á su afligida mujer; que cierto que hemos perdido un buen amigo. »

No pudo sufrirlo el confuso cajero; y llegándose á ellos, les dijo: « Señores, ¿ qué es ésto? ¿ Quién me hace las honras en vida, ó tomando mi forma, se ha muerto por mí? Que yo bueno me siento, gracias á Dios. » Echaron á huirentonces todos, fingiendo espantos asombros y diciendo á voces: « ¡ Jesús sea conmigo! ¡ Jesús mil veces! El alma de Lucas Moreno anda en pena; alguna restitución pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haber mal ganado. Conjúrote de parte de Dios, ánima cristiana, que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres », dejándole con ésto á pique de sacarlos verdaderos, según el sobresalto que le causó tan apoyada mentira.

Prosiguió medio desmayado y sin pulsos hasta cerca de su casa, y junto á ella vió al amigo celoso, que fingía salir della y le estaba esperando para acabar de desatinarle. Hizosele enconradizo, y al emparejar con él, volvió dos pasos atrás, y haciéndose mil cruces, dijo: « Ánimas benditas del purgatorio, ¿ es ilusión la que veo ó es Lucas Moreno difunto? » « Lucas Moreno soy; pero no esotro, amigo Santillana, dijo el asombrado mentecato: ¿ de qué os santiguáis? ¿ ó cuándo me he muerto yo para hacer tantos aspavientos? » Asíóle entonces de la capa porque no huyese, y él, dejándosela en las manos, se fué dando gritos, santiguándose y diciendo: « Abrenuncio, espíritu maligno; no debo á Lucas Moreno sino seis reales que me ganó á los bolos el otro día; pero *quod non ponitur non solvitur*: si vienes por ellos, vende esa capa, que no quiero trabacuantas con gente del otro mundo. »

Fuése huyendo con ésto, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra. « Alto, no hay más, yo debo de haberme muerto (decía entre sí muchas veces); Dios debe enviarme á esta vida en espíritu para que disponga de mi hacienda y haga testa-

mento; pero; válgame Dios! si me mori de repente, ¿ cómo no vi á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal alguna del otro mundo? Y si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿ cómo estoy vestido, veo y toco, y uso de los sentidos corporales? ¿ Si he resucitado? Pero si fuera así, ¿ no hubiera visto ú oído algún ángel que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿ qué sé yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de mi primera carne, y no sea costumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de menos valer tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos, y según ésto, debe de ser verdad; pero si dicen que el más amargo trago es el de la muerte, ¿ cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las muertes repentinas deben de entrarse sin duda por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio; pero ¿ si será por ventura alguna burla de mis amigos? Que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta ahora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos ni se asombra de verme sino ellos. ¡ Válgate Dios por muerte, que veniste á poca costa! »

Haciendo estos discursos desvariados llegó á su casa, y hallándola cerrada, llamó con golpes recios: la noche entraba muy fría y oscura, y ya la cavilosa mujer estaba prevenida de lo que había de hacer y avisada de todo cuanto hasta allí había pasado. Tenía sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un recado fingido á dos mancebos que vivían en ella, que servían de hacerle las cobranzas de caja. La moza era tan gran bellaca como su señora; y en oyendo llamar, respondió con una muy quebrantada y lastimosa voz: — ¿ Quién está ahí? — Ábreme, Casilda (respondió el difunto vivo), ábreme, que soy yo. — ¿ Quién llama, replicó, á esta hora en esta triste casa, donde solo vive el sentimiento, la tristeza y la viudez? — Acaba ya, necia, volvió á decir, que soy tu señor; ¿ no me conoces? Ábreme aprisa, que llovizna y hace más frío del que permite este lugar. — ¿ Mi señor? (replicó ella). ¡ Pluguiera á Dios que

lo fuera ! Ya le pudre la tierra ; ya está en parte donde, por lo que sabía de cuentas, le habrán hecho cajero mayor del infierno ; que allí todas se pagan á letra vista, si Dios no ha tenido misericordia de su ánima. »

No pudo entonces, impaciente, sufrir tantas verificaciones de su muerte ; y así, dando un puntapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba, le abrió, huyendo la criada y dando las voces de los demás que por la calle había encontrado. Á los gritos de la criada salió la mujer en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada ; y en viéndole se cayó desmayada, diciendo : ¡ Jesús, qué veo ! Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer había visto, la llevó en brazos á la cama, desnudándola y echándola en ella ; que aunque lo sentía todo, se daba por medio difunta. La moza se cerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenía. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comían ó no los del otro mundo, abrió un escritorio, y dió trás una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova, que ayudó á pasar con los empellones de una bota, cuya alma le había infundido la Membrilla, pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella.

Dióse tan buena maña nuestro Lucas Moreno en fortalecer su corazón desfallecido, con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndosele el licor de Noé, si no á las barbas, á la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose á zancadillas, y acostándose al lado de la que todavía disimulaba su desmayo y se tragaba la risa, con no poca resistencia de ella, que reventaba por salir. En fin, él se acostó entre desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vincosos ; que no hay tal jarabe de adormideras como el que se saca de un lagar. Él durmió hasta la mañana, soñando infiernos, purgatorios y glorias, y entre tanto vinieron los burlones amigos á informarse de la criada de lo que pasaba, y celebrando la buena elección

que el difunto había hecho de haberse amortajado por dentro de pies á cabeza con las telas que te je Baco.

Amaneció, y viendo la cautelosa cajera que todavía estaba durmiendo su marido, se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el monjil viudo y las hipócritas tocas: compuso la cara de fiesta, y volviendo á la cama, despertó al aparente finado, diciéndole: «¿Hasta cuándo habéis de dormir, marido mío? ¿Aun no se han digerido los humos con que anoche os acostasteis?» Estremecióle los brazos, tirándole de las narices, con que dando bostezos volvió en sí; y viendo á su mujer tan compuesta, ia casa de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo, dijo: «Polonia, ¿adónde estoy? ¿Haste tú también muerto como yo, y en fe del amor que me tenías en el siglo, y te he sacado dél, vienes á celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad ó como salí de la otra vida? Que, vive Dios (si en ésta se puede jurar), que no sé cómo me he muerto ni á qué partes me ha echado el cielo. ¿Hay camas y aposentos acá? ¿Véndese vino y bizcochos? ¿Qué arriero me trujo á mi escritorio, que yo anoche saqué dél provisión bastante á consolar la soledad que sin ti sentía por estos países no conocidos? — Buen humor, respondió la astuta fisgona, crian en vos, marido mío, las Carnestolendas. ¿Qué chilindrinas son esas? Acabad, levantaos; que ha enviado á llamaros el ginovés dos veces. — ¿Luego no estoy muerto ni me enterraron ayer? replicó él. — En vos á lo menos (respondió entonces ella) debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, según está de macilenta, pues decís esos disparates. — Si las almas se entierran, Polonia de mi vida (volvió á decir), es verdad que anoche las hice las honras; pero ya yo lo estaba en la parroquia, lastimado el teniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos. — Acabad ahora de ensartar chanzas, replicó ella; que os llama nuestro ginovés. — ¿Luego también los hay acá? preguntó él. No debo yo estar en carrera de salvación, pues puedo ir donde habitan cambios y se hospedan trampistas.

— Dejémonos de pullas, dijo Polonia, y levantaos de ahí; que parece que habláis de veras, y estáis echando



bernardinias. — Mujer, por nuestro Señor, respondió Lucas Moreno, que ha veinte y cuatro horas que estoy muerto y no sé cuántas enterrado: preguntádselo á Casilda, al teniente cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, á Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, y á vos misma, anoche y enlutada, y ahora, á lo que imagino, muerta viuda como yo; que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni aliento á la cama, y os debió de costar el espanto de verme la vida, y sin saber cómo, de la suerte que yo estáis en ésta y no lo acabáis de creer. — ¿Qué tropelias son éstas, marido mio? dijo la fingida turbada. ¿Anoche no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos ú otros mundos son éstos? Casilda, llámame al astrólogo nuestro vecino, que también es médico, y nos dirá lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno; que estas mujercillas con quien trata le deben de haber trastornado el seso. » No sabía qué se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto ó vivo, ni la mujer podía sacarle de que era espíritu que volvía á poner orden en su hacienda.

En ésto entraron los dos ayudantes de la burla; y ella refiriendo lo que pasaba, le afirmaron (no sin reirse) de que estaba no sólo en este mundo, pero en Madrid y en su casa; y que si duraba todavía en su tema, pararía en la del Nuncio.

Vino luego el astrólogo, llamado de la criada, y le afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenían barrenado el cerebro; con lo cual él, ya consolado de que vivía, y airado de que lo tuviesen por loco, les dijo: Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huísteis de mí, haciéndoos más cruces que tiene una procesión de penitentes? — ¿Vos me visteis á mi? dijo el astrólogo. — Sí, ayer estuve con vos, dijo Lucas. — Cómo puede eso ser, replicó, si estuve todo el día metido en casa y encerrado en mi estudio, levantando figura sobre el descubrimiento de unos ladrones que han hurtado una joya de diamantes? — Yo á lo menos, dijo el pintor, no he salido del monasterio donde trabajo hasta las once de la noche. — Pues yo, acudió el viejo, tampoco vi ayer la calle, por que estuve despachando un propio á la montaña, mi tierra.

— Peor está que estaba (dijo el casi loco de veras) : vos, señor vecino, ¿ no me dijisteis antes de ayer por la noche que, según la mala color, los índices del pulso y pronóstico de vuestras figuras, había de morirme dentro de veinte y cuatro horas ? — ¿ Yo ? replicó él ; pues ha más de cuatro días que no nos vemos y ahora salís con eso ? Volved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debéis de haber soñado esta noche. Como ello sea sueño, y no pura verdad, replicó, yo haré la costa del martes de Carnestolendas en albricias de la vida que no sé si tengo. — Aceptamos la fiesta, respondieron todos ; y para que os acabéis de desengañar, vestíos y vamos á oír misa á la parroquia ; veréis lo que puede en vos la imaginación vehemente. » Hizolo así el incrédulo finado, y le sucedió lo mismo con los clérigos que vió el día pasado tratar de su entierro que con los demás amigos.

Riéronse y diéronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron, después de haber cumplido con el convite, á que se ausentase de Madrid á negocios del ginovés por quince días, dando en ellos lugar al olvido, que en la corte sepulta brevemente todos los sucesos, por peregrinos que sean, dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla no dijese el misterio della á su marido, sino que le persuadiesen á que fué sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa della.

Entre tanto que nuestro cajero experimentaba ausente que estaba vivo, y se moría la fama de su entierro en sueños, no se descuidó la mujer del pintor de ejecutar la burla que tenía imaginada, envidiosa de la buena salida que había tenido la de su competidora ; para lo cual concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse á costa ajena, le envió el jueves siguiente á la plazuela de la Cebada á que comprase una puerta de las muchas que tales días traen á vender allí, que fuese á medida de la que en su casa salía á la calle y por vieja pedía la jubilasen. Trújola con todo secreto de noche, y escondida donde el pintor no pudiese verla, avisó al burlón hermano de lo que había de hacer, y le encerró con otros dos amigos en el sótano. Vino dos horas después su marido, quedán-

dose en el monasterio donde pintaba los aprendices que tenía, moliendo colores, porque se había de acabar el retablo para la Pascua, y era necesario darse prisa. Recibióle Mari-Pérez (que así se llamaba la codiciosa pintora) con todo cariño y amor. Acostáronse temprano, porque le importaba madrugar, y durmieron hasta la media noche, digo, el descuidado marido, que ella mal pudiera dormir, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas; y llegada aquella hora, comenzó la engañosa casada á dar grandes voces y quejarse á gritos, y revolcándose en la cama, decía: « ¡ Jesús, que me muero! Mi hora es llegada, marido mío: ¡ ay! ¡ ay! Tráiganme confesión presto, presto, que me muero; » y otros extremos semejantes, que saben muy bien hacer las mujeres en antojándoseles. Despertó el marido, y compasivo la preguntaba qué tenía, respondiendo: « ¡ Jesús! ¡ Madre de Dios! ¡ Ay! ¡ ay! ¡ Que perezco! ¡ Confesión, sacramentos, que me muero, esposo mío! »

Levantóse á las voces una sobrina que tenía en casa á suplir los ministerios de una criada, y era también partícipe en el engaño, la cual, llorando de verla así, aplicándola paños calientes al vientre, dándola tostadas en vino y canela, y haciendo otros remedios semejantes, sin que el dolor cesase, porque la enferma no quería, hubo de obligar al desvelado Morales (que éste era el nombre del pintor) á que se levantase harto contra su voluntad, coligiendo de la complexión que en su mujer conocía, y afirmandolo ella y la sobrina, que aquel accidente era de mal de madre, ocasionado de una ensalada que había cenado, cuyo vinagre recio y una rebanada de queso otras veces la habían puesto en el último peligro de la vida. Riñóla de que no escarmentase de tales excesos; y ella le dijo medio ahogada: « No es hora, Morales, ahora de reprender lo que no se puede remediar; vayan á llamar la comadre Castejona, que sabe mi complexión, y ella me aplicará con qué se me alivie este mal rabioso, ó si no, ábránme la sepultura. » « Mujer, respondió el afligido esposo, la Castejona se ha mudado á la puerta de Fuencarral, éste es el Lavapiés, la noche es de invierno, y si no mienten las goteras, ó llueve ó nieva, y aunque yo vaya con todas

estas descomodidades, ¿ cómo sabremos si querrá levantarse? La otra vez que os apretó ese achaque me acuerdo que se os quitó con dos onzas de triaca de esmeralda caliente en la cáscara de media naranja, y puesta en la boca del estómago; yo iré á la botica por ella: por amor de Dios sosegaos y no me consintáis hacer tan larga diligencia, pues será en balde, y yo tengo de volver con otro mal de madre peor que el vuestro.

Comenzóse á quejar entonces más recio y á decir: « Bendito sea Dios, que tan buen compañero me dió; ¡ miren qué imposibles le pido! ¡ Qué sangre de sus venas! ¡ Qué desperdicio de su hacienda, sino que me llame á una comadre á costa de mojarse un par de zapatos! Ya yo sé que deseáis vos renovar matrimonio, y que á cada grito que yo doy, dais vos una cabriola en el corazón; por eso excusáis las diligencias de mi alivio. Volved á acostaros, sosegad y dormid; que si me muriere, declarado dejaré que me echasteis solimán en la ensalada de anoche. » « Mujer, mujer, respondió él, menos libertades; porque aunque tengas mal de madre, podrá ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas á las espaldas. » « ¿ Palos á mi señora tía? dijo la sobrina taimada; malos años para vuesa merced y para quien no le sacara primero los ojos con estas uñas. »

Iba el pintor á sacudirle no sé cuantos pretinazos á la moza, que ella los huyó; mas la mujer con mayores gritos volvió á pedirle confesión, comadre y sacramentos. « ¡ Ay! decía, ¡ ay que me han dado rejalgar! ¡ Jesús! No, no es éste mal de madre, sino de marido! »

Temió alguna burla más pesada que la que sin saberlo él habían comenzado, y que si se moria dejando fama de que él era el causante, era echar la sogá tras el caldero; y hubo de apaciguarla con caricias, y encendiendo una linterna bien necesaria para la oscuridad y lodos, poniéndose unas botas, capa aguadera y la capilla sobre el sombrero, salió en busca de la Castejona, registrándole las goteras que llovían á cántaros.

Sabía el buen Morales que se había pasado la dicha comadre á la calle de Fuencarral, pero no á qué parte della; y lloviendo, como os he dicho, sin hallar persona

en la larga distancia que hay desde Lavapiés á aquel barrio; la noche como boca de lobo, y él renegando de su matrimonio; juzgad vosotros ahora si se tardaría muy buen espacio de tiempo en hallar lo que buscaba y no había menester; que entre tanto que él se va echando en remojo, volveré yo á la fingida enferma; la cual, en viendo fuera de casa á su buscón marido, llamó al hermano, que estaba escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle, y pusieron la nueva, que ya tenía su cerradura y aldaba y se había ajustado á los quicios, de suerte, que sin ruido se asentó como de molde. Encima della, en el frontispicio, clavaron una tabla mediana que decia : *Casa de posadas*.

Hecho ésto, trujo una caterva de amigos que vivían cerca de allí, con sus mujeres, dos mastines gruñidores, guitarras y castañetas, y de casa de un figón cena y jira, acomodada con el tiempo, celebrando con bailes y borracheras el naufragio del pobre busca-comadres, que sin hallar la Castejona, no hizo mas que importunar aldabas y despertar vecinos.

Con el agua á media pierna y la poca paciencia al gollete llegó nuestro pintor á su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bailes y grita que dentro había, pensando que la había errado, levantó la linterna, y reconociéndola, vió la puerta nueva y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobremanera. Volvió á examinar la calle, y halló que era la de Lavapiés. Recorrió las casas de los lados y de enfrente, y halló las propias que siempre. Volvió á la suya, y desconocióla, y también el título della. « ; Válgame Dios! dice haciéndose cruces, hora y media ha que sali de mi casa, donde estaba mi mujer más para llantos que para bailes; en ella sólo vivimos los dos y su sobrina; las puertas, aunque menesterosas de reformación, eran las mismas cuando salí que los otros días; casas de posadas en esta calle no las vi en mi vida; y cuando las hubiera, ¿quién puede de noche y en tan breve tiempo haberle dado á la mía este ventero privilegio? Decir que lo sueño no es posible, que tengo los ojos abiertos y los oídos examinadores deste encantamiento; echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme á la restitución.

ción de su honra. Pues ¿qué puede ser ésto?» Tornó á tentar y ver y oír puertas, tablilla y bailes, sin saber á qué atribuir tan repentina trasformación; y asiendo de la aldaba, dió golpes con ella bastantes á despertar los vecinos, que no oyeron ó no quisieron oír los bailadores huéspedes. Asegundó aldabadas mayores; y después de haberle tenido á curar como lienzo de Galicia un buen rato á las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba con un candil encendido en la mano y un tocador en la cabeza entre sucio y roto, diciendo: — No hay posada, hermano; vaya con Dios, y menos golpes, que le coronará por necio un orinal de seis días. — Yo no busco posada que no sea mía, dijo el pintor, sino que me dejen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandón en ella quién en hora y media la ha dado el nuevo oficio de hostería, habiéndole costado su dinero á Diego de Morales. — De Parras debía de ser, respondió el mozo, el que os gobierna la lengua: hermano mío, para quien tan aforrado viene, poco daño le hará el agua de las goteras: váyase noramala, y no me toque otra vez á la puerta, que le echaré un mastín que le abra media docena de botanas.

Cerró con ésto de golpe la ventana, prosiguió dentro la jira y el bureo, y el pobre pintor, dándose á los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacia estos trampan-tojos. Menudeaba ei cielo cántaros de agua y nieve á vueltas de un cierzo que le desembarazaba el cerebro: la vela de la linterna se había acabado, y con ella la pacien-cia de su portador; y así, volviendo á dar mayores golpes á la aldaba, oyó que respondía dentro uno: «Mozo, daca un palo, suelta esos mastines, sal allá fuera y hazle á ese borracho una fricación de espaldas con que se le desembarace la cabeza.

Abrióse la puerta entonces y salieron dos perros que á no detenerlos el mozo y cerrar tras sí, hicieran que llorara el confuso pintor la burla de veras. — Hombre del diablo dijo el ministro, ¿qué nos queréis aquí con tantos golpes? ¿No os han dicho que no hay posada? — Hermano, ésta es la mía, respondió él; ¿quién diablos la ha convertido en mesón, siendo ella desde mis padres acá de Diego de Morales? ¿Qué decís, hermano? replicó ¿qué Morales ó

azufañas son esos? — Yo lo soy, dijo, por la gracia de Dios, pintor conocido en esta corte, estimado en este barrio y habitador desta casa más ha de veinte años. Llamad á mi mujer Mari-Pérez, si no es que también se ha transformado en mesonera, y sacaráme deste laberinto. — ¿Cómo puede ser eso prosiguió el mozo, si ha más de seis años que esta es hospedería de las más conocidas de cuantos forasteros vienen á Madrid, su dueño Pedro Carrasco, y yo soy su criado? Andad con Dios; que á no teneros lástima, yo os curara por el ensalmo deste garrote la enfermedad vinosa que os deslumbra.

Volvió á cerrar la puerta, entrándose dentro; y el expelido amo de su casa, atarantado, sin saber qué se decir ni hacer, á oscuras y atrancando lodos se fué á la del celoso Santillana. Llamó á ella y haciéndole levantar casi á las cuatro de la mañana, encendió luz, creyendo le había sucedido algún desastre ó pendencia. Preguntóselo : él, informado de lo que pasaba, hizo levantar á su mujer; y aunque ella sabía el fin á que tiraba la burla, la hizo en compañía de su marido del aguado pintor, atribuyéndolo á los hechizos y tropelias que Yepes y San Martín (de quien no era poco devoto) suele hacer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbre, en que se calentó; pusieron á enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro, que resistió mejor el agua que sus figas, le acostaron en una cama que le hicieron, porfiando él en acreditar lo que había visto, y ellos en afirmar que venía, como suelen decir, calamocano.

Luego, pues, que la buena Mari-Pérez supo por sus espías que se había ausentado su enlodado esposo, asentó la primera puerta con ayuda de sus convidados como estaba de antes, quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y otro consigo, los despidió á todos, conjurándolos guardasen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron, cansados los pies de bailes, las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reir, durmiendo á satisfacción de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió nuestro pintor medio enjuto en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales, oyéndole afirmar lo mismo por

la mañana que por la noche deseaba ver esta nueva maravilla.

Llegaron, en fin, á vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo también á desbautizarse jurando y perjurando que era verdad cuanto le había referido, y alguna arte del demonio aquella con que pretendía se desesperase.

Llamaron y salió á medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta, y en viendo á su casi padrastro, le dijo: ¿Con qué cara viene vuesa merced, señor tío, á ver á su mujer? ¿Ni qué cuenta dará de sí quien, dejándola casi á la muerte á las doce de la noche, y enviándole por una comadre viene á las ocho de la mañana sin ella y con esa flema? — Si tú supieras, Brígida, respondió él, en lo que por tu tía me he visto esta noche, más lástima tuvieras de mí que quejas. Mañana nos hemos de mudar desta casa, que andan en ella enjambres de demonios.

Oyóle en ésto la prevenida enferma, y levantándose como una onza de la cama, en solo manteo salió dando gritos y diciendo: ¡Oh qué solícito marido de la salud de su mujer! Para frío de cuartanas valéis lo que pesáis, Morales mío, que no volveréis en toda la vida. ¿Hizoos mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¡Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! Cerca vivía la piadosa Marta que os hospedó: bien creísteis vos hallarme muerta cuando volviédes con la Castejona, y entraros per mi dote y hacienda como por viña vendimiada; pero malos años para vos y para quien tal me desea. ¿Á qué viene vuesa merced con ese perdido, señor Santillana? Si es á disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre que he de irme luego al vicario y pedir divorcio: no quiero aguardar otra ensalada cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida: dáme de vestir, Brígida, toma tu manto, huye deste buscacomadres. — Sosiéguese vuesa merced, señora Marí-Pérez, dijo el amigo, que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que por malos medios quiere hacerlos mal casados. — Mujer, acudió el afligido pintor, puesto que os parezca,



tenéis razón en quejaros de mí, escuchad las mías y hablad menos libre que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenía en los embelecocos desta noche.

Contóle en ésto todo lo que ella mejor se sabía; con que fingiendo alborotos nuevos, volvió á decir: ¿Á mí con papeles? ¿No ven vuestras mercedes que soy cabos negros y boquiáncha? ¿Hay más lindas papandujas que las que me venden? Casa de posadas la mía? ¿Mastines y bureo, bailes y fiestas aquí anoche? Aun si dijeran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertaran: no lo hubiera hecho mejor conmigo media azumbre del santo y dos mostachones acompañados de seis bizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidadoso marido, que ya mascaró tierra la pobre de su mujer.

— Hágaos muy buen provecho, esposa mía, respondió él, y no permitáis que me entre en malo á mí, dándome tras de una noche penosa un día tan pendenciero. Juro á todo lo que se puede jurar que cuanto os he contado me sucedió. En esta casa debe de haber duendes: con venderla ó alquilarla pasándonos á otra, se remediará todo. — ¿Y cómo que hay duendes, señor tío? acudió la taimada Brígida; las más noches me pellizcan y dan de azotes, aunque blandos, y se rien á carcajadas. — ¿Pues cómo nunca me lo has dicho? dijo la disimulada tía. — Porque no imaginasen vuestras mercedes, respondió, que era otra persona en descrédito de mi opinión y casa de mis señores tíos. — Alto; eso debe ser, sinduda, dijo, Santillana: no hay sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen pie en la cuaresma, que es mañana. » Hizose así quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor, y su mujer con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.

No desmayó la bella mal maridada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositoras; antes de un camino satisfizo dos necesidades: el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su celoso compañero, que la dispuso así.

Acababa de llegar á Madrid un religioso hermano suyo por prelado de uno de los monasterios que fuera de la corte con la recolección de su vida apuntalan lo que los vicios tienen á pique de arruinar. No sabía su venida

el celoso Santillana; y su mujer, cuando ausente, por cartas, y ahora presente por papeles y una visita que él la hizo, se le había quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la daban, y dicho que si no fuera por su respeto y lo que menoscababa la opinión de las mujeres el poner pleitos á sus maridos y pedir divorcios, se hubiera apartado dél por el vicario. Estaba informado el prudente religioso de los vecinos, y de los amigos del mal acondicionado viejo, de la razón que tenía su hermana de aborrecerle y vivir desconsolada; deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento, y sin romper con el yugo conyugal, persuadirle cuánta satisfacción era justo tuviese de su esposa, y que celos sin ocasión no suelen servir sino de dispartar á quien duerme; pero por más que estudió sobre ello, nunca atinó traza suficiente que venciese la pertinaz malicia, que, ya vuelta en costumbre, era casi imposible de desarraigar su sospechosa vejez.

Habiale escrito que mirase ella qué medio le parecía el más á propósito para que, sin llegar á dar cuenta de sus quebrantos á tribunales causídicos, ella estuviese viviendo descansada y su marido con sosiego; que por difícil que fuese el medio que discurriese, él pondría toda la diligencia imaginable en su ejecución. Ahora, pues, que halló ocasión para ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana, y de camino llevarse el diamante, una mañana que él se fué á oír misa y sermón, por ser principio de cuaresma, envió á llamar al bien intencionado fraile; y después de haberse consolado con él llorándole sus martirios y pesadumbres, le dijo que no hallaba otra traza más á propósito para sacarle de su pestilencial y desafortada cabeza el infernal veneno de sus celos, sino era una que le propuso y después sabréis.

Refirióselo con toda la elocuencia que dió el artificio persuasiva á las mujeres, con lágrimas, suspiros y encarecimientos, concluyendo en que si no le ejecutaba, sería imposible no acabar ó con sus trabajos descasándose, ó con su vida rematándola felizmente en una viga de su casa por medio de un cordel.

El remedio que la mal casada representó al santo varón tenía una infinidad de inconvenientes; pero, en fin, atro-

pelló con todos el amor de hermano, la piedad de religioso y el deseo de impedir alguna desesperación, que fuera ciertamente creíble según la mucha angustia y sentimiento que nuestra Hipólita (que éste era su nombre) mostraba. Prometiéndola llevar al cabo lo que le pedía; señalaron el día, despidióse, llegó á su convento, y propuso el caso á sus súbditos: queríanle mucho, y conociendo el daño que se quitaba y el provecho que se esperaba de que el caso se efectuase para la quietud de los dos casados, le ofrecieron hacer cuanto les mandase, y le animaron á concluirle.

Alentado con ésto, envió para el plazo concertado dos onzas de unos polvos eficacísimos para dormir, quien los bebiese, cuatro ó cinco horas con tanta enajenación de los sentidos, que sólo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquéllos restituían el alma á sus vitales ejercicios. Recibiólos contenta la astuta Hipólita, sentándose á cenar, con su marido y mezclándolos con el vino, apetitoso á sus años: entre bocado y bocado la daba una reprensión, y entre trago y trago bebía su sueño. Al último, en fin, sin aguardar á que se levantasen los mantel-cayó como piedra en pozo, siendo tan eficaz la polvareda boticaria, que á no estar sobre el caso la aplicante y la moza, creyeran (y no les pesára) que había Santillana desembarazado con la muerte el matrimonio.

Desnudáronle, y echándole en la cama, aguardaron que viniese por él el religioso hermano, que no tardó mucho, pues á las nueve (suficiente hora y quietud para aquel tiempo frío y de invierno) con dos legos y un coche se aparearon á su puerta, y entrando dentro, mandó á uno de sus compañeros que venía prevenido de tijeras y navaja, que le quitase toda la barba y le abriese con brevedad una corona de fraile. No se mostró perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle nada el rostro ni la cabeza, porque la frialdad del agua no aguase ni desvaneciese la eficacísima virtud de los polvos, en breve tiempo le convirtió, siendo montañés, en Recaredo cenobita.

Era cerrado de cabellos como de moltera; y así, salió la corona con toda perfección venerable, autorizándola las canas, que se entretejían todo lo posible, y despachada la barba, no pudo dejar de causarle risa á su mujer, viendo

vuelto á su marido de viejo en vieja. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él más que si ésto aconteciera con el conde Partinoples; y metiéndole en el coche, encargó el prelado é Hipólita encomendase á Dios el próspero fin de aquel buen principio. Llegó con él á su monasterio, y desembarazando una celda, le desnudaron, acostándole en una cama penitente, dejándole los hábitos en una silla, y un candil encendido: juntaron la puerta y se fueron á dormir.

Dos horas había que duraba el éxtasis del ignorante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez, que era el término puesto á la virtud de los polvos con jurisdicción de solas cuatro horas; y habiéndola comenzado á las ocho, siguese que á las doce fenecería su operación.

Tocaron á maitines, como se acostumbra en todos los monasterios, á media noche, y tras la campana las matracas, con las cuales despiertan á los que han de levantarse, que es un instrumento cuadrado de tablas huecas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos y meneándolas apriesa, hace un son desapacible para los que despiertan y le conocen, y espantoso para los que coge desapercibidos y bisoños en tan gruñidora música. Así le sucedió al nuevo padre Santillana, pues despertando despavorido y creyendo que estaba al lado de su mujer y en su casa, con un grito tremendísimo dijo: « ¡ Jesús! ¿ Qué es ésto, Hipólita? ¿ Se cae la casa? ¿ Hay tormenta de truenos, ó vienen por mí los diablos? » Como no le respondió, atentó á los lados buscando á su mujer, y no hallándola, lleno de malicias é imaginando que estaba haciéndole fayancas y con el ruido pasado querían echarle el aposento á costas, se levantó furioso, diciendo á voces: « ¿ Dónde estás, adúltera? Mala hembra, no dirás tú ahora que son vanas ilusiones y vejeces las mías. ¿ Á media noche fuera de mi casa y aposento, recibiendo por el techo el adúltero? Más leales que tú son para mí las tejas, pues cayéndose me han despertado. Daca daca, mis vestidos; muchacha, venga la espada; que yo, yo lavaré mi afrenta en sangre destos infames traidores, quedando vengado. »

Ésto y buscar los vestidos, hallando en vez de ellos los

hábitos de fraile, fué todo uno. La novedad de la celda, ó sin saber cómo ó quién le había traído á ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí: ni sabía si diese voces ni si era arte aquella de encantamiento, si dormía ó velaba. Fué á abrir la puerta, y estaba sobre ella una calavera, que cayendo sobre la suya los dos huesos de las canillas, le resfriaron la cólera de los celos con la flema del miedo que le causó verse acometido de *requiem*. Juzgándolo á mal pronóstico, tomó el candil para registrar á qué calle ó campo caía aquel aposento encantado, ó en qué parte estaba, y vió un tan largo dormitorio, que le cansó la vista, todo lleno de celdas, con una lámpara en medio. «¡ Válgame Dios! ¡ Qué es ésto? » dijo, y volvióse á entrar temblando. » ¿ No me dormí yo en acabando de cenar anoche en mi casa? ¿ Quién, pues, me trajo aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¡ Si estoy en el hospital! Que ésta más parece enfermería que habitación política. ¡ Si mis celos me han vuelto loco, y para curarme me han traído al Nuncio de Toledo! Que la estrechez deste aposento más parece una jaula que hospedería. No sé lo que imagine, aunque esto último bien puede ser, pues si mal no me acuerdo, ya andaba mi seso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservación de mi honra; y no será mucho que haya algunos dos ó tres años que me estén curando en este hospital, y ahora vuelto en mi juicio, me parezca que fué anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi mujer. Si fuera ésto como imaginó, pues que á navaja quitan los cabellos y barbas á los locos y á los galeotes, la mía me sacara deste temor. » Echó mano á la suya, y hallóla hecha triplé, habiéndola él criado con trabajo. Tentóse la cabeza, y hallóse coronado por rey de los celosos maridos. Lloró su juicio rematado, teniéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse dél, como suele hacerse con los de su profesión, le habían afeitado y puesto la cabeza de aquella suerte. Con todo eso, se consolaba, pareciéndole que pues echaba de ver entonces el estado en que estaba, había ya vuelto en su juicio, y según ésto, saldría muy presto de aquel colegio desacreditado. Es verdad que le desatinaban los

hábitos, que le disuadían a estas imaginaciones, porque los locos que él había visto en Toledo andaban vestidos de ropas burrieladas, pero no de hábitos religiosos.

Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo, sin haberle acordado que se vistiese el frío, ni saber él por dónde ó cómo acomodar la diversidad de pliegues y confusión del hábito, que en su vida se había puesto, cuando entrando el compañero que daba luz á los demás frailes, dijo: « ¿Cómo no se viste, padre Rebolledo? si ha de ir á maitines?— Dígame, hermano mío, ¿Quién es aquí Rebolledo? ¿qué maitines ó visperas son éstas que me desatinan? respondió el casado fraile. Si sois loco, como yo lo he sido, y es ese el tema de vuestra enfermedad, ya yo estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oír disparates: decidme dónde hallaré al Rector, y dejad de rebolearme. — Con buen humor se levanta, padre Rebolledo, dijo el religioso; vístase, que hace frío, y mire que voy á tocar segundo, y que es mal acondicionado el Superior. » Fuése con ésto, dejándole metido en mayores confusiones.

« ¿Yo Rebolledo? decía. Yo fraile y maitines, no habiendo seis horas que al lado de mi Hipólita trataba más en pedirla celos que en entonar salmos? ¿Qué es ésto, ánimas benditas del purgatorio? Si duermo, quitadme esta penosa pesadilla; y si estoy despierto, reveladme este misterio ó restituidme el juicio que sin duda he perdido. »

Pasmado se estaba, sin acertar á vestirse, obligándole el frío á rebozarse con las frazadas de la cama, cuando vino otro fraile y le dijo: « Padre Rebolledo, el vicario de coro dice que por qué no va á maitines; que son cantados, y vuesa reverencia es semanero. — ¡Válgame la corte celestial! ¿Yo soy fraile? replicó el pobrete. ¿Yo reverencia y padre Rebolledo? ¿Ya yo no soy Santillana? Dígame, religioso, si es que lo es, ó hermano loco, si, como imaginó, estamos en algún hospital dellos, ¿quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo ó por que me han quitado mi casa, mi mujer, mis vestidos y mis barbas? ¿Ó qué Urganda la Desconocida ó Artús el Encantador anda por aquí y ha rematado con mi seso? — Buena

está la flema y disparate, respondió el corista, para la priesa con que vengo á llamarle. Delantero debió de cargar anoche en el refectorio, padre Rebolledo, pues aun no se han despedido los arrobos de Baco: vístase, y si no acierta, yo le vestiré. » Echóle entonces el hábito encima y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algún espíritu malo que queria ahogarle, comenzó á dar [gritos: « Arredro vayas, Satanás; déjame aquí, ángel maldito; ¡ ánimas del purgatorio, Santa Margarita, San Bartolomé, San Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor, que me ahoga este diablo capilludo ! » Y escabulléndosele de las manos, rota la capilla y arañado el fraile, echó á correr por el dormitorio adelante sin detenerse en nada.

Atentos y escondidos habían estado oyendo la escarapela ridícula el prelado y súbditos, reventando la risa por romper los límites de la disimulación y silencio que este caso requería; pero saliendo juntos con las velas encendidas que habían prevenido para el coro, le dijo severo el disimulado Superior : « Padre Rebolledo, ¿ qué escándalo y desenvoltura es ésta ? ¿ Al fraile que yo envío para que le llame al coro trata desafortunada suerte ? ¿ Las manos pone en un ordenado de grados y corona, y á la culpa de no venir en fiesta doble á hacer su oficio añade el descomulgarse ? Aparéjese luego; que con un *Miserere mei* se le aplacarán esos bríos. — ¿ Qué es aparejar ? respondió el colérico montañés; ¿ soy yo bestia ? Ya estoy por defenderme de vuestras ilusiones, espíritus condenados. Cata la cruz, no tenéis parte en mí, que soy cristiano viejo de la montaña, bautizado y con crisma : *Fugite, partes adversæ.* »

Éstos y otros desatinos comenzó á ensartar, con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero haciéndole agarrar á dos donados, y diciéndoles el prelado : « Este fraile está loco, mas la pena le hará cuerdo; » le asentaron en las espaldas de par en par una colación de canelones, que pagó con más cardenales que tiene Roma. Daba gritos que los ponía en el cielo, diciendo : « Señores, ó frailes, ó diablos, ó lo que sois, ¿ qué os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tanta riguridad ? Si sois hombres, doleos de otro

de vuestra especie, que jamás hizo mal á una mosca, ni tiene de qué acusarse, sino de la mala vida que sus célos han dado á su mujer; si sois religiosos, baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa; si sois demonios, decidme, ¿por qué pecados os permite Dios que me desolléis desta suerte? » Menudeaba el padre disciplinante azotazos en ésto, diciendo: « ¿Todavía da en su tema? Pues veamos quien se cansa. — Ya lo estoy, padre de mi alma, respondió el penitente por fuerza; por la sangre de Jesucristo que tenga lástima de mí. — ¿Pues se enmendará de aquí adelante? — Sí, padre mío, yo me enmendaré, aunque no sé de qué. — ¿Cómo que no sabe de qué? replicó el cascante; miren qué gentil modo de conocer su culpa: aun no está como ha de estar; aguarde un poco », y diciendo ésto le taraceaba las espaldas.

« Padre de mi corazón, dijo entonces echándose en el suelo, confieso que yo soy el hombre más malo que pisa la tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma; que yo me enmendaré. — ¿Sabe, le replicó, que es fraile, y que en los que lo son las culpas veniales son de más escándalo que las mortales del seglar? — Sí, padre, fraile soy, aunque indigno. — ¿Sabe la regla que profesa? » le decía; y él proseguía también en responderle y decir: — Sí, padre, sí, padre, sí, padre. — ¿Qué regla es? le dijo. Y respondió: — Cualquiera, la que quisiere vuesa paternidad; no se detenga en eso, que será la que fuere servido; déjeme, y no repare en reglas, aunque entre en la del gran Sofi. — ¿Será, le decía, desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebolledo? — Seré Rebolledo, respondía, y todo lo que quisieren. — Pues bese, le dijo, bese los pies á ese religioso maltratado por él, y pídale venia. » Besóle los pies, y dijo, llorando más de dolor que de arrepentimiento: — Padre mío, pídale brevas, ó lo que es ésto que me mandan le pida.

Soltaron la risa todos entonces, que no pudieron sufrirla. El prelado los reprendió, diciendo: « ¿De qué se ríen, padres, habiendo de llorar la pérdida del juicio de un fraile, el mejor que teníamos, y que ha servido quince años en este monasterio con la mayor puntualidad que ha vista la religión? — ¿Quince años yo? decía entre sí el pobre Santilla-



na, ¿quince años yo en aqueste convento? ¿Hay encantamiento semejante en cuantos libros de caballería desvanecen mocedades? Alto, pues; que supuesto que tantos lo dicen, verdad debe de ser, aunque yo no sé el cómo; porque á no ser así, ¿qué les importaba á estos benditos el maltratarme y afirmarlo?— Véngase al coro con nosotros, le dijo el cuñado, que no conocía»; y obedecióle el celoso por su daño. Comenzaron los maitines, y le mandó el prelado que entonase enmedio la primer antífona. Sabía él de música lo que de vainicas; pero no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando, de suerte que, prosiguiendo la risa de todo el coro, y no pudiéndola disimular el Superior le mandó llevar al cepo, donde le tuvo tres días tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso. Al cabo dellos le sacaron, y mandó el prelado fuese con un compañero á pedir el pan de la limosna que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja cumplió la obediencia. Llevóle de industria el que le acompañaba á la calle donde vivía su mujer; y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu, dijo entre sí: Aquí de Dios, ¿ésta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido á mí en frailías que no apetecí en mi vida? Matrimonio me llamo.

Entróse con ésto en el portal, y hallando á su mujer allí, abrazándose con ella, comenzó á decir: « Esposa de mis ojos, castigo del cielo fué el mio por la mala vida que te he dado: fraile me han hecho sin saber cómo ó por qué; pero desde hoy más buscarán talegueros; que yo matrimonio me llamo. — ¿Qué descompostura es ésta? dijo á voces la mal casada. Aquí de la vecindad; que este loco atrevido ofende mi honra. » Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le desconocieron (por faltarle la longitud de la barba, y estar en tan desusado traje, y tan macilento con las penitencias pasadas, que pudiera vender flaqueza á los padres del yermo), y le apartaron á empujones, diciéndole oprobios satíricos. « Déjenle vuestras mercedes, acudió el compañero, y no se espanten de lo que hace, que ha estado seis meses loco, y su tema principal es decir á cualquiera mujer que ve, que es su esposa:

hémole tenido en una cadena, y habiendo más ha de dos meses que mostraba tener salud, á falta de frailes, que han ido á predicar por las aldeas esta cuaresma, me mandaron le trujese conmigo á pedir hoy la limosna, bien contra mi voluntad. » Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia; que cuanto más gritaba afirmando era el marido de Hipólita, más la acreditaba.

Lleváronle medio loco de veras y en son de atado á su convento: volviéronle á disciplinar y meter en el cepo, donde después que purgó más de otro mes los malos días que había dado á su mujer, al cabo dellos y á la media noche le despertó una voz que decía en tono triste:

Hipólita está inocente  
De tus maliciosos celos,  
Y así te han hecho los cielos  
De ese cepo penitente:  
Por necio é impertinente  
En ti su venganza funda  
El que te ha dado esta tunda;  
Por eso, si sales fuera,  
Escarmienta en la primera,  
Y no aguardes la segunda.

Repitió ésto tres veces la fúnebre voz, y él, puestas las manos, llorando amargamente, con la mayor devoción que pudo, respondió: « Oráculo divino ó humano, quien quiera que seas, sácame de aquí, que yo prometo verdaderamente la enmienda en un todo. »

Diéronle después desto de cenar, y la bebida fué de vino, que no lo había probado desde el primer día de su trasformación; que fué una penitencia para él más cruda, más cruel y más áspera que todas las demás. Bebiólo, y con él dos veces más cantidad de los mismos polvos que primero. Durmióse como antes; y como ya le había crecido el cabello y barba suficientemente, le afeitáron, dejándole lo uno y lo otro en la disposición antigua, y llevándole á su casa en otro coche, se despidió el religioso, médico de los celos, de su hermana, dándole esperanzas de que cuando despertase hallaría sano á su marido y enmendado. Púsole los vestidos seculares sobre un arca cerca de su cabecera, y acostóse á su lado. Acabó el sueño

junto con la operación de los polvos, al amanecer, por haberlos él tomado á las diez de la noche. Despertó, en fin, y creyendo hallarse en el cepo, vió que estaba en la cama y á oscuras. No lo acababa de creer. Tentó si eran colchones ó madera, y topando á su mujer á su lado, imaginó que era algún espíritu maligno que proseguía en tentarle, y comenzó á dar voces descompasadas y á ensartar letanías.

Estaba velando Hipólita, aunque parecía que dormía, aguardando el fin de aquel suceso, y fingiendo que despertaba, dijo : ¿ Qué es ésto, marido mío? ¿ Qué tenéis? ¿ Haos dado el mal de ijada como suele? — ¿ Quién eres tú, que me lo preguntas? dijo el ya sano celoso todo des-pavorido; que yo no tengo mal de ijada; que el mal que tengo es de fraillía. — ¿ Quién ha de ser la que duerme con vos, respondió, sino vuestra mujer Hipólita? — ¿ Jesús sea conmigo! replicó él. ¿ Cómo entraste en el convento, mujer de mi vida? ¿ No ves que estás excomulgada, y que si lo sabe nuestro mayoral ó superior te acanelonará las espaldas, dejándotelas como ruedas de salmón? — ¿ Qué convento ó qué chanzas son esas, Santillana? respondió ella; ¿ dormis todavía, ó qué locura es ésta? — ¿ Luego no soy fraile yo de quince años ha, preguntó él, y el entona-dor de antifonas? — Yo no sé lo que os decís con esos latines, replicó ella : levantaos, que es mediodía, si habéis de traer qué comamos. »

Más asombrado que nunca, se tentó la barba, y hallóla cumplida y la cabeza descoronada : mandó abrir la ven-tana, y se vió en su cama y aposento, los vestidos á su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos : pidió un espejo, y vió otra cara diferente de la que los días pasados le enseñó el de la sacristía. Hacíase cruces, acabando de creer el oráculo coplista. Preguntábale disimulada su mujer que de dónde procedían aquellos espantos. Contóselo todo, concluyendo en que debía haberlo soñado aquella noche, y Dios le debía de mandar se enmendase y tuviese la sa-tisfacción que era justo de su mujer. Apoyó esta quimera diciendo que había prometido nueve misas á las ánimas si le alumbraban á su marido el entendimiento; y que si no, había determinado echarse en el pozo.

« No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas, » respondió él : pidióla perdón, jurando no creer aún lo que viese por sus mismos ojos de allí adelante ; con que dándola libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas á la del Conde, alegando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar á ninguna, les dijo : « El diamante ocasión de sutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me había perdido á mí el día de su hallazgo : él vale doscientos escudos ; cincuenta prometí de añadidura á la vencedora ; pero todas merecéis la corona de sutiles en el mundo ; y así, ya que no puedo premiaros como merecéis, doy á ustedes estos trescientos escudos, que tengo por los más bien empleados de cuantos me han granjeado amigos, y quedará yo muy satisfecho si os servís desta casa como vuestra. »

Encarecieron todas su liberalidad, y volviéndose más amigas que antes, hallaron al cajero vuelto ya de su viaje, y en todo olvidada la burla de su fingida muerte y penoso fallecimiento ; al pintor que ya había vendido su casa y hecho las escrituras, y aun comprado otra, y otorgados los instrumentos, escrituras y papeles de saneamiento, mudándose de aquel barrio por evitar bellaquerías de duendes ; y á Santillana tan satisfecho y enmendado de la importunación de sus celos, que desde allí adelante veneró á su mujer como á merecedora de oráculos protectores de su buena vida.

## PENSAMIENTOS ESCOGIDOS

---

### UNA PUJA

CORBATO. Par Dios que hemos arrendado  
Unos prados del concejo ;  
Pujólos Antón Bermejo,  
Y picóse Bras Delgado ;  
Volviólos á pujar más,  
Y emberrinchándose Antón,  
Pególes otro empujón ;  
Pujó cuatro reales Bras ;  
Y á tal la puja les trujo  
Que aunque los llevó Delgado,  
Creo, según han pujado  
Que quedan ambos con pujo.  
(Del *Pretendiente al revés.*)

### CUENTO

LEONORA. . . . .  
Una mujer principal  
Sé yo, que tuvo una huerta,  
Y en ella un bello peral,  
Cuya fruta apetecida  
Hasta del mismo rey era,

Sin que á ella en toda la vida  
Se la antojase una pera  
Ni preñada, ni parida.  
Las puertas le desquiciaban  
De noche por ir á hurtar  
La fruta, en que desgajaban  
El pobre árbol, que guardar  
Los de casa no bastaban ;  
Y viendo que cerca y puerta  
Eran flaco impedimento  
Para no tenerla abierta  
De noche al atrevimiento,  
Vendió á un vecino la huerta.  
Luego, pues, que la vió agena  
La que peras no comía  
Tuvo por peras tal pena,  
Que en su mesa cada día  
Eran su comida y cena.  
Ved si hoy un ejemplo igual  
En Sirena, podrá hacer  
La privanza otro tal,  
Siendo en el gusto mujer  
Y viendo ajeno el peral.

(De *ídem.*)

## OTRO

CARLOS.

Hame dado una lección  
La fábula del león ;  
Ya, tú, señor, la sabrás.  
Estaba viejo una vez  
Y tullido, que no es nuevo  
Quien anda mucho mancebo  
Estar cojo á la vejez ;  
Como no podía cazar  
Y andaba solo y hambriento,  
Remitió al entendimiento  
Los pies que solían volar ;

Y llamando á cortes reales  
Mandó por edicto y ley  
Que atendiendo que era rey  
De todos los animales,  
Acudiesen á su cueva ;  
Fueron todos, y asentados  
Dijo : « ¡ Vasallos honrados  
Á mí me han dado una nueva  
Extraña y que me provoca  
Á pesadumbre y pasión,  
Y es que dicen que al león  
Le huele muy mal la boca :  
No es bien que un supuesto Real  
De tantos brutos señor,  
En vez de dar buen olor  
Á todos huela tan mal ;  
Y así buscando el remedio,  
Hallo que á todos os toca,  
Que llegándoos á mi boca  
Veáis si al principio ó medio  
Alguna muela podrida  
Huele mal, porque se saque,  
Y de esta suerte se aplaque  
Afrenta tan conocida. »  
Metióse con ésto á dentro,  
Y entrando de uno en uno  
No vieron salir ninguno.  
La raposa, que es el centro  
De malicias, olió el poste,  
Y convidándole á entrar  
Para ver y visitar  
Al león, respondió : « Oste. »  
Y asomando la cabeza  
Dijo : « Por no ser tenida  
Por tosca y descomedida  
No entro á ver á vuestra alteza ;  
Que como paso trabajos,  
Unos ajos he almorzado,  
Y para un rey no hay enfado  
Como el olor de los ajos ;

Por aquesta cerbatana  
 Vuestra alteza eche el aliento,  
 Que si yo por ella siento  
 El mal olor, cosa es llana  
 Que hay muela con agujero  
 Y el sacalla está á otra cuenta,  
 Que yo estoy sin herramienta  
 Y en mi vida fui barbero. »  
 Lo mismo somos los dos  
 Y en fe de nuestra amistad  
 Acercarme es necesidad  
 Por que he dicho mal de vos.  
 Y un viejo tiene por tema  
 Decir cuando á alguien me allego  
*¡¡ Del rey, del sol y del fuego  
 Lejos, que de cerca quema!!*  
 (De *ídem.*)

## EL PRINCIPE Y EL VILLANO

. . . . .  
 DUQUE. Si al aposento me guías  
 De Sirena, ya podrías  
 Quedar de villano aquí  
 Hecho hidalgo y caballero  
 Y con Fenisa casado.  
 CÁRLOS. ¡Por alcahuete privado!  
 Pero no seré el primero.  
 Tiene mil dificultades,  
 Señor, lo que me mandáis :  
 El oficio que me dais  
 Úsase por las ciudades,  
 Mas no por aldeas ni villas :  
 Alcahuetes hay allá  
 Señorías, pero acá  
 Sufrimos pocas cosquillas ;  
 Ésto es lo uno ; lo otro es  
 Que Fenisa es tan hermosa



Como Sirena, y mi esposa,  
 Y si allá os meto, después  
 Cuando Sirena os reproche  
 Quizá daréis en Fenisa,  
 Que suele el diablo dar prisa  
 Y todo es pardo de noche.  
 Hay en la puerta un cencerro  
 Gruñidor, y en el corral  
 Hay un pozo sin brocal.  
 Lo tercero, tiene un perro  
 Que si os ve y desencuaderna  
 Los dientes, dando tras vos,  
 No tengo á mucho par Dios  
 Que se os meriende una pierna.  
 Lo cuarto, habéis de pasar  
 Por la cama del alcalde,  
 Y no pasaréis de balde  
 Si al mastín oye ladrar ;  
 Porque si una estaca arranca,  
 Mientras se averigua ó no  
 Si es el duque el que pasó,  
 Sabréis lo que es una tranca.  
 Lo quinto, fuera de aquesto  
 No os quiero her otro regalo ;  
 Lo sexto..... ya veis que es malo  
 Todo lo que toca al sexto.  
 MATA. Mata á ese villano, Floro.  
 CÁRLOS. No consiento mataduras :  
 Iguales somos á oscuras,  
 Sin luz, no reluce el oro.

(De *ídem*.)

### DIÁLOGO VILLANESCO

CARMENIO. Tirso, á recoger las parvas  
 Que viene el agua sin tino.  
 ZELAURO. Deja el bieldo con que escarvas  
 La paja, que el torbellino

- Mos da con ella en las barbas.  
 CLORI. Saca el trigo de las heras,  
 Las gavillas mete en casa.  
 ZELAURO. Junta la paja ¿qué esperas?  
 CARMENIO. Que ya la tempestad pasa.  
 ZELAURO. Par Dios que viene de veras.  
 CARMENIO. El cielo tien mal de madre.  
 PEINADO. Eso sí, verá si alloja.  
 CARMENIO. Recogeos acá, comadre.  
 CLORI. Agua Dios, ¿qué ruin se moja?  
 PEINADO. Y mojábase su padre.  
 CARMENIO. ¿Está el trigo recogido?  
 ZELAURO. Lo más se queda trillado.  
 PEINADO. Según el agua ha venido  
 Temo que se ha de ir á nado  
 Lo que ogaño hemos cogido.  
 ZELAURO. Fué á ver nuesamo á Sirena  
 Y á fe que vuelva fiambre.  
 CLORI. Si, aguardaldos con la cena.  
 CARMENIO. No ha de quedar viva enjambre  
 Según lo mucho que truena.  
 PEINADO. Esta es la hora en que el cura  
 Metido en la Ygreja en folla  
 Nubes hisopa y conjura.  
 CARMENIO. No esté él jugando á la polla:  
 Que si un todo dar procura  
 No le harán ir por josticia  
 Á conjurar.  
 ZELAURO. Si, eso tiene,  
 Que si en el juego se envicia  
 No hay conjuros.  
 PEINADO. Pues bien viene  
 Por el diezmo y la primicia.

(De *idem.*)

## CANCIÓN

CANTA TIRSO.

Pero Gil amaba á Menga  
Desde el día que en la boda  
De Mingollo el porquerizo  
La vió bailar con Aldonza ;  
Mas en lugar de agradarla  
Porque no hay amor sin obras,  
Al revés del gusto suyo  
Hacía todas las cosas.  
Erraba siempre en los medios  
guiándose por su cholla  
*Y quien en los medios yerra  
Jamás con los fines topa.*  
Por fuerza quería alcanzarla,  
*Mas no es la mujer bellota  
Que se deja caer á palos  
Para que el puerco la coma.*  
Si botines le pedía  
La presentaba una cofia,  
Si guindas se la antojaban  
Iba á buscarla algarrobas.  
Nadaba en fin agua arriba  
Y empeoraba de hora en hora,  
Como rocín de Gaeta  
Quillotrándose la moza ;  
Fué con ella al palomar  
Una mañana entre otras,  
Y mandóle que alcanzase  
Una palomita hermosa :  
Subió diligente Pedro,  
Y al tomarla por la cola  
Volósele y en las manos  
Dejóle las plumas solas :  
Amohinóse Menga de ésto,  
Contóselo á las pastoras,

Que al pandero le cantaban  
 Cuando se juntaban todas:  
*Por la cola las toma, toma,  
 Pedro á las palomas  
 Por la cola las toma, toma.*

Corrido Pedro de verse  
 Que le corren por la posta  
 Á su comadre Chamisa  
 Dió parte de sus congojas:  
 Mas respondióle la vieja:  
 « Pero Gil, cuando se enhornan  
 Se hacen los panes tuertos  
 Y cocidos, mal se adoban;  
 Sino aciertas al sembrar,  
 No te espantes que no cojas,  
 Porque mal cantará misa,  
 Aquel que el *a, b, c*, ignora.  
 El que por las hojas tira  
 Mal los rábanos quillotra  
*Que no se deja arrancar  
 El rábano por las hojas.*  
 Ya que erraste á los principios  
 Cántente en bateos y bodas,  
 En fe que eres un pandero  
 Á sus panderos las mozas,  
*Por lo cola las toma, toma, » etc.*

(De *idem.*)

## CELOS

SANCHO           Acercáos á mí, Tirrena.  
 TIRRENA.       ¡ Qué vida tan enfadosa!  
                   ¿ Siempre he de estar junto á ti?  
 SANCHO.       Sois mi mujer, y con todas  
                   Habían de ser los maridos  
                   Ella el cuerpo, y él la sombra.  
                   Si no lo sabéis, Tirrena,

*Sabed que la mujer propia  
Siempre ha de andar en el pecho  
Como la ajena en la bolsa.*

TIRRENA.

Tu necia desconfianza  
Sancho, me tiene quejosa;  
Tu cuidado me da pena,  
Y tus recelos me enojan.  
En estos campos desiertos  
Habito una pobre choza  
Cubierta de humildes pajas  
Entre cuatro peñas solas.  
La música de las aves  
Que me despierta á la aurora  
A quien ayudan las fuentes  
Y el aire entre aquellas hojas  
De aquellos copudos olmos,  
Ni me llama ni enamora,  
Porque no entiendo la letra  
Por más que las voces oiga.  
Estos árboles que viste  
El cielo de verdes ropas,  
Son galanes solamente  
De la primavera hermosa,  
Y á mí jamás me dijeron  
Amores, con verme sola  
Mil veces dormir la siesta  
Sobre esta pintada alfombra.  
Por estos montes paseo,  
No en las calles espaciosas  
De la corte que á los ojos  
Tantas veces ocasionan.  
Si estás triste, no me alegro,  
Lo que te enoja me enoja,  
Contigo gozo tus bienes,  
Conmigo mis males lloras.  
Sancho, Sancho, necios celos  
Poco escusan la deshonra  
Del marido desdichado,  
Que escogió liviana esposa.  
De la mano de Dios viene

La buena, y á poca costa  
De cuidados asegura,  
Á su dueño por sí sola;  
Esto advierte, Sancho mío,  
Y ven á segar ahora,  
Que se va pasando el día,  
Que al paso que tú las cortas  
Cogeré yo las espigas  
Para que en mis brazos cojas  
El fruto de tus amores  
Libre de penas celosas.

SANCHO.

Ponlos, Tirrena, en mi cuello,  
Que tus palabras de alcorza  
Me han azucarado el alma;  
Vamos, y esta mano toma  
De que no me verás más  
Pedir celos desde agora.

TIRRENA.

¡ Qué necesidad es pedirlos!

SANCHO.

¡ Y darlos qué mala cosa!

(De *Quien habló pagó.*)

### AMOR VILLANESCO

CARRASCO.

¿ Qué, en fin la tenéis amor?

BARTOLO.

Yo no sé si es amorio  
Este desconcierto mío,  
Si estangurria, si sudor;  
El pecho se me bazuca  
Y me dan ciciones luego;  
Si ésto es amor, dole al fuego  
Que pardiez que es mala cuca:  
Si vuesa edad no me endilga  
Ló que es, abridme la huesa.

CARRASCO.

Bartolo, celera es esa.

BARTOLO.

Estó hecho una pocilga  
De celos, que por ser tercós  
Poner al hombre del lodo,  
Y andar gruñéndolo todo

- Se comparan á los puercos.  
 CARRASCO. Pues bien, ¿y ella sabe acaso  
 Que la amáis?
- BARTOLO. Sí.  
 CARRASCO. Bueno está  
 ¿Y habréisla hablado?
- BARTOLO. Verá,  
 Pullas la echo á cada paso.  
 CARRASCO. Pescudo si la habéis dicho  
 Vueso amor.
- BARTOLO. Por comparanzas,  
 Y ayer cerniendo las granzas  
 La declaré mi capricho.  
 CARRASCO. ¿De qué modo?  
 BARTOLO. Darvos quiero  
 Relación de esa demanda.  
 Ya vos veis del modo que anda  
 El gaticinio en Enero :  
 Estaba una gata vizca  
 Con cierto gato rabón  
 Allá en el caramanchón,  
 Éste tierno, la otra arizca,  
 Cual si le pegaran ascuas,  
 Y en su lenguaje gatuno  
 Se decían uno á uno  
 Los enombres de las pascuas.  
 Por que si explicarlos quiero  
 Siempre que el gato mahullaba  
 De mahullera la llamaba  
 Y ella con fuf, de fullero.  
 En fin, con gritos feroces  
 Andaban dando carreras,  
 Que gatos y verduleras  
 Sus faltas echan á voces.  
 Escuchábalos allí  
 Gila envidiosa de verlos,  
 Y yo, que iba á componerlos,  
 La manga (pardiez) la así,  
 Para que no se me escape,  
 Y como el amor me aflige

- Miz (hociándola, dije;  
 Y ella ¿qué os repuso?  
 BARTOLO. *Zape;*  
 Y imprimiόμε tal aruño  
 Que el carrillo me pautó.  
 Agarréla entonces yo,  
 Mas ella, cerrando el puño,  
 Escopir me hizo dos muelas  
 Deshaciéndome un carrillo.  
 CARRASCO. Hizo bien, porque un gatillo  
 De ordinario es saca muelas,  
 Y ese fué lindo favor.  
 BARTOLO. ¿Lindo? á otros dos si me toca  
 Despoblaráme la boca;  
 Pero otro me hizo mayor.  
 CARRASCO. ¿Mayor? ¿cómo?  
 BARTOLO. *Fué al molino*  
 Y yo tras ella antiyer,  
 Y acabado de moler  
 Llegué á cargarla el pollino,  
 Y cuando el costal le pongo  
 Dos yemas sin clara echó,  
 Y á la primera que vió,  
 Dijo *Pápate ese hongo.*  
 Yo como la vi burlar  
 Las manos la así y besélas  
 Y aruñómelas y aruñélas  
 Y volviómelas á aruñar.  
 Tiróme una coz, después  
 Pronóstico de una potra,  
 Y yo, tirándola otra  
 Jugamos ambos de pies;  
 Y durando el retozar,  
 Volvióme dos, y aparélas,  
 Y tirómelas y tirélas  
 Y volviómelas á tirar.

(De Antonia García.)



## LOS MERCADERES

- PASAJERO. 1.º Yo tengo otro oficio  
De no menos artificio  
Que el otro.
- 2.º ¿Cómo?
- 1.º Yo sé  
Teñir ojos.
- 2.º ¡Cosa nueva!
- 1.º Celebraban los amantes  
Los negros y azules antes;  
Ya solamente se aprueba  
El ojo negro rasgado;  
De aquellos soy tintorero.
- 2.º Gran gitano es el dinero:  
¡Miren la invención que hallado!  
Yo solamente creía  
Poderse teñir los cuellos,  
Las barbas y los cabellos,  
¿Mas los ojos?
- 1.º Cada día  
Hay que ver.
- 2.º Todo es antojos  
Del ocio que el tiempo pierde.  
¿De modo que siendo verde  
Volveréis vos negro un ojo?
- 1.º Tengo un escabeche yo  
Que á dos tintes le transformo  
En azabache, y le formo  
Como quiero.
- 2.º El diablo dió  
Tal traza, y ¿de qué manera?
- 1.º Oid, y sabréis el cómo;  
Meto una aguja de plomo  
Y sacando el ojo fuera...
- 2.º ¿El ojo fuera? Oste puto.
- 1.º No os admiréis hasta el cabo;  
Dos ó tres veces le lavo

- Con la tinta, y luego enjuto,  
Le encajo donde se estaba.
- 2.º ¿Y ve con él?
- 1.º Pues si viera  
¿Quién enriquecer pudiera  
Como yo, ó qué me faltaba?  
Qué ¿queda ciego?
- 2.º
- 1.º ¡Pues no!
- 2.º Idos al rollo.
- 1.º Yo, amigo,  
A teñir ojos me obligo  
Pero á darlos vista no.
- . . . . .
- 2.º Y vos ¿qué mercadería  
Vendéis?
- 3.º Yo, envidia.
- 2.º ¿Qué?
- 3.º En esto  
Todo mi caudal he puesto.  
¡Buen caudal, por vida mía!  
3.º Bueno ó mala, ya le gasta  
Gente que os admiraréis.  
2.º Vos alabarle podéis,  
Pero no es de buena casta.  
3.º Pues véndese agora tanta  
Envidia á ingenios diversos,  
Que hay hombre que haciendo verso  
Á los demás se adelanta;  
Y aunque más fama le den,  
Es tal (la verdad os digo)  
Que niega el habla á su amigo  
Cada vez que escribe bien.

(De *idem.*)

## RUPTURA DE AMOR

MELISA.  
TARSO.

¿Así me dejas, traidor?  
Melisa, doma otros potros;

Que ya no me hace quillotros  
 En el alma vuesto amor.  
 Con la ausencia de medio año  
 Que ha que no os busco ni veo,  
 Curó el tiempo á mi deseo  
 La enfermedad de un engaño.  
 Dando á mis celos dieta  
 Estoy bueno poco á poco.  
 Ya Melisa, no so loco  
 Porque ya no so poeta :  
 ¡ Las copras que á cada paso  
 Os hice, fuego de Dios  
 En ellas, en mí, y en vos ;  
 Si de subir al Parnaso  
 Por sus mulas de alquiler  
 Me he quedado despeado !  
 ¡ Qué de nombres que os he dado !  
 Luna, estrella, lucifer...  
 ¿ Qué tenéis bueno, Melisa  
 Que no alabase mi canto ?  
 Copras os compuse al llanto,  
 Copras os hice á la risa,  
 Copras al dulce mirar,  
 Al suspirar, al toser,  
 Al callar, al responder,  
 Al asentarse, al andar,  
 Al blanco color, al prieto,  
 Á vuestros desdenes locos,  
 Al escopir, y á los mocos  
 Pienso que os hice un soneto.  
 Ya me salí del garlito  
 Do me cogiste, par Dios,  
 Que no se me da de vos  
 Ni de vuesto amor un pito.  
 ¡ Ay Tarso, ! Tarso en efeto,  
 Hombre; que es decir olvido ;  
 ¿ Qué una ausencia haya podido  
 Hacer perderme el respeto ?  
 ¿ Á mí, Tarso ?

MELISA.

TARSO.

Á vos y á Judas,

- Sois mudable : ¿ que queréis,  
Si en señal de eso os ponéis  
En la cara tantas mudas ?
- MELISA. Así, mis prendas me torna  
Mis cintas y mis cabellos.
- TARSO. ¿ Luego pensáis que con ellos  
Mi pecho ó zurrón se adorna ?  
¿ Qué bobada ! Á estar yo ciego,  
Trajera conmigo el daño :  
Ya Melisa habrá medio año  
Que con todo dí en el fuego ;  
Cabellos que fueron lazos  
De mi esperanza, crueles,  
Listones, rosas, papeles,  
Baratijas y embarazos ;  
Todo el fuego lo deshizo  
Porque hechizó mi sosiego,  
*Que suele echarse en el fuego*  
*Porque no empezca el hechizo .*  
Hasta el zurrón dí á la brasa  
Do guardé mis desatinos,  
Que por quemar los vecinos  
Se pega fuego á la casa.
- MELISA. Esto he de sufrir ¡ ay cielo !
- TARSO. Aunque lloréis un diluvio,  
*Tenéis el cabello rubio,*  
*No hay que fiar de ese pelo.*  
Ya os conozco que sois fina,  
Pues no me habéis de engañar,  
Por Dios, aunque os vea llorar  
Los tuétanos y la orina.
- MELISA. ¡ Traidor !
- TARSO. Verá la envición,  
Enjugad los arcaduces  
Que hacéis el llanto á dos luces  
Como candil de mesón.
- MELISA. Yo me vengaré, cruel.
- TARSO. ¿ Cómo ?
- MELISA. Casándome, ingrato.
- TARSO. Eso es tomar el zapato

Y daros luego con él.

MELISA.

Vete de aquí.

TARSO.

Que me place.

MELISA.

¿Qué! ¿te vas de esa manera?

TARSO.

¿No lo ves? andando.

MELISA.

Espera:

¿Mas qué sé de donde nace  
Tu desamor?

TARSO.

¿Mas que no?

MELISA.

Celillos son de Mireno

TARSO.

¿Yo celillos? ¡Oh qué bueno!

Ya ese tiempo se acabó

. . . . .

Como os veis de él despreciada

Ahora os venís acá;

Mas no entraréis, porque está

El alma á puerta cerrada.

MELISA.

En fin ¿no me quieres?

TARSO.

No.

MELISA.

Pues para esta; de un ingrato

Que yo castigue tu trato.

TARSO.

¿Castigarme á mí vos?

MELISA.

Yo;

Presto verás, fementido

Si te doy más de un cuidado,

*Que nunca el hombre rogado*

*Ama como aborrecido.*

TARSO.

¡Bueno!

MELISA.

Verás lo que pasa;

Celos te dará un pastor,

Que cuando se pierde amor

Ellos le vuelven á casa.

(Vase.)

TARSO.

¿Sí? andad; échome á temer

Alguna burla, aunque hablo,

*Que no tendrá miedo al diablo*

*Quien no teme á una mujer.*

(De *El Vergonzoso en Palacio.*)

## MUJERES FORZADAS

VASCO.

Ven acá, si Leonela no quisiera  
 Dejar coger las uvas de su viña,  
 ¿No se pudiera hacer toda un ovillo  
 Como hace el erizo, y á puñadas,  
 Aruños, coces, gritos, y á bocados,  
 Dejar burlado á quien su honor maltrata,  
 En pie su fama y el melón sin cata?  
 Defiéndose una yegua en medio un campo  
 De toda una caterva de rocines,  
 Sin poderse quejar, ¡aquí del cielo  
 Que me quitan mi honra!, como puede  
 Una mujer honrada en aquel trance;  
 Escápase una gata como un puño,  
 De un gato zurdo, y otro carirromo  
 Por los caramanchones y tejados  
 Con solo decir *miao* y echar un *fufo*.  
 ¿Y quieren estas dayfas persuadirnos  
 Que no pueden guardar sus pertenencias  
 De peligros nocturnos? Yo aseguro  
 Si como echa á galeras la justicia  
 Los forzados, echara las forzadas,  
 Que hubiera menos, y esas más honradas.

(De *idem*.)

## MÁXIMA AMOROSA

MAGDALENA.

El desear y ver es  
 En la honrada y la no tal  
 Apetito natural:  
 Y si diferencia se halla,  
 Es en que la honrada calla  
 Y la otra dice su mal:  
 Callaré, pues que presumo

Cubrir mi desasosiego,  
Si puede encubrirse el fuego  
Sin manifestarse el humo.

(De *idem.*)

## DIÁLOGO CORTESANO

MAGDALENA Pues bien, ya que libre estáis  
¿Qué es lo que determináis  
Hacer de vuestra partida?  
¿Dónde pensáis ir?

MIRENO. Intento  
Ir, señora, donde pueda  
Alcanzar fama que exceda  
A mi altivo pensamiento;  
Solo aquesto me destierra  
De mi patria.

MAGD. ¿En qué lugar  
Pensáis que podéis hallar  
Esa ventura?

MIR. En la guerra;  
Que el esfuerzo hace capaz  
Para el valor que procuro.

MAGD. ¿Y no será más seguro  
Que le adquiráis en la paz?

MIR. ¿De qué modo?

MAGD. Bien podéis  
Granjearle, si dais traza  
Que mi padre os dé la plaza  
De secretario, que veis  
Que está vaca ahora, á falta  
De quien la pueda suplir.

MIR. No nació para servir  
Mi inclinación, que es más alta.

MAGD. Pues cuando volar presuma  
Las plumas lo han de ayudar.

MIR. ¿Cómo he de poder volar

Con solamente una pluma?  
 MAGD. Con las alas del favor,  
 Que el vuelo de una privanza  
 Mil imposibles alcanza.  
 MIR. Del privar nace el temor  
 Como muestra la esperiencia,  
 Y tener temor no es justo.  
 MAGD. Don Dionis, éste es mi gusto.  
 MIR. ¿Gusto es de vuestra excelencia  
 Que sirva al duque? Pues alto,  
 Cúmplase señora así,  
 Que ya de un vuelo subí  
 Al primer móvil más alto.  
 Pues si en esto gusto os doy  
 Ya no hay subir más arriba:  
 Como el duque me reciba  
 Secretario suyo soy.

(De *idem*.)

## OTRO

MIRENO. ¿Luego no fué en mi favor,  
 Pensamiento lisonjero,  
 Sino porque sea tercero  
 Del conde? ¿Veis, loco amor  
 Cuán sin fundamento y fruto  
 Torres habéis levantado  
 De quimeras, que ya han dado  
 En el suelo? Como el bruto  
 En esta ocasión he sido  
 En que la estatua iba puesta  
 Haciéndola el pueblo fiesta,  
 Que loco y desvanecido  
 Creyó que la reverencia,  
 No á la imagen que traía  
 Sino á él solo se le hacía,  
 Y con brutal impaciencia  
 Arrojarla de sí quiso



Hasta que se apaciguó  
 Con el castigo y cayó  
 Confuso en su necio aviso.  
 ¿ Así el favor corresponde  
 Conque me he desvanecido?  
 Basta; que yo el bruto he sido,  
 Y la estatua sólo el conde;  
 Bien puedo desentonarme  
 Que no es la fiesta por mí.

MAGD.

Quise deslumbrarle así  
 Que fué mucho declararme. (ap.)  
 Mañana comenzaréis,  
 Maestro, á darme lección.

MIR.

Servirte es mi inclinación.

MAGD.

Triste estáis.

MIR.

¿ Yo?

MAGD.

¿ Qué tenéis?

MIR.

Ninguna cosa.

MAGD.

Un favor

Me manda amor que le dé. (ap.)

¡ Válgame Dios! tropecé... (Dale la mano.)

Que siempre tropieza amor.

El chapín se me torció. (ap.)

MIR.

¡ Cielos! Hay ventura igual! (ap.)

¿ Hízose acaso algún mal

Vuecelencia?

MAGD.

Creo que no.

MIR.

¡ Que la mano la tomé! (ap.)

MAGD.

*Sabed que al que es cortesano*

*Le dan al darle la mano,*

*Para muchas cosas pie. (Vase.)*

MIR.

« ¡ Le dan al darle la mano

Para muchas cosas pie! »

¿ De aquí qué colegiré?

Decid, pensamiento vano,

¿ En aquesto pierdo ó gano?

¿ Qué confusión, qué recelos

Son aquestos? decid, cielos,

¿ Esto no es amor? Mas no;

Que llevo la estatua yo

Del conde de Vasconcelos.  
 ¿Pues qué enigma es darme pie  
 La que su mano me ha dado?  
 Si solo el conde es amado,  
 ¿Qué es lo que espero? ¿Que sé?  
 Pie ó mano, decid ¿por qué  
 Dáis materia á mis desvelos?  
 Confusión, amor, recelos,  
 ¿Soy amado? Pero no,  
 Que llevo la estatua yo  
 Del conde de Vasconcelos.  
 El pie que me dió, será  
 Pie para dar la lección  
 En que escriba la pasión  
 Que el conde y su amor le da.  
 Vergüenza, sufrí y callá,  
 Bajad ya, atrevidos vuelos,  
 Vuestra ambición, si á los cielos  
 Mi desatino os subió;  
 Que llevo la estatua yo  
 Del conde de Vasconcelos.  
 (De *ídem.*)

## DIÁLOGO DE AMO Y CRIADO

MIRENO. — TARSO.

TARSO. ¿Más muestras quieres que de  
 Que decirte : « al cortesano  
 « Le dan al darle la mano  
 « Para muchas cosas pie? »  
 ¿Puede decirlo más claro  
 Una mujer principal?  
 ? Qué aguardabas, pese á tal,  
 Amante corto y avaro?  
 Que ya te daré este nombre  
 Pues no te osas atrever;  
 ¿Esperas que la mujer

Haga el oficio del hombre?  
 ¿En qué especie de animales  
 No es la hembra festejada  
 Perseguida, y paseada  
 Con amorosas señales?  
 Á solicitarla empieza,  
 Que lo demás es querer  
 El orden sabio romper  
 Que puso naturaleza.  
 Habla; no pierdas por mudo  
 Tal mujer y tal estado.

MIRENO. Un laberinto intrincado  
 Es, Tarso, que temo y dudo;  
 No puedo determinarme  
 Que me prefieran los cielos  
 Al conde de Vasconcelos;  
 Pues llegando á compararme  
 Con él, sé que es gran señor,  
 Mozo, discreto, heredero  
 De Berganza, y desespero,  
 Viéndome humilde pastor,  
 Rama vil de un tronco pobre,  
 Y que tan noble mujer  
 No es posible quiera hacer  
 Más favor que al oro al cobre;  
 Mas después, el afición  
 Con que me honra y favorece,  
 Las mercedes que me ofrece,  
 Su afable conversación,  
 El suspenderse, el mirar,  
 Los enigmas y rodeos  
 Con que explica sus deseos;  
 El fingir un tropezar  
 (Si es que fue fingido), el darme  
 La mano con la razón  
 Que me tiene en confusión,  
 Se animan para animarme,  
 Y entre esperanza y temor  
 Como ya, Brito, me abraso,  
 Llego á hablarla, tengo el paso,

Tira el miedo, impele amor;  
 Y cuando más me provoca,  
 Y á hablarla el alma comienza,  
 Enojada la vergüenza  
 Llega y tápame la boca.

TARSO. ¡Vergüenza! ¡Tal dice un hombre  
 Vive Dios que estoy corrido  
 Con razón, de haberte oído  
 Tal necedad; no te asombre  
 Que así llame á tu temor  
 Por no llamarle locura.  
 ¡Miren aquí qué criatura  
 Ó que doncella Teodor  
 Para que con este espacio  
 Diga que vergüenza tiene!  
*No sé yo para que viene  
 El vergonzoso á palacio.*  
 Amor vergonzoso y mudo  
 Medrará poco, señor,  
*Que á tener vergüenza amor  
 No le pintaran desnudo.*  
 No hayas miedo que se ofenda  
 Cuando digas tus antojos,  
*Vendados tiene los ojos,  
 Pero la boca sin venda.*  
 Habla, ó yo se lo diré,  
 Porque si callas, es llano  
 Que quien te dió pie en la mano  
 Tiene de dejarte á pie.

MIRENO. Ya, Brito, conozco y veo  
 Que amor que es mudo no es cuerdo;  
 Pero si por hablar pierdo  
 Lo que callando poseo,  
 Y ahora con mi privanza  
 É imaginar que me tiene  
 Amor, vive y se entretiene  
 Mi incierta y loca esperanza,  
 Y declarado mi amor  
 Tengo de ver en mi daño  
 El castigo y desengaño.

Que espero de su rigor  
 ¿No es mucho más acertado,  
 Aunque la lengua sea muda,  
 Gozar un amor en duda  
 Que un desdén averiguado?  
 Mi vergüenza ésto señala,  
 Ésto intenta mi secreto.

TARSO. Dijo una vez un discreto  
 Que en tres cosas era malo  
 La vergüenza y el temor.

MIRENO. ¿Y eran?

TARSO. Escucha despacio;  
 En el púlpito, en palacio,  
 Y en decir uno su amor.  
 En palacio estás; los cielos  
 Te abren camino anchuroso,  
 No pierdas por vergonzoso.  
 De *ídem.*)

## DIÁLOGO AMOROSO

DUQUE. — MAGDALENA.

DUQUE. Quiero veros dar lección,  
 Que la carta que ayer vi  
 Para el conde, en que leí  
 Del sobrescrito el renglón,  
 Me contentó; ya escribis  
 Muy claro.

MAGD. Y aun no lo entiende  
 Con todo eso, y se ofende  
 Mi maestro don Dionís.

(Sale Mireno.)

MIRENO. ¿Llámame vuestra exelencia?

MAGD. Sí; que el duque mi señor  
 Quiere ver si algo mejor  
 Escribo; vos experiencia  
 Tenéis de cuan escribana

Soy, ¿no es verdad?

MIR.

Sí señora.

MAGD.

Escribí no ha un cuarto de hora  
Medio dormida una plana,  
Tan clara que la entendiera  
Aun quien no sabe leer;  
¿No me doy bien á entender  
Don Dionis?

MIR.

Muy bien.

MAGD.

Pudiera

Serviros, según fué buena,  
De materia para hablar  
En su loor.

MIR.

Con callar

La alabo; solo condena  
Mi gusto el postrer renglón  
Por más que la pluma excuso,  
Porque estaba muy confuso.

MAGD.

¿Diréislo por el borrón  
Que eché á la postre?

MIR.

¿Pues no?

MAGD.

Pues adrede le eché allí.

MIR.

Solo el borron corregí  
Porque lo demás borró.

MAGD.

Bien le pudiste quitar,  
Que un borrón no es mucha mengua.

MIR.

¿Cómo?

MAGD.

El borrón con la lengua

Se quita no con callar. (ap.)

Ahora bien, cortá una pluma.

MIR.

Ya, gran señora la corto.

MAGD.

Acabad, que sois muy corto.

Vuestra exelencia presume

Que de vergüenza no sabe

Hacer cosa de provecho.

DUQUE.

Con todo, estoy satisfecho

De su letra.

MAGD.

Es cosa grave

El darle avisos por puntos,

Sin que aproveche : acabad.

- DUQUE. Magdalena, reportad.  
 MIR. ¿Han de ser cortos los puntos?  
 MAGD. ¡Qué amigo sois de lo corto!  
 Largos los quiero; cortadlos  
 De aqueste modo, ó dejadlos.  
 MIR. Ya, gran señora, los corto.  
 DUQUE. ¡Que mal acondicionada  
 Sois!
- MAGD. Un hombre vergonzoso  
 Y corto es siempre enfadoso.  
 MIR. Ya está la pluma cortada.  
 MAGD. Mostrad! y qué mala, ¡ay Dios!  
 (*Pruébala y la arroja.*)
- DUQUE. ¿Porque la echáis en el suelo?  
 MAGD. ¡Siempre me la dais con pelo!  
 Libreme el cielo de vos;  
 Quitadle con el cuchillo;  
 No sé de vos que presuma,  
 Siempre con pelo la pluma  
 Y la lengua con frenillo.  
 (*De idem.*)

## LA PRIVANZA

LEONORA. — DON JUAN

- LEONORA. Al disgusto que tenéis,  
 Hermano, en vuestra privanza,  
 El mío añadir podéis,  
 Porque una desconfianza  
 En vos y en mí ocasionéis.  
 Receláis cuerdo caer  
 Porque subiendo al extremo  
 Es preciso el descender;  
 Soy yo vuestra hermana y temo  
 Las violencias del poder.  
 Ponderad cual es mayor,  
 El mío ó vuestro temor;

Vos en el mar proceloso  
 Del gobierno peligroso;  
 Yo en los riesgos de mi honor.  
 De un rey mozo persuadida,  
 De su amor solicitada,  
 De su poder combatida,  
 De su hermana regalada,  
 De sus joyas perseguida;  
 Él príncipe, yo mujer,  
 Yo vasalla, él Majestad,  
 Y entrambos en su poder;  
 Por consecuencia sacad  
 Quién tendrá más que temer.

DON JUAN. ¡Válgame el cielo! Leonora  
 ¿Qué el rey os sirve?

LEON. Me adora

Si es verdad lo que pondera,

DON JUAN. ¡Ah privanza lisongera  
 Menos firme estáis ahora!

¿Qué por vos soy su privado?

¿Qué aquí paró su porfía?

No en valde un escarmentado

Afirmaba que no había

Favor desinteresado.

Persuádase el que vive

Con mayor satisfaccióu

De sí, que por más que prive,

Es general conclusión

El no dar quien no recibe.

¿Ay cosa más liberal

Que el sol, padre universal

Que engendra con todos, y obra?

Pues réditos el sol cobra

Conque aumenta el principal.

La tierra le da vapores

Y exhalaciones que lleve

Á regiones superiores;

En espíritu las bebe

El alma y vida á las flores;

No hay tan dadivosos pechos



En quien se excluya esta ley,  
 Pues en el más franco rey  
 Admite el gusto cohechos.  
 Buena prueba es el amor  
 Conque Fadrique pretende  
 Hacerme por él favor;  
 Pero caro me lo vende  
 Si ha de costarme el honor.  
 Hermana, en tu mano está  
 La dicha y sosiego ya  
 De esta privanza molesta,  
 Desdeñosa manifiesta  
 Que enfado su amor te da;  
 Menosprecia su cuidado,  
 Que un rey, de todos querido  
 Tiene (como no ha probado  
 Lo que es ser aborrecido)  
 El gusto tan delicado  
 Que se muda fácilmente;  
 Aborreceráte así,  
 Y si la merced presente  
 Conque me honra es por ti,  
 ¿Quién duda que luego intente  
 Derribarme del favor  
 En que fundaba su amor,  
 Saliendo como deseo  
 Yo del golfo en que me veo,  
 Tú del que teme tu honor?  
 (Del *Privar contra su gusto*.)

## CUENTO

CHINCHILLA. Llegó una noche á una venta  
 Un licenciado sin cuarto  
 Ni blanca; estaba de parto  
 La ventera, y no había cuenta  
 De darle por ningún precio  
 Un bocado de cenar,

Ni cama en que se acostar,  
 Porque era el parto muy recio  
 Y traía alborotada  
 La venta; llegóse y dijo  
 El estudiante: « De un hijo  
 La ventera está preñada,  
 Si quieren que luego para  
 Tráiganme tinta y papel  
 Y un ensalmo pondré en el  
 De virtud notable y rara. »  
 Escribió sólo dos versos,  
 Cosiólo en un tafetán;  
 Sacáronle vino y pan  
 Y otros manjares diversos;  
 Diéronle paja y cebada  
 Á la bestia; parió luego  
 La ventera; mas no á ruego  
 De la oración celebrada.  
 Partióse sin gastar cosa  
 El estudiante, estimado  
 De todos y regalado;  
 La huéspeda codiciosa  
 De ver lo que contenía  
 La tal nómina ó papel  
 Tan dichosa, que con él  
 Qualquier preñada paría,  
 Abrióle, y vió en él escrito,  
*Cene mi mula y cene yo,*  
*Siquiera para siquiera no,*  
 Y rieron infinito.  
 (De *El castigo del pensé qué*, primera parte.)

## SONETO

CONDESA. Yo os prometí, mi libertad querida,  
 No cautivaros más, ni daros pena;  
 Pero promesa en potestad ajena  
 ¿Cómo puede obligar á ser cumplida?

Quien promete no amar toda la vida  
Y en la ocasión la voluntad enfrena,  
Seque el agua del mar, sume su arena,  
Los vientos pare, lo infinito mida.

Hasta ahora con noble resistencia  
Las plumas corto á leves pensamientos  
Por más que la ocasión su vuelo ampare :

Pupila soy de amor ; sin su licencia,  
No pueden obligarme juramentos ;  
Perdonad, voluntad, si los quebrare.

(De *idem.*)

## RETRATOS

AURORA.

Pinturas encarecidas  
Y verdades, imagino  
Que vienen á ser oídas  
Como nuevas de camino  
Mentirosas ó añadidas.  
Pintar y escribir es ciencia  
De adular con elocuencia,  
Porque en materia de amores  
Los poetas y pintores  
Tienen de mentir licencia.  
Bueno es que al pintor pagase  
Retrato el conde que fuese  
Bastante á que me obligase,  
Y que al pincel permitiese  
Que sus faltas retratase ;  
Yo á lo menos no lo creo  
Ni pienso dar fe al traslado  
Si el original no veo,  
Que es retrato ese pagado  
Y no puede venir feo.

(De *El castigo del pensé qué, segunda parte.*)

## SÁTIRA

- CHINCHILLA. Una pragmática nueva  
Ha salido de importancia  
En materia de reforma.
- RODRIGO. Eso será si se guarda.
- CHIN. Mandan que todos los hombres  
Que de cincuenta no pasan,  
Cuando en coches anduvieren  
No puedan llevar espadas.
- ROD. ¿Por qué?
- CHIN. Danlos por enfermos,  
Y quieren por esta causa  
Que se entienda andar en coches  
Lo mismo que andar con bandas.  
Han replicado los mozos  
Que como ha tanto que andan  
En coches, no tienen uso  
De caballos, ¡qué ignorancia!  
Por lo cual se les concede,  
Que por cuatro meses vayan  
En sillones ó en jamugas  
Exusando que no caigan.  
*Item*, que todo doctor  
Cure á destajo, y por tasa,  
Concierte la enfermedad  
Sin que pueda cobrar blanca  
Mientras no se levantare  
El enfermo de la cama  
Sano y bueno ; y si muriere,  
Que pague el tal doctor manda  
La botica y sepultura.
- ROD. ¡Con qué cuidado curaran  
Á ejecutarse esa ley!  
¡Con que tiento recetaran!
- CHIN. *Item*, que los sastres corten  
Ropas, vestidos y galas

En presencia de sus dueños,  
 Y que delante de él traigan  
 Los aforros, hilo, seda,  
 Vivos, pasamanos, franjas,  
 Y todo junto lo pesen,  
 Porque después de acabada  
 De coser la dicha ropa,  
 Por peso vuelvan á darla  
 Á su dueño, y con el doble  
 Restituyan lo que falta.

(De *idem.*)

## DIÁLOGO

- NARCISA. En fin, por razón de estado  
 Quieres amar?
- AURORA. Si ha de ser  
 Mi esposo y yo su mujer  
 ¿No es mejor que examinado  
 Á elegir el alma venga,  
 El dueño que ha de adorar,  
 Que no por necia llorar  
 Cuando remedio no tenga?  
 Prueba un caballo primero  
 Quien le compra, que tal sale,  
 Con costar, el que más vale  
 Sólo un poco de dinero;  
 Y á un marido de por vida  
 Á precio de mil cuidados  
 ¿Quieres tú que á ojos cerrados  
 Le entre en casa?
- NARCISA. Apercebida
- Mujer eres.
- AURORA. ¿Y es razón  
 Que cuando venga á casarme  
 No tenga de quien quejarme  
 Sino es ya de mi elección?  
 Catorce años en Jacob

Hizo Raquel experiencia  
Para casarse.

NARCISA.

Paciencia

Fué mayor que la de Job.

AURORA.

Y cuerdo su sufrimiento :

Porque hay tanto que saber

De un hombre, que es menester

Tan largo conocimiento.

Yo sé que en aqueste estado

Pocas mal casadas vieran,

Si los maridos tuvieran

Un año de noviciado.

- (De *idem.*)

### MÁXIMA

RODRIGO.

De *Arte amandi* escribió Ovidio,

Pero todo es falsedad ;

*Que el amor y la poesía*

*Por arte no satisfacen,*

*Porque los poetas nacen*

*Y el amor amantes cría.*

(De *idem.*)

### DIÁLOGO VILLANESCO

CORIOLÍN.

Murria me viene de ahorcarme

Sin vos, el mi rucio amado,

El mi lindo compañero ;

¿ Vos, mi burro, al carnicero ?

¿ Vos por él descuartizado ?

¿ Qué habéis de morir en fin ?

¿ Qué ya mi amor no os aguarda ?

¿ Qué hará sin vos el albarda

Sino la trae Coriolín ?

¿ Qué la burra, ó vos sin ella

De mi comadre Dorinta  
 Que estaba por vos en cinta  
 Viuda hoy y ayer doncella?  
 Oye, detente pastor  
 Si de un lazo no me escurro...  
 ¿Estás loco?  
 Estó sin burro.  
 ¡Qué simple!  
 Mire, señor,  
 Pues que no le ha conocido  
 No se espante si le lloro,  
 Que era como un pino de oro;  
 Jumento tan entendido  
 No le tuvo el mundo.

Acaba.  
 ¿Piensa que miento? Decían  
 Que las burras le entendían  
 Cuantas veces rebuznaba;  
 Pues honesto, en mil sucesos  
 Que con las hembras se halló,  
 Nunca en la carne pecó,  
 Que estaba el pobre en los huesos;  
 Pues la vez que caminaba  
 Tan cuerdo hue de día en día,  
 Señor, que en todo caía  
 Ó al de menos tropezaba;  
 Pues sufrido, no hubo her  
 Por más palos que le diese  
 Que alguna vez se corriese,  
 Que él nunca supo correr;  
 Pues aunque fuese de prisa  
 Si á su jumenta oliscaba,  
 Al cielo el hocico alzaba  
 Que hue una cosa de risa;  
 Y con tener esas gracias  
 Y otras que callo, señor,  
 Me le llevan ¡ay dolor!  
 La cola y orejas lacias  
 Á morir al matadero  
 Do el carnicero le sise

Y el hambre después le guise  
¿Hiciera más un ventero?

(De *La mujer que manda en casa.*)

### SÁTIRA DE LA TROPA

LISARINA. Pues ven acá ¿sabrás ser  
Soldado tú?

CORIOLÍN. Buena estás,  
Ya sé tocar las baquetas,  
Comerme un horno de bollos,  
Hurtar gallinas y pollos,  
Vender un par de boletas,  
Echar catorce reniegos,  
Arrojar treinta por vidas,  
Acoger hembras perdidas,  
Sacar barato en los juegos,  
Y en batallas y rebatos  
Cuando se toma conmigo,  
Sé enseñar al enemigo  
Las suelas de mis zapatos.

ZABULÓN. Eso es ser gallina en suma.

CORIOLÍN. Decis Zabulón lo vero;  
¿Por qué pensáis que el sombrero  
Llena el soldado de pluma?  
Si porque huyendo después  
Que la batalla se empieza,  
Volando con la cabeza  
Corre mejor con los pies.  
Ésta es de gallo, y trabajo  
Por darla aquí en somo estima,  
Que como el gallo va encima  
Y la gallina debajo,  
Soy gallina en esta empresa  
Que sabré cacarear,  
Porque al comer y al cenar  
Haya gallina en mi mesa.

(De *idem.*)



## DIÁLOGO

FULVIO. Estudiad y no os asombre  
 La incapacidad que al cielo  
 Queréis ocioso imputar;  
 Sabio vuestro padre os vea,  
 Que no hay cosa que no sea  
 Difícil al comenzar.  
 De la honra es breve atajo  
 El estudio que el cuerdo ama,  
*Porque al templo de la fama  
 Se entra por el del trabajo.*  
 No cobra valor ni medra  
 La ociosidad regalada,  
*Que una gota continuada  
 Rompe la más dura piedra.*  
 Uno y otro estudio venza.  
 La memoria hasta que abrace  
 Lo que os enseñó, pues hace  
 La mitad el que comienza  
 . . . . .  
 . . . . .

Otón. Decid el tiempo presente  
 El presente es bien bellaco  
 Si el cielo no le socorre,  
 Moneda de vellón corre  
 Y reinan Venus y Baco;  
 Labra casas la lisonja  
 Es pescadera de caña  
 La verdad; la lealtad daña,  
 La ambición se metió monja.  
 Es ciencia la presunción,  
 Ingenio la oscuridad,  
 El mentir, sagacidad,  
 Y grandeza el ser ladrón.  
 Vividor el que consiente,  
 Buhonera la hermosura,  
 Vende báculos la usura,  
 Y éste es el tiempo presente.  
 (De Ventura te dé Dios, hijo.)

## LA VENTURA

OCTAVIA. No en las letras solamente  
 Consiste Otón, ni se alcanza  
 Nuestra bienaventuranza ;  
 Ser dichoso el hombre intente.  
 Poco te importa el ser sabio  
 Si no fueres venturoso ;  
 Rinde el necio al ingenioso,  
 Y aunque conoce su agravio  
 El cobarde se asegura  
 Con dicha y vence al valiente ;  
*No hay desdichado prudente,  
 Siempre es necia la ventura.*  
 Ya el saber mucho es odioso,  
 La ignorancia subió el precio,  
 Tanto que importa ser necio  
 Para ser uno dichoso.  
 Déte Dios, hijo, ventura,  
 Que ella traerá lo demás.

(De *ídem.*)

## VENTURA EN LA GUERRA

GRIMALDO. Ahora tengo de ver  
 Para lo que eres, Otón.  
 Las armas, ventura son  
 Si méritos el saber.  
 Pues para aquestas no has sido  
 En las otras te aventaja,  
 Gente humilde, pobre y baja  
 Por las armas ha subido  
 Hasta la suprema altura  
 Que en el imperio se encierra:  
 Verás, siguiendo la guerra,  
 Que todo en ella es ventura.  
 La ventura de una escala

Cuelga sin riesgo la vida;  
 Tal vez viniendo perdida  
 Pasará por ti una bala  
 Matándote al compañero  
 Y dejándote seguro;  
 Caerá al foso desde el muro  
 Todo un escuadrón entero,  
 Y la ventura podrá  
 A pesar del enemigo  
 Conservarte por testigo  
 De la ayuda que te da.  
 ¿Quién á una posta perdida  
 Blanco de tanto cañón,  
 Sino la ventura, Otón  
 Hace que vuelva con vida?  
 OCTAVIA. El que sin dicha se emplea,  
 Ni el coselete grabado,  
 Ni el puesto más retirado,  
 Ni la militar trinchera,  
 Darán defensa segura  
 Si una bala se abalanza,  
 Que á todas partes alcanza  
 Sino es sólo á la ventura.  
 Pues ésta te favorece,  
 Usa de ella con valor;  
 El duque te hace favor,  
 En palacio sólo crece  
 Del mundo, que en la milicia  
 La ventura, en el verás  
 Quedarse el mérito atrás  
 Y arrinconar la justicia;  
 Sólo medra el venturoso.  
 No por eso te aconsejo  
 Que del valor, que es espejo  
 Para el noble y valeroso  
 Apartes tu juventud,  
 Que si en él la dicha manda,  
 Mucho más puede cuando anda  
 Al lado de la virtud.

(De *idem*.)

## UN ESPOSO POBRE

CLEMENCIA. Añadir al oro, prima,  
 Esmaltes cuando por sí  
 El mundo tanto le estima,  
 No es mucho ; ni que á un rubí  
 Ó un diamante que sublima  
 Hasta el sol su resplandor  
 Guarnezca el oro opulento  
 Y realce su labor,  
 Pues halla en fin fundamento  
 El trabajo en su valor.  
 Más de una materia baja  
 Hacer una pieza noble,  
 Un escritorio, una caja,  
 Una imagen, que de un roble  
 Al oro puro aventaja,  
 Esta es majestad guardada  
 Á Dios sólo y al poder,  
 Que con grandeza elevada  
 Se autorizan con dar ser  
 Y valor á lo que es nada.  
 Esto mismo hacer procura  
 Mi amor, pues porque á luz salga  
 Su poder y mi hermosura,  
 Busca un marido que valga,  
 Prima, no más que la hechura.

(De *ídem.*)

## PINTURA VILLANESCA

OTÓN. ¿Quedaba buena mi madre?  
 GILOTE. Buena, contenta y segura  
 De ver crecer tu ventura,  
 Y bendiciendo tu padre  
 El día que te engendró:  
 Los trigos á la barriga:

Las viñas, Dios las bendiga  
 Y á Noé que las plantó;  
 Señales mos dan cumpridas  
 De hinchar hasta los capachos,  
 Los cestos, y á los borrachos,  
 En llenarles las medidas.  
 El ganado, hasta los perros  
 Gordos, para reventar;  
 Rebosando el palomar,  
 Lleno el soto de becerros,  
 Borregos, Dios los aumente,  
 Ni en los rediles ni cercos  
 Caben ; como tú los puercos  
 (No quitando lo presente),  
 Los prados llenos de potros,  
 Y las yeguas también llenas  
 Las barrigas, pues apenas  
 Unos paren que entran otros;  
 Jugando el cura á la polla,  
 El barbero y sacristán  
 Damas y rentoy también.  
 No hay hogar que esté sin cholla,  
 Ni cuna sin dos chicotes;  
 Á todos hallé con vida,  
 Y á mi Torilda parida  
 De un rapaz con dos cogotes.  
 (De *idem*.)

## CAUSA DE CELOS

LEONORA. — ENRIQUE.

- LEONORA. ¿Pues tú, de qué tienes celos?  
 ENRIQUE. ¿No pretendes que te quiera  
 El marqués?  
 LEONORA. Porque aseguro  
 La vida, así lo procuro.  
 ENRIQUE. Mis temores considera,  
 Amor fuego, mujer cera,

Yo hablarte y verte con tasa ;  
Él sin ella y en tu casa ;  
Cuando de burlas le adores  
De veras son mis temores  
Que amor burlándose abrasa.  
Diráte encarecimientos  
Que aunque de ti no creídos,  
Pasarán por los oídos  
Y engendrarán pensamientos :  
Éstos al principio lentos  
En el alma alimentados,  
Irán cebando cuidados,  
Y siendo el pecho su centro  
Vencerá el marqués si dentro  
Tiene tales abogados ;  
¿ Quién duda que aunque te pese  
Si á solas con él estás  
Favores no le darás  
Con que su dicha confiese ?  
Cuando una mano te bese  
(Supongo que sea forzada)  
Aunque después retirada  
Propongas darle castigo,  
¿ Qué no alcanzará contigo  
Una mano ya besada ?  
¿ Has de cortártela ? No :  
Luego siempre que la viéres  
Te has de acordar de él ¿ y quieres  
Que no desespere yo ?  
La mano que él cohechó,  
El pensamiento importuno,  
El verte al tiempo oportuno,  
Todos si por él están,  
¿ Que hazaña no acabarán  
Tantos, Leonora, contra uno ?  
Querráte casar tu hermano  
Con él como ha prometido,  
Yo ya estaré aborrecido  
Y ya cohechada tu mano ;  
Seré yo estorbo tirano

¿Pues qué remedio? matarme;  
 ¿Pues no es mejor excusarme  
 De tantos sustos, Leonora,  
 Y dándome muerte ahora  
 Despacio no atormentarme?

(De *Amar por razón de estado.*)

### MÁXIMA

VITORIA.

Hace poca estimación  
 De su prenda, quien presente  
 Se atreve á ser elocuente  
 Y no muestra turbación;  
 Pues en fe de cuan poco ama,  
 Si es todo amor frenesí  
*Quien puede estar tanto en sí  
 Mal podrá estar en su dama.*

(De *Amor y celos hacen discretos.*)

### CUENTO

MARGARITA.

Un mecánico oficial  
 Confesando natural,  
 Hizo comedias (que anima  
 Bajezas tal vez Apolo);  
 No eran las comedias buenas,  
 Pues de disparates llenas,  
 Á otro las silbaran; solo  
 Ver que un herrador osase  
 Desde los pies del Pegaso  
 Coronarse en el Parnaso,  
 Y á sus musas se elevase,  
 Causar pudo admiración,  
 Que aunque rudo é importuno  
 Lo que es vituperio en uno  
 Es en otro admiración.

(De *ídem.*)

## MÁXIMA

ROMERO.       ¿No es terrible mentecato  
 El que á un poeta se llega  
 Y que le pinte, le ruega  
 En un soneto el retrato  
 De su dama, si ella sabe  
 Que en su vida versos hizo?  
 Ven acá, amante mestizo,  
 ¿Cómo quieres que te alabe  
 Y estime tu prenda así?  
 El soneto pecador  
 Más es solicitador  
 Del poeta que de ti;  
 Pues siendo tú su tercero  
 Claro está que ha de querer  
 Mas al que lo sabe hacer  
 Que al bobo del mensajero.  
(De *idem.*)

## RASGO

ROMERO.       ¡Oh! ¡bonita es la Leonor!  
 Mejor vuelve que recibe:  
 Más habla que un papagayo:  
 Túvola una tía vieja  
 En las Huelgas á una reja  
 Un año de mayo á mayo  
 Y salió brava picuda.  
(De *idem.*)

## MÁXIMA

CARLÍN.       Dad al diablo la mujer  
 Que gasta galas sin suma,



*Porque ave de mucha pluma*

*Tiene poco que comer.*

(De *Esto si que es negociar.*)

## CUENTO

CARLÍN.

Verá ; hurtómos del corral

El gallo el año pasado

No sé cual de las vecinas,

Y viudas las gallinas

No atravesaban bocado.

Llevélas otro menor

Y él todo plumas y gala,

Y aquillotrando el un ala

Hasta el suelo alrededor,

Ya escarvando apenas toca

El muladar con la mano,

Cuando por darlas el grano

Se lo quita de la boca.

Ellas con los gustos nuevos

Menosprecian el ausente,

Qué do no hay gallo presente

Diz que no se ponen huevos.

(De *idem.*)

## DIÁLOGO EPIGRAMÁTICO

CRISTAL.

Tú que en damiles cautelas

Cátedra puedes llevar

Acabado de cursar

Diez años en sus escuelas,

Argos, serás, no marido ;

*¡ Pobre de tu esposa bella*

*Si has de sospechar en ella*

*Lo que de otras has sabido!*

DIEGO.

No tanto ; pero yo intento

Buscar sólo una beldad  
 Doncella en la voluntad.  
 CRISTAL. ¡ Qué difícil buscamiento!  
 Détela solo Platón  
 Formada allá en sus ideas  
 Ó hazla hacer si la deseas  
 De ese modo en Alcorcón.  
 ¿ De voluntad virginal?  
 Signo es que se volvió estrella.  
 ¿ Aun no hay física doncella  
 Y búscasla tú moral?

(De *No hay peor sordo que el que no quiere oír.*)

#### EPIGRAMA

GARCÍA. Dos días tienen de gusto  
 Las mujeres (sino yerran  
 Los que sus acciones tasan)  
 Y son en el que se casan,  
 Y el que á su marido entierran.

(De *idem.*)

#### EPIGRAMA

SANCHA. ¿ No somos acá personas,  
 Aunque andamos sin valonas  
 Libres las caras de mudas  
 Y sin sayas campanudas  
 Como aquesas fanfarronas?  
 ¿ Ella me había de honrar  
 Porque trae una botica  
 En la cara que alquilar,  
 Y se remilga, y achica  
 La boca cuando ha de hablar?

(De *Averíguelo Vargas.*)

## DIÁLOGO VILLANESCO

SANCHA. — TABACO.

TABACO.

Sancha, vos que sabéis tanto,  
Aunque tan niña y pequeña,  
Que algún dimoño os enseña  
Ó nacistes por encanto,  
Si sabéis, dadme unos pocos  
De quillotros para amar.

SANCHA.

Pues qué, ¿ un hombre ha de llorar?

TABACO.

No es llanto este.

SANCHA.

¿ Pues qué?

TABACO.

Mocos.

Echadme una melecina  
Para que sepa querer.

SANCHA.

¿ Qué hay de nuevo?

TABACO.

Heis de saber

Que cada vez que á Marina  
Topo y me topa ella á mí,  
Sin bastar pretina ó cincha  
El diablo se me emberrincha  
En el cuerpo.

SANCHA.

¿ Cómo así?

TABACO.

¿ Qué sé yo? topéla ayer  
Par de la huenta y topóme,  
Rempuzéla y rempuzóme,  
Miréla y volvióme á ver :  
Comenzóse á descalzar  
Las chinelas, y tirélas  
Y arrojómelas y arrojélas  
Y tornómelas á arrojar.  
Yo no sé si es enciñón  
Aquesta ó qué diablos es,  
Que en fin vengo á que me des  
Si sabes una lición  
De amalla ó de aborrecella,  
Que no falta cosa alguna  
Si echarnos de la tribuna

- Para que apriete con ella.  
 SANCHA. Tabaco, no es para bobos  
 Esto de amar.
- TABACO. Ya lo veo.  
 Pero si aqueste deseo  
 Me hace en el alma corcovos,  
 ¿ Qué he de hacer?
- SANCHA. Darla á entender  
 Que la quieres.
- TABACO. Ya imagino  
 Que lo sabe : en el molino  
 Nos topámos antiyer,  
 Y parando la pollina  
 La pellizqué so el sobaco.
- SANCHA. ¿ Y qué dijo ?
- TABACO. « So, Tabaco,  
 Y dijela, « arre Marina. »  
 Y volviéndome una coz,  
 Me puso tal, que el barbero  
 Á no prestarme un braguero  
 Ya hubiéramos hecho choz  
 En la huesa.
- SANCHA. Bueno quedas.
- TABACO. Sancha, enseñadla á querer  
 Y decid si la heis de ver  
 Que tenga las patas quedas.
- (De *idem.*)

## EL BUEN AMIGO

- RAMIRO. No es buen amigo y leal  
 Para su amigo el espejo ;  
 El amigo ha de imitar,  
 Al agua, que á quien en ella  
 Su mancha llega á mirar  
 Se da á sí misma y con ella  
 Se puede también quitar ;  
 Que el espejo que declara

La mancha y no da el remedio,  
 No es amistad noble y clara,  
 Sino envidia, que por medio  
 Honesto sale á la cara.

(De *idem.*)

## DIÁLOGO FANTÁSTICO

MANRIQUE. — TAMAYO.

- TAMAYO. Mas mi señor está aquí;  
 ¿ Qué diablos tiene? suspenso  
 Se pasea y suspirando,  
 La vista clava en el suelo.  
 ¿ Has merendado cazuela  
 Para dar tantos paseos,  
 Ó hay moscones en la cola?  
 MANRIQUE. Sin Armesinda hay desvelos.  
 TAMAYO. ¿ Oigan ? pasear y darle.  
 ¿ Qué es aquesto que tenemos?  
 MANRIQUE. Por mi culpa, por mi culpa...  
 TAMAYO. Y por tanto pido y ruego,  
 Á Dios y á Santa Maria,  
 Á San Miguel y San Pedro...  
 MANRIQUE. ¿ Qué dices?  
 TAMAYO. La confesión  
 Por ayudarte.  
 MANRIQUE. Confieso  
 Que estoy loco.  
 TAMAYO. Yo también  
 ¿ Hay celiminis? ¿ qué es ésto?  
 Respóndeme.  
 MANRIQUE. ¿ Qué respuesta  
 Te tiene de dar un muerto?  
 TAMAYO. ¿ Tú estás muerto?  
 MANRIQUE. Sí.  
 TAMAYO. ¿ Y con habla?  
 MANRIQUE. No hablo yo.  
 TAMAYO. ¿ Pues?  
 MANRIQUE. Mi tormento.

- TAMAYO. ¿ Ya fijos sofisticamos ?  
Trabajo tiené el cerebro.
- MANRIQUE. Ven acá ¿ Cuándo da el alma  
Un hombre, no queda muerto ?
- TAMAYO. *Así lo dijo un albeitar  
Tomando el pulso á un jumento.*
- MANRIQUE. ¿ Un amante no da el alma  
Á su dama ?
- TAMAYO. Ese argumento  
Traen siempre los boquirrubios  
Pero no los boquinegros ;  
Porque ¿ cómo puede estar  
Sin alma un hombre ?
- MANRIQUE. Eres necio ;  
Porque el alma de su dama  
Se pasa luego á su cuerpo.
- TAMAYO. ¿ Pues es casa de alquiler ?
- MANRIQUE. Oyete, loco.
- TAMAYO. Hable cuerdo.
- MANRIQUE. Pues si el alma de Armesinda  
Vivía dentro en mi pecho  
Y á don Gastón se la ha dado,  
Muerto estoy.
- TAMAYO. El tema es bueno.
- MANRIQUE. Digo que no tengo vida.
- TAMAYO. Mas que no la tengas ; quedo.
- MANRIQUE. Entiérrame.
- TAMAYO. Vuelve en ti  
Por amor de Dios ;
- MANRIQUE. ¡ Oh ejemplo  
De ingratos ! ¿ La sepultura  
Me niegas ?
- TAMAYO. Yo no la niego  
Sino reniego ; señor.  
¿ Qué has comido ? ¿ Si los berros  
De anoche te hicieron mal ?
- MANRIQUE. Entiérrame.
- TAMAYO. Ya te entierro  
(Quiero seguirle el humor).  
¿ No te has de echar en el suelo ?

- MANRIQUE. ¿ Qué más echado me quieres  
Si á mal mis venturas echo?
- TAMAYO. El primer difunto en pie  
Eres que vió el siglo nuestro ;  
Ahora bien, ya entran en casa  
Tus parientes y tus deudos  
Todos cubiertos de luto.
- MANRIQUE. ¡ Válgame Dios! ; Qué honre á un necio  
Muerto por sola su culpa  
Tanta multitud de cuerdos !  
Mas si, que la necesidad  
Es honrada en estos tiempos,  
Y muertos todos son unos  
Los necios y los discretos.
- TAMAYO. Los niños de la doctrina  
Vienen, ya están acá dentro,  
¡ Oh qué de sarna que traen!
- MANRIQUE. ¿ De la doctrina son éstos?
- TAMAYO. ¿ No los ves ?
- MANRIQUE. Por dar doctrina,  
À los amigos me quedo  
Cual niño de la doctrina  
Amigo Tamayo, huérfano.
- TAMAYO. Las órdenes mendicantes  
Vienen.
- MANRIQUE. No entren acá dentro ;
- TAMAYO. Aguarden, padres.
- MANRIQUE. ¿ Qué orden  
Tendrán ya mis desconciertos?
- TAMAYO. Aquesta es la cofradía  
De la Soledad.
- MANRIQUE. Discreto  
Fuiste en traerla, pues solo  
Sin Armesinda padezco.
- TAMAYO. Aquesta es de la Pasión.
- MANRIQUE. Será la de mis tormentos.
- TAMAYO. Estotra de los Dolores.
- MANRIQUE. Terribles son los que siento.
- TAMAYO. La Caridad, que á los pobres  
Entierra.

MANRIQUE.

Muy bien merezco,  
 Pues por dar, pobre he quedado,  
 Que me compares con ellos.  
 Mas oye, ¿no hay cofradía  
 De la amistad?

TAMAYO.

En el cielo,  
 Que aquí hay muy pocos cofrades,  
 Y esos son al uso nuevo.

MANRIQUE.

¿Pues no soy cofrade yo?

TAMAYO.

Y aun mayordomo de necios,  
 Pues estando vivo cumples,  
 Las mandas del testamento :  
 Ea, si te has de enterrar  
 Y estás difunto, no hablemos :  
 Los pobres son de las hachas  
 ¿Cuáles son los pobres?

MANRIQUE.

TAMAYO.

Estos :  
 Salíos al zaguán, hermanos ;  
 Ea, salid, acabemos ;  
 Que es muy estrecha la sala  
 Y no huele bien el cuerpo.  
 Los clérigos vienen ya  
 De la parroquia ; ¿daremos  
 Las velas?

MANRIQUE.

Bien puedes darles  
 Las velas de mis desvelos.

TAMAYO.

Tome cada cual la suya  
 Desde el cura hasta el portero :  
 No toméis dos, monacillo  
 ¿Escondéislas? ya lo veo.  
 Ea, que el responso cantan ;  
 ¿Quieres que sea el *Memento*  
*Peccantem me quotidie*  
 Responso de majaderos?

MANRIQUE.

Sí, el *Memento* es acordarse,  
 Y peno cuando me acuerdo  
 La hermosura que perdí,  
 Canta olvidos, que ésto quiero.

TAMAYO.

Va, *Peccantem me quotidie* :  
 ¿Quién me ha metido á mí en ésto?



- Pero ¿qué tengo de hacer?  
Canta.
- MANRIQUE.  
TAMAYO. Ya va ; *Qua in inferno*,  
Tamayo, ¡tú sacristán!  
MANRIQUE. ¿No cantas?  
TAMAYO. *Nulla est redemptio.*  
MANRIQUE. Tienes razón, que no tienen  
Ya mis desdichas remedio,  
¡Ay Armesinda del alma!  
¿Qué he de hacer sin ti?
- TAMAYO. Silencio ;  
Que no ha de hablar un difunto  
Cuerpo de Dios, vaya el cuerpo :  
Ya doblan en la parroquia  
¿No escuchas el son funesto?  
Oye, *din dan din don drom drom.*
- MANRIQUE. Todo ésto puede el dinero.  
TAMAYO. Ya cantan la letanía :  
*Sante Patræ : ora pro eo,*  
*Kirie, eleisón ; Criste, eleisón.*  
*Kirie eleisón.*
- MANRIQUE. ¡Ay confusos devaneos !  
Déjame ir á morir, pues que yo dejo  
De mi firme amistad al mundo ejemplo.  
(*Vase.*)
- TAMAYO. El se ha ido y me ha dejado  
Con el gasto del entierro ;  
Voy á buscarle ¡*Ay amor ;*  
*Hijo al fin de un dios herrero !*  
*Todo lo yerras como él :*  
Ir tras don Manrique quiero  
Y dar cuenta á don Gastón  
Del peligro en que le ha puesto.  
El que quisiere enterrarse  
Yo soy el sepulturero ;  
Vengan ; que chico con grande  
Enterraré á real y medio.  
(*De Cómo han de ser los amigos.*)

## Á CADA UNO LO SUYO

TOMASA. Como pobre se sustente,  
 Que no tiene de igualarse  
 Dando ocasión á la gula  
 Un asno con una mula;  
 La paja ha de compararse  
 En las bestias con el pan,  
 La cebada con el queso,  
 Y ya sabéis según eso  
 Que es poco el queso que dan.  
 ¿Por qué pensáis vos que España  
 Va, señor, tan decaida?  
 Porque el vestido y comida  
 La gente empobrece y daña :  
 Dadme vos que cada cual  
 Comiera como quien es,  
 El marqués, como marqués,  
 Como pobre el oficial.  
 Vistiérase el zapatero  
 Como pide el cordobán,  
 Sin romper el gorgorán  
 Quien tiene el caudal de acero ;  
 No gastara la mulata  
 Manto sino de Sevilla,  
 Ni cubriera la virilla  
 El medio chapín de plata ;  
 Si el que pasteliza en pelo  
 Sale á costa del gigote,  
 El domingo de picote  
 Y el viernes de terciopelo,  
 Cena el zurrador, besugo,  
 Y el sastre come lamprea,  
 Y hay quien en la corte vea  
 Como un señor al verdugo,  
 ¿Que perdición no se aguarda  
 Á nuestra pobre Castilla?  
 El caballo traiga silla

Y el jumento vista albarda,  
Cene aquel un celemin  
Y un cuartillo á estotro den,  
Porque al jumento no es bien  
Que le igualen al rocín.

(De *La huerta de Juan Fernández.*)

### RELACIÓN PICARESCA

MANSILLA. Fuí á Málaga á lo soldado  
Con las galas que me diste  
Á ver tu madre, que triste  
Por muerto te había llorado;  
Pasé por Yepes y Ocaña,  
Dos villas de donde el vino  
Hace perder el camino,  
Bodegas nobles de España.  
Hice noche en una aldea  
Donde un mesón labrador  
Que pudiera ser mejor,  
Me alojó á la chimenea,  
En un escaño del Cid;  
Sobre cena me pregunta  
La familia, que allí junta  
Estaba, si iba á Madrid,  
Dije que sí, y que de Italia  
Soldado viejo venia  
Á la corte, y pretendía  
Una conducta (la algalia  
Que daba olor al vestido,  
Porque ésto se le pegó  
Por ser tuyo, me abonó),  
Y yo en él desvanecido  
Hazañas cuento sin cuento  
Y escuchaban abobados,  
Porque yo á fuer de soldados,  
No vivo mientras no miento.  
Dijeles entre otras cosas

Que saliendo á pecorea  
á la vista de una aldea,  
Que las de allí son famosas,  
Entré en una casería,  
Y hallando el horno encendido,  
Porque no fuí recibido  
Con amor y cortesía,  
Al huésped y á su mujer  
Metí dentro, donde asados,  
Vengaron á mis soldados  
Y nos dieron que comer;  
Que saliendo de alboroto  
Los vecinos del lugar,  
Quando me iba á acostar  
Hallé á mi escuadrón, que roto,  
Á huir echaba, y que yo  
Al primero derribé  
La cabeza, y ésta fué  
Á dar á otra, y ésta dió  
En otra, y fué de manera  
La cabezada española,  
que sin más golpe, ella sola  
Derribó toda una hilera.  
Creyeron esta aventura  
Y otras que es nunca acabar,  
Más que cuanto en el altar  
Las fiestas les echa el cura.  
Porque chanzas de habladores,  
Comedias de tramoyón,  
Ensalmos y coplas, son  
Evangelios labradores.  
Estaba una villaneja  
Oyendo entre los demás,  
Tan cari-hermosa, que atrás  
Las Amarilis se deja.  
Fuéronse á acostar al cabo  
Los viejos, y entre la loza  
Fregatizando la moza  
Con tal gracia (no la alabo  
Cual merece) se quedó,

Que si el sol verla pudiera,  
Para estropajo la diera  
Su dorado moño; yo  
Que la vi ensuciando espumas,  
Llegó por detrás quedito,  
Y el sombrero que me quito  
La pongo con banda y plumas,  
Y ella entonces, no peñasco,  
Pero algo requesón ya,  
Respondiéndome « arre allá. »  
En un espejo, ya casco,  
Se fué á mirar al candil,  
Y arrimando la sartén,  
Dijo, « á ver si me está bien; »  
El dimoño que es sutil,  
Hizo entonces de las suyas,  
Si Pedro yo de Urdemalas,  
Y como extranjeras galas  
En bobas son aletuyas,  
Tanto pudieron con ella  
Que á los ecos de un « marido  
Tuyo soy, » (hechizo ha sido  
Que encanta á toda doncella)  
Siendo tálamo el escaño,  
La chimenea madrina,  
Á vista de la cocina,  
Hicimos año, buen año.  
Dueña, aunque no de su casa  
La moza, y yo ya su dueño,  
Entró el sol antes que el sueño,  
Y cari-cuerda Tomasa,  
(Que este apellido la dan)  
Me conjuró que cumpliese  
La promesa, y que volviese  
En saliendo capitán.  
Por ella, y á fe de hidalgo  
Que he de hacerla mi mujer,  
Si bien ésto no ha de ser,  
Mientras capitán no salgo.

(De *idem.*)

## DIÁLOGO

DON JUAN. — VIOLANTE.

- DON JUAN. Casaros ¿Cuándo ó con quién?  
 VIOLANTE. ¿ Cuándo ? mañana temprano,  
 Que ansina el cura lo dijo :  
 ¿ Con quién ? con Antón, el hijo  
 De mi viejo Bras Serrano :  
 ¿ Cómo ? con juntar las palmas  
 Al tiempo que el sí pregunten.  
 ¿ Mas qué importa que las junten  
 Si no se juntan las almas ?  
 ¿ Dónde ? en cas del escribén  
 Que mos hace la escritura ;  
 ¿ Por quién ? por mano del cura  
 Delante del sacristén.
- DON JUAN. ¿ Y vos, qué habéis respondido ?  
 VIOLANTE. Que desque vi el otro día  
 El mal gesto que ponía  
 Pariendo, la de Garrido,  
 No casarme había propuesto  
 Por no verme en apretura,  
 Y porque en la paridura  
 Sintiera tener mal gesto.
- DON JUAN. ¿ Y en fin ?  
 VIOLANTE. En fin, lloró Antón,  
 Enojóse la tendera,  
 Rogómelo la barbera,  
 Tengo blando el corazón,  
 Y mostrándome un sayuelo  
 Con vivos de carmesí,  
 Entre dientes le dí el sí.
- DON JUAN. ¿ Sí distes ?  
 VIOLANTE. Mirando al suelo.
- DON JUAN. ¿ Pues qué tengo de hacer yo ?  
 VIOLANTE. Su merced debe burlarse,  
 ¿ Pues qué había de casarse  
 Conmigo ?



Ogaño, mientras no llueva.  
 El, viendo que averiguallo  
 Era ofender á su honor,  
 Dijo, escarballo es peor,  
 Por ésto el hijo es Carballo.

(De *Escarmientos para el cuerdo.*)

## EL PUENTE DE SEGOVIA

QUINTANA. Ya que nos traen tus pesares  
 Á que desta insigne puente,  
 Veas la humilde corriente  
 Del enano Manzanares,  
 Que por arenales rojos  
 Corre, y se debe correr  
 Que en tal puente venga á ser  
 Lágrima de tantos ojos...

(De *Don Gil de las calzas verdes.*)

## RELACIÓN DE UN CRIADO

DOÑA JUANA. — CARAMANCHEL

JUANA. ¿Buscáis amo?

CARAM. Busco un amo.

Que si el cielo los lloviera  
 Y las chinches se tornaran  
 Amos, si amos pregonaran  
 Por las calles, si estuviera  
 Madrid de amos empedrado  
 Y ciego yo los pisara,  
 Nunca en uno tropezara  
 Según soy de desdichado.

JUANA. ¿Qué, tantos habéis tenido?

CARAM. Muchos, pero más enormes  
 Que el lazarillo de Tormes;



JUANA.  
CARAM.

Un mes serví, no cumplido  
 Á un médico muy barbado,  
 Belfo sin ser alemán,  
 Guantes de ámbar, gorgorán,  
 Mula de felpa, engomado.  
 Muchos libros, poca ciencia,  
 Pero no se me lograba  
 El salario que me daba,  
 Porque con poca conciencia  
 Lo ganaba su mercé,  
 Y huyendo de tal azar  
 Le acogí con Cañamar.  
 Mal lo ganaba ¿ Por qué ?  
 Por mil causas, la primera  
 Porque con cuatro aforismos,  
 Dos textos, tres silogismos,  
 Curaba una calle entera :  
 No hay facultad que más pida  
 Estudios, libros galenos,  
 Y gente que estudie menos  
 Con importarnos la vida :  
 ¿ Pero cómo han de estudiar  
 No parando en todo el día ?  
 Yo te diré lo que hacía  
 Mi médico : al madrugar  
 Almorzaba de ordinario  
 Una lonja de lo añejo,  
 (Que era castellano viejo)  
 Y con este letuario  
 Aqua vitis (que es de vid)  
 Visitaba sin trabajo  
 Calle arriba y calle abajo  
 Los egrotos de Madrid :  
 Volvíamos á las once ;  
 Considere el pío lector  
 Si podría mi doctor  
 Puesto que fuese de bronce,  
 Harto de ver orinales  
 Y fistulas, revolver  
 Hipócrates, y leer

La cura de tantos males ;  
Comía luego su olla  
Con un asado manido,  
Y después de haber comido,  
Jugaba cientos ó polla ;  
Daban las tres, y tornaba  
Á la médica tahona,  
Yo la maza y él la mona,  
Y cuando á casa llegaba,  
Ya era de noche ; acudía  
Al estudio, deseoso  
(Aunque no era escrupuloso)  
De ocupar algo del día,  
En ver los expositores  
De sus Rasis y Avicenas ;  
Asentábase, y apenas  
Hojeaba dos autores,  
Cuando doña Estefanía  
Gritaba, « hola, Inés, Leonor,  
Id á llamar al doctor  
Que la cazuela se enfría ; »  
Respondía él, « en una hora  
No hay que llamarme á cenar  
Déjenme un rato estudiar :  
Decid á vuestra señora  
Que le ha dado garrotillo  
Al hijo de la condesa,  
Y que está la ginovesa  
Su amiga con tabardillo ;  
Y es fuerza mirar si es bueno  
Sangrarla estando preñada :  
Que á Dioscórides le agrada,  
Mas no lo aprueba Galeno. »  
Enfadábase la dama,  
Y entrando á ver su doctor,  
Decía, « acabad, señor,  
Cobrado habéis harta fama,  
Y demasiado sabéis  
Para lo que aquí ganáis,  
Advertid, si así os cansáis

Que presto os consumireis :  
Dad al diablo los Galenos  
Que os han de hacer tanto daño ;  
*¿ Qué importa al cabo del año  
Veinte muertos más ó menos ?*  
Con aquestos incentivos  
El doctor se levantaba,  
Los textos muertos cerraba  
Por estudiar en los vivos ;  
Cenaba muy en ayunas  
De la ciencia que vió á solas,  
Comenzaba en escarolas  
Acababa en aceitunas ;  
Y acostándose repleto,  
Al punto de madrugar,  
Se volvía á visitar  
Sin mirar un quod libeto ;  
Subía á ver al paciente,  
Decía cuatro chanzonetas,  
Escribía dos recetas  
De éstas que ordinariamente  
Se eligen sin estudiar,  
Y luego los embaucaba  
Con unos modos que usaba  
Extraordinarios de hablar.  
« La enfermedad que le ha dado,  
Señor, á vue señoría  
Son flatos é hipocondría,  
Siento el pulmón opilado,  
Y para desarraigar  
Las flemas vitreas que tiene  
Con el quilo, le conviene  
(Porque mejor pueda obrar  
Naturaleza) que tome  
Unos alkermes, que den  
Al hepate y al esplén  
La sustancia que el mal come. »  
Encajábanle un doblón,  
Y asombrados de escucharle,  
No cesaban de adularle

Hasta hacerle un Salomón :  
 Y juro á Dios que teniendo  
 Cuatro enfermos que purgar  
 Le vi un día trasladar  
 (No pienses que estoy mintiendo)  
 De un antiguo cartapacio  
 Cuatro purgas que llevó  
 Escritas (fuesen ó no  
 Á propósito) á palacio ;  
 Y recetada la cena  
 Para el que purgarse había,  
 Sacaba una y le decía  
*Dios te la depare buena.*  
 ¿ Parécele á vuesarcé  
 Que tal modo de ganar  
 Se me podía á mi lograr ?  
 Pues por eso le dejé.  
 Escrupuloso criado.  
 Acomodéme después  
 Con un abogado, que es  
 De las bolsas abogado,  
 Y enfadóme que aguardando  
 Mil pleiteantes que viese  
 Sus procesos, se estuviese  
 Cuatro horas enrizando  
 El bigotismo, que hay trazas  
 Dignas de un jubón de azotes :  
 Unos empina bigotes  
 Hay á modo de tenazas  
 Con que se engoma el letrado  
 La barba que en punta está ;  
 ¡ Miren qué bien que saldrá  
 Un parecer engomado !  
 Déjéle en fin, que estos tales  
 Por engordar alguaciles,  
 Miran derechos civiles  
 Y hacen tuertos criminales.  
 Serví luego á un clérigón  
 Un mes, pienso que no entero,  
 De lacayo y despensero ;

JUANA.  
 CARAM.

Era un hombre de opinión,  
Su bonetazo calado,  
Lucio, grave, carilleno,  
Mula de veintidoseno,  
El cuello torcido á un lado,  
Y hombre en fin que nos mandaba  
Á pan y agua ayunar  
Los viernes para ahorrar  
La pitanza que nos daba ;  
Y el comiéndose un capón  
(Que tenía con ensanchas  
La conciencia, por ser anchas  
Las que teólogas son)  
Quedándose con los dos  
Alones cabeceando,  
Decía al cielo mirando :  
¡Ay ama, que bueno es Dios!  
Dejéle en fin por no ver  
Ente, que tan gordo y lleno,  
Nunca á Dios llamaba bueno  
Hasta después de comer.  
Luego entré con un pelón  
Que sobre un rocín andaba,  
Y aunque dos reales me daba  
De ración y quitación,  
Si la menor falta hacía  
Por irremisible ley,  
Olvidando *el agnus dei*  
*Quitolis ración*, decía.  
Quitábame de ordinario  
La ración ; pero el rocín,  
Y su medio celemín  
Alentaba mi salario,  
Vendiendo sin redención  
La cebada que le hurtaba,  
Con que yo ración llevaba  
Y el rocín la quitación.  
Serví á un moscatel marido  
De cierta doña Mayor  
Á quien le daba el Señor

Por uno y otro partido  
 Comisiones, que á mi ver  
 El proveyente cobraba,  
 Pues con comisión quedaba  
 De acudir á su mujer.  
 Si te hubiera de contar  
 Los amos que varias veces,  
 Serví y andan como peces,  
 Por los golfos de este mar,  
 Fuera un trabajo excusado,  
 Bástete saber que estoy  
 Sin comodo el día de hoy  
 Por mal acondicionado.

(De *ídem.*)

### CANCIÓN

Al molino del amor  
 Alegre la niña va  
 Á moler sus esperanzas;  
 Quiera Dios que vuelva en paz.  
 En la rueda de los celos  
 El amor muele su pan  
 Que desmenuzan la harina  
 Y la sacan candeal :  
 Ríos son sus pensamientos  
 Que unos vienen y otros van,  
 Y apenas llegó á su orilla  
 Cuando así escuchó cantar :  
 « Borbollicos hacen las aguas  
 Cuando ven á mi bien pasar :  
 Cantan, brincan, bullen y corren,  
 Entre conchas de coral.  
 Y los pájaros dejan sus nidos  
 Y en las ramas del arrayán,  
 Vuelan, cruzan, saltan y pican,  
 Toronjil, murta, y azahar. »  
 Los bueyes de las sospechas,  
 El río agotando van,

Que donde ellas se confirman  
 Pocas esperanzas hay  
 Y viendo que á falta de agua  
 Parado el molino está,  
 De esta suerte le pregunta  
 La niña que empieza á amar :  
 « ¿ Molinico, por qué no mueles ? —  
 Porque me beben el agua los bueyes. »  
 Vió al amor lleno de harina  
 Moliendo la libertad  
 De las almas que atormenta  
 Y así le cantó al llegar :  
 « Molinero sois, amor  
 Y sois moledor. » —  
 « Si lo soy, apártese  
 Que le enharinaré. »

(De *idem*.)

## CONSEJOS

MENALIPE.

No creas

Los que lleguen á adularte,  
 Porque hallarás infinitos  
 Que tus dádivas disfruten,  
 Y en el peligro te imputen  
 Sus traiciones á delitos :  
*No todo lo que es brillante  
 Riqueza al avaro ofrece,  
 Oro, la alquimia parece,  
 Vidrio hay que imita al diamante ;*  
 La luz que una antorcha feria  
 Al sol competir procura,  
 Mas sólo su llama dura,  
 Lo que dura su materia :  
 Escarmientos te propone  
 El sol, á quien salvas hace  
 El rui señor, cuando nace  
 Y huye de él cuando se pone.

Tal vez dora la experiencia  
 Un bronce, una piedra, un leño,  
 Que engaña al que no es su dueño,  
 Oro solo en la apariencia.  
 Huye amigos afectados  
 Cuando lisonja te ofrezcan  
 Que aunque fieles te parezcan,  
 En vez de oro son dorados.

(De *Las Amazonas de las Indias*.)

### AMOR TARDÍO

MENALIPE.

Blasonaba mi rigor  
 Desprecios de mi desdén;  
 Guárdese de querer bien  
 Quien nunca ha tenido amor,  
 Que cuando con más valor  
 El bronce suele mostrarse  
 Al fuego, que apoderarse  
 De su materia pretende,  
 Cuanto más tarde se enciende  
 Dura más en conservarse.

(De *idem*.)

### MÁXIMAS FILOSÓFICAS

GONZALO.

Quien por falta de experiencia  
 Huye las felicidades  
 Que ofrecen las soledades  
 Á la vida y la conciencia,  
 Venga á aprender esta ciencia,  
 En mi sabrosa quietud,  
 Y hallará aquí la virtud  
 Tan exenta de temores,  
 Que coronada de flores  
 Le conserve la salud.



Después que envainé el acero  
 Y el arnés troqué en gabán,  
 Si primero capitán,  
 Ya en mi quinta jardinero ;  
 Lloro del tiempo primero  
 La juventud malograda  
 Y sé que en la aventajada  
 Vida de esta profesión,  
 Dios á Adán dió el azadón,  
 Y el vicio á Nemrot, la espada.  
 ¡Dichoso el que no hace caso  
 De lo que no necesita  
 Y á Diógenes imita  
 Quebrando en la fuente el vaso...!  
 Si está tan cerca el ocaso  
 Humano, que apenas siente  
 La distancia de su oriente,  
 ¿ Quién es de tan poco aviso  
 Que gozando lo preciso  
 Anhela lo impertinente ?

(De *idem.*)

### LA TERCERA

D. DUARTE. La Mari-Ramírez es  
 Pieza de rey.

MARÍ. Helo sido :  
 Todo caballo escogido  
 Sirve de rocín después  
 Que lleva á moler harina.  
 Moza me vi ; y hartas veces  
 Admiraron mis jaeces :  
 Ya el tiempo me hizo rocina.  
 Por muchas honradas pasa :  
 Pues no estoy para ruar,  
 Quiero harina acarrear  
 Con que aparroquie mi casa,  
 Siquiera por el salvado.  
 (Por el Sotano y el Torno.)

## EPÍGRAMA

SANTILLANA. Lo que puede una beldad,  
 Pues por más que un bolsillo haga,  
 Es como dar con el toro,  
 Y cobrando en plata ú oro  
 Paga en cuartos, si es que paga.  
 (De *idem.*)

## EL BARBERO

SANTILLANA. Á cuatro casas de aquí  
 Por el barbero salí,  
 Y de ventosas cargado  
 Hallé en su casa al maeso  
 Que iba á echar á un tabardillo,  
 Y de sangrar de un tobillo  
 Á doña Inés Valdivieso  
 Acababa de volver.

. . . . .  
 Ha estudiado cirujía,  
 No hay hombre más afamado,  
 Ahora escribe un tratado  
 Todo de flomotomía.  
 Suele andar en un machuelo  
 Que en vez de caminar, vuela,  
 Sin parar saca una muela;  
 Más almas tiene en el cielo  
 Que un Herodes ó un Nerón;  
 Conócenle en toda casa;  
 Por donde quiera que pasa  
 Le llaman la extrema-unción.

(De *idem.*)

## EL VIEJO Y LA NIÑA

D.ª JUSEPA. ¡Que sin ser mi hermana madre  
 Me cele hasta el tropezar  
 Pretendiéndome casar  
 Con quien puede ser mi padre!  
 Es desatino terrible.  
 Cuanto más lo considero,  
 Más me aflijo y desespero.  
 ¡Yo en el abril apacible  
 De quince años con setenta!  
 ¿Qué importa toda su plata  
 Si cuando dárme la trata  
 Con el estaño la afrenta  
 De la vejez que le obliga?  
 ¿Ni de qué valor serán  
 Todas sus barras si están  
 Mezcladas con tanta liga?  
 Si el desposorio celebro  
 Y estando juntos los dos  
 Me dice amores con tos,  
 Me arroja un diente requiebro,  
 Y con él me descalabra,  
 ¿Que he de hacer con un marido  
*En la ejecución fallido*  
*Y fecundo de palabra?*  
 No, Jusepa, no es adorno  
 De mayo el caduco enero;  
 Con un marido escudero  
 Á la tahona de un torno;  
 Los celos siempre á la mano  
 Sujeta á algún testimonio.  
 ¿Yo monja del matrimonio?  
 ¿Yo el perro del hortelano?  
 ¡Malos años!

(De *ídem.*)

## EPÍGRAMAS

POLONIA.    ¿Poeta y envía presentes?  
 El primero ha sido entre ellos  
 Que ofrece oro, sin cabellos,  
 Y envía perlas, sin dientes.  
(De *idem.*)

## ÍDEM

D.<sup>a</sup> BERNARDA. La senectud sin calor  
 Es nieve que se dilata  
 Al fuego que la maltrata;  
 Necia será sino admite  
 Años que el amor derrite  
 Pues se queda con la plata.  
(De *idem.*)

## ÍDEM

D.<sup>a</sup> JUSEPA. Estas novenas de ogaño  
 Suelen volver intereses,  
 Novenas de nueve meses  
 Cuando las hace el engaño.  
 . . . . .  
 Que en Madrid alivia penas,  
 Si fe á fábulas dar quiero,  
 En las damas el acero  
 Y en las viudas las novenas.  
(De *idem.*)

## MADRIGAL

TISBEA, pescadora.    Yo de cuantas el mar  
 Pies de jazmín y rosa

En sus riberas besa  
Con fugitivas olas,  
Sola de amor exenta  
Como en ventura sola,  
Tirana me reservo  
De sus prisiones locas;  
Aquí donde el sol pisa  
Soñolientas las ondas,  
Alegrando zafiros  
Las que espantaban sombras,  
Por la menuda arena  
Unas veces aljofar,  
Y átomos otras veces  
Del sol que así le adora;  
Oyendo de las aves  
Las quejas amorosas,  
Y los compases dulces  
Del agua entre las rocas;  
Ya con la sutil caña  
Que al débil peso dobla  
De necio pececillo,  
Que el mar salado azota,  
Ó ya con la atarraya  
Que en sus moradas ondas  
Prende á cuantos habitan  
Aposentos de conchas;  
Seguramente tengo  
Que en libertad se goza  
El alma que amor áspid  
No le ofende ponzoña;  
Y cuando más perdidas  
Querellas de amor forman,  
Como de todas río  
Envidia soy de todas.  
*¡ Dichosa yo mil veces  
Amor, pues me perdonas,  
Si ya por ser humilde  
No desprecias mi choza.*  
Obeliscos de paja  
Mi edificio coronan,

Nidos sino hay cigarras,  
Ó tortolillas locas;  
Mi honor conservo en pajas  
Como fruta sabrosa,  
Vidrio guardado en ellas  
Para que no se rompa.  
De cuantos pescadores  
Con fuego Tarragona  
De piratas defiende  
En la argentada costa,  
Desprecio soy al canto,  
Á sus suspiros sorda,  
Á sus ruegos terrible,  
Á sus promesas roca.  
Anfriso á quien el cielo  
Con mano poderosa  
Prodigio de alma y cuerpo  
De todo en gracias dota;  
Medido en las palabras  
Liberal en las obras,  
Sufrido en los desdenes,  
Modesto en las congojas,  
Mis pajizos umbrales  
Que él en las noches ronda,  
Á pesar de los tiempos  
Las mañanas remoza;  
Pues con los ramos verdes  
Que de los olmos corta,  
Mis pajas amanecen  
Ceñidas de lisonjas;  
Ya con vihuelas dulces  
Y sutiles zamponas  
Músicas me consagra  
Y todo no le importa,  
Por que en tirano imperio  
Vivo de amor señora  
Que halla gusto en sus penas,  
Y en sus infiernos gloria;  
Todas por él se mueren,  
Y yo todas las horas

Le mato con desdenes,  
 De amor condición propia,  
 Querer donde aborrecen  
 Despreciar donde adoran,  
 Que si le alegran muere,  
 Y vive si le oprobian.

(De *El Burlador de Sevilla.*)

### MÁXIMAS

PATRICIO. Lamujer en opinión  
 Siempre más pierde que gana,  
 Que son como la campana  
 Que se estima por el son.  
 Y así es cosa averiguada  
 Que opinión viene á perder  
 Cuando cualquiera mujer  
 Suená á campana quebrada.

(De *idem.*)

### FILOSOFÍA

PEROTE. Decí al príncipe, señor,  
 Que si supiera el contento  
 Que mi grosero sustento  
 Y traje de labrador  
 Me causó siempre, y lo poco  
 En que estimo los blasones  
 Noblezas y pretensiones  
 Que llama honra el vulgo loco,  
 Yo quedara disculpado  
 Y tuviera su grandeza  
 Más envidia á mí pobreza  
 Que yo á su soberbio estado;  
 Que no el tener cofres llenos  
 La riqueza en pie mantiene;

*Que no es rico el que más tiene,  
Sino el que ha menester menos.*

*(De La elevación por la virtud.)*

## NOBLEZA

SIXTO.

. . . . . De un pastor  
Nací, pero no es ultraje  
Que el más soberbio linaje,  
Que á mayor nobleza aspira,  
Si el principio suyo mira  
Hará que el orgullo abaje.  
El río de más corriente  
Que hace ilustre su ribera,  
Amansará su creciente  
Si el principio considera  
Que le da una humilde fuente.  
La fuente considerad  
De vuestro linaje honroso,  
Y estimaréis mi humildad,  
Pues sois río caudaloso  
Porque os veis en la mitad  
De vuestro curso opulento ;  
Que si yo conforme intento  
No os igualo y menos soy  
Con ser río, es porque estoy  
Cerca de mi nacimiento.

*(De idem.)*

## EL CABALLO

CAÑIZARES.

En esto sólo se enseña  
Si quieres examinallo  
La perfección de un caballo ;  
Cabeza airosa y pequeña,  
Viva, alegre y descarnada,



Los ojos grandes, abiertas  
 Las narices por ser puertas  
 Del aliento, bien poblada  
 La clin, que el talle hace bello,  
 De plata espesa y prolija  
 Que se escarcha y ensortija,  
 Ancho el pecho, corto el cuello,  
 Las dos caderas partidas,  
 Al pisar firmes y llanos  
 Los pies, echando las manos  
 A fuera y tan presumidas  
 Que á los estribos se atreven,  
 Tan sujeto al freno y fiel,  
 Que parece que con él  
 Le habla el dueño.

(De *La Lealtad contra la envidia.*)

### EPIGRAMA

VIVERO.      Mi opuesto, rico ; mujer  
 La causa de mi cuidado ;  
 Él todo oro, ella mercado ;  
 Y amor, comprar y vender.

(De *idem.*)

### GOCES FANTÁSTICOS

ISABEL.      Que gozos que no aseguran  
 No se deben pretender,  
 Y hay cosas que al parecer  
 Deleitan, pero no duran.  
 Luz de relámpago breve,  
 Sol y flores por febrero,  
 Amistad de pasajero,  
 Bebida en julio de nieve,  
 Y presunción de belleza

Que al espejo se ha mirado,  
 Son como amor de soldado  
 Que se acaba cuando empieza.

(De *ídem.*)

### MÁXIMA

ISABEL. Porque obligar dando vida,  
 Y sin que se satisfaga,  
 Rehusar admitir la paga  
 Sinó igual, agradecida,  
 Ni dar término al aprecio  
 Que pide tanta importancia,  
 Ó es género de arrogancia,  
 Ó especie de menosprecio.

(De *ídem.*)

### EPIGRAMA

FERNANDO. Privilegiada crecía  
 De amor la honesta beldad  
 Que amé, pero en esta edad  
 Con ellas nace y se cría.  
 Creer que hay plaza vacía  
 En bellezas con sazón,  
 Es ignorante opinión.  
 Pretendan amantes tiernos  
 En damas como en gobiernos  
 La futura sucesión.

(De *ídem.*)

### ÍDEM

GUAICA. Mi honestidad defendí,  
 Bien que mi dueño intentó,  
 Con regalos y ternezas  
 Obligarme á sus finezas.

CASTILLO. Si un año te *finezó*  
Serás racimo en la parra,  
Que aunque á la apariencia sano  
Llega un tordo y pica un grano,  
Llega un paje y otro agarra,  
Y el matrimonio, espantajo,  
Por más que en su guarda vele,  
De puro picado suele  
Hallar solo el escobajo.

(De *idem.*)

### MONÓLOGO

FERNANDO. Tarde, cielos, á ver llego  
Que ha fundado la virtud,  
En las honras, la inquietud,  
En el trabajo, el sosiego];  
Ya con vista, si antes ciego,  
Puesto que tiempo perdí,  
Conoceré desde aquí  
Que quien vanidades deja,  
Cuanto más de ellas se aleja  
Más se va acercando á sí:  
Nunca el alma tan cautiva  
Como cuando toda sueño,  
De otros se imagina dueño  
Pues de sí propia se priva;  
Nunca menos discursiva  
Que cuando en más dignidad,  
Porque la prosperidad  
Es madre de la torpeza,  
Como de la sutileza  
La ingeniosa adversidad.  
Esta prisión es mi escuela,  
Aquí enseña el escarmiento  
Materias al sufrimiento  
Que el necio estudiar recela:  
Aquí el peligro consuela,

La injuria enfrena los labios,  
 Vence la paciencia agravios,  
 Y atropella sin razones,  
 Que solas persecuciones  
 Sacan discípulos sabios:  
 Venturoso aquel que sabe  
 Convertir lo malo en bueno  
 Y transformar el veneno  
 En antídoto sūave.

(De *ídem.*)

### SATISFACCIÓN DEL ÁNIMO

MAROTO.

El labrador are y siembre  
 Los granos que el hielo cubre  
 Y restituye en Agosto;  
 Llene las cubas de mosto,  
 Coja la fruta en Octubre;  
 Compre y venda el mercader  
 En las plazas y mercados,  
 Traten de armas los soldados,  
 Vista galas la mujer;  
 Los sabios estudien leyes,  
 Tienten pulsos los doctores,  
 Ddense placer los señores,  
 Y ganen tierras los reyes;  
 Mientras yo apaciento el ato  
 Donde el manso me conoce,  
 El corderillo retoce  
 Y se encarama el chivato;  
 Que más precio los alhagos  
 Con que el mastín me hace fiestas,  
 La leche en tarros, las siestas  
 Que dan el deleite á tragos,  
 Á la noche en casa la olla  
 Y al amanecer las migas,  
 Que de los ajos amigas  
 Son deudas de la cebolla,

Y tras ellas una misa  
 Al alba en que el sacristén  
 Dice cantando el amén  
 Sobre el sayo la camisa,  
 Que cuanta riqueza guarda  
 El avaro.

(De *La Dama del Olivar*.)

## DIÁLOGO VILLANESCO

### PINTURA DE LA NOVIA.

MAROTO. No sabré yo her buen casado.

NISO. Ya que en eso hemos tocado,  
 Hombre que está sin mujer,  
 Maroto, no es hombre entero,  
 Pues le falta la mitad.

MAROTO. ¿La mitad? ¿Cómo?

NISO. Escuchad:

¿De nuestro padre el primero  
 No dice el cura que á Eva  
 Durmiendo un día sacó?

MAROTO. De sus huesos la formó.

NISO. Luego la mitad le lleva.

MAROTO. No me casaré aunque pueda

Con mujer que en eso da,

Que al hombre le quitará

La otra mitad que le queda.

Y á fe que es cosa inhumana

Que formándose de un hueso

Tan firme, tan duro y tieso,

La mujer sea tan liviana.

Dadla á la buena ventura

Que es en fin la más hermosa,

Si de carne peligrosa,

Y si de hueso muy dura.

ARDENIO. No decís mal.

MAROTO. Y aun por eso

Las mujeres, Niso, son

De tan mala digestión

Niso.

Cual no se digiere el hueso.  
Pues mi Laurencia no es tal,  
Ni en liviana ó dura peca,  
Que en lo amoroso es manteca,  
Y en lo honrado, pedernal.  
No hay en Aragón mujer  
Que mejor os pueda estar,  
Y si os la vengo á pintar  
Yo sé que la heis de querer.  
Sus años verdes y en flor,  
Y su hermosura en la aldea,  
No hay borrico que la vea  
Que no rebuzne de amor.  
Es de una imagen su cara  
¿Con qué la lava? dirás,  
Con, lleve el diablo lo más  
Que un caldero de agua clara.  
Los cabellos no dirán,  
Son que al sol causan vergüenza,  
Y cuando en cola los trenza  
Á las rodillas la dan.  
La frente bruñida y lisa,  
Las cejas son de amor arcos,  
Los ojos, sino son zarcos,  
Provocan á amor y á risa.  
Pues los carrillos, no hay mozo  
Que no cante al descobrillos,  
Más valen vuestros carrillos  
Que el carrillo de mi pozo.  
De las narices no pocos  
Han dicho « alegre estuviera  
Laurencia, si amor me hiciera  
De vuestras narices mocos. »  
¿Pues qué la boca? aunque pasa  
De raya, limpia y risueña,  
Que no es bien que sea pequeña  
La portada de la casa.  
Los dientes altos y bajos  
En hilera y procesión  
Piñones mondados son

Ó á lo menos dientes de ajos.  
¿Qué diré de los hocicos?  
Son que amapolas parecen  
Cuando entre los trigos crecen;  
¿Pues los dos hoyuelos chicos  
Que hace en riéndose? El cielo  
Á tener allá su cara  
En ellos cro que jugara  
Con el amor al hoyuelo.  
¿Pues la barba qué otra cría  
Más abajo de cristal?  
Con ella el mijor zagal  
Barba á barba la habraría.  
Las tetas son naterones  
Y los corpiños encellas  
Que mamara amor en ellas  
Á no encubrir los pezones.  
Las manos que nunca adoba  
Más brancas fueran que el pecho  
Á no habellas callos hecho  
Ya el cedazo, ya la escoba.  
La cintura puede entrar  
Aquí, y si amor navegara,  
Mejor su estrecho pasara  
Pardiez que el de Gibraltar.  
Pues aquella redondez  
Monte de nieve y cristal  
Rodará encima el brial  
Por ella amor cada vez.  
Pues las piernas, si en el río  
Lava porque el cristal borre,  
Corrido de vellas corre  
Más apriesa y con más brío.  
Los pies calzan once puntos  
Cuando le aprieta el botín,  
Mas sea ella honrada en fin,  
Que no miraréis en puntos.  
Pintada os la tengo toda,  
Puesto que mal y en bosquejo,

Lo demás allá os lo dejo  
Para el día de la boda.

(De *idem.*)

## REFLEXIONES DE UN NOVIO

### GLOSA DEL AVE MARÍA.

MAROTO.

Á la fe mi Dios que han dado  
En que he de tener mujer,  
Yo soldemente se her  
Empleita y guardar ganado.  
Pues meterme á mí en rencilla  
Con una mujer que el cura  
Diz que nunca está madura  
Porque al fin es de costilla,  
Es hacer que me descarne  
Para ella y que pierda el seso  
Aun si fuera todo hueso  
Y no cubierto de carne,  
No anduvieran diligentes  
Tantos hendo en la honra mella  
Porque temieran mordella  
Por no quebrarse los dientes.  
Yo no tengo si el rosario  
Con quien en tales afrentas  
Me aconseje y haga cuentas  
Que es el mejor secretario.  
Ahora bien, rezalle quiero,  
Que si ayuda á todos da,  
Lo mejor me indilgará  
Que es divino consejero.  
¿Yo cautivarme en un día?  
¿Hay cosa más importuna  
Que un muchacho en una cuna  
Cuando llora...? « *Ave maria.* »  
Virgen, la esposa más buena  
Erades para mi vos,  
Dígalo el ángel de Dios



Cuando os llamó « *Gracia plena.* »  
¿ Mas cautivar mis placeres?  
Pues nadie en toda la vida,  
Halló mujer que no pida  
« *Entre todas las mujeres.* »  
¿ No es disparate? Jesús,  
Ésto á enloquecerme basta,  
Aunque si eres mujer casta  
Laurencia « *bendita tú.* »  
Que si libre de delito  
Das de tu honor testimonio,  
Al hombre en el matrimonio,  
Regocijado « *y bendito.* »  
¿ Mas qué esposo habrá que encuentre  
Mujer á quien sin quillotro;  
Le diga, mío y no de otro  
« *Es el fruto de tu vientre?* »  
Casamientos ahora, sus,  
Dejadme, que pierdo el seso;  
Yo en casa con sobre hueso  
Estando sano? « *¡ Jesús!* »  
¿ Yo riñendo todo el día  
Á quien sin tomar consejos  
Como sea la más lejos  
Va á misa á « *Santa María?* »  
Pues que me encomiendo á vos  
Y no soy para casado,  
De tan peligroso estado  
Libradme, « *Madre de Dios.* »  
Santos, pues estáis vosotros  
En el eterno placer  
Libres de tomar mujer  
Y en paz, « *Rogad por nosotros.* »  
Maridos, si de estos modos  
Son las mujeres, tened  
Mucha paciencia y sabed  
Que rezo por mí y *por todos.*  
Pues si por quitar temores  
Las mujeres no nacieran,  
Muchos más los santos fueran

Y menos los « *pecadores.* »  
El alma su prisión llora,  
¿ Hay más rigoroso paso  
Pues que si agora me caso  
Me han de cautivar « *agora?* »  
Porque el trance que hay más fuerte  
Y el que más debe mirarse  
Es el tiempo de casarse  
« *Y en la hora de nuestra muerte.* »  
Haga á los solteros bien  
Dios guardando los sentidos,  
Dé paciencia á los maridos  
Y digan todos « *Amén.* »

(De *idem.*)

## ANTONIO DE VILLEGAS

Entre los novelistas anteriores á Cervantes, era más bien costumbre apelar á los extraordinarios vuélos de la fantasía para referir toda clase de hechos, que sujetarse á un plan determinado y completo, narrando con relación á él los hechos que el autor se proponía desarrollar.

Como dice oportunamente un erudito notable (1), el arte se conocía, pero no había tomado la forma de novela en prosa, supliéndola en parte los romances, cuentos y narraciones, ya moriscos ya caballerescos, que referían aventuras de campamentos, palacios, fiestas y batallas, y de los cuales se han conservado, relativamente muy pocos.

Distinguiase entre esta multitud de composiciones, un género especial á que después se ha dado el nombre de novela histórica, por referir un hecho, bien que lo fuese, ó que solamente hubiese recibido de su narrador el calificativo de historia.

Á este grupo pertenecen las *Guerras civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita, el cual, tomando por base las rivalidades entre Zegrías, Abencerrajes, y demás bandos de aquella población, hace unas brillantes descripciones de sus luchas y de sus costumbres, de sus fiestas y de sus combates, siguiendo más á su fantasía, y al deseo de embellecer su obra, que á la genuina verdad histórica; de lo cual resulta, que si como datos para el conocimiento exacto de los hechos tienen sus obras valor escaso, enciérranle infinito con relación á su mérito literario y como fuente de conocimiento de costumbres y caracteres.

Á este género pertenece también: *La historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa* que un tal Antonio de Villegas, de cuya vida y hechos no se tiene ninguna noticia, imprimió en Medina del Campo, el año 1563, juntamente con otras obras

1. Buenaventura Carlos Aribau.

en prosa y verso, formando un volumen titulado *Inventario de obras en metro castellano*.

La belleza de la citada obra es tal, que no hemos dudado incluirla en este tomo, seguros de que agrada­rá altamente á nuestros lectores; pues por su argumento sencillo, su interés ameno, por la gallardía de sus personajes; por el perfecto desenvolvimiento de la acción; y por la correcta y poética prosa en que está escrita, no desdeñaría aceptarla por suya cualquiera de nuestros más aventajados escritores.

Ella es tan breve, que la dejamos íntegra á nuestros lectores para que con su lectura se deleiten; mas no podemos resistir á la tentación de citar aquel bellissimo pensamiento que encierra la contestación de Abindarraez á Jarifa cuando la dice:

« Nunca hallé quien me dijese do estábades, hasta que mi corazón me lo dijo. » Y luego continúa: « Y con ésto, bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, vila en las aguas de la fuente, al propio, como ella era; de suerte, que á donde quiera que volvía la cabeza, hallaba su imagen; y en mis entrañas la más verdadera. »

Otros muchos pensamientos, delicados y dulcísimos encierra composición tan bella, muestras todos de la brillante aurora que precedía, al grandioso aparecimiento del esplendente sol de la novela española.

# HISTORIA

## DEL ABENCERRAJE

Y LA HERMOZA JARIFA

Dice el cuento, que en tiempo del infante don Fernando, que ganó á Antequera, fué un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Éste, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria : sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece, que cuanto se puede hacer es poco : no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba á morir una vez en toda la vida, le hacían en sus escritos inmortal, y le trasladaban á las estrellas. Hizo pues este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que después de ganada la villa, le hizo alcaide della, para que, pues había sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella. Hizole también alcaide de Alora ; de suerte que tenía á cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes, y acudiendo siempre á la mayor necesidad. Lo más ordinario residía en Alora, y allí tenía cincuenta escuderos hijosdalgo, á los gajes del rey, para la defensa y seguridad de la fuerza ; y este número nunca faltaba como los inmortales del rey Darío, que en muriendo uno ponía otro en su lugar. Tenían todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacia difícil ; y así no dejaban de ofender á sus

enemigos y defenderse dellos, y en todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando de cenar, que hacía el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo á todos ellos estas palabras:

« Paréceme, hijosdalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto las corazones de los hombres, como el continuó ejercicio de las armas, porque con él se cobra experiencia en las propias, y se pierde miedo á las ajenas. Y desto no hay para qué yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo ésto, porque han pasado muchos días que no hemos hecho cosa que nuestros nombres acrecienta, y sería yo de dar mala cuenta de mí y de mi oficio, si teniendo á cargo tan virtuosa gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en baldé. Paréceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar á entender á nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere. » Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve dellos los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase á buen recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El alcaide les dijo: « Ya podría ser que yendo todos por este camino se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten á vencer, toque uno su cuerno, y á la señal acudirán los otros en su ayuda. » Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno dellos dijo: « Teneos, compañeros, que ó yo me engaño, ó viene gente. » Y metiéndose entre una arboleda que junto al camino se hacía, oyeron ruido; y mirando con más atención vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecía muy bien á caballo. Traía vestida una marlota de carmesí, y un albornoz de

damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado, y labrado en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traía una adarga y cimitarra, y en la cabeza una toca tunecí, que dándole muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venía el moro, mostrando gentil continente, y cantando un cantar que él compuso en la dulce memoria de sus amores que decía :

Nascido en Granada,  
Criado en Cartama,  
Enamorado en Coín,  
Frontero de Alora.

Aunque á la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, á todo lo que decía daba buena gracia. Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. Él viéndose salteado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos los cuatro se apartaron, y el uno le acometió; mas, como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dió con él y con su caballo en el suelo. Visto ésto de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte : de manera que ya contra el moro eran tres cristianos que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vió en gran peligro, porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas fingiendo que huía, puso las piernas á su caballo, y arremetió al escudero que derribara; y como una ave se colgó de la silla, y le tomó su lanza, con la cual volvió á hacer rostro á sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y dióse tan buena maña que á poco rato tenía de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno, y fué á ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y á él le iba más que la vida en defenderse

dellos. Á esta hora le dió uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que á no ser el golpe en soslayo se le pasara todo. Él, con rabia de verse herido, volvió por sí, y dióle una lanzada que dió con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

Rodrigo de Narváez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traía mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro quedó espantado, porque los cinco escuderos tenía á los cuatro en el suelo, y el otro casi al mismo punto. El le dijo: « Moro, vente á mí, y si tú me vences, yo te aseguro de lo demás. » Y comenzaron á trabar brava escaramuza; mas como el alcaide venía de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa, que no podía mantenerse; mas, viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dió una lanzada á Rodrigo de Narváez, que á no tomar el golpe en su adarga le hubiera muerto. Él en recibiendo el golpe arremetió á él, y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él le trabó á brazos, y sacándole de la silla, dió con él en el suelo. Y yendo sobre él, le dijo: « Caballero, date por vencido, si no, matarte he. — Matarme bien podrás, dijo el moro, que en tu poder me tienes; mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció. » El alcaide no paró en el misterio con que se decían estas palabras, y usando en aquel punto de su acostumbrada virtud, le ayudó á levantar, porque de la herida que le dió el escudero en el muslo, y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída quedó quebrantado; y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas; y hecho ésto, le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora.

Y yendo por él adelante hablando en la buena disposición y valentía del moro, él dió un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía, que ninguno entendió. Rodrigo de Narváez iba mirando su buen talle y disposición: acordábase de lo que le vió hacer; y parecíale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podía proceder de sola la causa que allí parecía. Y por informarse



dél, le dijo : « Caballero, mirad que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder ; porque los más de sus trances están sujetos á la fortuna ; y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé agora tan mala. Si sospiráis del dolor de las llagas, á lugar vais do seréis bien curado ; si os duele la prisión, jornadas son de guerra á que están sujetos cuantos la siguen. Y si tenéis otro dolor secreto, fiadle de mí, que yo os prometo como hijodalgo de hacer, por remediarle, lo que en mí fuere. » El moro, levantando el rostro, que en el suelo tenía, le dijo : « ¿ Cómo os llamáis, caballero, que tanto sentimiento mostráis de mi mal ? » El le dijo : « Á mí llaman Rodrigo de Narváez, soy alcaide de Antequera y Alora. » El moro, tornando el semblante algo alegre, le dijo : « Por cierto agora pierdo parte de mi queja ; pues ya que mi fortuna me fué adversa, me puso en vuestras maos, que aunque nunca os vi sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud, y experiencia de vuestro esfuerzo ; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y también porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos, y hablaros he dos palabras. » El alcaide los hizo apartar, y quedando solos, el moro, arrancando un gran suspiro, le dijo : « Rodrigo de Narváez, alcaide tan nombrado de Alora, está atento á lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna á derribar un corazón de un hombre cautivo : á mí llaman Abindarráez el mozo, á diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oído decir ; y aunque me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar ésto :

« Hubo en Granada un linaje de caballeros, que llamaban los Abencerrajes, que eran la flor de todo aquel reino ; porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo, hacían ventaja á todos los demás ; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente común. En todas las

escaramuzas que entraban salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podía bien decir, que en ejercicio de paz y de guerra eran ley de todo el reino. Dicese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde, ni de mala disposición: no se tenía por Abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna enemiga de su bien, que desta excelencia cayesen de la manera que oirás. El rey de Granada hizo á dos destos caballeros, los que más valían, un notable é injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo, y quiso decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y á su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera ó falsa, fué descubierta; y por no escandalizar el rey al reino, que tanto los amaba, los hizo á todos una noche degollar; porque á dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofreciéronse al rey grandes rescates por sus vidas; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo á llorarlos: llorábanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron; llorábanlos las damas á quien servían y los caballeros con quienes se acompañaban; y toda la gente común alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos; de manera que si á precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. ¡ Ves aquí en lo que acabó tan esclarecido linaje, tan principales caballeros como en él había! ¡ Considera cuánto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuán presto le derriba! cuánto tarda en crecer un árbol, y cuán presto va al fuego! con cuánta dificultad se edifica una casa, y con cuánta brevedad se quema! cuántos podrían escarmentar en las cabezas destos desdichados, pues tan sin culpa padecieron con público pregón, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo rey! Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó deste infelice caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada,

salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocentes deste delito, á condición que los hijos que les naciesen enviasen á criar fuera de la ciudad, para que no volviesen á ella, y las hijas casasen fuera del reino. »

Rodrigo de Narváez, que estaba mirando con cuánta pasión le contaba su desdicha, le dijo : « Por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazón que á los Abencerrajes se hizo fué grande; porque no es de creer que siendo ellos tales cometiesen traición. — Es como yo lo digo, dijo él; y aguardad más, y veréis cómo desde allí todos los Abencerrajes deprendimos á ser desdichados. — Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del rey, envióme á Cartama, al alcaide que en ella estaba, con quien tenía estrecha amistad. Este tenía una hija, casi de mi edad, á quien amaba más que á sí; porque, allende de ser sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto. Ésta y yo en nuestra niñez siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar: nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos: juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos. Naciónos desta conformidad un natural amor, que fué siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdome que, entrando una siesta en la huerta que dicen de los Jazmines, la hallé sentada junto á la fuente, componiendo su hermosa cabeza: miréla vencido de su hermosura, y parecióme á Salmacis, y dije entre mí: ¡ oh, quién fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa! ¡ No sé cómo me pesó de que fuese mi hermana! Y no aguardando más fuíme á ella; y cuando me vió, con los brazos abiertos me salió á recibir, y sentándome junto á sí me dijo: « Hermano, ¿ cómo me dejaste tanto tiempo sola? » Yo la respondí: « Señora mía, porque ha gran rato que os busco; nunca hallé quien me dijese do estábades, hasta que mi corazón me lo dijo; mas decidme ahora: ¿ qué certenidad tenéis vos de que seamos hermanos? — Yo, dijo ella, no otra más del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos. — Y si no lo fuéramos, dije yo, ¿ quisierasme tanto? — No ves, dijo ella, que á no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre

juntos y solos? — Pues si ese bien me habían de quitar, dije yo, más quiero el mal que tengo. » Entonces ella encendiendo su hermoso rostro en color, me dijo: « ¿ Y qué pierdes tú en que seamos hermanos? — Pierdo á mí y á vos, dije yo. — Yo no te entiendo, dijo ella, mas á mi me parece que sólo serlo nos obliga á amarnos naturalmente. — Á mí, sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfría algunas veces: » y con ésto bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, vila en las aguas de la fuente al propio, como ella era; de suerte que donde quiera que volvía la cabeza hallaba su imagen, y en mis entrañas la más verdadera. Y decíame yo á mí mismo: y (pesárame que alguno me lo oyera) si yo me anegase agora en esta fuente donde veo á mi señora, ¡ cuánto más disculpado moriría yo que Narciso! Y si ella me amase como yo la amo, ¡ qué dichoso sería yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡ qué sabrosa vida sería la mía! Diciendo ésto, levantéme, y volviendo las manos á unos jazmines, de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán, hice una hermosa guirnalda, y poniéndola sobre mi cabeza me volví á ella coronado y vencido. »

Ella puso los ojos en mí (á mi parecer) más dulcemente que solía, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto más hermosa que Venus cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro á mí, me dijo: « ¿ Qué te parece agora de mí, Abindarráez? » Yo la dije: « Paréceme que acabáis de vencer al mundo, y que os coronan por reina y señora dél. » Levantándose, me tomó por la mano y me dijo: « Si eso fuera, hermano, no perdiérades vos nada: » yo sin la responder la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela; que como fuimos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no eramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo; mas yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque después acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de ésto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se comenzó

á dañar, y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que excusar; porque el principio destes amores fué un gusto y deleite fundado sobre bien; mas después no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha á medida de la suya. Todo lo que no vía en ella me parecía feo, excusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía el corazón. Y de todo ésto creo que no me debía nada, porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oirás. »

« El rey de Granada, por mejorar en cargo al alcaide de Cartama, envióle á mandar que luego dejase aquella fuerza, y se fuese á Coin (que es aquel lugar frontero del vuestro) y que me dejase á mí en Cartama en poder del alcaide que á ella viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algún tiempo fuistes enamorado) lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto á llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba señora mía, alma mía, solo bien mío, y otros dulces nombres que el amor me enseñaba; apartándose vuestra hermosura de mí, ¿ ternéis alguna vez memoria deste vuestro captivo? Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras. Yo, esforzándome para decir más, malparía algunas razones turbadas, de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria consigo. ¡ Pues quien os contase las lástimas que ella hacía, aunque á mí siempre me parecían pocas! Decíame mil dulces palabras, que hasta agora me suenan en las orejas; y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vió en tanta necesidad y con señales de muerto, me dijo: « Abindarráez, á mí se me sale el alma en apartándose de ti; y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser

tuya hasta la muerte: tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio desto, llegada á Coín, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte, ó por ausencia, ó por indisposición suya (que ya deseo) yo te avisaré: irás donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo consentirían; que todo lo demás muchos días ha que es tuyo. Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometía. »

« Ellos se partieron otro día, yo quedé como quien caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol: comencé á sentir su ausencia ásperamente, buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza, que me dió de llamarme, me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque algunas veces, de verla alargar tanto, me causaba mayor pena, y holgara que me dejara del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo. »

« Quiso mi ventura, que esta mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome á llamar con una criada suya, de quien se fiaba; porque su padre era partido para Granada, llamado del rey para volver luego. Yo, resucitado con esta buena nueva, apercebíme; y dejando venir la noche por salir más secreto, púseme en el hábito que me encontrastes, por mostrar á mi señora el alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastaran cien caballeros juntos á tenerme campo, porque traía mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fué por esfuerzo (que no es posible), sino porque mi corta suerte, ó la determinación del cielo quisieron atajarme tanto bien. Así que, considera tú ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí, y el mal que tengo. Yo iba de Cartama á Coín, breve jornada (aunque el deseo la alargaba mucho) el más ufano Abencerraje que nunca se vió: iba llamado,

de mi señora á ver á mi señora, á gozar de mi señora y á casarme con mi señora. Véome ahora herido, cautivo y vencido, y lo que más siento que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame pues, cristiano, consolar entre mis suspiros, y no los juzgues á flaqueza; pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance. »

Rodrigo de Narváez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro; y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podría dañar más que la dilación, le dijo: « Abindarráez, quiero que veas que puede más mi virtud que tu ruin fortuna: si tú me prometes como caballero de volver á mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaría de atajarte tan buena empresa. » El moro, cuando lo oyó, se quiso de contento echar á sus pies, y le dijo: « Rodrigo de Narváez, si vos ésto hacéis, habréis hecho la mayor gentileza de corazón que nunca hombre hizo, y á mí me daréis la vida; y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré. » El alcaide llamó á sus escuderos, y les dijo: « Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate: » ellos dijeron que ordenase á su voluntad; y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo: « ¿ Vos prometéisme como caballero de volver á mi castillo de Alora á ser mi prisionero dentro de tercero día? » El le dijo: « Sí prometo. — Pues id con la buenaventura, y si para vuestro negocio tenéis necesidad de mi persona, ó de otra cosa alguna, también se hará. » Y diciendo que se lo agradecía, se fué camino de Coín á mucha priesa. »

Rodrigo de Narváez y sus escuderos se volvieron á Alora, hablando en la valentía y buena manera del moro. Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar á Coín. Yéndose derecho á la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella había, y deteniéndose allí, comenzó á reconocer el campo por ver si había algo de que guardarse, y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza, que esta era la señal que le había dado la dueña.

Luego ella misma le abrió, y le dijo: « ¿ En qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusión? Mi señora ha rato que os espera: apeaos, y subiréis donde está. » El se apeó, y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo más paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella, que ya había sentido su venida, con los brazos abiertos le salió á recibir; ambos se abrazaron sin hablarse palabra del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo: « ¿ En qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto? — Mi señora, dijo él, vos sabéis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean. » Ella le tomó por la mano, y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella había, le dijo: « He querido, Abindarráez, que veáis en cuál manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque, desde el día que os la di por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla: yo os mandé venir á este mi castillo á ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque ésto según entiendo, será muy contra su voluntad; que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor, y experiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido más rico; mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo; » y diciendo ésto bajó la cabeza, mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto.

El moro la tomó entre sus brazos, y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacía, la dijo: « Señora mía, en pago de tanto bien como me habéis ofrecido, no tengo que daros, que no sea vuestro, sino sola esta prenda, en señal que os recibo por mi señora y esposa; » y llamando á la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron más el fuego de sus corazones. En



esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son más para contemplación que para escritura. Tras ésto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse dél dió un gran suspiro. La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió á sí, y le dijo: « qué es ésto, Abindarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oigo sospirar revolviendo el cuerpo á todas partes, pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, como me decías, ¿ Por quién sospiras? Y si no lo soy ¿ por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas; y si sirves otra dama, dime quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que ó yo moriré ó te libraré dél. » El Abencerraje, corrido de lo que había hecho, y pareciéndole que no declararse era ocasión de gran sospecha, con un apasionado suspiro dijo: « Señora mía, si yo no os quisiera más que á mí, no hubiera hecho este sentimiento; porque el pesar que conmigo traía, sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo; mas ahora, que me obliga á apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrirle: y así entenderéis que mis suspiros se causan más de sobra de lealtad que de falta della; y porque no estéis más suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa. » Luego le contó todo lo que había sucedido; y al cabo la dijo: « de suerte, señora, que vuestro cautivo lo es también del alcaide de Alora: yo no siento la pena de la prisión, que vos enseñasteis mi corazón á sufrir; mas vivir sin vos tendría por la misma muerte. » La dama con buen semblante le dijo: « No te congojes, Abindarráez, que yo tomo el remedio de tu rescate á mi cargo; porque á mí me cumple más; yo digo así, que cualquier caballero que diere la palabra de volver á la prisión, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para ésto ponedle vos mismo el nombre que quisiéredes, que yo tengo las llaves de la riqueza de mi padre, y yo os las pondré en vuestro poder: envidad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen caballero, y os dió una vez libertad, y le fiastes este negocio, que le obliga

ahora á usar de mayor virtud: yo creo que se contentará con ésto, pues teniéndooos en su poder ha de hacer lo mismo.» El Abencerraje la respondió: « bien parece, señora mía, que lo mucho que me queréis no os deja que me aconsejéis bien: por cierto no caeré yo en tan gran yerro; porque, si cuando venía á verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado á cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro se me ha doblado la obligación. Yo volveré á Alora y me pondré en las manos del alcaide della, y tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere. — Pues nunca Dios quiera, dijo Jarifa, que yendo vos á ser preso quede yo libre: pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado á mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa.» El moro llorando de contentamiento la abrazó y le dijo: « Siempre vais, señora mía, acrecentándome las mercedes; hágase lo que vos quisiéredes, que así lo quiero yo.»

Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro día de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo; la dama le preguntó dónde iba, él la dijo: « Voy á Alora á negocios que tengo con el alcaide della, que es el más honrado y virtuoso caballero que yo jamás vi.» Jarifa se holgó mucho de oír ésto, pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que también la hallarían ellos, que tan necesitados estaban della. Y volviendo al caminante, le dijo: « decid, hermano, ¿sabéis vos dese caballero alguna cosa que haya hecho notable? — Muchas sé, dijo él, más contaros he una por donde entenderéis todas las demás. Este caballero fué primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar; y aunque ella conocía el valor deste caballero, amaba á su marido tanto, que hacía poco caso dél. Aconteció así, que un día de verano, acabando de comer, ella y su marido se bajaron á una huerta que tenían dentro de casa, y él llevaba un gavilán en la mano, y lanzándole á unos

pájaros, ellos huyeron, y fuéronse á acoger á una zarza; y el gavián como astuto, tirando el cuerpo afuera, metió la mano y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó y volvió á la dama, y la dijo: «¿Qué os parece, señora, de la astucia con que el gavián encerró los pájaros y los mató? Pues hágoos saber, que cuando el alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue, y así los mata.» Ella fingiendo no le conocer, le preguntó quién era? Es el más valiente y virtuoso caballero que yo hasta hoy vi; y comenzó hablar dél muy altamente, tanto que á la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo: «¡Pues cómo, los hombres están enamorados deste caballero, y que no lo esté yo dél, estándolo él de mí! Por cierto yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho.» Otro día adelante se ofreció que el marido fué fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle á llamar con una criada suya. Rodrigo de Narváez estuvo en poco de tornarse loco de placer aunque no dió crédito á ello, acordándose de la aspereza con que siempre le había tratado; mas con todo eso, á la hora concertada, muy á recaudo, fué á ver la dama que le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que había hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir á aquel de quien tanto tiempo había sido requerida. Pensaba también en la forma que descubre todas las cosas; temía la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido: y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla más, y pasando por todos ellos le recibió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin dellas le dijo: «Señor Rodrigo de Narváez, yo soy vuestra de aquí adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y ésto no lo agradezcáis á mí; que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas ó verdaderas, os aprovecharán poco conmigo; mas agradecedlo á mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado que agora estoy.» Tras ésto le contó cuanto con su marido había pasado, y al cabo le dijo: «Y cierto, señor, vos debéis á mi marido más que él á vos.» Pudieron tanto estas palabras con Ro-

drigo de Narváez, que le causaron confusión y arrepentimiento del mal que hacía á quien dél decía tantos bienes; y apartándose afuera, dijo: « Por cierto, señora, yo os quiero mucho, y os querré de aquí adelante; mas nunca Dios quiera que á hombre, que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño; antes de hoy más he de procurar la honra de vuestro marido, como la mía propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo: » y sin aguardar más, se volvió por donde había venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, á mi parecer usó de gran virtud y valentía, pues venció su misma voluntad. »

El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento; y alabándole mucho, él dijo, que nunca mayor virtud había visto de hombre. Ella respondió: « Por Dios, señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso; mas él debía estar poco enamorado, pues tan presto se salió afuera, y pudo más con él la honra del marido, que la hermosura de la mujer: » y sobre ésto dijo otras muy graciosas palabras. Luego llegaron á la fortaleza, y llamando á la puerta, fué abierta por los guardas, que ya tenían noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo á llamar al alcaide, le dijo: « Señor, en el castillo está el moro que venciste, y trae consigo una gentil dama. « Al alcaide le dió el corazón lo que podía ser, y bajó abajo. El Abencerraje, tomando á su esposa de la mano, se fué á él, y le dijo: » Rodrigo de Narváez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso, y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos; ves aquí mi señora; juzga si he padecido con justa causa; recíbenos por tuyos, que yo fio mi señora y mi honra de ti. » Rodrigo de Narváez holgó mucho de verlos, y dijo á la dama: » yo no sé cuál de vosotros debe más al otro, mas yo debo mucho á los dos. Entrad y reposaréis en esta vuestra casa, y tenedla de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño. » Y con ésto se fueron á un aposento que les estaba aparejado, y de ahí á poco comieron, porque venían cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje: « Señor, ¿ qué tal venis de las heridas? — Paréceme, señor, que con el camino las traigo enconadas, y con algún dolor. » La her-

mosa Jarifa, muy alterada, dijo: « ¿ Qué es ésto, señor? ¿ heridas tenéis vos de que yo no sepa? — Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras; verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas, y el camino y no haberme curado me habrán hecho algún daño. — Bien será, dijo el alcaide, que os acostéis, y verná un zurujano que hay en el castillo. » Luego la hermosa Jarifa le comenzó á desnudar con grande alteración, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y con unguento que le puso le quitó el dolor; y de ahí á tres días estuvo sano.

Un día acaeció que acabando de comer el Abencerraje, dijo estas palabras: « Rodrigo de Narváez, según eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demás: yo tengo esperanza que este negocio, que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa; no quiso quedar en Coín, de miedo de haber ofendido á su padre; todavía se teme deste caso; bien sé que por tu virtud te ama el rey, aunque eres cristiano; suplicote alcances dél que nos perdone su padre, por haber hecho ésto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino. » El alcaide les dijo: « Consolaos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere, y tomando tinta y papel escribió una carta al rey, que decía así:

*Carta de Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, para el rey de Granada.*

« Muy alto y muy poderoso rey de Granada: Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos, y digo así: que el Abencerraje Abindarráez el mozo, que nació en Granada, y se crió en Cartama en poder del alcaide della, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija; después tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste á Coín; los enamorados, por asegurarse, se desposaron entre sí, y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo á su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve,

en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero; y contándome su caso, apiadándome dél le hice libre por dos días. El se fué á ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amiga. Viendo ella que el Abencerraje volvía á mi prisión, se vino con él, y así están agora los dos en mi poder. Suplicote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que éste y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio dello viven. Suplico á tu real Alteza, que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí; yo les perdonaré el rescate y los soltaré graciosamente; sólo harás tú que el padre della los perdone y reciba en su gracia; y en esto cumplirás con tu grandeza, y harás lo que della siempre esperé. »

Escripta la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el rey se la dió: el cual, sabiendo cuya era, se holgó mucho, que á este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcaide de Coín, que allí estaba, y llamándole aparte le dijo: « Lee esta carta, que es del alcaide de Alora: » y leyéndola recibió grande alteración. El rey le dijo: « no te congojes, aunque tengas por qué; sábeta que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que yo no lo haga; y así te mando que vayas luego á Alora y te veas con él, y perdones tus hijos, y los llesves á tu casa, que en pago deste servicio, á ellos y á tí haré siempre merced. « El moro lo sintió en el alma; mas viendo que no podía pasar el mandato del rey, volvió de buen continente. y dijo que así lo haría como su Alteza lo mandaba; y luego se partió á Alora, donde ya sabían del escudero todo lo que había pasado, y fué de todos recibido con mucho regocijo y alegría.

El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza, y le besaron las manos. Él los recibió muy bien, y les dijo: « No se trata aquí de cosas pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demás, vos, hija, escogisteis mejor marido que yo os pudiera dar. » El alcaide todos aquellos días les hacía muchas fiestas; y una noche, acabando de cenar en un jar-

dín, les dijo : « Yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido á tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer más contento ; y así digo, que sólo la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por rescate de la prisión. De hoy más, vos, señor Abindarráez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisiéredes. » Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacía, y otro día por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el alcaide parte del camino.

Estando ya en Coín gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habían deseado, el padre les dijo : « Hijos, agora, que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostréis el agradecimiento que á Rodrigo de Narváez se debe por la buena obra que os hizo ; que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate, antes le merece muy mayor ; yo os quiero dar seis mil doblas zahenes ; enviádselas, y tenedle de aquí adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes. » Abindarráez le besó las manos ; y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro adargas, las envió al alcaide de Alora, y le escribió así :

*Carta del Abencerraje Abindarráez al alcaide de Alora.*

« Si piensas, Rodrigo de Narváez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mío me dejaste libre, engañaste ; que cuando libertaste mi cuerpo prendiste mi corazón. Las buenas obras, prisiones son de los nobles corazones ; y si tú por alcanzar honra y fama acostumbras hacer bien á los que podrías destruir, yo por parecer á aquellos donde vengo, y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes coger y meter en mis venas toda la que dellos se vertió, estoy obligado á agradecerlo y servirlo : recibirás en ese breve presente la voluntad de quien le envía, que es muy grande, y de mi Jarifa otra tan limpia y leal, que me contento yo della. »

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente, y recibiendo dél los caballos, lanzas y adargas, escribió á Jarifa así :

*Carta del alcaide de Alora á la hermosa Jarifa.*

« Hermosa Jarifa : no ha querido Abindarráez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prisión, que consiste en perdonar y hacer bien ; y como á mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa, ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar della una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas recibo yo, para ayudarle á defender de sus enemigos ; y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en recibirlo yo pareciera cobdicioso mercader. Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hecistes en serviros de mí en mi castillo ; y también, señora, yo no acostumbro á robar damas, sino servir las y honrarlas. »

Y con ésto les volvió á enviar las doblas. Jarifa los recibió y dijo : « Quien pensare vencer á Rodrigo de Narváez en armas y cortesía, pensará mal. »

Destá manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos, y trabados con estrecha amistad, que les duró toda la vida.

FIN



## ÍNDICE

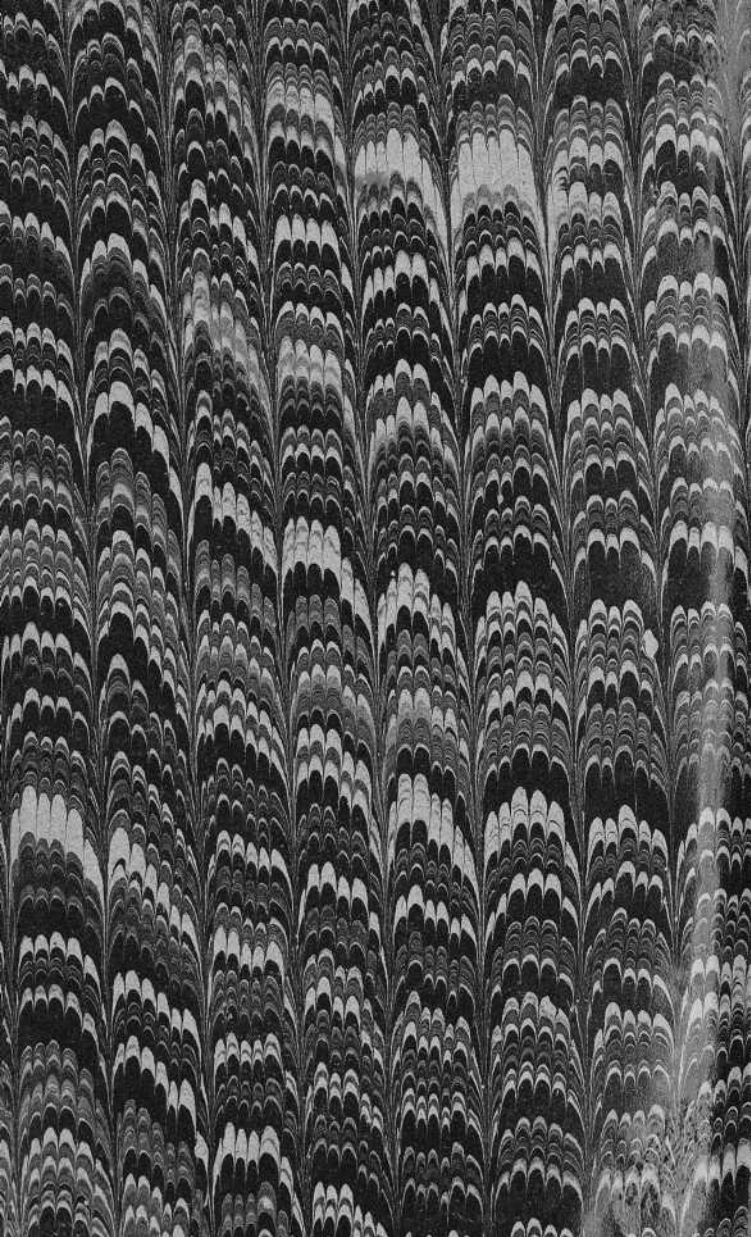
Breves palabras . . . . .	1
I. Cervantes. . . . .	4
II. Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del hospital de la Resurrección que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la puerta del Campo; á quien comunmente llaman los perros de Mahudes. . . . .	9
III. La señora Cornelia . . . . .	68
IV. Lope de Vega . . . . .	104
V. La Gatomaquia, del licenciado Tomé de Burguillos. . . . .	110
VI. Quevedo. Los sueños. . . . .	182-188
VII. El sueño de las calaveras. . . . .	191
VIII. El alguacil alguacilado. . . . .	201
IX. Las Zahurdas de Plutón . . . . .	212
X. El mundo por de dentro. . . . .	247
XI. Visita de los chistes. . . . .	265

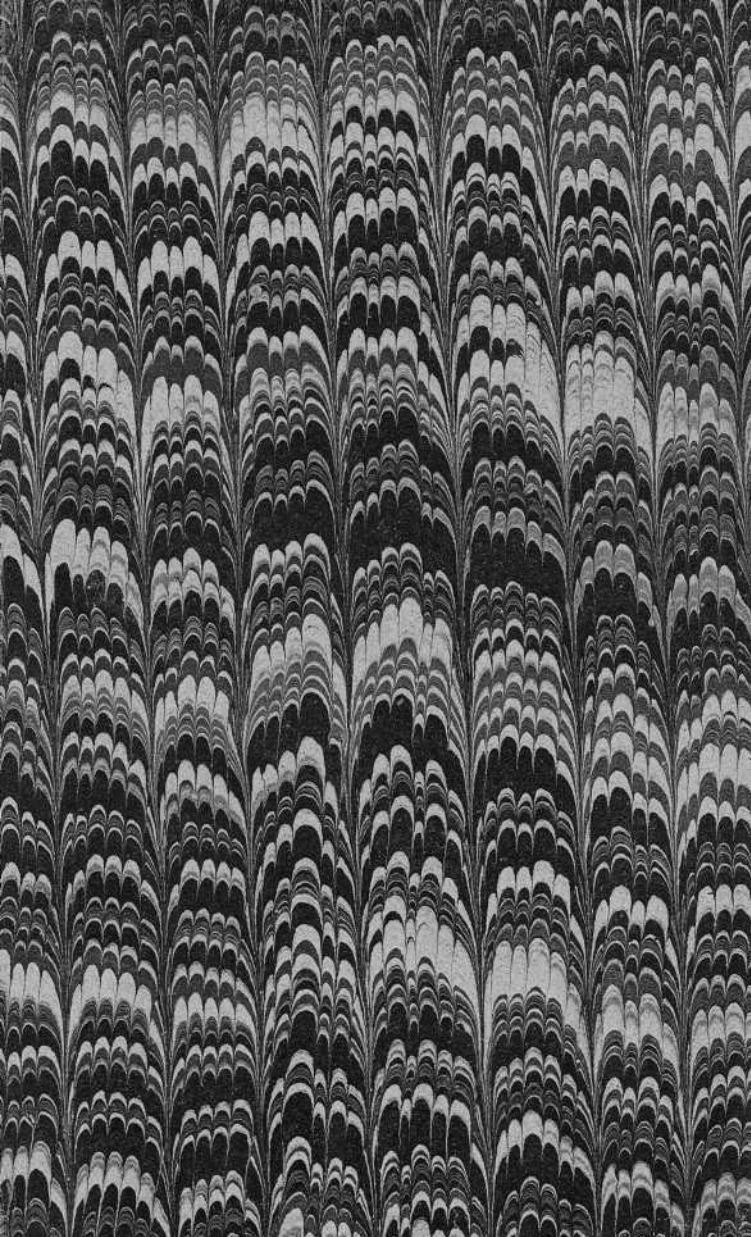
	Pág.
XII. Casa de locos de amor . . . . .	304
XIII. Tirso de Molina. . . . .	317
XIV. Los tres maridos burlados . . . . .	321
XV. Pensamientos escogidos de las obras dramáticas de Tirso de Molina. . . . .	351
XVI. Antonio de Villegas. . . . .	437
XVII. Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa. . . .	439

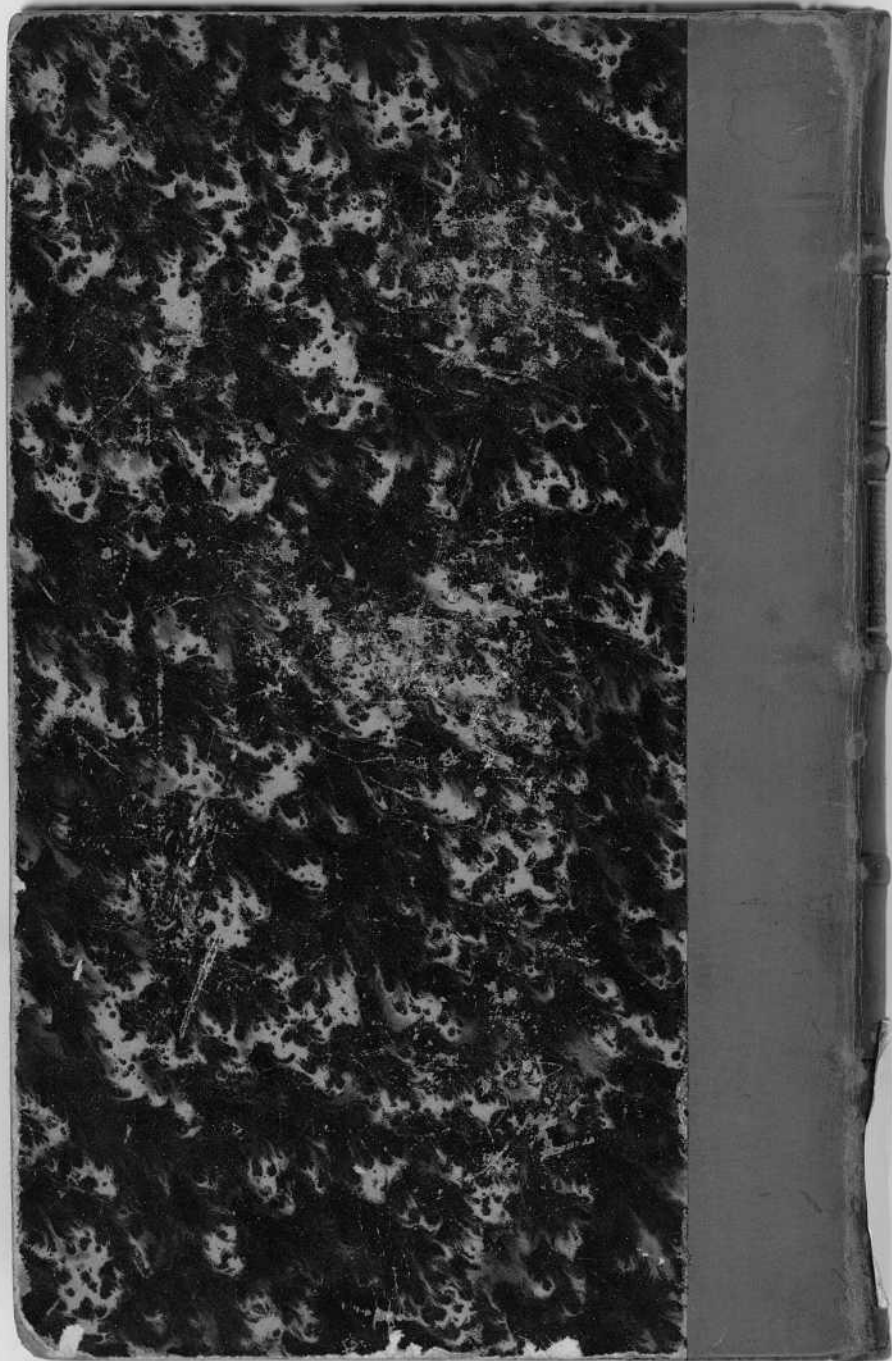
















---

SOLDEVILLA

---



---

JOYAS  
DE  
LA LITERATURA  
ESPAÑOLA

---



---



---

JG - 4723